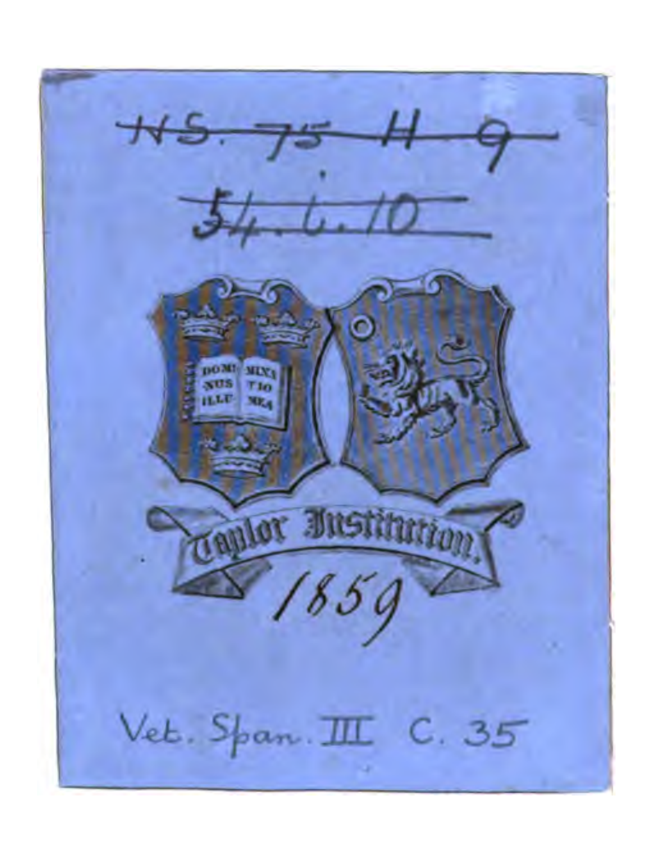
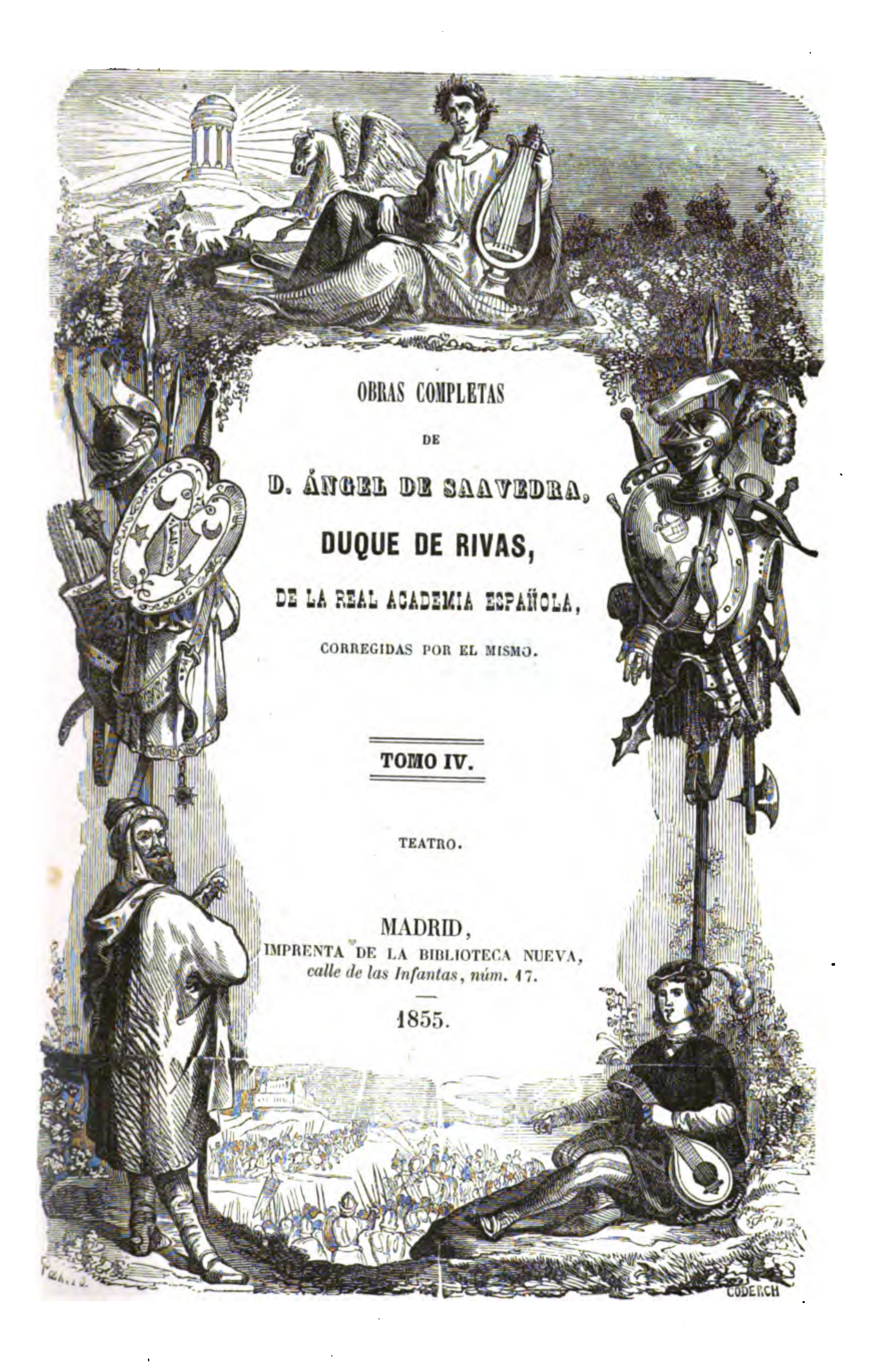



HS. 75 H. 9
54. 6. 10
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.
1859
Vet. Span. III C. 35

DUQUE DE RIVAS.



OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

CORREGIDAS POR EL MISMO.

TOMO IV.

TEATRO.

MADRID,
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,
calle de las Infantas, núm. 17.

1855.

TEATRO.

ADVERTENCIA.

No habiendo podido el Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco por las circunstancias políticas, escribir el Prólogo de este cuarto tomo, insertamos en su lugar la siguiente carta que dirigió al autor la víspera de salir para Roma á una mision importante.

Excmo. Sr. Duque de Rivas.

Mi querido amigo y paisano: Dos veces he tomado la pluma para escribir el prólogo que le ofrecí para su cuarto tomo: dos veces he comenzado á coordinar y estender mis ideas acerca de sus obras dramáticas; y sin embargo, el prólogo no se ha escrito ni puede ahora concluirse, y en lugar suyo va esta carta, breve, desaliñada, y superficial. Hay propósitos que no tienen fortuna. Yo emprendí éste en los ócios del verano último; y he aquí que esos ócios se trocaron en la agitacion de una gran revuelta, en los azares de una lucha civil, en el estruendo y clamoréo de una batalla, á cuya terminacion me ví llevado á una esfera

donde no podia pensarse en teatro ni en literatura. Pasó aquello, como pasa todo: quise reanudar los hilos abandonados de mi discurso: tomé nuevamente la pluma; y he aqui que otro motivo de interés público viene á levantarse delante de mi voluntad, y tengo que partir de Madrid, sabe Dios si por poco ó por mucho tiempo. Nueva detencion y nuevo embarazo; y entre tanto la edicion se tira, porque los suscritores aguardan con impaciencia uno de sus mas ricos y mas deseados volúmenes.

No pierden ellos, á la verdad, nada con la falta de mi prólogo, como no pierden ni desmerecen los dramas de V. —¿Qué importa para éstos, en su merecido crédito y en su notoria belleza, que los preceda ó los acompañe un razonamiento machucho y pesado, donde se analizen esas propias cualidades, que los lectores sienten desde sus primeras escenas, y que el público entero conoce, porque los ha visto ú oído cien veces, dado que no los sepa de memoria? ¿Qué falta pueden hacer, no digamos los encomios, pero ni los juicios, qué encomios serán al cabo, ni al *Desengaño en un sueño*, el primer drama fantástico de nuestra moderna literatura, comparable en profundidad con lo mas profundo que haya salido de Alemania, á la par que revestido con toda la gala poética de Calderon; ni al *Don Alvaro*, verdadero Edipo de la musa católica, tan original, tan trájico, incomparablemente mas bello para nosotros que el del mismo Sófocles? — Quién puede perder, quién pierde sin duda soy yo: yo, que pensaba colocar mis ideas en tan buena compañía, y aprovechar esa ocasion oportuna para emitir algunos juicios, que quizá no son comunes, y que no tengo á pesar de esto por desacertados. Yo soy quien pierdo, en mi vanidad de literato y de crítico, habiendo de guardar para otra ocasion mis teorías y mi sistema, y dudando que vuelva á presentarme otra como la que la amistad de V. me preparaba: el prólogo de un libro que leerá todo el mundo; la introduccion á unos dramas, cuyos reflejos fascinadores echarian luz sobre la oscuridad de mis pobres, aventurados pensamientos!

Pero sea de ello lo que fuere, V. sabe que hay un principio de ley, mas que de ley, de razon, que nos exime de lo que absolutamente supera á nuestro alcance. No tiene V. necesidad de invocarlo para con el público; que dando tales manjares, de seguro no se le pedirán escasas migajas. Yo soy quien lo invoco para con V.: yo, que al cabo

ofrecí, y que sin duda habria debido llenar mi oferta. Sírvame, pues, de excusa ese principio; y dispénseme V. por hoy de lo que hubiera hecho, no solo con orgullo y complacencia por celebrar una gloria que siempre he admirado, sino todavía mas como testimonio del aprecio y afecto mas sinceros, con los que soy su seguro servidor y paisano,

Q. S. M. B.

JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

Madrid, 10 *de febrero de* 1855.

TANTO VALES
CUANTO TIENES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

—

DON BLAS, *rico negociante venido de Lima.*
DON ALBERTO, *su hermano.*
DOÑA RUFINA, *su hermana.*
DON MIGUEL, *capitan de caballería, su primo.*
DOÑA PAQUITA, *hija de doña Rufina.*
DON JUAN, *amante de doña Paquita.*
DON SIMEON, *viejo usurero.*
PASCUAL, *criado.*
ANA, *criada.*
PERICO, FACO, *mozos que vienen á servir de lacayos.*
UN EBANISTA.
DOS MANDADEROS *que no hablan.*

La escena es en Sevilla en casa de doña Rufina.

La decoracion es inmutable, y representa una sala de una casa particular; al fondo una puerta (del cuarto destinado para don Blas); á la izquierda tres puertas; (la primera que comunica con lo interior de la casa, la segunda al aposento de don Alberto, la tercera á los de doña Rufina y doña Paquita) y á la derecha otra puerta (que dá al corredor y escalera), y dos balcones que caen á la calle.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ANA. PASCUAL, *con capa y sombrero.*

ANA. ¿Te vas ya á lucir el talle
porque salió la señora...?
¿O á la taberna?

PASCUAL. Habladora:
barra, guise, friegue y calle.
Voy adonde mandó el ama,
que por mi gusto me fuera
á mi cuarto, y me tendiera
á descansar en la cama.

ANA. Muy bien te lo creo, sí,
pues sabes solo hacer eso,
mientras carga todo el peso
de la casa sobre mí.
(Vase Pascual por la derecha.)

ESCENA II.

ANA. DOÑA PAQUITA.

DOÑA PAQUITA. Por Dios te lo ruego, Ana,
ten de entrambos compasion.
Don Juan frente del balcon
pasó toda la mañana,
y como á todos salir
ha visto, en entrar insiste:
en tí tan solo consiste·
anda, déjale subir.

ANA. ¡Qué bobera!

DOÑA PAQUITA. Ana, por Dios,
algo que decirme tiene.

ANA. ¿Y si la señora viene
y os atrapa aqui á los dos?

DOÑA PAQUITA. No ha de volver en buen rato,
pues fue á andar toda Sevilla
buscando muebles, vajilla,
ropa, y el gran aparato

de recibir á este tio
que desde Lima nos viene...

ANA. Pues harto que buscar tiene.
De que lo halle desconfio.

DOÑA PAQUITA. A don Juan déjame ver,
que sus señas dan aviso
de que el hablarme es preciso,
y no hay nada que temer.

ANA. ¿Y que os tendrá que decir?

DAÑA PAQUITA. Puede ser cosa importante.

ANA. Lo que dice todo amante:
que está por vos sin dormir,
que os idolatra y adora,
que por vos se ha de matar,
que solo...

DOÑA PAQUITA. Déjale entrar,
y deja chanzas ahora.
Hazlo por mí.

ANA. Bueno es eso.

DOÑA PAQUITA. Muévate mi llanto, Anita.

ANA. ¡Válgame Dios, señorita!
¿Usted ha perdido el seso?
¿Cómo he de contravenir
á lo que mandado tiene
mi señora...? Pero él viene;
la escalera va á subir;
se ha colado de rondon.

DOÑA PAQUITA. ¿Quien le abrió?

ANA. ¿Quién...? !Pese á tal!
El borracho de Pascual,
que dejó abierto el porton.

DOÑA PAQUITA. Toda tiemblo... El es... ¡Ay, Ana!

ANA. ¡Qué apuro si la señora...

DOÑA PAQUITA. Se irá al momento: tù ahora
ten cuidado á esa ventana.

ESCENA III.

ANA, *á la ventana*, DOÑA PAQUITA. DON JUAN.

DON JUAN. ¿Tras de tantas penas,
Paquita Adorada,
al fin logro verte...?
Consuela mis ansias.
¿Qué es esto, amor mio,
que á los dos nos pasa?

DOÑA PAQUITA. ¿Qué podré deciros?
Que soy desdichada.

DON JUAN. ¿De donde nacieron
desventuras tantas?

Cuando en dulce lazo
iban nuestras almas
á gozar el premio
de amores sin tasa,
tu tio gozoso,
tu madre encantada
de ver el cariño
que por tí me abrasa;
de pronto me encuentro,
sin saber la causa,
con que me prohiben
entrar en tu casa,
con que me desdeñan,
me insultan, me ultrajan,
deshecho el contrato,
rota la palabra,
muertos los cariños,
las puertas cerradas.
Paquita, ¿qué es esto?
¿Por qué tal mudanza?

DOÑA PAQUITA. ¿No lo habeis ya visto
en aquella carta
que ayer pude echaros
por esa ventana?

DON JUAN. ¡Ay, Paquita mia,
Lo que ella relata
confusiones nuevas
ha dado á mi alma.
No sé qué de Indias
en ella me hablas,
y de un cierto hermano
que tu madre aguarda,
y cuya venida...

DOÑA PAQUITA. Sí, la sola causa
de todas las penas
que en nosotros pasan
es venir un tio
que nadie esperaba.

DON JUAN. ¿Quién es ese tio
de quien ya se habla
por toda Sevilla,
y con su llegada
rompe de tal modo
tales esperanzas?
De este laberinto
por tu amor me saca.

DOÑA PAQUITA. ¿Y tengo yo tiempo
de esplicaros nada?
Tiemblo de miraros
dentro de esta casa;
ya el veros ha dado
consuelo á mi alma.

DON JUAN. No quiero afligiros.
¿Quereis que me vaya?
DOÑA PAQUITA. ¡Ay, don Juan!
DON JUAN. ¡Paquita!
¿qué te sobresalta?
Casi me parece
que te hallo mudada.
Seis dias sin vernos,
y solo una carta,
y esa tan confusa
y tan breve...
DOÑA PAQUITA. Y gracias
que escribirla pude.
Soy muy desdichada.
ANA. *(Se oye ruido.)*
¡Ay Dios? Señorita,
¿oye usted la danza
que traen allá dentro
los gatos?
DOÑA PAQUITA. Vé, Ana,
pero vuelve pronto. *(Vase Ana.)*

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

DOÑA PAQUITA. Y usted...
DON JUAN. ¿Qué me mandas?
DOÑA PAQUITA. Si mi madre viene...
DON JUAN. ¡Ah, que tengo el alma
de temores llena!
Mil dudas me asaltan.
¡Paquita! ¡Paquita!
¿Es todo una farsa,
todo fingimiento,
porque ya te cansan
mi amor, mi ternura,
mi fé y mi constancia...?
¡Ay que las mugeres
todas sois voltarias!
Por piedad al menos,
pues vine á tu casa
donde me han traido
mi amor y mi audacia,
las dudas crueles
que atroces desgarran
mi angustiado pecho
por piedad aclara.
Si ya me aborreces,
si mi amor te cansa,

si en otros amores
tu pecho se abrasa,
no busques en Indias
embrollos y tramas.
Con franqueza dilo,
y verás, ingrata,
que por complacerte
sabré...

DOÑA PAQUITA. Basta, basta;
al fin eres hombre,
y como hombre hablas.
De que no merezco
tus duras palabras
y reconvenciones,
pruebas tienes claras.
¡Ay si mis suspiros
y llanto escucharas,
y advertir supieras
lo que aqui en el alma
por tu amor y ausencia
de continuo pasa,
no injusto me dieras
el nombre de ingrata.
¿Mas por qué me canso
¡ay desventura!
en satisfacerte
cuando asi me ultrajas...?
Dices que en las Indias
embrollas y tramas
busco por perderte.
¡Oh cuanto te engañas!
Contenta mi madre,
contenta trataba
nuestro casamiento,
cuando por desgracia
de un tio que en Lima
hace tiempo estaba,
y á quien no conozco,
recibimos carta,
pintando riquezas
y montes de plata,
con que dice vuelve
riquísimo á España.
Es soltero y viejo,
y enfermo, y...

DON JUAN. Bien, calla,
que te entiendo, aleve.

DOÑA PAQUITA. ¿Que entiendes...? Aguarda.
Mi tio, que llega
de hoy á mañana
de partir sus bienes
con mi madre trata,

quien desvànecida
con tal esperanza,
desdeña tu boda
y á boda mas alta...

DON JUAN. ¡Ay de mí infelice.

DOÑA PAQUITA. No, no, que mi alma
es tuya, y ó tuya
ó de nadie.

DOÑA RUFINA. (*Dentro.*) Ana.

DON JUAN. ¡Pues bueno el descuido está!
¿Quien dejó el porton abierto?

DON JUAN. (*Sorprendido.*)
¡Ay, que nos han descubierto,

DOÑA PAQUITA. ¡Ay Dios mio, que es mamá!

ESCENA V.

DOÑA PAQUITA. DON JUAN. DOÑA RUFINA, *de saya y mantilla, por la derecha.*

DOÑA RUFINA. (*Saliendo.*)
¡Jesus que escalera tan...!
(*Repara en don Juan y en su hija.*)
Mas ¡lindo cuadro por Dios!
¿Con qué así encuentro á los dos,
á la niña y al galan...?
Hija, Paquita, ¿qué es esto...?
La desvergüenza me place.
¿Y en mi casa usted qué hace?
Don Juan, á la calle, y presto.

DON JUAN. Yo no sé lo que me pasa.
Mi tranquilidad perdida...

DOÑA RUFINA. ¿No le he dicho que en su vida
ponga los pies en mi casa?

DON JUAN. Pero, señora...

DOÑA RUFINA. [illegible]chad,
marchad al pa[illegible] aquí.

DOÑA PAQUITA. ¡Ay mamá...! ¡[illegible]e de mí!

DOÑA RUFINA. Calla, Paquita.

DON JUAN. [illegible]had.

DOÑA RUFINA. ¿Qué he de es[illegible] insolente?
Salid de esta [illegible].

DOÑA PAQUITA. ¡Mamá...! por [illegible]ego...!

DOÑA RUFINA. Salid pues. Niña, [illegible]. (*Vase D. Juan*).

ESCENA VI.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA.

DOÑA PAQUITA. ¡Mamá!

DOÑA RUFINA. No hay mamá, Paquita.
Este don Juan ó don necio
solo merece desprecio,
y su pesadez me irrita.

ESCENA VII.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA. ANA.

ANA. El puchero y los dos platos,
que eran todo nuestro ajuar,
los han echado á rodar
los malditísimos gatos.
(*Repara en doña Rufina.*)
¡Mas ay!
DOÑA RUFINA. ¿Te asustas...? ¡ladina...!
No pienses, no, que me engaña
la ridícula maraña
que has urdido en la cocina.
Tuya es la culpa, embrollona.
ANA. Los gatos fueron, señora.
DOÑA RUFINA. No hablo de gatos ahora.
ANA. ¿Pues de qué?
DOÑA RUFINA. ¿De qué, bribona?
De tu descuido y no mas.
¿No te dí orden terminante
de que entrar á ese tunante
no permitieras jamás?
ANA. ¿A quién...? Nada sé.
DOÑA RUFINA. ¿No sabes?
ANA. ¿Pero porqué es esta riña?
DOÑA RUFINA. Otra vez tendré á la niña
debajo de veinte llaves.
No fuera malo que yo
á un orterilla quisiera
por yerno. ¡Bueno estuviera!
¿Quien tal cosa imaginó?
DOÑA PAQUITA. Pues mamá, no hace ocho dias
que usted lo solicitaba,
y solo me aconsejaba
que amable...
DOÑA RUFINA. Bachillerías
son esas que no permito,
mocosa. ¿Tú has olvidado
que la suerte se ha mudado...?
No repliques, que me irrito.
Acaba de convencerte
de que si en don Juan pensé,
para dar remedio fué
á nuestra apurada suerte;

mas ya que viene tu tio
nuestras deudas á pagar,
y la casa á levantar,
casarte mejor confio.

DOÑA PAQUITA. ¿Pero si mi abuelo era
un miserable barquero,
y solo de marinero
á Lima fue...?

DOÑA RUFINA. Bachillera,
calla. (*A Ana.*) ¿Tu, qué haces ahí?
¿Lo que decimos oyendo?
Márchate al punto.

ANA. (*Aparte.*) Ya entiendo
por lo que me echa de aqui.
Como si toda Sevilla
de esta familia la historia
no supiera de memoria
mas que un niño la cartilla. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. Y tú...

DOÑA PAQUITA. Pues qué, ¿suficiente
no era haberme yo casado
con un mercader honrado
que tiene...

DOÑA RUFINA. Calla, imprudente.
Tu lengua sea maldita.
¿Quién en recordar te mete
si fue barquero ó grumete
mi padre...?

DOÑA PAQUITA. ¿Es malo?

DOÑA RUFINA. Paquita,
lo que fue y está olvidado,
no se debe recordar.
Y solo hemos de pensar
en lo que en lustre ha ganado
nuestra familia. Casada
he estado con un marques
de segundas...

DOÑA PAQUITA. Solo un mes.

DOÑA RUFINA. Mas de todos soy llamada
mi señora la marquesa.

DOÑA PAQUITA. Y todos tambien, mamá...

DOÑA RUFINA. Bien; ¿y á mi que se me da?
Me envidian, y no me pesa.
Que me quiten el dictado,
y el ser mi hermano un señor

comisario ordenador
con su uniforme bordado.

DOÑA PAQUITA. Lo hizo la junta central;
y lo que en ello gastó
ahora lo quisiera yo
para no pasarlo mal.

DOÑA RUFINA. Me desesperas. Por cierto
pagas muy bien el afan
en que de continuo están
don Miguel y don Alberto,
grados y honores buscando...
y su contínue contienda
en darnos honor...

DOÑA PAQUITA. La hacienda
como el humo disipando,
y mi tio don Miguel...
¿por qué no va al regimiento...?

DOÑA RUFINA. (*Con impaciencia.*)
Ya no tengo sufrimiento;
me está llevando Luzbel.
Bestia, incapaz, habladora,
¡qué alma tienes tan vulgar!
Nunca he podido lograr
que aprendas á ser señora.

ESCENA IX.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA. DON ALBERTO, *que viene de la calle.*

DON ALBERTO. Tus voces oye cuanta gente pasa.
¿Con quién tan sofocada estás, Rufina?
¿Siempre ha de haber pendencia en esta casa?

DOÑA RUFINA. ¿Con quién la he de tener? Con tu sobrina,
que con su necedad y sus amores
me aburre, y sin cesar me desatina.
Despreciando los títulos y honores
por ese mercachifle, dice cosas
que hacen salir al rostro las colores.

DON ALBERTO. ¡Cómo ha de ser, hermana! Caprichosas
son siempre las muchachas.

DOÑA PAQUITA. Solamente
yo le decia...

DOÑA RUFINA. ¿Replicarme aun osas...?
Retrónicas no quiero, impertinente.
vete á tu cuarto.

DOÑA PAQUITA. Voy...

DON ALBERTO. Déjala.

DOÑA RUFINA. Alberto,
sufrir no puedo mas á esta insolente.
(Vase doña Paquita.)

ESCENA X.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO.

(Doña Rufina se quita la mantilla y la pone sobre una silla.)

DON ALBERTO. Sosiégate hermana, pues.
DOÑA RUFINA. Y bien, ¿qué has adelantado?
DON ALBERTO. Eso iba yo á preguntarte;
porque yo, poco.
DOÑA RUFINA. Yo algo.
A fuerza de ofrecimientos,
de labia, ruegos y halagos,
corriendo toda Sevilla,
la carta de nuestro hermano
de puerta en puerta leyendo,
y sobre ella ponderando,
conseguí del ebanista,
que vive en calle de Francos,
una cómoda, un sofá,
una mesa y lava manos,
con que pondremos decente
al menos de Blas el cuarto.
Tambien de aquella prendera,
fina como el mismo diablo,
que tiene en el Arenal
su prendería, he logrado
seis sábanas, dos colchones,
tres cortinas, y un armario.
¡Pero ay Alberto! ¡Qué gente!
¡Y se llamarán cristianos!
DON ALBERTO. ¿Pues qué hicieron?
DOÑA RUFINA. ¿Qué han de hacer?
Pícaros, desconfiados,
de mi título y tu empleo
burlarse los plebeyazos,
y de la carta de Blas
hacer solamente caso.
DON ALBERTO. Una carta de las Indias
hace, Rufina, milagros.
DOÑA RUFINA. ¡Ah, que ya se me olvidaba!
El repostero italiano,
el que gobierna la casa
del marqués de Castilblanco,
tambien alquilar ofrece
dos fuentes y cuatro platos
de plata, con sus cubiertas,
mantel, servilletas, vasos...
finalmente, todo aquello

que parezca necesario
para los primeros dias.

DON ALBERTO. Pues entonces bien estamos,
y salimos del apuro.

DOÑA RUFINA. Sí salimos; pero el caso
es que todos me pedian
el dinero adelantado,
y solo á fuerza de fuerzas
á la fin se conformaron
á dar los dichos efectos
con tal de que nuestro hermano
en cuanto llegue á Sevilla
dé la cara á todo.

DON ALBERTO. Al cabo
eso, Rufina, no importa,
porque á lo menos logramos
que Blas el primer momento
nos encuentre en cierto estado
de decencia.

DOÑA RUFINA. Mas si al punto
de su llegada á asaltarlo
comienzan los acreedores...

DON ALBERTO. No faltará de engañarlos
nuevo medio. Y detenerlos
un par de dias acaso
no será difícil.

DOÑA RUFINA. Es
hasta pescar necesario
que no vengan á molerle.

DON ALBERTO. Pues eso digo...

DOÑA RUFINA. Y tú, hermano,
¿has hecho tambien negocio?

DON ALBERTO. Nada, Rufina.

DOÑA RUFINA. Es [illegible],

DON ALBERTO. Encontré los dos g[illegible]
que servirán de la[illegible]
y á las tres han de [illegible]
pero pienso será e[illegible].
Porque aquellas dos [illegible]
que en tu boda se es[illegible]ron,
no las suelta el carbonero
aunque le muelan á palos.
Porque dice que no afloja
la prenda hasta estar pagado.

DOÑA RUFINA. ¡Qué gentuza tan infame!
Si son unos ladronazos.

DON ALBERTO. El bribon del montañés,
que tiene hace mas de un año
empeñado mi uniforme,
tampoco quiere soltarlo,
y ves la falta que hace
para recibir...

DOÑA RUFINA. Es claro.

DON ALBERTO. La demanda por la renta
de la casa no he logrado
suspender por mas que hice,
y va con Blas á afrentarnos
si llega la ejecucion,
como temo...

DOÑA RUFINA. Será un chasco.
Pero el primo don Miguel...

DON ALBERTO. Está el pobre sin un cuarto.
Desde que á Sevilla vino
ese griego endemoniado,
ese clérigo estremeño,
aquel que los cerdos trajo,
que sabe mas que Brijan,
y que es un tahur...

DOÑA RUFINA. No hablo
de lo que en el juego gane,
sino de que le he encargado
que nos busque algun dinero
aunque sea con quebranto,
pues siempre los jugadores
hallan quien les preste.

DON ALBERTO. Cuando
tallan ó están en fortuna;
pero á los cucos...

DOÑA RUFINA. Veamos
si tienen sus diligencias
favorable resultado,
pues lo que nos interesa,
como tú sabes, hermano,
es que Blas no nos encuentre
viviendo como gitanos,
como perdidos.

DON ALBERTO. Seguro.

DOÑA RUFINA. Como que es, Alberto, claro.
Esa generosidad
de querer sus bienes darnos,
no es cariño. ¿Qué cariño
despues de treinta y dos años?
Es que mi título, sea
ó postizo ó bueno ó malo,
al fin suena; y que tu empleo,
aunque no es mas que honorario,
tiene un vistoso uniforme,
y su señoría al canto;
y que es mucho gusto ver
el nombre de uno estampado
en la guia de forasteros.

DON ALBERTO. Pero con decencia y fausto
estos títulos y honores
ayudar es necesario...

DOÑA RUFINA. Aunque sea haciendo trampas,
que sino dirá...
(*Suena la campanilla del porton.*)

DON ALBERTO. ¿Llamaron?

DOÑA RUFINA. Sí; serán los mandaderos
con los muebles y los trastos.

DON ALBERTO. O los gallegos serán
que han de servir de lacayos.
No; que es Miguel, nuestro primo,

DOÑA RUFINA. ¿Si habrá cumplido su encargo?

ESCENA XI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL.

DON MIGUEL. (*Tira el sombrero sobre una silla y se sienta en otra con despecho.*)
Maldita mi suerte amen,
y ese clérigo estremeño
mas negro que una sarten,
y de ganarle tambien
maldito sea mi empeño.

DON ALBERTO. ¿Qué ha ocurrido?

DOÑA RUFINA. Primo, di.

DON MIGUEL. Que la mejor ocasion
de hacer un gran fortunon
esta mañana perdí
por ese griego bribon.

DOÑA RUFINA Y DON ALBETTO. ¿Cómo?

DON MIGUEL. Yo os lo contaré.
(*Se levanta de la silla.*)
Fuíme temprano á almorzar
con el marqués del Molar,
y por fortuna le hallé
al punto de despertar.
Mientras salió de la cama
le alabé de gran torero.
diciéndole que el Romero
jamás adquirió la fama
que él tiene en el matadero.
Despues le hablé de Juanilla,
la gitana que mantiene,
y de que un cantador viene
de Sanlúcar á Sevilla
que en el polo igual no tiene.
Despues toqué la guitarra...
Finalmente, le cogí
diez duros, y desde allí
á casa de nuestro Parra
á buscar fortuna fuí.
La banca de cabecera

aun no habia comenzado.
Puse el burlote, fiado
en lo que el diablo quisiera,
y no fuí muy desgraciado;
pues veinte onzas mis diez duros
eran ya, con que creia
que iba á lograr en el dia
dar fin á nuestros apuros;
¡tan buena suerte tenia!
Cuando el estremeño entró
y detrás de mí se puso,
Manolito me advirtió
que lo dejára. Confuso
su consejo me dejó.
Poro una corazonada
de que le habia de matar,
y el deseo de dejar
mi pérdida desquitada,
hiciéronme continuar.
Solo dos tallas tiré.
¡Jamás hubiera tirado!
pues sin blanca y desbancando,
queridos primos, quedé.
¡Mirad si soy desgraciado!

DOÑA RUFINA. No lo hiciera peor, Miguel,
un niño de la doctrina.
¡Y lo que sabes!

DON MIGUEL. Rufina,
nada aprovecha con él.
Tiene la vista muy fina.

DOÑA RUFINA. Y entre tanto nada has hecho
de aquel tan urgente encargo.

DON MIGUEL. Sí tal, prima; sin embargo
de mi rabia y mi despecho
por bocado tan amargo,
fuí á buscar un usurero
llamado don Simeon,
tan hipócrita embustero
como taimado ladron,
pero que presta dinero.

DOÑA RUFINA. ¿Y sacastes algo por fin?

DON MIGUEL. A fuerza de batallar;
de mentir y de jurar,
logré al mísero ruin
algun poquito ablandar.
Pero á pesar de la sarta
de mis ofertas, no quiso
dar nada, y quedó indeciso
hasta ver de Blas la carta;
y enseñársela es preciso.
¿Gran virtud la carta tiene?

DOÑA RUFINA. Y si es tan desconfiado,

¿por qué á casa el renegado
á ver la carta no viene?

DON MIGUEL. Ya venia á toda priesa
el cara de basilisco,
y al pasar por San Francisco
oyendo tocar á misa
entró, y con facha muy grave
me dijo: Pues que ya sé
la casa y la calle, iré
en cuanto la misa acabe.

DON ALBERTO. Estraña es su devocion.

DON MIGUEL. Su conciencia es mas estraña,
pues no se halla en toda España
mas desalmado ladron.

DOÑA RUFINA. Dime, ¿por qué cantidad
le hablaste?

DON MIGUEL. Por cien doblones.

DOÑA RUFINA. Es poco.

DON ALBERTO. ¿Qué te propones?

DOÑA RUFINA. Hay mucha necesidad.

DON MIGUEL. ¿Mas cual es tu pensamiento?
Pues con franqueza, Rufina,
mi imaginacion no atina
con la razon de tu intento.

DOÑA RUFINA. Que quiero que Blas nos halle
viviendo cual caballeros;
no hechos unos pordioseros;
como quien dice en la calle.

DON MIGUEL. Pues yo tengo otra opinion,
y juzgo que mejor fuera
que en la indigencia nos viera
para que la compasion...

DOÑA RUFINA. ¡Qué mal conoces, Miguel,
á estos hombres de fortuna...!
Con pobreza cosa alguna
sacar lograremos de él.
Nuestros títulos y honores
le mueven tan solamente,
y el encontrar á su gente
en la clase de señores.
Ademas sabes tambien
que tres veces ha enviado
dinero, y que confiado
está en que se gastó bien.
La primera vez mandó
seis mil y tantos doblones,
que en pretender y en funciones
mi hermano Alberto gastó.
Envió poco despues
diez mil pesos, que el demonio
se llevó en mi matrimonio
con mi difunto marqués;

y há tres años recibimos
ocho mil, cuya mitad
se gastó en la necedad
de aquel pleito que perdimos,
y los demas para el juego
cual sabeis se destinaron:
y á la verdad que volaron
mas pronto que árbol de fuego.
Asi se ha hecho paz y guerra
de lo que Blas enviaba,
aunque tanto aconsejaba
que lo empleasemos en tierra.
y es preciso no olvidar
que siempre por no escamarle,
ni la voluntad quitarle
por si mas queria mandar,
le escribimos que en dehesas,
que en casas y en olivares,
cortijos, huerta, lagares
se empleaban sus remesas.
Y si ahora en resolucion
nos encuentra cual nos vemos,
mucho que temer tenemos
el que cambie de intencion.
El no piensa remediarnos.
fomentarnos sí, y si ve
nuestro estado, con el pie
nos dará para ayudarnos.

DON ALBERTO. Rufina, tienes razon.

DOÑA RUFINA. ¡Cómo si tengo!

DON MIGUEL. Veamos
si con la carta ablandamos
al señor don Simeon.

DON ALBERTO. (*A doña Rufina.*)
Dime, ¿y dónde fue Pascual?

DOÑA TUFINA. Al correo le he mandado,
pero como es tan pesado
el grandísimo animal,
tardará un siglo:

DON ALBERTO. Yo creo
que ya llegó á Cádiz Blás,
y que tenemos verás
carta suya este correo.

DOÑA RUFINA. Sin duda.

DON MIGUEL. Pues si otra carta
satisfactoria viniera,
don Simeon se pusiera
con orejas de una cuarta.

DON ALBERTO. Fuera muy bueno.

DON MIGUEL. Sinó,
para el negocio acabar
y el hígado hacerle dar

	otro espediente sé yo,
DOÑA RUFINA.	Dilo, y al punto se hará.
DON MIGUEL.	Darle de tu hija las perlas, pues yo aseguro que al verlas tantos ojos habrirá.
DON ALBERTO.	¿Qué perlas?
DON MIGUEL.	Aquella sarta tan gorda, luciente y fina, qne Blas embió á su sobrina con quien nos trajo la carta.
DOÑA RUFINA.	Un inconveniente tiene.
DON MIGUEL.	¿Y es!
DOÑA RUFINA.	Que como Blas la envia para que la niña el dia de su llegada la estrene, si á notar la falta acierta...
DON ALBERTO.	De las perlas no hay que hablar. (*Se oyen golpes de llamar al porton.*)
DOÑA RUFINA.	¿Esos golpes son llamar...?
DON MIGUEL.	Llamar son.
DOÑA RUFINA.	Ana, la puerta.
DON MIGUEL.	¿Si será don Simeon?
DOÑA RUFINA.	(*Con impaciencia.*) Ana... ¡que llaman! Paquita... Ana... ¡Jesus qué maldita!

ESCENA XII.

LOS MISMOS. ANA *y* DOÑA PAQUITA, *que entran de prisa.*

DOÑA PAQUITA.	¿Mamá?
ANA.	¿Señora?
DOÑA RUFINA.	El porton. (*Vase Ana.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

DOÑA PAQUITA.	¿Qué me quiere usted, mama?
DOÑA RUFINA.	Nada... Como cuando grito en vano me desgañito, te llamé...

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. ANA.

ANA.	A la puerta está

un hombre del otro siglo,
un duende del purgatorio.

DOÑA RUFINA. (*Con enfado.*)
¿Quién dices?

ANA. Un vejestorio,
ó mejor diré un vestiglo.

DOÑA RUFINA. Sin duda será, Miguel,
aquel que esperamos.

DON MIGUEL. Sí;
echa á estas niñas de aquí,
que yo subiré con él. (*Vase don Miguel.*)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, *menos* DON MIGUEL.

DOÑA RUFINA. Vete á tu cuarto, Paquita,
y tú tambien. (*A Ana.*)

ANA. (*A doña paquita.*)
Que me place.
¡No sabe usted qué bien hace
en echarnos, señorita!
Porque á las dos nos liberta
de un soponcio con no ver
á ese viejo Lucifer
de quien voy de miedo muerta.

DOÑA RUFINA. (*Con rabia.*)
¿Qué demonio murmurais?

ANA. Dábamos gracias á Dios
de que...

DOÑA RUFINA. ¡Buenas sois las dos...!
Marchad, marchad, que estorbais.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XVI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL. DON SIMEON, *vejete ridículo, vestido de negro con peluquin.*

DON MIGUEL. (*Con gran prosopopeya.*)
Marquesa prima, don Alberto primo,
aqui el sujeto está que tanto estimo,
don Simeon de Algarrapacoechea.

DON SIMEON. Y quien á usías complacer desea.

DOÑA RUFINA. Señor don Simeon, muy buenos dias.
Somos sus servidores

DON SIMEON. Dios á usías
de salud colme y bienes infinitos.

DOÑA RUFINA. Alberto, acerca sillas.

DON SIMEON. (*Aparte*) ¡Qué chorlitos!!!
A estafa huele cuanto miro. ¡Fuego!
(*Acerca don Alberto una silla.*)

DON ALBERTO. Sentaos y descansad.

DOÑA RUFINA. Sentaos, os ruego.

DON SIMEON. Con permiso, que he estado de rodillas
por un buen rato.

DOÑA RUFINA. (*A don Miguel.*) Acerca otras dos sillas.

(*Al sentarse don Simeon se rompe la silla, y cae de espaldas.*)

DON SIMEON. (*Al caer.*)
¡Ay! Dios me valga y San Anton bendito.

DON ALBERTO. ¡Jesus! ¿Qué fue...

DON MIGUEL. ¿Mas como...

DOÑA RUFINA. (*Con gran sobresalto.*) ¡Pobrecito!

DON SIMEON. ¡Que desgracia!

DON ALBERTO. (*En el suelo.*) ¡Ay de mí!

DON SIMEON. ¡Fatal porrazo!
Dios me saque con bien el espinazo.

DON MIGUEL. (*Ayudando á levantar á don Simeon.*)
Alzad, que yo os sostengo. No fue nada.

DON SIMEON. (*Levantándose.*)
Una costilla he de tener quebrada.

DOÑA RUFINA. ¡Terrible susto!

DON SIMEON. (*Mirando á la silla.*)
Sillas tan malditas
son unas trampas de matar visitas.

DON ALBERTO. Gracias á Dios, señor, que nada ha sido.

DON SIMEON. Es malísimo aguero.

DOÑA RUFINA. ¡Qué encogido
que tengo el corazon...! Ana... muchacha,
agua al momento. Tráemela; despacha.

DON SIMEON. (*Registrándose todo el cuerpo.*)
Un sueño me parece el estar sano.
Pensé parar...

DON MIGUEL. En el infierno; es llano.
¡Un hombre como usted...

DON ALBERTO. Pudiera...

DOÑA RUFINA. Ana...
¿El agua no traerás hasta mañana?
¡Jesus que pesadez...! ¡Niñas!

DON ALBERTO. Ya vienen.

DOÑA RUFINA. Sangre de plomo las malvadas tienen.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA.

DOÑA PAQUITA. (*Asustada.*)
¡Que voces! ¡Ay mamá...! ¿Qué ha sucedido...?

DOÑA RUFINA. Que este buen caballero se ha caido.

DON SIMEON. (*Aparte mirando á doña Paquita.*)
¡Linda muchacha!

DOÑA RUFINA. Porque el vil criado
dejó una silla rota en el estrado
y por desgracia fue la que...

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. ANA, *que saca un vaso de agua en la mano.*

ANA. Señora,
aqui está el agua.

DOÑA RUFINA. ¡Tráesla á buena hora!
(*Repara en que trae Ana el vaso sin plato.*)
Pero ¿que es esto...? Pícara, bribona...

DON SIMEON. (*Reparando en Ana.*)
¡Pues no es menos bonita la fregona!

DOÑA RUFINA. (*A Ana.*)
¿Por qué no traes de plata la salvilla?

ANA. (*Burlándose.*)
¿Cuál?

DOÑA RUFINA. La de plata.

ANA. ¿Cual...? Viva Sevilla.

DOÑA RUFINA. Señor don Simeon, perdon le pido.
Bebed en este vaso, pues ha sido
que con la priesa y voces asustada
olvidó la salvilla la criada.

DON SIMEON. Mil gracias, mi señora la marquesa.
Ya el susto se ha pasado.

DOÑA RUFINA. No me pesa.
Pero yo he de beber... (*Bebe.*) á Dios las gracias
de que asi se salió, que las desgracias
suceden sin saber como ni cuando.
(*Da el vaso á Ana, y á ella y á Paquita dice aparte.*)
Idos, mas sin quedaros escuchando,
cual teneis de costumbre.

ANA. ¡Buen aviso!
¿Le gusta á usté el vejete...? (*Ap. á Paquita.*)

DOÑA PAQUITA. Es un Narciso.

ANA. ¡Que facha! ¡Que peluca!

DOÑA PAQUITA. Es buena pieza.

ANA. Siento que no se ha roto la cabeza. (*Vanse.*)

ESCENA XIX.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL. DON SIMEON.

DOÑA RUFINA. En otra silla, señor...

DON SIMEON. perdon señora marquesa,
que no volveré á sentarme
en otra silla.

DOÑA RUFINA. Está buena
la que os ofrezco.

DON SIMEON. Señora,
la que dió conmigo en tierra
que estaba rota ignoraba
su señoría, y pudiera
ignorar tambien que está
rota la que me presenta;
y si del golpe primero
saqué la persona entera,
puedo sacar del segundo
roto un brazo ó una pierna.
Por tanto de pié resuelvo
la visita hacer, y fuera
bueno que no fuese larga;
no se hunda el suelo ó se venga
alguna viga del techo
á aplastarme la cabeza:
porque esto de las desgracias
es un plato de cerezas.

DON ALBERTO. No, que os habeis de sentar
para enteraros.

DON SIMEON. ¡No es buena?
¡Si he dicho que no me siento!
De pié escucho.

DOÑA RUFINA. Bien; pues sea.
Ya el capitan nuestro primo
le habrá informado...

DON SIMEON. En urgencia
me ha dicho que están usías.

DOÑA RUFINA. Como están cuantos de rentas
y de mayorazgos viven,
porque con tantas revueltas,
invasiones y mudanzas,
cambios de gobierno y guerras,
ni pagan nuestros renteros,
ni se pueden tomar cuentas
á los administradores,
ni los productos nos llegan
de nuestros estados, ni...

DON SIMEON. Tiempo há, señora marquesa,
que los que piden dinero
tales trabajos alegan;
pero es lo malo, señora,
que en el mundo una peseta...
¿qué digo? un solo real,
ni un maravedí se encuentra.

DOÑA RUFINA. Que recurran es forzoso
las gentes de nuestra esfera

á honrados capitalistas...

DON SIMEON. Que son nécios y se dejan...

DOÑA RUFINA. Que son personas de bien,
y de apuros...

DON SIMEON. Pero es fuerza
dar muchas seguridades
á los que su sangre sueltan.

DON MIGUEL. Sin duda.

DON SIMEON. Pero los bienes
vinculados no aprovechan
para ofrecer garantía
cuando el dinero se presta.

DOÑA RUFINA. Lo mismo iba yo á decir.

DON SIMEON. Pues entonces...

DON ALBERTO. Pronto llega
un nuestro hermano que viene
de Lima, y cuyas riquezas
son tan grandes...

DON SIMEON. Tal me ha dicho,
si es que mal no se me acuerda,
vuestro primo el capitan.

DON MIGUEL. Pues este es el caso.

DOÑA RUFINA. Llega
de un momento á otro mi hermano,
cuyo caudal en moneda
sube á trescientos mil duros.

DON SIMEON. ¡Hola!

DOÑA RUFINA. Y tiene alma tan buena
que todo entre su familia
repartirlo al punto piensa.

DON SIMEON. ¿Con qué trescientos mil duros...?
(*Ap.*) Si es verdad, ganancia hay cierta.

DOÑA RUFINA. Y recibirle á lo menos
como se merece es fuerza;
para lo cual necesito...

DON SIMEON. ¿Y hay documento que pueda
acreditar su venida,
y que con tal rumbo piensa?

DOÑA RUFINA. Si señor, tenemos carta...

DON SIMEON. ¿La teneis á mano?

DOÑA RUFINA. (*Saca una carta del pecho.*)
Es esta.
(*Da la carta á don Alberto.*)
Aquí la teneis Alberto,
toma la carta, y leerla
puedes á don Simeon
desde la cruz á la fecha.

DON ALBERTO. (*Toma la carta, y con gran precipitacion lee.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825. — Queridos hermanos mios, los trastornos ocurridos ultimamente en Lima me han obligado á dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes...

DON SIMEON. (*Con enfado.*)

¿Es tarabilla, señor...?
No he entendido ni una letra.
Mas despacio.

DON ALBERTO. ¿Pues no basta?

DON SIMEON. No señor, ¡pese á mi abuela!
Dádmela; yo la leeré.
No es cosa de juego esta.

DOÑA RUFINA. Dásela á don Simeon.

DON ALBERTO. Con mucho gusto...

DON SIMEON. Pues venga
(*Toma la carta.*)
con mucho gusto.

DON ALBERTO. (*Dándole la carta.*) Pues sea.

DON SIMEON. (*Vase á un lado de la escena, se pone unos anteojos, reconoce el papel, y lee con mucha pausa.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.—Queridos hermanos mios, los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado á dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes adquiridos en tantos años de trabajos y desvelos, y reunidos en todo mas de trescientos mil duros, me embarqué con ellos hace tres meses para Cádiz en la fragata la *Corza*. Hasta ahora he tenido, gracias á Dios, feliz navegacion; solo á la vista de estas Islas Terceras una racha de viento me rompió un palo, lo que nos ha obligado á arribar á este puerto hace una semana para remediar la avería. Por esta ocurrencia no tengo ya el placer de estar con vosotros; y aunque pensaba sorprenderos agradablemente, sabiendo ahora que el canónigo de la santa iglesia de Lima don Sebastian Fabian de Tornacuero, mi compañero de viaje y particular amigo, marcha á España, para pasando por Sevilla y Madrid ir á Roma á asuntos de su cabildo, le encargo de esta carta; pues no puedo resistir mas tiempo al gusto de escribiros y avisaros mi llegada á estas Islas Terceras, y lo pronto que tendré el gusto de abrazaros. Me encuentro viejo y soltero, y para vosotros es el fruto de mis afanes, pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros á mi llegada, reservándome una pequeña cantidad con que acabar mis dias tranquilamente en el campo. Y es tan segura esta mi resolucion que, por si algo me ocurriese en tan dilatado viaje, he dejado hecho allá mi testamento y aquí traigo cópia que os asegurará de mi determinacion, y que no la hará inútil en cualquier evento. Dentro de seis ú ocho dias daré otra vez la vela; con que, esperadme de un momento á otro, pues en Cádiz me detendré solo lo preciso para el desembarque de mi equipage y de vuestro dinero. El dador lleva una sarta de hermosísimas perlas y pendientes para que mi sobrina (á quien deseo mucho conocer) lo estrene el dia de mi llegada.

A Dios, queridos hermanos: no descansa hasta verse en vuestros brazos vuestro.—Blas Mingorría.

A mis amados hermanos doña Rufina, marquesa viuda de Calasparra, y don Alberto, comisario ordenador. (*Acaba de leer la carta y dice entre sí:*)

¡Por las ánimas que es
la carta cosa escelente,
y que va á hallarse esta gente
dentro del cielo de pies!
Se ofrece gran interes
en prestarles, pues es llana
que, aunque les cargue la mano,

ellos por salir de apuro
soltarán diez por un duro
á costa del necio indiano.

(*Vuelve á mirar la carta y lee:*)

Veinte y cuatro de febrero... trescientos mil pesos... pues cuanto tengo, lo repartiré con vosotros á mi llegada... hecho testamento... sarta de hermosísimas perlas... ¡hermosísimas perlas!

(*Queda suspenso.*)

DON ALBERTO. (*Aparte á doña Rufina y don Miguel.*)
¡Digo si la carta vale!

DOÑA RUFINA. Mirad como se recrea.

DON MIGUEL. La codicia lo espolea
y el gozo al rostro le sale.

DON SIMEON. (*Como hablando entre sí.*)
Mas vamos con pie de plomo,
que al fin esto es una carta.
Diera algo sobre la sarta
de perlas, que prendas tomo;
mas sobre este papel, ¿como
doy ni un polvo de tabaco?...
No, que el mundo es muy bellaco,
no cuantos ofrecen dan;
y, como dice el refran,
la codicia rompe el saco.

DOÑA RUFINA. Pues, señor don Simeon,
¿la carta que le parece?

DON ALBERTO. Seguridades ofrece
aun para mas de un millon.

DON SIMEON. (*Devolviendo la carta á don Alberto.*)
De tener tan buen hermano
doy la enhorabuena á usías.
No se halla todos los dias
sugeto tan buen cristiano,
y tan generoso y tan...

DOÑA RUFINA. (*Con viveza.*)
¿Con que ya contar podemos...?

DON SIMEON. Aun mucho que hablar tenemos.
¿Donde las prendas estan?

DOÑA RUFINA. La carta es sobrada prenda,
pues por dos dias ó tres
tan solo el préstamo es,
y de mi hermano la hacienda
garantiza...

DON SIMEON. Aun está lejos,
hay muchas leguas de mar,
y el echarse á navegar
no es ir á cazar conejos.

DON ALBERTO. Mas no es de temer...

DON SIMEON. Señores,
al que su dinero afloja,
cualquier sombra le acongoja,
todo es sustos y temores.

Si esas tan hermosas perlas
que envió el señor don Blas
se me entregaran, quizás...
Y aun antes reconocerlas
conviene.

DOÑA RUFINA. Don Simeon,
¿un hombre de su buen seso
se arroja á pretender eso...?

DON SIMEON. ¿No está muy puesto en razon?

DON ALBERTO. ¿No advierte usted que previene
nuestro hermano en esta carta
que la niña la tal sarta
para recibirle estrene?

DON MIGUEL. Qué dijera si empeñada
la encontrase?

DOÑA RUFINA. Lo tendria
por un desaire y sería...

DON SIMEON. Pues sino hay prenda, no hay nada.
Mas de plata una salvilla
hace poco que oí nombrar...

DOÑA RUFINA. ¿Y hemos de descabalar,
don Simeon, la vajilla?

DON SIMEON. ¿Descabalar...? ¡buena es esa!
toda la he de recibir.

DOÑA RUFINA. ¿Y con qué hemos de servir
á nuestro hermano la mesa?

DON SIMEON. Pues sino hay prenda...

ESCENA XX.

LOS MISMOS. PASCUAL.

DON ALBERTO. ¡Oh Pascual!

PASCUAL. ¡Maldito el correo amen,
y maldito sea quien
atraviesa aquel portal...!
Que con tantos empujones
vengo medio sofocado...

DOÑA RUFINA. ¿Y nos traes cartas pesado?

PASCUAL. ¡Qué confusion! ¡Qué encontrones!
Se me decalzó un zapato,
me han desgarrado la capa,
y por poco no me atrapa
un pillo el reló... ¡Qué rato!

DON ALBERTO. ¿Hay carta?

PASCUAL. No hay quien resista,
ni hay paciencia de aguantar
y en tal bullicio esperar
hasta que ponen la lista.

DOÑA RUFINA. ¿Traes cartas?

PASCUAL. El carro llega,
y allá se entra el conductor
con el administrador,
y las balijas le entrega.
Ciérrase la ventanilla,
acude gente y mas gente,
primero del Asistente...

DON MIGUEL. ¿Hay mayor plomo en Sevilla?

DOÑA RUFINA. (*Con gran impaciencia.*)
¿Y las cartas?

PASCUAL. Como digo,
al Asistente primero,
á la Audiencia...

DON ALBERTO. ¡Majadero!

DON SIMEON. Pachorra gasta el amigo.

PASCUAL. Despues al Gobernador,
y despues el apartado,
y el público fastidiado...

DON ALBERTO. ¿Pero hay cartas hablador?

PASCUAL. La lista por fin parece,
y en cuanto la cuelgan, todos
se abalanzan de mil modos,
y el que atrás queda perece.
Yo como no sé leer
tengo que buscar alguno
que me lea uno por uno
los nombres; — ¡cómo ha de ser!
Abren despues la ventana,
mas los números estar
suelen trocados.

DON SIMEON. De hablar
no deja en una semana.

DOÑA RUFINA. ¡Maldito...! ¿y las cartas...? Dí.

PASCUAL. A eso voy. No soy costal.

DOÑA RUFINA. (*Furiosa.*)
¿Pero hay cartas, animal...?
¿Pero hay cartas?

PASCUAL. Creo que si.
Una... (*Se registra los bolsillos de la chaqueta.*)
En esta faltriquera...
no; en estotra la guardé.

DON ALBERTO. ¿La habrás perdido?

PASCUAL. No sé.

DOÑA RUFINA. ¡Gran bribon!

PASCUAL. Tenga espera.

DOÑA RUFINA. (*Arrojándose á Pascual.*)
Dámela al punto, sino...

PASCUAL. (*Saca la carta.*)
Tomad.

DOÑA RUFINA. (*Abre la carta y la mira.*)
¡Ay! de nuestro hermano.

DON SIMEON. (*Aparte.*)

¿Si habrá llegado el indiano?

DOÑA RUFINA. ¡Gracias á Dios! ya llegó.

DON ALBERTO. ¿La fecha es de Cádiz?

DOÑA RUFINA. (*Sigue leyendo para sí.*) Si.

DON MIGUEL. ¿Llegó en salvo?

DOÑA RUFINA. Bueno está.
y aquí hoy mismo llegará.

DON ALBERTO. Léase en alto.

DOÑA RUFINA. Dice así: (*Lee.*)

Amados hermanos mios, antes de ayer llegué bueno, gracias á Dios, á este puerto de Cádiz; y no puedo dejar de avisároslo, porque conozco el cuidado con que estareis, aunque tal vez antes que esta carta, ó al mismo tiempo, llegaré yo á esa ciudad, pues no descanso hasta veros y habrazaros. Vuestro tierno hermano Blas—etc.

DON ALBERTO. (*Con gran júbilo.*)
Somos felices, Míguel.
Se acabaron los apuros.

DON SIMEON. ¿Y los trescientos mil duros
habrán llegado con él?

DON MIGUEL. ¿Quién lo duda?

DOÑA RUFINA. Me parece
que el señor don Simeon
conocerá que es razon
recibirle cual merece.
Y que de esta carta en vista
no tendrá dificultad
en darnos la cantidad...

DON SIMEON. La carta... á ver. (*Le dan la carta, y dice aparte.*)
¡Dios me asista!
(*Lee para sí, y despues hablando entre sí dice:*)
En fin me voy á arrojar,
aunque no es mucha cordura,
pero quien no se aventura
dicen que no pasa el mar.
Los seis mil... Es mucho dar.
Tres mil solo darles puedo,
pues que me ha quitado el miedo
ver que el indiano está vivo;
y como yo haré el recibo,
sabré bien atar mi dedo.
(*Devuelve la carta á doña Rufina.*)
Veo la necesidad,
y por complacer á usías
podré por dos ó tres dias
dar alguna cantidad.

DOÑA RUFINA. Con cien doblones bastante...

DON SIMEON. ¡Cien doblones! ¡Oh...!

DOÑA RUFINA. De modo...

DON SIMEON. Si se esprime el mundo todo
no da suma semejante.
(*Señalando al bolsillo.*)
Aquí hay cincuenta doblones,

que no son mios...

DON MIGUEL. ¿De quién?

DON SIMEON. De un hombre honrado y de bien
que me sirve en ocasiones;
mas no de balde, en verdad.

DON ALBERTO. Tres mil reales son tan poco...

DON SIMEON. Señor... ¿está usía loco...?
Son muy noble cantidad.
Si acomoda, la daré,
que no me es posible mas.

DOÑA RUFINA. Venga, aunque es poco. Quizás...

DON SIMEON. Antes el recibo haré.

DON ALBERTO. (*Llevando á don Simeon á una mesa.*)
Aquí hay papel y tintero.

DON SIMEON. (*Reconociendo la silla que está inmediata.*)
¿Y esta silla?

DON MIGUEL. No hay temor.

DON SIMEON. (*Se sienta, y al tomar la pluma esclama:*)
Cristo del mayor dolor,
recomiéndoos mi dinero. (*Se pone á escribir.*)

DOÑA RUFINA. ¡Qué vejete tan ruin!

DON MIGUEL. ¡Y lo que sabe!

DON ALBERTO. Es gran trucha.

DON MIGUEL. Sea su ciencia poca ó mucha,
dinero aflojó por fin.
Mas callad, no entienda...

DOÑA RUFINA. (*Alto.*) Estamos
con tanta flema y quizás
ya estará en Sevilla Blas.
¿Qué providencias tomamos...?

DON MIGUEL. Hoy el barco del vapor.
debe llegar á las tres,
y que en él se venga es
muy factible.

DON ALBERTO. No señor.
Vendrá en posta.

DOÑA RUFINA. Yo imagino
que en un coche, y que cargados
dos carros traerá, y soldados
de escolta para el camino.

DON ALBERTO. No, que vendrá á la ligera
dejándose en Cádiz todo.

DOÑA RUFINA. Venga de uno ó de otro modo,
por instantes se le espera,
y hay mucho que prevenir.

DON ALBERTO. ¿Qué hora es...?

PASCUAL. Las once han dado.

DOÑA RUFINA. Lo que yo tengo buscado
ya no tardará en venir.
Tú, Pascual, vete á esperar
la llegada del vapor,
y si viene allí el señor...

PASCUAL. No se me ha de despintar,
y aunque há tanto tiempo que
no lo veo...

DOÑA RUFINA. Pues bien, vé,
y cuidado.

PASCUAL. No hay que hablar.

DON ALBERTO. (*A Pascual.*)
Dime, ¿y alguien se hallará
que á la puerta de Carmona
vaya?

PESCUAL. Buscaré persona
que de ello se encargará.

DON ALBERTO. Si, porque si en posta viene...

PASCUAL. Pues vóime á ver...

DOÑA RUFINA. Bien. Cuidado
que no me seas pesado.

PASCUAL. Nada que decirme tiene. (*Empieza á irse.*)

DOÑA RUFINA. Que la charla sempiterna
no te haga el tiempo perder.

PASCUAL. (*Yéndose.*)
¿Pues soy yo acaso muger?

DOÑA TUFINA. No te entres en la taberna.

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, *menos* PASCUAL.

DON SIMEON. (*Levantándose de la mesa con el recibo.*)
Pues, señores, el recibo
estendí como conviene.
Entérense de él usías
y despues firmarlo pueden.

DON ALBERTO. (*Toma el recibo y lee.*)

Jesus, María y José. —Los que abajo firmamos hemos recibido de don Simeon Algarrapaco-echea y Bajols la cantidad de seis mil reales de vellon que nos ha prestado por hacernos merced, y la cual le devolveremos en metálico sonante con esclusion de todo papel en el momento que la reclame presentándonos este nuestro recibo, á cuyo pago comprometemos todos nuestros bienes muebles é inmuebles habidos y por haber, siendo este documento suficiente para en su vista proceder judicialmente á apremios, ejecuciones y embargos, renunciando nosotros como renunciamos en todo caso las leyes y privilegios que pudieran favorecernos. Sevilla etc.

DOÑA RUFINA. ¡Hola...! ¿con que cien doblones
prestarnos al fin resuelve?

DON SIMEON. ¿Quien se lo ha dicho, señora?
¿Por loco usía me tiene?

DOÑA RUFINA. Como es de seis mil reales
el recibo...

DON SIMEON. ¿Pues no advierte
que en él están incluidos

el capital é intereses?
Yo doy los tres mil reales,
y seis mil usías me vuelven.

DON ALBERTO. ¡Don Simeon...! ¿y la conciencia?

DON SIMEON. Pues qué. ¿de balde lo quieren?
Dan por prendas esperanzas,
¡y aun á quejarse se atreven!

DON MIGUEL. Mas... ¡señor...! ¡ciento por ciento!

DON SIMEON. ¿Les ruego yo que lo acepten?
Yo tengo temor de Dios,
y si esto justo no fuese
me guardaria muy bien...

DOÑA RUFINA. Pero como es solamente
por tres ó por cuatro dias
el préstamo...

DON SIMEON. (*Quiere recoger el papel.*)
Bien; pues quede
sin hacerse este negocio.

DOÑA RUFINA. De modo... que...

DON SIMEON. ¿Se resuelven...?
El gran apuro en que estan
preciso es que usías piensen,
que no me dan prenda alguna,
que su precio tambien tiene
el susto de mi caida,
y...

DOÑA RUFINA. Alberto, si te parece
firmaremos el recibo,
porque al fin la urgencia crece
y es preciso...

DON ALBERTO. Bien, firmemos,
pues tales riquezas vienen
que lo recompensan todo. (*Firman.*)

DON SIMEON. (*A don Miguel.*)
Ahora falta solamente
que usted, señor capitan,
responsable al pago quede
con sus sueldos.

DON MIGUEL. ¿Yo?

DON SIMEON. Sin duda,
pues por su medio la suerte
de servir á estos señores
se me proporciona... Y siempre
los sueldos son garantía;
porque el gobernador puede
de las tres partes las dos
mandar que se le descuenten
para el pago de acreedores,
y...

DON MIGUEL. Mas yo...

DOÑA RUFINA. Miguel, advierte
que por tí no es regular

que asi el negocio se deje.

DON MIGUEL. Pero, señores..., mis sueldos...
¡Pues como andan tan corrientes...!
En fin... (*Toma el recibo, y dice á don Simeon.*)
¿No es mas de firmar...?

DON SIMEON. Escriba antes lo siguiente.
(*Escribe don Miguel.*)

Yo aseguro el pago de la espresada cantidad con mis sueldos devengados ó corrientes, para lo cual en caso necesario se me descontarán las dos terceras partes de mi haber mensual. Fecha y firma.

(*Acaba don Miguel de escribir, y da el recibo á don Simeon.*)

DON MIGUEL. Pues, señores, está hecho.

DON SIMEON. Y yo doy gracias solemnes
al Señor de tierra y cielo
de haber con mis cortos bienes
servido á tales señores,
á cuyo servicio siempre
me hallarán como un esclavo.
Y Dios con usías quede.

(*Guarda el recibo, hace una profunda reverencia y se va á marchar.*)

DOÑA RUFINA. ¿Qué asi se va...? ¿Y el dinero...?

DON ALBERTO. ¡Don Simeon!

DON SIMEON. (*Desde la puerta.*)
¿Qué se ofrece?

DON ALBERTO. ¿Y el dinero?

DON SIMEON. ¡Oh Vírgen Santa!
Tantos negocios me tienen
trastornada la cabeza.. (*Saca un bolsillo.*)
Aquí está... ¡Jesus mil veces!

(*Vacia el bolsillo sobre la mesa y empieza á contar.*)

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
y cinco diez, y diez veinte.
Y diez...

DON ALBERTO. (*Que está recontando el dinero.*)
Solo diez y ocho
hay aqui.

DON SIMEON. ¿Cómo...? á ver... Puede...
Alguna equivocacion...
Repásenlo atentamente,
que nada quiero de nadie,
porque hay juicio, infierno y muerte.
(*Sigue contando.*)
Sesenta... ciento... y cincuenta...
Completos los tres mil tienen.

DON ALBERTO. (*Despues de asegurarse.*)
Sí señor, estan completos.

DON SIMEON. Pues si otra cosa no quieren,
con el permiso de usías
me retiro. Con Dios queden. (*Vase.*)

DON ALBERTO. ¡Qué ladron!

DON MIGUEL. ¿No os lo previne?

DOÑA RUFINA. ¡Maldito sea el vejete!

ESCENA XXII.

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON.

DOÑA RUFINA. (*Acercándose à la mesa dondo está el dinero.*)
Pues, señores, lo primero
no dormirnos en las pajas.
DON ALBERTO. Bien, capirotes y rajas
hagamos de este dinero.
DOÑA RUFINA. Tu, Alberto, ¿qué necesitas
para sacar tu uniforme?
DON ALBERTO. Veinte duros.
DOÑA RUFINA. ¡Suma enorme!
¿Y las libreas malditas?
DON ALBERTO. Con treinta se sacarán.
Para el casero, es tambien
preciso...
DOÑA RUFINA. En un santi amen
estos tres mil volarán.
Toma lo que quieras, pues,
y en la fonda una comida
con todo primor servida
encarga para las tres.
DON ALBERTO. ¿Qué...? ¿Hemos de comer allí?
DOÑA RUFINA. ¡Que necedad! No por cierto,
que la dispongan, Alberto,
para despues traerla aquí.
DON ALBERTO. Pues no hay tiempo que perder,
tomo el dinero, y me voy. (*Toma el dinero.*)
DOÑA RUFINA. Mira que esperando estoy.
Los mozos puedes traer.
DON ALBERTO. ¿Qué mozos?
DOÑA RUFINA. Aquellos dos
que se pondrán las libreas.
DON ALBERTO. Lo haré todo cual deseas.
(*Vase por la derecha.*)
DOÑA RUFINA. ¡Que no te tardes, por Dios!

ESCENA XXIII.

DOÑA RUFINA. DON MIGUEL.

DOÑA RUFINA. Miguelito, ¿qué me dices?
Viento en popa todo va.
Nuestro amor se logrará.
Pronto seremos felices.
Mañana mismo prometo

las diligencias hacer...

DON MIGUEL. Pero ya sabes, muger,
lo que te importa el secreto.
Digo; á tí... Por mí..., ya ves...
aunque sin la real licencia...
Es de entrambos conveniencia.

DOÑA RUFINA. Preciso el secreto es.
Mañana, sí... Loca estoy:
no sabes lo que en mí pasa.
(*Le echa una mirada muy tierna.*)
A arreglar toda la casa,
que urgen los momentos, voy.
(*Recoge el dinero.*)
A Dios, Miguel.

DON MIGUEL. ¿Y es razon
que nada haya para mi?

DOÑA RUFINA. ¡Tambien quieres...?

DON MIGUEL. Prima, sí
Yo traje á don Simeon.

DOÑA RUFINA. Es verdad... pero... ¡Miguel!

DON MIGUEL. Para salir de un empeño.

DOÑA RUFINA. Sí, para que el estremeño
se regocije con él.

DON MIGUEL. Ya no temo á ese bribon.
Veinte duros me has de dar,
pues que hoy me he de desquitar
me anuncia mi corazon.

DOÑA RUFINA. (*Dàndole el dinero.*)
Toma... Mira lo que queda.

DON MIGUEL. No te aflija cosa alguna,
que hoy nos sube la fortuna
á la cumbre de su rueda.

(*Vase don Miguel por la derecha, y doña Rufina por la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RUFINA. ANA, *con un plumero en la mano limpiàndolo todo.*

DOÑA RUFINA. ¿Está todo colocado...?
¿Las cortinas estan ya...?
ANA. Sí señora, todo está
muy limpio y muy arreglado.
DOÑA RUFINA. A la señorita llama.
¿Qué hace ahora?
ANA. Yo no sé
En la alcoba pienso que
estará haciendo la cama.
DOÑA RUFINA. Que venga aquí.
ANA. (*Corriendo à la izquierda.*)
Señorita.
DOÑA PAQUITA. (*Dentro.*)
Ya voy... ¿que se ofrece?
DOÑA RUFINA. Ana,
¿pusiste la palancana?
ANA. Todo está listo.
DOÑA RUFINA. (*En voz alta.*) ¡Paquita!
DOÑA PAQUITA. (*Dentro.*)
¡Mamá!
DOFA RUFINA. Ven pronto, muger.

ESCENA II.

DICHAS. DOÑA PAQUITA.

DOÑA PAQUITA. ¿Qué manda usted?
DOÑA RUFINA. ¿Asi estás?
¿Por qné á vestirte no vas?
DOÑA PAQUITA. Como aun hay tanto que hacer...
DOÑA RUFINA. Ponte el vestido mejor
y no olvides el collar.
DOÑA PAQUITA. ¿Cómo se me ha de olvidar?
DOÑA RUFINA. Anda, vete al tocador.

ESCENA III.

DOÑA RUFINA. ANA.

DOÑA RUFINA. ¡Jesus, cuánto tarda Alberto!
¿La plata no la han traido...?
ANA. No señora.
DOÑA RUFINA. ¿Ni han venido
los lacayos?
ANA. No por cierto.
DOÑA RUFINA. A la puerta estan llamando...
El repostero será...
Corre á verlo.
ANA. Voy allá.
DOÑA RUFINA. ¿Pues qué aguardas?
ANA. (*Suelta el plumero.*) Voy volando. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA RUFINA, *sola.*

Vaya... parece un sueño. ¡Qué alegría!
¿Quién tal fortuna há un mes pensar pudiera¿
¡Trescientos mil...! ¡Pues es una friolera!
De que todas me envidien llegó el dia.
¿Y aquel vil tenderillo pretendia
conmigo emparentar...? ¡Lindo estuviera!
Marcho al punto á Madrid, y la primera
figura voy á hacer, por vida mia.
Comprará luego un título mi hermano,
pretenderá el toison, un regimiento
para Miguel... Y yo... la banda; es llano.
Un duque ó un príncipe al momento
de mi Paquita pedirá la mano.
No sé cómo de gozo no reviento.

ESCENA V.

DOÑA RUFINA. ANA. DOS MANDADEROS, *cada uno con una gran batea cubierta con una servilleta; en una, platos y cubiertos de plata; en otra, vasos, copas, botellas y mantelería.*

ANA. Señora, ya estan aqui
los mozos del repostero.
DOÑA RUFINA. Bien; mas veamos primero
si viene lo que pedí. (*Reconoce una batea.*)

ANA. ¡Ay qué plata tan hermosa!
Si fuera nuestra... ¡Ojalá!

DOÑA RUFINA. Pronto tu ama la tendrá
de mas peso y mas costosa.
Platos de oro he de tener
con que á duques, á señores,
príncipes y embajadores
dar en Madrid de comer.

ANA. ¿Qué, señora, á Madrid vamos....?
¡Qué gusto si pronto fuera!

DOÑA RUFINA. (*Con mucha gravedad.*)
Las gentes de nuestra esfera
bien solo en la corte estamos.

ANA. (*Reconociendo la otra batea.*)
Los manteles y el cristal
aquí vienen.

DOÑA RUFINA. (*Despues de mirarlo todo.*)
Guarda todo,
que de servir luego el modo
te diré á tí y á Pascual.
(*Vanse Ana y los mozos.*)

ESCENA VI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. PERICO *y* FACO, *cada uno con un lio de ropa.*

DON ALBERTO. La ropa tienes ahí,
y estos los lacayos son.
Tú que se vistan dispon.

DOÑA RUFINA. ¿Y la fonda...?

DON ALBERTO. Ya pedí
una abundante comida,
que al momento en que avisemos
aquí en casa la tendremos
con todo primor servida.

DOÑA RUFINA. ¿Y tu uniforme...?

DON ALBERTO. Ahí está.

DOÑA RUFINA. (*Desata el lio que le ha señalado don Alberto, y saca un uniforme bordado de plata.*)
Tómalo y vete á vestir,
que no tardará en venir
nuestro hermano.

DON ALBERTO. (*Tomando el uniforme.*)
Voy allá. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA RUFINA. PERICO. FACO.

DOÑA RUFINA. (*Desata el otro envoltorio y saca dos libreas ridículas.*)
Estas libreas tened;

las mejores de Sevilla. (*Registrándolas.*)
Mas ¡ay Jesus, la polilla
cuál me las ha puesto...! Ved.
Pero no importa. Por hoy
asi servirán. Mañana,
de la mas hermosa grana
otras dos á encargar voy.
(*Perico toma una casaca y Faco otra.*)
¿Cómo te llamas tú? Dí.

PERICO. Yo, Perico.

FACO. Y Faco yo.

DOÑA RUFINA. ¿Y habeis servido?

PERICO. Yo no.

FACO. Ni yo tampoco serví.

DOÑA RUFINA. Mejor. En casa ha de ser
solo vuestra obligacion
cerrar y abrir el porton,
servir la mesa y barrer;
encender los reverberos,
ser muy limpios y callados,
ir á la calle á recados,
y cuidar de los braseros;
y principalmente dar
á toditos señoría.
Ni de noche ni de dia
esto se os ha de olvidar.

PERICO. Muy bien está, señora ama.
¿Y el salario cuanto es?

DOÑA RUFINA. Será... tres duros al mes,
con comida, ropa y cama.

PERICO Y FACO. Estamos listos.

DOÑA RUFINA. Ahora
labaros muy bien podeis
y la librea os pondreis.

PERICO Y FACO. Está bien.

DOÑA RUFINA. Ana.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. ANA.

ANA. Señora.

DOÑA RUFINA. Mientras me voy á vestir,
no te descuides, por Dios.
Que se limpien estos dos,
y enseñarles á servir. (*Vase.*)

ESCENA IX.

PERICO, FACO, ANA.

ANA. ¡Buena gente va acudiendo!

Venid, pues, á la cocina.
PERICO. Si usía nos encamina...
FACO. Si usía...
ANA. (*Sorprendida.*)
¡Qué estais diciendo?
PERICO Y FACO. Que usía...
ANA. (*Con enfado.*) ¿Os burlais de mí?
¡Por Dios, medrados estamos!
En muy mal pie comenzamos,
y si imaginais que así...
PERICO. ¡Pues qué...?
FACO. ¿Ofendemos á usía?
ANA. ¿Cómo...? ¡Bellacos...!
PERICO Y FACO. ¡Señora!
ANA. ¿Venís con burlas ahora...?
¡Infames...! Por vida mia...
PERICO. ¿Pues nosotros qué decimos?
FACO. ¿Por ventura la ofendemos?
PERICO. Solo con lo que debemos
exactamente cumplimos.
ANA. (*Sofocada.*)
¿Señoría á mí?
PERICO. ¡Pues no,
FACO. Que tratáramos así
á cuantos están aquí
la señora nos mandó.
ANA. (*Convirtiendo el enfado en risa.*)
Bestias, tan solo á los amos.
¿No veis que soy la fregona?
PERICO. Al ver tan gentil persona,
que era importante pensamos.
ANA. ¿Es requiebro...? Sus, venid.
FACO. (*Con familiaridad.*)
¡Bendita tu cara!
PERICO. Amen.
ANA. (*Con seriedad.*)
No tan llano. Un ten con ten,
y de él jamás os salid.
(*Haciendo ademan de irse.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS. DON MIGUEL.

DON MIGUEL. Ana, espera. ¿Hay rostros nuevos?
¿Ha llegado Blas, ó no?
ANA. No señor; aun no llegó.
DON MIGUEL. ¿Pues quienes son los mancebos?
ANA. Son los lacayos.
DON MIGUEL. Bien va.

Son buen par de mocetones.

ANA. A vertirse de sayones
destinados están ya.
Limpiarlos mi encargo es,
y no es pequeño trabajo
con arena y estropajo
no se logrará en un mes. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

DON MIGUEL. DON ALBERTO, *con su uniforme.*

DON ALBERTO. ¡Hola, Miguel! Me alegro de encontrarte.
DON MIGUEL. ¡Jesus, y qué buen mozo y qué lucido!
DON ALBERTO. ¿Te parezco galan?
DON MIGUEL. Y de mirarte
absorto me he quedado y confundido.
Con grande lujo estás. Felicitarte
debo de que por fin haya salido
uniforme tan rico y bien bordado
del cautiverio donde oculto ha estado.
DON ALBERTO. Recibir es preciso al buen limeño
con apariencia tal.
DON MIGUEL. Segun tu hermana.
DON ALBERTO. ¿Y á tí cómo te fué con tu estremeño?
¿Te ha tratado mejor que esta mañana?
DON MIGUEL. Calla, Alberto, por Dios. Es vano empeño
ganar á ese bribon que á todos gana.
DON ALBERTO. ¿Con que aquellos durillos...
DON MIGUEL. Ya volaron,
y ni un instante en mi poder pararon.
¿Y de Blas hay noticia?
DON ALBERTO. No, por cierto.
DON MIGUEL. Pues el vapor ya há rato que ha venido.
DON ALBERTO. ¿Ha llegado el vapor?
DON MIGUEL. Sin duda, Alberto.
Yo he visto ya personas que ha traido.
DON ALBERTO. El porton me parece que han abierto.
DON MIGUEL. Lo mismo á mí tambien me ha parecido.
Será tal vez... (*Mirando á la puerta de la escalera.*)
Mas no, que es el criado.
DON ALBERTO. ¡Hola, Pascual...! ¿El huésped ha llegado?

ESCENA XII.

LOS MISMOS. PASCUAL.

PASCUAL. Si por el aire no vino,
por vida de Barrabás

que no ha llegado don Blas,
ó yo estoy fuera de tino.

DON ALBERTO. ¿Qué dices?

PASCUAL. Que no parece,
aunque con una linterna...

DON ALBERTO. ¿Tú vienes de la taberna?

PASCUAL. Gracias, señor: se agradece.
Si el vino he probado yo
que vino me vuelva. He estado
tomando el sol muy sentado
hasta que el vapor llegó.
Llegó, y ví desembarcar
á todos uno por uno,
y no me quedó ninguno
que quedase por contar.
Treinta eran los pasageros,
y á todos pregunté en vano;
pues no saben del indiano
ni ellos ni los marineros.
Viendo pues que no venia
en aquel barco infernal,
tomé por el arenal
en derechura la via,
y sin parar me encajé
en la puerta de Carmona,
á ver á cierta persona
que allí á esperar envié.
y con los guardas esta,
y á ninguno entrar ha visto,
y es un muchacho muy listo,
que no se emborrachará;
aunque para contentarlo
y que esté mas diligente,
á seis cuartos de aguardiente,
fué forzoso convidarle.
Ni silla de postas alguna
parece en todo el camino,
ni caballos, é imagino
que esperar mas es tontuna.

DON MIGUEL. ¿Con qué no hay nada. .

PASCUAL. Señores,
yo luego me encaramé
en la Giralda y miré
todos los alrededores,
y ni calesa, ni coche,
ni carro...

DON ALBERTO. Pues tal vez Blas
se habrá detenido mas
en Cádiz...

DON MIGUEL. Hasta la noche
esperarlo es lo mas cierto,
que no tarda todavia.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DOÑA RUFINA, *sale vestida de gala estrafalariamente.*

DOÑA RUFINA. No gastas, por vida mia,
escasa pachorra, Alberto.
¿Con que ya Pascual volvió,
y no me llamas?
DON ALBERTO. En vano
fuera, pues de nuestro hermano
no trajo noticia.
DOÑA RUFINA. ¿No...?
PASCUAL. Ni por tierra ni por rio
rastro se descubre de él.
DON ALBERTO. Que no tarda cree Miguel,
pero yo ya desconfio
de que por hoy lo veamos.
DOÑA RUFINA. ¿Estás seguro, Pascual?
PASCUAL. ¡Qué si lo estoy...? Voto á tal...!
DOÑA RUFINA. Pues señor, frescos estamos.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. ANA. PERICO Y PACO *vestidos de librea.*

ANA. Aquí traigo á estos mancebos
limpios, galanes y hermosos.
DON MIGUEL. Ya se ve que estan vistosos.
ANA. Los he puesto como nuevos.
DOÑA RUFINA. Y muy bien que estan asi.
¿Mas no llamaron...? Vé, Ana.
(*Suenan golpes á la puerta.—Vase Ana.*)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

DOÑA RUFINA. Miremos por la ventana.
(*Se acerca al balcon.*)
¡Ay, un caballo está aqui!
DON ALBERTO. ¿Un caballo?
DON MIGUEL. Será Blas.
DON ALBERTO. Vamos, pues.
DOÑA RUFINA. Algun criado...
(*Hacen todos ademan de salir.*)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. ANA, *que entra asustada.*

ANA. Un hombre muy mal portado
se cuela sin mas ni mas.
Cuando del cordel tiré
sin preguntar se encajó
y la escalera tomó...
y... Aqui está ya su mercé.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. DON BLAS, *vestido de camino, pobre y estrafalariamente.*

DON BLAS. Sí; no hay duda... ¿Sois vosotros...?
Vosotros sois mis hermanos.
Alberto, amada Rufina,
llegad, llegad á mis brazos.

DON ALBERTO. ¡Ay, Blas es...!

DOÑA RUFINA. Blas es, no hay duda.
(Abrázanse.)
¡Jesus...! ¡Qué alegria!

DON ALBERTO. ¡Hermano!

DON BLAS. ¡Rufina...! ¡Alberto...! ¡Que gozo!

DON ALBERTO. ¡Qué dicha...!

DOÑA RUFINA. ¡Blas adorado!

(Mientras el diàlogo siguiente Ana habla con Perico y Faco, los cuales salen por la puerta que da á lo esterior; por la misma vuelven uno con una maletilla, y otro con una capa parda, lo entran todo por la puerta del fondo y vuelven á salir, quedándose à un lado de la escena.)

DON BLAS. ¡Ah...! mentira me parece.
Aunque muy viejos os hallo,
os hubiera conocido
entre un millon. Otro abrazo
dadme, otro por vuestra vida,
porque solo asi descanso.
(Abrázanse otra vez.)

DOÑA RUFINA. Y nosotros solamente
en abrazarte ciframos
nuestras dichas y contentos.

DON ALBERTO. Blas, por ti no pasan años.

DOÑA RUFINA. Como el dia que partiste;
lo mismo estás; no ha mudado
nada tu fisonomía.

DON ALBERTO. Nada.

DON BLAS. Pues muchos trabajos

he sufrido, hermanos mios,
muchos, muchos.

DOÑA RUFINA. Ya acabaron,
pues estás entre nosotros
y será nuestro cuidado
el servirte y el mimarte.

DON BLAS. Queridos, asi lo aguardo.

DOÑA RUFINA. (*Presentándole á don Miguel.*
¿Y de Miguel no te acuerdas?

DON ALBERTO. De nuestro primo.

DON BLAS. (*Recapacitando*) El muchacho
hijo de la tia Catana;
aquel tan travieso y malo,
que allá en la plaza del Pan
andaba roscas hurtando
descalcillo y...

PASCUAL. (*Aparte.*) ¡Gran memoria!

DOÑA RUFINA. (*Con gravedad.*)
De este que está aquí te hablo,
que es militar muy valiente
y capitan de caballos.

DON BLAS. (*Con cariño.*)
¡Voto á Sanes...! ¡Miguelillo...!
Ven á abrazarme. (*Abrazale.*)
¡Qué guapo!
De verte hombre de provecho,
me alegro en el alma. ¡ Cuánto
has crecido...! ¿Con que eres
un señor capitanazo?
Sea en hora buena.—Rufina,
¿y la muchacha?

DOÑA RUFINA. (*Arrimándose á los bastidores.*)
Volando.
Ven, Paquita, á ver al tio.

DON BLAS. Hánme dicho que es un pasmo
de hermosura

DOÑA RUFINA. ¡Niña, pronto!

DON BLAS. Se estará emperegilando.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *vestida sencillamente, y con un collar de perlas gordas.*

DOÑA PAQUITA. Mamá...

DON BLAS. (*Corriendo á abrazarla.*)
¡Sobrina del alma!
Por cierto, no han ponderado.
Es muy linda, mucho, mucho.
¡Qué ojillos tan vivarachos!

DOÑA RUFINA. Que sea buena es menester.
DON BLAS. Que es buena está publicando
su semblante. Eres muy mona.
DOÑA PAQUITA. (*Con mucha modestia.*)
Gracias, tio.
DON BLAS. (*Reparando en el collar.*)
Con mi encargo
veo que cumpliste, hermosa:
di, ¿las perlas te han gustado?
DOÑA PAQUITA. Y yo doy á usted las gracias
por tan soberbio regalo.
DON ALBERTO. Es magnífico en verdad.
DOÑA RUFINA. Es joya de soberano.
DON BLAS. Es tan solo una friolera
que en tiempos afortunados
por ciertas cuentas y embrollos
vino á parar á mis manos.
DOÑA RUFINA. Pero, Blas, con la alegría
de verte aqui no pensamos
en lo que importa. ¿Al momento
querrás comer...
DON BLAS. He tomado
en la venta de Iritaña
unas chuletas y un trago,
y ahora ya gana no tengo,
mas necesito descanso.
DOÑA RUFINA. Bien. Pues la cama está hecha.
DON BLAS. Vestido dormiré un rato.
DOÑA RUFINA. Pero quítate las botas.
Ponte una bata. (*A los lacayos.*)
Muchachos,
traed la bata y las chinelas.
(*Ana hace señas à Perico y à Faco, y se los lleva por la puerta del fondo.*)

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, *menos* ANA, PERICO *y* FACO.

DON ALBERTO. Dime, Blas, ¿por qué en el barco
de vapor no te has venido?
DON BLAS. De embarcacion estoy harto.
DON MIGUEL. Pues en posta...
DON BLAS. Mas de prisa
por la marisma á caballo
pensé llegar.
DOÑA RUFINA. Y tu, Alberto,
¿por que no avisas volando
á la fonda...
DON ALBERTO. Si; ahora mismo
irá Pascual en dos saltos.
(*Habla aparte con Pascual, y este sale con toda priesa por la puerta que da à la escalera.*)

ESCENA XX.

LOS MISMOS, *menos* PASCUAL, *y sale* ANA, *y con ella* PERICO *trayendo una bata, y* FACO *unas chinelas.*

FACO. (*A don Blas.*)
Aqui tiene usía chinelas.
Las botas le iré quitando,
si usía permite.

PERICO. Y la bata
tiene usía á su mandato.
Si quiere algo mas usía...

DON BLAS. (*Los mira atentamente, y dice á doña Rufina*:)
¿Quién son estos mamarrachos,
que parece me hacen burla?

DOÑA RUFINA. ¡Qué, Blas! ¡Si son mis lacayos!

DON BLAS. (*Sentándose en una silla que le trae Ana.*)
Tus la... ¿Qué?

DOÑA RUFINA. Segun es uso
son de librea criados.

DON BLAS. Ya.

ANA. Si usía quiere lavarse,
todo está listo en su cuarto.

DON BLAS. ¿Tu tambien eres lacaya...?

ANA. (*Burlándose.*)
Yo soy la dama.

DON BLAS. Ya caigo.

(*Se deja don Blas con mucha calma quitar las botas y el vestido, y poner la bata y chinelas, y los lacayos, haciéndole una reverencia, se llevan la ropa que le han quitado, yéndose por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, *menos* PERICO *y* FACO.

DON BLAS. Dime, Rufina. ¿Y por que
este par de mamarrachos,
que al verlos dirá cualquiera
que en el Carnaval estamos,
me dan tales señorías...?

DOÑA RUFINA. Lo exige asi nuestro rango.

DON BLAS. Será el tuyo; pero el mio...
¿O es que en esta tierra acaso
andan ya los tratamientos
como en la calle los cantos?

DOÑA RUFINA. ¡Qué gracia!

DON ALBERTO. ¡Qué buen humor!

DOÑA RUFINA. Tiene mucho chiste. Hermano,
es el uso recibido.
Si tú...

DON BLAS. No me da cuidado
aunque me den eminencia,
como no me den de palos.
Mas lo que ahora yo deseo
es solo dormir un rato.

DOÑA RUFINA. Sí, hijo mio, en el instante.
Tú eres el dueño, tu el amo,
tù eres el rey de esta casa.
Todos somos tus esclavos.
Dispon, manda, determina,
pide, ordena. Destinados
todos, todos á servirte
con mil amores estamos.

(*Levantándole de la silla con mucho cuidado y cariño, y encaminándose con él del brazo á la puerta del fondo.*)

Vente conmigo, Blasito;
ven, te llevaré á tu cuarto.
(*A los que quedan en escena.*)
Que nadie meta ruido;
que haya silencio, ¡ cuidado!
mientras que duerme señor.
A tí, Alberto, te lo encargó.
(*Desde la puerta.*)
Paca, enciéndeme un cerillo,
que en casa hay mosquitos hartos,
y por que á Blas no incomoden
quiero yo misma matarlos.
Ana, ven para ayudarme
á echar las cortinas.

ANA. Vamos.

(*Vanse doña Rufina, don Blas y Ana por la puerta del fondo, y doña Paquita por la izquierda.*)

ESCENA XXII.

DON ALBERTO. DON MIGUEL.

DON ALBERTO. ¿Qué te ha parecido Blas?

DON MIGUEL. Un solemne socarron.

DON ALBERTO. Pues á mí un bobalicon.

DON MIGUEL. Tú te desengañarás.

DON ALBERTO. ¿Dudas de su buena fé
y de sus ofertas?

DON MIGUEL. No,
no dudo; mas... ¿qué sé yo?
Encuentro en él no sé qué.

DON ALBERTO. Encuentras cierta franqueza

que no se usa por acá;
un hombre, á quien se le da
poco del fausto y grandeza.
Siempre son asi estos tales,
que á otros usos amoldados
y á la ganancia entregados,
olvidan nuestros modales.
Ven las cosas de otro modo,
juzgan que Lima es Sevilla
y que café y cochinilla
y azúcar y añil es todo;
y con sus muchos dineros
lo entienden todo al reves,
y si hacen figura es
la de grandes majaderos.

(*Sale doña Paquita por la izquierda con cerillo encendido, y entra por la puerta del fondo.*)

DON MIGUEL. Tal me pareció á mí Blas,
desde que supe que trata
de con vosotros su plata
repartir sin mas ni mas;
porque ó gran filosofía
ó grande necesidad tiene,
quien con tal proyecto viene;
y mucho mas en el dia.

DON ALBERTO. Filosofia en mi hermano
no encuentro ni necedad;
sí una estremada bondad
y un corazon puro y sano.
No tiene hijos ni muger,
y puede que ningun vicio,
y no hace gran sacrificio
en esto que piensa hacer.
Ha ganado su tesoro
sin saber cómo ni cuándo,
y está el pobrete ignorando
lo mucho que vale el oro.
Tanta riqueza le aflige
por no saber disfrutarla,
y el repartirla y el darla
para desahogarse elige.

ESCENA XXIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA. ANA, *por la puerta del fondo.*)

DOÑA RUFINA. ¡Que nadie chiste, cuidado!
Paca, vete al comedor
á preparar con primor

la mesa cual te he enseñado.
Ana, tú en cuanto el criado
traiga la comida trata
de en las seis fuentes de plata
repartirla. La pondrás
junto al fuego, y cuidarás
no nos dé un chasco la gata.
(Vanse doña Paquita y Ana por la izquierda.)

ESCENA XXIV.

DON ALBERTO. DON MIGUEL. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. ¡Jesus...! ¡Jesus...! ¡Nuestro Blas
que hombre tan estraordinario...!
¿Qué era tan estrafalario
imagináis jamás?
¡Qué necio...! ¡qué impertinente,
qué grosero y descortés!
En verdad vergüenza es
llamarle nuestro pariente.

DON ALBERTO. Es un hombre natural
que en pelillos no repara.

DON MIGUEL. Es una cosa muy rara;
es un solemne animal.

DOÑA RUFINA. En tanto que se durmió
¡qué preguntas que me ha hecho!

DON MIGUEL. ¿Por personas de probecho,
sin duda, te preguntó?

DOÑA RUFINA. Por lo peor de Triana:
por un lisiado barquero,
por un cierto tabernero,
por una vieja gitana...
¿Quien sabe...? Pero yo, Alberto,
le he dicho, por evitar
que los quiera visitar,
que todos ellos han muerto.

DON MIGUEL. Blas es raro personage.
Ninguna vergüenza tiene.
Repara cómo se viene.

DOÑA RUFINA. Y con qué pobre pelage.

DON MIGUEL. ¡Por la marisma á galope
en un caballo alquilado!

DOÑA RUFINA. Solito sin un criado
como un miserable drope!

DON ALBERTO. Rufina, tanto mejor.
Mientras menos gaste Blas
á entrambos nos toca mas,
con que aplaudamos su humor.

DOÑA RUFINA. *(Con gran desprecio.)*

Aplaudámosle por cierto,
si por su vergüenza poca
mayor cantidad nos toca.

DON MIGUEL. Soy de tu opinion, Alberto.

DOÑA RUFINA. Es preciso en despertando
de sus proyectos hablarle
y los tesoros pillarle,
que se va el tiempo pasando.

DON MIGUEL. Y bueno será, pues que
en su carta nos decia
que el testamento traía,
sacárselo.

DON ALBERTO. Ya se ve.
Eso es muy preciso.

DOÑA RUFINA. Es llano.

DON MIGUEL. Y que haga la donacion,
con la justa precaucion
de que sea ante escribano.

DOÑA RUFINA. Y al punto le buscaremos
una casa en una aldea
donde sea, como sea,
lejos de aqui lo tendremos. (*Se oye ruido*).
¿Mas qué alboroto... ¿Es Pascual?
¡Pues está la casa buena!

DON MIGUEL. Anda la marimorena
allá abajo en el portal.

DOÑA RUFINA. (*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
¿Qué es esto...? ¿Tal zalagarda
se ha de sufrir...? ¡Ola...! ¡Chito!

ESCENA XXV.

LOS MISMOS. ANA, *sale por la puerta de la derecha.*

ANA. (*Asustada.*)
Señora, el viejo maldito...

DOÑA RUFINA. ¡Bien mi mandato se guarda!
¿Quién tanto ruido mete?
¿No tengo á todos mandado...

ANA. El ebanista ha llegado,
señora; y aquel vejete...

DOÑA RUFINA. ¿Cuál?

ANA. Aquel que esta mañana
se cayó, con grandes furias
y diciendo mil injurias
quiere hablar á usté.

DOÑA RUFINA. ¿Quién, Ana?

ANA. El viejo del peluquin
y el ebanista con él.

DOÑA RUFINA. Anda tú, por Dios, Miguel;
mira qué es esto.

(*Vase don Miguel por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XXVI.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA. ANA.

DON ALBERTO. ¿Y por fin,
se sabe cuál es su intento?

ANA. Yo no lo sé. Voces dan,
y amenazan que vendrán
con la justicia al momento
sino se lés oye.

DOÑA RUFINA. (*Con impaciencia.*)
¿Y qué
podrá ocurrirles?

DON ALBERTO. Rufina,
¿quién demonios lo adivina?
Lo que puede ser no sé.

DOÑA RUFINA. Pero ellos... ¿Qué dicen, Ana?

ANA. El vejete Satanás
me pregunta por don Blas,
y dice que esta mañana
aquí engañado quedó;
y el tosco del ebanista
que es usté... una petardista,
y que ha de hacer... ¿Qué sé yo?

DOÑA RUFINA. ¡Canalla sin miramiento!
¿conmigo se han de atrever...
Los haré al punto prender,
y aun ahorcarlos al momento.
Si; que con mis seis millones
todo lo puedo. Hoy haré
que tiemble Sevilla, y que
aprendan esos bribones
á respetarnos.

DON ALBERTO. Escucha
lo que dicen.

DON SIMEON. (*Dentro.*) Sí señor;
muy justo es nuestro furor.

EBANISTA. (*Dentro.*)
Nuestra necedad fue mucha.

DON MIGUEL. (*Dentro.*)
Señores...

DON SIMEON. (*Dentro.*) Robar es esto,
y con engaños muy viles.

EBANISTA. (*Dentro.*)
Venir con los alguaciles
será mejor y mas presto.

DOÑA RUFINA. (*Desesperada.*)
¡Pícaros...! ¿Qué dicen, pues?

DON MIGUEL. (*Dentro.*)
Señores, vamos con modo

y lo arreglaremos todo.

DON ALBERTO. No adivino lo que es.

ESCENA XXVII.

LOS MISMOS, DOÑA RUFINA. DON SIMEON *y* UN EBANISTA *que salen por la derecha.*

DOÑA RUFINA. (*Con gran altanería.*)
¡Qué grande atrevimiento!

DON MIGEEL. Cálmate, prima; escúchame un momento.

DOÑA RUFINA. ¿Y cómo esta canalla...

EBANISTA. ¿Aun se atreve á insultarnos?

DON MIGUEL. Prima, calla.
Se trata de materia
que puede ser arto pesada y seria.

DON ALBERTO. ¿Pero qué ha sucedido?

DON MIGUEL. Que estos señores dicen que han oido,
que se llevó el demonio la fortuna
de nuestro Blas.

DOÑA RUFINA. ¿Qué dices?

DON MIGUEL. Que han robado
á Blas cuanto dinero habia juntado,
sin que salvar pudiera cosa alguna.

DOÑA RUFINA. Mas... ¿Cómo...?

DON ALBERTO. ¿Quién ha dado
noticia tal...

DON SIMEON. No se habla otra cosa,
señores, en Sevilla;
y es que usías lo ignoren maravilla.

ANA. (*Aparte.*)
Siempre por pajarraco
de mal agüero tuve a este vellaco.

DOÑA RUFINA. (*Indecisa.*)
Yo estoy helada, Alberto.

DON SIMEON. Semejante noticia no es sabrosa.

DON ALBERTO. (*A doña Rufina.*)
De escucharla he quedado como muerto.

ANA. ¡Qué chasco!

DON MIGUEL. (*A don Simeon.*) ¿Pero cómo se ha sabido?

DON ALBERTO. Que es equivocacion, sin duda, creo.

DON SIMEON. La noticia ha venido,
señor, esta mañana en el correo,
y ya el aviso tienen
algunos comerciantes...

EBANISTA. Y los ociosos, que á mi tienda vienen
á requebrar las mozas paseantes,
á murmurar, fumar y hablar de toros,
de otra cosa hoy no hablaron
sino de que al indiano le robaron

cerca de Cádiz los piratas moros.
¿Y sabe usted tambien quién me lo dijo?
Perez el corredor, Perez el hijo
del que en frente de gradas tiene lonja;
el que ha metido á su sobrina monja
hace dos ó tres dias.
Y, á la verdad, si usías
(Como dicen y creo)
estaban ya informados,
tomar muebles fiados
es una accion...

DON SIMEON. ¿Y quien con buen deseo
sin prenda ni interes, seis mil reales,
ganados con fatigas y sudores,
de buena fé ha prestado á estos señores
en momentos tan críticos y tales,
qué deberá decir?

EBANISTA. Mis muebles luego
quiero llevarme. No es cosa de juego
perder sin mas ni mas...

DON SIMEON. (*Saca el recibo.*) Este recibo,
que es en verdad legal y ejecutivo,
por si ó por no...

DON MIGUEL. Esperad; que no es creible
la tal noticia.

DON ALBERTO. (*Con entereza.*) ¿Cómo, si el indiano
há media hora llegó tranquilo y sano
y en su alcoba durmiendo...?

DOÑA RUFINA. (*Recobrando su altanería.*) Es imposible.
Esto es solo una hablilla
de muchos envidiosos
en que abunda Sevilla,
que de que asi ocurriese deseosos
por dañarme lo inventan. ¡Picarones!
Pues yo les aseguro á los bribones
que les ha de pesar. Mi buen hermano
ya, á Dios gracias, llegó, y aqui al instante
mentira semejante
vendrá á contradecir.

DON ALBERTO. (*Con seguridad.*) Al punto; es llano.

DOÑA RUFINA. Ya, señores, infiero
de quién es la invencion. Del majadero
don Juan, que resentido
porque darle mi hija no he querido,
con tal embrollo ahora...

EBANISTA. Pues sea como fuere, yo, señora,
mis muebles solo quiero,
ó sino al Asistente...

DON SIMEON. Y yo, sino es demanda impertinente,
y aun existe, señora, aquel dinero...

DOÑA RUFINA. (*Encolerizada.*)
¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué gente!

¿Lo ves, Miguel...? ¿Alberto, tú lo notas?
DON MIGUEL. ¿Por qué asi te alborotas?
DOÑA RUFINA. ¿Y quién tendrá paciencia suficiente?

ESCENA XXVIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *por la izquierda.*

DOÑA PAQUITA. *(Sobresaltada.)*
¡Mamá! ¿Qué ocurre? ¡Ay Dios, y qué enojada!
DOÑA RUFINA. ¡Qué ha de ser! ¿Qué ha de ser, Paquita? Nada.
Gracias de aquel tunante.
DOÑA PAQUITA. ¿De quién?
DOÑA RUFINA. De don Juanito, de tu amante
y de otros envidiosos
que de nuestra fortuna estan rabiosos.
DOÑA PAQUITA. ¿Pero el pobre don Juan...
DOÑA RUFINA. *(Con enfado.)* Calla tú, niña.
ANA. *(Aparte.)*
Don Juan ha de salir á cada riña.
EBANISTA. Señores, concluyamos.
DON SIMEON. Ruego que pronto, pues de priesa estamos...
DON ALBERTO. ¿Con que ustedes, señores...
DOÑA RUFINA. Dan crédito á los tontos habladores;
mas para convencerlos
y lograr contenerlos
esto será mejor. *(Se acerca á la puerta del fondo, y dice en voz alta:)*
Sal pronto, hermano,
despierta, y confundidos
á estos dos atrevidos
deja y á todo el pueblo sevillano.

ESCENA XXIX.

LOS MISMOS. DON BLAS. *Sale por la puerta del fondo estregándose los ojos, y bostezando como quien despierta de un profundo sueño.*

DON BLAS. ¿Con que ni dormir se puede
en esta maldita tierra...?
¡Jesus y qué gritería!
¿Qué voces, decid, son estas?
Me pareció que en el mar
corriendo estaba tormenta.
¿Qué ha ocurrido...? ¿Qué acontece?
¿Estos hombres qué desean?
DON SIMEON. *(A Ana.)*
¿Es este el señor indiano?

EBANISTA. (*A Ana.*)
¿Es don Blas?

ANA. ¿Pues no lo aciertan?

DON SIMEON. (*Acercándose á don Blas.*)
Yo, señor, soy...

EBANISTA. (*Adelantándose.*) Yo ebanista...

DON ALBERTO. (*Dudoso.*)
Son...

DOÑA RUFINA. (*Con resolucion.*)
No es tiempo de reserva.
Estos dos son acreedores
de quien estando en urgencia
nos fué preciso valernos...

EBANISTA. Yo un sofá, cómoda y mesa,
por los respetos de usté,
vendí...

DOÑA RUFINA. (*Interrumpiéndole.*)
Fue de esta manera.
Necesitando unos muebles
para poner con decencia
tu cuarto...

DON SIMEON. Y yo, señor mio,
á la señora marquesa
y á este señor vuestro hermano
y al capitan, viendo que era
justo que con aparato
tal persona recibieran,
por servirlos les presté
seis mil reales en moneda
sin tener mas garantía
que una carta...

DON BLAS. Estos chochean.
¿Qué tengo con eso yo?

DON SIMEON. Ya descampa, y llueven piedras.
¿Qué teneis con eso vos...?

EBANISTA. Mis muebles...

DOÑA RUFINA. En dos paletas
yo te aclararé el enigma.
Estos hombres con quien deuda
es verdad que contragimos,
y todo es una friolera,
se vienen con la embajada
de que tu fortuna inmensa
se la ha llevado el demonio;
y tal disparate piensan
que es verdad, porque unos necios
con intencion nada buena,
andan por toda Sevilla
divulgando...

DON SIMEON. Por muy cierta
la noticia nos han dado.

DOÑA RUFINA. (*Con gran seguridad.*)

Ya ves que cosa tan necia.

DON BLAS. (*Con mucha calma.*)
Rufina, no es necedad.
La noticia es verdadera.
Es un evangelio, sí.
Estando de Cadiz cerca,
dos jabeques berberiscos,
en una noche de niebla,
abordaron mi fragata;
fue imposible hacer defensa,
y todo me lo robaron;
todo, todo.

DOÑA RUFINA. (*Suspensa.*) ¿Hablas de veras?

DON ALBERTO. (*Dudoso.*)
Pero..., Blas...

DON BLAS. Una desgracia
imprevista...

DON MIGUEL. ¿Y resistencia
hacer no te fue posible...?

DON BLAS. ¿No veis que fue una sorpresa?
Veinte cajas se llevaron
todas de dinero llenas;
gran cantidad de oro y plata
en barras, una completa
vajilla, varios productos
preciosos de aquellas tierras,
y... hasta mi equipage.

DOÑA RUFINA. (*Dando muestras de desmayarse.*)
¡Ay Dios!

DOÑA PAQUITA. (*Sosteniendo à su madre.*)
¡Ay, mamá!

DOÑA RUFINA. ¡Jesus!

DON ALBERTO. (*A Ana.*) Acerca
una silla... pronto.

DON BLAS. (*Con ternura.*) ¡Hermana!

DOÑA RUFINA. (*Sentándose en una silla que le trae Ana.*)
¡Válgame Dios...! ¿Quién dijera
aun no hace un cuarto de hora
tal desgracia?

EBANISTA. Si era cierta
la noticia ahora se ve.

DON SIMEON. (*Acercándose á doña Rufina.*)
Gracias infinitas sean
dadas al Señor de todo.
El da y el quita la hacienda;
y pues la salud, señora,
benigno á usía la deja
dénsele gracias. Tal vez
su condenacion eterna,
su absoluta perdicion
iban á ser las riquezas;
y mas vale en todo caso...

DOÑA RUFINA. (*Con enfado.*)
Esas son cosas muy buenas,
mas no para este momento.

DON BLAS. Pero, Rufina, contempla...

DOÑA RUFINA. ¡Pues buenos hemos quedado!

EBANISTA. (*Aparte enternecido.*)
Lástima me dá de verla.
Claro es que de buena fé
me hizo la compra. ¡Paciencia!

DON SIMEON. Yo, mis señores, no puedo
(Dios sabe lo que me pesa)
menos de que este recibo
se me asegure, ó con prenda
suficiente, ó aprontando
la corta suma que reza,
pues que ya no hay esperanzas
y es notorio...

DON MIGUEL. (*Con enfado.*) Tanta priesa
no es justa, don Simeon.
Aun no ha pasado hora y media,
¿y ya exige usted...

DON SIMEON. Amigo,
yo he de mirar por mi hacienda.
Si seguridad bastante
no me dan, me será fuerza
acudir á la justicia
y á mi pesar...

EBANISTA. Por mi cuenta
no se aflijan sus mercedes.
Es solo una friolera.
Yo esperaré...

DON SIMEON. Pues yo no.

DON BLAS. (*Con resolucion á don Simeon y al ebanista.*)
Con que... ¿ustedes qué desean?

DON SIMEON. Yo el pago de este recibo.

EBANISTA. Yo, nada.

ANA. ¡Qué diferencia!

DON BLAS. (*Al ebanista.*)
Pues usted, señor maestro,
por sus muebles nada tema,
que son mios. ¿Cuanto importa?

EBANISTA. Treinta y dos duros.

DON BLAS. Pues queda
pagárselos á mi cargo.
¿Si usted quiere como prenda
este reló que salvé, *(Saca el reloj.)*
yo no sé de que manera...

EBANISTA. ¡Qué...! No señor... Por mi parte
á nadie se hará molestia.

DON SIMEON. (*Mostrando el recibo.*)
Yo presento este recibo
y exijo que al punto sea

pagado. Sino, en el dia
acudiré á quien convenga.

DOÑA RUFINA. ¡Picaron!

DON ALBERTO. ¡Vil usurero!

DON BLAS. (*Con gran frialdad á don Simeon.*)
Pues haga usted lo que quiera,
por que yo, amigo, no puedo
encargarme de tal deuda,
ni yo le he pedido nada,
ni usted nada á mí me presta.

DON SIMEON. Mas, señor, por su respeto
tal cantidad, sin cautela...

DON BLAS. ¿y mandé yo á usted acaso
que por mi respeto diera?

DON SIMEON. ¿Con que no se me asegura?

DON BLAS. Lo que es yo... *requiem æternam.*

DON SIMEON. (*Sofocado.*)
Pues yo sabré de esta estafa
vengarme, y con las setenas
hacerme pagar.

DON ALBERTO. Amigo,
buena caridad es esa.

DON SIMEON. No entiendo de caridades
cuando al dinero me llegan.
Yo haré que todos ustedes
de la burla se arrepientan. (*Vase.*)

DON MIGUEL. Esperad, don Simeon.

EBANISTA. Por mí, señores, no hay priesa.

ESCENA XXX.

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON *y* EL EBANISTA.

DOÑA RUFINA. ¡Válgame Dios...! Pero, Blas,
yo no acabo de creer
que esto verdad pueda ser.
Sin duda embromando estás.
Si acaso por aburrir
á estos tacaños dijiste
que tus riquezas perdiste,
dinos ya...

DON BLAS. ¿Qué he de decir?
¡Ojalá mentira fuera!
Y aunque harto afligirte siento,
no lo dudes ni un momento;
la noticia es verdadera.
Los piratas me han robado
hasta el último alfiler.
Sino, ?me habias de ver
tan sucio y tan desastrado?

DOÑA RUFINA. ¿Con que es verdad?
DON BLAS. ¿Hay tal tema?
Sí; sin duda.
DOÑA PAQUITA. (*Con ternura.*) ¡Pobrecito!
DOÑA RUFINA. (*Con repentino furor.*)
¡Y qué, pícaro maldito!,
¿lo dices con tanta flema?
DON BLAS. ¡Rufina...
DOÑA RUFINA. (*Levantándose de la silla.*)
¡Gran majadero...!
¿Se habrá visto necio tal?
¿Con que asi, enorme animal,
perdiste nuestro dinero?
DON BLAS. ¡Rufina...! ¿Te has vuelto loca?
DON ALBERTO. No dice locura alguna.
Perder asi la fortuna
es necedad y no poca.
¿Por qué precauciones, Blas,
no tomaste... ¿No es demencia
á la luna de Valencia
dejarnos sin mas ni mas?
¿Por qué un barco no fletaste
armado? ¿Por qué un comboy,
viendo lo que pasa hoy,
mentecato, no esperaste?
DON MIGUEL. Fue muy grande necedad
el peligro no advertir...
DON BLAS. (*Con chunga.*)
¿Con que debí de venir
en el navío Trinidad?
DOÑA RUFINA. ¿Ahora te vienes con chistes?
¡Pues como eres tan gracioso...!
DON BLAS. Que era en estremo chistoso
no hace mucho que dijistes.
DON MIGUEL. (*Con desprecio.*)
Todo ha sido cobardía,
y vileza todo ha sido.
¿Por qué no se han defendido?
¡Collones!!!
DON BLAS. (*Con entereza.*) Tu valentía,
primo, alabo. Si tú hubieras
estado allí, en la sentina
como un cuitado gallina
no dudo que te escondieras.
De tales brabos reniego,
que no es gran brabura estar
hecho solo á blasfemar
allá en la casa de juego.
DON MIGUEL. Soy un militar de honor
y tengo al lado una espada
con que daré una estocada
al mismo Cid Campeador.

DON BLAS. ¿Honor... siendo un petardista?
¡Espada...? Suele quizás
traerla de adorno y no mas
quien tiene lengua tan lista.

DON MIGUEL. ¡Te atreves...

DON BLAS. (*Con resolucion.*) Me atrevo; sí.
Á mis hermanos aguanto;
pero ¡por el cielo santo
que no he de sufrirte á tí!

DON ALBERTO. (*Metiéndose en medio.*)
¡Señores, por Dios...

DOÑA RUFINA. (*A don Blas con gran cólera.*)
¡Gran necio!!!

DON BLAS. (*Con tranquilidad.*)
Rufina, no te sofoques.

DOÑA RUFINA. Vete, y más no nos provoques.

DON MIGUEL. (*Retirándose.*)
Solo merece desprecio.

DOÑA RUFINA. Por tu venida maldita
la mas buena proporcion
de tener colocacion
ha perdido mi Paquita.

DOÑA PAQUITA. Mamá, por Dios... ¡Pobre tio!

DOÑA RUFINA. ¡Mentecato!

DOÑA PAQUITA. Al cabo es...

DOÑA RUFINA. Solo un perdido, un mantés.

DOÑA PAQUITA. (*Afligida.*)
Lástima me dá... ¡Dios mio!

DOÑA RUFINA. (*Llorando.*)
Y á mí tambien me has quitado
mi felicidad colmada.
Pero no te importe nada; (*A don Miguel.*)
no, Miguel... Aun me ha quedado...

DON MIGUEL. (*Interrumpiéndola con desden y en voz baja.*)
Calla. Despues hablaremos...
No lo eche todo á perder.

DOÑA RUFINA. Yo resuelta estoy á hacer...

DON MIGUEL. (*Con enfado.*)
Calla, por Dios. Ya veremos.

DOÑA RUFINA. (*A don Blas con despecho.*)
Y tú, marchate de aqui.

DON BLAS. Rufina, ¿y aquel amor
que con tan grande calor
há un rato mostraste? Di.

DON ALBERTO. ¡Con buen recuerdo te vienes!

DON BLAS. Conozco de esta manera
que aquel cariñazo era
no á vuestro hermano; á sus bienes.

DOÑA RUFINA. Muchito,

ESCENA XXXI.

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la derecha.*

PASCUAL. Aqui está ya todo.
Pero ¡ vaya una comida !
¡ Qué capon ! ¡ Qué pastelillos !
¡ Qué temblonas jaletinas !
Viene la cosa completa.
Hay dulce seco y de almibar;
hay... ¿ Qué sé yo...? Dos gallegos
lo traen en las angarillas.

DOÑA RUFINA. Bestia; puedes á la calle
tirar todo.

DON BLAS. No en mis dias,
no; porque yo he de comerlo.

PASCUAL. (*A Ana aparte.*)
¿ Qué es, Ana, esta tremolina?

ANA. ¿ Qué ha de ser...? Que los demonios
nos han echo una visita.

DOÑA RUFINA. (*Desesperada.*)
Tiradlo todo á la calle.
Ya no es menester comida.
Veneno, solo veneno
es lo que quiero.

DON BLAS. (*Admirado.*) ¡ Rufina !!!

DOÑA RUFINA. (*A don Blas.*)
Te detesto... Vete al punto.

DOÑA PAQUITA. ¡ Mamá !

DOÑA RUFINA. Déjame, Paquita,

DOÑA PAQUITA. Vamos adentro, mamá...
Será mejor...

DOÑA RUFINA. Vamos, hija.
Por no ver á ese mostrenco
á los infiernos me iria.

DON ALBERTO. (*A don Miguel.*)
Dejemos á ese perdido.
Vente, vente con Rufina.

DON MIGUEL. Yo me voy á...

DOÑA RUFINA. (*Andando hácia la puerta de la izquierda.*)
¡ Qué Miguel ¡
¡ En tal conflicto...

DON MIGUEL. No, prima.
Voy á ver si de este chasco
la baraja me desquita.

PASCUAL. Pues yo, en todo caso, iré
á custodiar mis marmitas.

(*Vanse doña Rufina, don Alberto y doña Paquita por la izquierda, y don Miguel y Pascual por la derecha.*)

ESCENA XXXII.

DON BLAS. ANA.

DON BLAS. (*Sin reparar en Ana.*)
Pues señor, ¡buenos parientes
he encontrado! Las noticias
que en Cádiz de ellos me dieron
eran ciertas por mi vida.
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXXIII.

ANA, *sola.*

Tú eres el rey. Ven, Blasito;
nosotros te mimaremos;
los mosquitos mataremos;
¡que haya gran silencio, chito...!
El Señor sea bendito
que da los males y bienes;
mas del mundo en los vaivenes,
como reina el interes,
solo hay una norma, y es:
tanto vales cuanto tienes.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ANA. PASCUAL, *que viene de fuera.*

PASCUAL. Con que, dime, ¿has despedido
á los lacayos?
ANA. Sí; ahora.
Me lo mandó la señora.
¿Mas tú cómo lo has sabido?
PASCUAL. Los he encontrado.
ANA. Ya ves
el trastorno que hay en casa.
PASCUAL. Por cierto que lo que pasa
cosa del demonio es.
¡Qué chasco...! ¡Pobre don Blas!
Yo al pronto no lo creí,
y aunque en la fonda algo oí,
no pensé en ello jamás.
ANA. Lance es de marca mayor.
A mí lástima me han dado.
PASCUAL. Quien á mí me la há causado
es el bueno del señor.
Y, tambien la señorita;
mas por el ama...
ANA. En verdad
que su necia vanidad
y su condicion maldita
no merecen compasion.
PASCUAL. ¿Pues y el señor capitan?
ANA. ¡Cuántos á galeras van
que mas hombres de bien son!
PASCUAL. ¿No sabes qué trucha es!
Si yo te dijera á ti...
ANA. ¿Y qué tardas, Pascual? Dí...
PASCUAL. No, que me dirás despues
que soy un grande hablador.
Pero has de saber... No quiero.
ANA. (*Acariciàndole.*)¡
Cuéntame... ¡Anda, majadero!
Pascualito..., hazme el favor...
PASCUAL. ¡Qué curiosa...! Al fin, muger.

ANA. Y *si* es cosa de los amos,
dime, Pascual, ¿á qué estamos
sino á murmurar y oler?

PASCUAL. Pues ofréceme secreto,
porque es cosa de importancia.

ANA. Dime solo la sustancia,
que yo callarlo prometo.

PASCUAL. (*Mirando á todas las puertas para asegurarse que nadie le oye.*)
Pues has de saber que él
en cuanto la plata olió
casarse al punto trató.

ANA. (*Con gran curiosidad.*)
¿Quién, Pascual? ¿Quién?

PASCUAL. Don Miguel.
Pero... ¿A que nadie adivina
la novia...?

ANA. ¡Ya! la muchacha.

PASCUAL. Hablas como una borracha.
Pretende á doña Rufina.

ANA. Anda, embrollon, embustero.

PASCUAL. ¿Piensas que es mentira?

ANA. Sí.

PASCUAL. Pues, amiga, yo lo oí.

ANA. ¡Mucho deslumbra el dinero!
¿Pero... ¿Cómo...?

PASCUAL. Hace tres dias
Que yo ahí dentro oculto estaba,
y aqui la señora hablaba
con su primo boberías.
Me puse atento á escuchar,
y el capitan empezó
á decirle... ¿Qué sé yo?
Cosas para reventar.

ANA. (*Dudosa.*)
Calla, bruto.

PASCUAL. Pues si callo,
¿cómo te lo he de decir?
Era cosa que reir
hiciera no á mí, á un caballo
ver á la vieja hacer quiebros,
y al taimado capitan
muy rendido y muy galan
flores echarle y requiebros.

ANA. ¿Con que ambos se enamoraban?

PASCUAL. Pero con muy casto intento,
pues de santo casamiento
y de nada mas trataban.
Que ya hacia muchos años
que se abrasaba en su fuego,
que estaba por ella ciego
y otras locuras y engaños
el capitan le decia,

y la vieja se mirlaba,
picarillo le llamaba
y los labios se mordia.

ANA. ¡Muy lindo paso, por Dios!

PASCUAL. Pues ayer los encontré
de nuevo y me agazapé
para escuchar á los dos.
Volvieron á los amores
y á reconcomerse el alma,
á hablar de pasion y llama
y á equivoquillos y á flores,
y despues el muy taimado,
mas astuto que el demonio,
le propuso matrimonio
con muy grande desenfado.

ANA. ¿Y en qué quedaron por fin?

PASCUAL. En qué se hizo de rogar
¿quién tal pudiera pensar?
el quintañon serafin.

ANA. ¿Cómo?

PASCUAL. A pesar de que estaba
hecha una jalea toda,
á la apetecida boda
obstáculos encontraba;
diciendo que á perder iba
el título de marquesa,
y que era una cosa esa
para ella muy cuesta arriba.
Pero el remedio dispuso
el galan, como discreto,
y matrimonio secreto
al instante le propuso.

ANA. ¿Y aceptó?

PASCUAL. ¿Qué habia de hacer?
Si un novio se le presenta
cuando ha cumplido cuarenta,
¿lo desprecia una muger?

ANA. ¡Jesus...! ¿A tal vieja quiere?

PASCUAL. El solo quiere pillar
dinero para jugar,
y venga como viniere.

ANA. (*Recapacitando.*)
¡Válgame Dios...! Pero ahora
me haces sospechas tener
de cosas que he visto hacer
al primo y á la señora.
Es cierto. Desde que vino
la carta muy servicial
anda don Miguel, Pascual,
muy obsequioso y muy fino.
Con la primita á paseo,
á misa con la primita...

¡Miren la vieja maldita,
que aun le gusta el galanteo!
Mas ya que llevó el demonio
las esperanzas en flor
tambien llevará este amor
y el tratado matrimonio.

PASCUAL. Pues que de secretos va,
decirte otro es menester,
mas tambien me has de ofrecer
callarlo.

ANA. Dímelo ya.

PASCUAL. Has de saber... Pero no.
Acierta de donde vengo.

ANA. (*Con impaciencia.*)
¿Cómo de acertarlo tengo?
De... de... Pascual, ¿qué sé yo?

PASCUAL. De casa de don Juanito.

ANA. ¿De quién, hombre?

PASCUAL. De don Juan,
el que era novio ó galan
de la niña.

ANA. ¡Habrá maldito...!
¿Te has hechado á corredor...

PASCUAL. ¿A qué?

ANA. A traer y á llebar;
á componer y á ajustar
inconvenientes de amor.

PASCUAL. Calla, lengua viperina.
Si yo á don Juan he buscado,
es porque me lo ha mandado
el ama doña Rufina.
¡Pues muy bonito soy yo
para el papel de tercero!

ANA. No te enfades, majadero.

PASCUAL. ¿Yo alcamones...? Eso no.

ANA. No te amosques, no, Pascual,
que ofenderte no es mi intento.
Además que en casamiento
intervenir no es gran mal.

PASCUAL. Hija, yo en nada intervengo,
si de hombre y muger se trata,
ni por cien montes de plata;
que de gente honrada vengo.
Si á buscar á don Juan fui,
con recado fué del ama.

ANA. ¿Qué quiere de él?

PASCUAL. Que lo llama.

ANA. ¿Le pide que venga?

PASCUAL. Sí.
Como el diablo la fortuna
del indiano se llevó,
busca al que antes despreció.

ANA. No tiene vergüenza alguna.
Pero, Pascual, ¿Qué recado
te dió la señora? Dí.

PASCUAL. Que al momento venga aqui.

ANA. ¿Y tú á don Juan se la has dado?

PASCUAL. Sin duda. Y lo bueno está
que me encargaron lo diera
como que de parte era
de la señorita.

ANA. Ya.

PASCUAL. Mas yo no quise mentir,
y le dije que es el ama
quien con tal priesa lo llama.

ANA. ¿Y él ha quedado en venir?

PASCUAL. No sé. Habia mucha gente
en la tienda, y un criado
me dijo que le habia dado
á su padre un accidente
por cierta mala noticia...

ANA. *(Sorprendida mirando á la puerta del fondo.)*
¡hay, que viene aqui don Blas!

PASCUAL. ¿Y qué importa?

ANA. Que... quizás...

PASCUAL. No tiene tanta malicia.

ESCENA II.

LOS MISMOS. DON BLAS, *por el fondo.*

DON BLAS. *(Con una carta en la mano.)*
Hazme, Pascual, el favor
de llevar en el momento
esta carta.

PASCUAL. Como un viento
voy á serviros, señor.

DON BLAS. Nombre y señas puedes ver
en el sóbre, y diligente...

PASCUAL. Solo hay un inconveniente;
y es que yo no sé leer.

DON BLAS. *(Leyendo el sobre.)*
Pues imponte. Dice asi:
A don Juan Antonio Greda,
en el arco de la Seda,
número tres. ¿Estás? Di.

PASCUAL. *(Tomando la carta.)*
¡Toma, toma...! ¿Que si estoy...?
Ya conozco al perillan.
Ana, ¡si es nuestro don Juan!
Al momento, señor, voy.

DON BLAS. ¿Le conoces?

PASCUAL. ¡Pues si era
novio de la señorita!

DON BLAS. *(Con interés.)*
¿De mi sobrina Paquita...?

PASCUAL. *(Viendo que Ana le hace señas.)*
Voy al punto.

DON BLAS. *(Deteniéndole.)* Escucha, espera.
¿Este don Juan será pues
quien con mi sobrina estaba
concertado y que la amaba
con tanta ternura?

PASCUAL. El es.

DON BLAS. *(Suspenso.)*
Pues entonces... Sí... *(Con resolucion.)*
Al instante
la carta le has de entregar,
en su mano y sin tardar.
Mira que es interesante.

ESCENA III.

DON BLAS. ANA.

DON BLAS. *(Sin reparar en Ana.)*
Muy bueno el saber ha sido
que es este mismo don Juan
el novio amable y galan
por mi causa despedido.
(Reparando en Ana.)
¡Hola...! ¿aun estabas aqui...?
¿Dónde mi hermana Rufina,
dónde mi hermosa sobrina
se encuentran? Muchacha, di.

ANA. Como le dió á la señora
la jaqueca...

DON BLAS. ¿Mala está?

ANA. En cuanto rabia le da
esto que le ha dado ahora.

DON BLAS. Pero... ¿no es cosa de cama...?

ANA. ¡Qué! No señor; no hay cuidado.
Tal vez ya le habrá pasado...
Sin duda, porque me llama.
(Mirando à la izquierda.)
Aquí me pienso que viene.

DON BLAS. ¿Viene aquí? Pues yo me voy,
porque conociendo estoy
que ya poco amor me tiene.

ESCENA IV.

ANA, *sola.*

¡Qué amable que es! ¡Pobrecito!
¡Y con qué paciencia lleva
sus desgracias!... Esto prueba
que tiene un genio bendito.

ESCENA V.

ANA. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. (*Enojada.*)
¿Nunca has de contestarme
por mas voces que doy cuando te llamo?
¡Vaya, en desesperarme
cifras tu gusto...! ¿Dónde está tu amo?
¿Fué tal vez á paseo?

ANA. Que allá en su cuarto está, señora, creo.

DOÑA RUFINA. ¿Y Pascual ha venido...?
Porque, si no me engaño, hace un minuto
que charlar le he sentido.

ANA. Ha vuelto; si señora.

DOÑA RUFINA. ¿Y el gran bruto,
por qué de mi recado
la debida respuesta no me ha dado?
Que venga en el momento.

ANA. Otra vez me parece que ha salido.

DOÑA RUFINA. ¡Hay tal atrevimiento...!
Sin duda á la taberna se habrá ido.

ANA. Don Blas le dió una carta...

DOÑA RUFINA. (*Furiosa.*)
Blas de desesperarme no se harta.
¿Y quién, por vida mia,
le mete en disponer de mis criados?
Mucho mejor haria
en irse y en dejarnos descansados.
Pues se engaña por cierto
si piensa aquí dormir.—¡Alberto, Alberto!

ESCENA VI.

LOS MISMOS. DON ALBERTO, *sin uniforme.*

DON ALBERTO. ¿Qué me quieres, hermana¿

DOÑA RUFINA. Tengo que hablarte..
(*A Ana que se retiraba.*) Dime: ¿despediste
á los lacayos Ana?
ANA. (*Desde la puerta.*)
Si señora.
DOÑA RUFINA. ¿Y su ropa recogiste?
ANA. Tambien.
DOÑA RUFINA. Dile á Paquita
que venga.
ANA. Voy. (*Aparte.*) ¡Qué vieja tan maldita! (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO.

DON ALBERTO. ¿Pues, hermana, qué ha ocurrido?
DOÑA RUFINA. Mil cosas que hablar tenemos.
Muy grandes son los apuros,
y es fuerza buscar remedio,
y tomar nuestro partido
con este hermano tan necio.
Si se queda con nosotros
será insoportable peso.
Y su ordinariez, su facha,
y sus bajos pensamientos
van sin duda á abochornarnos
y á descubrir mil secretos.
Todo podia soportarse
en gracia de su dinero;
pero perdido el tesoro...
DON ALBERTO. Por mí váyase al momento,
Tus temores son fundados.
Haz lo que quieras.
DOÑA RUFINA. Yo quiero
decirle que no es posible
tenerle en casa mas tiempo,
y tal vez por aburrido
viéndose aislado y sin medios
se ausentará de Sevilla:
y por mí, vaya al infierno
con tal que de aquí se aleje.
DON ALBERTO. Pero entre tanto, remedio
nuestra situacion no tiene;
y no tan solo nos vemos
con toda nuestra esperanza
convertida en humo y viento;
sino privados tambien
del apoyo y de los medios,
que la boda de la chica
con aquel jóven tendero

nos iba á proporcionar.

DOÑA RUFINA. Para hablarte, hermano, de eso,
te llamo precisamente.
¿Piensas tú que yo me duermo?
Ya al don Juan (que es un cuitado,
un niño á quien le daremos
papilla si tu me ayudas,)
un recado muy atento
de parte de mi Paquita
le he enviado; y sé de cierto
que no se hará de rogar,
porqué de amor está ciego.

DON ALBERTO. La muchacha estará loca
con tal nueva de contento.

DOÑA RUFINA. Mira tú si es mentecata,
que se opone á todo esto,
pensando que es vergonzoso
tras de los desaires hechos
llamarle; y es tan menguada
que ni aun verle quiere.

DON ALBERTO. ¡Bueno!
¡Es una alhaja Paquita!

DOÑA RUFINA. Es necia con todo estremo.
Yo le he estado predicando,
pero todo sin efecto,
y ahora la mandé llamar
á ver si emtrambos podemos
recabar de ella, que al novio
trate de empeñar de nuevo.
Ni otro camino nos queda,
y si en humo se volvieron
todas nuestras esperanzas
por ese Blas tan mostrenco,
agarrarnos es preciso
aunque sea de un clavo ardiendo.
Este buen don Jnan de Greda,
aunque es tambien otro necio,
al fin dota á la muchacha,
tiene crédito y dinero,
y en atrapándolo aquí
á mi cargo queda luego
disponer de sus talegas,
hacerle que tome apego
á los títulos y honores,
que dé un puntapie al comercio,
y que con todas sus fuerzas
ayude nuestros intentos:
y á dar al pobre Miguel
(que está al fin á cargo nuestro)
con que adelantar consiga
su carrera.

DON ALBERTO. Desde luego.

DOÑA RUFINA. Pues aquí Paquita viene.
DON ALBERTO. Al fin la convenceremos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *sin el collar*.

DOÑA PAQUITA. Mamá.
DOÑA RUFINA. Ven acá, hija mia.
Preciso es que te convenzas
de que es ya llegado el dia
(como há poco te decia)
en que á tí misma te venzas.
Aunque segun imagino
no habrá mucho que vencer,
si es que el loco desatino
de aquel tierno amor, tan fino,
se encuentra en el mismo ser.
Don Juan luego ha de venir,
que en tu nombre se ha llamado.
Tú aqui lo has de recibir,
y bien le puedes decir
que lo tratado, tratado.
DON ALBERTO. Sí, sobrina; yo he de ser
el padrino de la boda.
Ya puedes, hermosa, ver
cómo de nuevo encender
de ese novio el alma toda.
DOÑA PAQUITA. ¡Válgame Dios...! ¿Y ha enviado
usted de cierto, mamá,
a don Juan el tal recado
por mí tan desaprobado?
¡Jesus...! ¡Jesus! ¿Qué dirá?
DOÑA RUFINA. Nada. vendrá; y está en tí,
si lo ha ofendido el rigor
con que se le echó de aqui,
saber disculparme á mí,
que todo lo alcanza amor.
DOÑA PAQUITA. ¡Y qué...! ¿Yo le he de rogar
tras de ofensa tan reciente?
Me abochorno de pensar
lo que él puede imaginar,
y lo que hablará la gente.
DON ALBERTO. Anda, tonta; asi se ceban
estos rendidos amantes.
Mientras mas desaires prueban
y mayores golpes llevan,
son mas firmes y constantes.
Dale tú una miradita,
culpa su poco teson,

echa alguna lagrimita,
y al punto verás, Paquita,
que él mismo pide perdon.

DOÑA PAQUITA. (*Con resolucion.*)
Yo esas intrigas no sé
ni pienso que valen nada.
Amo á don Juan; bien se ve,
mas nunca le rogaré.
Su venida es escusada.

DOÑA RUFINA. (*Alterada.*)
¿Ves lo que te he dicho, Alberto?
Es muy gran bestia esta niña.
No hay que pensar en concierto.

DOÑA PAQUITA. Mamá, motivo por cierto
no doy de que usted me riña.

DOÑA RUFINA. Si, mentecata. ¿No ves
que ya en hacerse esta boda
se ofrece grande interes,
porque el solo apoyo es
para tu familia toda?

DON ALBERTO. Lo que yo juzgo, Rufina,
es que poco amor le tiene
al tal don Juan mi sobrina,
cuando no se determina
á hablarle como conviene.

DOÑA PAQUITA. ¡Y qué engañado está usté!
Que mi amor es verdadero
harto se prueba y se ve
tan solo con notar que
degradarme ante él no quiero.
Y porque le adoro yo,
que volviera el mismo dia
en que de aqui se le echó
y en que tanto oprobio oyó,
con el alma sentiria;
porque un hombre ha de tener
para ser amado, honor,
como debe una muger
que querida quiere ser
tener vergüenza y pudor.

DOÑA RUFINA. Esas son filosofías
de las novelas fatales,
y con esas tonterías
siempre quedan para tias
las niñas sentimentales.

DOÑA PAQUITA. ¿Qué novelas leo yo?

DOÑA RUFINA. No repliques, niña, mas.
Mi paciencia se acabó,
y hoy mismo, quieras ó no,
con don Juan te casarás.

DOÑA PAQUITA. Con el alma lo deseo:
ya lo he dicho muchas veces;

mas poderlo alcanzar creo
sin dar ningun paso feo.

DON ALBERTO. Ya esas son ridiculeces.

DOÑA RUFINA. Lo que yo te mande harás:
obedecerme es lo cierto.
¡Pues no nos faltaba mas!
¿Has visto, dime, jamás
tan terca muchacha, Alberto?

ESCENA IX.

LOS MISMOS. DON BLAS, *sale de su cuarto.*

DON BLAS. Mucho de encontrar me alegro
junta la familia toda
para que hablemos un rato,
y arreglemos nuestras cosas.

DOÑA RUFINA. ¡Pues no está mala embajada
con la que sales ahora!
¿Qué tenemos que arreglar?
Es ocurrencia graciosa
que quien perdió su fortuna
de una manera tan tonta
venga con tan necio orgullo
á arreglar agenas cosas.

DON BLAS. (*Con mucha calma.*)
Rufina, de mi desgracia
culpa ninguna me toca;
sí el enorme peso de ella,
pues la pérdida no es floja.
Mas ya remedio no tiene;
por lo cual, hermana, todas
las riñas, reconvenciones
y quejas estan de sobra.
La pena que habeis mostrado
al saberla fue muy propia
del interes y el cariño
que debeis á mi persona;
mas ya pasó aquel momento,
y con mas calma y pachorra
como muy buenos hermanos,
que al fin lo somos, ahora
arreglaremos el modo
de vivir en paz.

DOÑA RUFINA. (*Interrumpiéndole con viveza.*)
¿Con bromas
te vienes...? Por vida mia,
que tu vergüenza es bien poca.

DON BLAS. Escucha, Rufina, un rato.
Muy de prisa te amontonas.

DOÑA RUFINA. ¿Escucharte? ¡Bueno fuera!
Yo no sé por qué no tomas
como debes tu partido.
Que en esta casa incomodas
debes ya de conocer.

DOÑA PAQUITA. ¡Jesus...! ¡Mamá!

DOÑA RUFINA. Calla, tonta,
y vámonos allá adentro
á tratar de lo que importa,
ya que ha osado interrumpirnos
este necio.

DON BLAS. (*Con mucha paciencia.*)
Te alborotas,
hermana, muy pronto. Escucha.

DOÑA RUFINA. Solo el verte me rebota.

DON BLAS. ¡Rufina!!!

DOÑA RUFINA. (*A don Alberto y á doña Paquita.*)
Vamos adentro.

DON ALBERTO. Tu enojo, hermana, reporta.
Escuchémosle, que al cabo...

DON BLAS. (*A don Alberto.*)
Ella se altera y sofoca
porque ha juzgado que todo
se ha perdido, y se equivoca.
Pues aun tenemos bastante
para pasar sin zozobras,
no solo una vida buena,
sino vida regalona.

DOÑA RUFINA. (*Confusa y tomando un aire amable y tranquilo.*)
¿Pues ¡qué! se ha salvado algo...?
Eso, Blas, es otra cosa.

DON ALBERTO. ¿Lo ves, Rufina...? ¿Lo ves...?
Ten cachaza: no seas boba.

DOÑA RUFINA. Con que, dí, Blas, ¿aun podemos...?

DON BLAS. Como sé que te incomoda
cuanto digo, no me atrevo...

DOÑA RUFINA. No me incomodo. Perdona.—
Habla pues. Con que, dí, ¿todo
no se ha perdido?

DON BLAS. (*Tomando una silla y presentándosela á doña Rufina.*)
No.—Toma
esta silla y está atenta.
Paca, Alberto, tomad otras
y en gracias de Dios hablemos
como la gente de forma.

(*Acercan sillas doña Paquita y don Alberto, y se sientan.*)

DOÑA RUFINA. (*Sentándose.*)
Bien; me sentaré.

DON ALBERTO. Sí, hermana.

DOÑA RUFINA. (*A don Blas con cariño.*)
Dinos pues, fuera de broma,
qué has salvado y con qué suma...

DON BLAS. (*Sentándose.*)
Voy allá.—La tarde toda
en calcular he pasado
los recursos que aun nos sobran;
y encuentro que son bastantes
para no andarse á la sopa.
En verdad no viviremos
con la grandeza y la pompa,
que mis perdidos tesoros
prometian, ¿mas qué importa,
si con lo que conservamos,
con decoro y sin tramoyas
y sin apuros podemos
gozar de la vita bona?

DOÑA RUFINA. (*Impaciente.*)
¿Y cuáles son los recursos...
Esplicate mas.

DON BLAS. Ahora.

DOÑA RUFINA. ¿Dejastes algunos fondos
allá en Lima, y á persona
de probidad?

DON BLAS. Ni una hilacha
dejé en tierra tan remota.

DOÑA RUFINA. ¿Pues en letras, por ventura
traias...

DON BLAS. ¡Qué! De otra cosa
muy distinta voy á hablaros.

DOÑA RUFINA. (*Muy inquieta.*)
Pues acaba: no seas posma.

DON BLAS. Ten paciencia, ten paciencia.

DON ALBERTO. (*A doña Rufina.*)
Sí; escucha.

DOÑA RUFINA. ¡Jesus qué sorna!
Me estoy haciendo harinilla.

DON BLAS. Yo tengo buena memoria,
y me acuerdo, hermanos mios,
que en mi época venturosa
tres veces os he enviado
cantidades y no cortas.
La primera, veinte mil
duros: conservo la nota;
otros diez mil la segunda,
y ocho mil, aun no hace ahora
tres años; y los recibos,
como vuestras cartas propias,
que tomásteis estas sumas
justifican y denotan.

DOÑA RUFINA. ¿Ves con lo que sale, Alberto?

DON BLAS. (*Con resolucion.*)
¿No he de lograr que me oigas
sin interrumpirme un rato?

DON ALBERTO. Escuchemos.

DOÑA RUFINA. ¡Dale, bola!

DON BLAS. Yo no dudo, hermanos mios,
que estas cantidades todas
se emplearon cual previne;
y que fincas productoras
habeis con ellas comprado:
y de que así fue me informa
lo que dicen vuestras cartas.
Pues si hay propiedad, ¿qué importa
la desgracia que he sufrido?
Con su producto, que monta
por mi cuenta á dos mil pesos,
puede la familia toda
vivir descansadamente.
Ademas esa bambolla
del uniforme de Alberto
producirá alguna cosa;
pues si nada produjera
fuera una gala bien tonta.
Tu marquesado lo mismo.
Y harto que estais bien denota
ver que teneis dos lacayos,
vajilla de plata, y otras
comodidades y aun lujos,
que nunca los pobres logran.
¿Os faltará economía?
Pues á mí, que de estas cosas
entiendo, el manejo dadme...

DOÑA RUFINA. (*Se levanta interrumpiéndole muy irritada.*)
De escucharte estoy absorta.
¿Nos viene á pedir cuentas...?
¡Pues no faltaba otra cosa!
¿Cómo, atrevido, insolente,
necio, gobernarnos osas?—
Que aqui tengamos ó no,
que en fincas ó en zanahorias
se emplearan las miserias,
que encareces con tal pompa,
que falte ó no economía,
¿á tí, bruto, que te importa?
Vuélvete á ser marinero,
ó aljamel, que con tu tosca
facha y tus sucios modales
jamás serás otra cosa,
y déjanos en paz ya. (*Todos se levantan.*)

DON BLAS. (*Sorprendido.*)
¡Rufina...!!!

DOÑA RUFINA. Vete á una fonda.
Ponte al momento en la calle.

DOÑA PAQUITA. ¡Mamá, mamá...!

DOÑA RUFINA. ¿Qué hay, mocosa?
¿Tambien quieres reprenderme?

¡Pues digo á usted que es historia...

DON ALBERTO. (*Muy apurado.*)
Rufina... Por Dios...

DOÑA RUFINA. Hermano,
¿quién la cólera reporta
oyendo hablar á ese necio,
y quién, dí, no se sofoca
viendo á esta insolente niña
encaramarse á doctora?
Como se parece tanto
en lo vulgar y en lo tonta
é ese zafio, á ese perdido,
su parte y defensa toma...

DOÑA PAQUITA. (*Afligida.*)
Yo..., mamá...

DOÑA RUFINA. (*Furiosa.*) Calla, Paquita.
Vete de aquí... ¡Vete, loca!

DOÑA PAQUITA. (*Llorando.*)
Ya me voy.

DOÑA RUFINA. Vete al instante;
jamás ante mí te pongas;
sino de una bofetada
te baño en sangre la boca.
(*Vase doña Paquita por la derecha.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, *menos* DOÑA PAQUITA.

DOÑA RUFINA. Y tú, Blas, ya lo has oido,
aqui en casa nos estorbas.
Antes que la noche llegue
dispon pues de tu persona.

DON BLAS. (*Asombrado.*)
¿Hablas de veras Rufina?
¿De tu casa así me arrojas?

DOÑA RUFINA. Si; como lo has escuchado.

DON BLAS. ¿Y cuando he perdido toda
mi fortuna...? ¿Qué recurso...

DOÑA RUFINA. Amigo, pide limosna,
que á mis costillas no qniero
holgazanes de tu estofa.
Y pues tanto deseabas
vivir en el campo, ahora
métete fraile cartujo.

DON BLAS. Tu consejo me enamora.

DOÑA RUFINA. Pues señor, lo dicho dicho.
Yo en mi casa mando sola.
No quiero tenerte en ella.
A Dios, Blas. Estás de sobra.
(*Vase doña Rufina por la derecha.*)

ESCENA XI.

DON ALBERTO. DON BLAS.

DON BLAS. (*Deteniendo á don Alberto que se va detras de doña Rufina.*)
Hermano, escúchame, espera.
¿Rufina se ha vuelto loca?
¿Qué demonios la provoca
á hablarme de esta manera?
¿Por qué es esta furia, Alberto?...
Es una pobre mujer,
y yo caso no he de hacer
de su rábia y desconcierto.
Pero tú que al cabo eres
la cabeza de la casa,
en vista de lo que pasa
dí qué he de hacer; dí qué quieres.

DON ALBERTO. (*Confuso.*)
Yo..., Blas... En todo á Rufina
procuro siempre dar gusto
y á su di ctámen me ajusto.

DON BLAS. Ya sé yo que te domina.

DON ALBERTO. Ella tiene gran talento...
y con razon dice, Blas...

DON BLAS. ¿Con qué diciéndome estás
que me vaya en el momento?

DON ALBERTO. Nada digo... Blas... A Dios;
voy á ver lo que ella manda.

DON BLAS. Haces bien, Alberto; anda...
¡Lástima me dais los dos!

ESCENA XII.

DON BLAS *solo, despues de una larga pausa.*

Ya no hay duda. Bien claro he descubierto,
y Dios de que me pesa es buen testigo,
que cuanto me informó mi fiel amigo
de mi ingrata familia, es harto cierto.
Pero ¡ay! me es cara, y aun á dar no acierto
á su conducta barbara conmigo,
y á su ambicion y orgullo aquel castigo
que merece tan loco desconcierto.
Mas si trató mi amor de disculparlos
en el primer momento, ¿á sangre fria
no acabo mas feroces de encontrarlos?
Tengan el premio y muera mi alegría,

que en hacerlos felices y abrazarlos,
y en gozar sus cariños consistía.

ESCENA XIII.

DON BLAS. DOÑA PAQUITA, *sale de su cuarto, y trae un pequeño bulto liado en el pañuelo.*

DOÑA PAQUITA. (*Vergonzosa y cortada.*)
Tio...
DON BLAS. (*Con mucho cariño.*)
Sobrina mia,
¿qué buscas...? Dilo presto.
¡Mas por qué tan turbada?
¿Qué llanto es ese que en tus ojos veo?
Dí... ¿qué tienes, hermosa?
DOÑA PAQUITA. ¡Ay tio...! Yo no puedo
manifestar bastante
lo que me aflige de mi madre el genio,
ni la terrible pena
que allá en el alma siento
al ver como se porta
con usted, que parece ser tan bueno.
DON BLAS. ¿Qué quieres, inocente!
Desengaños son estos,
que lo que puede muestran
el interés en los humanos pechos;
y que los hombres solo
halagan al dinero
y al poder consideran,
burlándose de amor y parentesco;
porque almas corrompidas
no abrigan los afectos
que pueden por sí solos
proporcionar dulzuras y consuelos.
DOÑA PAQUITA. ¡Ay! de usted la venida,
y sin usté saberlo,
me sumió para siempre
en un mar de dolor y de tormentos.
Las dulces esperanzas
que alentaban mi pecho
por causa de usted, tio,
volaron ya como engañoso sueño.
Y á pesar de este daño
tan grande que me hecho,
inspira el alma mia
tierno cariño y singular respeto.
DON BLAS. (*Abrazándola con ternura.*)
Llega á mis brazos, niña.
No sabes el consuelo

que tus dulces palabras
difunden ¡ay! en mi angustiado pecho.

DOÑA PAQUITA. Una cosa queria.

DON BLAS. ¿Qué quieres...? Dilo luego.

DOÑA PAQUITA. ¿Y usted tio me ofrece
que no se enfadará...?

DON BLAS. Dilo sin miedo.

DOÑA PAQUITA. Harto señor, conozco
que la suerte lo ha puesto
en el mayor apuro,
en que puede encontrarse un hombre recto;
y para remediarlo,
de todo el universo
tener quisiera, tio,
no las riquezas, no; sino el imperio;
mas ya que no me es dado.
Tanto como deseo,
lo que puedo ofrecerle
con toda el alma y corazon le ofrezco.

(*Desenvuelve el pañuelo y saca una cajita que contiene el collar de perlas y los pendientes.*)

Estas hermosas perlas,
este rico aderezo,
que usted tan generoso
me dió sin conocerme, le devuelvo.
Su valor usted sabe;
que lo tome le ruego,
y con su importe, tio,
sin apuros vivir podrá algun tiempo.

DON BLAS. (*Admirado.*)
¿Qué pretendes, muchacha?
¡Niña, qué estás diciendo...?

DOÑA PAQUITA. (*Con resolucion.*)
Si usted, señor, lo acepta
me hará la mas feliz del universo.

DON BLAS. No lo dudo, hija amada,
porque se que es el premio
de acciones semejantes
el sabroso placer de haberlas hecho.
(*Abraza con ternura á doña Paquita.*)
¿Qué puedo responderte?
Nada. Vuelve á mi seno,
porque voces me faltan
con que esplicar lo que en el alma siento.
(*Vuelve á abrazarla.*)

DOÑA PAQUITA. (*Con cariño.*)
¿Con qué usted lo recibe...?

DON BLAS. (*Con gran ternura.*)
Recibirle no debo.
Disfrútale, sobrina,
pues prenda es ya de mi cariño tierno.

DOÑA PAQUITA. Una vez le he estrenado.

Ya le he tenido al cuello...
Ahora usted le disfrute.
¡Ah! no me prive usted de este consuelo.

DON BLAS. Pero, Paquita amada...

DOÑA PAQUITA. Yo usarle ya no puedo,
porque es de mucho lujo
para la situacion en que nos vemos.
Ademas, francamente,
si acaso lo conservo
pronto estará empeñado.
Pronto...

DON BLAS. (*Muy enternecido.*)
Basta, Paquita. Te comprendo.
Le tomo..., sí; le tomo,
(*Toma la cajita, y mirando à la puerta de la izquierda dice:*)
Alguien viene... No quiero
Que me encuentren llorando.
No te arrepentirás de lo que has hecho.
(*Vase á su cuarto.*)

ESCENA XIV.

DOÑA PAQUITA. PASCUAL, *por la izquierda.*

PASCUAL. Buen ánimo, señorita.
Ya está en casa aquel zorzal.

DOÑA PAQUITA. (*Volviendo en sí.*)
¿Quién dices que está, Pascual?

PASCUAL. Una agradable visita.
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XV.

DOÑA PAQUITA. DON JUAN, *por la derecha.*

DOÑA PAQUITA. (*Sorprendida.*)
¡Ay Jesus...!

DON JUAN. (*Turbado.*) ¡Oh trance fuerte!
¡Cuánto el encontraros siento!

DOÑA PAQUITA. (*Confusa.*)
¡El verme os da sentimiento...!

DON JUAN. (*Abatido.*)
Tal es, Paquita, mi suerte.

DOÑA PAQUITA. ¡Si supiérais...

DON JUAN. ¿Qué, mi bien?

DOÑA PAQUITA. Lo que ha pasado en mi casa...

DON JUAN. ¡Ay! lo que en la mia pasa
es lastimoso tambien.

DOÑA PAQUITA. (*Asustada.*)
¿Qué decís? ¿Pues qué sucede?

DON JUAN. ¿Por qué lo quereis saber?
Quien infeliz ha de ser
con nada evitarlo puede.
Yo al momento que os perdí
empezé á serlo, Paquita,
y la suerte precipita
hoy sus males sobre mí.

DOÑA PAQUITA. (*Turbada.*)
No os entiendo... ¿Habeis venido
porque un recado... quizás...

DON JUAN. Paquita, el ver á don Blas
á esta casa me ha traido.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. (*Muy contenta.*)
Bien, muy bien. Asi me agrada.
Como tórtolas estan.
Muy bien venido, don Juan.
Paca, ¿estás ya consolada?

DON JUAN. (*Con seriedad.*)
¡Señora!

DOÑA RUFINA. Desde el balcon
venir gozosa os he visto
tan lindo mozo y tan listo...
Buena, Paca, es tu eleccion.

DON JUAN. ¡Señora!!

DOÑA RUFINA. ¿Qué...? ¿Está enojado?
No se haga usted retrechero.
Pues bien sabe, caballero.
que siempre se le ha estimado.

DON JUAN. Me admiro...

DOÑA RUFINA. (*Con viveza.*) ¿Mimos quereis?
Pues pelillos á la mar
y vamos á concertar
que luego, luego os caseis.

DON JUAN. Advertid, señora, que
ya de muy distinto modo...

DOÑA RUFINA. No conoce usted que todo
por probarle solo fue.
(*A doña Paquita.*)
Desengáñale, hija mia,
conténtale... Dile, pues...

DOÑA PAQUITA. (*Avergonzada.*)
¿Jesus, mamá?

DOÑA RUFINA. Todo es
cariño y zalamería.

DON JUAN. Es otro tiempo, señora:

no á tratar amores vengo.
Hartos infortunios tengo
que me atormenten ahora.

DOÑA RUFINA. ¿Tan presto se os fue el amor?

DON JUAN. (*Afligido.*)
¡Ay! del triste pecho mio
jamas saldrá, yo lo fio,
para tormento mayor.

DOÑA PAQUITA. (*Con vehemencia.*)
¡Ay don Juan...! ¡Mamá...!

DOÑA RUFINA. Al momento
vuestro deseo vereis...

DON JUAN. Por piedad, no acrecenteis
mi dolor y mi tormento.

DOÑA RUFINA. ¿Qué...? ¿No quereis á Paquita?

DON JUAN. (*Con muestras de gran dolor.*)
Con todo el alma la adoro,
es mi bien, es mi tesoro;
mas la suerte me la quita.

DOÑA RUFINA. Ya es vuestra.

DON JUAN. No lo será.

DOÑA PAQUITA. ¿Qué escucho...? ¡Cielos!

DON JUAN. Señora...
mi corazon ¡ay! la adora,
pero la he perdido ya.

DOÑA RUFINA. No os entiendo. ¿Vos perderla?

DON JUAN. Sí... Cuando la pretendia
medios de sobra tenia
con que poder mantenerla.
Pero acabo de quebrar.
Ya mi casa está perdida;
y á quien adoro, en mi vida
Podré, señora, engañar.

DOÑA PAQUITA. ¡Ay de mí...! ¡Cielos! ¿Qué dice...?
(*Como queriendo abrazar à don Juan.*)
¡Oh, don Juan...!

DOÑA RUFINA. (*Conteniéndola.*) Niña, contente.

DOÑA PAQUITA. ¡Mamá!

(*Corre á sentarse en la silla mas inmediata con muestras de desmayarse.*)

DOÑA RUFINA. (*A don Juan con enfado.*)
¡Jesus...! ¡Qué imprudente
que está usted!

DON JUAN. ¡Soy infelice!

DOÑA RUFINA. (*Se acerca á su hija, y dice gritando:*)
Ana...! Ven, Ana... Ven presto.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. ANA, *apresurada.*

ANA. ¿Qué ha ocurrido?

DOÑA RUFINA. Agua al instante.

DON JUAN. ¿Hay martirio semejante?

ANA. (*Acercándose con cariño á doña Paquita.*)
Doña Paquita... ¿Qué es esto?

DOÑA PAQUITA. (*Se levanta y se apoya en Ana.*)
Nada...

DOÑA RUFINA. En tu cuarto mejor...

DOÑA PAQUITA. (*Abatida.*)
Si... mejor será... Me voy.

DON JUAN. ¡Esto miro, y vivo estoy...?

DOÑA PAQUITA. (*Yéndose poco á poco sostenida por Ana.*)
¡Don Juan! ¡Don Juan!

DON JUAN. ¡Oh dolor!

(*Vase doña Paquita con Ana y don Juan queda á un lado sumergido en el mas profundo abatimiento, y á otro doña Rufina muy pensativa.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. (*Aparte despues de un rato de silencio.*)
Ya veo que la fortuna
contra mí se ha declarado,
de modo que no ha dejado
abierta puerta ninguna.
(*Acercandose á don Juan con seriedad.*)
Tiene usté razon, don Juan.
Si su fortuna perdió,
como honrado se portó;
que hombre pobre no es galan.
Ni yo mi hija le diera,
porque soy muger prudente.
Pero tan raro accidente
¿cómo fue, de qué manera?

DON JUAN. (*Volviendo en sí.*)
¿Qué puedo deciros yo?
Que vuestro hermano don Blas,
porque no hay, señora, mas,
nuestra quiebra ocasionó.

DOÑA RUFINA. ¿No lo he dicho...? Ese jumento
no solo á sí se ha arruinado,
mas tras de sí habrá llevado
la fortuna de otros ciento.

DON JUAN. No; don Blas nada ha perdido.

DOÑA RUFINA. (*Admirada.*)
¿Qué decís? ¿Pues sus tesoros
robados por unos moros,
cerca de Cádiz, no han sido?

DON JUAN. Sí señora: mas traía
todo, todo asegurado,

y debe serle abonado
todo, por la compañía.

DOÑA RUFINA. (*Muy solícita.*)
Esplicadme: no comprendo
el asegurar qué es,
ni esa compañía, pues
de estas cosas nada entiendo.

DON JUAN. El seguro, en conclusion,
es quien responda tener
de que no se ha de perder
alguna especulacion,
con lo que el interesado
en suma no arriesga nada,
porque el daño se traslada
á aquel que lo ha asegurado,
y hay un establecimiento
formado por negociantes,
que dan fianzas semejantes
cobrando el tanto por ciento.
Don Blas, como hombre advertido,
cuando de Lima salió
sus fondos aseguró,
por lo que nada ha perdido.

DOÑA RUFINA. ¿Pues los trescientos mil duros
que traia en la fragata...?

DON JUAN. Los tiene al momento en plata.
y los tiene muy seguros.

DOÑA RUFINA. ¿Con que los tiene...?

DON JUAN. Sin duda.

DOÑA RUFINA. (*Fuera de sí de contento.*)
Alberto, Alberto, ven luego;
aún no hemos perdido el juego;
la fortuna nos ayuda.
Ven al momento, y tú, Ana,
sal al punto.

DON JUAN. (*Aparte.*) ¡Qué muger?

DOÑA RUFINA. Hoy loca me he volver:
todo mi suerte lo allana.
Pero... ¿Usted cómo perdió...?

DON JUAN. Porque en la tal compañía,
aunque harto yo me oponía,
mi buen padre se metió.

DOÑA RUFINA. (*Sin hacer caso de don Juan.*)
¡Alberto!

DON ALBERTO. (*Dentro.*) Ya voy, muger.

DOÑA RUFINA. Pues, don Juan, en el instante
aqui el dinero contante
hoy mismo se ha de poner.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS. DON ALBERTO.

DON ALBERTO. ¿Qué diablos ha sucedido,
que con tanta priesa estás?
DOÑA RUFINA. Que nuestro querido Blas
nada, nadita ha perdido.
El señor puede contarte
lo que ocurre, y de qué modo
ha logrado salvar todo.
DON ALBERTO. (*Confuso.*)
No sé que crédito darte
ni comprendo lo que es esto.
Esplicate, hermana. pues.
DOÑA RUFINA. Hermano, la cosa es...
Don Juan lo dirá mas presto.
DON JUAN. (*A don Alberto.*)
¿No lo saben? Que don Blas
sus fondos aseguró,
por lo que nada perdió.
No es menester decir mas.
Yo soy el comisionado
de la triste compañía
de seguros, que en el dia
con este asunto ha quebrado,
porque trescientos mil duros
no es, señor, una friolera;
y sabeis que no hay espera
en esto de los seguros.
De Cádiz aviso tengo
que cien mil ya tiene allí,
y á tratar del resto aquí
con el mismo don Blas vengo.
DON ALBERTO. (*Suspenso.*)
¡Muy bien?
DOÑA RUFINA. ¿Con qué listos ya
cien mil hay?
DON JUAN. En el instante.
DOÑA RUFINA. ¿Y la cantidad restante?
DON JUAN. Don Blas no la perderá.
DON ALBERTO. ! Buena fortuna por cierto!
DOÑA RUFINA. (*Acercándose à la puerta de la izquierda.*)
Ana, ven al punto; ven.
¿Quién con tanta dicha, quién
no ha de delirar, Alberto?

ESCENA XX.

LOS MISMOS. ANA.

ANA. Señora, ¿qué manda usté?

DOÑA RUFINA. (*Con gran contento.*)
No es nada; cosa de juego.
Vuelvan los lacayos luego,
vuelvan al punto.

ANA. Pues ¿qué...

DOÑA RUFINA. Nada se ha perdido, nada.
Que esté la comida presta
y ten la mesa dispuesta,
pues nuestra suerte es colmada.

ANA. (*Dudosa.*)
Señora. no sé qué diga,

DOÑA RUFINA. Se han salvado los tesoros,
y á los corsaritos moros
podemos dar una higa.

ANA. ¿Pero es posible?

DOÑA RUFINA. Ana, si;
mas éntrate en el momento
de Blasito al aposento,
y dile que salga aquí.
(*Vase Ana por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

DON ALBERTO. Rufina, ¿qué te parece?

DOÑA RUFINA. Estoy de gozo alelada.

DON ALBERTO. Don Juan, y queda arruinada
la compañía?

DON JUAN. Perece.

ESCENA XXII.

LOS MISMOS, ANA. DON BLAS, *con el mismo vestido con que vino la primera vez.*

DOÑA RUFINA. (*Acercándose á don Blas con mucho cariño.*)
¡Bien, Blasito te has burlado!
Ven acá, ven buena pieza.
¿Quién te puso en la cabeza
darnos chasco tan pesado?

sabiendo el grande interés
que por tí todos tenemos,
ha sido...

DON BLAS. (*Interrumpiéndola con seriedad.*)
Luego hablaremos.
¿El que me busca quién es?

DON JUAN. Yo, que tengo comision
de los aseguradores...

DOÑA RUFINA. Al fruto de tus sudores
Dios echó la bendicion.

DON BLAS. (*Mirando cariñosamente á don Juan.*)
¿Usted sin duda será
don Juan Antonio de Greda?

DON JUAN. Quien con cuanto valga y pueda
gozoso á usted servirá.
Y no era, señor, preciso
haber la carta enviado,
pues de Cádiz me ha llegado
de todo directo aviso,
y ya estaba yo dispuesto
á venir en el instante,
que el negocio es importante
y ha de transigirse presto.
(*Saca unos papeles.*)
Este es, señor, el contrato,
y esta carta le previene
que cien mil duros ya tiene
en Cádiz á su mandato.
Los doscientos mil siguientes
no puede la compañía
aprestarlos en el dia,
pues no hay fondos suficientes;
mas fianzas presentará,
y si usted no halla embarazo,
en un convenido plazo
el total satisfará.

DOÑA RUFINA. (*Con viveza.*)
¿Qué embrollos son estos? Di.

DON BLAS. (*Con frialdad leyendo los papeles.*)
No me distraigas mujer.

DON JUAN. (*Cortado.*)
Yo, á la verdad, pretender
no osara nada por mí;
y aunque desde el mismo punto
en que la nueva llegó
mi anciano padre cayó
malo y casi está difunto,
porque es de la compañía
y es ya su quiebra segura,
sé llevar la desventura
con firmeza y valentía;
pero, cual comisionado

por los otros ruego á usted
que ese respiró les dé;
y quedará hipotecado...

DOÑA RUFINA. (*Con viveza metiéndose en medio.*)
¿Cómo...? ¡No faltaba mas...!
El dinerito al momento.
Para eso el tanto por ciento
se pagó.—No accedas, Blas,
Al punto una ejecucion
y venderles la camisa.
Pagar es cosa precisa,
y doblon sobre doblon.

DON ALBERTO. (*Conteniéndola, y llevándosela aparte.*)
Calla, Rufina, por Dios.

DOÑA RUFINA. No, que es muy bueno Blasito
y este truchiman maldito...

DON ALBERTO. Ya se entenderán los dos.

DOÑA RUFINA. (*Volviendo à meterse en medio.*)
Don Juan, no hay que pretender...

DON JUAN. (*Con resentimiento.*)
Yo por mí nada pretendo.

DOÑA RUFINA. Ya los designios comprendo...

DON BLAS. (*Con enfado.*)
Calla la boca mujer.
Sea usted, señor, servido (*A don Juan.*)
de venir á mi aposento,
donde á solas al momento
quedará esto concluido.
Los conciertos firmaré
y buscaremos el modo
de que en paz se arregle todo.

DON JUAN. Siempre, señor, lo esperé.
(*Vanse los dos por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXIII.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA. ANA.

DOÑA RUFINA. (*Inquieta.*)
Todito se va á embrollar.
A ver lo qne tratan voy,
porque temiéndome estoy...

DON ALBERTO. (*Conteniéndola.*)
Déjalos Rufina, hablar.

DOÑA RUFINA. ¿No conoces...

DON ALBERTO. Ten prudencia.

DOÑA RUFINA. ¡Jesus! por mí gusto entrara
y á ese tenderillo echara...

DON ALBERTO. Rufina... ¡Por Dios...! ¡Paciencia!

DOÑA RUFINA. (*Reparando en Ana.*)
Ana... ¿y con tal flema estás...?

¿Los lacayos han venido?

ANA. ¡Si há un instante que se han ido!

DOÑA RUFINA. ¿Por qué á buscarlos no vas?
Yo no sé por qué estuviste
en echarlos tan ligera,
pues esta es la vez primera
que puntual obedeciste.
¿Y la niña?

ANA. Adentro está
llorando.

DOÑA RUFINA. ¡Llanto bien tonto!
Anda á decirle que pronto
se consuele y venga acá,
(Vase Ana por la izquierda.)

ESCENA XXIV.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. ¿Por qué estás tu tan callado?

DON ALBERTO. Porque siento la aspereza
que con tanta ligereza
con Blas hemos usado.

DOÑA RUFINA. Déjalo á mi cargo todo,
un bobalicon es él,
y yo de tornar en miel
el acibar tendré modo.

DON ALBERTO. Mucho fio en tu talento,
¿pero qué...?

DOÑA RUFINA. Lo que has de hacer
es irte, hermano, á poner
tu uniforme en el momento.

DON ALBERTO. (*Admirado.*)
¡Rufina!

DOÑA RUFINA. Sin duda, sí.

DON ALBERTO. Mujer... ¿tú no consideras...?

DOÑA RUFINA. Haz, Alberto, lo que quieras,
pero me parece á mí...

ESCENA XXV.

LOS MISMOS. ANA. DOÑA PAQUITA, *por la izquierda.*

DOÑA PAQUITA. ¿Es cierto, es cierto, mamá,
lo que Ana me ha dicho...?

DOÑA RUFINA. Es
muy cierto. Alégrate, pues.
Nuestra suerte fija está.

DOÑA PAQUITA. ? Ay... ! ¡ Si yo á aquel desgraciado
pudiera...

DOÑA RUFINA. ¡ Niña...! ¿ Qué dices ?
Calla y no me encolerices.

DOÑA PAQUITA. ¡ Infeliz...!!!

DOÑA RUFINA. *(Irritada.)* ¿ Pues qué has pensado...?
¿A qué es ese desconsuelo...?
¿ Quién mayor tontera vió ?

DOÑA PAQUITA. *(Llorando.)*
¡ Ay... ! ¡ Qué feliz fuera yo
si mi tio... ¡ Santo cielo !

DOÑA RUFINA. No me apures. Puedes ya
mostrarte alegre.

DOÑA PAQUITA. ¡ Ay de mí !

DOÑA RUFINA. Si tu tio te ve asi,
dí, bestia, ¿ qué pensará ?

DOÑA PAQUITA. Déjeme usted, que en mi alcoba...

DOÑA RUFINA. ¿ Qué es lo que dices, Paquita ?
Aqui conmigo. Y me irrita
ver esa pena tan boba.
Aqui, y contenta has de estar.

DOÑA PAQUITA. Yo, mamá, no sé fingir.

DOÑA RUFINA. Si no te veo reir,
los bofes te he de sacar.

ESCENA XXVI.

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la izquierda*

PASCUAL. Aqui está otra vez, señores,
aquel honrado vejete.

DON ALBERTO. *(Admirado.)*
¡ Otra vez don Simeon !

DOÑA RUFINA. ¿ Y el infame qué pretende ?
Que suba al punto, y verá
cómo le casco las nueces.
¡ Picaron... ! Dile que venga.

PASCUAL. *(Mirando á la puerta.)*
No es menester, que ya viene.

ESCENA XXVII.

LOS MISMOS. DON SIMEON.

DON SIMEON. *(Haciendo muchas reverencias.)*
Despues de haber dado gracias
al Señor Omnipotente
porque ha preservado á usías

de una deplorable suerte,
vengo á darles muy rendido
los mayores parabienes,
y á que mi señor don Blas
por su siervo reverente
me tenga y me reconozca,
y en su gracia me conserve.

DOÑA RUFINA. Que habla usted muy de otro modo
que hace un rato, me parece.

DON SIMEON. Siempre he respetado á usías
y á su clase cual se debe.
Si una noticia inexacta
pudo repentinamente...,
jamas eran mis intentos...

ESCENA XXVIII.

LOS MISMOS. DON MIGUEL, *por la derecha.*

DON MIGUEL. (*Despechado.*)
Maldita sea mi suerte,
maldita mil veces sea,
y maldito cien mil veces
el que inventó la baraja.

DOÑA RUFINA. (*Muy solícita.*)
¿Qué te sofoca? ¿Qué tienes?

DON MIGUEL. Un dineral he perdido.

DON ALBERTO. ¡Mas... ¿lo has perdido, ó lo debes?

DON MIGUEL. Lo debo. Y es á persona
á quien faltar no se puede,
porque es capaz...

DOÑA RUFINA. No te importe,
que hay recursos suficientes.

DON MIGUEL. Ese Blas, ese perdido
de todo la culpa tiene.

DOÑA RUFINA. (*Muy apurada.*)
Calla, Miguelito, calla.

DON MIGUEL. ¿Qué he de callar?

DON ALBERTO. Nos conviene.

DON MIGUEL. (*Sin escuchar á nadie.*)
¿Se ha marchado ya de casa?
Los demonios se lo lleven.
Hablando de su aventura,
me distraje, y cuatro veces
equivoqué una judía...
Lo mato si llego á verle.

DOÑA RUFINA. Calla, Miguel.

DON ALBERTO. Tú no sabes...

DON MIGUEL. De una oreja al punto...

DON ALBERTO. (*Con viveza.*) Advierte.

que conserva sus tesoros.

DON MIGUEL. ¿Qué me dices?

DON ALBERTO. Sí; contente.

DOÑA RUFINA. Cien mil duros tiene en Cádiz,
lo demas está corriente,
y arreglando está en su cuarto...

DON MIGUEL. *(Suspenso.)*
¿De veras? ¿Mas cómo puede
ser esto?

DON ALBERTO. Ya lo sabrás.

DOÑA RUFINA. Sosiegate y está alegre,
pues todos nuestros afanes
pronto, Miguel, van á verse
cumplidos.

DON MIGUEL. ¿Pero...? ¡Rufina!

DON SIMEON. Don Blas, como muy prudente,
aseguró sus tesoros...

DON ALBERTO. *(Mirando á la puerta del fondo.)*
Callad, callad, que aqui viene.

ESCENA XXIX.

LOS MISMOS. DON BLAS. DON JUAN.

DOÑA RUFINA. *(Yendo hácia don Blas con muestras de cariño.)*
¿Dejas ya todo arreglado,
Blasito, como conviene?
Pues un abrazo he de darte,
que este chasco lo merece.

(Va à abrazar à don Blas, y él la contiene, pero ella disimulando continúa.)

La mejor casa de campo
que en los contornos se encuentre,
voy á buscar al momento
para que...

DON BLAS. No te molestes.
Te lo agradezco, Rufina.
Mi plan es ya diferente.
(Queda sumergido en profunda meditacion.)

DON ALBERTO. *(Turbado.)*
Si en la ciudad con nosotros,
hermano, quedarte quieres...

DON MIGUEL. *(Acercándose á don Blas.)*
Muy bien nos has embromado.

DON SIMEON. *(Haciendo cortesias á don Blas.)*
Yo, señor, vengo á ofrecerme...

DOÑA RUFINA. *(Meneando á don Blas.)*
Mira... Blasito... Responde.

ANA. *(Aparte.)*
¡Qué poca vergüenza tienen!

DON BLAS. *(Vuelve en sí, da un suspiro, y dice con resolucion:)*

Me decido... Es necesario.
Ruego que todos ustedes
me escuchen por un momento,
seré compendioso y breve.
A mi salida de Lima,
juzgando que mis parientes
eran lo que mi cariño
apetecia que fuesen,
pensé repartir con ellos
mis riquezas y mis bienes;
reservando aquello poco
que juzgara suficiente
para pasar en retiro
dulce quietud, vida alegre;
y para que en todo caso
mis deseos se cumpliesen,
estendí mi testamento
mandándolo asi. (*Saca un papel del bolsillo.*)
Y es este.
En navegacion tan larga
era mi consuelo siempre
pensar las caricias dulces
de que colmado iba á verme
al llegar á una familia
que mil recuerdos me debe;
pensando que á mi, á mí solo,
rico, ó pobre, ó como fuese,
aquel amor conservaba
que sangre ó costumbre encienden,
y por el cual, yo lo juro,
diera cuanto darse puede.
Al ver que de bajo estado
habian subido mis gentes
á los títulos y honores,
que justo premio ser deben
de méritos y virtudes,
soñaba yo neciamente
que con ellos y con ellas
los habian logrado; y este
pensamiento difundia
en mi pecho mil deleites.
Cuando al término llegaba
de mis soñados placeres;
casi á la vista de Cádiz,
unos piratas aleves
abordaron mi fragata
y me robaron los bienes;
y aunque, estando asegurados,
nada perdí, los crueles
momentos del abordage,
los peligros inminentes
de la terrible sorpresa,

y el ver cercana la muerte,
ni yo aquí puedo pintarlos,
ni es posible encarecerse;
porque en tan duros momentos,
aunque el oro se conserve,
se piensa solo en la vida,
se olvidan los intereses.
Llego á Cádiz, mis asuntos
arreglo en momentos breves,
al seno de mi familia
venir anhelando siempre;
y á un amigo verdadero,
que tal nombre le compete,
descubrí los planes mios,
y anheloso preguntéle
qué concepto mis hermanos
disfrutaban. Muchas veces
se lo pregunté, y negóse
reservado á responderme.
Importunéle de nuevo,
le conjuré me dijese
la verdad; pero él tan solo
me respondió, cual prudente,
consulta con otros, Blas,
yo no sé que responderte.
Harto me dijo mi amigo
para en confusion ponerme.
Indignado, indago, inquiero, pregunto,
busco medios diferentes
de saber lo que anhelaba:
¿Y qué me dijeron? Pueden,
pueden muy bien conocerlo,
sin que yo lo diga, ustedes.

DOÑA RUFINA. Si tú crédito no dieras
á embrollones mequetrefes,
que solo...

DON BLAS. (*Indignado.*) Basta, Rufina.
¡Ojalá mentiras fuesen
los informes que me dieron!
Mas feliz fuera mi suerte.
Pero... mi esperiencia propia
¿de qué modo se desmiente?
Hallando que era buen medio
la pérdida de mis bienes,
con que hacer una esperiencia,
para mí costosa siempre,
vine á buscaros cual pobre.
¿Y qué encontré..,?—Respondedme.
¿Qué encontré...?—Ya basta, ingratos
Tanto vale cuanto tienes
es vuestra máxima infame.
¿No os confunde solo el verme?

DOÑA RUFINA. (*Con mucha humildad.*)
Blasito, pero hazte cargo...
DON BLAS. ¿Aun á respirar te atreves?
Ya son otros mis designios.
(*Rompe el testamento que tiene en la mano.*)
Esto solo, esto merece
vuestra insensatez y orgullo.
No reparto yo mis bienes
con ociosos mentecatos,
que virtud ninguna tienen.
De esos títulos y honores
que á tal punto os envanecen,
y que en vuestras viles almas
consiguen tanto ascendiente
que los sublimes afectos
de naturaleza vencen;
de esos títulos y honores,
que en vez de inspirar á ustedes
honor y nobles virtudes,
les sirven tan solamente
de estímulo á nuevas trampas,
y á otros vicios y sandeces,
sacad, sacad todo el fruto;
y mis tesoros se queden
para ser con mi cariño
premio de quien los merece.
Paca, cincuenta mil duros
para dote prontos tienes,
(*Saca del bolsillo la cajita del collar de perlas que le dió doña Paquita en la escena XIII de este acto.*)
con este collar de perlas,
que mi gratitud te vuelve.
DOÑA PAQUITA. (*Sorprendida.*)
¡Tio!
DON BLAS. Si, sobrina amada.—(*Abrazándola.*)
Y tu esposo será este.
(*Toma á don Juan del brazo y lo pone junto á doña Paquita.*)
DON JUAN. ¡Señor!
DON BLAS. Nada hay que decirme. (*A don Juan.*)
Muy bien vuestro padre puede
Su salud recobrar luego,
sin que mas en quiebras piense.
DOÑA PAQUITA. ¡Tio!!!
DON JUAN. (*Queriéndose arrojar á los pies de don Blas.*)
Permitid...
DON BLAS. (*Conteniéndoles.*) ¿Qué haceis?
Vuestro amor tan solamente
exijo por recompensa;
mi cariño otro no quiere.
DOÑA RUFINA. (*Dudosa.*)
¿Y de veras has hablado?
DON BLAS. ¡Pues aun dudándolo estas?

DOÑA RUFINA. ¿Con que asi nos dejas Blas?
¡Por cierto que te has portado!

DON BLAS. Me admiro de tu imprudencia.
¡Estraña es tu condicion!

DOÑA RUFINA. *(Furiosa.)*
¿Con que nos dejas, bribon,
á la luna de Valencia?

(Se retira à sentarse en una silla con muestra de gran despecho.)

DON ALBERTO. Pero yo, Blas...

DON BLAS. Anda, Alberto.
Eres mejor que Rufina;
mas como ella te domina
no hay que pensar en concierto.
(Se retira don Alberto confundido.)

DON SIMEON. Muy discreto andais, señor,
y quien es tan sábio y justo
no recibirá disgusto
en darme amparo y favor. *(Saca el recibo.)*
Aqui tengo este recibo...

DON BLAS. ¿A verlo?

DON SIMEON. *(Dale el recibo.)*
Tomadlo pues,
y conocereis que es
en estremo ejecutivo.

DON BLAS. *(Rompe el recibo.)*
Ya está visto, y esto hago.

DON SIMEON. *(Desesperado.)*
¿Cómo...? ¡Por vida de tal,..!
¡Y que yo, necio, animal,
lo soltara!

DON BLAS. Al punto el pago
de tres mil reales tendreis,
que es lo que prestasteis hoy;
y agradeced que no doy
el paso que mereceis.

DON SIMEON. Yo, señor, dí mi dinero
de buena fé, y no es razon...

DON BLAS. ¿Quereis luego á una prision
ir por infame usurero?

DON SIMEON. *(Amedrentado.)*
Si mis tres mil veo yo...

DON BLAS. *(Dándole un papel envuelto.)*
Ahí van en oro; y os ruego
que os ausenteis luego, luego,

DON SIMEON. *(Aparte despues de reconocer el papel.)*
En fin, nada se perdió. *(Vase con gran priesa.)*

ESCENA XXX.

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON.

DOÑA PAQUITA. *(Con mucha ternura.)*
Tio, señor...

DON BLAS. ¿Qué, hija mia?
¿No estás con tu esposo ya?

DOÑA PAQUITA. ¡Ay! en vuestra mano está
el completar este dia,
¡Mi pobre madre, señor...!
¡Por mi madre...

DON BLAS. Si en un año
enmienda su orgullo estraño
se ablandará mi rigor.

DOÑA RUFINA. (*Levantándose furiosa de la silla.*)
No quiero deberte á tí
nada, ni á esa bachillera.
Si para casarse espera
mi licencia la doy; sí.
Tan tonta es, tan incapaz
que nunca será señora.
Cásese, pues, en buen hora,
con tal que me deje en paz.
(*Con gran altanería.*)
Alberto, somos señores.
A esta gentuza dejemos,
què nosotros sacaremos
el fruto á nuestros honores.
Tú, Miguel, ¡por qué te abates?
Siempre tu Rufina soy,
y hoy mismo, si quieres, hoy...

DON MIGUEL. (*Con despego.*)
No digas mas disparates.

DOÑA RUFINA. ¿Con que...

DON MIGUEL. ¡Calla!
(*Acercándose à don Blas.*)
Blas, de mí
no tendrás queja fundada,
pues no me he metido en nada.

DON BLAS. (*Recordando.*)
¡Ah¡ se me olvidaba..., sí.
(*Saca del bolsillo un pliego cerrado y se lo da.*)
El capitan general,
por esta orden, al momento
manda que á su regimiento
vaya el señor oficial.
Sabiendo yo tu valor,
en Cádiz se la he pedido,
pues sin su tropa aburrido
está un militar de honor.

DON MIGUEL. (*Lee el pliego, y muy alterado dice:*)
No sé como me contengo,
no se cómo á bofetones,
á palos y á puntillones,
de esta ofensa no me vengo.
Maldita la hora menguada
en que saliste de Lima.

¿Que esto nos suceda, prima...?
Si meto mano á la espada...

DOÑA RUFINA. (*Conteniéndole.*)
No te pierdas, Miguel, no.
(*Con gran altanería.*)
Blas, Paca, don Juan, tunantes,
marchad de esta casa, antes
que de ella os arroje yo.

DON ALBERTO. Rufina, déjalos; calla.

DOÑA RUFINA. ¿Cómo? Yo en mi casa mando.
Lucifer me está llevando.
Marchad, plebeya canalla.

(*Vase por la izquierda, y detras de ella don Alberto y don Miguel, todos con muestra de gran despecho.*)

ESCENA XXXI Y ULTITA.

DON BLAS. DON JUAN. DOÑA PAQUITA. ANA. PASCUAL.

DON BLAS. (*Mirándola con lástima.*)
¡Dios te perdone, Rufina!—
Vámonos. Mientras tu boda
se concluye y acomoda,
vente conmigo, sobrina.

DON JUAN. Señor, en mi casa...

DON BLAS. No.
No fuera decente...

DON JUAN. Bien.

ANA. ¡Ay señorita! tambien
con usted me quiero ir yo.

DOÑA PAQUITA. Con mucho gusto.

PASCUAL. Y yo, digo,
¿irme con usted no puedo?
Porque en casa no me quedo.

DON BLAS. Pascual, te vendrás conmigo.

ANA. (*A Pascual.*)
¿Con que tu tambien te vienes?

PASCUAL. Si, y queda finalizada
la comedia titulada
Tanto vales cuanto tienes.

ANA. Pero antes pide rendido
solo un recuerdo y no mas...,
y aun pide mucho quizás,
un ingenio perseguido.

MALTA, año de 1827.

FIN DE LA COMEDIA.

DON ALVARO,

O

LA FUERZA DEL SINO.

DRAMA ORIGINAL EN CINCO JORNADAS, Y EN PROSA Y VERSO.

AL ECXMO. SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO *en prueba de constante y leal amistad en próspera y adversa fortuna.*

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

PERSONAS.

—

DON ALVARO.
EL MARQUES DE CALATRAVA.
DON CARLOS DE VARGAS, *su hijo.*
DON ALFONSO DE VARGAS, *idem.*
DOÑA LEONOR, *idem.*
CURRA, *criada.*
PRECIOSILLA, *gitana.*
UN CANÓNIGO.
EL PADRE GUARDIAN DEL CONVENTO DE LOS ANGELES.
EL HERMANO MELITON, *portero del mismo.*
PEDRAZA Y OTROS OFICIALES.
UN CIRUJANO DE EJERCITO.
UN CAPELLAN DE REGIMIENTO.
UN ALCALDE.
UN ESTUDIANTE.
UN MAJO.
MESONERO.
MESONERA.
LA MOZA DEL MESON.
EL TIO TRABUCO, *arriero.*
EL TIO PACO, *aguador.*
EL CAPITAN PREBOSTE.
UN SARGENTO..
UN ORDENANZA A CABALLO.
DOS HABITANTES DE SEVILLA.
SOLDADOS ESPAÑOLES, ARRIEROS, LUGAREÑOS Y LUGAREÑAS.

Los trages son los que se usaban á mediados del siglo pasado.

Este drama se estrenó en Madrid en el teatro del Príncipe la noche del dia 22 de marzo de 1835; desempeñando los principales papeles la señora Concepcion Rodriguez, y los señores Luna, Romea, Lopez, Guzman, etc.

JORNADA PRIMERA.

La escena es en Sevilla y sus alrededores.

La escena representa la entrada del antiguo puente de barcas de Triana, el que estará practicable á la derecha. En primer término al mismo lado un aguaducho, ó barraca de tablas y lonas, con un letrero que diga: Agua de Tomares: *dentro habrá un mostrador rústico con cuatro grandes cántaros, macetas de flores, vasos, un anafre con una cafetera de hoja de lata, y una bandeja con azucarillos. Delante del aguaducho habrá bancos de pino. Al fondo se descubrirá de léjos parte del arrabal de Triana, la huerta de los Remedios con sus altos cipreses, el rio y varios barcos en él, con flámulas y gallardetes. A la izquierda se verá en lontananza la alameda. Varios habitantes de Sevilla cruzarán en todas direcciones durante la escena. El cielo demostrará el ponerse el sol en una tarde de julio, y al descorrerse el telon aparecerán:* EL TIO PACO *detrás del mostrador en mangas de camisa :* EL OFICIAL *bebiendo un vaso de agua, y de pié :* PRECIOSILLA *á su lado templando una guitarra :* EL MAJO *y los* DOS HABITANTES DE SEVILLA *sentados en los bancos.*

ESCENA PRIMERA.

OFICIAL. Vamos, Preciosilla, cántanos la rondeña. Pronto, pronto : ya está bien templada.

PRECIOSILLA. Señorito, no sea su merced tan súpito. Deme antes esa mano, y le diré la buenaventura.

OFICIAL. Quita, que no quiero tus zalamerías. Aunqué efectivamente tuvieras la habilidad de decirme lo que me ha de suceder, no quisiera oírtelo... Si, casi siempre conviene el ignorarlo.

MAJO. (*Levantándose.*) Pues yo quiero que me diga la buenaventura esta prenda. Hé aquí mi mano.

PRECIOSILLA. Retire usted allá esa porqueria... Jesus, ni verla quiero, no sea que se encele aquella niña de los ojos grandes.

MAJO. (*Sentándose.*) Qué se ha de encelar de tí, pendon!

PRECIOSILLA. Vaya, saleroso, no se cargue usted de estera, convídeme á alguna cosita.

MAJO. Tio Paco, déle usted un vaso de agua á esta criatura, por mi cuenta.

PRECIOSILLA. ¿Y con panal?

OFICIAL. Sí, y despues que te refresques el garguero y que te endulces la boca, nos cantarás las corraleras.

(*El aguador sirve un vaso de agua con panal á Preciosilla, y el Oficial se sienta junto al Majo.*)

HABITANTE 1.° Hola ; aquí viene el señor canónigo.

ESCENA II.

CANÓNIGO. Buenas tardes, caballeros.

HABITANTE 2.° Temíamos no tener la dicha de ver á su merced esta tarde, señor canónigo.

CANÓNIGO. (*Sentándose y limpiándose el sudor.*) ¿Qué persona de buen gusto, viviendo en Sevilla, puede dejar de venir todas las tardes de verano á beber la deliciosa agua de Tomares, que con tanta limpieza y pulcritud nos da el tio Paco, y á ver un ratito este puente de Triana, que es lo mejor del mundo?

HABITANTE 1.° Como ya se está poniendo el sol...

CANÓNIGO. Tio Paco, un vasito de la fresca.

TIO PACO. Está usía muy sudado; en descansando un poquito le daré el refrigerio.

MAJO. Dale á su señoría el agua templada.

CANÓNIGO. No, que hace mucho calor.

MAJO. Pues yo templada la he bebido, para tener el pecho suave, y poder entonar el rosario por el barrio de la Borcinería, que á mí me toca esta noche.

OFICIAL. Para suavizar el pecho, mejor es un trago de aguardiente.

MAJO. El aguardiente es bueno para sosegarlo despues de haber cantado la letanía.

OFICIAL. Yo lo tomo antes y despues de mandar el ejercicio.

PRECIOSILLA. (*Habrà estado punteando la guitarra, y dirà al Majo:*) Oiga usted, rumboso, ¿y cantará usted esta noche la letanía delante del balcon de aquella persona?...

CANÓNIGO. Las cosas santas se han de tratar santamente. Vamos. ¿Y qué tal los toros de ayer?

MAJO. El toro berrendo de Utrera, salió un buen bicho, muy pegajoso.... Demasiado.

HABITANTE 1.° Como que se me figura que le tuvo usted asco.

MAJO. Compadre, alto allá, que yo soy muy duro de estómago... aquí está mi capa (*enseña un desgarron*), diciendo por esta boca, que no anduvo muy lejos.

HABITANTE 2.° No fue la corrida tan buena como la anterior.

PRECIOSILLA. Como que ha faltado en ella don Alvaro el indiano, que á caballo y á pié es el mejor torero qne tiene España.

MAJO. Es verdad que es todo un hombre, muy duro con el ganado, y muy echado adelante.

PRECIOSILLA. Y muy buen mozo.

HABITANTE 1.° ¿Y por qué no se presentaria ayer en la plaza?

OFICIAL. Harto tenia que hacer con estarse llorando el mal fin de sus amores.

MAJO. Pues qué, lo ha plantado ya la hija del señor marqués?...

OFICIAL. No: doña Leonor no lo ha plantado á él, pero el marqués la ha trasplantado á ella.

HABITANTE 2.° ¿Cómo?...

HABITANTE 1.° Amigo el señor marqués de Calatrava tiene mucho copete, y sobrada vanidad para permitir que un advenedizo sea su yerno.

OFICIAL. ¿Y qué mas podia apetecer su señoría, que el ver casada á su hija

(que con todos sus pergaminos está muerta de hambre), con un hombre riquísimo, y cuyos modales estan pregonando que es un caballero?

PRECIOSILLA. Si los señores de Sevilla son vanidad y pobreza todo en una pieza. Don Alvaro es digno de ser marido de una emperadora... ¡Qué gallardo!... ¡qué formal y qué generoso!... Hace pocos dias que le dije la buenaventura (y por cierto no es buena la que le espera si las rayas de la mano no mienten), y me dió una onza de oro como un sol de mediodia.

TIO PACO. Cuantas veces viene aqui á beber me pone sobre el mostrador una peseta columnaria.

MAJO. ¡Y vaya un hombre valiente! Cuando en la Alameda vieja le salieron aquella noche los siete hombres mas duros que tiene Sevilla, metió mano, y me los acorraló á todos contra las tapias del picadero.

OFICIAL. Y en el desafio que tuvo con el capitan de artillería se portó como un caballero.

PRECIOSILLA. El marques de Calatrava es un vejete tan ruin, que por no aflojar la mosca, y por no gastar...

OFICIAL. Lo que debia hacer don Alvaro era darle una paliza que...

CANÓNIGO. Paso, paso, señor militar. Los padres tienen derecho de casar á sus hijas con quien les convenga.

OFICIAL. ¿Y por qué no le ha de convenir don Alvaro? ¿Por que no ha nacido en Sevilla?... Fuera de Sevilla nacen tambien caballeros.

CANÓNIGO. Fuera de Sevilla nacén tambien caballeros, si señor; pero... ¿lo es don Alvaro?... Solo sabemos que ha venido de Indias hace dos meses, y que ha traido dos negros y mucho dinero... ¿Pero quién es?...

HABITANTE 1.° Se dicen tantas y tales cosas de él...

HABITANTE 2°. Es un ente muy misterioso.

TIO PACO. La otra tarde estuvieron áquí unos señores hablando de lo mismo, y uno de ellos dijo que el tal don Alvaro habia hecho sus riquezas siendo pirata...

MAJO. ¡Jesucristo!

TIO PACO. Y otro, que don Alvaro era hijo bastardo de un grande de España, y de una reina mora...

OFICIAL. ¡Qué disparate!

TIO PACO. Y luego dijeron que no, que era... no lo puedo declarar... finca... ó brinca... una cosa asi... asi como... una cosa muy grande allá de la otra banda.

OFICIAL. ¿Inca?

TIO PACO. Si, señor, eso, Inca... Inca.

CANÓNIGO. Calle usted, tio Paco, no diga sandeces.

TIO PACO. Yo nada digo, ni me meto en honduras; para mi cada uno es hijo de sus obras, y en siendo buen cristiano y caritativo...

PRECIOSILLA. Y generoso y galan.

OFICIAL. El vejete roñoso del marques de Calatrava hace muy mal en negarle su hija.

CANÓNIGO. Señor militar, el señor marques hace muy bien. El caso es sencillísimo. Don Alvaro llegó hace dos meses, nadie sabe quién es. Ha pedido en casamiento á doña Leonor, y el marques, no juzgándolo buen partido para su hija, se la ha negado. Parece que la señorita estaba encaprichadilla, fascinada, y el padre la ha llevado al campo, á la hacienda que tiene en el Aljarafe, para distraerla. En todo lo cual el señor marques se ha comportado como persona prudente.

OFICIAL. ¿Y don Alvaro, qué hará?

CANÓNIGO. Para acertarlo debe buscar otra novia: porque si insiste en sus descaballadas pretensiones, se espone á que los hijos del señor marques vengan, el uno de la universidad, y el otro del regimiento, á sacarle de los cascos los amores de doña Leonor.

OFICIAL. Muy partidario soy de don Alvaro, aunque no le he hablado en mi vida, y sentiria verlo empeñado en un lance con don Cárlos, el hijo mayorazgo del marques. Le he visto el mes pasado en Barcelona, y he oido contar los dos últimos desafios que ha tenido ya: y se le puede ayunar.

CANÓNIGO. Es uno de los oficiales mas valientes del regimiento de Guardias Españolas, donde no se chancea en esto de lances de honor.

HABITANTE 1.° Pues el hijo segundo del señor marques, el don Alfonso, no le va en zaga. Mi primo, que acaba de llegar de Salamanca, me ha dicho que es el coco de la universidad, mas espadachin que estudiante, y que tiene metidos en un puño á los matones sopistas.

MAJO. ¿Y desde cuando está fuera de Sevilla la señorita doña Leonor?

OFICIAL. Hace cuatro dias que se la llevó el padre á su hacienda, sacándola de aquí á las cinco de la mañana, despues de haber estado toda la noche hecha la casa un infierno.

PRECIOSILLA. ¡Pobre niña!... ¡Qué linda que es, y qué salada!... Negra suerte le espera... Mi madre la dijo la buenaventura, recien nacida, y siempre que la nombra se le saltan las lágrimas... Pues el generoso don Alvaro...

HABITANTE 1.° En nombrando el ruin de Roma, luego asoma... allí viene don Alvaro.

ESCENA III.

Empieza á anochecer, y se va oscureciendo el teatro. DON ALVARO *sale embozado en una capa de seda, con un gran sombrero blanco, botines y espuelas: cruza lentamente la escena mirando con dignidad y melancolía á todos lados, y se va por el puente. Todos lo observan en gran silencio.*

ESCENA IV.

MAJO. ¿A dónde irá á estas horas?

CANÓNIGO. A tomar el fresco al Altozano.

TIO PACO. Dios vaya con él.

MILITAR. ¿A qué va al Aljarafe?

TIO PACO. Yo no sé, pero como estoy siempre aquí de dia y de noche, soy un vigilante centinela de cuanto pasa por esta puente... Hace tres dias que á media tarde pasa por ella hácia allá un negro con dos caballos de mano, y que don Alvaro pasa á estas horas; y luego á las cinco de la mañana vuelve á pasar hácia acá, siempre á pié, y como media hora despues pasa el negro con los mismos caballos llenos de polvo y de sudor.

CANÓNIGO. ¿Cómo?... ¿Qué me cuenta usted, Tio Paco?...

TIO PACO. Yo nada, digo lo que he visto; y esta tarde ya ha pasado el negro, y hoy no lleva dos caballos, sino tres.

HABITANTE 1.° Lo que es atravesar el puente hácia allá á estas horas, he visto yo á don Alvaro tres tardes seguidas.

MAJO. Y yo he visto ayer á la salida de Triana al negro con los caballos.

HABITANTE 2.° Y á noche viniendo yo de San Juan de Alfarache, me paré

en medio del olivar á apretar las cinchas á mi caballo, y pasó á mi lado, sin verme y á escape, don Alvaro, como alma que llevan los demonios, y detras iba el negro: Los conocí por la jaca torda, que no se puede despintar... ¡cada relámpago que-daban las herraduras!...

CANÓNIGO. (*Levantándose y aparte.*) ¡Hola! ¡hola!... Preciso es dar aviso al señor marques.

MILITAR. Me alegrara de que la niña traspusiese una noche con su amante, y dejara al vejete pelándose las barbas.

CANÓNIGO. Buenas noches, caballeros: me voy, que empieza á ser tarde. (*Aparte yéndose.*) Seria faltar á la amistad no avisar al instante al marques de que don Alvaro le ronda la hacienda. Tal vez podemos evitar una desgracia.

ESCENA V.

El teatro representa una sala colgada de damasco, con retratos de familia, escudos de armas y los adornos que se estilaban en el siglo pasado, pero todo deteriorado, y habrá dos balcones, uno cerrado y otro abierto y practicable, por el que se verá un cielo puro, iluminado por la luna, y algunas copas de árboles. Se pondrá en medio una mesa con tapete de damasco, y sobre ella habrá una guitarra, vasos chinescos con flores, y dos candeleros de plata con velas, únicas luces que alumbrarán la escena. Junto á la mesa habrá un sillon. Por la izquierda entrará el MARQUES DE CALATRAVA *con una palmatoria en la mano, y detrás de él* DOÑA LEONOR, *y por la derecha entra la* CRIADA.

MARQUÉS. (*Abrazando y besando á su hija.*)
Buenas noches, hija mia;
hágate una santa el cielo.
A Dios, mi amor, mi consuelo,
mi esperanza, mi alegría.
No dirás que no es galan
tu padre. No descansára
si hasta aqui no te alumbrára
todas las noches... Estan
abiertos estos balcones, (*Los cierra.*)
y entra relente... Leonor...
¿Nada me dice tu amor?
¿Por qué tan triste te pones?

DOÑA LEONOR. (*Abatida y turbada.*)
Buenas noches, padre mio.

MARQUÉS. Allá para Navidad
iremos á la ciudad:
cuando empiece el tiempo frio.
Y para entonces traeremos
al estudiante, y tambien
al capitan. Que les den
permiso á los dos haremos.
¿No tienes gran impaciencia
por abrazarlos?

DOÑA LEONOR. ¿Pues no?
¿qué mas puedo anhelar yo?

MARQUÉS. Los dos lograrán licencia.

Ambos tienen mano franca.
condicion que los abona,
y Carlos, de Barcelona,
y Alfonso, de Salamanca,
ricos presentes te harán.
Escríbeles tú, tontilla,
y algo que no haya en Sevilla
pídeles, y lo traerán.

DOÑA LEONOR. Dejarlo será mejor
á su gusto delicado.

MARQUES. Lo tienen, y muy sobrado:
como tú quieras, Leonor.

CURRA. Si como á usted, señorita,
carta blanca se me diera,
á don Carlos le pidiera
alguna bata bonita
de Francia. Y una cadena
con su broche de diamante
al señorito estudiante,
que en Madrid la hallará buena.

MARQUES. Lo que gustes, hija mia.
Sabes que el ídolo eres
de tu padre... ¿No me quieres?
(La abraza y besa tiernamente.)

DOÑA LEONOR. ¡Padre!... ¡Señor!... *(Afligida.)*

MARQUES. La alegría
vuelva á tí, prenda del alma;
piensa que tu padre soy,
y que de contínuo estoy
soñando tu bien... La calma
recobra, niña... En verdad
desde que estamos aquí
estoy contento de tí,
veo la tranquilidad
que con la campestre vida
va renaciendo en tu pecho,
y me tienes satisfecho;
sí, lo estoy mucho, querida.
Ya se me ha olvidado todo;
eres muchacha obediente,
y yo seré diligente
en darte un buen acomodo.
Sí, mi vida... ¿quién mejor
sabrá lo que te conviene,
que un tierno padre, que tiene
por tí el delirio mayor?

DOÑA LEONOR. *(Echándose en brazos de su padre con gran desconsuelo.)*
¡Padre amado!... ¡Padre mio!

MARQUES. Basta, basta... ¿Qué te agita?
(Con gran ternura.)
Yo te adoro, Leonorcita;
no llores... ¡Qué desvarío!

DOÑA LEONOR. ¡Padre! ... ¡Padre!

MARQUES. (*Acariciándola y desasiéndose de sus brazos.*)
A Dios, mi bien.
A dormir, y no lloremos.
Tus cariñosos estremos
el cielo bendiga, amen.

(*Vase el marques, y queda Leonor muy abatida y llorosa sentada en el sillon.*)

ESCENA VI.

CURRA *va detrás del* MARQUES, *cierra la puerta por donde aquel se ha ido, y vuelve cerca de* LEONOR.

CURRA. ¡Gracias á Dios!... me temí
que todito se enredase,
y que señor se quedase
hasta la mañana aqui.
¡Qué listo cerró el balcon!...
Que por el del palomar
vamos las dos á volar
le dijo su corazon.
Abrirlo sea lo primero; (*Abrelo.*)
ahora lo segundo es
cerrar las maletas. Pues
salgan ya de su agujero.

(*Saca Curra unas maletas y ropa, y se pone á arreglarlo todo sin que en ello repare doña Leonor.*)

DOÑA LEONOR. ¡Infeliz de mí!... ¡Dios mio!
¿Por qué un amoroso padre,
que por mí tanto desvelo
tiene, y cariño tan grande,
se ha de oponer tenazmente
(¡ay, el alma se me parte!...)
á que yo dichosa sea,
y pueda feliz llamarme?...
¿Cómo, quien tanto me quiere,
puede tan cruel mostrarse?
Mas dulce mi suerte fuera
si aun me viviera mi madre.

CURRA. ¿Si viviera la señora?...
usted está delirante.
Mas vana que señor era;
señor al cabo es un angel.
¡Pero ella!... Un genio tenia
y un copete... Dios nos guarde.
Los señores de esta tierra
son todos de un mismo talle.
Y si alguna señorita
busca un novio que le cuadre,
como no esté en pergaminos

envuelto, levantan tales
alaridos... ¿Mas qué importa
cuando hay decision bastante?
... Pero no perdamos tiempo;
venga usted, venga á ayudarme,
porque yo no puedo sola...

DOÑA LEONOR. ¡Ay, Curra!... ¡Si penetrases
cómo tengo el alma! Fuerza
me falta hasta para alzarme
de esta silla... ¡Curra, amiga!
lo confieso, no lo estrañes,
no me resuelvo, imposible...
Es imposible. ¡Ah!... ¡mi padre!
sus palabras cariñosas,
sus estremos, sus afanes,
sus besos y sus abrazos,
eran agudos puñales
que el pecho me atravesaban.
Si se queda un solo instante
no hubiera mas resistido...
Ya iba á sus pies á arrojarme,
y confundida, aterrada,
mi proyecto á revelarle;
y á morir, ansiando solo
que su perdon me acordase.

CURRA. ¡Pues hubiéramos quedado
frescas, y echado un buen lance!
Mañana veria usted
revolcándose en su sangre,
con la tapa de los sesos
lebantada, al arrogante,
al enamorado, al noble
don Alvaro. O arrastrarle
como un malhechor, atado
por entre estos olivares
á la carcel de Sevilla;
y allá para Navidades
acaso, acaso en la horca.

DOÑA LEONOR. ¡Ay, Curra!... El alma me partes.

CURRA. Y todo esto, señorita,
porque la desgracia grande
tuvo el infeliz de veros,
y necio de enamorarse
de quien no le corresponde,
ni resolucion bastante
tiene para...

DOÑA LEONOR. Basta, Curra;
no mi pecho despedaces.
¿Yo á su amor no correspondo?
Que le correspondo sabes...
Por él mi casa y familia,
mis hermanos y mi padre

voy á abandonar, y sola...

CURRA. Sola no, que yo soy alguien,
y tambien Antonio va,
y nunca en ninguna parte
la dejaremos... ¡Jesus!

DOÑA LEONOR. ¿Y mañana?

CURRA. Dia grande.
Usted la adorada esposa
será del mas adorable,
rico y lindo caballero
que puede en el mundo hallarse,
y yo la muger de Antonio:
y á ver tierras muy distantes
iremos ambas... ¡qué bueno!

DOÑA LEONOR. ¿Y mi anciano y tierno padre?

CURRA. ¿Quién?... ¿Señor?... rabiará un poco,
pateará, contará, el lance
al Capitan general
con sus pelos y señales;
fastidiará al Asistente,
y tambien á sus compadres
el canónigo, el jurado,
y los vegetes maestrantes;
saldrán mil requisitorias
para buscarnos en balde,
cuando nosotras estemos
ya seguritas en Flandes.
Desde alli escribirá usted,
y comenzará á templarse
señor, y á los nueve meses,
cuando sepa hay un infante,
que tiene sus mismos ojos,
empezará á consolarse.
Y nosotras chapurrando,
que no nos entienda nadie,
volveremos de alli á poco,
á que con festejos grandes
nos reciban, y todito
será banquetes y bailes.

DOÑA LEONOR. ¿Y mis hermanos del alma?

CURRA. ¡Toma! ¡Toma!... Cuando agarren
del generoso cuñado,
uno con que hacer alarde
de vistosos uniformes
y con que rendir beldades;
y el otro para libracos,
merendonas y truanes,
reventarán de alegría.

DOÑA LEONOR. No corre en tus venas sangre.
¡Jesus, y qué cosas tienes!

CURRA. Porque digo las verdades.

DOÑA LEONOR. ¡Ay desdichada de mí!

CURRA. Desdichada por cierto grande
el ser adorado dueño
del mejor de los galanes.
Pero vamos, señorita,
ayúdeme usted, que es tarde.

DOÑA LEONOR. Sí, tarde es, y aun no parece
don Alvaro... ¡Oh, si faltase
esta noche!... ¡Ojalá¡... ¡Cielos!...
Que jamas estos umbrales
hubiera pisado, fuera
mejor... No tengo bastante
resolucion... lo confieso.
Es tan duro el alejarse
asi de su casa... ¡ay triste!
(*Mira el reloj y sigue en inquietud*).
Las doce han dado... ! qué tarde
es ya, Curra! No, no viene.
¿Habrá en esos olivares
tenido algun mal encuentro?
Hay siempre en el Aljarafe
tan mala gente... Y Antonio
estará alerta?

CURRA. Indudable
es que está de centinela...

DOÑA LEONOR. ¡Curra!... ¿Qué suena?... ¿Escuchaste?
(*Con gran sobresalto.*)

CURRA. Pisadas son de caballos.

DOÑA LEONOR. ¡Ay! él és... (*Corre al balcon.*)

CURRA. Si que faltase
era imposible...

DOÑA LEONOR. ¡Dios mio! (*Muy agitada.*)

CURRA. Pecho al agua, y adelante.

ESCENA VII.

DON ALVARO *en cuerpo, con una jaquetilla de mangas perdidas sobre una rica chupa de majo, redecilla, calzon de ante, etc., entra por el balcon y se echa en brazos de* LEONOR.

DON ALVARO. (*Con gran vehemencia.*)
¡Angel consolador del alma mia!...
¿Van ya los santos cielos
á dar corona eterna á mis desvelos?
Me ahoga la alegría...
¿Estamos abrazados
para no vernos nunca separados?...
Antes, antes la muerte.
Que de tí separarme y de perderte.

DOÑA LEONOR. ¡Don Alvaro! (*Muy agitada.*)

DON ALVARO. Mi bien, mi Dios, mi todo.
¿Qué te agita y te turba de tal modo?

¿Te turba el corazon ver que tú amante
se encuentra en este instante
mas ufano que el sol?... ¡Prendá adorada!

DOÑA LEONOR. Es ya tan tarde...

DON ALVARO. ¿Estabas enojada
porque tardé en venir? De mi retardo
no soy culpado, no, dulce señora;
hace mas de una hora
que despechado aguardo
por estos alrededores
la ocasion de llegar, y ya temia
que de mi adversa estrella los rigores
hoy deshiciera la esperanza mia.
Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo,
protege nuestro amor el santo cielo,
y una carrera eterna de ventura,
próvido á nuestras plantas asegura.
El tiempo no perdamos.
¿Está ya todo listo? Vamos, vamos,

CURRA. Sí: bajo del balcon, Antonio, el guarda,
las maletas espera;
las hecharé al momento. (*Va hácia el balcon.*)

DOÑA LEONOR. Curra, aguarda, (*Resuelta.*)
detente..: ¡Ay Dios! ¿No fuera,
don Alvaro, mejor?..,

DON ALVARO. ¿Qué, encanto mio?...
¿Por qué tiempo perder?... La jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda.
la que tanto te agrada
por su obediencia y brio,
para tí está, mi dueño, enjaezada.
para Curra el obero.
Para mí el alazan gallardo y fiero...
¡Oh, loco estoy de amor y de alegria!
En San Juan de Alfarache, preparado
todo, con gran secreto, lo he dejado.
El sacerdote en el altar espera;
Dios nos bendecirá desde su esfera:
y cuando el nuevo sol en el oriente,
protector de mi estirpe soberana,
númen eterno en la region indiana,
la regia pompa de su trono ostente,
monarca de la luz, padre del dia,
yo tu esposo seré, tú esposa mia.

DOÑA LEONOR. Es tan tarde... ¡Don Alvaro!

DON ALVARO. Muchacha, (*A Curra.*)
¿qué te detiene ya? Corre, despacha;
por el balcon esas maletas, luego...

DOÑA LEONOR. Curra, Curra, detente. (*Fuera de sí.*)
¡Don Alvaro!

DON ALVARO. ¡Leonor!!!

DOÑA LEONOR. ¡Dejadlo os ruego

para mañana!

DON ALVARO. ¿Qué?

DOÑA LEONOR. Mas fácilmente...

DON ALVARO. *(Demudado y confuso.)*
¿Qué es esto, qué, Leonor? ¿Te falta ahora
resolucion?... ¡ay yo desventurado!

DOÑA LEONOR. ¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro!!!

DON ALVARO. ¡Señora!

DOÑA LEONOR. ¡Ay! me partis el alma...

DON ALVARO. Destrozado
tengo yo el corazon... ¿Dónde está, dónde,
vuestro amor, vuestro firme juramento?
Mal con vuestra palabra corresponde
tanta irresolucion en tal momento.
Tan súbita mudanza...
No os conozco, Leonor. ¿Llevóse el viento
de mi delirio toda la esperanza?
Sí, he cegado en el punto
en que alboraba el mas risueño dia.
Me sacarán difunto
de aquí, cuando inmortal salir creia.
Hechicera engañosa,
¿la perspectiva hermosa
que falaz me ofreciste asi deshaces?
¡Pérfida! ¿Te complaces
en levantarme al trono del Eterno,
para despues hundirme en el infierno?
...¿Solo me resta ya?...

DOÑA LEONOR. *(Echándose en sus brazos.)* No, no, te adoro.
¡Don Alvaro!... ¡Mi bien!... vamos, sí, vamos,

DON ALVARO. ¡Oh mi Leonor!...

CURRA. El tiempo no perdamos.

DON ALVARO. ¡Mi encanto! ¡Mi tesoro!

(Doña Leonor muy abatida se apoya en el hombro de don Alvaro, con muestras de desmayarse.)

¿Mas qué es esto?... ¡ay de mí!... ¡tu mano yerta!
Me parece la mano de una muerta...
Frio está tu semblante
como la losa de un sepulcro helado...

DOÑA LEONOR. ¡Don Alvaro!

DON ALVARO. ¡Leonor! *(Pausa.)* Fuerza bastante
hay para todo en mí... ¡Desventurado!
La conmocion conozco que te agita,
inocente Leonor. Dios no permita
que por debilidad en tal momento
sigas mis pasos, y mi esposa seas.
Renuncio á tu palabra y juramento;
hachas de muerte las nupciales teas
fueran para los dos... Si no me amas,
como te amo yo á tí... Si arrepentida...

DOÑA LEONOR. Mi dulce esposo, con el alma y vida
es tuya tu Leonor; mi dicha fundo

en seguirte hasta el fin del ancho mundo.
Vamos, resuelta estoy, fijé mi suerte;
separarnos podrá solo la muerte.

(*Van hàcia el balcon, cuando de repente se oye ruido, ladridos, y abrir y cerrar puertas.*)

DOÑA LEONOR. ¡Dios mio! ¿Qué ruido es este? ¡Don Alvaro!!!

CURRA. Parecen que han abierto la puerta del patio... y la de la escalera...

DOÑA LEONOR. ¿Se habrá puesto malo mi padre?...

CURRA. ¡Qué! no señora, el ruido viene de otra parte.

DOÑA LEONOR. ¿Habrá llegado alguno de mis hermanos?

DON ALVARO. Vamos, vamos, Leonor, no perdamos ni un instante. (*Vuelven hàcia el balcon, y de repente se ve por él el resplandor de hachones de viento, y se oye galopar caballos.*)

DOÑA LEONOR. Somos perdidos... Estamos descubiertos... imposible es la fuga.

DON ALVARO. Serenidad es necesario en todo caso.

CURRA. La Vírgen del Rosario nos valga, y las ánimas benditas... ¿Qué será de mi pobre Antonio? (*Se asoma al balcon y grita.*) Antonio, Antonio.

DON ALVARO. Calla, maldita, no llames la atencion hácia este lado; entorna el balcon. (*Se acerca el ruido de puertas y pisadas.*)

DOÑA LEONOR. ¡Ay desdichada de mí!... Don Alvaro, escóndete... aquí... en mi alcoba...

DON ALVARO. (*Resuelto.*) No, yo no me escondo... No te abandono en tal conflicto. (*Prepara una pistola.*) Defenderte y salvarte es mi obligacion.

DOÑA LEONOR. (*Asustadísima.*) ¿Qué intentas? ¡ay! retira esa pistola, que me hiela la sangre... Por Dios suéltala... ¿La dispararás contra mi buen padre?... ¿contra algunos de mis hermanos?... ¿Para matar á alguno de los fieles y antiguos criados de esta casa?

DON ALVARO. (*Profundamente confundido.*) No, no, amor mio... la emplearé en dar fin á mi desventurada vida.

DOÑA LEONOR. ¡Qué horror! ¡Don Alvaro!!!

ESCENA VIII.

Ábrese la puerta con estrépito despues de varios golpes en ella, y entra EL MARQUÉS *en bata y gorro con un espadin desnudo en la mano, y detrás dos criados mayores con luces.*

MARQUÉS. (*Furioso.*) Vil seductor... hija infame.

DOÑA LEONOR. (*Arrojándose á los pies de su padre.*) ¡Padre!!! ¡padre!!!

MARQUÉS. No soy tu padre... aparta... Y tú, vil advenedizo...

DON ALVARO. Vuestra hija es inocente... Yo soy el culpado... Atravesadme el pecho. (*Hinca una rodilla.*)

MARQUÉS. Tu actitud suplicante manifiesta lo bajo de tu condicion...

DON ALVARO. (*Levantándose.*) ¡Señor marqués!... ¡señor marqués!...

MARQUÉS. (*A su hija.*) Quita, mujer inicua. (*A curra, que le sujeta el brazo.*) ¿Y tú, infeliz... osas tocar á tu señor? (*A los criados.*) Ea, echaos sobre ese infame, sujetadle, atadle...

DON ALVARO. (*Con dignidad.*) Desgraciado del que me pierda el respeto. (*Saca una pistola y la monta.*)

DOÑA LEONOR. *(Corriendo hácia don Alvaro.)* ¡Don Alvaro!... ¿qué vais á hacer?

MARQUÉS. Echaos sobre él al punto.

DON ALVARO. Ay de vuestros criados si se mueven; vos solo teneis derecho para atravesarme el corazon.

MARQUÉS. ¡Tú morir á manos de un caballero? no, morirás á las del verdugo.

DON ALVARO. ¡Señor marqués de Calatrava!... Mas ¡ah! no: teneis derecho para todo... Vuestra hija es inocente... tan pura como el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo. La sospecha á que puede dar orígen mi presencia aquí á tales horas concluya con mi muerte; salga envolviendo mi cadáver como si fuera mi mortaja... Sí, debo morir... pero á vuestra manos. *(Pone una rodilla en tierra.)* Espero resignado el golpe, no lo resistiré; ya me teneis desarmado. *(Tira la pistola, que al dar en tierra se dispara y hiere al marqués, que cae moribundo en los brazos de su hija y de los criados, dando un alarido.)*

MARQUÉS. Muerto soy... ¡ay de mí!...

DON ALVARO. ¡Dios mio! ¡arma funesta! ¡noche terrible!

DOÑA LEONOR. ¡Padre, padre!!!

MARQUÉS. Aparta; sacadme de aquí... donde muera sin que esta vil me contamine con tal nombre...

DOÑA LEONOR. ¡Padre!...

MARQUÉS. Yo te maldigo. *(Cae Leonor en brazos de don Alvaro, que la arrastra hácia el balcon.)*

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

La escena es en la villa de Hornachuelos y sus alrededores.

ESCENA PRIMERA.

Es de noche, y el teatro representa la cocina de un meson de la villa de Hornachuelos. Al frente estará la chimenea y el hogar. A la izquierda la puerta de entrada: á la derecha dos puertas practicables. A un lado una mesa larga de pino, rodeada de asientos toscos, y alumbrado todo por un gran candilon. EL MESONERO *y* EL ALCALDE *aparecerán sentados gravemente en el fuego.* LA MESONERA *de rodillas guisando. Junto á la mesa,* EL ESTUDIANTE *cantando y tocando la guitarra.* EL ARRIERO, *que habla, crivando cebada en el fondo del teatro.* EL TIO TRABUCO *tendido en primer término sobre sus jalmas.* LOS DOS LUGAREÑOS, LAS DOS LUGAÑAS, LA MOZA *y uno de los* ARRIEROS, *que no habla, estarán bailando seguidillas. El otro* ARRIERO, *que no habla, estará sentado junto al estudiante, y jaleando á las que bailan. Encima de la mesa habrá una bota de vino, unos vasos y un frasco de aguardiente.*

ESTUDIANTE. (*Cantando en voz recia al son de la guitarra, y las tres parejas bailando con gran algazara.*)

Poned en estudiantes
vuestro cariño,
que son como discretos
agradecidos.
Viva Hornachuelos,
vivan de sus muchachas
los ojos negros.
Dejad á los soldados,
que es gente mala,
y asi que dan el golpe
vuelven la espalda.
Viva Hornachuelos,
vivan de sus muchachas
los ojos negros.

MESONERA. (*Poniendo una sarten sobre la mesa.*) Vamos, vamos que se enfria... (*A la criada.*) Pepa, al avio.

ARRIERO. (*El del crivo.*) Otra coplita.

ESTUDIANTE. (*Dejando la guitarra.*) Abrenuncio. Antes de todo la cena.

MESONERA. Y si despues quiere la gente seguir bailando y alborotando, váyanse al corral, ó la calle, que hay una luna clara como de dia. Y dejen

en silencio el meson, que si unos quieren jaleo, otros quieren dormir. Pepa, Pepa... ¿no digo que basta ya de zangoloteo?...

TIO TRABUCO. (*Acostado en sus arreos.*) Tia Colasa, usted está en lo cierto. Yo por mí, quiero dormir.

MESONERO. Si, ya basta de ruido. Vamos á cenar. Señor Alcalde, eche su merced la bendicion, y venga á tomar una presita.

ALCALDE. Se agradece, señor Monipodio.

MESONERA. Pero acérquese su merced.

ALCALDE. Que eche la bendicion el señor licenciado.

ESTUDIANTE. Allá voy, y no seré largo, que huele el bacallao á gloria. *In nomine Patri et Filii et Spiritu Sancto.*

TODOS. Amen. (*Se van acomodando al rededor de la mesa, todos menos Trabuco.*)

MESONERA. Tal vez el tomate no estará bastante cocido, y el arroz estará algo duro... Pero con tanta babilonia no se puede...

ARRIERO. Está diciendo comedme, comedme.

ESTUDIANTE. (*Comiendo con ansia.*) Está esquisito... especial; parece ambrosía...

MESONERA. Alto allá, señor bachiller; la tia Ambrosia no me gana á mí á guisar, ni sirve para descalzarme el zapato, no señor.

ARRIERO. La tia Ambrosia es mas puerca que una telaraña.

MESONERO. La tia Ambrosia es un guiñapo, es un paño de aporrear moscas; se revuelven las tripas de entrar en su meson, y compararla con mi Colasa no es regular,

ESTUDIANTE. Ya sé yo que la señora Colasa es pulcra, y no lo dije por tanto.

ALCALDE. En toda la comarca de Hornachuelos no hay una persona mas limpia que la señora Colasa, ni un meson como el del señor Monipodio.

MESONERA. Como que cuantas comidas de boda se hacen en la villa pasan por estas manos que ha de comer la tierra. Y de las bodas de señores, no le parezca á usted, señor bachiller... Cuando se casó el escribano con la hija del regidor...

ESTUDIANTE. Con que se le puede decir á la señora Colasa, *tu das mihi epulis accumbere divum.*

MESONERA. Yo no sé latin, pero sé guisar... Señor Alcalde, moje siquiera una sopa.

ALCALDE. Tomaré, por no despreciar, una cucharadita de gazpacho, si es que lo hay.

MESONERO. ¿Cómo que si lo hay?

MESONERA. ¿Pues habia de faltar donde yo estoy?... Pepa, (*A la moza.*) anda á traerlo. Está sobre el brocal del pozo, desde media tarde, tomando el fresco. (*Vase la moza.*)

ESTUDIANTE. (*Al arriero que está acostado.*) Tio Trabuco, hola, tio Trabuco; ¿no viene usted á hacer la razon?

TIO TRABUCO. No ceno.

ESTUDIANTE. ¿Ayuna usted?

TIO TRABUCO. Sí señor, que es viernes.

MESONERO. Pero un traguito...

TIO TRABUCO. Venga. (*Le alarga el mesonero la bota, y bebe un trago el tio Trabuco.*) ¡ Jú !!! Esto es zupia. Alárgueme usted, tio Monipodio, el frasco del aguardiente para enjuagarme la boca. (*Bebe y se curruca.*) (*Entra la moza con una fuente de gazpacho.*)

MOZA. Aquí está la gracia de Dios.

TODOS. Venga, venga.

ESTUDIANTE. Parece, señor Alcalde, que esta noche hay mucha gente forastera en Hornachuelos.

ARRIERO. Las tres posadas estan llenas.

ALCALDE. Como es el jubileo de la Porciúncula, y el convento de San Francisco de los Angeles, que está aquí en el desierto, á media legua corta, es tan famoso... viene mucha gente á confesarse con el P. Guardian, que es un siervo de Dios.

MESONERA. Es un santo.

MESONERO. (*Toma la bota y se pone de pie.*) Jesus; por la buena compañía, y que Dios nos dé salud y pesetas en esta vida, y la gloria en la eterna. (*Bebe.*)

TODOS. Amen. (*Pasa la bota de mano en mano.*)

ESTUDIANTE. (*Despues de beber.*) Tio Trabuco, tio Trabuco, ¿está usted con los angelitos?

TIO TRABUCO. Con las malditas pulgas y con sus voces de usted, ¿quién puede estar sino con los demonios?

ESTUDIANTE. Queriamos saber, tio Trabuco, si esa personilla de alfeñique, que ha venido con usted, y que se ha escondido de nosotros, viene á ganar el jubileo.

TIO TRABUCO. Yo no sé nunca á lo que van ni vienen los que viajan conmigo.

ESTUDIANTE. ¿Pero... es gallo, ó gallina?

TIO TRABUCO. Yo de los viajeros no miro mas que la moneda, que ni es hembra ni es macho.

ESTUDIANTE. Sí, es género epiceno, como si dijéramos hermafrodita... Pero veo que es usted muy taciturno, tio Trabuco.

TIO TRABUCO. Nunca gasto saliva en lo que no me importa: y buenas noches, que se me va quedando la lengua dormida, y quiero guardarle el sueño; sonsoniche.

ESTUDIANTE. Pues señor, con el tio Trabuco no hay emboque. Dígame usted, nostrama, (*A la mesonera.*) ¿por qué no ha venido á cenar el tal caballerito?

MESONERA. Yo no sé.

ESTUDIANTE. Pero, vamos, ¿es hembra ó varon?

MESONERA. Que sea lo que sea: lo cierto es que le vi el rostro, por mas que se lo recataba, cuando se apeó del mulo, y que lo tiene como un sol; y eso que traia los ojos de llorar y de polvo, que daba compasion.

ESTUDIANTE. ¡Oiga!

MESONERA. Sí señor; y en cuanto se metió en ese cuarto, volviéndome siempre la espalda, me preguntó cuánto habia de aquí al convento de los Angeles, y yo se lo enseñé desde la ventana, que como está tan cerca se ve clarito, y...

ESTUDIANTE. ¡Holà, con que es pecador que viene al jubileo!

MESONERA. Yo no sé. luego se acostó; digo, se echó en la cama, vestido, y bebió antes un vaso de agua con unas gotas de vinagre.

ESTUDIANTE. Ya, para refrescar el cuerpo.

MESONERA. Y me dijo que no queria luz, ni cena, ni nada, y se quedó como rezando el rosario entre dientes. A mi me parece que es persona muy...

MESONERO. Charla, charla... ¿Quién diablos te mete en hablar de los huéspedes?... Maldita sea tu lengua.

MESONERA. Como el señor licenciado queria saber...

ESTUDIANTE. Sí, señora Colasa; dígame usted...

MESONERO. (*A su mujer.*) ¡Chiton!
ESTUDIANTE. Pues señor, volvamos al tio Trabuco. Tio Trabuco, tio Trabuco. (*Se acerca á el y le despierta.*)
TIO TRABUCO. ¡Malo!... ¿Me quiere usted dejar en paz?
ESTUDIANTE. Vamos, dígame usted, ¿esa persona cómo viene en el mulo, á mugeriegas ó ahorcajadas?
TIO TRABUCO. ¡Ay qué sangre!... De cabeza.
ESTUDIANTE. Y dígame usted, ¿de dónde salió usted esta mañana, de Posadas ó de Palma?
TIO TRABUCO. Yo no sé sino que tarde ó temprano voy al cielo.
ESTUDIANTE. ¿Por qué?
TIO TRABUCO. Porque ya me tiene usted en el purgatorio.
ESTUDIANTE. (*Se rie.*) ¡Ah, ah, ah!... ¿Y va usted á Estremadura?
TIO TRABUCO. (*Se levanta, recoge sus jalmas y se va con ellas muy enfadado.*) No señor; á la caballeriza, huyendo de usted, y á dormir con mis mulos, que no saben latin, ni son bachilleres.
ESTUDIANTE. (*Se rie.*) ¡Ah, ah, ah, ah! Se atufó... Hola, Pepa, salerosa, ¿y no has visto tú al escondido?
MOZA. Por la espalda.
ESTUDIANTE. ¿Y en qué cuarto está?
MOZA. (*Señala la primera puerta de la derecha.*) En ese...
ESTUDIANTE. Pues ya que es lampiño, vamos á pintarle unos bigotes con tizne... Y cuando se despierte por la mañana reiremos un poco. (*Se tizna los dedos y va hácia el cuarto.*)
ALGUNOS. Si... si.
MESONERO. No, no.
ALCALDE. (*Con gravedad.*) Señor estudiante, no lo permitiré yo, pues debo proteger á los forasteros que llegan á esta villa, y administrarles justicia como á los naturales de ella.
ESTUDIANTE. No lo dije por tanto, señor Alcalde...
ALCALDE. Yo sí. Y no fuera malo saber quién es el señor licenciado, de dónde viene y adonde va, pues parece algo alegre de cascos.
ESTUDIANTE. Si la justicia me lo pregunta de burlas ó de veras, no hay inconveniente en decirlo, que aqui se juega limpio. Soy el bachiller Pereda, graduado por Salamanca, *in utroque*, y hace ocho años que curse sus escuelas, aunque pobre, con honra, y no sin fama. Salí de allí hace mas de un año, acompañando á mi amigo y protector el señor licenciado Vargas, y fuimos á Sevilla, á vengar la muerte de su padre el marqués de Calatrava, y á indagar el paradero de su hermana, que se escapó con el matador. Pasamos allí algunos meses, donde tambien estuvo su hermano mayor, el actual marqués, que es oficial de Guardias. Y como no lograron su propósito, se separaron jurando venganza. Y el licenciado y yo nos vinimos á Córdoba, donde dijeron que estaba la hermana. Pero no la hallamos tampoco, y allí supimos que habia muerto en la refriega que armaron los criados del marqués, la noche de su muerte, con los del robador y asesino, y que este se habia vuelto á América. Con lo que marchamos á Cadiz, donde mi protector, el licenciado Vargas, se ha embarcado para buscar allá al enemigo de su familia. Y yo me vuelvo á mi universidad á desquitar el tiempo perdido, y á continuar mis estudios; con los que, y la ayuda de Dios, puede ser que me vea algun dia gobernador del Consejo ú arzobispo de Sevilla.
ALCALDE. Humos tiene el señor bachiller, y ya basta; pues se ve en su

porte y buena esplicacion que es hombre de bien, y que dice verdad.

MESONERA. Dígame usted, señor estudiante, ¿y qué, mataron á ese marqués?

ESTUDIANTE. Si.

MESONERA. ¿Y lo mató el amante de su hija y luego la robó?... ¡Ay! cuéntenos su merced esa historia, que será muy divertida: cuéntela su merced...

MESONERO. ¿Quién te mete á tí en saber vidas agenas? ¡Maldita sea tu curiosidad!—Pues que ya hemos cenado, demos gracias á Dios, y á recogerse. (*Se ponen todos en pié, y se quitan el sombrero como que rezan.*) Eh, buenas noches; cada mochuelo á su olivo.

ALCALDE. Buenas noches, y que haya juicio y silencio.

ESTUDIANTE. Pues me voy á mi cuarto. (*Se va á meter en el del viajero incógnito.*)

MESONERO. Hola, no es ese, el de mas allá.

ESTUDIANTE. Me equivoqué.

(*Vanse el alcalde y los lugareños: entra el estudiante en su cuarto: la moza, el arriero y la mesonera retiran la mesa y bancos, dejando la escena desembarazada. El mesonero se acerca al hogar, y queda todo en silencio y solos el mesonero y mesonera.*)

ESCENA II.

MESONERO.
Colasa, para medrar
en nuestro oficio, es forzoso
que haya en la casa reposo,
y á ninguno incomodar.
Nunca meterse á oliscar
quiénes los huéspedes son.
No gastar conversacion
con cuantos llegan aqui.
Servir bien, decir *no* ó *sí*,
cobrar la mosca, y chiton.

MESONERA.
No, por mí no lo dirás,
bien sabes que callar sé.
Al bachiller pregunté...

MESONERO.
Pues eso estuvo de mas.

MESONERA.
Tambien ahora estrañarás
que entre en ese cuarto á ver
si el huésped há menester
alguna cosa, marido,
pues es, sí, lo he conocido,
una afligida muger.

(*Toma un candil y entra la mesonera muy recatadamente en el cuarto.*)

MESONERO.
Entra, que entrar es razon,
aunque temo á la verdad
que vas por curiosidad,
mas bien que por compasion.

MESONERA.
(*Saliendo muy asustada.*)
¡Ay Dios mio! Vengo muerta;
desapareció la dama;
nadie he encontrado en la cama,

y está la ventana abierta.

MESONERO. ¿Cómo? ¿cómo?... Ya lo sé...
La ventana al campo da,
y como tan baja está,
sin gran trabajo se fué.

(*Andando hácia el cuarto donde entró la mujer, quedándose él á la puerta.*)

Quiera Dios no haya cargado
con la colcha nueva.

MESONERA. (*Dentro.*) Nada,
todo está aqui... ¡desdichada!
hasta dinero ha dejado...
Sí, sobre la mesa un duro.

MESONERO. Vaya entonces en buen hora.

MESONERA. (*Saliendo à la escena.*)
No hay duda, es una señora,
que se encuentra en grande apuro.

MESONERO. Pues con bien la lleve Dios,
y vámonos á acostár,
y mañana no charlar,
que esto quede entre los dos.
Echa un cuarto en el cepillo
de las ánimas, muger,
y el duro véngame a ver;
échamelo en el bolsillo·

ESCENA III.

El teatro representa una plataforma en la ladera de una áspera montaña. A la izquierda precipicios y derrumbaderos. Al frente un profundo valle atravesado por un riachuelo, en cuya márgen se ve á lo léjos la villa de Hornachuelos, terminando el fondo en altas montañas. A la derecha la fachada del convento de los Angeles de pobre y humilde arquitectura. La gran puerta de la iglesia cerrada, pero practicable, y sobre ella una claraboya de medio punto por donde se verá el resplandor de las luces interiores; mas hácia el proscenio la puerta de la porteria, tambien practicable y cerrada; en medio de ella una mirilla ó gatera que se abre y se cierra, y al lado el cordon de una campanilla. En medio de la escena habrá una gran Cruz de piedra tosca y corroida por el tiempo, puesta sobre cuatro gradas que puedan servir de asiento. Estará todo iluminado por una luna clarísima. Se oirá dentro de la iglesia el órgano, y cantar maitines al coro de frailes, y saldrá como subiendo por la izquierda DOÑA LEONOR *muy fatigada y vestida de hombre con un gaban de mangas, sombrero gacho y botines.*

DOÑA LEONOR. Sí... ya llegué... Dios mio,
gracias os doy rendida.
(*Arrodillase al ver el convento.*)
En tí, Virgen Santísima, confio;
sed el amparo de mi amarga vida.
Este refugio es solo
el que puedo tener de polo á polo. (*Alzase.*)
No me queda en la tierra
mas asilo y resguardo

que los áridos riscos de esta sierra:
en ella estoy... ¿Aun tiemblo y me acobardo?...
(*Mira hácia el sitio por donde ha venido.*)
¡Ah!... nadie me ha seguido.
Ni mi fuga veloz notada ha sido.
...No me engañé, la horrenda historia mia
escuché referir en la posada...
¿Y quién, cielos, seria
aquel que la contó? ¡Desventurada!
Amigo dijo ser de mis hermanos...
¡Oh cielos soberanos!...
¿Voy á ser descubierta?
Estoy de miedo y de cansancio muerta.
(*Se sienta mirando en rededor y luego al cielo.*)
¡Qué asperezas! ¡Qué hermosa y clara luna!
¡La misma que hace un año
vió la mudanza atroz de mi fortuna,
y abrirse los infiernos en mi daño!!!
(*Pausa larga.*)
No fué ilusion... aquel que de mí hablaba
dijo que navegaba
don Alvaro, buscando nuevamente
los apartados climas de Occidente.
¡Oh Dios! ¿Y será cierto?
Con bien arribe de su patria al puerto.
(*Pausa.*)
¿Y no murió la noche desastrada
en que yo, yo... manchada
con la sangre infeliz del padre mio,
le seguí... le perdí?... ¿Y huye el impío?
¿Y huye el ingrato?... ¿Y huye y me abandona?
(*Cae de rodillas.*)
¡Oh Madre Santa de piedad! perdona;
perdona, le olvidé. Si, es verdadera,
lo es mi resolucion. Dios de bondades,
con penitencia austera,
lejos del mundo en estas soledades,
el furor espiaré de mis pasiones.
Piedad, piedad, Señor, no me abandones.
(*Queda en silencio y como en profunda meditacion recostada en las gradas de la cruz, y despues de una larga pausa continúa:*)
Los sublimes acentos de ese coro
de bienaventurados,
y los ecos pausados
del órgano sonoro,
que cual de incienso vaporosa nube
al trono santo del eterno sube,
difunden en mi alma
bálsamo dulce de consuelo y calma.
(*Se levanta resuelta.*)
¿Qué me detengo pues?... corro al tranquilo...
corro al sagrado asilo...

(*Va hácia el convento y se detiene.*)
Mas ¿cómo á tales horas?... ¡Ah!... no puedo
ya dilatarlo mas, hiélame el miedo
de encontrarme aquí sola. En esa aldea
hay quien mi historia sabe.
En lo posible cabe
que descubierta con la aurora sea.
Este santo prelado
de mi resolucion está informado,
y de mis infortunios... Nada temo.
Mi confesor de Córdoba hace dias
que las desgracias mias
le escribió largamente...
Sé de su caridad el noble estremo,
me acogerá indulgente.
¿Qué dudo, pues, qué dudo?...
Sed, ó Vírgen Santísima, mi escudo.
(*Llega á la portería y toca la campanilla.*)

ESCENA IV.

Se abre la mirilla que está en la puerta, y por ella sale el resplandor de un farol que dá de pronto en el rostro de DOÑA LEONOR, *y esta se retira como asustada.* EL HERMANO MELITON *habla toda esta escena dentro.*

H. MELITON. ¿Quién es?
DOÑA LEONOR. Una persona á quien interesa mucho, mucho, ver al instante al reverendo P. Guardian.
H. MELITON. ¡Buena hora de ver al P. Guardian!... La noche está clara, y no será ningun caminante perdido. Si viene á ganar el jubileo, á las cinco se abrirá la iglesia; vaya con Dios; él le ayude.
DOÑA LEONOR. Hermano, llamad al P. Guardian. Por caridad.
H. MELITON. ¡Qué caridad á estas horas! El P. Guardian está en el coro.
DOÑA LEONOR. Traigo para su reverencia un recado muy urgente del P. Cleto, definidor del convento de Córdoba, quien ya le ha escrito sobre el asunto de que vengo á hablarle.
H. MELITON. ¡Hola!... ¿del P. Cleto el definidor del convento de Córdoba? Eso es distinto... iré, iré á decírselo al P. Guardian. Pero dígame, hijo, ¿el recado y la carta son sobre aquel asunto con el P. General, que está pendiente állá en Madrid?...
DOÑA LEONOR. Es una cosa muy interesante.
H. MELITON. ¿Pero para quién?
DOÑA LEONOR. Para la criatura mas infeliz del mundo.
H. MELITON. ¡Mala recomendacion!... Pero bueno; abriré la portería, aunque es contra regla, para que entreis a esperar.
DOÑA LEONOR. No, no, no puedo entrar... ¡Jesus!!!
H. MELITON. Bendito sea su santo nombre... ¿Pero sois algun excomulgado?... Sino es cosa rara preferir el esperar al raso. En fin, voy á dar el recado, que probablemente no tendrá respuesta. Si no vuelvo, buenas noches, ahí á la bajadita está la villa, y hay un buen meson. El de la tia Colasa.
(*Ciérrase la ventanilla, y doña Leonor queda muy abatida.*)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR. ¿Será tan negra y dura
mi suerte miserable,
que este santo prelado
socorro y proteccion no quiera darme?
La rígida aspereza
y las dificultades
que ha mostrado el portero
me pasman de terror, hielan mi sangre.
Mas no, si da el aviso
al reverendo Padre,
y éste es tan docto y bueno
cual dicen todos, volará á ampararme.
O Soberana Vírgen,
de desdichados Madre:
su corazon ablanda
para que venga pronto á consolarme.

(*Queda en silencio: da la una el reloj del convento: se abre la portería, en la que aparecen el P. Guardian y el H. Meliton con un farol: este se queda en la puerta y aquel sale á la escena.*)

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR EL P. GUARDIAN. EL H. MELITON.

P. GUARDIAN. ¿El que me busca quién es?
DOÑA LEONOR. Yo soy, Padre, que queria...
P. GUARDIAN. Ya se abrió la porteria;
entrad en el claustro, pues,
DOÑA LEONOR. (*Muy sobresaltada.*)
¡Ah!... imposible; padre, no,
P. GUARDIAN. ¡Imposible!... ¿Qué decís?...
DOÑA LEONOR. Si que os hable permitís,
aqui solo puedo yo.
P. GUARDIAN. Si os envía el padre Cleto,
hablad, que es mi grande amigo.
DOÑA LEONOR. Padre, que sea sin testigo,
porque me importa el secreto.
P. GUARDIAN. ¿Y quién?... Mas ya os entendí.
Retiraos, fray Meliton,
y encajad ese porton;
dejadnos solos aqui.
H. MELITON. ¿No lo dije? Secretitos.
Los misterios ellos solos,
que los demas somos bolos
para estos santos benditos.
P. GUARDIAN. ¿Qué murmura?...
H. MELITON. Que está tan
premiosa esta puerta... y luego...
P. GUARDIAN. Obedezca, hermano lego,

H. MELITON. Ya me la hechó de guardian.
(*Ciérrase la puerta y vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR. EL P. GUARDIAN.

P. GUARDIAN. (*Acercándose á Leonor.*)
Ya estamos, hermanos, solos.
¿Mas por qué tanto misterio?
¿No fuera mas conveniente
que entrarais en el convento?
¿No sé qué pueda impedirlo?...
entrad, pues, que yo os lo ruego;
entrad, subid á mi celda;
tomareis un refrigerio,
y despues.:.

DOÑA LEONOR. No, Padre mio,

P. GUARDIAN. ¿Qué os horroriza?... no entiendo...

DOÑA LEONOR. (*Muy abatida.*) Soy una infeliz muger.

P. GUARDIAN. (*Asustado.*)
¡Una muger!... ¡Santo cielo!
¡Una muger!... á estas horas,
en este sitio... ¿qué es esto?

DOÑA LEONOR. Una muger infelice,
maldicion del universo,
que á vuestras plantas rendida
(*Se arrodilla.*)
os pide amparo y remedio,
pues vos podeis libertarla
de este mundo y del infierno.

P. GUARDIAN. Señora, alzad. Que son grandes (*La levanta.*)
vuestros infortunios creo
cuando os miro en este sitio,
y escucho tales lamentos.
¿Pero qué apoyo, decidme,
qué amparo prestaros puedo
yo, un humilde religioso
encerrado en estos yermos?

DOÑA LEONOR. No habeis: Padre, recibido
la carta que el Padre Cleto...

P. GUARDIAN. (*Recapacitando.*)
¿El Padre Cleto os envia?...

DOÑA LEONOR. Á vos, cual solo remedio
de todos mis infortunios;
si benignos los intentos
que á estos montes me conducen
permitis tengan efecto.

P. GUARDIAN. (*Sorprendido.*)
¿Sois doña Leonor de Vargas?...
¿Sois por dicha?... ¡Dios eterno!

DOÑA LEONOR. (*Abatida.*) ¡Os horroriza el mirarme!

P. GUARDIAN. (*Afectuoso.*) No, hija mia, no por cierto.
Ni permita Dios que nunca
tan duro sea mi pecho
que á los desgraciados niegue
la compasion y el respeto.

DOÑA LEONOR. ¡Yo lo soy tanto!

P. GUARDIAN. Señora,
vuestra agitacion comprendo.
No es estraño, no. Seguidme,
venid. Sentaos un momento
al pie de esta cruz; su sombra
os dará fuerza y consuelos.

(*Lleva el Guardian á doña Leonor, y se sientan ambos al pie de la cruz.*)

DOÑA LEONOR. ¡No me abandoneis! Oh, Padre.

P. GUARDIAN. No, jamas; contad conmigo.

DOÑA LEONOR. De este santo monasterio
desde que el término piso,
mas tranquila tengo el alma,
con mas libertad respiro.
Ya no me cercan, cual hace
un año, que hoy se ha cumplido,
los espectros y fantasmas
que siempre enredor he visto.
Ya no me sigue la sombra
sangrienta del padre mio,
ni escucho sus maldiciones,
ni su horrenda herida miro,
ni...

P. GUARDIAN. ¡Oh! no lo dudo, hija mia;
Libre estais en este sitio
de esas vanas ilusiones,
aborto de los abismos.
Las insidias del demonio,
las sombras á que dá brio,
para conturbar al hombre,
no tienen aqui dominio.

DOÑA LEONOR. Por eso aqui busco ansiosa
dulce consuelo y ausilio,
y de la Reina del cielo
bajo el regio manto abrigo.

P. GUARDIAN. Vamos despacio, hija mia:
el Padre Cleto me ha escrito
la resolucion tremenda
que al desierto os ha traido;
pero no basta.

DOÑA LEONOR. Sí basta:
es inmutable... lo fio,
es inmutable.

P. GUARDIAN. ¡Hija mia!

DOÑA LEONOR. Vengo resuelta, lo he dicho,
á sepultarme por siempre
en la tumba de estos riscos.

P. GUARDIAN. ¡Cómo!...

DOÑA LEONOR. ¿Seré la primera?...
No lo seré, Padre mio.
Mi confesor me ha informado
de que en este santo sitio,
otra muger infelice
vivió muerta para el siglo.
Resuelta á seguir su ejemplo
vengo en busca de su asilo:
dármelo sin duda puede
la gruta que la dió abrigo,
vos la proteccion y amparo
que para ello necesito,
y la Soberana Virgen
su santa gracia y su ausilio.

P. GUARDIAN. No os engañó el Padre Cleto,
pues diez años ha vivido
una santa penitente
en este yermo tranquilo,
de los hombres ignorada,
de penitencias prodigio.
En nuestra iglesia sus restos
estan, y yo los estimo
como la joya mas rica
de esta casa, que aunque indigno
gobierno, en el santo nombre
de mi Padre San Francisco.
La gruta que fue su albergue,
y á que reparos precisos
se le hicieron, está cerca
en ese hondo precipicio.
Aun existen en su seno
los humildes utensilios
que usó la santa; á su lado
un arroyo cristalino
brota apacible...

DOÑA LEONOR. Al momento
llevadme allá, Padre mio.

P. GUARDIAN. ¡Oh, doña Leonor de Vargas!
¿Insistís?

DOÑA LEONOR. Sí, Padre, insisto.
Dios me manda...

P. GUARDIAN. Raras veces
Dios tan grandes sacrificios
exige de los mortales.
Y, ¡ay de aquel que de un delirio
en el momento, hija mia,
tal vez se engaña á sí mismo!
Todas las tribulaciones
de este mundo fugitivo,
son, señora, pasageras;
alcabo encuentran alivio.

Y al Dios de bondad se sirve,
y se le aplaca lo mismo
en el claustro, en el desierto,
de la corte en el bullicio,
cuando se le entrega el alma
con fé viva y pecho limpio.

DOÑA LEONOR. No es un acaloramiento,
no un instante de delirio
quien me sugirió la idea
que á buscaros me ha traido.
Desengaños de este mundo,
y un año ¡ay Dios! de suplicios,
de largas meditaciones,
de continuados peligros,
de atroces remordimientos,
de reflexiones conmigo,
mi intencion han madurado
y esfuerzo me han concedido
para hacer voto solemne
dé morir en este sitio.
Mi confesor venerable,
que ya mi historia os ha escrito,
el Padre Cleto, á quien todos
llaman santo, y con motivo,
mi resolucion aprueba;
aunque cual vos al principio
trató de desvanecerla
con sus doctos raciocinios:
y á vuestras plantas me envía
para que me deis ausilio.
No me abandoneis, oh Padre,
por el cielo os lo suplico;
mi resolucion es firme,
mi voto inmutable y fijo,
y no hay fuerza en este mundo
que me saque de estos riscos.

P. GUARDIAN. Sois muy jóven, hija mia;
¿quién lo que el cielo propicio
aun nos puede guardar sabe?

DOÑA LEONOR. Renuncio á todo, lo he dicho.

P. GUARDIAN. Acaso aquel caballero...

DOÑA LEONOR. ¿Qué pronuncias?... ¡Oh martirio!
Aunque inocente, manchado
con sangre del padre mio
está, y nunca, nunca...

P. GUARDIAN. Entiendo.
Mas de vuestra casa el brillo.
Vuestros hermanos...

DOÑA LEONOR. Mi muerte
solo anhelan vengativos.

P. GUARDIAN. ¿Y la bondadosa tia
que en Córdoba os ha tenido

un año oculta?

DOÑA LEONOR. No puedo·
sin ponerla en compromiso,
abusar de sus bondades.

P. GUARDIAN. Y qué, ¿mas seguro asilo
no fuera, y mas conveniente,
con las esposas de Cristo,
en un convento?...

DOÑA LEONOR. No, Padre;
son tantos los requisitos
que para entrar en el claustro
se exigen... y.., ¡oh! no, Dios mio,
aunque me encuentro inocente,
no puedo, tiemblo al decirlo,
vivir sino donde nadie
viva y converse conmigo.
Mi desgracia en toda España
suena de modo distinto,
y una alusion, una seña,
una mirada, suplicios
pudieran ser que me hundieran
del despecho en el abismo.
No, Jamas... Aqui, aqui solo;
si no me acogeis benigno,
piedad pediré á las fieras
que habitan en estos riscos,
alimento á estas montañas,
vivienda á estos precipicios.
No salgo de este desierto;
una voz hiere mi oido,
voz del cielo que me dice:
aqui, aqui; y aqui respiro.
(*Se abraza con la cruz.*)
No, no habrá fuerzas humanas
que me arranquen de este sitio.

P. GUARDIAN. (*Levantándose y aparte.*)
¡Será verdad, Dios eterno!
¿Será tan grande y tan alta
la proteccion que concede
vuestra Madre Soberana
á mí, pecador indigno,
que cuando soy de esta casa
humilde prelado. venga
con resolucion tan santa
otra muger penitente
á ser luz de estas montañas?
¡Bendito seais, Dios eterno,
cuya omnipotencia narran
esos cielos estrellados,
escabel de vuestras plantas!
¿Vuestra vocacion es firme?...
¿Sois tan bienaventurada¿...

DOÑA LEONOR. Es inmutable, y cumplirla
la voz del cielo me manda.

P. GUARDIAN. Sea pues, bajo el amparo
de la Virgen Soberana.
(*Estiende una mano sobre ella.*)

DOÑA LEONOR. (*Arrojándose á las plantas del P. Guardian.*)
¡Me acogeis?... ¡Oh Dios!... ¡Oh dicha!
¡Cuán feliz vuestras palabras
me hacen en este momento!...

P. GUARDIAN. (*Levantándola.*)
Dad á la Vírgen las gracias,
Ella es quien asilo os presta
á la sombra de su casa.
No yo, pecador protervo,
vil gusano, tierra, nada. (*Pausa.*)

DOÑA LEONOR. Y vos, tan solo vos, ó padre mio,
sabreis que habito en estas asperezas,
no otro ningun mortal.

P. GUARDIAN. Yo solamente
sabré quién sois. Pero que avise es fuerza
á la comunidad de que lá ermita
está ocupada, y de que vive en ella
una persona penitente. Y nadie,
bajo precepto santo de obediencia,
osará aproximarse de cien pasos,
ni menos penetrar la humilde cerca
que á gran distancia la circunda en torno.
La mujer santa, antecesora vuestra,
solo fue conocida del prelado,
tambien mi antecesor. Que mujer era
lo supieron los otros religiosos
cuando se celebraron sus exequias.
Ni yo jamas he de volver á veros:
cada semana, sí, con gran reserva,
yo mismo os dejaré junto á la fuente
la escasa provision: de recogerla
cuidareis vos... Una pequeña esquila,
que está sobre la puerta con su cuerda,
calando á lo interior, tocareis solo
de un gran peligro en la ocasion estrema,
ó en la hora de la muerte. Su sonido,
á mí, ó al que cual yo prelado sea,
avisará, y espiritual socorro
jamas os faltará... No, nada tema.
La Vírgen de los Angeles os cubre
con su manto, será vuestra defensa
el angel del Señor.

DOÑA LEONOR. Mas mis hermanos...
ó bandidos tal vez...

P. GUARDIAN. ¿Y quién pudiera
atreverse, hija mia, sin que al punto
sobre él tronará la venganza eterna?

Cuando vivió la penitente antigua
en este mismo sitio, adonde os lleva
gracia especial del brazo omnipotente,
tres malhechores con audacia ciega
llegar quisieron al albergue santo;
al momento una horrísona tormentá
se alzó, enlutando el indignado cielo,
y un rayo desprendido de la esfera
hizo ceniza á dos de los bandidos,
y el tercero, temblando, á nuestra iglesia
acogióse, vistió el escapulario
abrazando contrito nuestra regla,
y murió á los dos meses.

DOÑA LEONOR. Bien: ¡oh Padre!
pues que encontré donde esconderme pueda
á los ojos del mundo, conducidme,
sin tardanza llevadme...

P. GUARDIAN. Al punto sea,
que ya la luz del alba se avecina.
Mas antes entraremos en la iglesia;
recibireis mi absolucion, y luego
el pan de vida y de salud eterna.
Vestireis el sayal de San Francisco.
y os daré avisos que importaros puedan
para la santa y penitente vida,
á que con gloria tanta estais resuelta.

ESCENA VIII.

P. GUARDIAN. ¡Hola!... Hermano Meliton.
¡Hola!... despierte le digo;
de la iglesia abra el postigo.

H. MELITON. (*Dentro.*) Pues qué, ¿ya las cinco son?...
(*Sale bostezando.*)
Apostaré á que no han dado. (*Bosteza.*)

P. GUARDIAN. La iglesia abra.

H. MELITON. No es de dia.

P. GUARDIAN. ¿Replica?... Por vida mia...

H. MELITON. ¡Yo?... en mi vida he replicado.
Bien podia el penitente
hasta las cinco esperar;
difícil será encontrar
un pecador tan urgente.

(*Vase y en seguida se oye descorrer el cerrojo de la puerta de la iglesia, y se la ve abrirse lentamente.*)

P. GUARDIAN. (*Conduciendo á Leonor hácia la iglesia.*)
Vamos al punto, vamos;
en la casa de Dios, hermana, entremos,
su nombre bendigamos,
en su misericordia confiemos.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

La escena es en Italia, en Veletri y sus alrededores.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala corta, alojamiento de oficiales calaveras. En las paredes estarán colgados en desorden uniformes, capotes, sillas de caballos, armas, etc.; en medio habrá una mesa con tapete verde, dos candeleros de bronce con velas de sebo, los cuatro oficiales al rededor, uno de ellos con la baraja en la mano, y habrá otras sillas desocupadas.

PEDRAZA. (*Entra muy de prisa.*) ¡Qué frio está esto!

OFICIAL 1.° Todos se han ido en cuanto me han desplumado: no he conseguido tirar ni una buena talla.

PEDRAZA. Pues precisamente va á venir un gran punto, y si ve esto tan desierto y frio...

OFICIAL 1.° ¿Y quién es el pájaro?

TODOS. ¿Quién?

PEDRAZA. El ayudante del general, ese teniente coronel que ha llegado esta tarde con la órden de que al amanecer estemos sobre las armas. Es gran aficionado, tiene mucho rumbo, y á lo que parece es blanquito. Hemos cenado juntos en casa de la coronela, á quien ya le está echando requiebros, y el taimado de nuestro capellan lo marcó por suyo. Le convidó con que viniera á jugar, y ya lo trae hácia aquí.

OFICIAL 1.° Pues señores, ya es este otro cantar. Ya vamos á ser todos unos... ¿Me entienden ustedes?

TODOS. Sí, sí, muy bien pensado.

OFICIAL 2.° Como que es de plana mayor, y será contrario de los pobres pillos.

OFICIAL 4.° A él, y duro.

OFICIAL 1.° Pues para jugar con él tengo baraja preparada, mas obediente que un recluta, y mas florida que el mes de mayo. (*Saca una baraja del bolsillo.*) Y aquí está.

OFICIAL 3.° ¡Qué fino es usted, camarada!

OFICIAL 1.° No hay que jugar ases ni figuras. Y al avio, que ya suena gente en la escalera. Tiro, tres á la derecha, nueve á la izquierda.

ESCENA II.

DON CARLOS DE VARGAS. EL CAPELLAN.

CAPELLAN. Aqui viene, compañeros,
un rumbuso aficionado.

TODOS. Sea pues muy bien llegado.
(*Levantándose y volviéndose á sentar.*)

DON CARLOS. Buenas noches, caballeros.
¡Qué casa tan indecente! (*Aparte.*)
Estoy, vive Dios, corrido,
de verme comprometido
á alternar con esta gente.

OFICIAL 1.° Sentaos.
(*Se sienta don Carlos, haciéndole todos lugar.*)

CAPELLAN. Señor capitan, (*Al banquero.*)
¿y el concurso?

OFICIAL 1.° Se afufo (*Barajando.*)
en cuanto me desbancó.
Toditos repletos van.
Se declaró un juego eterno
que no he podido quebrar,
y siempre salió á ganar
una sota del infierno.
Veinte y dos veces salió
y jamas á la derecha.

OFICIAL 2.° El que nunca se aprovecha
de tales gangas soy yo.

OFICIAL 3.° Y yo en el juego contrario
me empeñé, que nada vi,
y ya solo estoy aqui
para rezar el rosario.

CAPELLAN. Vamos.

PEDRAZA. Vamos.

OFICIAL 1.° Tiro.

DON CARLOS. Juego.

OFICIAL 1.° Tiro, á la derecha el as,
y á la izquierda la sotita.

OFICIAL 2.° Ya salió la muy maldita.
Por vida de Barrabás...

OFICIAL 1.° Rey á la derecha, nueve
á la izquierda.

DON CARLOS. Yo lo gano.

OFICIAL 1.° ¡Tengo apestada la mano! (*Paga.*)
Tres onzas, nada se debe.
A la derecha la sota.

OFICIAL 4.° Ya quebró.

OFICIAL 3.° Pegarle fuego.

OFICIAL 1.° A la izquierda siete.

DON CARLOS. Juego.

OFICIAL 2.° Solo el verla me rebota.
DON CARLOS. Copo.
CAPELLAN. ¿Con carta tapada?
OFICIAL 1.° Tiro, á la derecha el tres.
PEDRAZA. ¡Qué bonita carta es!
OFICIAL 1.° Cuando sale descargada.
A la izquierda el cinco.
DON CARLOS. (*Levantándose y sujetando la mano del que talla.*)
No,
con tiento, señor banquero,
(*Vuelve su carta.*)
que he ganado mi dinero,
y trampas no sufro yo.
OFICIAL 1.° ¡Cómo trampas?... ¿Quién osar?...
DON CARLOS. Yo: pegado tras del cinco
está el caballo, buen brinco
le hicisteis, amigo, dar.
OFICIAL 1.° Soy hombre pundonoroso,
y esto una casualidad...
DON CARLOS. Esta es una iniquidad,
vos un taimado tramposo.
PEDRAZA. Sois un loco, un atrevido.
DON CARLOS. Vos un vil, y con la espada...
TODOS. Esta es una casa honrada.
CAPELLAN. Por Dios no hagamos ruido.
DON CARLOS. (*Echando á rodar la mesa.*)
Abreviemos de razones.
TODOS. (*Tomando las espadas.*)
Muera, muera el insolente.
DON CARLOS. (*Sale defendiéndose.*)
Qué puede con un valiente
una cueva de ladrones.

(*Vanse acuchillando, y dos ó tres soldados retiran la mesa, las sillas y desembarazan la escena.*)

ESCENA III.

El teatro representa una selva en noche muy oscura. Aparece al fondo don Alvaro, solo, vestido de capitan de granaderos, se acerca lentamente, y dice con gran agitacion.

DON ALVARO, *solo.*

¡Qué carga tan insufrible
es el ambiente vital,
para el mezquino mortal
que nace en signo terrible!
¡Qué eternidad tan horrible
la breve vida! ¡Este mundo
qué calabozo profundo,
para el hombre desdichado

á quien mira el cielo airado
con su ceño furibundo!
Parece, sí, que á medida
que es mas dura y mas amarga,
mas estiende, mas alarga
el destino nuestra vida.
Si nos está concedida
solo para padecer,
y debe muy breve ser
la del feliz, como en pena
de que su objeto no llena,
¡ terrible cosa es nacer!
Al que tranquilo, gozoso
vive entre aplausos y honores,
y de inocentes amores
apura el caliz sabroso;
cuando es mas fuerte y brioso,
la muerte sus dichas huella,
sus venturas atropella;
y yo que infelice soy,
yo que buscándola voy,
no puedo encontrar con ella.
¿Mas cómo la he de obtener,
¡desventurado de mí!
pues cuando infeliz nací,
nací para envejecer?
Si aquel dia de placer
(que uno solo he disfrutado)
fortuna hubiese fijado,
¡ cuán pronto muerte precoz
con su guadaña feroz
mi cuello hubiera segado!
Para engalanar mi frente,
allá en la abrasada zona,
con la espléndida corona
del imperio de occidente,
amor y ambicion ardiente
me engendraron de concierto;
pero con tal desacierto,
con tan contraria fortuna,
que una carcel fué mi cuna,
y fué mi escuela el desierto.
Entre bárbaros crecí,
y en la edad de la razon,
á cumplir la obligacion
que un hijo tiene, acudí:
mi nonbre ocultando fuí
(que es un crímen) á salvar
la vida, y así pagar
á los que á mí me la dieron,
que un trono soñando vieron,
y un cadalso al despertar.

Entonces risueño un día,
uno solo, nada mas,
me dió el destino; quizás
con intencion mas impía.
Asi en la carcel sombria
mete una luz el sayon,
con la tirana intencion
de que un punto el preso vea
el horror que lo rodea
en su espantosa mansion.
¡Sevilla!!! ¡Guadalquivir!!!
¡Cuál atormentais mi mente!...
¡Noche en que vi de repente
mis breves dichas huir!...
¡Oh qué carga es el vivir!...
Cielos, saciad el furor...
Socórreme, mi Leonor,
gala del suelo andaluz,
que ya eres angel de luz,
junto al trono del Señor.
Mírame desde tu altura
sin nombre en estraña tierra,
empeñado en una guerra,
por ganar mi sepultura.
¿Qué me importa por ventura
que triunfe Carlos ó nó?
¿Qué tengo de Italia en pro?
¿Qué tengo? ¡terrible suerte!
Que en ella reina la muerte,
y á la muerte busco yo.
¡Cuánto, ó Dios, cuánto se engaña
el que elogia mi ardor ciego,
viéndome siempre en el fuego
de esta estrangera campaña!
Llámanme la prez de España,
y no saben que mi ardor
solo es falta de valor,
pues busco ansioso el morir
por no osar el resistir
de los astros el furor.
Si el mundo colma de honores
al que mata á su enemigo,
el que lo lleva consigo
¿por qué no puede?...
(*Oyese ruido de espadas.*)

DON CARLOS. (*Dentro.*) ¡Traidores!!!
VOCES. (*Dentro.*) Muera.
DON CARLOS. (*Dentro.*) ¡Viles!
DON ALVARO. (*Sorprendido.*) ¡Qué clamores!
DON CARLOS. (*Dentro.*) ¡Socorro!!!
DON ALVARO. (*Desenvainando la espada.*) Dárselo quiero,
que oigo crujir el acero;

y si á los peligros voy
porque desgraciado soy,
tambien voy por caballero.

(Éntrase; suena ruido de espadas; atraviesan dos hombres la escena como fugitivos, y vuelven á salir don Alvaro y don Carlos.)

ESCENA IV.

DON ALVARO *y* DON CARLOS, *con las espadas desnudas.*

DON ALVARO. Huyeron... ¿Estais herido?
DON CARLOS. Mil gracias os doy, señor;
sin vuestro heróico valor
de cierto estaba perdido;
y no fuera maravilla:
eran siete contra mí,
y cuando grité me ví
en tierra ya una rodilla.
DON ALVARO. ¿Y herido estais?
DON CARLOS. *(Reconociéndose.)* Nada siento
(Envainan.)
DON ALVARO. ¿Quiénes eran?
DON CARLOS. Asesinos.
DON ALVARO. ¿Como osaron tan vecinos
de un militar campamento?...
DON CARLOS. Os lo diré francamente;
fué contienda sobre el juego.
Entré sin pensarlo ciego
en un casuco indecente...
DON ALVARO. Ya caigo, aquí á mano diestra...
DON CARLOS. Sí.
DON ALVARO. Que estrañe perdonad,
que un hombre de calidad,
cual vuestro esfuerzo demuestra,
entrara en tal gazapon,
donde solo va la hez,
la canalla mas soez,
de la milicia borron.
DON CARLOS. Solo el ser recien llegado
puede, señor, disculparme;
vinieron á convidarme,
y accedí deslumbrado.
DON ALVARO. ¿Con qué há poco estais aquí?
DON CARLOS. Diez dias há que llegué
á Italia; dos solo que
al cuartel general fui.
Y esta tarde al campamento
con comision especial
llegué de mi general,
para el reconocimiento

de máñana. Y si no fuera
por vuestra espada y favor,
mi carrera sin honor
ya estuviera terminada.
Mi gratitud sepa, pues,
á quién la vida he debido,
porque el ser agradecido
la obligacion mayor es
para el hombre bien nacido.

DON ALVARO. (*Con indiferencia.*) Al acaso.

DON CARLOS. (*Con espresion*). Que me deis
vuestro nombre á suplicaros
me atrevo. Y para obligaros,
primero el mio sabreis.
Siento no decir verdad: (*Aparte.*)
soy don Felix de Avendaña,
que he venido á esta campaña
solo por curiosidad.
Soy teniente coronel,
y del general Briones
ayudante: relaciones
tengo de sangre con él.

DON ALVARO. ¡Qué franco es, y qué espresivo! (*Aparte.*)
me cautiva el corazon.

DON CARLOS. Me parece que es razon
que sepa yo por quién vivo,
pues la gratitud es ley.

DON ALVARO. Soy... don Fadrique de Herreros,
capitan de granaderos
del regimiento del Rey.

DON CARLOS. (*Con grande admiracion y entusiasmo.*)
¿Sois... ¡grande dicha es la mia!
del ejército español
la gloria, el radiante sol
de la hispana valentía?

DON ALVARO. Señor...

DON CARLOS. Desde que llegué
á Italia, solo elogiaros
y prez de España llamaros
por donde quiera escuché.
Y de español tan valiente
anheléba la amistad.

DON ALVARO. Con ella, señor, contád,
que me honrais muy altamente.
Y segun os he encontrado
contra tantos combatiendo
bizarramente, comprendo
que sereis muy buen soldado.
Y la gran cortesanía
que en vuestro trato mostrais
dice á voces que gozais
de aventajada hidalguía.

(*Empieza á amanecer.*)

Venid, pues, á descansar
á mi tienda.

DON CARLOS. Tanto honor,
será muy corto, señor,
que el alba empieza á asomar.

(*Se oye à lo lejos tocar generala à las bandas de tambores.*)

DON ALVARO. Y por todo el campamento,
de los tambores el son
convoca á la formacion.
Me voy á mi regimiento.

DON CARLOS. Yo tambien, y á vuestro lado
asistiré en la pelea,
donde os admire y os vea
como á mi ejemplo y dechado.

DON ALVARO. Favorecedor y amigo,
si sois cual cortés valiente,
yo de vuestro arrojo ardiente
seré envidioso testigo. (*Vanse.*)

ESCENA V.

El teatro representa un risueño campo de Italia, al amanecer; se verá á lo léjos el pueblo de Veletri y varios puestos militares; algunos cuerpos de tropas cruzan la escena, y luego sale una compañia de infanteria con EL CAPITAN, EL TENIENTE *y* EL SUBTENIENTE: DON CARLOS *sale á caballo con una ordenanza detras, y coloca la compañia á un lado, avanzando una guerrilla al fondo del teatro.*

DON CARLOS. Señor capitan, permanecereis aquí hasta nueva órden; pero si los enemigos arrollan las guerrillas, y se dirigen á esa altura donde está la compañía de Cantabria, marchad á socorrerla á todo trance.

CAPITAN. Está bien, cumpliré con mi obligacion. (*Vase don Carlos.*)

ESCENA VI.

CAPITAN. Granaderos, en su lugar, descanso. Parece que lo entiende este ayudante. (*Salén los oficiales de las filas y se reunen mirando con un anteojo hácia donde suena rumor de fusilería.*)

TENIENTE. Se va galopando al fuego como un energúmeno, y la accion se empeña mas y mas.

SUBTENIENTE. Y me parece que ha de ser muy caliente.

CAPITAN. (*Mirando con el anteojo.*) Bien combaten los granaderos del Rey.

TENIENTE. Como que llevan á la cabeza á la prez de España, al valiente don Fadrique de Herreros, que pelea como un desesperado.

SUBTENIENTE. (*Tomando el anteojo y mirando con el.*) Pues los alemanes cargan á la bayoneta y con brio; á Dios, que nos desalojan de aquel puesto. (*Se aumenta el tiroteo.*)

CAPITAN. (*Toma el anteojo.*) A ver á ver... ¡Ay! sino me engaño, el capitan de granaderos del Rey ha caido ó muerto ó herido; lo veo claro, claro.

TENIENTE. Yo distingo que se arremolina la compañía... y creo que retrocede.

SOLDADOS. A ellos, á ellos.

CAPITAN. Silencio. Firmes. (*Vuelve á mirar con el anteojo.*) Las guerrillas tambien retroceden.

SUBTENIENTE. Uno corre á caballo hácia allá.

CAPITAN. Sí, es el ayudante... Está reuniendo la gente y carga... ¡con qué denuedo!... nuestro es el dia.

TENIENTE. Sí, veo huir á los alemanes.

SOLDADOS. A ellos.

CAPITAN. Firmes, granaderos. (*Mira con el anteojo.*) El ayudante ha recobrado el puesto, la compañía del Rey carga á la bayoneta y lo arrolla todo.

TENIENTE. A ver, á ver. (*Toma el anteojo y mira.*) Sí, cierto. Y el ayudante se apea del caballo, y retira en sus brazos al capitan don Fadrique. No debe de estar mas que herido; se lo llevan hácia Veletri.

TODOS. Dios nos le conserve, que es la flor del ejército.

CAPITAN. Pero por este lado no va tan bien.—Teniente, vaya usted á reforzar con la mitad de la compañía las guerrillas que estan en esa cañada; que yo voy á acercarme á la compañía de Cantabria; vamos, vamos.

SOLDADOS. Viva España, viva España, viva Nápoles. (*Marchan.*)

ESCENA VII.

El teatro representa el alojamiento de un oficial superior; al frente estará la puerta de la alcoba practicable y con cortinas. Entra DON ALVARO *herido y desmayado en una camilla llevada por cuatro granaderos,* EL CIRUJANO *á un lado y* DON CARLOS *á otro lleno de polvo y como muy cansado; un soldado traerá la maleta de don Alvaro y la pondrá sobre una mesa; colocarán la camilla en medio de la escena, mientras los granaderos entran en la alcoba á hacer la cama.*

DON CARLOS. Con mucho, mucho cuidado,
dejadle aquí, y al momento
entrad á arreglar mi cama.

(*Vanse á la alcoba dos de los soldados y quedan otros dos.*)

CIRUJANO. Y que haya mucho silencio.

DON ALVARO. (*Volviendo en sí.*)
¿Dónde estoy? ¿dónde?

DON CARLOS. (*Con mucho cariño.*) En Veletri,
á mi lado, amigo excelso.
Nuestra ha sido la victoria,
tranquilo estad.

DON ALVARO. ¡Dios eterno!
¡Con salvarme de la muerte,
qué gran daño me habeis hecho!

DON CARLOS. No digais tal, don Fadrique,
cuando tan vano me encuentro
de que salvaros la vida
me haya concedido el cielo.

DON ALVARO. ¡Ay don Felix de Avendaña,
qué grande mal me habeis hecho!
(*Se desmaya.*)

CIRUJANO. Otra vez se ha desmayado;
agua y vinagre.

DON CARLOS. (*A uno de los soldados.*) Al momento.
¡Está de mucho peligro? (*Al cirujano.*)

CIRUJANO. Este balazo del pecho,
en donde aun tiene la bala,
me da muchísimo miedo,
lo que es las otras heridas
no presentan tanto riesgo.

DON CARLOS. *Con gran vehemencia.)*
Salvad su vida, salvadle;
apurad todos los medios
del arte, y os aseguro
tal galardon...

CIRUJANO. Lo agradezco:
para cumplir con mi oficio
no necesito de cebo,
que en salvar á este valiente
interés muy grande tengo.

(*Entra el soldado con un vaso de agua y vinagre. El cirujano le rocia el rostro, y le aplica un pomito á las narices.*)

DON ALVARO. (*Vuelve en sí.*) ¡Ay!

DON CARLOS. Animo, noble amigo,
cobrad ánimo y aliento:
pronto, muy pronto curado
y restablecido y bueno
volvereis á ser la gloria,
el norte de los guerreros.
Y á vuestras altas hazañas
el rey dará todo el premio
que merece. Sí, muy pronto
lozano otra vez, cubierto
de palmas inmarchitables
y de laureles eternos,
con una rica encomienda
se adornará vuestro pecho
de Santiago ó Calatrava.

DON ALVARO. (*Muy agitado.*)
¿Qué escucho? ¿Qué? ¡Santo cielo!
¡Ah!... no, no de Calatrava:
jamás, jamás... ¡Dios eterno!

CIRUJANO. Ya otra vez se desmayó:
sin quietud y sin silencio
no habrá forma de curarlo.
Que no le hableis mas os ruego.

(*A don Carlos.—Vuelve á darle agua y á aplicarle el pomito á las narices.*)

DON CARLOS. (*Suspenso aparte.*)
El nombre de Calatrava
¿qué tendrá? ¿qué tendrá... tiemblo,
de terrible á sus oidos?...

CIRUJANO. No puede esperar mas tiempo.
¿Aun no está lista la cama?

DON CARLOS. (*Mirando á la alcoba.*)
Ya lo está.
(*Salen los dos soldados.*)
CIRUJANO. (*A los cuatro soldados.*)
Llevadle luego.
DON ALVARO. ¡Ay de mí! (*Volviendo en sí.*)
CIRUJANO. Llevadlo.
DON ALVARO. (*Haciendo esfuerzos.*) Esperen.
Poco, por lo que en mí siento,
me queda ya de éste mundo,
y en el otro pensar debo.
Mas antes de desprenderme
de la vida, de un gran peso
quiero descargarme. Amigo. (*A don Cárlos.*)
un favor tan solo anhelo.
CIRUJANO. Si hablais, señor, no es posible...
DON ALVARO. No volver á hablar prometo.
Pero solo una palabra,
y á él solo, que decir tengo.
DON CARLOS. (*Al cirujano y soldados.*)
Apartad, démosle gusto;
dejadnos por un momento.
(*Se retira el cirujano y los asistentes á un lado.*)
DON ALVARO. Don Felix, vos solo, solo, (*Dale la mano.*)
cumplireis con lo que quiero
de vos exigir. Juradme
por la fé de caballero,
que hareis cuanto aquí os encargue,
con inviolable secreto.
DON CARLOS. Yo os lo juro, amigo mio;
acabad, pues.
(*Hace un esfuerzo don Alvaro como para meter la mano en el bolsillo y no puede.*)
DON ALVARO. ¡Ah!... no puedo.
Meted en este bolsillo,
que tengo aquí al lado izquierdo
sobre el corazon, la mano.
(*Lo hace don Carlos.*)
¿Hallais algo en él?
DON CARLOS. Sí, encuentro
una llavecita...
DON ALVARO. Es esa.
(*Saca don Carlos la llave.*)
Con ella abrid, yo os lo ruego,
á solas y sin testigos,
una caja que en el centro
hallareis de mi maleta.
En ella con sobre y sello
un legajo hay de papeles;
custodiarlos con esmero,
y al momento que yo espire
los dareis, amigo al fuego.

DON CARLOS. ¿Sin abrirlos?
DON ALVARO. (*Muy agitado.*) Sin abrirlos,
que en ellos hay un misterio.
impenetrable... ¿Palabra
me dais don Feliz, de hacerlo?
DON CARLOS. Yo os la doy con todo el alma.
DON ALVARO. Entonces tranquilo muero.
Dadme el postrimer abrazo,
y á Dios á Dios.
CIRUJANO. (*Enfadado.*) Al momento
á la alcoba. Y vos, don Felix,
si es que teneis tanto empeño
en que su vida se salve,
haced que guarde silencio:
y escusad tambien que os vea,
pues se conmueve en estremo.

(*Llévanse los soldados la camilla; entra tambien el cirujano, y don Carlos queda pensativo y lloroso.*)

ESCENA VIII.

DON CARLOS. ¿Ha de morir... ¡qué rigor!
tan bizarro militar?
Si no lo puedo salvar
será eterno mi dolor.
Puesto que él me salvó á mi,
y desde el momento aquel
que guardó mi vida él,
guardar la suya ofrecí. (*Pausa.*)
Nunca ví tanta destreza
en las armas y jamás
otra persona de mas
arrogancia y gentileza.
Pero es hombre singular;
y en el corto tiempo que
le trato rasgos noté
que son dignos de estrañar. (*Pausa.*)
¿Y de Calatrava el nombre
por qué así le horrorizó
cuando pronunciarlo oyó?...
¿Qué hallará en él que le asombre?
¡Sabrá que está deshonrado!...
Será un hidalgo andaluz...
¡Cielos!... ¡Qué rayo de luz
sobre mí habeis derramado
en este momento!... Sí.
¡Podrá ser este el traidor,
de mi sangre deshonor,
el que á buscar vine aqui?
(*Furioso y empuñando la espada.*)
¿Y aun respira?... No, ahora mismo

á mis manos... (*Corre hácia la alcoba y se detiene.*)
¿Donde estoy?...
¿Ciego á despeñarme voy
de la infamia en el abismo?
¿A quien mi vida salvó,
y que moribundo está,
matar inerme podrá
un caballero cual yo? (*Pausa.*)
¿No puede falsa salir
mi sospecha?... Sí... ¿Quién sabe?...
Pero ¡ cielos! esta llave
todo me lo va á decir.

(*Se acerca á la maleta, la abre precipitado, y saca la caja poniéndola sobre la mesa.*)

Salid, caja misteriosa,
del destino urna fatal,
á quien con sudor mortal
toca mi mano medrosa:
me impide abrirte el temblor
que me causa el recelar,
si en tu centro voy á hallar
los pedazos de mi honor.
(*Resuelto y abriendo.*)
Mas no, que en tí mi esperanza,
la luz, que me dá el destino
está para hallar camino
que me lleve á la venganza,
(*Abre y saca un legajo sellado.*)
ya el legajo tengo aqui.
¿Qué tardo el sello en romper?...
(*Se contiene.*)
¡Oh cielos! ¡ Qué voy á hacer!
¿Y la palabra que dí?
¿Mas si la suerte me da
tan inesperado medio
de dar á mi honor remedio,
el perderlo qué será?
Si á Italia solo he venido
á buscar al matador
de mi padre y de mi honor,
con nombre y porte fingido,
¿Qué importa que el pliego abra,
si lo que vine á buscar
á Italia, voy á encontrar?...
Pero no, dí mi palabra.
Nadie, nadie aqui lo ve...
¡ Cielos! lo estoy viendo yo.
Mas si él mi vida salvó,
tambien la suya salvé.
Y si es el infame indiano,
el seductor asesino,
¿no es bueno cualquier camino

por donde venga á mi mano?
Rompo esta cubierta, sí,
pues nadie lo ha de saber...
Mas cielos, ¿qué voy á hacer?
¿y la palabra que dí? (*Suelta el legajo.*)
No, jamás. ¡Cuán fácilmente
nos pinta nuestra pasion
una infame y vil accion
como accion indiferente!
A Italia vine anhelando
mi honor manchado lavar;
¿y mi empresa ha de empezar
el honor amancillando?
Queda, oh secreto, escondido,
si en este legajo estás;
que un medio infame, jamás
lo usa el hombre bien nacido.
(*Registrando la maleta.*)
Si encontrar aquí pudiera
algun otro abierto indicio,
que sin hacer perjuicio
á mi opinion, me advirtiera...
(*Sorprendido.*)
¡Cielos!... lo hay... esta cajilla,
(*Saca una cajita como de retrato.*)
que algun retrato contiene,
(*Reconociéndola.*)
ni sello ni sobre tiene,
tiene solo una aldabilla.
Hasta sin ser indiscreto
reconocerla me es dado:
nada de ella me han hablado,
ni rompo ningun secreto.
Abrola, pues, en buen hora,
aunque un basilisco vea:
aunque para el mundo sea
caja fatal de Pandora.
(*La abre, y esclama muy agitado.*)
¡Cielos!... no... no me engañé,
esta es mi hermana Leonor...
¿para qué prueba mayor?...
Con la mas clara encontré.
Ya está todo averiguado;
don Alvaro es el herido.
Brújula el retrato ha sido
que mi norte me ha mareado.
¿Y á la infame... me atribulo,
con él en Italia tiene?...
Descubrirlo me conviene
con astucia y disimulo.
¡Cuán feliz será mi suerte
si la venganza y castigo

solo de un golpe consigo,
á los dos dando la muerte!...
Mas... ¡ah!... no me precipite
mi honra, cielos, ofendida.
Guardad á este hombre la vida
para que yo se la quite.

(Vuelve á colocar los papeles y el retrato en la maleta. Se oye ruido, y queda suspenso.)

ESCENA IX.

EL CIRUJANO, *que sale muy contento.*

CIRUJANO. Albricias pediros quiero;
ya le he sacado la bala,
(Se la enseña.)
y no es la herida tan mala
cual me pareció primero.

DON CARLOS. *(Le abraza fuera de sí.)*
¿De veras?... Feliz me haceis:
por ver bueno al capitan,
tengo, amigo, mas afan
del que imaginar podeis.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

JORNADA CUARTA.

La escena es en Veletri.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala corta, de alojamiento militar.

DON ALVARO *y* DON CARLOS.

DON CARLOS. Hoy que vuestra cuarentena
dichosamente cumplis,
¿de salud cómo os sentís?
¿Es completamente buena?...
¿Reliquia alguna notais
de haber tanto padecido?
¿Del todo restablecido,
y listo y fuerte os hallais?

DON ALVARO. Estoy como si tal cosa;
nunca tuve mas salud,
y á vuestra solicitud
debo mi cura asombrosa.
Sois escelente enfermero:
ni una madre por un hijo
muestra un afan mas prolijo,
tan gran cuidado y esmero.

DON CARLOS. En estremo interesante
me era la vida salvaros.

DON ALVARO. ¿Y con qué, amigo, pagaros
podré interés semejante?
Y aunque gran mal me habeis hecho
en salvar mi amarga vida,
será eterna y sin medida
la gratitud de mi pecho.

DON CARLOS. ¿Y estais tan repuesto y fuerte,
que sin ventaja pudiera
un enemigo cualquiera?...

DON ALVARO. Estoy, amigo, de suerte,
que en casa del coronel
he estado ya á présentarme,
y de alta acabo de darme

ahora mismo en el cuartel.

DON CARLOS. ¿De veras?

DON ALVARO. ¿Os enojais
porque áyer no os dije acaso
que iba hoy á dar este paso?
Como tanto me cuidais,
que os opusierais temí;
y estando sano, en verdad,
vivir en la ociosidad
no era honroso para mí.

DON CARLOS. ¿Con qué ya no os duele nada,
ni hay asomo de flaqueza
en el pecho, en la cabeza,
ni en el brazo de la espada?

DON ALVARO. No... Pero parece que
algo amigo, os atormenta,
y que acaso os descontenta
el que yo tan bueno esté.

DON CARLOS. ¡Al contrario!... Al veros bueno,
capaz de entrar en accion,
palpita mi corazon
del placer mas alto lleno.
Solamente no quisiera
que os engañara el valor,
y que el personal vigor
en una ocasion cualquiera...

DON ALVARO. ¿Quereis pruebas?

DON CARLOS. *(Con vehemencia.)* Las deseo.

DON ALVARO. A lá descubierta vamos
de mañana, y enredamos
un rato de tiroteo.

DON CARLOS. La prueba se puéde hacer,
pues que estais fuerte, sin ir
tan léjos á combatir,
que no hay tiempo que perder.

DON ALVARO. No os entiendo... (*Confuso.*)

DON CARLOS. ¿No tendreis,
sin ir á los imperiales,
enemigos personales
con quién probaros podreis?

DON ALVARO. ¿A quién le faltan?—Mas no
lo que me decis comprendo.

DON CARLOS. Os lo está á voces diciendo
mas la conciencia que yo.
Disimular fuera en vano...
vuestra turbacion es harta...
¿Habeis recibido carta
de don Alvaro el indiano?

DON ALVARO. (*Fuera de sí.*) ¡Ah traidor!... ¡Ah fementido!
violaste infame un secreto,
que yo débil, yo indiscreto,
moribundo... inadvertido...

DON CARLOS. ¿Qué osais pensar?... Respeté
vuestros papeles sellados,
que los que nacen honrados
se portán cual me porté.
El retrato de la infame
vuestra cómplice os perdió,
y sin lengua me pidió
que el suyo y mi honor reclame.
Don Cárlos de Vargas soy,
que por vuestro crímen es
de Calatrava marqués:
temblad, que ante vos estoy.

DON ALVARO. No sé temblar... Sorprendido,
si, me teneis...

DON CARLOS. No lo estraño.

DON ALVARO. ¿Y usurpar con un engaño
mi amistad, honrado ha sido?
¡Señor marques!...

DON CARLOS. De esa suerte
no me permito llamar,
que solo he de titular
despues de daros la muerte.

DON ALVARO. Aconteceros pudiera
sin el título morir.

DON CARLOS. Vamos pronto á combatir,
quedemos ó dentro ó fuera.
Vamos donde mi furor...

DON ALVARO. Vamos, pues, señor don Cárlos,
que si nunca fuí á buscarlos,
no evito lances de honor.
Mas esperad, que en el alma
del que goza de idalguía,
no es furia la valentía,
y esta obra siempre con calma.
Sabeis que busco la muerte,
que los riesgos solicito,
pero con vos necesito
comportarme de otra suerte;
Y esplicaros...

DON CARLOS. Es perder
tiempo toda esplicacion.

DON ALVARO. No os negueis á la razon,
que suele funesto ser.
Pues trataron las estrellas
por raros modos de hacernos
amigos, ¿á qué oponernos
á lo que buscaron ellas?
Si nos quisieron unir
de mútuos y altos servicios
con los vínculos propicios,
no fue, no, para reñir.
Tal vez fue para enmendar

la desgracia inevitable,
de que no fuí yo culpable.

DON CARLOS. ¿Y me la osais recordar?

DON ALVARO. ¿Temeis que vuestro valor
se disminuya y se asombre,
si halla en su contrario un hombre
de nobleza y pundonor?

DON CARLOS. ¡Nobleza un aventurero!
¡Honor un desconocido!
¡Sin padre, sin apellido,
advenedizo, altanero!!!

DON ALVARO. ¡Ay, que ese error á la muerte,
por mas que lo evite yo,
á vuestro padre arrastró!...
no corrais la misma suerte.
Y que infundados agravios
é insultos no ofenden, muestra
el que está ociosa mi diestra
sin arrancaros los lábios.
Si un secreto misterioso
romper hubiera podido.
¡Oh!... cuán diferente sido...

DON CARLOS. Guardadlo, no soy curioso.
Que solo anhelo venganza,
y sangre.

DON ALVARO. ¿Sangre?... La habrá.

DON CARLOS. Salgamos al campo ya.

DON ALVARO. Salgamos sin mas tardanza.
(*Deteniéndose.*)
Mas, don Cárlos... ¡ah! ¿podreis
sospecharme con razon
de falta de corazon?
No, no, que me conoceis.
Si el orgullo, principal
y tan poderoso agente
en las acciones del ente
que se dice racional,
satisfecho tengo ahora,
esfuerzos no he de omitir,
hasta aplacar conseguir
ese furor que os devora.
Pues mucho repugno yo
el desnudar el acero
con el hombre que primero,
dulce amistad me inspiró.
Yo á vuestro padre no herí,
le hirió solo su destino.
Y yo, á aquel ángel divino,
ni seduje, ni perdí.
Ambos nos están mirando:
desde el cielo: mi inocencia
ven, esa ciega demencia

que os agita, condenando.

DON CARLOS. (*Turbado.*)
¿Pues qué?... ¿Mi hermana?... ¿Leonor?...
(Que con vos aquí no está
lo tengo aclarado ya.)
¿Mas cuándo ha muerto?... ¡Oh furor!

DON ALVARO. Aquella noche terrible
llevándola yo á un convento,
exánime, y sin aliento,
se trabó un combate horrible
al salir del olivar
entre mis fieles criados
y los vuestros irritados,
y no la pude salvar.
Con tres heridas caí,
y un negro de puro fiel,
(fidelidad bien cruel)
veloz me arrancó de allí,
falto de sangre y sentido:
tuve en Gelves larga cura,
con accesos de locura:
y apenas restablecido
ansioso empecé á indagar
de mi único bien la suerte;
y supe ¡ay Dios! que la muerte
en el oscuro olivar...

DON CARLOS. (*Resuelto.*) Basta, imprudente impostor;
¿y os preciais de caballero?...
¿Con embrollo tan grosero
quereis calmar mi furor?
Deponed tan necio engaño:
despues del funesto dia,
en Córdoba con su tia,
mi hermana ha vivido un año.
Dos meses há que fui yo
á buscarla, y no la hallé..
Pero de cierto indagué
que al verme llegar huyó.
Y el perseguirla he dejado,
porque sabiendo yo allí
que vos estabais aquí,
me llamó mayor cuidado.

DON ALVARO. (*Muy conmovido.*)
¡Don Cárlos!... ¡Señor!... ¡amigo!
¡Don Feliz!... ¡ah!... Tolerad
que el nombre que en amistad
tan tierno os unió conmigo
use en esta situacion.
¡Don Felix!... soy inocente;
bien lo podeis ver patente
en mi nueva agitacion.
¡Don Felix!... ¡Don Felix!... ¡ah!...

¿Vive?... ¿vive?... ¡Oh justo Dios!

DON CARLOS. Vive; ¿y qué os importa á vos?
muy pronto no vivirá.

DON ALVARO. Don Felix, mi amigo; sí.
Pues que vive vuestra hermana
la satisfaccion es llana
que debeis tomar de mí.
A buscarla juntos vamos;
muy pronto la encontraremos,
y en santo nudo estrechemos,
la amistad que nos juramos.
¡Oh!... Yo os ofrezco, yo os juro
que no os arrepentiréis,
cuando á conocer lleguéis
mi origen excelso y puro:
Al primer grande español
no le cedo en gerarquía,
es mas alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.

DON CARLOS. ¿Estais, don Alvaro, loco?
¿Qué es lo que pensar osais?
¿Qué proyectos abrigais?
¿me teneis á mí en tan poco?
Ruge entre los dos un mar
de sangre... ¿Yo al matador
de mi padre y de mi honor
pudiera hermano llamar?
¡Oh afrenta! Aunque fuérais rey.
Ni la infame ha de vivir.
No, tras de vos va á morir,
que es de mi venganza ley.
Si á mí vos no me matais,
al punto la buscaré,
y la misma espada que
con vuestra sangre tiñáis,
en su corazon...

DON ALVARO. Callad.
Callad... ¿delante de mi
osásteis?...

DON CARLOS. Lo juro, sí;
lo juro...

DON ALVARO. ¿El qué?... Continuad.

DON CARLOS. La muerte de la malvada,
en cuanto acabe con vos.

DON ALVARO. Pues no será, vive Dios,
que tengo brazo y espada.
Vamos... Libertarla anhelo
de su verdugo. Salid.

DON CARLOS. A vuestra tumba venid.

DON ALVARO. Demandad perdon al cielo.

ESCENA II.

El teatro representa la plaza principal de Veletri; á un lado y otro se ven tiendas y cafés, en medio puestos de frutas y verduras, al fondo la guardia del principal, y el centinela paseándose delante del armero; los oficiales en grupos á una parte y otra, y la gente del pueblo cruzando en todas direcciones. EL TENIENTE, SUBTENIENTE *y* PEDRAZA *se reunirán á un lado de la escena, mientras los* OFICIALES 1.°, 2.°, 3.° *y* 4.° *hablan entre sí, despues de leer un edicto que está fijado en una esquina, y que llama la atencion de todos.*

OFICIAL 1.° El rey Carlos de Nápoles no se chancea: pena de muerte nada menos.

OFICIAL 2.° ¿Cómo pena de muerte?

OFICIAL 3.° Hablamos de la ley que se acaba de publicar, y que allí está para que nadie la ignore, sobre desafíos.

OFICIAL 2.° Ya, ciertamente es un poco dura.

OFICIAL 3.° Yo no sé cómo un rey tan valiente y jóven puede ser tan severo contra los lances de honor.

OFICIAL 1.° Amigo, es que cada uno arrima el ascua á su sardina, y como siempre los desafíos suelen ser entre españoles y napolitanos, y estos llevan lo peor, el rey, que al cabo es rey de Nápoles...

OFICIAL 2.° No, esas son fanfarronadas; pues hasta ahora no han llevado siempre lo peor los napolitanos; acordaos del mayor Caraciolo, que despabiló á dos oficiales.

TODOS. Eso fue una casualidad.

OFICIAL 1.° Lo cierto es que la ley es dura; pena de muerte por batirse, pena de muerte por ser padrino, pena de muerte por llevar cartas; qué sé yo. Pues el primero que caiga...

OFICIAL 2.° No, no es tan rigurosa.

OFICIAL 1.° ¿Cómo no? Vean ustedes. Leamos otra vez. (*Se acercan á leer el edicto y se adelantan en la escena los otros.*)

SUBTENIENTE. ¡Hermoso dia!

TENIENTE. Hermosísimo. Pero pica mucho el sol.

PEDRAZA. Buen tiempo para hacer la guerra.

TENIENTE. Mejor es para los heridos convalecientes. Yo me siento hoy enteramente bueno de mi brazo.

SUBTENIENTE. Tambien parece que el valiente capitan de granaderos del Rey está enteramente restablecido. ¡Bien pronto se ha curado!

PEDRAZA. ¿Se ha dado ya de alta?

TENIENTE. Sí, esta mañana. Está como si tal cosa; un poco pálido, pero fuerte. Hace un rato que lo encontré; iba como hácia la Alameda á dar un paseo con su amigote el ayudante don Felix de Avendaña.

SUBTENIENTE. Bien puede estarle agradecido; pues ademas de haberlo sacado del campo de batalla, le ha salvado la vida con su prolija y esmerada asistencia.

TENIENTE. Tambien puede dar gracias á la habilidad del doctor Perez, que se ha acreditado de ser el mejor cirujano del ejército.

SUBTENIENTE. Y no lo perderá; pues segun dicen, el ayudante, que es muy rico y generoso, le va á hacer un gran regalo.

PEDRAZA. Bien puede; pues segun me ha dicho un sargento de mi compa-

ñía, andaluz, el tal don Felix está aquí con nombre supuesto, y es un marqués riquísimo de Sevilla.

TODOS. ¿De veras? (*Se oye ruido; y se arremolinan todos mirando hácia el mismo lado.*)

TENIENTE. ¡Hola! ¿Qué alboroto es aquel?

SUBTENIENTE. Veamos... Sin duda algun preso. Pero, ¡Dios mio! ¿Qué veo?

PEDRAZA. ¿Qué es aquello?

TENIENTE. ¿Estoy soñando?... ¿No es el capitan de granaderos del Rey el que traen preso?

TODOS. No hay duda, es el valiente don Fadrique. (*Se agrupan todos sobre el primer bastidor de la derecha, por dondé sale el capitan preboste y cuatro granaderos, y en medio de ellos preso sin espada ni sombrero don Alvaro; y atravesando la escena, seguidos por la multitud, entran en el cuerpo de guardia que está al fondo; mientras tanto se desembaraza el teatro.— Todos vuelven à la escena, menos Pedraza que entra en el cuerpo de guardia.*)

TENIENTE. Pero, señor, ¿qué será esto? ¡Preso el militar mas valiente, mas exacto que tiene el ejército?

SUBTENIENTE. Ciertamente es cosa muy rara.

TENIENTE. Vamos á averiguar...

SUBTENIENTE. Ya viene aquí Pedraza, que sale del cuerpo de guardia, y sabrá algo. Hola, Pedraza, ¿qué ha sido?

PEDRAZA. (*Señalando al edicto, y se reune mas gente à los cuatro oficiales.*) Muy mala causa tiene. Desafío... El primero que quebranta la ley: desafío y muerte.

TODOS. ¡Cómo!!! ¿Y con quién?

PEDRAZA. ¡Caso estrañísimo! El desafío ha sido con el teniente coronel Avendaña.

TODOS. ¡Impósible!... ¡Con su amigo!

PEDRAZA. Muerto le deja de una estocada ahí detras del cuartel.

TODOS. ¡Muerto!

PEDRAZA. Muerto.

OFICIAL 1.° Me alegro, que era un botarate.

OFICIAL 2.° Un insultante.

TENIENTE. ¡Pues señores, la ha hecho buena! Mucho me temo que va á estrenar aquella ley.

TODOS. ¡Qué horror!

SUBTENIENTE. Será una atrocidad. Debe haber alguna escepcion á favor de oficial tan valiente y benemérito.

PEDRAZA. Sí, ya está fresco.

TENIENTE. El capitan Herreros es con razon el ídolo del ejército. Y yo creo, que el general y el coronel, y los gefes todos, tanto españoles como napolitanos, hablarán al rey... y tal vez...

SUBTENIENTE. El rey Cárlos es tan testarudo... y como este es el primer caso que ocurre, el mismo dia que se ha publicado la ley... No hay esperanza; ¡esta noche misma se juntará el consejo de guerra, y antes de tres dias le arcabucean!... Pero, ¿sobre qué habrá sido el lance?

PEDRAZA. Yo no sé, nada me han dicho. Lo que es el capitan tiene malas pulgas, y su amigote era un poco caliente de lengua.

OFICIALES 1.° Y 4.° Era un charlatan, un fanfarron.

SUBTENIENTE. En el café han entrado algunos oficiales del regimiento del Rey, sabrán sin duda todo el lance; vamos á hablar con ellos.

TODOS. Sí, vamos.

ESCENA III.

El teatro representa el cuarto de un oficial de guardia; se verá á un lado el tabladillo y el colchon, y en medio habrá una mesa y sillas de paja. Entran en la escena.

DON ALVARO *y* EL CAPITAN.

CAPITAN. Como la mayor desgracia
juzgo, amigo y compañero,
el estar hoy de servicio
para ser alcaide vuestro.
Resignacion, don Fadrique,
tomad una silla os ruego.
(*Se sienta don Alvaro.*)
Y mientras yo esté de guardia
no mireis este aposento
como prision... Mas es fuerza,
pues orden precisa tengo,
que dos centinelas ponga
de vista...

DON ALVARO. Yo os agradezco,
señor, tal cortesanía.
Cumplid, cumplid al momento
con lo que os tienen mandado,
y las centinelas luego
poned... Aunque mas seguro
que de hombres y armas en medio,
está el oficial de honor
bajo su palabra... ¡Oh cielos!

(*Coloca el capitan dos centinelas: un soldado entra luces, y se sienta el capitan y don Alvaro junto á la mesa.*)

¿Y en Veletri, que se dice?
¿Mil necedades diversas
se esparcirán, procurando
esplicar mi suerte adversa?

CAPITAN. En Veletri ciertamente
no se habla de otra materia.
Y aunque de aqui separarme
no puedo, como está llena
toda la plaza de gente,
que gran interes demuestra
por vos, á algunos he hablado...

DON ALVARO. Y bien, ¿qué dicen, Qué piensan?

CAPITAN. La amistad íntima todos,
que os enlazaba, recuerdan,
con don Felix... Y las causas
que la hicieron tan estrecha,
y todos dicen...

DON ALVARO. Entiendo.

Que soy un monstruo, una fiera.
Que á la obligacion mas santa
he faltado. Que mi ciega
furia ha dado muerte á un hombre,
á cuyo arrojo y nobleza
debí la vida en el campo;
y á cuya nimia asistencia
y esmero debí mi cura,
dentro de su casa mesma.
Al que como tierno hermano...
¡Como hermano!... ¡Suerte horrenda!
¿Como hermano?... ¡Debió serlo!
Yace convertido en tierra
por no serlo... ¡Y yo respiro!
¿Y aun el suelo me sustenta?...
¡Ay! ¡ay de mí!

(*Se da una palmada en la frente, y queda en la mayor agitacion.*)

CAPITAN. Perdonadme
si con mis noticias necias...

DON ALVARO. Yo lo amaba... ¡Ah cuál me aprieta
el corazon una mano
de hierro ardiente! La fuerza
me falta... ¡Oh Dios! ¡qué bizarro,
con qué noble gentileza
entre un dilubio de balas
se arrojó, viéndome en tierra,
á salvarme de la muerte!
¡Con cuánto afan y terneza
pasó las noches y dias
sentado á mi cabezera! (*Pausa.*)

CAPITAN. Anuló sin duda tales
servicios con un agravio.
Diz que era un poco altanero,
picajoso, temerario;
y un hombre cual vos...

DON ALVARO. No, amigo;
cuanto de él se diga es falso.
Era un digno caballero
de pensamientos muy altos.
Retóme con razon harta,
y yo tambien le he matado
con razon. Sí, si aun viviera
fuéramos de nuevo al campo;
él á procurar mi muerte,
yo á esforzarme por matarlo.
O él ó yo solo en el mundo,
Pero imposible en él ambos.

CAPITAN. Calmaos, señor don Fadrique:
aun no estais del todo bueno
de vuestras nobles heridas,
y que os pongais malo temo.

DON ALVARO. ¿Por qué no quedé en el campo

de batalla como bueno?
con honra acabado hubiera.
Y ahora ¡Oh Dios!... la muerte anhelo,
y la tendré... ¿pero cómo?
en un patíbulo horrendo,
por infractor de las leyes,
de horror ó de burla objeto.

CAPITAN. ¿Qué decís?... No hemos llegado,
señor, á tan duro estremo;
aun puede haber circunstancias
que justifiquen el duelo,
y entonces...

DON ALVARO. No, no hay ninguna.
Soy homicida, soy reo.

CAPITAN. Mas segun tengo entendido
(ahora de mi regimiento
me lo ha dicho el ayudante),
los generales de acuerdo
con todos los coroneles
han ido sin perder tiempo
á echarse á los pies del rey,
que es benigno, aunque severo,
para pedirle...

DON ALVARO. (*Conmovido.*) ¿De veras?
Con el alma lo agradezco,
y el interes de los gefes
me honra y me confunde á un tiempo.
¿Pero por qué han de empeñarse
militares tan excelsos,
en que una escepcion se haga
á mi favor, de un decreto
sabio, de una ley tan justa,
á que yo falté el primero?
Sirva mi pronto castigo
para saludable ejemplo.
Muerte, es mi destino, muerte.
Porque la muerte merezco,
porque es para mí la vida
aborrecible tormento.
Mas ¡ay de mí sin ventura!
¿Cuál es la muerte que espero?
La del criminal, sin honra,
¡en un patíbulo!!!... ¡Cielos!!!
(*Se oye un redoble.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS Y EL SARGENTO.

SARGENTO. Mi capitan...

CAPITAN. ¿Qué se ofrece?

SARGENTO. El mayor...

CAPITAN. Voy al momento. *(Vase.)*

ESCENA V.

DON ALVARO. ¡Leonor! ¡Leonor! Si existes, desdichada,
¡oh qué golpe te espera,
cuando la nueva fiera
te llegue adonde vives retirada,
de que la misma mano,
la mano ¡ay triste! mia,
que te privó de padre y de alegria
acaba de privarte de un hermano!
No; te ha líbrado, si, de un enemigo,
de un verdugo feroz, que por castigo
de que diste en tu pecho
acogida á mi amor, verlo desecho,
y roto, y palpitante
preparaba anhelante,
y con su brazo mismo
de su venganza hundirte en el abismo.
Respira, sí, respira,
que libre estás de su tremenda ira.
(Pausa.)
¡Ay de mi! tú vivias,
y yo léjos de tí, muerte buscaba;
y sin remedio las desgracias mias
despechado juzgaba:
mas tú vives, mi cielo,
y aun aguardo un instante de consuelo.
¿y qué espero? ¡infeliz! de sangre un rio
que yo no derramé, serpenteaba
entre los dos; mas ahora el brazo mio
en mar inmenso de tornarlo acaba.
¡Hora de maldicicion, aciaga hora
fué aquella en que te ví la vez primera
en el soberbio templo de Sevillá,
como un ángel bajado de la esfera,
en donde el trono del Eterno brilla!
¡Qué porvenir dichoso
vió mi imaginacion por un momento,
que huyó tan presuroso
como al soplar de repentino viento
las torres de oro, y montes argentinos,
y colosos, y fulgidos follages
que forman los celages
en otoño á los rayos matutinos! *(Pausa.)*
¡Mas en qué espacio vago, en que regiones
fantásticas! ¿Qué espero?
¡Dentro de las breves horas,
léjos de mundanas afecciones

vanas y engañadoras,
iré de Dios al tribunal severo! (*Pausa.*)
¿Y mis padres?... Mis padres desdichados
aun yacen encerrados
en la prision horrenda de un castillo...
cuando con mis hazañas y proezas
pensaba restaurar su nombre y brillo,
y rescatar sus míseras cabezas.
No me espera mas suerte
que como criminal, infame muerte.
(*Queda sumergido en el despecho.*)

ESCENA VI.

DON ALVARO. EL CAPITAN.

CAPITAN. Hola, amigo y compañero...
DON ALVARO. ¿Vais á darme alguna nueva?
¿Para cuándo convocado
está el consejo de guerra?
CAPITAN. Dicen que esta noche misma
debe reunirse á gran priesa...
De hierro, de hierro tiene
el rey Cárlos la cabeza.
DON ALVARO. Es un valiente soldado,
es un gran rey.
CAPITAN. Mas pudiera
no ser tan tenaz y duro.
Pues nadie, nadie lo apea
en diciendo no.
DON ALVARO. En los reyes
la debilidad es mengua.
CAPITAN. Los gefes y generales
que hoy en Veletri se encuentran
han estado en cuerpo á verle,
y á rogarle suspendiera
la ley en favor de un hombre
que tantos méritos cuenta...
Y todo sin fruto. Cárlos,
aun mas duro que una peña,
ha dicho que no, resuelto,
y que la ley se obedezca:
mandando que en esta noche
falle el consejo de guerra:
Mas aun quedan esperanzas,
puede ser que el fallo sea...
DON ALVARO. Segun la ley. No hay remedio,
injusta otra cosa fuera.
CAPITAN. ¡Pero qué pena tan dura,
tan estraña, tan violenta...
DON ALVARO. La muerte. Como cristiano

la sufriré: no me aterra.
Dármela Dios no ha querido
con honra y con fama eterna
en el campo de batalla;
y me la dá con afrenta
en un patíbulo infame...
Humilde la aguardo... venga.

CAPITAN. No será acaso... aun veremos...
puede que se arme una gresca...
El ejército os adora...
Su agitacion es estrema,
y tal vez un alboroto...

DON ALVARO. Basta... ¿qué decís? ¿tal piensa
quien de militar blasona?
¿El ejército pudiera
faltar á la disciplina,
Ni yo deber mi cabeza
á una rebelion?... No, nunca,
que jamás, jamás suceda
tal desórden por mi causa.

CAPITAN. La ley es atroz, horrenda.

DON ALVARO. Yo la tengo por muy justa;
forzoso remediar era
un abuso... (*Se oye un tambor y dos tiros.*)

CAPITAN. ¿Qué

DON ALVARO. ¿Escuchasteis?

CAPITAN. El desórden ya comienza.

(*Se oye gran ruido; tiros, confusion y cañonazos, que van en aumento hasta el fin del acto:*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS Y EL SARGENTO, *que entra muy presuroso.*

SARGENTO. ¡Los alemanes! los enemigos están en Veletri. ¡Estamos sorprendidos!

VOCES DENTRO. ¡A las ármas! ¡á las armas! (*Sale el oficial un instante, se aumenta el ruido, y vuelve con la espada desnuda.*)

CAPITAN. Don Fadrique, escapad: no puedo guardar mas vuestra persona: andan los nuestros y los imperiales mezclados por las calles; arde el palacio del rey; hay una confusion espantosa; tomad vuestro partido. Vamos, hijos, á abrirnos paso como valientes, ó á morir como españoles. (*Vanse el capitan, los centinelas y el sargento.*)

ESCENA VIII.

DON ALVARO. Denme una espada, volaré á la muerte:
y si es vivir mi suerte,
y no la logro en tanto desconcierto,
yo os hago, eterno Dios, voto profundo
de renunciar al mundo,
y de acabar mi vida en un desierto.

FIN DE LA JORNADA CUARTA.

JORNADA QUINTA.

La escena es en el convento de los Angeles y sus alrededores.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa lo interior del claustro bajo del convento de los Ángeles, que debe ser una galería mezquina al rededor de un patiecillo, con naranjos, adelfas y jazmines. A la izquierda se verá la portería, á la derecha la escalera. Debe de ser decoracion corta, para que detrás esten las otras por su órden.— Aparecen EL P. GUARDIAN *paseándose gravemente por el procenio, y leyendo en su breviario.* EL H. MELITON *sin manto, arremangado, y repartiendo con un cucharon, de un gran caldero, la sopa, al* VIEJO, *al* COJO, *al* MANCO, *á la* MUJER *y al grupo de pobres que estará apiñado en la portería.*

H. MELITON. Vamos, silencio y órden, que no están en ningun figon.

MUJER. Padre, á mí, á mi.

VIEJO. ¿Cuántas raciones quiere, Marica?...

COJO. Ya le han dado tres, y no es regular...

H. MELITON. Callen, y sean humildes, que me duele la cabeza.

MANCO. Marica ha tomado tres raciones.

MUJER. Y aun voy á tomar cuatro, que tengo seis chiquillos.

H. MELITON. ¿Y por qué tiene seis chiquillos?... Sea su alma.

MUJER. Porque me los ha dado Dios·

H. MELITON. Si... Dios... Dios... No los tendria si se pasara las noches como yo, rezando el rosario, ó dándose disciplina.

P. GUARDIAN. (*Con gravedad.*) ¡Hermano Meliton!... ¡Hermano Meliton!... ¡Válgame Dios!

H. MELITON. Padre nuestro, si estos desesperados tienen una fecundidad que asombra.

COJO. A mí, P. Meliton, que tengo ahí fuera á mi madre baldada.

H. MELITON. ¡Hola!... ¿Tambien ha venido hoy la bruja? Pues no nos falta nada.

P. GUARDIAN. ¡Hermano Meliton!

MUJER. Mis cuatro raciones.

MANCO. A mi antes.

VIEJO. A mí.

TODOS. A mí, á mí...

H. MELITON. Váyanse noramala, y tengan modo... ¿A que les doy con el cucharon?...

P. GUARDIAN. Caridad. hermano, caridad, que son hijos de Dios.

H. MELITON. (*Sofocado.*) Tomen, y váyanse...

MUJER. Cuando nos daba la guiropa el P. Rafael lo hacia con mas modo y con mas temor de Dios.

H. MELITON. Pues llamen al P. Rafael... que no los puedo aguantar ni una semana.

VIEJO. Hermano, ¿me quiere dar otro poco de bazofia?...

H. MELITON. ¡Galopo!... ¿Bazofia llama á la gracia de Dios?...

P. GUARDIAN. Caridad y paciencia, hermano Meliton; harto trabajo tienen los pobrecitos.

H. MELITON. Quisiera yo ver á V. Rma. lidiar con ellos un dia, y otro, y otro.

COJO. El P. Rafael...

H. MELITON. No me jeringuen con el P. Rafael... y... tomen las arrebañaduras, (*Les reparte los restos del caldero, y lo echa á rodar de una patada.*) y á comerlo al sol.

MUJER. Si el P. Rafael quisiera bajar á decirle los Evangelios á mi niño que tiene sisiones...

H. MELITON. Tráigalo mañana, cuando salga á decir misa el P. Rafael.

COJO. Si el P. Rafael quisiera venir á la villa, á curar á mi compañero, que se ha caido.

H. MELITON. Ahora no es hora de ir á hacer milagros: por la mañanita, por la mañanita con la fresca.

MANCO. Si el P. Rafael...

H. MELITON. (*Fuera de sí.*) Ea, ea, fuera... al sol... ¡Cómo cunde la semilla de los perdidos! horrio... á fuera. (*Los va echando con el cucharon y cierra la portería, volviendo luego muy sofocado y cansado donde está el Guardian.*)

ESCENA II.

EL PADRE GUADIAN *y* EL HERMANO MELITON.

H. MELITON. No hay paciencia que baste, Padre nuestro.

P. GUARDIAN. Me parece hermano Meliton, que no os ha dotado el Señor con gran cantidad de ella. Considere que en dar de comer á los pobres de Dios, desempeña un ejercicio de que se honraria un ángel.

H. MELITON. Yo quisiera ver á un ángel en mi lugar siquiera tres dias..... puede ser que de cada guantada...

P. GUARDIAN. No diga disparates.

H. MELITON. Pues si es verdad. Yo lo hago con mucho gusto, eso es otra cosa. Y bendito sea el Señor, que nos da bastante, para que nuestras sobras sirvan de sustento á los pobres. Pero es preciso enseñarles los dientes. Viene entre ellos mucho pillo... Los que están tullidos y viejos, vengan enhorabuena, y les daré hasta mi racion, el dia que no tenga mucha hambre; pero jastiales que pueden derribar á puñadas un castillo, váyanse á trabajar. Y hay algunós tan insolentes... hasta llaman bazofia á la gracia de Dios... Lo mismo que restregarme siempre por los hocicos al

P. Rafael; toma si nos daba mas, daca si tenia mejor modo, torna si era mas caritativo, vuelta si no metia tanta prisa. Pues á fé, á fé, que el bendito P. Rafael á los ocho dias se hartó de pobres y de guiropa, y se metió en su celda, y aquí quedó el H. Meliton. Y por cierto no sé por qué esta canalla dice que tengo mal génio. Pues el P. Rafael tambien tiene su piedra en el rollo, y sus prontos, y sus ratos de murria como cada cual.

P. GUARDIAN. Basta, hermano, basta. El P. Rafael no podia, teniendo que cuidar del altar, y que asistir al coro, entender en el repartimiento de la limosna: ni este ha sido nunca encargo de un religioso antiguo, sino incumbencia del portero... ¿Me entiende?... Y, H. Meliton, tenga mas humildad, y no se ofenda cuando prefieran al P. Rafael, que es un siervo de Dios, á quien todos debemos imitar.

H. MELITON. Yo no me ofendo de que prefieran al P. Rafael. Lo que digo és que tiene su genio. Y á mí me quiere mucho, padre nuestro, y echamos nuestras manos de conversacion. Pero tiene de cuando en cuando unas salidas, y se da unas palmadas en la frente..., y habla solo, y hace visages como si viera algun espíritu.

P. GUARDIAN. Las penitencias, los ayunos...

H. MELITON. Tiene cosas muy raras. El otro dia estaba cavando en la huerta, y tan pálido y tan desemejado, que le dije en broma: Padre, parece un mulato; y me echó una mirada, y cerró el puño, y aun lo enarboló de modo, que parecia que me iba á tragar. Pero se contuvo, se echó la capucha y desapareció; digo, se marchó de allí á buen paso.

P. GUARDIAN. Ya.

H. MELITON. Pues el dia que fué á Hornachuelos á ausiliar al alcalde, cuando estaba en toda su furia aquella tormenta en que nos cayó la centella sobre el campanario, al verlo yo salir sin cuidarse del aguacero, ni de los trúenos que hacian temblar estas montañas, le dije por broma que parecia entre los riscos un indio bravo: y me dió un berrido que me aturrulló... Y como vino al convento de un modo tan raro, y nadie lo viene nunca á ver, ni sabemos dónde nació...

P. GUARDIAN. Hermano, no haga juicios temerarios. Nada tiene de particular eso, ni el modo con que vino á esta casa el P. Rafael es tan raro como dice. El Padre limosnero que venia de Palma, se lo encontró muy mal herido en los encinares de Escalona, junto al camino de Sevilla, víctima sin duda de los salteadores, que nunca faltan en semejante sitio; y lo trajo al convento, donde Dios sin duda le inspiró la vocacion de tomar nuestro santo escapulario, como lo verificó en cuanto se vió restablecido, y pronto hará cuatro años. Esto no tiene nada de particular.

H. MELITON. Ya, eso sí... Pero, la verdad, siempre que lo miro me acuerdo de aquello que V. Rma. nos ha contado muchas veces, y tambien se nos ha leido en el refectorio, de cuando se hizo fraile de nuestra órden el demonio, y que estuvo allá en un convento algunos meses. Y se me ocurre si el P. Rafael será alguna cosa asi... pues tiene unos repentes, una fuerza, y un mirar de ojos...

P. GUARDIAN. Es cierto, hermano mio; asi consta de nuestras crónicas, y está consignado en nuestros archivos. Pero, ademas de que rara vez se repiten tales milagros, entonces el Guardian de aquel convento en que ocurrió el prodigio, tuvo una revelacion que le previno de todo. Y lo que es yo, hermano mio, no he tenido hasta ahora ninguna. Con que tranquilícese, y no caiga en la tentacion de sospechar del P. Rafael.

H. MELITON. Yo, nada sospecho.

P. GUARDIAN. Le aseguro que no he tenido revelacion.

H. MELITON. Ya, pues, entonces... Pero tiene muchas rarezas el P. Rafael.

P. GUARDIAN. Los desengaños del mundo, las tribulaciones... Y luego, el retiro con que vive, las continuas penitencias... (*Suena la campanilla de la portería.*) Vaya á ver quién llama.

H. MELITON. ¿A que son otra vez los pobres? Pues ya está limpio el caldero... (*Suena otra vez la campanilla.*) No hay mas limosna; se acabó por hoy, se acabó. (*Suena otra vez la campanilla.*)

P. GUARDIAN. Abra, hermano, abra la puerta. (*Vase.*) (*Abre el lego la portería.*)

ESCENA III.

EL H. MELITON *y* DON ALFONSO *vestido de monte, que sale embozado.*

DON ALFONSO. (*Con muy mal modo, y sin desembozarse.*)
De esperar me he puesto cano.
¿Sois vos por dicha el portero?

H. MELITON. Tonto es este caballero. (*Aparte.*)
Pues que abrí la puerta es llano. (*Alto.*)
Y aunque de portero estoy,
no me busque las cosquillas,
que padre de campanillas
con olor de santo soy.

DON ALFONSO. ¿El Padre Rafael está?
Tengo que verme con él.

H. MELITON. ¡Otro Padre Rafael! (*Aparte.*)
amostazándome va.

DON ALFONSO. Responda pronto.

H. MELITON. (*Con miedo.*) Al momento.
Padres Rafaeles... hay dos.
¿Con cuál quereis hablar vos?

DON ALFONSO. Para mí mas que haya ciento.
El Padre Rafael... (*Muy enfadado.*)

H. MELITON. ¿El gordo?
¿El natural de Porcuna?
No os oirá cosa ninguna,
que es como una tapia sordo.
Y desde el pasado invierno
en la cama está tullido;
noventa años ha cumplido.
El otro es...

DON ALFONSO. El del infierno.

H. MELITON. Pues ahora caigo en quién es:
el alto, adusto, moreno,
ojos vivos, rostro lleno...

DON ALFONSO. Llevadme á su celda, pues.

H. MELITON. Daréle aviso primero,
porque si está en oracion,
disturbarle no es razon...
¿Y quién diré?

DON ALFONSO. Un caballero.

H. MELITON. (*Yéndose hácia la escalera muy lentamente, dice aparte.*)
¡Caramba!... ¡Que raro gesto!
Me da malísima espina,
y me huele á chamusquina...

DON ALFONSO. (*Muy irritado.*)
¿Qué aguarda? Subamos presto.

(*El Hermano se asusta y sube la escalera, y detras de él don Alfonso.*)

ESCENA IV.

El teatro representa la celda de un franciscano. Una tarima con una estera á un lado, un vasar con una jarra y vasos, un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados. Una especie de oratorio pobre, y en su mesa una calavera, DON ALVARO, *vestido de fraile francisco, aparece de rodillas en profunda oracion mental.*

DON ALVARO *y* EL H. MELITON.

H. MELITON. ¡Padre, Padre! (*Dentro.*)

DON ALVARO. (*Levantandose.*) ¿Qué se ofrece?
Entre, Hermano Meliton.

H. MELITON. Padre, aqui os busca un maton, (*Entra.*)
que muy ternejal parece.

DON ALVARO. (*Receloso.*)
¿Quién, hermano?... ¿A mí?... ¿su nombre?

H. MELITON. Lo ignoro; muy altanero.
dice que es un caballero,
y me parece un mal hombre.
El muy bien portado viene,
y en un andaluz rocin;
pero un genio muy ruin,
y un tono muy duro tiene.

DON ALVARO. Entre al momento quien sea.

H. MELITON. No es un pecador contrito.
Se quedará tamañito. (*Aparte.*)
al instante que lo vea. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON ALVARO. ¿Quién podrá ser?... No lo acierto.
Nadie, en estos cuatro años,
que huyendo de los engaños
del mundo, habito el desierto,
con este sayal cubierto,
ha mi quietud disturbado.
¿Y hoy un caballero osado
á mi celda se aproxima?
¿Me traerá nuevas de Lima?...
¡Santo Dios!... ¡qué he recordado!

ESCENA VI.

DON ALVARO *y* DON ALFONSO *que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luego cierra la puerta por dentro, y echa el pestillo.*

DON ALFONSO. ¿Me conoceis?
DON ALVARO. No, señor.
DON ALFONSO. ¿No veis en mis ademanes
rasgo alguno que os recuerde
de otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
no se hiela vuestra sangre,
no se anonada y confunde
vuestro corazon cobarde
con mi presencia?... O por dicha,
¿es tan sincero, es tan grande,
tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el Padre
Rafael, de aquel indiano
don Alvaro, del constante
azote de una familia
que tanto en el mundo vale?
¿Temblais y bajais los ojos?
Alzadlos, pues, y miradme.
(*Descubriéndose el rostro y mostrándoselo.*)
DON ALVARO. ¡O Dios!... ¡Qué veo! ¡Dios mio!
¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del marques de Calatrava
viendo estoy la viva imagen!
DON ALFONSO. Basta, que está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
me está pidiendo venganza
en altas voces la sangre.
Cinco años há que recorro
con dilatados viages
el mundo, para buscaros;
y aunque ha sido todo en balde,
el cielo (que nunca impunes
deja las atrocidades
de un monstruo, de un asesino
de un seductor, de un infame),
por un imprevisto acaso
quiso por fin indicarme
el asilo donde á salvo
de mi furor os juzgaste.
Fuera el mataros inerme
indigno de mi linage.
Fuiste valiente, robusto
aun estais para un combate:
Armas no teneis, lo veo,

yo dos espadas iguales
traigo conmigo, son estas;
(*Se desemboza y saca dos espadas.*)
elegid la que os agrade,

DON ALVARO. (*Con gran calma, pero sin orgullo.*)
Entiendo, jóven, entiendo,
sin que escucharos me pasme,
porque he vivido en el mundo
y apurado sus afanes.
De los vanos pensamientos
que en este punto en vos arden,
tambien el juguete he sido;
quiera el Señor perdonarme.
Víctima de mis pasiones,
conozco todo el alcance
de su influjo, y compadezco
al mortal á quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro
como el náufrago, que sale
por un milagro á la orilla,
y jamas torna á embarcarse.
Este sayal que me viste,
esta celda miserable,
este yermo, á donde acaso
Dios por vuestro bien os trae,
desengaños os presentan
para calmaros bastantes;
y mas os responden mudos
que pueden labios mortales.
Aqui de mis muchas culpas,
que son ¡ay de mí! harto grandes,
pido á Dios misericordia:
que la consiga dejadme.

DON ALFONSO. ¿Dejaros?... ¿quién?... ¿Yo dejaros
sin ver vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mis manos desnuda?
Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni á un vil hipócrita guardan,
ni aun cobarde infame escudan.

DON ALVARO. ¿Qué decís?... ¡Ah!... (*Furioso.*)
(*Reportándose.*) ¡No, Dios mio!...
En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor!... esfuerzo
me dé vuestra santa ayuda.—
Los insultos y amenazas, (*Repuesto.*)
que vuestros labios pronuncian
no tienen para conmigo
poder ni fuerza ninguna.
Antes como caballero
supe vengar las injurias;

hoy humilde religioso
darles perdon y disculpa.
Pues veis cuál es ya mi estado,
y, si sois sagaz, la lucha
que conmigo estoy sufriendo,
templad vuestra saña injusta.
Respetad este vestido,
compadeced mis angustias,
y perdonad generoso
ofensas que estan en duda.
(*Con gran conmocion.*)
¡Sí, hermano, hermano!

DON ALFONSO. ¿Qué nombre
osais pronunciar?...

DON ALVARO. ¡Ah!...

DON ALFONSO. Una
sola hermana me dejásteis,
perdida, y sin honra... ¡Oh furia!!!

DON ALVARO. ¡Mi Leonor!!! ¡Ah! No sin honra,
un religioso os lo jura.
Leonor... ¡ay! la que absorvia
toda mi existencia junta!!! (*En delirio.*)
La que en mi pecho, por siempre...
por siempre, si, sí... que aun dura...
una pasion... ¿Y qué, vive?
¿sabeis vos noticias suyas?...
Decid que me ama, y matadme,
decidme... ¡Oh Dios!... ¿me rehusa
(*Aterrado.*)
vuestra gracia sus ausilios?
¿De nuevo el triunfo asegura
el infierno, y se desploma
mi alma en su sima profunda?
¡Misericordia!... Y vos, hombre
ó ilusion, ¿sois por ventura
un tentador que renueva
mis criminales angustias
para perderme?.. ¡Dios mio!

DON ALFONSO. (*Resuelto.*) De estas dos espadas, una
tomad, don Alvaro, luego,
tomad: que en vano procura
vuestra infame cobardia
darle treguas á mi furia.
Tomad...

DON ALVARO. (*Retirándose.*) No, que aun fortaleza
para resistir la lucha
de las mundanas pasiones
me da Dios con bondad suma.
¡Ah! si mis remordimientos,
mis lágrimas, mis confusas
palabras, no son bastante
para aplacaros; si escucha

mi arrepentimiento humilde
sin caridad vuestra furia,
(*Arrodìllase.*)
prosternado á vuestras plantas
vedme, cual persona alguna
jamas me vió...

DON ALFONSO. (*Con desprecio.*) Un caballero
no hace tal infamia nunca.
Quien sois bien claro publica
vuestra actitud, y la inmunda
mancha que hay en vuestro escudo.

DON ALVARO. (*Levantándose con furor.*)
¿Mancha?... y ¿cuál?... ¿cuál?

DON ALFONSO. ¿Os asusta?

DON ALVARO. Mi escudo es como el sol limpio,
como el sol.

DON ALFONSO. ¿Y no lo anubla
ningun cuartel de mulato?
¿De sangre mezclada, impura...?

DON ALVARO. (*Fuera de sì.*)
¡Vos mentís, mentís, infame!
Venga el acero; mi furia
(*Toca el pomo de una de las espadas.*)
os arrancará la lengua,
que mi clara estirpe insulta.
Vamos.

DON ALFONSO. Vamos.

DON ALVARO. (*Reportándose.*) No... no triunfa
tampoco con esta industria
de mi constancia el infierno.
Retiraos, señor:

DON ALFONSO. (*Furioso.*) ¿Te burlas
de mí, inicuo? Pues cobarde
combatir conmigo escusas,
no escusarás mi venganza.
Me basta la afrenta tuya:
toma. (*Le da una bofetada.*)

DON ALVARO. (*Furioso y recobrando toda su energía.*)
¿Qué hiciste?... ¡insensato!!
ya tu sentencia es segura:
hora es de muerte, de muerte.—
El infierno me confunda. (*Salen ambos precipitados.*)

ESCENA VII.

El teatro representa el mismo claustro bajo que en las primeras escenas de esta jornada. EL H. MELITON *saldrá por un lado, y como bajando la escalera:* DON ALVARO *y* DON ALFONSO, *embozado en su capa, con gran precipitancion.*

H. MELITON (*Saliéndole al paso.*) ¿Adónde bueno?

DON ALVARO. (*Con voz terrible.*) Abra la puerta.

H. MELITON. La tarde está tempestuosa, va á llover á mares.

DON ALVARO. Abra la puerta.

H. MELITON. (*Yendo hácia la puerta.*) ¡Jesus!... Hoy estamos de marea alta... ya voy... ¿quiere que le acompañe?.., ¿ hay algun enfermo de peligro en el cortijo?...

DON ALVARO. La puerta pronto.

H. MELITON. (*Abriendo la puerta.*) ¿Va el padre á Hornachuelos?

DON ALVARO. (*Saliendo con don Alfonso.*) Voy al infierno.

(*Queda el H. Meliton asustado.*)

ESCENA VII.

H. MELITON.
¡ Al infierno !... ¡ buen viaje !
Tambien que era del infierno
dijo, para mi gobierno,
aquel nuevo personage.
¿ Jesus, y qué caras tan !...
Me temo que mis sospechas
han de quedar satisfechas.
Voy á ver por donde van.
(*Se acerca á la porteria y dice como admirado* :)
¡ Mi gran Padre San Francisco
me valga !... Van por la sierra,
sin tocar con el pie en tierra,
saltando de risco en risco.
Y el jaco los sigue en pós
como un perrillo faldero.
Calla... hácia el despeñadero
de la hermita van los dos.
(*Asomándose á la puerta con gran afan* : *á voces.*)
! Hola... ¡ Hermanos !... ¡ Hola !... ¡ Digo !...
No lleguen al paredon,
miren que hay excomunion.
Que Dios les va á dar castigo.
(*Vuelve á la escena.*)
No me oyen, vano es gritar.
Demonios son, es patente.
Con el santo penitente
sin duda van á cargar.
¡ El Padre, el Padre Rafael !...
Si quien piensa mal, acierta.
Atrancaré bien la puerta...
pues tengo un miedo cruel.
(*Cierra la puerta.*)
Un olorcillo han dejado
de azufre... Voy á tocar
las campanas.
(*Vase por un lado, y luego vuelve por otro como con gran miedo.*)
Avisar
será mejor al prelado.
Sepa que en esta ocasion,

aunque refunfuñe luego,
no el Padre Guardian, el lego
tuvo la revelacion. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

El teatro representa un valle rodeado de riscos inaccesibles y de malezas, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco accesible con dificultad, y colocado al fondo, habrá una medio gruta, medio hermita con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde dentro : el cielo representará el ponerse el sol de un dia borrascoso, se irá oscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos, DON ALVARO *y* DON ALFONSO *salen por un lado.*

DON ALFONSO. De aqui no hemos de pasar.
DON ALVARO. No, que tras de estos tapiales,
bien sin ser vistos, podemos
terminar nuestro combate.
Y aunque en hollar este sitio
cometo un crímen muy grande,
hoy es de crímenes dia,
y todos han de apurarse.
De uno de los dos la tumba
se está abriendo en este instante.
DON ALFONSO. Pues no perdamos mas tiempo,
y que las espadas hablen.
DON ALVARO. Vamos : mas antes es fuerza
que un gran secreto os declare,
pues que de uno de nosotros
es la muerte irrevocable :
y si yo caigo es forzoso
que sepais en este trance
á quien habeis dado muerte,
que puede ser importante.
DON ALFONSO. Vuestro secreto no ignoro.
Y era el mejor de mis planes,
(para la sed de venganza
saciar que en mis venas arde)
despues de heriros de muerte
daros noticias tan grandes,
tan impensadas y alegres,
de tan feliz desenlace,
que al despecho de saberlas,
de la tumba en los umbrales,
cuando no hubiese remedio,
cuando todo fuera en balde,
el fin espantoso os diera,
digno de vuestras maldades.
DON ALVARO. Hombre, fantasma ó demonio,
que ha tomado humana carne
pará hundirme en los infiernos,

para perderme... ¿qué sabes?...

DON ALFONSO. Corrí el nuevo mundo... ¿tiemblas?...
vengo de Lima... esto baste.

DON ALVARO. No basta, que es imposible
que saber quien soy lograses.

DON ALFONSO. De aquel virey fementido
que (pensando aprovecharse
de los trastornos y guerras,
de los disturbios y males
que la sucesion al trono
trajo á España) formó planes
de tornar su vireinato
en imperio, y coronarse,
casando con la heredera
última de aquel linage
de los Incas (que en lo antiguo,
del mar del Sur á los Andes
fueron los emperadores.)
eres hijo. — De tu padre
las traiciones descubiertas,
aun á tiempo de evitarse,
con su esposa, en cuyo seno
eras tú ya peso grave,
huyó á los montes, alzando
entre los indios salvages
de traicion y rebeldía
al sacrilego estandarte.
No los ayudó fortuna,
pues los condujo á la cárcel
de Lima, do tú naciste...
(*Hace estremos de indignacion y sorpresa don Alvaro.*)
Oye... espera hasta que acabe.
El triunfo del rey Felipe
y su clemencia notable,
suspendieron la cuchilla
que ya amagaba a tus padres;
y en una prision perpétua
convirtió el suplicio infame.
Tú entre los indios creciste,
como fiera te educaste,
y viniste ya mancebo
con oro y con favor grande,
á buscar completo indulto
para tus traidores padres.
Mas no, que viniste solo
para asesinar cobarde,
para seducir inicuo,
y para que yo te mate.

DON ALVARO. Vamos á probarlo al punto. (*Despechado.*)

DON ALFONSO. Ahora tienes que escucharme.
Que has de apurar, vive el cielo,
hasta las heces el cáliz.

Y si, por ser mi destino,
consiguieses el matarme,
quiero allá en tu aleve pecho
todo un infierno dejarte.—
El rey benéfico acaba
de perdonar á tus padres.
Ya están libres y repuestos
en honras y dignidades.
La gracia alcanzó tu tio,
que goza favor notable,
y andan todos tus parientes
afanados por buscarte
para que tenga heredero...

DON ALVARO. (*Muy turbado y fuera de sí.*)
Ya me habeis dicho bastante...
No sé dónde estoy, ¡ó cielos!...
Si es cierto, si son verdades
las noticias que dijísteis...
(*Enternecido y confuso.*)
¡Todo puede repararse!
Si Leonor existe, todo:
¿veis lo ilustre de mi sangre?...
¿Veis...

DON ALFONSO. Con sumo gozo veo
qué estais ciego y delirante.
¿Qué es reparacion?... Del mundo
amor, gloria, dignidades
no son para vos... Los votos
religiosos é inmutables
que os ligan á este desierto,
esa capucha, ese trage,
capucha y trage que encubren
á un desertor, que al infame
suplicio escapó en Italia,
de todo incapaz os hacen.
Oye cuál truena indignado (*Truena.*)
contra tí el cielo... Esta tarde
completísimo es mi triunfo.
Un sol hermoso y radiante
te he descubierto, y de un soplo
luego he sabido apagarle.

DON ALVARO. (*Volviendo al furor.*)
¿Eres monstruo del infierno,
prodigio de atrocidades?

DON ALFONSO. Soy un hombre rencoroso
que tomar venganza sabe.
Y porque sea mas completa,
te digo que no te jactes
de noble... eres un mestizo,
fruto de traiciones.

DON ALVARO. (*En el estremo de la desesperacion.*) Baste.
¡Muerte y esterminio! ¡Muerte

para los dos! Yo matarme
sabré, en teniendo el consuelo
de beber tu inicua sangre.

(Toma la espada, combaten y cae herido don Alfonso.)

DON ALFONSO. Ya lo conseguiste... ¡Dios mio! ¡Confesion! Soy cristiano... Perdonadme... salva mi alma...

DON ALVARO. (*Suelta la espada y queda como petrificado.*) ¡Cielos!... ¡Dios mio!... ¡Santa madre de los Angeles!... ¡Mis manos tintas en sangre... en sangre de Vargas!...

DON ALFONSO. ¡Confesion! ¡confesion!... Conozco mi crímen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

DON ALVARO. (*Aterrado.*) ¡No, yo no soy mas que un réprobo, presa infeliz del demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarian vuestra condenacion. Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid á Dios misericordia... Y... esperad... cerca vive un santo penitente... podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse á su mansion... ¿Qué importa?: yo que hé roto todos los vínculos, que he hollado todas las obligaciones...

DON ALFONSO. ¡Ah! por caridad, por caridad...

DON ALVARO. Si; voy á llamarlo... al punto...

DON ALFONSO. Apresuraos, Padre... ¡Dios mio! (*Don Alvaro corre á la hermita y golpea la puerta.*)

DOÑA LEONOR. (*Dentro.*) ¿Quién se atreve á llamar á esta puerta? Respetad este asilo.

DON ALVARO. Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer á un moribundo: venid á darle el ausilio espiritual.

DOÑA LEONOR. (*Dentro.*) Imposible, no puedo, retiraos.

DON ALVARO. Hermano, por el amor de Dios.

DOÑA LEONOR. (*Dentro.*) No, no, retiraos.

DON ALVARO. Es indispensable, vamos, (*Golpea fuertemente la puerta.*)

DOÑA LEONOR. (*Dentro tocando la campanilla.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA X.

LOS MISMOS *y* DOÑA LEONOR, *vestida con un saco, y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece á la puerta de la gruta, y se oye repicar á lo léjos las campanas del convento.*

DOÑA LEONOR. Huid, temerario; temed la ira del cielo.

DON ALVARO. (*Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.*) ¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¡Qué acento!... ¡Es un espectro!... Imágen adorada... ¡Leonor! ¡Leonor!

DON ALFONSO. (*Como queriéndose incorporar.*) ¡Leonor!... ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!

DOÑA LEONOR. (*Corriendo detras de don Alvaro.*) ¡Dios mio! ¿Es don Alvaro?... Conozco su voz... El es... ¡Don Alvaro!

DON ALFONSO. ¡O furia! Ella es... ¡Estaba aqui con su seductor!... ¡hipócritas!... ¡Leonor!!!

DOÑA LEONOR. ¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... ¿Mas qué veo?... (*Se precipita hácia donde ve á don Alfonso.*)

DON ALFONSO. ¡Ves al último de tu infeliz familia!

DOÑA LEONOR. (*Precipitándose en los brazos de su hermano.*) ¡Hermano mio!... ¡Alfonso!

DON ALFONSO. (*Hace un esfuerzo, saca un puñal, y hiere de muerte à Leonor.*) Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra... Muero vengado. (*Muere.*)

DON ALVARO. ¡Desdichado!... ¿Qué hiciste?... ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas?... ¡ay! (*Sin osar acercarse à los cadáveres.*) Aun respira... aun palpita aquel corazon todo mio... Angel de mi vida... vive, vive... yo te adoro... ¡Te hallé, por fin... sí, te hallé... muerta! (*Queda inmóvil.*)

ESCENA ULTIMA.

Hay un rato de silencio; los truenos resuenan mas fuertes que nunca, crecen los relámpagos, y se oye cantar á lo léjos el Miserere *á la comunidad, que se acerca lentamente.*

VOZ DENTRO. Aqui, aqui; ¡qué horror! (*Don Alvaro vuelve en sí, y luego huye hàcia la montaña.—Sale el P. Guardian con la comunidad, que queda asombrada.*)

P. GUARDIAN. ¡Dios mio!... ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES. ¡Una mujer!... ¡Cielos!

P. GUARDIAN. ¡Padre Rafael!

DON ALVARO. (*Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice:*) Busca, imbécil, al P. Rafael... Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio esterminador... Huid, miserables.

TODOS. ¡Jesus, Jesus!

DON ALVARO. Infierno, abre tu boca y trágame. Húndase el cielo, perezca la raza humana; esterminio, destruccion... (*Sube à lo mas alto del monte y se precipita.*)

EL P. GUARDIAN Y LOS FRAILES. (*Aterrados y en actitudes diversas.*) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

Madrid año de 1835.

FIN DEL DRAMA.

SOLACES DE UN PRISIONERO,

O

TRES NOCHES DE MADRID.

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

PERSONAS.

EL REY FRANCISCO DE FRANCIA, galan.
EL EMPERADOR CARLOS V, galan.
DOÑA LEONOR, dama.
DOÑA ELVIRA, dama.
EL CONDE, barba.
EL COMENDADOR, viejo.
DON HERNANDO DE ALARCON, viejo.
ANACLETA, dueña.
LEONARDA, criada.
PIERRES, gracioso.
TOMATE, lacayo.
UN ALCADE DE CORTE.
TRES ALGUACILES.
RONDA, con linterna.

La accion pasa en Madrid en el año 1525.

ADVERTENCIA.

Por complacer á mis amigos, individuos de la seccion dramática del Liceo de Madrid y por distraerme en una época muy embarazosa y llena de disgustos y de ansiedad, he escrito esta composicion. No fué mi intento al emprenderla hacer un drama histórico *ni una* comedia de costumbres*; ni me propuse pintar una pasion, ni retratar un carácter. Tampoco pretendí cumplir con la* alta mision de poeta, *dando lecciones al mundo, y mejorando la sociedad. Nada de esto. Mi intento fué solo el de ocupar mi imaginacion, y el de proporcionar á mis lectores ú oyentes un par de horas de honesta diversion y entretenimiento, con lances verosímiles mejor ó peor enlazados, con un diálogo claro y agradable, y con los versos mas sonoros y fluidos, que le es dado producir á mi pobre musa. Si lo consigo he llenado completamente mi propósito. Y ruego á los críticos de todas las sectas literarias, que tengan la bondad de no juzgar esta obra por las reglas que respectivamente profesan, pues no me he sujetado á ninguna al componerla. Júzguenme, pues, solamente por el placer ó fastidio que les cause la lectura ó la representacion de esta comedia.*

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una calle de Madrid, de noche, y salen embozados EL REY *y* PIERRES.

PIERRES. La noche está tan oscura
que ni los dedos se ven,
y si has de reñir tambien,
no pegarme á mí procura,
como anoche aconteció:
pues cuando á palos andabas
y á los músicos cascabas,
un trancazo me alcanzó.

REY. No habrá esta noche quimera;
que no siempre hemos de hallar
músicos que apalear.

PIERRES. El cielo santo lo quiera,
y darte juicio, señor.

REY. ¿Y en qué me falta juicio?

PIERRES. En buscarte un precipicio
tras estos lances de amor.
De que prisionero estás,
y de que á hurtadillas sales
donde es fácil que resbales,
olvidado siempre vas;
y emprendes á cuchilladas,
sin temer ser descubierto,
que va á ser el fin por cierto,
señor, de estas escapadas.
Y yo el que pague el escote,
por ir siempre junto á tí.

REY. ¿Qué pueden hacerte, dí?

PIERRES. Nada: apretarme el gañote.
Si el perrazo que nos cela
oliese algo.... ¡San Antonio!

con él el mismo demonio
fuera un niño de la escuela.

REY. Advierto por cuanto dices
que el alcaide es tu manía.

PIERRES. Lo traigo de noche y dia
á caballo en las narices.
¿Y es viejo con quien se puede
andar en burlas, señor?

REY. No á fé, que á nadie en valor
y en noble entereza cede.

PIERRES. Pues verás...,

REY. ¿Qué, majadero,
si está en su cama roncando,
muy ageno de que ando
haciendo á damas terrero?

PIERRES. Si armas tanta bataola,
metiéndote á espadachin,
ha de descubrir al fin
que le hacemos la mamola.—
Mas si esta es la casa, ¿qué
esperas?

REY. A que el reló
dé las once.

PIERRES. Ya las dió,

REY. Mas la seña aun no se vé.

PIERRES. ¡Pese á la dueña ladina,
y lo que esta noche tarda!
Pues yo con un canto....
(Busca una piedra por el suelo.)

REY. Aguarda,
que hácia aqui una luz camina.

PIERRES. *(Asustado.)* ¿Una luz?.. Sí. Valga al diablo!...
Y mucha gente.... ¡Ay de mí,
que ya tenemos aqui
al acaide!.... Guarda Pablo.
Retirémonos, si no....

REY. Sabe, para tu gobierno,
que aunque viniese el infierno
no he de retirarme yo.

PIERRES. A Dios.... Pendencia tenemos.

REY. De mi acero á un solo amago
la luz importuna apago,
y luego despues veremos.

PIERRES. Despues que apagues la luz,
¿qué, señor, hemos de ver?

REY. Toda esa gente correr.

PIERRES. ¿Son demonios, y tú cruz?

REY. *(Saca la espada y vuelve á embozarse.)*
Si de estorbo has de servir,
sepárate pronto á un lado.

PIERRES. ¿Que estorbo soy, has dudado
si se trata de reñir? *(Se separa.)*

Salen el ALCALDE, *los* TRES ALGUACILES, *y otros que forman* LA RONDA, *con una linterna encendida.*

ALCALDE. ¿Quién va á la ronda?... ¿Quién va?
¿Quién va á la ronda?
REY. Ni voy,
ni vengo, que quieto estoy.
ALCALDE. ¿Y qué es lo que haciendo está?
REY. Tomando el fresco.
ALCALDE. Acercadle
la luz, y reconocedle;
y si armas lleva, prendedle,
y aun calabozo llevadle.
REY. (*Aparte.*) Con la justicia este enredo
me pesa, que el ampararla
es mi oficio; mas dejarla
reconocerme no puedo.
¡Gran compromiso!... (*Alto.*) Mirad...
ALCALDE. Nada hay que ver. Al momento
mi superior mandamiento
con ese hombre ejecutad.
REY. (*Aparte.*) ¡Grave apuro!...
(*Se desemboza, da de cuchilladas á todos y se apaga la luz.*)
Pues yo asi (*Alto.*)
me dejo reconocer,
que ni al infierno poder
le concedo sobre mí. (*Vase.*)
AGUACIL 1.° Es un demonio
AGUACIL 2.° (*Cayendo atropellado.*) ¡Ay!
PIERRES. (*Aparte.*) Con él
me escurro, pues paso abrió.
(*Vase, y lo sigue el alguacil tercero.*)
ALCALDE. Favor al rey.
AGUACIL 1.° Escapó.
AGUACIL 2.° Pues que lo siga Luzbel.

Sacan luces á algunos balcones, se abre una puerta del fondo, y sale EL COMENDADOR *con espada y broquel, sin sombrero, y como de casa.*

ALCALDE. (*Reforzando la voz.*)
¡Animo! favor al rey.
COMENDADOR. A dársele vengo yo,
que del que noble nació
el dárselo, y pronto, es ley.
¿Qué desorden ha ocurrido?
ALCALDE. Un hombre, que con malicia
se resistió á la justicia,
y que con ella ha reñido.
A la espada mano echó,

la luz matando, y valiente
acuchillando á esta gente,
sin saber cómo, se huyó.

COMENDADOR. Detrás de él, señor alcalde,
vamos.

AGUACIL 3.° (*Que vuelve cansado de haber perseguido á Pierres y al rey.*)
Imposible es.
Yo que tengo buenos pies
le he seguido, pero en balde.
La oscuridad le ha salvado;
tómó por la cayejuela,
y no corre sino vuela,
y juzgo va acompañado.

COMENDADOR. Un raterillo será.

AGUACIL 1.° Debe ser gran malhechor.

ALCALDE. El es hombre de valor,
mas quién és Dios lo sabrá.

COMENDADOR. Señor, el desaire siento
en que la justicia queda;
si algo juzgais que yo pueda
por ella hacer, al momento
cumpliré vuestros mandatos,
que á un hidalgo militar
le toca siempre vengar
semejantes desacatos.

ALCALDE. Hablais como bien nacido:
que á la justicia del rey
acatar, suprema ley
de los nobles siempre ha sido.
Mas gracias tan solo os doy,
pues no necesito nada.
Esto es ya cosa acabada.

COMENDADOR. A todo dispuesto estoy;
y si descansar gustais
esta es mi casa: os la ofrezco.

ALCALDE. Con el alma lo agradezco;
como quien sois os portais.
Es precisa obligacion
seguir la ronda. (*A la gente.*) Encended
esa linterna, y tened
mas pies ó mas corazon.
(*Vuelve uno con la linterna encendida.*)
Dios os guarde, caballero;
mil gracias, y descansad.
(*Vase con toda la ronda.*)

COMENDADOR. Con cuanto valgo contad;
con mi casa y con mi acero. (*Vase.*)

ESCENA II.

Sala de una casa particular, con mesa y sillas, una puerta en el fondo, y salen DOÑA LEONOR *y* DOÑA ELVIRA, *muy sobresaltadas* ANACLETA *y* LEONARDA, *cada una con un candelero en la mano y las velas encendidas.*

DOÑA LEONOR. El era, sin duda, Elvira,
y acaso ya preso va.

DOÑA ELVIRA. El era, segun la hora,
y como no pudo entrar...

DOÑA LEONOR. La tardanza de Anacleta...

ANACLETA. Señora, sin seso estás:
No ha sido tardanza mia,
ha sido que la señal
no pude hacer, porque estaba
el amo sin acostar.

LEONARDA. (*Observando.*) La calle se ha sosegado;
no suena una mosca ya,
y el señor por la escalera
sube y se nos viene acá.

DOÑA ELVIRA. Disimula, prima mia,
no dejes ver tu ansiedad,
pues que vuelve nuestro tio
y pudiera sospechar.

Sale EL COMENDADOR. *Anacleta y Leonarda ponen las luces sobre la mesa.*

DOÑA LEONOR. (*Con ansiedad.*)
¿Qué ha sido, señor, el lance?

COMENDADOR. Nada ha sido en realidad,
y mucho. Nada, porque
el hombre sin hacer mal
parado estaba en la calle;
y mucho, porque insultar
osó á la justicia. Nada,
porque el hombre se fué en paz;
mucho, porque ha apaleado
á alguaciles y demas.
Pero sosegado todo,
y tranquilo queda ya.
Sigue el alcalde su ronda,
y el hombre, que es bravo asaz,
ya descansando en su casa,
si es que la tiene, estará.

DOÑA LEONOR. ¿Con que se salvó?

COMENDADOR. Salvóse.

DOÑA LEONOR. ¿Y ha habido sangre?

COMENDADOR. No tal;
trancazos y mas trancazos.
y voces, y nada mas.

Estas rondas de alguaciles
son siempre cosa fatal.
Sin motivo empeñan lances,
por si hay algo que pescar ;
y en hallando resistencia
al punto se hacen atrás,
quedándose la justicia
desairada, que es gran mal.
Los soldados solamente
son los que saben rondar,
pues como nunca escribanos
con ellos á ronda van,
ni esperan recoger multas,
no incomodan al que está
sin hacer daño, y en viendo
motivo, saben pegar.
Ya es de recogernos hora.
Leonarda, baja al zaguan,
y echa la llave á la puerta.
Sobrinas, con Dios quedad.

(*Vase por la puerta del fondo, y vase Leonarda.*)

ANACLETA. Si hace dos horas se hubiera
su merced ido á acostar,
de toda esta zalagarda
nos ahorráramos el mal.

DOÑA LEONOR. Pues que se marchó mi tio,
otra vez mira si está
la calle sola, que acaso
aun puede volver don Juan.

DOÑA ELVIRA. Dudo que vuelva esta noche.

ANACLETA. (*Figurando que se asoma á un balcon.*)
Es tanta la oscuridad
que nada se vé, señora.

DOÑA LEONOR. No importa ; pon la señal,
y está como siempre, alerta.

ANACLETA. Pondré el pañuelo, mas ya
aunque vuelva, muy difícil
ha de ser que pueda entrar.

DOÑA LEONOR. Si torna, y entrar no puede,
por la reja del portal
ó por el jardin, si es pronto,
hablar conmigo podrá.

DOÑA ELVIRA. ¿No fuera, prima, mejor...?

DOÑA LEONOR. Tú lo que temiendo estás
es que el reló dé la una,
porque el mio y tu galan,
no se encuentren en la calle,
y la anrede Barrabás.
Pero son las once y media,
y yo cuidadosa además
sabré evitar un encuentro.

DOÑA ELVIRA. Sé que bien medido va

el tiempo, y que incomodarnos
es imposible jamás;
pero como por las verjas
del jardin dices...

DOÑA LEONOR. Es tal
mi turbacion, que lo dije,
prima mia, sin pensar.
El jardin es tu terreno,
y en quietud lo gozarás.
Pues sabes, amada Elvira,
que sangre y cariño en tan
estrecho lazo nos unen,
que un alma somos no mas.
Anacleta, atenta escucha,
y si notas...

ANACLETA. Descuidad. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR. (*Se sienta.*)
Supuesto que ya la dueña,
por mí alerta, en su balcon
espera con atencion
si acaso advierte la seña,
que anhela mi corazon;
y supuesto que Leonarda,
dentro de tu camarin,
el trinar del bandolin
cuidosa, cual siempre, aguarda,
para llamarte al jardin;
ambas, si no te importuna,
aquí podremos charlar:
puesto que me iré á acostar
en cuanto suene la una;
que no te he de incomodar.
Pero entretanto que dá,
como es, prima, el tiempo mio,
no te incomodo; y confio
que en tu amistad hallará
consuelo mi desvarío.
Pues estoy, te lo confieso,
tan enamorada, y tan
prendada de mi don Juan,
que tengo perdido el seso.—
¡No es discreto?... ¿No es galan?

DOÑA ELVIRA. (*Apoyándose en el respaldo de la silla de doña Leonor.*)
No sé, que decir, Leonor,
recordando la altiveza
con que ornabas tu belleza,
al verte hoy con tanto amor
trastornada la cabeza.

DOÑA LEONÓR. Si lo consideras bien
de ese tu asombro saldrás.
Advierte que errada estas;
porque dime, prima, ¿quién

dió al amor reglas jamás?
Fué altivo mi pensamiento,
mientras ninguna aficion
penetró en mi corazon;
logrólo una, y al momento
se mudó mi condicion.
Que por haber sido esquiva
un año, ni dos, ni tres,
preciso, prima, no es
que lo sea mientras viva,
libre de todo interés.
Que el ser duro un corazon
no es culpa suya en verdad,
culpa es de la habilidad
de quien fuera de sazon
pretende su voluntad.
Y la altivez de mujer,
por mucho que quiera ser,
dura hasta que de su pecho
el camino mas derecho
llega un venturoso á ver.

DOÑA ELVIRA. ¿Mas cómo en tan pocos dias,
perdiendo tú altiva calma
á punto que desvarías,
pudiste rendir el alma
al amor que aborrecias?

DOÑA LEONOR. ¡Ay Elvira, del amor
no acontece la ruina
con el paso á que camina
lento el tiempo destructor:
es la esplosion de una mina.
Y se dice dar flechazo,
herir con amor, porque
ni se aguarda, ni se ve;
llega de golpe y porrazo,
y sin saber como fué.
Y llama, prima, en rigor
que con encenderse retarda,
y obsequio y ruegos aguarda,
si acaso es llama de amor,
es una llama bastarda.
Que amor no quiere razon
para serlo nace y crece
sin motivo ni ocasion,
y al mismo paso perece.
¿Quién comprende el corazon?

DOÑA ELVIRA. Al cabo un aventurero,
galan sí, pero estrangero,
que quien es no hemos sabido,
el afortunado ha sido,
que rinde tu pecho fiero.

DOÑA LEONOR. No sé yo que para amar,

pues que no está en nuestra mano,
sea preciso examinar
si el galan es castellano,
estrangero, ó de ultramar.
Y don Juan por ser francés,
no pierde nada á fé mia,
pues de su noble hidalguía
prueba harto patente es
su discreta bizarría.
Ni es, prima, un aventurero;
es un noble caballero,
que de caballero á ley
viene á servir á su rey,
que está en Madrid prisionero.

DOÑA ELVIRA. Siempre anda en la noche oscura...,
siempre ocultarse procura:...

DOÑA LEONOR. Al objeto con que viene
á España, tener conviene
gran recato y gran cordura.
(*Con cariñosa malicia.*)
Mas ahora voy contra tí,
pícara, que asi me arguyes,
pues aunque mis ojos huyes,
no me la pegas á mí.
Pero no estás, ya se ve,
como estoy yo enamorada,
y puedes disimulada
caminar con cauto pie.

DOÑA ELVIRA. (*Sonriendo.*)
Lo estoy, prima.

DOÑA LEONOR. No lo estás;
lisonjeada sí.

DOÑA ELVIRA. Leonor....

DOÑA LEONOR. Con mas orgullo que amor,
tras de un alto empeño vas.

DOÑA ELVIRA. (*Fingiendo ingenuidad.*)
¿Pues don Felix Coronel...

DOÑA LEONOR. Don... ¿qué?—Tu labio parece
que á ese nombre se entorpece
y que no atina con él.
¡Don Felix!!! Quien es tu cuyo,
hasta con él, aparentas
ignorarlo, y asi aumentas
mas que tu delirio el suyo.

DOÑA ELVIRA. (*Turbada.*)
¿Yo, prima?

DOÑA LEONOR. Aunque eres discreta,
colorada te me has puesto,
y es seguro indicio esto
de que te acerté la treta.
En fin, en vano procuras
que yo quede convencida,

porque entre sastres, querida,
no se pagan las hechuras.—
Que era estrangero don Juan
me digiste, y considero
que tambien es estrangero
tu don.... en fin, tu galan.
Y tambien, por vida mia,
se oculta, y hace muy bien.

DOÑA ELVIRA. De tu malicia deten
el vuelo, que se estravia.

DOÑA LEONOR. No se estravia por cierto,
ni se sale del camino,
y ese afan que de contino
en tí, amada Elvira, advierto
de que no se hallen los dos
en la cálle, es muy prudente;
y no es tuyo solamente,
que es tambien mio por Dios.
Tengo en ello gran cuidado,
con inquietud lo vigilo,
porque diz que siempre el hilo
quiebra por lo mas delgado.
Ya, querida prima, ves
que aunque eres tan reservada,
nada se me oculta, nada.

DOÑA ELVIRA. Penetracion grande es
la tuya, te lo confieso;
mas sospechas hay no mas
de lo que afirmando estás.

DOÑA LEONOR. Sospechas de mucho peso.

Sale ANACLETA.

ANACLETA. (*A doña Leonor.*)
Ya es muy tarde, señorita,
y sin fruto el esperar;
podeis muy bien renunciar
por hoy á tener visita.

DOÑA LEONOR. ¿No has visto nada en la calle?

ANACLETA. Varios hombres que cruzaron
pero que no se pararon.

DOÑA LEONOR. ¡No conociste en el talle....

ANACLETA. Los vultos tan solo ví,
que la noche es muy oscura.

DOÑA LEONOR. Aun mas lo es mi desventura;
todo me sucede así.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. (*A doña Elvira.*)
Pronto, bajad al jardin,
que aunque no ha dado la hora,

el galan que os enamora
ha tocado el bandolin.

DOÑA LEONOR. Eres, Elvira, dichosa,
y debes serlo en rigor.

DOÑA ELVIRA. Otra noche, mi Leonor,
serás tu la venturosa. (*Vanse.*)

ESCENA III.

Jardin con parte de verja á un lado, y en ella una puerta practicable, por la que salen embozados EL EMPERADOR *y* TOMATE, *este con un bandolin en la mano, y queda á la parte de afuera* EL CONDE.

EMPERADOR. (A *la puerta.*)
Esos galanes me dán
cuidado, conde, por Dios;
pues dos noches van ya, dos,
que en estas calles estan·

CONDE. Si me hubiérais permitido
reconocerlos, acaso....

EMPERADOR. Hubiera sido mal paso
un lance comprometido.

CONDE. ¿Si quereis que hasta la aurora
yo atento la calle ronde....

EMPERADOR. No es ya necesario, conde.
id á descansar ahora.
Un breve instante esperad,
y al momento os podeis ir.

CONDE. Mi obligacion es servir
siempre á vuestra magestad. (*Vase.*)

EMPERADOR. Fuerza es dejar la relevante esfera
de la alta magestad, del sumo mando,
para poder gozar de cuando en cuando,
los bienes de la vida placentera.
El blando amor, y la amistad sincera
huyen del trono y del poder temblando;
aunque en el trono y el poder, ansiando
dulce amor y amistad, un hombre muera.
De la vida comun yo, asi encubierto
mi nombre y mi dominio sin segundo,
vengo á buscar el sosegado puerto:
¿Pues qué sin amistad y amor el mundo
es para el hombre? Un árido desierto,
un ciego abismo, un piélago profundo.
(*Se pasea.*)

TOMATE. Señor, doña Elvira llega.

EMPERADOR. Mas bien dijeras el sol,
con cuyo hermoso arrebol
en luz mi pecho se anega.

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA. Don Felix....

EMPERADOR. Mi señora:
hoy madruga la aurora
y mas temprano para mí amanece;
tal vuestra faz hermosa resplandece
á mis amantes ojos,
que estas sombras son ya celages rojos,
y vuestra luz divina
me abrasa el alma, el pecho me ilumina.

DOÑA ELVIRA. Siempre galan, y siempre lisonjero

EMPERADOR. Siempre rendido amante,
que os ofrece anhelante
un alma ardiente, un corazon sincero;
un alma, un corazon.... ah!.... (permitidlo
á mi labio y oidlo)
á quienes turba y viste
hoy una sombra oscura,
que aun á vuestra presencia se resiste
cubriéndolos de luto y de amargura.

DOÑA ELVIRA. ¡Y qué sombra, don Felix?.. No os comprendo.

EMPERADOR. Ni tampoco me entiendo,
señora, yo á mí mismo,
porque un pecho celoso es un abismo.

DOÑA ELVIRA. Vos os burlais sin duda.
¿De una dama cual yo?... Me dejais muda.
(*Aparte.*) ¡Qué bien, cielos, temia,
que al cabo con don Júan se encontraria!
(*Alto.*) Esplicaos luego, luego.

EMPERADOR. ¡Ah! que no os enojeis, señora, os ruego;
ved las ansias mortales con que lucho:
escuchadme y callad.

DOÑA ELVIRA. Callo, y escucho.
(*Hablan aparte.*)

TOMATE. (*A Leonarda.*) ¿Pues qué sin luz se viene la maldita?
que aunque se despepita
mi corazon por ella y mi deseo,
el demonio me lleve si la veo;
y será conveniente
que el tacto me asegure... (*Va á abrazarla.*)

LEONARDA. Arre, insolente.
¿No basta el rosicler de mi belleza
para que se ilumine su cabeza?

TOMATE. Por mas que te encandilas,
nada, nada descubren mis pupilas.

LEONARDA. Da un puñetazo en ellas,
y verán las mas mínimas estrellas.

TOMATE. ¡Oh crueldád de estropajo!

LEONARDA. ¡Terneza lacayuna!... ¿Qué hay, bergante?

TOMATE. Mi corazon flotante

partido está por ti de arriba abajo.
y hoy lo destroza ¡ cielos !
la tenaza encendida de los celos.

LEONARDA. ¿Un pícaro tambien...?

TOMATE. Tambien, bribona:
porque de una fregona
tener bien puede celos un lacayo;
y aun regalarle un sayo
de felpa muy cumplida.

LEONARDA. Pues mire por su vida
que fuera, seor Tomate,
meterse en tales gastos disparate.
(*Siguen hablando aparte.*)

DOÑA ELVIRA. Aun cuando fueran tales
esos que habeis hallado,
y que mas razon fuera haber juzgado
encuentros á estas horas casuales,
¿por qué han de ser, don Felix, cosa mia?
Quien así lo imagine desvaría.
En esta misma calle
hay muchas damas de gallardo talle,
a las que harán terrero
uno y otro amoroso caballero.

EMPERADOR. ¿Puede haber por ventura,
quien ageno de gusto y de cordura
ronde ansioso esta calle
por otros ojos y por otro talle,
que por esos divinos, donde el fuego
roba para sus flechas amor ciego;
y que por ese talle, que parece
el vástago gentil de una azucena,
que del aura serena
al blando soplo en el jardin se mece?
¡Ay! que esas damas bellas
comparadas con vos, señora mia,
serán lo que ante el sol son las estrellas,
lo que una clara noche con el dia.
Y aunque ronden por ellas
esos dos embozados,
se aumentan mis cuidados,
porque pueden muy bien llegar á veros;
y si advierten que andaban engañados,
pues donde alumbra el sol no arden luceros,
en holocausto ofrecerán rendidos
á vuestros pies las almas y sentidos.
Y tengo, tanto os amo Elvira, celos,
bien lo saben los cielos,
hasta de que haber pueda en mis amores
envidiosos, no ya competidores.

DOÑA ELVIRA. Señor, no vuestro labio
haga á la fé mi cariño agravio
Y si me amais, cual me decís, seguro

de que es mi pecho diamantino muro,
no ofendais mas ingrato
mi nobleza, mi amor y mi recato.—
Mas vamos donde luz haya y asientos,
pues que vuestros gallardos pensamientos
aseguran mi nombre y mi decoro.

EMPERADOR. Bien sabeis que el tesoro
de virtud, de nobleza y de hermosura,
con que os dotára el cielo, humilde adoro;
y con pasion tan pura,
que no debeis temer ni un leve insulto,
pues mi amor mas que amor, señora, es culto.

(*Vanse.*)

TOMATE. Hola, negra doncella,
llévame á la cocina,
pues de mí está prendada,
á ver si allí me saca una botella
y refrito algun cuarto de gallina,
con algo de ensalada,
aunque esté ya maschita y trasnochada.

LEONARDA. ¿Cómo, señor tomate?
¿Qué?... Los celosos, á quien Dios maldiga,
no tienen apetito.

TOMATE. ¿Pues qué, atacan los celos el gaznate,
y encogen la barriga?
Yo soy todo al revés; me precipito,
y cuando estoy celoso de una zaina,
seis capones, dos ollas de chanfaina,
cien panes me comiera,
y aun agotára una vendimia entera:
porque tanto me arrobo,
que dejo de ser hombre y soy un lobo.

LEONARDA. Pues á verme celoso nunca venga.
Cuando lo esté, que el diablo lo mantenga.
Deje aparte los celos,
y le daré aguardiente con buñuelos;
y de la cena acaso
puede que algun relieve salga ál paso.

(*Aparte.*)

Lo que hubiera engullido
llegando á tiempo mi francés querido.

TOMATE. Mi condicion se allana.
Vamos, dulce tirana.

LEONARDA. Espera... ¿Y mi decoro?

TOMATE. Mas contenido soy que lo es un moro.
En dándome torreznos y botellas,
pueden dormir seguras las doncellas.

(*Vanse.*)

ESCENA IV.

El aposento que sirve de prision al rey de Francia en la torre de los Lujanes. Estará vestido de tapices, y habrá una mesa y un sillon. Sobre la mesa dos candeleros de plata con velas apagadas, y ardiendo una lamparilla; por una puerta al fondo se verá un lecho de damasco, con colgadura. Sale PIERRES *de detras de un tapiz, que al levantarse descubre un agujero practicable en la pared, y cuya punta conserva agarrada hasta que salga* EL REY.

PIERRES. Gracias á Dios que me veo
dentro de mi calabozo.
Rebosa en mi pecho el gozo:
preso estoy y aun no lo creo.
Mal haya la libertad,
si es para darse porrazos,
llevar gentiles trancazos
y andar en la oscuridad.
Si por lo menos Leonarda
hubiera dádome un trago...
mas nada... ¡En momento aciago
se empeñó la zalagarda!

EL REY. (*Sale por el agujero que se oculta al soltar Pierres el tapiz.*)
¡Esta precision maldita
de estar al amanecer!.:.
(*Se sienta despechado.*)

PIERRES. (*Encendiendo las velas.*)
¿Y cómo lo hemos de hacer?
Tu arrojo te precipita,
y tras de uno y otro lance
metiéndote á pelear,
tiempo para enamorar
imposible es que te alcance.

REY. ¿Y habia de consentir
que la ronda descubriese
quién era yo, y se creyese...
Antes, vive Dios morir.

PIERRES. ¿Y la música de ayer?

REY. Yo músicas no tolero
en la calle donde quiero
á una principal mujer.

PIERRES. Mas esta noche, señor,
despues que los palos diste
á la ronda, y conociste
que ver á doña Leonor
no era posible, ¿porqué
volvimos?...

REY. Pierres, volví
porque aquellos hombres vi.

PIERRES. Ilusion y engaño fué.

REY. No fué, menguado, ilusion;
tres bultos vi en realidad,

que luego la oscuridad
me ocultó.

PIERRES. Tras un rincon
de miedo se esconderian.

REY. Pues si los torno á topar,
vive Dios se han de acordar.

PIERRES. Contigo no se metian.
(*Entra á arreglar la cama del rey.*)

REY. ¿Por qué, suerte rigorosa,
ni un punto tus ciegas iras
y el ceño con que me miras
has de deponer piadosa?
En mi dura situacion,
en mi afanoso desvelo,
pude lograr el consuelo
de salir de esta prision,
por breves ratos no mas,
y al lado de Leonor bella
dar al olvido mi estrella,
¿y aun estorbándolo estás?
y no te contentas, suerte,
Y me pones por delante
sospechas, que en un amante
son peores que la muerte,
porque en mi pecho afanoso
quiere unir tu encono fiero
el dolor de prisionero,
y el martirio de celoso.
(*Queda en afligida meditacion.*)

PIERRES. (*Volviendo á la escena.*)
¿Y á qué, decidme, señor,
es este afan de salir?
¿Acostarnos á dormir?
no fuera mucho mejor?
Cuando con tantos dineros,
cadenas, y ricas joyas,
y á fuerza de mil tramoyas
logré ganar los arqueros;
y despues del gran trabajo
que nos costó taladrar
esa pared, y encontrar
salida hasta el piso bajo;
pensé, juro á san Dionís,
que era para luego luego
tomar las de Villadiego,
sin parar hasta París.
Así las primeras noches
que logramos escapar,
me pensé que iba á encontrar
caballos, literas, coches;
mas nada, en espadachines
y en galanes transformados

nos fuimos muy embozados
á rondar unos járdines.
Y luego á oscuras á entrar,
tropezando en escalones,
por desvanes y rincones,
tú con tu dama á charlar
y yo á charlar con la moza,
que segun es de ladina,
saldrá al fin de la cocina
en un burro y con coraza.
Yo... se la hubiera pegado
á este mastin de Alarcon.

REY. (*Poniéndose en pié muy enojado.*)
Acaba tu relacion,
que me tienes mareado.
Eres villano sin seso,
y no sabes que las leyes
del honor para los reyes
son cadenas de gran peso.
Si pensaste cual ruin
que era mi intento fugarme,
cuando me viste afanarme
por salir de este confin;
ofendiste mi arrogancia,
que mi palabra he empeñado,
y jamás á ella ha faltado
el rey Francisco de Francia.
Del cielo el rigor esquivo
y la inícua suerte mia
me rindieron en Pavía
al emperador altivo;
y en aquel campo perdí
todo, pero la honra no;
y no soy un hombre yo
que huyendo salga de aquí.
O con pactos ventajosos
á mi trono he de volver,
ó rescatado he de ser
por mis vasallos gloriosos.

PIERRES. (*Humilde.*) No fué ofenderte mi intento...
A tus plantas perdon pido.
Mas no grites, que si ha oido
tus voces, vendrá al momento
el furibundo vejete;
y como no puede en tí,
tal vez descargará en mí
la nube con un cachete.

REY. Pues no pienses necedades.

PIERRES. Señor, ¡si soy un pollino!
Cuanto pienso es desatino,
cuanto digo vaciedades;
mas que me gozo confieso

en ser humilde villano.

REY. ¿Por qué?

PIERRES. Porque puedo ufano
escaparme si estoy preso,
como lo hice allá sin mengua
de la bastilla en Paris,
cuando estuvo ya en un trís
sacarle al pueblo la lengua.
Y no por lladre, eso no;
sino porque vuestro ayo
me quiso colgar el sayo
de ser vuestro maqueró.—
Mas idos al lecho á prisa,
que empieza ya á amanecer,
y esta la hora suele ser
de la matinal requisa.
Y si el señor de Alarcon
nos ve tan empavesados,
listos y despavilados,
sospechará con razon.

REY. (*Empezando á desnudarse.*)
Díces bien.—¡Ojalá el sueño
descienda á mí suave y manso,
y dé á mis penas descanso
con balsámico beleño.—
¡Qué agena, Leonor, estás
de que tu don Juan soy yo!
¡Qué agena...!—¿Mas qué sonó?
(*Oyese ruido.*)

PIERRES. Que se acerca Satanás.

(*El rey se va al lecho precipitadamente y Pierres con gran presteza apaga las luces, pone en el suelo unos almohadones, se queda en mangas de camisa, se acuesta y finje que ronca.*)

Se oye el ruido de una gruesa llave, de un cerrojo y de una barra, y sale con un candelero en la mano HERNANDO DE ALARCON.

ALARCON. (*Deteniéndose al entrar.*)
Maldito este oficio sea,
que no es para caballeros
andar en estas requisas
y vivir celando presos.
Me gusta á los enemigos
encontrarme cuerpo á cuerpo,
dando de maza y montante
golpe que cante el misterio;
y me aflige desarmados
en prision estrecha verlos,
donde se abate y se postra
el mas generoso esfuerzo.
El corazon se me parte
cada vez que á mirar vengo

si un rey tan grande y valiente
está postrado y sujeto.
Si ya empeñó su palabra
de no fugarse aun pudiendo,
y cual rey ha de cumplirla,
¿para qué mas embelecos?...
Mas obedecer me toca
los soberános preceptos,
sin meterme á escudriñarlos:
resígnome y obedezco.
(*Se acerca con tiento á la alcoba y observa al rey que duerme.*)
¡Desdichado! ¡La fortuna
muy su contraria es por cierto!
Aunque he ayudado á vencerle,
me aflige en tal sitio verlo.—
¡Lo que es ser robusto y joven!
De su infortunio tremendo
se olvida, y es venturoso
entre los brazos del sueño.
(*Se acerca á observar á Pierres.*)
Este socarron criado,
que es un tuno como un cerro,
tambien ronca á pierna suelta.
Muy buenas ganas le tengo.—
Mas pues que todo está en órden
y nada ofrece recelo,
duerman tranquilos y olviden
sus infortunios acerbos. (*Vase.*)

PIERRES. (*Se va incorporando al paso que se retira Alarcon, y cuando este desaparece, se levanta y va como detras de él hácia la puerta.*)
Señor Alarcon, mil gracias,
por sus corteses requiebros,
y por las ganas tambien.
Rebiente con ellas presto.
Viene al medio de la escena.)
En mi vida me ha cabido
dósis mas grande de miedo.
Temí que me saludaba
con un puntapié á lo menos.—
¡Pues si oliera...! No hay cuidado.
Sepa, señor carcelero,
que le hacemos la mamola,
porque es un pobre mostrenco.
Y si otro fuera mi amo,
y no andara en devaneos,
chasco os llevarais tan grande
que os dejara patitieso.
(*Se acerca al lecho del rey.*)
Señor, ya se fué.—Durmióse.
¡Pues no es mal cuajo por cierto!
...Mas ha hecho bien á fé mia.
A seguir voy yo su ejemplo.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Salon del alcázar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, *sentado junto á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado de escribir, y* EL CONDE *de pie junto al sillon.*

EMPERADOR. Esta noche ha de llegar,
con el alma lo deseo,
el importante correo,
ó mañana á mas tardar.

CONDE. Tambien yo anhelo que venga,
porque al cabo el compromiso...

EMPERADOR. De un modo ó de otro preciso
es que fin, y pronto, tenga.
Todo un rey, y un rey de Francia
mas de un año prisionero
es triunfo muy lisonjero
á mi poder y arrogancia;
pero tambien en verdad
es ya embarazo forzoso
para la paz y el reposo,
conde, de la cristiandad.

CONDE. Si ratificado viene
el tratado, que en rigor
á vuestro gusto es, señor,
y á ambas coronas conviene,
la paz queda asegurada.

EMPERADOR. Y al momento, yo lo abono,
vuelve Francisco á su trono,
toda discordia olvidada.

CONDE. ¿Y si orgulloso el frances
arrollase....

EMPERADOR. No lo espero.
Se precia de caballero
el rey Francisco, y lo es.

CONDE. Pero es la Italia una prenda
de mucho empeño y valor.

EMPERADOR. De la Italia soy señor:
¡ay de aquel que la pretende!

Del imperio, ó de la España
siempre la Italia será,
y en olla tres veces ya
se hundió la francesa saña.
Y con Pescára, Alarcon,
el del Vasto, Juan de Urbina
Leiva, Santillana, Encina,
y otros caudillos, que son
de esfuerzo y pericia soles,
¿quién la Italia ha de pisar?
¿Quién querrá el valor tentar
de los tercios españoles?

CONDE. Señor, con tales soldados,
y tan nobles capitanes
todos vuestros sabios planes
verá el orbe realizados.

EMPERADOR. Si, con española tropa,
en quien yo mis glorias fundo,
estrecho se me hace el mundo;
con que ¿qué será la Europa?

CONDE. Teneis razon que es estrecho,
si recordais tanta hazaña
como las armas de España
en Indias hacen y han hecho.

EMPERADOR. Pues si el plácido reposo
de la cristiandad consigo,
verás á mis pies, amigo,
el africano coloso.

CONDE. ¡Oh! plegue á la omnipotencia,
que la morisma postrada....

EMPERADOR. Dad, conde, al alcalde entrada.
que espera hace rato audiencia.

CONDE. (*Acercándose á la puerta.*)
El alcalde.

Sale EL ALCALDE, *hace una profunda reverencia, hinca una rodilla en tierra é inclina en ella la vara.*

ALCALDE. Emperador
siempre glorioso y augusto,
mi rey siempre grande y justo,
á vuestras plantas, señor....

EMPERADOR. (*Grave.*) De la tierra, alcalde, alzad,
y alzad la vara, que yo
acato tambien y no
la quiero en tierra. Llegad;
(*Se levanta y acerca el alcalde.*)
que porque en la tierra anduvo
anoche, mi celo os cita,
pues hablaros necesita
de aquello que anoche hubo.
¿Qué desórdenes, decid,

son esos que han ocurrido,
y qué habeis vos permitido
con escándalo en Madrid?

ALCALDE. ¡Señor!

EMPERADOR. (*Severo.*) ¿Os parece nada
que se turbe, donde asisto,
el reposo, ¡vive Cristo!
de la noche sosegada?
¿Que se atropelle y se asombre
á habitantes desarmados.
que pasean descuidados;
y esto solo por un hombre?
¿Que á los que salen á dar
inocentes alboradas
se les dé de cuchilladas,
sin amparo alguno hallar?
¿Y qué á la santa justicia,
á una ronda, á vos, en fin,
se insulte, y se ofenda, sin
atajar tanta malicia?...

ALCALDE. (*Turbado.*) Es cierto....

EMPERADOR. Nada digais.
Lo que anteanoche ocurrió,
y lo que hubo anoche, yo
lo sé mejor que pensais.
Y sabed (puede os importe)
que no quiero yo que en balde
ronde á Madrid un alcalde
de mi casa y de mi corte.
Despejad.

ALCALDE. (*Se retira muy turbado haciendo reverencias y dice aparte al salir.*) Turbado y loco
salgo. Juro á Dios rondar
mejor, y el yerro enmendar,
ó tengo de poder poco. (*Vase.*)

EMPERADOR. Entre Hernando de Alarcon.

Sale HERNANDO DE ALARCON *y pone una rodilla en tierra.*

ALARCON. César invicto, postrado....

EMPERADOR. Alzad, valiente soldado.
Llegad, noble campeon.

ALARCON. (*Se levanta y se acerca.*)
Viva el generoso rey,
que se complace en honrar
á un anciano militar.

EMPERADOR. Es honrarlo justa ley,
que un glorioso veterano
y de fama tan suprema
es puntal de la diadema,
y apoyo del soberano:
Es prenda de la victoria,
de la juventud ejemplo;

y tiene altar en el templo
de la sempiterna gloria.
¿Cómo estais?

ALARCON. Viejo, aunque fuerte,
y harto ya de verme ocioso,
que condenarme al reposo
es condenarme á la muerte.

EMPERADOR. Pronto á Italia habeis de ir.

ALARCON. Si está en paz aquella tierra,
mandadme donde haya guerra,
que es donde os puedo servir.
Que aunque con esfuerzo me hallo
para esgrimir el montante,
llevándome por delante
un escuadron de á caballo.

EMPERADOR. De vuestro glorioso acero,
arrojo y noble lealtad,
buen Alarcon, en verdad
aun muchos triunfos espero.
¿Y el preso?

ALARCON. Bueno, y alarde
haciendo de su paciencia.

EMPERADOR. ¿Lo visitais con frecuencia?

ALARCON. Señor, por mañana y tarde,
porque es precaucion precisa,
y para mí dura, hacer
requisa al amanecer,
y al ponerse el sol requisa.
De hacer vengo la postrera.

EMPERADOR. ¡Y cómo está?

ALARCON. Señor, es
su alteza al cabo frances,
y de condicion ligera.
Algunas veces, muy pocas,
está undido en el despecho,
arrancado de su pecho
lágrimas y voces locas;
y á la tierra, y al abismo,
y á los cielos amenaza;
ropa y muebles despedaza,
y se maldice á sí mismo.
Pero á todo se acomoda,
es afable, tañe, canta,
con buen apetito yanta,
y duerme la noche toda.
Dá voces de guerra y mando,
cual si un escuadron rigiera,
y rie con un cualquiera
con su bufon embromando.
Mas cuando habla de su madre
y de Francia tierno llora;
cosa que á mí me enamora,

y que es justo que me cuadre.

EMPERADOR. ¿Y con vos?

ALARCON. Siempre cortés
me honra con noble atencion.
y en trato y conversacion
afable y discreto es.
Y demuestra aficion mucha
sobre guerra á platicar,
y en esta materia hablar
con gran atencion me escucha.

EMPERADOR. ¿Y de mí.... dice....

ALARCON. Jamás
le oí decir cosa ninguna,
Se queja de su fortuna;
¿de vos?... No faltaba mas.
Lo que me pasma es su aseo,
y ver lo que se engalana,
y lo mucho que se afana
por el buen porte y arreo.
Por las tardes, cual si fuese
á algun sarao, señor,
se atilda con tal primor...

EMPERADOR. Uso de su tierra es ese.—
¿Y de mí qué deseais?

ALARCON. Señor, en primer lugar
veros, y humilde besar
la mano con que me honrais;
y en segundo suplicaros,
como há un año lo reitero,
me quiteis de carcelero:
que no soy....

EMPERADOR. En aliviaros
de tan árdua comision
no tardaré, descuidad,
que muy pronto en libertad
quedará el rey, Alarcon.
Mas en tanto....

ALARCON. Obedecer
me toca solo; aunque todos
mis achaques de mil modos
me dan en Madrid que hacer.
Con la sedentaria vida
la maldita gota crece,
y ya se me reverdece
una herida y otra herida.
No es para mí la quietud.
En los sitios y batallas,
vestido de duras mallas,
siempre gozo de salud.
Cautivar reyes mandadme,
y lo haré al punto, á fé mia,
como hace un año en Pavia.

mas de guardarlos libradme.

EMPERADOR. Poco tiempo os queda ya
de guardar tal prisionero·
La paz ventajosa espero
y todo se arreglará,
y con alto galardon,
aunque no cual mereceis,
á Italia regresareis,
buen Hernando de Alarcon.

ALARCON. Dadme á vesar vuestra mano.

EMPERADOR. Yo os la presento de amigo.

ALARCON. (*Besándola.*) Mil veces á Dios vendigo,
que nos dió tal soberano. (*Vase.*)

EMPERADOR. (*Al conde.*) No se hallará en todo el mundo.
un soldado mas cabal.

CONDE. Su lealtad es sin igual,
su valor es sin segundo.

EMPERADOR. ¿En la antecámara, conde.
hay alguien que espere audiencia,
alguien que pida justicia
alguien que gracia pretenda?

CONDE. No señor, ya ha recibido
vuestra magestad escelsa
á cuantos la honra anhelaban
de veros.

EMPERADOR. (*Se levanta del sillon.*)
En hora buena:
Gracias á Dios, que cumplida
ya la obligacion estrecha,
que el cielo impone á los reyes
al ceñirles la diadema,
descansar un rato puedo
dando á los cuidados tregua
por el plazo de la noche;
que si tirante la cuerda
siempre tuviese, bien pronto
rompiérase la ballesta.
Estar siempre de aparato,
siempre en las altas esferas
de políticos proyectos,
combinaciones y empresas;
ya con la espada de Témis
siendo de los hombres regla,
ya con el rayo de Jove
amenazando á la tierra,
postra el ánimo mas grande,
rinde la mas noble fuerza;
que al cabo hombres somos todos
de frágil naturaleza.
Y diz que hasta el mismo Atlante,
que el firmamento sustenta,
aunque para esto tan solo

en medio de Africa reina,
descanso, anheló; y gozose
cuando Alcides se lo diera,
tomando un rato en sus hombros
el orbe de las estrellas.
Vamos, pues, algunas horas,
olvidando las grandezas
de trono, corona y cetro,
que tanto deslumbra y pesan,
á ser hombre y en la vida
civil á lograr aquellas
ventajas y diversiones,
que nunca á palacio llegan;
pues dijo bien aquel sabio
que dijo, que reinar era
la esclavitud mas penosa,
la mas dorada miseria.

CONDE. No hay en Europa monarca
que mas justamente deba
disfrutar de algun descanso,
dar á sus cuidados tregua,
que vos, señor, á quienes nunca
tales reposos enervan,
y que á estados tan diversos
como os dió la providencia;
pues es ya vuestra corona
un cúmulo de diademas;
vuestros desvelos abrazan,
vuestra vigilancia llega,
vuestras miradas se estienden,
y vuestra mano gobierna,
sin que falte la justicia,
sin que el orden se subvierta,
sin que un punto se descuiden
su proteccion y defensa.
Descansad, que es conveniente,
descansad, invicto César,
si recobrais descansando
para el mando mayor fuerza.
Y descendiendo á la vida
civil un rato, encubierta
la magestad, no tan solo
gozar vuestro objeto sea,
sino examinar vos mismo,
por vos tambien, las diversas
necesidades que afligen
á los vasallos; pues llegan
tarde ó mal ó nunca al trono,
por lo que jamas encuentran
el alivio que pretenden
ni los remedios que anhelan.

EMPERADOR. Decís bien, conde, y dichoso

yo en mis diversiones fuera
si nuevos conocimientos
para gobernar me prestan.—
Mas no hablemos de negocios,
que á los negocios dí treguas.
¿Sabes tú que todo el dia
fija he tenido la idea
de aquellos hombres que anoche
hallamos junto á la puerta
de doña Elvira, y que anhelo
saber quienes ellos sean?

CONDE. ¿Y al cabo, señor, qué importan?

EMPERADOR. Que si á ver á Elvira fueran....

CONDE. Ni tampoco en ese caso.

EMPERADOR. Yo no admito competencias.

CONDE. ¿Pues no bajais á la vida
ordinaria?

EMPERADOR. Y dime. ¿en ella,
ni en ninguna, en tales lances
amorosas se toleran?

CONDE. ¿Con que estais enamorado?

EMPERADOR. No lo estoy, pero me empeña
la discrecion y hermosura
de Elvira. Y aunque no sea
amor, sino pasatiempo
lo que enredado me tenga,
aquellos dos hombres, conde,
en su calle me molestan;
que aun en amores de chanza
los celos matan de veras.

CONDE. Pues yo estoy, señor, dispuesto,
y sin que nadie lo sepa
á limpiar la calle.

EMPERADOR. Conde,
satisfecho no se queda
en estos lances de celos,
que al amor propio interesan,
si cuando hay que andar á golpes
se aplican por mano agena.

CONDE. Y ¡qué señor!... ¿vos?..

EMPERADOR. Acaso
¿no puedo lo que otro pueda?
Y descendiendo á la clase
de un particular es fuerza
que á las duras y maduras
de tal condicion me atenga.

CONDE. Pero sois quien sois al cabo.

EMPERADOR. Pues te juro que desea
mi pecho algun lance de estos
en que lucir mi destreza.

CONDE. Se ve, señor, que sois mozo.

EMPERADOR. Sí lo soy, no es estrañeza

que, sin faltar á sagradas
obligaciones, divierta
el ánimo en tales cosas.
Pronto en vida mas estrecha,
mudando de estado, conde,
me verás.

CONDE. Pliegue á Dios sea
pronto, que ya aguarda el mundo,
señor, con justa impaciencia
de tal leon los cachorros,
que el dominio de la tierra
aseguren para siempre
en vuestra prosapia escelsa.

EMPERADOR. Avanzada está la noche.
Dí que me sirvan la cena
en tanto que me disfrazo
para ir á dar una vuelta.

CONDE. ¿Saldré con vos?...

EMPERADOR. No es preciso.
Quédate aquí, y está alerta;
y si llegase el correo
que tanto nos interesa,
irás á avisarme al punto,
pues sabes dónde, y la seña. (*Vase.*)

CONDE. Solo obedecer me toca,
señor, las órdenes vuestras.

ESCENA II.

Sala de casa particular con mesa y sillas y dos candeleros con luces, y sale DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR. ¿Si seré tan desdichada,
como anoche ¡ay Dios! lo fui
y estaré esperando aquí,
para quedarme burlada?
Aun nada he sabido, nada
de lo que anoche ocurrió.
El que la ronda encontró
fué don Juan esto es lo cierto.
Le importa estar encubierto...
¿Pues por qué lo espero yo?
Si otro encuentro ha de tener,
si por mí ha de peligrar,
no me venga, no, á rondar,
no me venga nunca á ver.
Paciencia sabré tener
en la ausencia y el olvido,
porque mi amor no es fingido;
antes es tan puro y fuerte,
que preferiria la muerte,

á verle comprometido.
Tambien el Emperador,
(que por mas que disimula
mi prima, aunque harto la adula,
es su amante rondador),
anoche ¡duro rigor!
vió á don Juan, y está celoso.
Esto me quita el reposo
y todo, todo lo temo,
que siempre hay peligro estremo
en turbar al poderoso.
Mas segun es esforzado
don Juan ¡ay triste de mi!
por venir á verme, sí,
todo lo espondrá arriscado,
Esto aumenta mi cuidado,
esto mi ansiedad mantiene,
esto afanosa me tiene;
y es tal mi dolor prolijo,
que si no viene me aflijo,
y me aflijo por si viene.
Aquella carta primera,
que me escribió este francés,
y que así rindió á sus piés
mi condicion altanera,
¿era hechizo?... ¿rayo era?
¿O con qué tinta encantada,
¡cielos! estaba trazada,
que así el pecho me incendió,
que así el alma me robó
que así quede enamorada?
Y su talle, y su espresion,
y su hablar, y hasta el venir
á un Rey vencido á servir,
que es noble y gallarda accion;
cuanto en él vió mi atencion
todo me enciende y cautiva,
todo mi pasion aviva,
todo, cielos, me enloquece,
y tan solo me parece
que para amarle estoy viva.
Mas... ¿quién es?—Un caballero,
caballero de alta ley,
que tal lealtad á su rey
lo publica al orbe entero.
Y... sea quien fuere, le quiero,
y me quiere.—Loca estoy;
ni sé ¡ay triste! lo que soy
ni que ventura pretendo,
ni yo á mi misma me entiendo;
ciega y despeñada voy.

Sale DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA. Esta noche venturosa
vas, querida prima, á ser,
y no tardarás en ver
al que esperas amorosa.
DOÑA LEONOR. ¿Seré. Elvira, tan dichosa?
DOÑA ELVIRA. ¿Y por qué no, mi Leonor?
DOÑA LEONOR. Porque del cielo el rigor
se complace en perseguir...
DOÑA ELVIRA. No debes eso decir.
Fué mera casualidad
lo de anoche.
DOÑA LEONOR. Si, es verdad,
mas se puede repetir.
DOÑA ELVIRA. No, prima. Ya está acostado
nuestro tio, y puede entrar,
sin que tenga que aguardar,
en cuanto llege tu amado.
DOÑA LEONOR. ¿Y vendrá?...
DOÑA ELVIRA. ¿Quién lo ha dudado?
vendrá. Mas forzoso es
encargarle que despues
al salir no se detenga,
no sea que el otro venga,
y... Fuera espuesto, ya ves.
DOÑA LEONOR. Pues por el encuentro ya
de anoche afligida estoy,
y aun me recelo que hoy
por él don Juan no vendrá.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Señora, en la calle está
tu galan, hizo la seña,
y baja á abrirle la dueña.
DOÑA LEONOR. ¡Ay! ¡gracias a Dios! Respiro.
DOÑA ELVIRA. Ya sube. Yo me retiro. (*Vase.*)
DOÑA LEONOR. ¡Cuánto su arrojo me empeña!

Salen EL REY, PIERRES *y* ANACLETA.

REY. ¡O mi encanto, ó Leonor bella!
DOÑA LEONOR. Un sueño se me figura
veros aquí.
REY. El alma mia
tambien de tal dicha duda.
Una ilusion me parece,
que mi contraria fortuna
engañosa me presenta,
para burlarla sañuda

y agrandar con falsas dichas
mis verdaderas angustias.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo habeis estado?

REY. Como
el universo si á oscuras
veinte y cuatro horas pasase,
sin ver el sol que lo alumbra.

PIERRES. Nada exagera, señora.
Mas permítele á mi súcia
boca que mejor te pinte
el triste estado en que...

REY. Escusa
bufonadas.

DOÑA LEONOR. No, dejadle.
Sabeis que su humor me gusta.
(*Se sienta y ofrece silla al rey.*)

PIERRES. Pues con esa salvaguardia,
por mas que mi señor gruña,
allá voy; no á relatarte
eso de orbe, sol y luna,
de oscuridades, de luces,
y otras gentiles locuras,
que á personas de jüicio
las joroban y estrangulan...,

REY. ¿Pues qué dirás, majadero?

PIERRES. Diréle, señor, en suma
que has estado hecho un orate,
un alma en pena, una grulla,
y un camello.—Y tú, señora,
que es cierto verás, si escuchas.

DOÑA LEONOR. Dí.

PIERRES. Ha querido, como loco,
mi señor darme una tunda:
ha roto muebles y espejos,
y ha armado gentil trifulca.
Cual alma del purgatorio
ha sido la quinta angustia;
diciendo que se quemaba
el corazon y asaduras,
ardiendo en un vivo fuego,
que no le hacia ni una pupa;
y que la dulce esperanza,
mas dulce que miel ó azucar
de veros hoy, lo alentaba,
y la de gozar la suma
gloria de este paraiso,
viniendo á las plantas tuyas.—
Toda la noche á pasado
en un pie, como aseguran
que el ave, que dije, suele;
y toda en ropas menudas
cerca de la lamparilla,

á cuya luz moribunda
ya repasaba tus cartas,
ya una trenza hermosa y pulcra
besaba de tus cabellos,
diciendo sandeces muchas.—
Lo del camello aqui encaja,
que no es (Dios me guarde) injuria.
Hace veinticuatro horas
que está don Juan en ayunas,
caminando en el desierto
de mil ideas confusas.
No comer en tanto tiempo,
y sin dejar la andadura,
vive Dios que lo hace solo
aquel animal. Discurra
ahora tu ilustre belleza
si son ó no inoportunas
mis cuatro comparaciones
con orate, ánima, grulla
y camello; pues mi amo
los que estos cuatro hacer usan
lo ha hecho el tiempo que hace estamos
sin ver esa cara chusca.

REY. No sé como os hace gracia.

DOÑA LEONOR. Lo que me dice me adula.
¿Y me ha nombrado á menudo
vuestro señor?

PIERRES. ¿Eso dudas?
Mas Leonores ha ensartado
que hay en las vendimias ubas,
que hay letras en un proceso,
que hay en un podenco pulgas.
Cuando á Leonorar se pone,
debe pensar quien lo escucha
que un siglo de perdonanza
logra por romana bula,
cada vez que Leonor dice
y que sus letras pronuncia.

REY. No sueltes mas necedades.
(*Empieza à hablar aparte con doña Leonor.*)

PIERRES. Ya no me queda ninguna,
que el tesoro de mis chistes
en un momento se apura.—
(*A Leonarda.*)
Y tú, morena sabrosa
mas que ecijana aceituna,
¿cómo lo pasé en tu ausencia,
ni siquiera me preguntas?

LEONARDA. Señor gabacho, ya sabe
que soy muy de veras suya;
y por sí, como su amo,
tambien se viene en ayunas,

conmigo hácia la cocina
puede caminar si gusta,
y topará con los restos
de un ánade y de una trucha,
y con un trago.

PIERRES. ¿Alaéjos?

LEONARDA. Alaéjos del que hecha pullas.

PIERRES. Eso pido, y buenas noches.
Vamos allá, pese á judas,
mientras mi amo y tu señora
se atortolan y se arrullan,
diciéndose desatinos,
que amor sublime intitulan.
(*Vase con Leonarda.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Ser tercera de señoras,
aunque muy poco me gusta,
es mi oficio; mas me pudre
serlo de esta pelanduzca.
Y el que se esconda con Pierres
ni me coca ni me azuza,
mas cuando va con Tomate
me convierto en una furia.

DOÑA LEONOR. No te duermas, Anacleta.

ANACLETA. Bien podeis estar segura,
pues pasando mi rosario
no me vence el sueño nunca.

DOÑA LEONOR. Observa atenta á mi tio,
no se despierte, trasluzca
que no estamos acostadas,
y alguna desdicha ocurra.

ANACLETA. (*Aparte, yéndose,*)
Malditas sean estas tocas,
y los cincuenta que abruman
mis costillas, y convierten
á una muger en lechuza.
Pues con todo no me trueco
por Leonarda, ni por... muchas
otras aun mas estiradas.
Y si tuvieran cordura
los mozalvetes, sabrian
que aunque parecemos tumbas
las dueñas, con estos sayos,
tenemos fresca la injundia,
y el corazon, y unas carnes
mejores que ahora se usan;
que al cabo estas damiselas
son solo unas aleluyas,
y en quitándoles las joyas,
los postizos y las mudas,
con todos sus verdes años
parecen pollos sin plumas. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR. ¡Ay don Juan! Estoy tan loca

que lo que en el alma siento
en este feliz momento
no sabe espresar mi boca.
¿Es verdad cuanto me hablais?

REY. (*Con melancolía y vehemencia.*)
Mucho mas grande, Leonor,
mucho mas grande mi amor
es, de aquello que pensais.

DOÑA LEONOR. ¿Mas por qué tanta reserva
sobre vuestro plan futuro,
y ese misterioso muro
entre los dos se conserva?
Vuestro corazon inquieto
á un no sé qué, que disgusta
mi pecho, y que mi alma asusta,
conozco que está sugeto.
Y al pintarme vuestro afan,
de que no dudo: una espina
os punza, con que no atina
mi pensamiento, don Juan.

REY. (*Afligido.*) Es tan rara mi ventura,
que amaros correspondido
me tiene en un mar hundido
de dolor y de amargura.
Y ojalá, jamás os viera,
y vuestro pecho jamás....

DOÑA LEONOR. Cada vez ¡ay cielos! mas
aumentais mi angustia fiera.

REY. Un enigma oscuro soy;
un desdichado francés,
que el alma rindió á tus pies
y que solo....

DOÑA LEONOR. Muerta estoy...
¿No sois caballero?....

REY. Sí,
mas que el sol.

DOÑA LEONOR. ¿Libre?

REY. Tambien.

DOÑA LEONOR. ¿No me amais?

REY. (*Con vehemencia.*) ¡Ay!... Sois mi bien,
mi encanto, mi frenesí.

DOÑA LEONOR. ¿Y seguro de que os quiero?...

REY. Segurísimo, Leonor;
y el deberos tanto amor
es mi martirio el mas fiero,
es mi gloria la mas alta,
es mi pena la mas dura,
es mi mas grande ventura,
la que á los cielos me exalta.
Es mi vida y es mi muerte,
mi infierno, mi paraiso;
que en mi pecho apurar quiso

tantos contrastes la suerte.

DOÑA LEONOR. Esplicaos, que confundida
me teneis en un abismo.

REY. (*Despechado.*)
¡Ay!... no me entiendo á mí mismo.
Solo sé que sois mi vida.

(*Queda doña Leonor muy abatida y llorando, y el rey continua aparte agitado.*)

¡Cielos! no quiero engañar
á esta celestial muger.
....? Y su amor he de perder?
....¿Y la he de desesperar?
No puede un rey poderoso
lo que el esclavo mas vil.
Mil coronas diera, mil,
por ser de este angel esposo;
mas fuerza es disimular.
(*Alto.*) Leonor.... decid....

DOÑA LEONOR. (*Llorando.*) No hay que os diga.

REY. ¿Llorais?... Mi lengua maldiga
el cielo, si os dió pesar.
Os idolatro; os adoro,
soy feliz si me amais vos;
dejad al tiempo, y á Dios
mis enigmas: no mas lloro.
Venid, recobrad la calma
y oiga yo ese suave acento,
que es el bálsamo de viento
y el encanto de mi alma.

DOÑA LEONOR. (*Algun tanto recobrada.*)
Vuestros misterios, don Juan,
son un horrendo martirio.

REY. Mi delicia, mi delirio,
al cabo se aclararán.

DOÑA LEONOR. ¿Para ser ambos dichosos?
...¡Ojalá!

REY. Sí, yo lo aguardo.
Y á mi ardiente anhelo, tardo
es el tiempo presuroso.—
No hablemos mas de esto, no.
¿Me amais vos? decid, ¿me amais?

DOÑA LEONOR. ¿Y qué, don Juan, lo dudais?

REY. (*Con mucha ternura.*)
Pues aun mas os amo yo.—
(*Con aire ligero.*)
Mi caracter, y lo raro
de mi situacion, que al fin
me obliga á ocultarme, sin
mostrarme nunca al sol claro,
porque de mi pobre rey
tan desdichado el servicio
exige, este sacrificio,
y el cumplirlo es justa ley,

causan estos desvarios
de mi acalorada mente:
y asi salgo de repente
con estos repentes mios.
Cuidados grandes tambien....
Mas nada importa, Leonor,
(*Muy cariñoso*)
mi vida está en vuestro amor;
sois mi tesoro, mi bien.

DOÑA LEONOR. Yo me hago cargo de todo,
don Juan, y no exijo nada,
porque un alma enamorada
es de facil acomodo.
Lo que llega á acobardarme
es que por mí os espongais....

REY. Bella Leonor, no temais,
pues yo sé muy bien guardarme.

DOÑA LEONOR. Anoche cuando el empeño
con la ronda ¡cual quedé!

REY. Nada aquel encuentro fue,
nada, mi adorado dueño.

DOÑA LEONOR. De ser quimerista alarde
haceis, don Juan.

REY. (*Frio y disgustado*) No por cierto,
pues no hubo otro desconcierto
á vuestra puerta mas tarde.

DOÑA LEONOR. (*Sobrecogida.*)
¿Y por qué?

REY. (*Malicioso.*) En cuanto pasó
la ronda, torné hácia aqui.

DOÑA LEONOR. ¿De veras?

REY. Y cosas vi
que no quisiera ver yo.

DOÑA LEONOR. (*Recelosa y asustada.*)
¿Volvisteis?

REY. Volví, señora.

DOÑA LEONOR. ¿Estais en vos?...

REY. (*Mortificado.*) ¿Os disgusta?

DOÑA LEONOR. (*Decidida.*)
Y mucho. porque me asusta.

REY. (*Con viveza.*)
¿Y por qué?

DOÑA LEONOR. (*Confusa*) Por nada.

REY. ¿Ahora
la misteriosa sois vos?

DOÑA LEONOR. (*Turbada.*) ¿Yo la misteriosa?...

REY. (*Resuelto.*) Sí,
y no he de salir de aqui
sin apurar, vive Dios,
qué causa vuestra sorpresa.
Pensé no deciros nada,
mas al veros alterada

declararme me interesa.
Ya disimular no puedo.
Varias noches van que tres
embozados....

DOÑA LEONOR. (*Con viveza.*) Cierto es.
¿A la una?

REY. En punto.

DOÑA LEONOR. (*Asustada.*) ¡Ay qué miedo!

REY. ¿De qué?....

DOÑA LEONOR. Don Juan, sed prudente:
á la una nunca esteis,
si de veras me quereis,
en esta calle.

REY. (*Indeciso.*) ¿Esa gente....
Es acaso....—¿Qué os altera?....
Leonor!... Leonor!...

DOÑA LEONOR. (*Afligida.*) ¿Teneis celos?....
Me ofendeis.—¿Tan poco, ó Cielos,
conoceis mi fé sincera?

REY. Os amo.... en vuestro jardin
hombres he visto á deshora.....
al deciroslo yo ahora
se torna en güalda el carmin
de vuestro rostro...., ¡Ay Leonor!

DOÑA LEONOR. Me poneis en duro aprieto.
En todo esto hay un secreto.....

REY. (*Enojado.*) Ya reconozco el rigor
de mi contraria fortuna.
Si burlais mi confianza,
¿quién despues tendrá esperanza,
cielos, en muger ninguna?

DOÑA LEONOR. (*Afligida*) ¿Y dudais de mí?.... Pues no
me faltaba ¡ay triste! mas,

REY. (*Con abatimiento y ternura.*)
Divina Leonor, jamás.
Cuanto valeis lo sé yo.
Mas ¡ay! aquietad mi pecho;
del laberinto sacadme
por vuestro amor, y dejadme
consolado y satisfecho.

DOÑA LEONOR. ¡A vos, enigmas en todo
y misterios?... Mas mujer
soy, y sabemos querer
las mujeres de otro modo.
Advertidlo en cuanto hago.—
Tengo, don Juan, una prima...
Vuestra discrecion me exima,
si á los celos satisfago
con esto, de descubrir...

REY. (*Confuso.*) No basta... ¡Encontrarme yo
no pudiera...

DOÑA LEONOR. Don Juan, no,

sin tener ¡ay! que sentir,
sin correr el riesgo mas
espantoso.

REY. ¿Qué, el amante
de esa prima es un gigante,
ó es algun leon quizas?

DOÑA LEONOR. Es gigante. y es leon:
eslo, don Juan; sí, creedme.

REY. Con eso lograis ponerme
en mas dura confusion;
y mas anhelo me inflama
de buscarlo, vive Dios.

DOÑA LEONOR. ¿Pero quién os mete á vos
con galanes de otra dama?

REY. (*Resuelto.*) Vos astuta me ocultais
algo en esto; y dudo, y quiero
descubrir con el acero
lo que vos disimulais.

DOÑA LEONOR. Pues, don Juan, para aquietaros
de una vez, aunque lo siento
por mi prima, en el momento
voy la verdad á esplicaros.
De mi prima es rondador...
A nadie lo revelad...

REY. (*Impaciente.*) Vamos, Leonor, acabad.

DOÑA LEONOR. Nuestro augusto Emperador.

REY. (*Pasmado.*) Eso es ya caso distinto.

(*Queda doña Leonor como asustada y pesarosa de lo que ha dicho, y el rey como sobrecogido, dice aparte.*)

¡Cielos! ¿qué oigo?... ¿disfrazado
he visto cerca, á mi lado
al gran César Cárlos quinto?
...¿Y mi necio corazon
no me lo avisó?... ¡Dios mio!
¡Ah!... de gozo desvarío.
Hallé la ansiada ocasion.

DOÑA LEONOR. Habeis quedado de hielo.
¿Veis ahora qué bien hacía
en callar, y que tenia
por vos muy justo desvelo?
¡Ay si os hallase!

REY. (*Con gran soltura y jovialidad.*)
No tal.
Al encontrarse conmigo,
me abrazará como amigo
su majestad imperial.

DOÑA LEONOR. ¡Qué cosas decís!... Tan presto
vuestro carácter cambiais,
y ya de burlas tratais
con jovial y alegre gesto;
ya profundo, sério, grave,
de infortunios y disgustos,

de desgracias y de sustos.
que lo que sois no se sabe,
ni cosa posible es
entenderos. ¡Ay de mi!
Decid, don Juan, ¿es así
todo el que nace francés?

REY. Con diferencia muy corta;
¿mas yo en qué me contradigo?

DOÑA LEONOR. (*Apurada.*) ¿No es contradecirse, digo,
que el que dice que le importa
tanto, tanto el ocultarse,
al emperador no tema,
y diga con tanta flema
que con él ha de abrazarse?

REY. Si hallarme con él conviene...

DOÑA LEONOR. ¿Mas conoceis...

REY. ¿Qué, Leonor?

DOÑA LEONOR. ¿Al augusto emperador?

REY. El es quien aquí me tiene.

DOÑA LEONOR. Dejad las burlas: decid,
¿sabe, pues, su magestad
quién sois?...

REY. Por su voluntad
estoy viviendo en Madrid.

DOÑA LEONOR. (*Levantándose incomodada.*)
Hombre, todo confusiones,
todo enigmas y misterios,
que de disgustos tan sérios,
de tantas tribulaciones
me estais abrumando el alma,
¿qué de esta infeliz quereis?...
De mi amor mas no abuseis
con esa malicia y calma.
Ya galan, ya enamorado,
ya tierno, frívolo ya,
indiferente quizá,
ya celoso, ya indignado,
peligros fingiendo ahora,
gran poder mostrando luego,
uniendo el mando y el ruego,
semblantes mil en un hora,
¿quién os ha de comprender?

REY. (*Arrojándose á sus pies muy rendido.*)
Oh soberana beldad,
oh mi encanto, perdonad;
ni yo me puedo entender.
Tan solo sé que os adoro:
si correspondido estoy,
el mas venturoso soy,
y vos mi único tesoro.
Tuve celos, lo confieso,
mas del pecho los borré,

porque quien sois Leonor, sé;
y os amo con tal esceso,
que el aura sois que respiro.
La vida que me sustenta,
el encanto que me alienta,
la sola dicha á que aspiro.

DOÑA LEONOR. (*Levantándolo con gran ternura.*)
¡Ah!... Levantad..., yo os lo ruego.
¿Si tan dichosa lograis
hacerme, por qué os gozais
en atormentarme luego?

REY. Sí, os adoro.—Mas, Leonor,
¿no será acaso muy tarde?...,
porque es fuerza que me guarde
no venga ya aquel señor.

DOÑA LEONOR. La primera vez es esta
que tanta priesa mostrais.

REY. ¡No sé cómo lo estrañais!

DOÑA LEONOR. ¿Ya el estar aquí os molesta?

REY. (*Aparte.*) Ya deshaciéndome estoy.
(*Alto.*) ¿Pues dónde, dueño adorado,
vivo sino á vuestro lado?
¿Dónde venturoso soy?
Mas el sobresalto justo
que de un encuentro teneis
evitar quiero. Ya veis
que mi anhelo es daros gusto.

Sale ANACLETA *apresurada.*

ANACLETA. Señora, que es tarde ya
ha despertado el señor,
y si siente algun rumor
tal vez se levantará.

REY. ¿Lo veis?

DOÑA LEONOR. ¡Oh don Juan! (*A Anacleta.*) Avisa
para que baje el criado
sin estruendo y con cuidado,
y dále á Leonarda prisa.
(*Vase Anacleta.*)
Y vos, don Juan por aquí,
(*Le conduce á la puerta.*)
sin olvidar cuanto os quiero,
y que de pena me muero
cuando os separais de mí.
Y pues sois noble y discreto,
de cuanto ós he revelado
espero será guardado
el mas profundo secreto.
Hasta mañana, id con Dios,
y retiraos con juicio:
haced este sacrificio

por los que yo hago por vos.

REY. ¡Oh Leonor angelical!
sois un celestial tesoro,
que con alma y vida adoro
con un amor sin igual.
(*Aparte.*) ¡Qué peregrina muger!
Harto engañarla me pesa. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR. (*Aparte.*) ¡Cuánto este hombre me interesa!
El seso voy á perder. (*Vase.*)

ESCENA III.

Calle de noche, y salen EL REY, *y* PIERRES *cayéndose de borracho.*

REY. (*Enojado.*) ¿Asi, vergante, vienes,
que en pie derecho apenas te sostienes?
Vive Dios que he de asparte,
y la vil borrachera he de quitarte
á puros puntillones·

PIERRES. Hay tantos escalones....
y.... tantas lucecitas....
Leonarda.... ¿son las ánimas benditas?

REY. (*Sacudiéndolo del brazo.*)
¡Pierres!.... ¡Pierres!.... ¡Infame!

PIERRES. Todo cristiano esclame....
viva.... viva Alaéjos;
¡qué sabor tiene, y qué sabrosos dejos!

REY. ¡Bribon!..., mira... si...

PIERRES. ¿Estorbo?
Dame, chica, otro sorbo.

REY. ¡Pues en muy buen instante
tiene tal borrachera este tunante!

PIERRES. Vamos....

REY. ¡A donde?

PIERRES. ¡Toma!.... A la bodega.

REY. (*Dale un pescozon.*)
¡Pícaro!

PIERRES. No me empuge....
que el paso no se niega;
y.... mire el alicruge....

REY. (*Trabándolo de un brazo.*)
Calla, bribon.

PIERRES. Leonarda,
si en la bodega hay guarda...
yo... ¡Que viva Alaéjos,
aunque sepa á la pez de los pellejos.
Yo.... diré....

REY. (*Le da cachetes y empujones.*)
Toma, toma.

PIERRES. (*Cae al suelo.*)
¡Ay!.... ¡cuánta luminaria!.... Ande la broma.

REY. ¡Mal hayan él y el vino!
Pretender levantarlo es desatino.
¡Gran bribon!—Por fortuna
aun no ha dado la una.
Hasta el amanecer no he de tornarme
á la prision, pues tengo de encontrarme
con mi enemigo; y en durmiendo un rato,
volverá en sí tal vez el mentecato.—
Mas de esta calle en medio
va á servirme de estorbo sin remedio.
¡A muy buena ocasion se ha emborrachado!
....Arrimarlo hácia un lado,
detras de alguna esquina junto al muro,
será mas conveniente y mas seguro.

(*Se inclina á tierra, hace varios esfuerzos por levantar á Pierres, y no pudiéndolo conseguir, lo lleva arrastrando por los pies al fondo del teatro, donde lo deja á la vista.*)

¡Pícaro!.... ¡Lo que pesa!.... Si contigo
el infierno cargara.... Yo maldigo
á la humana criatura
que se atreve á beber mas que agua pura;
porque un borracho infama
cuanto en el orbe racional se llama.

(*Vuelve al medio de la escena, y se pasea en silencio un instante, continuando despues de breve pausa.*)

No de armados ejércitos al frente,
del mundo asombro, á quien concede ó niega,
por capricho, el triunfar fortuna ciega,
humillando tal vez al mas valiente,
sino solo y sin nombre, aqui impaciente
tu valor mano á mano á probar llega,
(que á un lance oscuro su venganzá entrega)
mi noble arrojo, ó Carlos prepotente.
Nada me importa, nada, de Pavía
el desastre, ni el verme prisionero,
si muestro aventajarte en bizarría;
si aqui de caballero á caballero
rinde á mis plantas hoy la espada mia
á tí dominador del orbe entero.
(*Se pasea, y luego se para de pronto.*)
Oigo pasos.—Vienen dos.
¿Si será?.... Será sin duda.
¡Oh suerte! mi esfuerzo ayuda.—
El es, si, gracias á Dios.
Me retiraré á este lado
para dejarle llegar.
(*Se retira.*)

Salen embozados EL EMPERADOR *y* TOMATE.

EMPERADOR. *Deteniéndose á la salida.*)
Un hombre he visto cruzar.

TOMATE. Allí enfrente está parado.

EMPERADOR. ¿Uno solo?

TOMATE. (*Observando.*) Señor.... sí.

EMPERADOR. Pues quedate tú, entre tanto
que yo solo me adelanto,
y no te muevas de aquí.

TOMATE. Señor, mientras uno sea...

EMPERADOR. Tomate, aunque fueran ciento,
basta mi espada y mi aliento.

TOMATE. ¿Y si se armase pelea....?

EMPERADOR. (*Resuelto.*) Quieto tú sin respirar.
Si á darme ayuda te atreves,
si un paso de aquí te mueves,
vive Dios que te hago ahorcar. (*Se adelanta.*)

TOMATE. (*Aparte.*) No me moveré, á fé mia,
aunque el encargo no hiciese;
y si acaso me moviese
para ir mas lejos seria.

REY. (*En voz alta.*)
¡Ah buen hombre!

EMPERADOR. (*Con sorna.*) ¿Nada mas?

REY. ¡Hidalgo!

EMPERADOR. Mas alto estoy.

REY. ¡Caballero!

EMPERADOR. Sí.—Lo soy.

REY. Volved al momento atrás.

EMPERADOR. ¿Y eso quién lo manda?

REY. (*Adelantándose resuelto.*) Yo.

EMPERADOR. Pues yo me empeño en pasar.

REY. Será despues de lidiar,
que de otra manera no.

EMPERADOR. (*Con calma.*) Y el valiente, ¿es caballero?

REY. (*Con calor.*) Tanto, lo juro, cual vos.

EMPERADOR. Pues entonces, voto á Dios,
¿por qué está ocioso el acero?

REY. (*Desenvaina la espada.*)
Ya en mi diestra ardiendo está,
rayo de la quinta esfera.

EMPERADOR. (*Desenvaina la espada.*)
Pues ya mi espada lo espera,
y ese rayo apagará. (*Riñen.*)

REY. (*Aparte, y riñendo.*)
¡Qué corazon!.... ¡qué destreza!
Merece el cetro del mundo.

EMPERADOR. (*Aparte.*) ¡Qué denuedo sin segundo!....
Persona es de gran nobleza.

REY. (*Aparte.*) Con trabajo me defiendo.

EMPERADOR. (*Aparte.*) Este hombre á herirme no tira....
Solo á desarmarme aspira.

REY. (*Aparte.*) No logro lo que pretendo.

TOMATE. (*Desde su puesto.*)
Señores, la ronda viene.

REY. (*Retirando la espada.*)
¿La ronda?

EMPERADOR. (*Observando un momento.*)
La ronda es.
Dejad que pase, y despues....

REY. (*Envaina la espada.*)
De ella salvarme conviene.
Y pues tan señor os ví,
y que lo soy no dudais,
espero no permitais
que me persigan á mí.
Quedaos, que vos no temeis
el que aqui la ronda os halle;
y mañana en esta calle
por la noche me hallareis. (*Vase.*)

EMPERADOR. Confuso quedo á fe mia.
¿Quién es, cielos, este hombre?...
No es estraño que me asombre
tal destreza y valentía.
Sabe quien soy: claramente
al partir me lo indicó.
......¡Dios eterno!... ¿Será?.... No.
Es imposible.

TOMATE. (*Acercándose.*)
Esa gente.
Llega ya.

EMPERADOR. (*Envaina la espada.*)
Guardo la espada.
Mantente quieto á mi lado
en el gaban embozado,
y no respondas á nada. (*Se emboza.*)

ALCALDE. (*Dentro.*) Cercadlos, cercadlos luego.
Ninguno se ha de escapar,
y si lo osan intentar
usad las armas de fuego.
Nada vuestro ardor reporte;
pues vive el rey, que no en balde
ha de rondar un alcalde
de su casa y de su corte.

Sale EL ALCALDE *con* ALGUACILES *y ronda con linterna, y rodean la escena, quedando en medio de ella embozados y en silencio el Emperador y Tomate.*

ALCALDE. (*Mostrando la vara.*)
A la justicia os rendid.

EMPERADOR. (*Sin descubrirse*)
A la justicia rendidos
estamos.

ALCALDE. (*A los alguaciles.*)
Reconocidos
sean al punto. Sus, venid
con la linterna.

EMPERADOR. Os suplico,
señor alcalde, seais
vos quien me reconozcais.

TOMATE. *(Aparte.)* Se va á quedar tamañico

(Toma el alcalde la linterna, la acerca al Emperador, este se desemboza y el alcalde cae de rodillas, y lo mismo toda la ronda.)

ALCALDE. ¡Cielos!... ¡El emperador!!!

EMPERADOR. *(Con gravedad despues de breve pausa.)*
Alcalde, del suelo alzad,
alce la ronda, y callad.
(Se levantan todos.)

ALCALDE. Perdon os pido, señor,
si he disturbado...

EMPERADOR. No, á fé.
Antes estoy satisfecho
de todo cuanto habeis hecho,
y ese celo premiaré.

ALCALDE. Yo.. cuchilladas creí
escuchar hácia este lado...

EMPERADOR. No os habeis equivocado,
sonaron, alcalde, sí;
porque á propósito yo
con este mozo el ruido
hice, por ver advertido
si vigilabais ó no.

ALCALDE. *(Ufano.)* La vigilancia es mi norte.

EMPERADOR. Con gusto ví que no en valde
ronda á Madrid un alcalde
de mi casa y de mi córte.
No os detengais, continuad.

ALCALDE. Señor, ¿quereis que con vos...?

EMPERADOR. No, buen alcalde: id con Dios.

(El alcalde y toda la ronda hacen reverencia y van á marchar por el lado por donde se fue el rey. El emperador los detiene y les indica el lado opuesto.)

Por aquella calle echad.
(Vanse el alcalde, alguaciles y ronda.)

EMPERADOR. No se quejará á fé mia
mi contrario de que no
le guardo la espalda yo,
cual pide su valentía.

TOMATE. Señor ¿quién será ese bravo?

EMPERADOR. No lo sé, ni hay quien lo diga.

TOMATE. Que la ronda le persiga,
y dará con él al cabo.

EMPERADOR. No, que grave infamia fuera.
Mañana le encontraremos,
y...

TOMATE. ¿Qué? ¿Otro lance tendremos?

EMPERADOR. Me dijo que aquí me espera.—
Mas recoge el bandolin,
que aunque me parece tarde,
temo que mi Elvira aguarde,

y llegar quiero al jardin.

TOMATE. (*Va como á recoger el bandolin y un ronquido ó bostezo de Pierres le detiene.*)
Señor... ¿no escuchaste?

EMPERADOR. ¿Qué?

TOMATE. (*Asustado.*) Por aquí un hombre ha de estar.

EMPERADOR. (*Escuchando.*) Cierto. Le oigo respirar,
mas ningun bulto se vé.

TOMATE. Tal vez junto á alguna puerta...

PIERRES. En redor examinemos...
(*Buscan cada uno por distinto lado.*)

TOMATE. (*Tropezando con Pierres.*)
Señor aquí lo tenemos.
Es una persona muerta.

EMPERADOR. (*Acercándose.*)
¿Muerta?

TOMATE. No, que es un borracho.
Está en un lago de vino
revolcándose el cochino.
Será algun perro gabacho.

EMPERADOR. ¿Si habrá entendido...

TOMATE. Imposible.
Es un tronco.—Hola, tonel.
(*Le da con el pie.*)

PIERRES. (*Revolcándose.*)
Arre allá que escupo hiel,
y tengo un vino terrible.

TOMATE. ¡Ay señor! que es francés
del rey de Francia el bufon.

EMPERADOR. (*Sorprendido.*) ¿Qué dices... ¡Oh confusion!

TOMATE. Sí, lo reconozco; él es.

EMPERADOR. El es, y su amo sin duda
quién conmigo ha peleado...!
Fuerza es ya que á este menguado
para indagar algo acuda.
(*Acércase á Pierres.*)
Hola, levante el bribon.
Quién es al punto nos diga.

PIERRES. (*Quedando sentado en el suelo, despues de muchos esfuerzos.*)
Poco á poco... á mi me obliga
solo... el señor Alarcon,

EMPERADOR. Pues yo soy. ¿Cómo está aquí?

PIERRES. Bebido.

TOMATE. (*Sosteniéndole.*)
¡Gran animal!

PIERRES. Porque puede cada cual...
Y... al cabo... ¿quién manda en mí?
Pues con jamon y alaéjos...
cualquiera... Digo... ¿me entiende?
cualquiera... cuando desciende
de padres cristianos viejos...

EMPERADOR. No contesta acorde á nada.

TOMATE. ¡Cuál está!

EMPERADOR. Diga ¿y su amo?

PIERRES. Viéne de noche... al reclamo
de una niña remilgada.

EMPERADOR. ¿De quién?

PIERRES. Muy linda es Leonor.

EMPERADOR. ¿Quién?

PIERRES. Y yo... y todo..... la doncella
Leonarda..... tambien muy bella,
Elvira.... Comendador....
Anacleta....

TOMATE. (*Al emperador.*)
¿No lo escuchas?

EMPERADOR. Harta luz nos está dando,
y voy con ella aclarando,
Tomate, verdades muchas.

TOMATE. Preguntad.

EMPERADOR. ¿Y el rey?

PIERRES. ¿Ahora?
No sé...., que yo...., en el fogon
de Leonarda....

TOMATE. ¡Qué bribon!
y ella ¡qué infame traidora!

EMPERADOR. (*Con impaciencia.*)
¿Dó está el rey?

TOMATE. (*Agarrando de una oreja á Pierres.*)
Dilo, gabacho.

PIERRES. Señor Alarcon.... afloje
y la oreja no me moje,
......que se me ajuma el mostacho.

EMPERADOR. Dime... ¿tu amo...?

PIERRES. Ahi estará,
....ó...en la torre... Mas de un mes
salimos así.... Despues
volvemos ambos allá.

EMPERADOR. (*Desesperado.*)
Te voy á matar, tunante.

PIERRES. ¡Quia! (*Se vuelve á tender.*)

TOMATE. (*Levantándolo y poniéndolo de pie.*)
Levanta.

PIERRES. Ya voy... só.

TOMATE. (*Sin soltarlo.*)
Tente, Pierres.

PIERRES. Ese es yo.

TOMATE. (*Lo empuja.*) Anda, pícaro, adelante.
(*Vuelve á caerse Pierres.*)

EMPERADOR. (*Aparte paseándose.*)
Ya todo está descubierto;
y es sin duda el rey de Francia,
el que con tanta arrogancia
aquí me buscó encubierto.
Y no es la noche primera.

que ha salido de la torre;
es quien las calles rocorre
armando tanta quimera,
y es tambien el rondador,
que tantos celos me daba.
......¿Doña Elvira lo ignoraba,
y tambien Doña Leonor...?
¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado...?
......¿Por qué al bufon dejó asi...?
......¿Cómo otras noches, de aqui
habrá á la torre tornado?
¿Mas... Hernando de Alarcon...
—Hasta que amanezca el dia
no cesará el ansia mia
ni mi inquieta confusion.
(*Pausa.*)
Aunque esta noche haya vuelto,
como hizo las anteriores,
¿quién aquieta mis temores,
de qué, á fugarse resuelto,
no lo verifique acaso
mañana mismo, de modo
que dé en tierra mi plan todo?
Fuerza es atajarle el paso,
y aunque á fuer de caballero
debo esperarle mañana,
la diadema soberana
me impone un deber primero.
Su fuga, antes del tratado,
á la Europa conmoviera,
y la Europa toda entera
su reposo me ha fiado.
De caballero á la ley
no por esto he de faltar;
pues juro le he de retar
de hombre á hombre y rey á rey.
Despues que esté libre y fiero,
cuando no sospeche el mundo
que mi valor sin segundo
se ejerce en un prisionero.
(*Despues de breve pausa dice á Tomate.*)
Tomate, carga con él.
Pues si la ronda volviese,
y cual debe lo prendiese....

TOMATE. Que se lo lleve Luzbel.

EMPERADOR. No, que es fuerza prevenir
un empeño. Allá en la esquina,
que está á la torre vecina
lo puedes dejar dormir.
Pues conviene no recuerde
que con nosotros habló.

TOMATE. Nada recordará, no,

que está su zorra muy verde
(*Hace esfuerzos para cargar con Pierres.*)

EMPERADOR. Y cuidado con guardar
secreto de cuanto has visto.
Si se sabe, vive Cristo,
te mando al momento ahorcar.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

Aposento del Rey, que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, y aparece el REY *solo.*

REY. (*Se pasea.*)
No ha sido poca fortuna
que ese pícaro vergante
no me haya comprometido
con su borrachera infame.
Por mas que me ha asegurado
que no lo habia visto nadie,
que no habló á ningun viviente
mientras estuvo en la calle,
y que se vino á la torre
antes que el alba sonase;
he pasado todo el dia
hundido en ansias mortales.
Mas pues que llega la noche
sin incidente notable,
pienso que verdad me ha dicho,
y mi temor se deshace.
Y pues nada se trasluce
de mis nocturnos solaces,
solo anhelo ya la hora
de verme libre en la calle:
que esta noche mas que nunca
me es el salir importante,
y obligaciones me llaman
de que no puedo escusarme,
(*Pausa.*)
¡Qué prodigio de hermosura!
¡qué portento de donaire!
¡qué asombro de entendimiento!
¡qué tesoro de bondades
es doña Leonor!.... La adoro,
y el corazon se me parte
al ver que me corresponde
con la candidez de un ángel;

pues lo mismo que seria
la dicha mas inefable,
la ventura mas preciosa,
la felicidad mas grande
para mí, si rey no fuese;
ser yo rey lo torna y hace
mi mas terrible martirio,
mi infierno mas espantable,
poniendo entre ambos ¡oh suerte!
una barrera de tales
circunstancias, que es de bronce
para impedir nuestro enlace,
y es de cristal trasparente
para que yo los quilates
de su virtud y hermosura
mire, mida, aprecie y ansie.—
—La corona adorna y ciñe
la cabeza, pero parte
el corazon y lo aprieta,
y su rico cerco es cárcel
de los efectos del alma,
de do no pueden fugarse.
(*Pausa.*)
¡Ojalá nunca mis ojos
vieran cruzar esta calle
á Leonor! ¡Nunca mis cartas
hasta su cielo llegasen!
Pensé que burlar podia
y distraer mis pesares,
sin interesar mi pecho
con ella, porque ignorante
no conocia los dotes
que la adornan celestiales.
No, no merece Leonor,
tan discreta, tan amable,
tan tierna, tan expresiva,
tan honesta y tan amante,
que mas fingimientos use,
que por mas tiempo la engañe,
perdiéndola en esperanzas
que no pueden realizarse.—
Mas ¡cielos!.... ¿como aventuro
el decirlo... el declararme?...
.......Envenenado cuchillo,
que el corazon va á rasgarle
serán ¡ay Dios! mis palabras;
porque desengaños tales
que un encanto de delicias
y de ilusiones deshacen,
destrozan aun mas que curan,
y mas que alivian abaten.—
Y yo ¡con cuántos martirios,

congojas, penas, afanes,
ansias, tormentos, dolores,
llantos, despechos, pesares
daré paso á una palabra,
y acentos con ella al aire,
que al tiempo que á Leonor hieran,
es fuerza que á mí me maten!
Mas preciso es resolverme,
que el fingimiento es ya infame.
Y perderse debe todo,
y todo sacrificarse
por salvar la honra y el nombre,
y prevenir un desastre.—
(*Se pasea.*)
Esta obligacion cumplida,
saldré sin que lo retarde
á ver si acaso consigo
darle fin al raro lance,
que dejé empeñado á noche.
¡Mal hayan ronda y alcalde;
que á lo mejor me estorbaron
dar realidad á mis planes.—
¡Y qué bien la espada empuña
el Cesar! ¡Qué bien combate!
Por mas esfuerzos que hice
fué imposible desarmarle.—
Apuremos esta noche,
que sin duda ha de esperarme,
pues quien soy no ha traslucido,
ni quien le ha retado sabe,
si aun me es contraria fortuna,
ó si está ya de mi parte.

Sale PIERRES.

PIERRES. Ya que la tarde pasó
sin ocurrir novedad,
vereis, señor, que es verdad
cuanto os he contado yo.

REY. Calla, Pierres, calla, vil.
A ti y al vino maldigo.

PIERRES. ¿Y ¡qué! vuestra alteza, digo,
le echa acaso en el candil?

REY. No vengas con gracias, ea,
que para gracias no estoy.

PIERRES. Callaré puesto que hoy
tan alta está la marea.

REY. Trae luces, que ya anochece
y no tardará Alarcon.

PIERRES. En cuanto da la oracion
como vestiglo aparece. (*Vase.*)

REY. Si hoy dejo desengañada

á Leonor, y á todo trance
doy el fin que busco al lance,
quitando al Cesar la espada,
no salgo mas. ¿Para qué
si soy tan desventurado,
que solo penas he hallado
en lo que alivios busqué?—
—La paz por horas aguardo.
No sé si mi madre halló
algun reparo, ó si urdió
el Cesar nuevo retardo.
Hasta ver su conclusion
á salir de aqui no vuelvo,
que á esperarla me resuelvo
con paciencia en mi prision.

Vuelve PIERRES *con dos candeleros, que pone sobre la mesa.*

PIERRES. Ya teneis aqui las velas
y, si yo no me equivoco,
al viejo dentro de poco,
que oigo sonar sus espuelas.

REY. (*Se sienta.*) Ahora me asegurare
por su semblante y su hablar,
si es que del todo aquietar
tantas zozobras podré.

Sale HERNANDO DE ALARCON.

ALARCON. (*Con mucho respeto deteniéndose.*)
¿Vuestra alteza me permite...

REY. (*Levantándose.*) Entrad, señor de Alarcon.
¿Quién á tan noble varon
con grande placer no admite?

ALARCON. (*Adelantándose.*)
Siempre me honra vuestra alteza.

REY. Siempre os estimo y venero,
como á valiente guerrero
dechado de la nobleza.
Sentaos. (*Sientase el rey.*)

ALARCON. Mil gracias os doy.
De pie, como es justa ley
estar delante de un rey,
para serviros estoy.
¿Y cómo ha pasado el dia
vuestra alteza?

REY. Triste asaz.

ALARCON. Acaso pronto la paz
vendrá á darle la alegria.
¿Y vuestra alteza ha comido
con apetito?

REY. Tal cual,

mas siempre se come mal,
á esta quietud reducido.

ALARCON. Pronto en libertad, señor,
gozareis,...

REY. Dios lo permita;
que ya se agosta y marchita
de mi juventud la flor.

ALARCON. ¿Vuestra alteza ha menester
algo, ó exige de mi
algun servicio...? Que aqui
obsequiarle es mi deber.

REY. Con mi gratitud contad,
alcaide cortés y humano:
pero no está en vuestra mano
lo que ánsio, mi libertad.

ALARCON. (*Aparte.*) Se me parte el corazon,
mas no atisbe mi flaqueza.
(*Alto.*) ¿Me manda algo vuestra alteza?

REY. (*Levantándose.*) Buenas noches, Alarcon.

(*Alarcon registra con los ojos la estancia y vase, y en seguida se oyen la llave, el cerrojo y la barra.*)

PIERRES. Echa llaves y cerrojos,
viejo cara de vinagre.
¡No te comiera el usagre
desde los pies á los ojos!

REY. Ese anciano vale mucho.
Habla de él con mas respeto.

PIERRES. Será escelente sugeto,
mas tiene cara de chucho.
Y en un año que aqui asisto
ni tan siquiera una vez
su rostro de airado juez
con una sonrisa he visto.

REY. Es cierto que nunca rie.

PIERRES. Pues de rostro tan estraño
que vive sin risa un año,
el demonio que se fie.
Y tiene las fieras garras
mas que su semblante duras.
Aun conservo mataduras
de aquella tarde de marras.

REY. ¿De qué tarde, majadero?

PIERRES. De aquella en que me agarró
este brazo, porque no
me quité pronto el sombrero.

REY. Hizo bien, que el heroismo
con que noble resplandece
gran veneracion merece,
y se la tengo yo mismo.—
Mas pues quiso la fortuna
que tu traidora embriaguez
no haya tenido esta vez

mala consecuencia alguna;
vámonos pronto á vestir,
que yo esta noche quisiera,
por si acaso es la postrera,
algo mas pronto salir. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Calle, de noche.—Salen EL EMPERADOR, EL CONDE *y* TOMATE, *embozados.*

EMPERADOR. Espera, Conde, un momento,
que pues tan solo de tí
los proyectos he fiado
que esta noche he de cumplir,
aun tengo otro encargo nuevo
que darte, si en el jardin
logro entrar para que tenga
todo término feliz.

CONDE. Señor, tan solo serviros
es lo que me toca á mí,
dándome por muy dichoso
si acierto siempre á cumplir
vuestros supremos deseos.
Seguro de esto vivid.
Ya está advertido el alcalde
y vendrá sin falta aqui
al primer aviso.

EMPERADOR. Conde,
supongo que ignora el fin,
y que sin órdenes tuyas
nada, nada hará por sí.

CONDE. Nada, señor.

EMPERADOR. Suele el celo
importuno destruir
los mas concertados planes
del ingenio mas sutil,
y temo.....

CONDE. No temais nada.
No dará un paso sin mí.

EMPERADOR. Yo en tu lealtad y secreto
apoyo, conde, este ardid
con que empeños grandes tengan
seguro y honroso fin.—
Y tú, Tomate, ¿aseguras
que con su saya y mongil
y sus reverendas tocas,
de veras nos va á servir,
sin vendernos, esa dueña?

TOMATE. Segurísimo estoy, sí,
porque he sabido enredarla
con mas artes que Merlin.

EMPERADOR. Repite, porque oiga el conde,
como te has compuesto.

CONDE. Dí.

TOMATE. (*Se desemboza.*)
Empezé, señor mi ataque
llamándola Serafin,
y diciéndole amoroso
que era su cuello marfil,
perlas sus dientes, su rostro
azucenas y carmin;
y á una maraña de canas,
que tizna con súcio hollin,
la llamé, Dios me perdone,
madeja de oro de ofir.
Mas lo que la puso loca
(Tanto que estuvo en un tris
que una carcajada mia
descompusiera el ardid)
fué el decirle yo muy sério
que era mas fresca que abril;
y que unos treinta tendria,
pero treinta sin cumplir.
Ya me la juzgué rendida;
mas cuando empezé á decir
que á una invencion me ayudara,
para entrar en el jardin
con dos ó tres amigotes
esta noche misma, sin
que nadie, nadie lo oliese;
se me rechifló, y hostil
á mis proyectos se opuso,
mas brava que un puerco-espin.
Torné á la carga, mostréla
el bolson con los dos mil,
y por remachar el clavo,
(que fué ocurrencia feliz)
tuve, señor, la osadía
(Dios me la perdóne, sí)
de ofrecerle ser su esposo,
con seis mil maravedís
de renta, porque la amaba
con ardiente frenesí.

EMPERADOR. (*Riendose.*) Gran valor fué ciertamente,
que no lo tuviera el Cid;
porque la tal dueña, conde,
no es mujer; es jabalí.

CONDE. Ocurrencias de Tomate.
¿Y ella consintió? decid.

TOMATE. A la voz de casamiento
y del oro al retintin,
¿cómo pudiera la bruja
ni un instante resistir?

Mas mansa que una cordera
dijo, que solo por mí,
pues estaba muy prendada
de mi persona gentil,
á todo se prestaria;
como con siniestro fin
y con miras deshonestas
no fuese el enredo; y sí
un chasco puro, inocente,
para burlar y reir.
Todas las seguridades
á sus escrúpulos dí,
y me ofreció maravillas
de su diablura dueñil.

CONDE. ¿Y al cabo....

TOMATE. Encargóme mucho
no tocase el bandolin,
para que ignore Leonarda
y cuantos viven allí
el enredo. Y ofrecióme
ella en persona salir,
para conducirnos luego
con gran recato al jardin.

EMPERADOR. Pues me parece que tarda
ya la maldita en venir.

CONDE. El que espera desespera.

EMPERADOR. (*A Tomate.*) Es que si nos halla aqui....

TOMATE. Aun no es la hora en que acostumbra....

EMPERADOR. (*Observando.*)
Alguien viene.... ¿No advertis?

Sale ANACLETA *muy tapada con su manto, y se queda á la entrada.*

ANACLETA. Sin duda que mi Tomate
con los suyos está allí.
A acercarme no me atrevo,
pues son tres hombres..... Chi, chi....

TOMATE. Ya está en campaña la bruja.
A ella me voy.
(*Se acerca á Anacleta.*)
Serafin,
¡qué impaciente os aguardaba!
Nada receleis, venid.
Aquellos son los amigos.

ANACLETA. ¿Y es gente segura? Dí.

TOMATE. ¿Cómo segura?

ANACLETA. Sintiera
que algun pícaro rüin
de la oscuridad valido....

TOMATE. Un san Francisco de Asis
es cada uno de esos hombres.

ANACLETA. Fuera un rayo para mí

cualquiera accion deshonesta,
cualquiera palabra vil;
una mirada atrevida
el mas pequeño desliz;
que aunque de dueña me visto,
doncella soy; eso sí.

TOMATE. No temais nada, llegad.

ANACLETA. Que vengan ellos aqui;
pues estando todo listo,
mis pasos pueden seguir.

TOMATE. (*Acercandose al emperador.*)
Señor, no perdamos tiempo.
A punto está todo.

EMPERADOR. Oid,
conde.

CONDE. Señor...

EMPERADOR. Está alerta
con mucho recato, sin
que nadie, nadie te atisbe,
muy escondido. Y así
que entre el hombre, en el momento
á despertar has de ir
á aquel sugeto que sabes,
y á conducirlo al jardin;
pero sin decirle nada
de por qué le llamo aquí.
(*Sigue hablando al conde en secreto.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Creerán que me mamo el dedo,
y no hay diablo tan sutil
que á mí me dé dado falso.
Ya sé que voy á servir
al Emperador en esto,
que es aquel mozo gentil,
que á doña Elvira enamora.
Desde el punto en que lo ví
la primer noche al momento
quien era reconocí;
y del presente fregado
algo he de sacar al fin.—
De quien saber no he podido
nada, nada, ¡pese á mí!
es de aquel señor franchute
Que anda hecho un Marramaquiz
con doña Leonor. Mas huelo
que no es un grano de anís,
pues toda esta zalagarda
contra él se vá á dirigir.

CONDE. Descuidad, señor, por todo. (*Vase.*)

EMPERADOR. Descuidado quedo en tí.
Vámonos pronto, Tomate.

TOMATE. Tras de la bruja seguid.
(*Vanse con Anacleta.*)

ESCENA III.

Sala particular con sillas y mesa, y en ella dos candeleros con velas encendidas, y salen DOÑA LEONOR *afligida, y* DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA. En mal hora, prima mia,
de tu tierno corazon
se apoderó esta pasion
que consume tu alegria,
llenándote de afliccion.
¡Oh cuanto mejor estabas,
cuando libre y desdeñosa
de los amores burlabas,
y tan alegre y hermosa
á todo hombre despreciabas!
¡Ay!... Te desconozco, sí.
Tu triste estado me inquieta.
Mira, mi Leonor, por tí;
y pues eres tan discreta,
remedia tu frenesí.
Pasas infeliz las horas
en mudo desasosiego,
con que tu pecho devoras.
Que mires por tí te ruego....
¿Nada me dices.... ¿Y lloras?

DOÑA LEONOR. ¡Ay prima!... ¿Qué he de decir?
Estoy tal que no me entiendo;
y mientras que mas pretendo
sobre mi afan discurrir,
menos su rigor comprendo.
Este don Juan.... ¡loca estoy!
tan galan y tan afable,
tan rendido, tan amable,
de quien con el alma soy,
es un ente inesplicable.
De que me ama, y mucho, Elvira,
tengo gran seguridad:
muy grande, prima, en verdad;
y sobre ella ¡ay de mí! gira
mi afliccion y mi ansiedad;
pues lo mismo que debiera
de mis dichas fundamento;
de mis venturas cimiento
ser, quiere la suerte fiera
sea causa de mi tormento.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay Leonor!....

DOÑA LEONOR. Sí, sí: me adora.
Las mugeres conocemos
cuándo un alma poseemos,
y esta certeza es ahora

motivo de mis estremos.

DOÑA ELVIRA. Pues qué te aflige no sé.

DOÑA LEONOR. Que poseyendo su amor,
y amándolo yo ¡ oh rigor !
una cosa oculta hay, que
nos llena á ambos de dolor.

DOÑA ELVIRA. ¿ El es libre?

DOÑA LEONOR. Sí ; lo jura,
y al jurarlo no mintió.

DOÑA ELVIRA. ¿ Es noble?

DOÑA LEONOR. ¿Quién lo dudó?

DOÑA ELVIRA. Pues entonces, ¿ qué te apura?

DOÑA LEONOR. Si tampoco lo sé yo.
Hay un enigma en don Juan,
un misterio impenetrable,
no sé qué incomunicable;
pero tan oscuro, y tan
raro, nuevo, inesplicable,
que él no lo sabe decir,
ni yo lo sé adivinar:
que él no lo puede ocultar,
ni yo dejar de advertid.

DOÑA ELVIRA. Es confusion singular.

DOÑA LEONOR. Y de aqui nace esa estraña,
esa variacion constante
de caracter y semblante,
con que me confunde y daña,
sin piedad á cada instante.
Mas como en tal variedad
de gesto y conversacion,
siempre arder una pasion
llena de honor y ansiedad
descubro en su corazon;
loca, te lo juro, estoy,
y de dolor abrumada,
y perdida, enamorada;
mas sin saber donde voy,
por un encanto llevada.

DOÑA ELVIRA. Pues juzgo, Leonor, forzoso
que, por mucho que te aflija,
tu amor decidido exija
de galan tan misterioso
una esplicacion prolija.

DOÑA LEONOR. ¡ Ay ! estoy en tal estremo,
que aunque así debiera ser,
y soy curiosa mujer,
sondar este abismo temo
y el tal arcano saber.

Sale ANACLETA.

ANACLETA. (*A doña Leonor.*) Señora, llega don Juan.

Ya baja á abrirle Leonarda.

DOÑA ELVIRA. Prima, á Dios.

DOÑA LEONOR. Elvira, aguarda.

DOÑA ELVIRA. No, que sube tu galan. (*Vase.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Empiece la zalagarda. (*Vase.*)

Sale EL REY.

REY. (*Al entrar, como hablando á fuera.*)
Cuidado, Pierres, cuidado.
Si osas el vino mirar,
vivé Dios, te has de acordar.
Leonarda, os queda encargado.

DOÑA LEONOR. Don Juan, ¿por qné os deteneis?

REY. (*Avanzando.*) Doña Leonor celestial,
buena y linda sin igual,
ya á vuestras plantas me veis.
Y nunca mas anhelante
llegó á veros presuroso
quien solo aquí es venturoso,
vuestro mas rendido amante.

DOÑA LEONOR. Sentaos.
(*Se sientan ambos.*)
Con desasosiego
aguardé vuestra venida.
Estoy hoy tan combatida
de este mar en que me anego,
que con inquietud y afan,
pues vuestra presencia calma
los tormentos de mi alma,
os esperaba, don Juan.

REY. ¿Y qué os aflige, Leonor?

DOÑA LEONOR. ¿Qué, don Juan?... ¿No lo sabeis?..,
Esos enigmas que habeis
dado á acertar á mi amor,
Descifrarlos él no puede;
y hecho un mar de confusiones,
conjeturas y aflicciones,
fuerza es que mi pecho quede.
Y mi buena fé y ternura
no merecen, no, por Dios,
ni tanta reserva en vos,
ni en mí tan fiera amargura.

REY. Leonor, sois la pura estrella
tras quien deslumbrado voy,
por quien desdichado soy
gozando de su luz bella.
Estoy tan ciego por ella,
que juzgo en el firmamento
tener á su lado asiento;
y ver no puedo el abismo,
que debajo de mi mismo

de tanta dicha es cimiento.
El amor puro y ardiente
que os tengo, y el puro amor
con que me haceis, oh Leonor,
el mas dichoso viviente,
son las causas solamente
de tanta reserva, y tan
oscuro y molesto afan:
y á ambos nos importan, sí,
que es para que yo esté aqui
la reserva el talisman.
Si lo rompo yo imprudente,
si curiosa lo rompeis,
yo quedo, y vos quedareis
sobre el abismo pendiente.
Pues ciego amor no consiente
que se mire en derredor,
porque absortos en su ardor,
y sin mañana, nos quiere,
Leonor, que sea lo que fuere,
obedezcamos á amor.

DOÑA LEONOR. Del amor es el instinto
sus dichas asegurar,
y no anheloso vagar
por un ciego laberinto.
Claro, seguro, distinto,
quiere ver delante el puerto,
un fin terminante y cierto,
pues vive de la esperanza;
y amor que á verla no alcanza
es amor que está ya muerto.
Segura de que me amais
y segura de que os amo,
saber ansiosa reclamo
el enigma que ocultais.
Os ruego me lo digais,
don Juan, sin salir de aqui:
notad que vivir asi,
ya no podemos los dos.
Quien soy ved: y quien soy vos
hablad por vos y por mí.

REY. Sí, Leonor, voy á apagar
de un soplo la luz del sol,
cuyo ferviente arrebol
á ambos nos pudo abrasar.
Voy mi pecho á destrozar,
y á romper el vuestro voy:
Resuelto, resuelto estoy
á tornar el paraiso
en infierno: es ya preciso
por vos misma, y por quien soy.

DOÑA LEONOR. ¡Ah!... desfallezco.... Decid.

REY. Estoy mortal.... ¡Oh rigor!
DOÑA LEONOR. Hablad, hablad.
REY. (*Resuelto.*) Mi Leonor,
no mas misterios. Oid.

Sale DOÑA ELVIRA *muy asustada.*

DOÑA ELVIRA. ¡Ay Leonor¡ Vengo muerta.
DOÑA LEONOR. (*Levantándose sorprendida.*)
¿Pues qué ocurre?
REY. (*Levantándose sorprendido.*)
¡Señora!
DOÑA ELVIRA. A nuestra puerta
la ronda está formada,
y la casa allanada
va á verse en el momento.
DOÑA LEONOR. Mas con qué fin?....
REY. Señora, ¿con qué intento?...
DOÑA LEONOR. (*Muy apurada.*) ¡infelice de mí!
DOÑA ELVIRA. (*Al rey.*) Sin duda alguna
viene á buscaros.
REY. ¡Pese á mi fortuna!
Yo sabré en todo caso
con mi espada y valor abrirme paso.
(*Hace ademan de desenvainar la espada.*)
DOÑA LEONOR. (*Deteniéndole.*) ¡Don Juan!
REY. ¡Gran compromiso!
DOÑA ELVIRA. Que apeleis á la fuga es ya preciso.
DOÑA LEONOR. ¿Y por dónde podrá...
DOÑA ELVIRA. Si á toda priesa
el jardin atraviesa.
por la verja Leonor.
DOÑA LEONOR. Muy bien pensado.
REY. Pronto.
DOÑA LEONOR. Pronto.
DOÑA ELVIRA. Venid por este lado.

Por la parte donde se van á marchar, salen precipitados y despavoridos LEONARDA *y* PIERRES.

LEONARDA. ¡Ay señores!... ¡Qué miedo!...
...He visto...
DOÑA LEONOR. ¿Qué, Leonarda?
LEONARDA. Hablar no puedo.
...He visto... mucha gente,
que el jardin ha ocupado de repente.
DOÑA LEONOR. ¿El jardin?
LEONARDA. Sí, señora,
DOÑA LEONOR. (*A doña Elvira con viva ansiedad.*)
¿Será, Elvira, tal vez... Mas no es la hora.
DOÑA ELVIRA. No, que hoy al medio dia
me escribió que esta noche no vendria.

¡Cielos!... ¿Qué será esto?

DOÑA LEONOR. Ser desdichada yo.

DOÑA ELVIRA. (*Con viveza.*) Remedio, y presto buscar es necesario.

PIERRES. (*Al rey, y muy precipitado.*) Es el vejete, sin duda, el que nos busca y acomete.
Mas gente hay en la calle
que ha de encerrar de Josafat el valle;
y en el jardin lo mismo,
que es de bultos siniestros un abismo.
Alguaciles, soldados,
canónigos, letrados,
y los niños doctrinos,
y la comunidad de capuchinos,
y tercios, y escuadrones,
y cuarenta galeras,
y las monjas terceras
con órganos, ciriales y pendones
en torno nos circundan.
Por Dios en algun pozo nos confundan,
si es que lo hay en la casa,
mientras la furia del asalto pasa.
...Todo cuanto he cenado está ya acedo,
y de descomponerme estoy á un dedo.

REY. Calla, bribon, cobarde.

DOÑA LEONOR. Algun partido
forzoso es abrazar.

Sale ANACLETA.

ANACLETA. Todo perdido
está ya. Me he tardado
hasta ver si quedaba descuidado
algun sitio oportuno
para escapar, y no quedó ninguno.

LEONARDA. Tal vez la puerta falsa...

DOÑA LEONOR. Sí, sí, Elvira.

DOÑA ELVIRA. (*A Leonarda.*) Desde el sobrado mira
si aun está libre, acaso...
(*Vase Leonarda.*)

ANACLETA. Sí; mas notad que es el forzoso paso
para ir al corredor y á la escalera,
que á la puerta trasera
baja, y no hay otro...

DOÑA LEONOR. (*Con gran ansiedad.*) Cierto, de mi tio
justamente la alcoba.

DOÑA ELVIRA. (*Suspensa.*) Si.

DOÑA LEONOR. (*Abatida.*) ¡Ay Dios mio!

DOÑA ELVIRA. (*Resuelta.*) Está en el primer sueño
y tal vez no despierte.
Pongamos algo en brazos de la suerte.
Pasando sin rumór...

REY. (*Aparte.*) ¡Oh duro empeño!

ANACLETA. Iré á ver si el postigo...
(*Aparte.*) A dar parte de todo voy ligera,
pues que de esta manera
las instrucciones que obedezco sigo.
¡Qué se me fuese á mí de la memoria,
que estaba libre aquella escapatoria! (*Vase.*)

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Libre la falsa puerta
está, señora, sí. Por ella....

DOÑA ELVIRA. (*Toma un candelero.*)
Al punto.

REY. (*Deteniéndose indeciso.*)
¿Y si ese caballero se despierta,
y sospecha tal vez....

PIERRES. (*Aparte.*) Estoy difunto.
Ya huelo mal.

DOÑA LEONOR. (*Toma el otro candelero.*)
Es fuerza resolverse.

REY. Vamos.

LEONARDA. Pisad mas quedo.

PIERRES. No hay digestivo que le iguale al miedo.

(*Al ir todos á entrar por la puerta del fondo, quedan parados y sorprendidos oyendo la voz del comendador.*)

COMENDADOR. (*Dentro.*) ¿Quién trastorna mi casa?
¿Qué es esta confusion? ¿Qué es lo que pasa?

REY. Ya despertó.

DOÑA LEONOR. (*Muy afligida.*)
¡Dios mio!

LEONARDA. (*Asustada.*)
¡Ay que sale, señor!... (*Vase.*)

DOÑA LEONOR Y DOÑA ELVIRA. ¡Cielos, mi tio!

(*Huyendo despavoridas tirando los candeleros y queda la escena en tinieblas. El rey saca la espada y se retira á un lado. Pierres se esconde con mucho miedo detras de su amo.*)

Sale EL COMENDADOR *á medio vestir, y con la espada desnuda.*

COMENDADOR. (*Avanzando lentamente y à tientas.*)
¿Quién corre y mata las luces?
¿Quién ha entrado en esta sala?
¿Quién esta calle alborota?
¿Quién ese jardin asalta?
Vive Dios que he de saberlo;
vive Dios, que á cuchilladas
ha de castigar mi brazo
á quien trastorna mi casa.
Luces, luces... Vengan pronto.
Hola... Anacleta!... Leonarda!
Leonor!... Elvira!...

REY. (*Aparte.*) Si, acaso
este buen hombre me ensarta
sin querer, quedo servido.
Pondré delante mi espada.

COMENDADOR. (*Esgrimiendo à tientas encuentra con la espada del rey.*)
Ya lo encontré, ya un acero
osa oponerse á mi rabia.
La oscuridad nada importa,
que la embravecida llama
del valor que arde en mi pecho,
del enojo que me inflama,
sobra para que lo encuentre,
para que lo rinda basta.

(*Se cruzan las espadas varias veses, y luego se separan y se pierden.*)

Salen DOÑA LEONOR *y* DOÑA ELVIRA. LEONARDA *y* ANACLETA *con luces. El rey envaina de pronto y se emboza, Pierres se mete debajo de la mesa.*

COMENDADOR. (*Al rey.*) Quién sois vos, y que buscaìs
á estas horas en mi casa?

REY. (*Con moderacion y sin desembozarse.*)
Tened.—Soy un caballero,
que vuestro amparo demanda.

COMENDADOR. ¡Cómo...

REY. Escuchadme. (*Aparte.*)
Aquí es fuerza
que de mi ingenio me valga
para poder evadirme
sin descubrir á mi dama.
(*Alto y con rapidez.*)
Señor, me importa ocultarme,
y perseguido sin causa
por la ronda, á vuestra puerta
llegué cansado: al tocarla
para repararme, advierto
que sin cerrar y encajada
paso y refugio me ofrece;
entro, cierro, echo la aldaba,
y buscando ansioso al dueño
por rogarle me ocultára
mientras pasaba el peligro,
siguiendo de luz lejana
las vislumbres, aquí llego
donde me encuentro á dos damas
haciendo labor; se asustan,
huyen, las luces apagan,
y me quedo amenazado
de vuestro enojo y espada.

DOÑA ELVIRA. (*A Leonarda en secreto y con viveza.*)
Apóyalo, dí que abierta
la puerta quedó, Leonarda.

LEONARDA. (*Poniendo el candelero sobre la mesa.*)
Señor, perdóname. Es cierto
que olvidé el echar la aldaba
cuando entrásteis, porque á voces
las señoras me llamaban.
Y estando asi no es estraño...

COMENDADOR. (*Indeciso.*)
¿Quién....? La prudencia me valga.
¿Quién que sois un caballero;
quién, que os persigue sin causa
la justicia, me asegura?
Y aunque asi sea, ¿mi casa
qué inmunidad os ofrece?—
Dicho habeis que os importaba
ocultaros, y este dicho
despierta sospechas claras.
Si sois traidor á mi rey;
si enemigo de mi patria,
si por crímenes de estado
la justicia tras vos anda;
¿pensais que yo en mi conciencia
de encubridor y de capa
puedo serviros, burlando
la accion de las sacrosantas
leyes?—Jámas.

DOÑA LEONOR. (*Al comendador.*) Ya acogido,
señor, á tu amparo....

COMENDADOR. Calla,
que no entiendes de estas cosas.
(*Al rey.*) ¿Mis reflexiones os pasman.—
—Si por dicha vuestro nombre
á satisfacerme basta,
¿por qué lo ocultais?.... Decidlo;

REY. (*Dudoso.*) Señor.... ¿mi nombre...? Bastára,
bastará, sí; yo os lo juro.

COMENDADOR. ¿Por qué vuestro labio tarda
en pronunciarlo?.... ¿Quién sois?

REY. (*Desembozándose y presentándose con dignidad en medio de la escena.*)
El rey Francisco de Francia.

DOÑA LEONOR. (*Cae desmallada en brazos de Elvira.*)
¡Cielos!

DOÑA ELVIRA. (*Colocando en una silla á doña Leonor.*)
¡Leonor!

COMENDADOR. (*Sorprendido y envainando la espada.*)
¡Grave caso!

ANACLETA. (*Aparte.*) De ocurrencia tan estraña
corro con la nueva al punto.
Grande ventura me aguarda,
pues me encuentro de patitas
entre personas tan altas.
(*Vase dejando sobre la mesa el candelero.*)

REY. (*Aparte.*) ¿Ay de mí? que un rayo han sido
para Leonor mis palabras!
(*Alto al comendador con dignidad.*)
¿Qué os hiela? Qué os petrifica?
Si alguna duda os amaga
acercad á mí esas luces.
Reconocedme, acercadlas;
que no es la primera vez
que me visteis cara á cara.

COMENDADOR. (*Sosegado y respetuoso.*)
Señor, porque os reconozco
tan gran confusion me embarga,
pues me parece un ensueño,
una pesadilla infausta,
á un rey que está en una torre
verlo á tal hora en mi casa,
en donde forzosamente
le debe de ser negada
la hospitalidad, que el hombre
de menos valor hallára.—
(*Resuelto.*)
¿Qué es esto?.... Si vuestra alteza
la fuerte cárcel quebranta,
de mi Rey en deservicio
es y en mengua de mi patria,
y yo soy un fiel vasallo,
y soy español sin tacha,
y la lealtad y la honra....
........Harto os digo, señor; basta.

REY. (*Turbado.*)
¿Pues qué?... ¿intentais...?

COMENDADOR. Vuestra fuga
sé, vuestra estrella contraria
os pone en mis manos, juzgue
vuestra alteza, pues inflama
la sangre de caballero
su corazon de monarca,
lo que hacer á mí me cumple
para salvar honra y fama.
Y vuestra alteza conozca
el empeño, la desgracia
que con su régia visita
me trajo á mí, y á mi casa.
La ronda, que por respeto
á mi nobleza y mis canas,
aun no ha allanado mi puerta,
al cabo vendrá á allanarla;
Y al veros aquí conmigo,
(*Con grave entereza.*)
pues vive Dios, no se aparta
de mí un punto vuestra alteza,
cómplice con razon clara

me creerá de vuestra fuga;
¿y cómo borro esta mancha?

Sale ANACLETA.

ANACLETA. Cuanto esta noche sucede
parece cosa de magia.
La ronda con gran silencio
se marchó.

COMENDADOR. Con ella vayan
mil Satanases.

DOÑA ELVIRA. (*Admirada.*) ¿Marchose?

ANACLETA. No hay ya en la calle ni un alma.

LEONARDA. (*A Anacleta.*) ¿Y aquella gente maldita,
que por el jardin andaba?

ANACLETA. Tambien marchó, volaverunt.
(*Aparte.*) Como que yo á la antesala
contigüa los he traido,
y desde ella ven la zambra,
y oyen con mucho contento
cuanto en esta pieza pasa.

PIERRES. (*Saliendo de debajo de la mesa.*)
Señores, muy buenas noches.

LEONARDA. (*Dando un chillido.*) ¡Ay!

ANACLETA. (*Santiguándose.*) ¡Jesus... Una fantasma.

COMENDADOR. ¿Y quién es ese demonio?

REY. Mi bufon.—¡Maldito!

PIERRES. A gatas
he estado bajo el bufete,
devanado en telarañas;
mientras que se iba la ronda;
pues las rondas me dan bascas.

REY. (*Con gran desahogo.*)
Supuesto que ya la ronda
sin mas insistir se aparta
y retiró los esbirros
con que ese jardin guardaba,
que quien yo soy no sabia
parece una cosa clara;
que me siguió por seguirme,
que al fin perdió mis pisadas,
que entrar aqui no me ha visto;
y asi felizmente acaba,
comendador, vuestro empeño,
y mi grave apuro cambia.

COMENDADOR. ¿Y qué, señor...

REY. (*Con risueña soltura.*) Ahora resta
que á vos y á estas nobles damas
pida y suplique rendido
dispensen molestias tantas,
con que imprudente he turbado
el reposo de esta casa;

y tomando su licencia,
(*Al comendador.*)
y dándoos á vos las gracias,
regreso al punto á la torre,
antes que noten mi falta.
Vamos, Pierres.

COMENDADOR. (*Deteniéndole.*) Vuestra alteza
pienso que de burlas habla.
¿Cómo puede imaginarse
que yo en su escolta no vaya?

REY. (*Sorprendido.*)
¿Vos, conmigo....

COMENDADOR. Ciertamente,
señor; y la cosa es clara,
pues que me cabe la honra
de ser vuestro alcalde y guarda;
(*Con entereza.*)
que aqui estais tan prisionero
como en la torre.

REY. (*Confuso.*) Me pasma
vuestro arrojo.... Yo he salido
de la torre noches varias,
solo á divertirme un rato....
.......Y siempre he vuelto.... que....

COMENDADOR. Nada
de lo que ocurrió otras noches
quiero saber, pues me basta
veros esta fugitivo,
teneros, señor, en casa,
de vuestra regia persona
reconocer la importancia,
y que de ella apoderarme
y con fuerza asegurarla,
porque á mi rey sirvo en ello,
y en ello sirvo á mi patria,
es mi obligacion.—Yo mismo
preso os llevaré.—Leonarda,
echa la llave á la puerta
pronto, y a mis manos tráela.
(*Vase Leonarda.*)

REY. (*Impaciente.*)
Mas.... ¿Comendador, que es esto?

COMENDADOR. Cachaza, señor, cachaza.
Sin escándalo del mundo,
sin que se trasluzca nada,
y sin que en Madrid se diga
que burlais la vigilancia
de los que á su cargo os tienen,
ni que habeis (pues fuera causa
de hablillas), echado mano
de una fuga que os infama;
con el respeto debido

á vuestra persona sacra,
mas ¡ vive Dios! muy seguro,
á la torre destinada
para guardaros, yo mismo
os conduciré.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. (*Entrega una llave al Comendador.*)
Tomadla.

COMENDADOR. (*Toma la llave.*)
Esperad un breve instante.
(*Vase precipitado por la puerta del foro.*)

PIERRES. (*Al rey.*) Dimos, señor, en la trampa.

DOÑA ELVIRA. (*Aparte.*) ¡ Cielos.... qué irá á hacer mi tio?

REY. (*Aparte.*) ¡ Qué gente la castellana!....
Todo me parece un sueño.
¡ Leonor!... Mi pecho se abrasa,
Aprovecharé este instante.
(*Se acerca á Doña Leonor.*)
¡ Leonor! Leonor!....

DOÑA LEONOR. (*Se levanta de la silla muy afligida, pero con mucha dignidad.*)
¿ Qué me manda
vuestra alteza?

REY. ¿ No me dice
vuestro labio....

DOÑA LEONOR. Señor, basta.
Ya solo en mi pecho quedan
lágrimas y no palabras.

Sale EL COMENDADOR *trayendo en la mano una rica faja moruna de seda y oro.*

COMENDADOR. Señor, vuestra alteza es mozo,
otro joven lo acompaña,
yo soy anciano sin fuerzas
mas que en la honra y en el alma;
con vos solitarias calles
de oscuridad circundadas
voy á atravesar; y es justo
que un preso tal, de importancia
tan grande, de tanto brio,
de tanto poder y fama,
en manos de un pobre viejo
bien asegurado vaya.

REY. ¿ Seguridad suficiente
no puede dar mi palabra?

COMENDADOR. ¡ Ah señor!.... á vos apelo....
Perdonadme, ya empeñarla
no podeis, que allá en la torre
os la piden y reclaman.

REY. (*Aparte.*) Vive Dios, que me confunde.

y que el rostro se me abrasa.

COMENDADOR. (*Con respeto.*) Yo, señor, no oso privaros,
Dios me libre, de la espada;
que espada de un rey, tan solo
otro rey ha de tomarla,
como no sea con gloria
en el campo de batalla;
mas permitireis que os ligue
(*Hinca una rodilla.*)
rindiéndome á vuestras plantas
los brazos. y no os asombre,
con aquesta rica faja.

REY. (*Aparte.*) Este viejo testarudo
sin duda alguna me ata.—
Mejor es tomarlo á burlas
y salga por donde salga.

COMENDADOR. Pues de tal origen viene
y está á tanto acostumbrada,
que aunque os sujete un momento,
vuestra dignidad no empaña.
(*Poniéndose de pie y con dignidad y entereza.*)
Yo se la gané al Malique
en el asalto de Baza:
Aun de su valiente sangre
la ilustran antiguas manchas.
Y yo sugeté con ella
al rey chico de Granada
cuando rindió al gran Fernando
los castillos de la Alhambra.

REY. (*Aparte y entusiasmado.*)
¡Con qué respeto lo escucho!
¡Oh que sangre tan hidalga!

COMENDADOR. Ya veis que tal ligadura,
que parece que se aguarda
por el misterioso cielo
para ocasiones tan altas,
no afrenta, no. Con sus nudos
no deshonra lo que enlaza.

REY. (*Asombrado.*)
¡Comendador... ¿No hay remedio?

COMENDADOR. (*Resuelto y empuñando la espada.*)
No hay remedio, rey de Francia.

Sale de repente HERNANDO DE ALARCON *y detras de él muy embozados, quedándose en ala á la entrada* EL EMPERADOR, EL CONDE *y* TOMATE.

ALARCON. Si lo hay, que en buena ocasion
de este empeño á libertaros,
y el régio preso á tomaros
llega Hernando de Alarcon.

(*Todos quedan asombrados y Pierres con mucho miedo se esconde entre unos y otros.*)

COMENDADOR. (*Aparte.*)
¿Y por dónde este hombre ha entrado,
si yo tengo aqui la llave?

REY. (*Aparte.*) Ya es el conflicto mas grave.

PIERRES. Ahora el seron se ha llenado.

ALARCON. (*Al rey con entereza.*)
¿Y qué es aquesto, señor?
¿Cómo vuestra alteza aqui?
¿Puede comportarse asi
persona de tal valor?
¿Tan esclarecido rey
la pleitesía quebranta
y huella con libre planta
del juramento la ley?
A un caballero le guarda
de su palabra el seguro,
no reja, no alzado muro,
no vigilante alabarda.
Vos la palabra me dísteis,
de aquel juramento amen,
de no fugaros... ¡Muy bien
ambos empeños cumplisteis!

REY. (*Mortificado.*) Noble alcaide, perdonad;
deponed el justo enojo.
De escucharos me sonrojo,
mas mi descargo escuchad.
Que aunque hablar ya no debiera,
y á mi majestad ofendo,
satisfaceros pretendo,
porque mi pecho os venera,
y porque hay un caballero
y unas damas, que esto ven,
y me interesa tambien
salvar mi honra lo primero.—
(*Con dignidad.*)
No falté á la pleitesía
ni á mi palabra falté,
pues yo tan solo juré
que jamás me fugaria.
Y cual bueno lo cumplí,
aunque tuve la ocasion...,
mas nunca la tentacion,
porque para rey nací.
Un mes hace, un mes cumplido
que todas las noches salgo.
¿Y habeis advertido algo?..
Fugarme hubiera podido.
pues no lo hice, ¡vive Dios!
Si he dado fiel cumplimiento
á palabra y juramento
juzgadlo, cual noble, vos.
(*Enojado.*)

He salido á divertir
mis penas, mas no á fugarme.
Nadie pues puede afrentarme,
ni yo lo he de permitir.

DOÑA LEONOR. (*Aparte.*) ¡Y qué bien que se defiende
de haberme á mi asesinado!...

DOÑA ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Qué galan y bien hablado!
¿Qué helado pecho no enciende?

COMENDADOR. Señor Alarcon, su alteza
prueba muy bien su lealtad.

ALARCON. Comendador, es verdad,
mas con una sutileza.
Y todo se lo concedo,
mas que de mí se ha burlado,
y mi buena fé engañado
dejar aparte no puedo.
(*Al rey.*)
Me habeis burlado, señor,
burlado mi buena fé...
.....¿Ahora qué responderé
al augusto Emperador?
Satisfaccion conveniente,
y satisfaccion cabal
esta ofensa personal
reclama debidamente.
Y yo, alto al rey, os la exijo
caballero á caballero,
esgrimiendo el noble acero
en lugar y en plazo fijo;
y pues vuestra dignidad
tal empeño no permite,
porque tan solo se admite
donde hay perfecta igualdad,
(*Con calor.*)
venga un francés campeon,
el que mas al mundo asombre,
á lidiar en vuestro nombre,
con Hernando de Alarcon.

(*Se descalza un guante y lo tira en medio de la escena. El emperador se desemboza repentinamente, y se le ve ricamente vestido y con el collar del toison de oro, y recoge el guante con gran rapidez. El conde y Tomate se desembozan y descubren. Todos quedan en la actitud del mayor respeto.*)

EMPERADOR. (*A Alarcon.*)
Baste. (*Al rey.*) Llegad a mis brazos
generoso rey de Francia,
y vuestra noble arrogancia
en tan amistosos lazos
la paz firme venturosa
que entre los dos reina ya.

REY. (*Arrojándose en los brazos del emperador.*)
Esta la firma será
de fuerza mas poderosa,

EMPERADOR. Aun mas que amigos, hermanos
nos vea la cristiandad
guerra hacer á la impiedad,
y guerra á los mahometanos.

REY. Y á ambos unidos, señor,
nos vea el Asia con espanto
ganar el sepulcro santo
en que durmió el Salvador.

ALARCON. (*Al emperador, hincando una rodilla.*)
Invicto César...

EMPERADOR. (*Dándole su guante, y alzándole con gran atencion.*)
Alzad.
Sé lo mucho que valeis.
Nada que decir teneis.
Conozco vuestra lealtad.

COMENDADOR. (*Hincando una rodilla delante del Emperador.*)
¡Oh qué gozo!... Permitid,
pues mi humilde choza honrais,
y en alcázar la tornais
el mas alto de Madrid,
que á vuestros pies este anciano
hoy su familia os presente,
y que pida reverente
besar vuestra sacra mano.

EMPERADOR. Alzad, buen comendador.
De Calatrava clavero
os nombro, que premiar quiero
tanta nobleza y valor.
(*El comendador le besa la mano.*)
¿Son estas vuestras sobrinas?

COMENDADOR. (*Presentándole á Doña Elvira.*)
Elvira.
(*Doña Elvira se arrodilla y le besa la mano.*)

EMPERADOR. Sois muy hermosa.

COMENDADOR. (*Presentàndole à doña Leonor.*)
Leonor.

EMPERADOR. (*Mirando maliciosamente al rey.*)
¿Y por qué llorosa?...
(*Al Comendador.*) Teneis dos perlas divinas.
Id. y besadle la mano,
por que en ello tendra gusto,
y porque ácatarle es justo,
al rey de Francia mi hermano.
(*Llega el comendador al rey, y le besa la mano.*)

REY. De Castellano tan fiel
que no me desaire espero,
y le nombro caballero
de la órden de san Miguel.
(*Llega doña Elvira.*)
Esta cadena, señora,
(*Se quita una cadena del cuello y se la pone á doña Elvira, sin permitir que le bese la mano.*)

os recuerde al desgraciado,
que en vuestra casa ha logrado
entrar en tan buena hora.

(*Llega doña Leonor muy turbada.*)

Siento en el alma el disgusto
que sin querer os causé.
En vuestro rostro se vé
que aun no calmó vuestro susto.

(*Reusa el que le bese la mano.*)

DOÑA LEONOR. (*Aparte.*) ¡Cruel!

REY. (*Aparte á doña Leonor.*)
¡Ah! me estoy muriendo.
Soy mas infeliz que vos.

DOÑA LEONOR. (*Aparte al rey.*)
¡Ay!.... No lo permita Dios.

REY. (*Alto.*) Que me permitais pretendo
que á vuestra belleza añada
de dote cien mil ducados,
que años mil afortunados
goceis, con gusto casada.

DOÑA LEONOR. (*Con altivez.*)
Gracias os doy, Mas no admito;
porque tengo pensamiento
de retirarme á un convento,
donde nada necesito.

ANACLETA. (*Aparte.*) ¡Repentina vocacion!

DOÑA LEONOR. (*Clavando los ojos en el rey.*)
Este mundo es todo engaños,
y quiero burlar sus daños
en eterna reclusion.

REY. Pero el dote es vuestro ya,
y de él podeis disponer.
(*Aparte.*) ¡Oh qué celestial muger!

DOÑA LEONOR. (*Aparte.*) Mi alma adorándolo está.

EMPERADOR. (*Al rey.*) Señor, hermano y amigo,
á que hablemos mas despacio,
y á descansar, á palacio
venid, os ruego, conmigo.

REY. César generoso, aun nó;
que á la torre he de volver,
por exigirlo un deber
con que es fuerza cumpla yo.
Que el mundo diga no quiero
que fugitivo me ha hallado
la paz, habiendo faltado
á la fé de caballero.
Y para satisfacer
al respetable Alarcon,
con él solo á la prision
esta noche he de volver

(*Alarga la mano á Alarcon con mucha gracia y amabilidad.*)

EMPERADOR. Tal delicadeza admiro.

Con la pompa conveniente
en cuanto empiece en oriente
el próximo sol su giro,
y con gran solemnidad
ardiendo mi corte en galas,
iré á buscaros en alas
de nuestra eterna amistad.

Sevilla, setiembre de 1840.

FIN DE LA COMEDIA.

LA

MORISCA DE ALAJUÁR,

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

PERSONAS.

—

DON FERNANDO.
MARIA, *morisca*.
MULIM-ALBENZAR, *morisco*.
EL CONDE DE SALAZAR.
FELISA, *cristiana*.
ABDALLA, *alfaquí morisco*.
EL MARQUES DE CARACENA.
EL COMENDADOR MAYOR.
EL CAPITAN GARCIA.
UN SARGENTO.
CORBACHO.
MALEC, *morisco*.
ZEIR, *morisco*.
UN SECRETARIO.
UN ALCAIDE.
DONCELLAS ALDEANAS. *moriscas*.
PASTORES, *moriscos*.
MORISCOS CONJURADOS.
SOLDADOS ESPAÑOLES.

La accion pasa en el reino de Valencia á fines del año de 1609, *y principios del de* 1610.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuár, rodeada de ásperos montes.—Despues de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez ó doce jóvenes ALDEANAS *moriscas. y detras de ellas* MARÍA *y* FELISA: *todas con cantarillos, como que van por agua á la fuente.*

ALDEANA 1.ª *(Canta dentro.)*
No tenga fé ni esperanza
quien no estuviere en presencia.
TODAS. *(En coro, dentro.)*
Pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

Salen TODAS.

ALDEANA 2.ª *(Canta.)*
Quien quisiere ser amado
trabaje por ser presente;
que cuan presto fuere ausente
tan presto será olvidado.
ALDEANA 1.ª *(Canta.)*
No tenga fé ni esperanza
quien no estuviere en presencia.
TODAS. *(En coro cantan.)*
Pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia. *(Vanse.)*
MARÍA. *(Deteniendo á Felisa.)*
Déjalas llegar, amiga,
al dulce raudal, y aquí
queda un rato junto á mí,
á consolar mi fatiga.
Que esa insensata cancion,
con que dan vida á este egido,
todo un infierno ha metido
en mi roto corazon.
Y miente la letra, miente,
pues amor que no es vulgar
nunca mas firme ha de estar
que cuando está en un ausente.
FELISA. Singular es tu constancia,
ó hermosísima Maria,

y ese amor, que desafia
al tiempo y á la distancia.
En hora menguada vino
don Fernando á este lugar,
tu tierno pecho á enredar
en tan ciego desatino.

MARÍA. No digas eso, que yo
bendigo el feliz momento
en que para alojamiento
mi casa y mi pecho halló.
En aquella temporada,
que le tuve junto á mí,
tan venturosa me ví,
y tan amante y amada,
que con su recuerdo solo
soy la mas feliz muger,
que en el orbe puede haber,
desde un polo al otro polo.
Y un porvenir tan risueño
de encanto y felicidad
se presentó á mi ansiedad,
que voy tras él con empeño.

FELISA. ¡Ay que los recuerdos son
dejos de un bien acabado;
y un porvenir no ha pasado
jamás de incierta ilusion!
No es, no, tan desatinada
la letra de ese cantar,
que solo te da pesar
porque estás alucinada.
Si tuvieras mi esperiencia,
(ya la tendrás algun dia)
conocieras, hija mia,
de tu pasion la demencia.
No es decir que quepa engaño
en el pecho de tu amante:
será muy firme y constante,
pero está sin verte un año!

MARÍA. Cuando ¡ay de mí! se marchó
de esa Flandes á la guerra,
antes de un año á esta tierra
volver amante juró.

FELISA. Ya el año cumplido es.

MARÍA. Y yo con gran fé lo aguardo,
que no es, Felisa, retardo
solo el retardo de un mes.

FELISA. De los que se van, dejando
en España empeños locos,
á esa Flandes vuelven pocos.

MARIA. Uno será don Fernando.
Si conocieras, amiga,
los estremos de su amor,

de su palabra el valor,
y de su alma, que bendiga
Dios, los dotes celestiales,
como yo los conocí;
no me afligieras así,
con desconfianzas tales.
Vendrá, ama mia, vendrá.

FELISA. ¿Pero aunque vuelva, qué esperas?...
Quien eres no consideras,
ni sabes quien él será.
Tú, morisca...

MARIA. (*Con viveza.*) Yo, cristiana.

FELISA. (*Con ternura.*) ¡Hija idolatrada!... Sí,
que de madre te serví
desde tu niñez temprana,
y con mi leche mamaste
la fé mas pura y leal,
siendo mi gozo cabal,
porque en ella te afirmaste.
Y tu sangre misma... ¡ay triste!
sin madre desde la cuna...
Dios te ha dado la fortuna
de que en mis brazos creciste.
—Pero al asunto tornando
de tu amor, pues con razon
se me parte el corazon
otros tiempos recordando;
te diré que aunque cristiana,
eres morisca, Maria,
en quien nunca haya hidalguía
la soberbia castellana.
Y de tu amante, aunque sea
falso el nombre que nos dijo,
la ilustre alcurnia colijo
de la insignia, que campea
roja en su pecho español:
¡y te querrá para esposa,
aunque te adore cual diosa,
y le parezcas un sol!

MARÍA. (*Con dignidad.*) Hubo moros caballeros,
y moros reyes tambien.
¡Y quién quitar puede, quién
su sangre á sus herederos!
La familia de Albenzar,
por mas que el hado la humilla,
ni á los reyes de Castilla
nobleza debe envidiar.
Que en los muros de Jaen
ha dejado fama eterna,
y hoy un Albenzar gobierna
las torres de Tremecén.
Y si lá cristiana cruz

aun lo mas vil avalora,
no ha de oscurecer ahora
de mi nobleza la luz.

FELISA. (*Aparte.*) En cuanto hace, piensa y dice
descubre su sangre hidalga.
...¡Oh recuerdos ;... Dios me valga,
no sé si bien ó mal hice.
(*Alto.*) ¡ Ah ! si insensatos no fueran
de tu morisca nacion
los nobles, con mas razon
de su estirpe alarde hicieran.
Tal vez cual cristiana vieja
y cual de sangre española
pienso yo.

MARÍA. No eres la sola ;
pues á mí tambien me aqueja
ver á la raza africana,
ya española, y que debia
con noble y leal bizarría
ser española y cristiana,
cerrar con obstinacion
los ojos á la verdad,
y buscarse, ó ceguedad,
continua persecucion.

FELISA. ¿Tu talento ha traslucido
los altos intentos?...

MARIA. Sí,
los intentos locos dí,
y que el corazon partido
me tienen; pues los cristianos
los conocen y los ven,
y alistan fuerzas tambien
para que resulten vanos.
Verás pues que los rigores,
que dos veces se temieron
y que evitarse pudieron,
van á renacer mayores.
Y verás de los moriscos
en la osada resistencia
solo una ciega demencia,
que ensangrentará estos riscos.

FELISA. Pues tu padre es...

MARÍA. Harto lloro
la obstinacion en que vive,
y ese obsequio, que recibe
de todo este pueblo moro.

FELISA. (*Con burla.*) ¿ Esperanzas no te dan
esas cosas que han contado
de Alfatin, el encantado
en las sierras de Espadán,
de quien dice el Alfaquí,
que sobre un verde corcél

el imperio de Ismaél
ha de restaurar aquí?

MARÍA. (*Con desprecio.*) Yo soy, Felisa, cristiana,
cristiana de corazon,
y oigo con indignacion
esa creencia musulmana.
Solo desdichas espero
de ese ardor mal entendido,
que en nuestra gente ha encendido
tanto ambicioso embustero.
—Mas no hablemos de esto, no:
hablemos de don Fernando,
á quien estoy esperando
con el alma toda yo. (*Voces dentro.*)

UNA. Detente!...

OTRA. A la ladera...

OTRA. Atajad por aquí.

DON FERNANDO. (*Dentro.*) ¡Cielos!

CORBACHO. (*Dentro y muy lejos.*) Espera.

MARÍA. (*Sobresaltada.*) ¿Qué acento da ese monte,
que poblando de horror el horizonte,
causa en mi corazon mortal desmayo?

FELISA. (*Asombrada y mirando adentro.*)
Como encendido rayo
ó perdido cometa,
desbocado bridon que no sugeta
el freno roto ya, veloz se mete
con peligro espantoso del ginete
en lo mas intrincado de esas breñas.

MARÍA. (*Mirando adentro.*)
Sí, ya le veo entre las altas peñas,
que exhalacion parece;
y su dorada piel, que resplandece
del sol á las vislumbres,
enciende con relámpagos las cumbres.
Dijérase que uniendo va con saltos
las bajas nubes y los montes altos.

FELISA. ¡Cuán firme el caballero
sobre la espalda va del monstruo fiero,
¡ó desdichada suerte!
despeñado á los brazos de la muerte!
(*Asustada, y en ademan de huir.*)
Hácia aquí viene... Huyamos,
que á ser despojo de su furia vamos.

MARÍA. (*Horrorizada, y apartando la vista.*)
Precipitóse!... cielos!... ¿No lo viste?
¡Espectáculo triste!
tropezó con un risco,
que es ya de su sepulcro el obelisco.

FELISA. (*Mirando adentro con ansiedad.*)
Ya acuden los pastores...
Quieran del cielo airado los rigores...

MARÍA. *(Desalentada.)*
Vamos... démonos prisa
Vamos allá, Felisa... *(Titubeando.)*
Mas ¡ay!... andar no puedo...
rémora de mis plantas es el miedo.
¡Ay de mí desdichada!
(Cae desmallada en brazos de Felisa.)

FELISA. *(Soteniéndola.)*
¡Cielos!... ¡cielos!... ¡María desmayada!
Ya en gualdas se han tornado
las rosas de su rostro delicado.
Y la boca entreabierta,
y los labios de hielo
parecen ¡ay! la puerta
por do quiere volar el alma al cielo.
—¡María! ¡Ay de mí triste! Ya me falta
vigor para en mis brazos sostenerla,
sobre esta césped, que el abril esmalta,
mientras busco socorro he de ponerla.
Y corriendo á la fuente
agua traeré con que regar su frente.
(La coloca á un lado sobre un ribazo.)
¡Ay cielos!... ¡Hija mia!
caduco miro en su semblante el dia. *(Vase.)*

Sale DON FERNANDO, *descompuesto, sin capa ni sombrero, con la ropilla abierta, lleno de lodo, y con algunos piquetes en el rostro. Le rodean cuatro ó seis* PASTORES *moriscos.*

DON FERNANDO. Yo os adoro rendido,
ó Dios omnipotente y bondadoso,
que en peligro tan grave y espantoso
amparado me habeis, y defendido.
Y á vos, ó buena gente,
gracias os doy postrado,
pues tan caritativa y diligente
para darme socorro habeis volado.
Retiraos: no fué nada
el golpe, la maleza enmarañada
lo quebrantó de modo,
que lo que sangre fuera, solo es lodo.
Esa vecina fuente
me dará refrigerio competente
para el susto en sus plácidos cristales.
Tornad á esos fragosos peñascales,
en pos del bruto alado,
que tal vez del ladrido importunado
de vuestros fieles perros,
desatado huracan, cruzó los cerros,
hundiéndose á sí mismo
y á mi con él en tan profundo abismo.
Si le hallais vivo, os ruego

que de mano al lugar lo lleveis luego.
Y os conjuro busqueis á un fiel criado,
que al mirarme empeñado
en tan tremendo lance,
por socorrerme se arrojó al alcance.
Y aun le escucho perdido en esas breñas
darme de su lealtad con llanto señas.
(*Vanse los pastores.*)
Allí la clara fuente me convida
con su líquido hielo. (*Repara en María.*)
Mas... ¿qué es esto que miro?... ¡Santo cielo!...
desmayada ó dormida
una muger sobre la yerba yace:
y mi pecho al mirarla se deshace.
(*Se acerca y la reconoce.*)
¡Infelice de mí!... ¿Deliro?... ¿sueño?...
mi dulce encanto, mi adorado dueño.
¡Oh celestial María!
¿Así te encuentra, Oh Dios, el ánsia mia?.....
¡oh!... despierta mi bien, mi amor despierta.
(*La mueve y axamina.*)
¡Cielos!... helada... yerta.
¡ay!... ¡para hallarla así salvé la vida!!!
...siempre una desventura
es de otro mas atroz prenda segura.
¡María!... ¡mi María!... ¡Oh Dios!...
(*La observa.*) Acaso
á la respiracion aun lento paso
da el lábio desteñido,
y del todo el calor aun no ha perdido.
Para poderle dar presto socorro
hácia la fuente arrebatado corro.
(*Va á marchar y se detiene.*)
Mas aquí una aldeana á toda prisa
desde la fuente viene.
Y con agua vendrá, puesto que tiene
un cántaro en la mano... ¡Ay que es Felisa!

Sale FELISA *con un cantarillo, y se detiene al ver á* DON FERNANDO.

FELISA. ¿Un caballero allí?... ¿que importa? Vuelo,
que en desmayo mortal yace en el suelo.
(*Se acerca y reconoce á don Fernando.*)
¡Oh señor don Fernando!
DON FERNANDO. ¡Ay Felisa!... ¿Qué es esto?
FELISA. Desventuras, señor.
DON FERNANDO. Con agua presto
regad el rostro de azucena.
FELISA. Cuando
de breños el confuso laberinto
cruzar vió á un despeñado, que sin duda
érais à lo que infiero,

por amoroso instinto
os conoció tal vez, y yerta y muda
cayó cual veis.
(Salpica con agua el rostro de María.)

DON FERNANDO. ¡Oh celestial María!
(Se sienta junto á ella, la incorpora sosteniéndole la cabeza.)

FELISA. Ya torna en sí.

DON FERNANDO. Torna á lucir el dia.
¡María!

MARÍA. *(Volviendo en sí.)*
¿Dónde estoy?...

DON FERNANDO. Sobre mi pecho.

MARÍA. *(Desalentada.)*
¿Y el infelice, que pedazos hecho...

DON FERNANDO. *(Arrojándose á sus pies.)*
A tus plantas tu vida idolatrando.

MARÍA. *(Abrazándolo trasportada de gozo.)*
¿Deliro?... ¡Oh confusion!... ¡Cielo!... ¡Fernando!

(Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento.)

MARÍA. ¿Es engaño?... ¿es ilusion?
¿Estoy soñando ó despierta?...
Mi oprimido corazon
duda, y duda con razon,
que sea tanta dicha cierta.

DON FERNANDO. Sí, hermosísima María,
tu tierno y rendido amante
torna amoroso y constante
á tus plantas este dia,
de un gran peligro triunfante.
Que para poder lograr
tan alta y dichosa suerte,
cual es la de merecerte,
es fuerza antes arrostrar
los peligros de la muerte.

MARÍA. ¿Con que fuisteis vos, Fernando,
fuisteis vos, aquel que vi...?

DON FERNANDO. Divino dueño, yo fui
el que esos cerros salvando...

MARÍA. ¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!
—¿Y no os habeis hecho nada
con un golpe tan tremendo...?
¡ay de mí! que os estoy viendo,
y aun indecisa y turbada
que deliro estoy creyendo?

DON FERNANDO. De un ángel en la presencia
nunca puede ocurrir mal,
y tu el ángel celestial
fuiste, que la Providencia
me dió en el trance mortal.

MARÍA. *(Sobresaltada.)* Pero aun estais demudado.
...con sangre en el rostro... sí.

DON FERNANDO. Acaso cuando caí
entre el ramage acopado
sin yo sentirlo me herí.
Mas no es nada.

MARÍA. (*Afligida.*) La caida
resultas puede tener...

DON FERNANDO. (*Con gran ternura.*)
Pues ya os he llegado á ver,
segura tengo la vida,
y nada debo temer.

MARÍA. (*Se levanta inquieta y solícita, y toma el cantarillo de Felisa.*)
¡Ah! Bebed, bebed os ruego...
Que os límpie el rostro dejad.
(*Se lo limpia con el delantal.*)
¡Ay!... no cesa mi ansiedad,
no puedo lograr sosiego
al veros así... Tomad.
(*Le da de beber, y en tanto continúa, dirigiéndose à Felisa.*)
Ya ves, ya ves, ama mia,
si esperaba con razon,
si mi amante corazon
con motivo desmentia
la impertinente cancion.

DON FERNANDO. (*Al acabar de beber.*)
Agua dada por tu mano,
ó María angelical,
medicina es celestial,
es bálsamo sobrehumano
capaz de hacerme inmortal.

Sale CORBACHO *muy fatigado, y trae en la mano el sombrero y la capa con cruz de Santiago, de don Fernando.*

CORBACHO. Pues, señor, yo lo celebro.
Cuando encontrarte creí
al pie de un áspero risco,
hecho pedazos dos mil,
tornando los arroyuelos
en espumoso carmin,
y las yerbas de esmeralda
en corales ó en rubís;
te encuentro, Dios te bendiga,
cual nunca sano y gentil,
sentado en pintadas flores,
y en brazos de un serafin.
Si de todas tus caidas
te levantas tan feliz,
vive Dios que á cada instante
á despeñarte has de ir.
¡Corbacho!

MARÍA. ¡Señora mia!...

CORBACHO. ¡Felisa!

FELISA. ¿Tú por aquí?

CORBACHO. La soga tras el caldero,
tras de su dueño el mastin.
Pero, señor, ¿estás vivo?...
...¿Estás vivo, sin mentir?
Pues segun ha sido el golpe
me asombro de verte. Y si
estás ya muerto. y tan solo
eres ánima sútil,
me has dado el chasco mas grande...

DON FERNANDO. No entiendo... ¿qué chasco?... di.

CORBACHO. ¿Pues, qué, te parece flojo?
Pudiera yo discurrir
jamás, sabiendo quien eres,
y como vives, en fin,
que sin confesion muriendo,
te encontráras en un tris,
no digo en el purgatorio,
dueño de la gloria así?

DON FERNANDO. Y qué bien, amigo, dices
porque mi gloria está aquí.
La presencia de María,
luz de mi estrella feliz,
me amparó con su influencia,
y me salvó de morir.

CORBACHO. Si conforme diste en blando
sobre el mullido cogin
de lantiscos y retamas,
contra el peñasco, que allí
está á dos dedos, te dieras
el coscorron, juro á mí
que del mundo las Marías
todas, aunque sean cien mil,
ni las Blasas, ni las Petras,
ni las Victorianas, ni
las Alfonsas te libráran,
(aunque estrellas del Zenit,
y flores del Paraiso
fueran en brillo y matiz)
de ser hoy huevo estrellado
ó tortilla en peregil.
Mas ponte, señor, la capa,
toma el sombrero, que así
pareces una figura
de un desgarrado tapiz.

(Don Fernando se levanta y ayudado por Corbacho se pone la capa, ajusta la ropilla, se limpia el lodo, y se pone el sombrero, siguiendo entre tanto el diálogo.)

¿Pero esto al cabo qué ha sido?
pues no lo sé, aunque lo ví.

DON FERNANDO. Al embestirme los perros,
que salieron del redil,

un bote dió mi caballo,
por sujetarlo rompí
el freno y partió furioso.

CORBACHO. ¡Endemoniado rocin!
despues de catorce leguas,
que no son grano de anís;
y de, sin descanso alguno,
desde Flandes hasta aqui
jornada tras de jornada,
y no muy cortas, venir!

DON FERNANDO. No he visto otro mas lijero:
era un corzo, era un neblí.

CORBACHO. Un desatado demonio
debieras, señor, decir.

DON FERNANDO. ¿Y lo encontraron?

CORBACHO. Tendido
y harto mal trecho. Hácia allí
se lo llevan los pastores,
desencajado un cuadril.
—Mas en Alajuár entremos
señor, y mira por tí.
Date luego una sangria,
pues suelen despues salir
resultas de estos porrazos.

MARÍA. (*Levantandose con viveza.*)
¡Ay mi don Fernando!... Sí,
vamos al punto á mi casa
donde os saldrá á recibir
mi buen padre con los brazos;
dándose por muy feliz
de que á honrar vuelva su choza
caballero tan gentil.

DON FERNANDO. Vamos pues á donde quieras,
ó divino querubin.
Tan encantado me encuentro
en estando junto á tí,
que cualquier parte del mundo
es el cielo para mí. (*Vanse.*)

CORBACHO. Vamos Felisa que el susto,
y el vocear, y el gemir
me han abierto el apetito.

FÉLISA. (*Recogiendo su cantarillo y el de Maria.*)
Corbacho, á almorzar venid. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Sala de ayuntamiento de la villa de Alajuar, y salen MULIM-ALBENZAR, MALEC, ZEIR, *y diez ó doce* MORISCOS *de distincion, vestidos todos con bragas á la morisca y borceguíes, ropilla y capa á la española, sin golilla ni gorguera, y sombreros blancos de falda, y en ellos cosidas grandes medias lunas de paño azul, que era entonces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto á* ALBENZAR.

MULIM-ALBENZAR. Pues que don Diego Quijano

se ausentó con Pedro Rueda,
y por fortuna no queda
aqui ya ningun cristiano,
siendo los dos solamente
los que en nuestro ayuntamiento
este año tienen asiento;
vamos á lo mas urgente.
Lisongeras y propicias
de todo aqueste contorno,
para el pensado trastorno
son las últimas noticias.
Y ha nuestro Alfaquí llegado
de Valencia hace un instante,
con una nueva importante,
segun me ha participado.

MALEC. En mi casa está escondido
aguardando la ocasion.
Y por la gran confusion
que en su semblante he advertido
algun grave mal sospecho;
aunque no me ha dicho nada,
pues sabeis que es estremada
la reserva de su pecho.

MULIM-ALBENZAR. Que lo mas seguro es
pienso, el recibirlo aqui.

ZEIR. Venga al punto, venga, si.

MALEC. (*Receloso.*) ¿No fuera mejor despues
verle en mi casa, no sea
que al atravesar la calle
algun cristiano lo halle?

MULIM-ALBENZAR. Nada importa que lo vea
el mismo alcalde mayor.
Pues en este ayuntamiento
el Alfaquí tiene asiento,
que es nuestro procurador.
Y siendo hoy fiesta cristiana,
los cristianos de Alajuár
reunidos han de pasar
en su iglesia la mañana.
(*A Malec.*)
Llégate al punto por él
y torna al momento.

MALEC (*Abatido.*) Voy;
mas de temor lleno estoy.
¡Pobre pueblo de Ismael! (*Vase.*)

MULIM-ALBENZAR. Me pasma su desaliento,
cuando jamas la fortuna
presentó á la media luna
tan favorable momento.
El celo del islamismo
inflama los corazones
de nuestros claros varones,

que ansian con santo heroismo
tantas afrentas vengar;
y en justa y reñida guerra
el dominio de esta tierra,
cual valientes, restaurar.
Alá bendice este celo
y nuestra santa intencion,
de lo cual indicios son
esos cometas del cielo,
y esas voces de metal,
que en Velilla han resonado,
y que á España toda han dado
un desaliento mortal.
Llegado es sin duda el dia
en que de Espadan la sierra
truene, y anuncie la guerra,
cumpliendo la profecía
del glorioso desencanto
de Alfatin, que en su bridon
de esmeraldas, el pendon
alzará del orbe espanto.
En nuestro favor hoy sopla
el viento de la fortuna,
contamos si duda alguna
con Francia y Constantinopla.
Mi primo, que á Tremecén
rige, sus naves apresta:
la ocasion segura es esta,
¿quién podra dudarlo, quién?
Del Alfaquí las noticias...
¿por qué malas han de ser?...
Yo espero, y lo vais á ver,
que han de sernos muy propicias.

ZEIR. Con Malec hácia aqui viene.

Sale MALEC *y* ABDALLA *alfaquí, con barba larga de anciano. Sobre el trage morisco-español traerá un albornoz blanco; mostrará el semblante grave y sombrío.*

MULIM-ALBENZAR. *(Con afecto.)*
¡O Abdalla!... Seas bien llegado...

TODOS. *(Rodeándole.)*
¡O Abdalla!...

ZEIR. ¡Cuán deseado!

MALEC. *(Aparte.)* ¡Qué aspecto tan triste tiene!

ABDALLA. *(Con tono solemne.)*
Dios es grande, Dios es grande.
Y aquello que escrito está
sin falta se cumplirá.

MULIM-ALBENZAR. Cúmplase, pues, lo que él mande.

ZEIR. Abdalla, de tu espresion
y de tu rostro colijo,
y me confundo y me aflijo,

que tus nuevas malas son.
MALEC. Hablad, las nuevas decid...
ABDALLA. Dios es grande. Reverente
postrarse debe el creyente...
MULIM-ALBENZAR. (*Impaciente.*) ¿Pero qué nuevas?
ABDALLA. Oid.
Noble Mulim-Albenzar,
y generosos varones,
víctimas de los pecados
de nuestros claros mayores,
pero que al profeta fieles
y á la gloria de su nombre
ansiais restaurar su imperio,
que debe regir al orbe:
sin que desaliento siembren
en vuestros pechos mis voces,
atentamente escuchadlas,
y resolved lo que importe.
Pues tal vez cuando mas recia
la borrasca el aire rompe,
mas cerca está la bonanza
que en bien las desdichas torne.
Á veces quiere fortuna,
redoblando los rigores,
de sus predilectos hijos
el temple y constancia noble
probar, y obstáculos nuevos
á empresas altas opone
adrede, porque la gloria
de quien los vence sea doble.
Pasé á Valencia la insigne,
cual sabeis, con intenciones
de recibir las respuestas
que de la francesa corte,
y de la imperial Bisáncio
Esperábamos. Y acordes
el rey Eurico de Francia,
y el Gran Señor sus favores,
y su poderoso auxilio
nos ofrecen.
MALEC. Pues entonces...
con un socorro tan grande...
ZEIR. ¿Qué habrá, dí, que nos asombre?
ABDALLA. Ved que solo con ofertas
ambos príncipes responden;
con ofertas de ayudarnos
cuando el triunfo nos corone.
Pero nada nos envian,
ni armas, ni naves disponen
para empezar nuestra empresa
y romper nuestras prisiones,
que es cuando necesitamos

de amigos y auxiliadores.

(*Ligera pausa en que unos muestran abatimiento y otros indignacion.*)

—Esto ya me lo temia
porque conozco á los hombres,
y sé que los abatidos,
los que en duros eslabones
yacen, míseros esclavos,
para dar el primer golpe
no han de contar con mas fuerzas
ni con otros valedores,
que con las que da el despecho,
que con los que el cielo pone
en idénticos apuros,
en iguales aflicciones.
Pero no penseis, amigos,
que el corazon me destroze
este primer desengaño.
ni es él, creedlo, quien pone
nuestra causa en duro aprieto,
pidiéndonos hoy á voces
ó resolucion gallarda,
ó resignacion conforme.

MULIM-ALBENZAR. (*Receloso.*) Si la falta de un apoyo,
de que tú mismo dudabas,
no motiva el desaliento
que se pinta en tus palabras
¿cuál no previsto accidente,
cuál nueva desdicha, Abdalla,
esa dura alternativa
con tal premura nos traza?
...¿Desisten las poblaciones
de estas ásperas montañas,
(solo casi por moriscos
favor del cielo, habitadas)
de dar el grito de guerra
que ha de trastornar á España?
...¿Por ventura esos prodijios,
que han manifestado clara
la proteccion que los cielos
dispensan á nuestra causa,
y que tú mismo, tú mismo,
tan favorables juzgabas,
se han tornado infausto agüero?
...¿Qué ocurre, pues?... dilo, acaba.

ABDALLA. No se ha entibiado el aliento
que da vida á estas montañas,
ni la decision valiente
que es honra de esta comarca:
decision y aliento santo
de que impacientes aguardan
su remedio los moriscos,
que pueblan la estensa España.

He recorrido afanoso
en esta rápida marcha
varios valles de estas sierras,
en todos arde la llama
del valor: y Guadalete,
Ayóra, Terésa, Ubacar,
Navarrés, la Muela, Múrla,
que Alajuár dé el grito aguardan;
porque en ti, Albenzar gallardo,
se cifran sus esperanzas.
Tampoco de mal agüero
pueden ser las señas varias
con que el cielo nos anima
y á los cristianos espanta.
Y la aparicion sin duda
de Alfatin está cercana.
Pues ya de Espadan los riscos,
segun me informé, presagian
con horrendos terremotos,
y con voces subterráneas,
que un gran prodigio conmueve
sus misteriosas entrañas.

MALEC. ¿Pues por qué, dime, te turbas?...

ZEIR. ¿Por qué, amigo, te acobardas?

ABDALLA. Al que tiene interés grande
en una empresa muy árdua,
para los inconvenientes
huye de encontrar palabras,
y esto, amigos, me sucede.

MALEC. Fuerza es que espliques...

MULIM-ALBENZAR. (*Impaciente.*) Acaba.

ABDALLA. Al punto que entré en Valencia
supe... ¡ay de mi!... que llegaban
á todas estas marinas,
cubriendo todas las playas
de Cartagena á Tortosa,
cuantas galeras España
allá en Génova tenia,
y en las costas africanas,
y en Nápoles, y en Palermo,
y en Puerto-Mahon, y en Palma.
Y que numerosos tercios
de Cataluña bajaban
al Maestrazgo; que otros vienen
de Portugal, y que en armas
están cuantas tropas sirven
al católico monarca.
Y ví llegar de la corte,
con despachos y con cartas
de gran reserva, correos,
que se esparcian en varias
direcciones, derramando

ciego terror, muda alarma,
sin que el fin se trasluciese
de prevenciones tan cautas.
Y de Salazár el conde,
varon de régia prosapia,
de caracter inflexible,
cuyo valor y arrogancia
son patentes, como el odio
que profesa á nuestra raza,
llegó á Valencia há dos dias,
con la investidura sacra
de supremo comisario
del rey. Y al punto en su alcázar
reunió el cabildo, el acuerdo,
el tribunal de la infausta
inquisicion, los maestres
de los tercios, y otras varías
personas de gran valia,
de nobleza y de importancia.
Y alli se instaló un consejo,
que empezó á obrar sin tardanza,
reasumiendo autoridades
y facultad soberana
compuesto del mismo conde,
que lo preside y lo manda,
del marques de Caracena
Visorrey, del Patriarca,
del Comendador mayor
de Castilla en Calatrava,
y del valiente Mexia,
general de ilustre fama.
Y al publicarse estos nombres
y el gran poder que formaban,
las tropas aparecieron
con pendones y con armas,
con mechas la artilleria,
y se alzó la horca en la plaza.
El pueblo quedó confuso,
la ciudad toda aterrada,
los ánimos abatidos,
sin que nadie penetrara
de tal trastorno el objeto,
de tanto apresto la causa.
Cuando al sonar mediodia,
aqui el aliento me falta,
desprendióse el rayo ardiente
de la nube encapotada;
vomitó el volcan oculto
sus asoladoras llamas;
lanzó aquel mar borrascoso
el monstruo de sus entrañas,
contra cuantos descendemos

de la estirpe musulmana.

MALEC. ¡Cielos!... ¿Mas cómo?...

ZEIR. ¿Qué dices?

MULIM-ALBENZAR. Dejémosle hablar. Acaba.

ABDALLA. Publicóse por Valencia
con repique de campanas,
con gran clamor de clarines,
con ronco estruendo de cajas,
con nunca visto aparato,
con solemnidad estraña,
bando de esterminio y muerte
contra la morisca raza.
(*Profunda sensacion en todos los moriscos.*)

MALEC. ¡Qué horror!

ZEIR. ¡Qué crueldad!... ¡Oh cielos!

MALEC. De nuestros planes la trama
se ha descubierto, no haya duda.
...¿Cómo el secreto?...

MULIM-ALBENZAR. (*Suspenso.*) No faltan
nunca traidores, y alguno
vendió su fé.—Pero Abdalla,
ese bando que escuchaste,
esa tremenda ordenanza
¿no será un amago solo,
una impotente amenaza?
¿No será trueno sin rayo,
cual lo ha sido veces tantas?

ABDALLA. Ahora juzgo que no hay medio
de conjurar la desgracia.
En término de dos meses
no ha de quedar en España
ni un morisco. El duro bando
salir al punto nos manda
de esta deliciosa tierra,
que al cabo llamamos patria,
nuestras haciendas vendiendo
y dejando nuestras casas.
Y que seamos conducidos,
¡fiero rigor! entre armas
cual míseros delincuentes,
y sin que escepciones halla,
á los mas cercanos puertos,
en donde estan preparadas
naves, en que almacenados
nos conduzcan sin tardanza,
ni mas amparo que el cielo,
á las berberiscas playas.
Y pena de muerte impone
la tiránica ordenanza
al que se esconda, ó escuse
un punto cumplimentarla.
Y tambien pena de muerte

al cristiano, que intentara
darnos amistoso auxilio,
ó el amparo de su casa.

MALEC. ¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

ZEIR. ¡Oh furor!

MULIM-ALBENZAR. Me ahoga la rabia.
¿Mas tendrá efecto tal orden?
dí; ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

ABDALLA. El aparato solemne
con que ha sido decretada,
esos tercios, esas naves,
y el ser quien de ella se encarga
el conde de Salazar,
cuyo teson y arrogancia
son proverbiales, afirman
que es cierta nuestra desgracía.
Cuando salí de Valencia
abatida y aterrada,
ya diversos comisarios
con tropas, se preparaban
á esparcirse en el momento
por todas estas comarcas,
á dar cumplimiento al bando
con celeridad estraña.
Ved ¡ay! cuantas vejaciones
á un tiempo nos amenazan!
La menor es el destierro.
Mas duras y mas amargas
hemos de apurar.., ¡Ay! tristes!
Amigos consideradlas.
(*Muestran todos gran abatimiento.*)
Ya tal vez por el camino
viene, y llegará mañana
en medio del aparato
de arcabuces y de lanzas,
el que robe nuestros bienes,
el que manche nuestras famas
y nuestra honra en las pesonas
de hijas, esposas y hermanas;
el que nuestros tiernos hijos
nos arranque con las almas.
El que en fin harto de horrores
nos saque de nuestras casas
abrumados de cadenas,
ludibrio de infiel canalla,
y nos conduzca á esas naves
para alejarnos de España.
Ved si con razon me aflijo,
ved, pues, si queda esperanza.

MULIM-ALBENZAR. (*Con desesperada resolucion, quitándose el sombrero.*)
Sí queda, ¡voto á Alá? Queda la muerte,
que es preferible á tanta desventura;

y arrostrar con valor el trance fuerte,
alarde haciendo de marcial bravura.
Triunfar acaso logran de la suerte
mas lamentable, embravecida y dura
un noble arrojo, un generoso pecho,
y aquel santo furor que da el despecho.
No presenteis cobardes la garganta
al cuchillo, cual tímidos corderos.
En tanto apuro, en desventura tanta
vuestro antiguo valor cobre sus fueros;
y si el cristiano la soberbia planta
en la noble cerviz ha de poneros,
antes se anegue en un sangriento lago,
y el triunfo compre con su propio estrago.
Resuene en Alajuár el santo grito,
y ecos encontrará por toda España.
De los nuestros el número infinito
arde hace tiempo en vengativa saña.
Este horrendo rigor tan inaudito,
esta persecucion nueva y estraña
apresure el trazado movimiento:
sea la señal del súbito alzamiento.
Sí, nobles y oprimidos musulmanes,
que de España os llamasteis los señores:
tengan honroso fin nuestros afanes,
digno de nuestros ínclitos mayores.
Tremolada en guerreros tafetanes
torne á esparcir gloriosos resplandores
(*Agita el sombrero y les señala en él la media luna de paño azul.*)
esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,
que esclávitud y oprobio representa.
(*Agitacion general.*)
Tal vez, y con razon, el cielo airado
de ver que nuestra empresa se retarda,
escitar de este modo ha decretado
nuestra resolucion firme y gallarda.
Al fuego del valor desesperado
la España toda se confunda y arda.
O el dominio, ó la muerte en esta tierra.

TODOS. (*Con gran entusiasmo.*)
Viva, viva Albenzar. Venganza y guerra!

MULIM-ALBENZAR. (*Con dignidad y entereza.*)
Basta. Ese grito heróicos descendientes
de abuelos tan preclaros os pregona.
Que otra vez el valor de los creyentes
desde Cádiz se estienda á Barcelona;
ó en la honrosa demanda, cual valientes
pereciendo, logremos la corona
con que nombre inmortal solo se alcanza.

TODOS. Viva, viva Albenzar. Guerra y venganza.

ABDALLA. (*Con fervor.*) Bendito por siempre Alá,
y el profeta sea bendito,

que os inspiran ese grito,
que de victoria será.
Cesó ya mi abatimiento,
pues nacia de temer
que iban mis nuevas á ser
para vos de desaliento.
Mas si produjeron ya
tan noble resolucion,
dichosa fue mi mision.

TODOS. Bendito por siempre Alá.

MULIM-ALBENZAR. (*Calándose el sombrero, y con tono de autoridad y de mando.*)
Pues, amigos, no perdamos
en accion tan importante
tiempo alguno, y al instante
á ponerla en obra vamos.
El castillo que campea
en ese cerro plantado,
aunque está desmantelado,
nuestro firme apoyo sea.
Malec, sin perder momentos
ocúpalo con tu gente,
y apresta lo conveniente
de armas y de bastimentos.
Yo tengo oculto un cañon,
que á sus muros subirá,
y en ellos tremolará,
nuestro lunado pendon.
A su abrigo conduzcamos
viejos, niños y mugeres,
nuestros tesoros y haberes,
que asi mas sueltos quedamos.
Con seis ginetes, Zeir,
de Valencia has de guardar
el camino, sin dejar
á nadie, á nadie venir.
Como no sean moriscos,
que á su santo rito fieles,
vengan á coger laureles
en estos pelados riscos.
En Alajuár sin recato
la alarma se esparza luego,
truene el escondido fuego,
y que se toque á rebato.
Armas tenemos sobradas
y municiones tambien;
en un oculto almacen
tengo cien picas guardadas,
arcabuces y ballestas,
adárgas y coseletes,
dos montados falconetes,
pólvora y balas dispuestas.—

Tú, Abdalla, al punto has de ir
á dar de la guerra el grito
por los pueblos del distrito,
y su aliento á dirigir.
Las vecinas poblaciones
su juventud sin tardar
nos envien, á engrosar
nuestras filas y escuadrones.
En Ayora y Navarrés
los castillos se provean,
y bien guarnecidos sean,
que importante cosa es.

MALEC. ¿No fuera bueno empezar
dando fin de los cristianos,
que aunque pocos, tan ufanos
se ostentan en Alajuár?

MULIM-ALBENZAR. (*Con autoridad.*)
No, Malec.— Tú mismo dices
que son pocos, y temor
no dan á nuestro valor.
¡Qué pueden los infelices!
Huirán al punto de aqui,
y marchar los dejaremos.
Con noble gloria empezemos
nuestra santa empresa, sí.

ZEIR. Pero al alcalde mayor
es necesario prender.

MULIM-ALBENZAR. ¿Qué puede un anciano hacer?
lanzarle será mejor.

ABDALLA. Mas es forzoso, Albenzar,
que forastero cualquiera
que hoy llegue á la villa, muera,
para el golpe asegurar.
Cual dige, á dar cumplimiento
al bando terrible, varios
alcaldes y comisarios
de Valencia en el momento
iban, no hay duda, á salir.
Y el que á nuestra villa venga
fuerza es que la muerte tenga,
si es que hemos de resistir.

MULIM-ALBENZAR. Eso es justo. El forastero
que osé venir á Alajuár,
si es cristiano, ha de encontrar
la muerte en mi propio acero.
Vamos, pues.

TODOS. Venganza ó muerte.

MALEC. Vamos, pues,

TODOS. Guerra y venganza.

MULIM-ALBENZAR. Probemos á donde alcanza
nuestra venturosa suerte.

ESCENA III.

Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, *y salen* FELISA, MARIA *y* CORBACHO.

FELISA. Degémosle reposar
pues que se durmió tranquilo.
MARÍA. Tengo ¡ay! el alma en un hilo.
Temiéndome algun pesar.
De tal susto y de caida
tan espantosa y terrible
parece cosa imposible
haber salido con vida.
Y malas resultas temo,
aunque esté tan sosegado.
FELISA. Debiera haberse sangrado.
MARÍA. Lo resiste con estremo.
Ya ves que ni aun ha querido
almorzar.
FELISA. Mas se durmió.
CORBACHO. Pues almorzar quiero yo,
que á Dios gracias no he caido.
MARÍA. ¿Conoces ahora, ama mia,
si es leal mi corazon,
y si dije con razon
que don Fernando vendria?
¿Conoces ya cuan cabal
es mi amante?... Loca estoy,
mas esta dicha de hoy,
debiendo ser sin igual,
me la tiene acibarada
de su salud el cuidado,
y el modo tan desastrado
con que ha sido su llegada.
Que es mal agüero en verdad.
FELISA. Yo tal agüero no hallo.
Que se desboque un caballo
es una casualidad.
MARÍA. Y dime, Corbacho amigo,
¿se ha acordado tu señor
mucho en Flándes de mi amor?
CORBACHO. Como constante testigo
de cuanto hace, dice y piensa,
puede mi fe asegurarte
que vive para adorarte,
y que jamas te hizo ofensa.
Eres tú su único afan,
y su solo pensamiento.
Por tí anda papando viento,
hecho un pelele, un bausán.
En el campo, en el cuartel,

en la villa, en el camino
siempre el mismo desatino
por tí he descubierto en él.
Y dormido te nombraba,
y parece que no habia
mas nombre que el de María,
pues á todo lo encajaba.
¿Y al venir? ¡Oh santo cielo!
¡Qué jornadas!... ¡Qué impaciencia!
¡Qué madrugar!... ¡Qué demencia!
En fin, á ti misma apelo,
porque mas precipitado
ni por desdicha mas listo,
estoy cierto, que no has visto
llegar á otro enamorado.

MARÍA. Felisa, soy venturosa.

FELISA. (*Con melancólica espresion.*)
Quiéralo el cielo, María.

MARÍA. ¿Y lo dudas?...

FELISA. ¡Hija mia!

MARÍA. ¿Qué te tiene recelosa?...

FELISA. Nada.—Sabes el desvelo
con que amante te crié,
y que siempre pediré
que te haga dichosa al cielo.

MARÍA. (*Abrazándola con ternura.*)
Lo sé, y que cuando perdí
mi buena madre al nacer,
Dios me concedió el tener
otra tierna madre en tí.

FELISA. (*Profundamente conmovida.*)
Mil veces te he repetido
que tu origen...

MARÍA. (*Interrumpiénpola con viveza.*)
Basta, no.

CORBACHO. Almorzar quisiera yo,
que á Dios gracias no he caido.

MARÍA. Dice bien.—Anda Felisa,
y dejemos á la suerte...

FELISA. Hija, voy á obedecerte.
Tu padre viene y de prisa.
(*Váse con Corbacho.*)

MARÍA. Como con tanta amistad
y cariño á don Fernando
trató mi buen padre, cuando
pasó aqui la enfermedad;
y aquel favor le debimos
con el duque de Gandía,
cuando por la gran sequía
tanto ganado perdimos;
con gran gusto va á saber
que á vernos ha regresado.

Mas ¡cielos!... ¡Qué demudado
llega!... ¿qué podrá tener?...
(*Mirando á la puerta.*)
Con ese infame Alfaquí
se ha parado en el ponton.
¡Qué aspecto!... ¡Oh Dios! ¡qué espresion!...
me causa espanto... ¡Ay de mí!
Mas ya viene.

Sale MULIM-ALBENZAR, *receloso, pensativo y agitado, y como hablando consigo mismo.* MARIA *le sale al encuentro con inocente alegría.*

MARÍA. ¡Padre mio!
MULIM-ALBENZAR. ...Fátima...
MARÍA. (*Con viveza.*) ¡Padre!... Maira.
MULIM-ALBENZAR. (*Indeciso.*) No... que ya ha llegado el dia...
MARÍA. (*Apresurada.*) Dejad ese desvario,
Sabed...
MULIM-ALBENZAR. (*Con sobresaltado.*) ¿Qué?... di...
MARÍA. Que ha llegado...
MULIM-ALBENZAR. ¿Quién... quién? dime...
MARÍA. El caballero,
que hace un año, un mes entero
tuvimos aquí alojado.
El que nos recomendó
al Duque, con celo tal,
que todo nuestro caudal
por su influjo se salvó.
MULIM-ALBENZAR. (*Con muestras de sorpresa y de confusion.*)
¿Quién?... ¿El señor don Fernando?
MARÍA. El mismo.
MULIM-ALBENZAR. (*Agitadísimo.*) ¿Ha llegado hoy?...
MARÍA. Una hora habrá.
MULIM-ALBENZAR. ¡Muerto estoy!
¡O cielos!... y... dime... cuando...?
MARÍA. (*Turbada.*) Despues de la primer misa
fuíme á la cercana fuente,
cual tu amor me lo consiente,
con mi buen ama Felisa.
Y un caballo y caballero
despeñados vi cruzar
el monte viniendo á dar,
cerca en un despeñadero.
De susto me desmayé,
y cuando á alentar volví,
sin lesion cerca de mí
á don Fernando encontré.
Era el que se habia caido,
y por milagro patente
de riesgo tan inminente
sano y salvo habia salido.
Pero con el golpe y susto

estaba tal, que creí
que al punto traerlo aqui
fuera, señor, darte gusto.
(*Con timidez.*) Perdóname si hice mal.
...Como tan alto favor
le debemos...

MULIM-ALBENZAR. (*Aparte.*) !Oh rigor!...
...¡Oh compromiso infernal!
(*Alto con firmeza.*)
¿Está en casa?...

MARÍA. Sí... Durmiendo.

MULIM-ALBENZAR. (*Fuera de sí.*) ¡Infeliz!... ¡Terrible suerte!
...Ha venido á hallar la muerte.
Y yo... ¡destino tremendo!!!

MARÍA. (*Asustada.*) ¡Padre mio!... ¡Oh confusion!

MULIM-ALBENZAR. (*Precipitado.*) Dime.—¿Le ha visto llegar?...

MARÍA. Todo el pueblo de Alajuár.

MULIM-ALBENZAR. ¡Oh desdicha!... ¡oh perdicion!
Riesgo corre su persona
si sospechan... Yo el primero
ofrecí que con mi acero...
¿Y perderé una corona?...
(*Resuelto.*) No, Es cristiano, es enemigo...
(*Saca un puñal.*)

MARÍA. (*Consternada y deteniéndolo.*)
¡Padre!... esa furia templad.
¿La santa hospitalidad
á un protector, á un amigo
dada, violareis?

MULIM-ALBENZAR. ¡Ay Dios!

MARÍA. ¿Un Albenzar eso piensa?
¿Y por qué?... ¿Cuál es la ofensa?
Volved por vos mismo en vos.

MULIM-ALBENZAR. (*Confundido.*) Hija mia... se aventura...

MARÍA. (*Con vehemencia.*) ¿Y qué vos, señor, sereis
asesino, y manchareis
vuestra sangre?

MULIM-ALBENZAR. (*Resuelto: y como volviendo en sí de un delirio.*)
Quede pura.
(*Guarda el puñal.*)
Don Fernando viva. sí.
—Sin un instante perder
huya. Ni yo he de saber
que un momento ha estado aqui.

MARÍA. ...¿Mas por qué?... ¡Padre!... ¡Señor!

MULIM-ALBENZAR. (*Con viveza.*) El pueblo airado á matarle
vendrá muy pronto, y salvarle
no podré de su furor.

MARÍA. ...¿Por qué? (*Suenan dos tiros.*)

MULIM-ALBENZAR. (*Sobresaltado.*) ¿No escuchas?

MARÍA. (*Asustada.*) ¿Qué es esto?

MULIM-ALBENZAR. (*Precipitado.*) Que hoy la morisca nacion

va á vengar tanta opresion,
en que el cristiano la ha puesto.
Que hoy va á decidir la suerte
de nuestra varia fortuna,
y á alzarse la media luna
por lograr...

VOCES DENTRO. (*A lo lejos.*) Venganza ó muerte.

MULIM-ALBENZAR. (*Agitado.*) Corre... Mancharme no quiero
la hospitalidad hollando.
...Sálvese... Huya don Fernando.
Líbrame de un crímen fiero.

MARÍA. (*Afligida.*) Su caballo está rendido.

MULIM-ALBENZAR. (*Apresurado.*) Que tome mi yegua pía,
que á los vientos desafía,
y por el cercano egido
vuele y salga de esta sierra,
sin acercarse á poblado.
Pues en toda ella está alzado;
pendon de...

VOCES DENTRO. (*Cerca.*) Venganza y guerra.

(*Suena redoble de tambores.*)

Salen muy asustados CORBACHO *y* FELISA.

FELISA. ¡Hija del alma!... ¡Qué miedo!
El pueblo todo... ¡Ay señor!...
Al viejo alcalde mayor...
¡Ay Jesus!... hablar no puedo.

MULIM-ALBENZAR. ¿Qué dices?

FELISA. Yo no lo sé.

CORBACHO. Un infierno es el lugar
Me quedé sin almorzar.

FELISA. Las vecinas dicen que...

(*Suenan voces, tambores y trompetas.*)

MULIM-ALBENZAR. (*Con gran inquietud.*)
Hija mia!... corre, vuela.
Sálvese ese caballero...
Mis caballos, mi dinero.
...Pronto, y con grande cautela...

(*Vase María.*)

CORBACHO. Sério este negocio va. (*Vase.*)

FELISA. El perro del Alfaquí
corre pálido hácia aqui. (*Vase.*)

MULIM-ALBENZAR. ¡Cielos!... ¿si se salvará?

Sale ABDALLA *precipitado.*

ABDALLA. ¡Ay! todo está perdido
si no calmas al pueblo enfurecido
que en aqueste momento despedaza
al alcalde mayor en esa plaza,
donde la airada muchedumbre crece,

y brama, y armas busca, y se enfurece,
pidiendo en alto grito por venganza
de los cristianos todos la matanza.
Y un rumor ha corrido
de que en tu casa tienes escondido...

MULIM-ALBENZAR. (*Interrumpiéndole con viveza y enojo.*)
Que haya concierto y órden interesa
si se ha de conseguir tan alta empresa.
Vamos, amigo, vamos
y ese ardor y ese aliento dirijamos. (*Vase.*)

(*Suena ruido de voces, de tambores, trompetas, tiros y campanas.*)

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una habitacion interior del antiguo castillo de Alajuár: tendrá una ventana practicable que da al monte. A un lado se verán armas y municiones, al otro un lecho de damasco, varios sillones antiguos y un bufete.— Aparece MARIA, *sentada y pensativa.*

MARÍA. ¡Cielos!... Felisa no viene.
y al verme en esta mansion
tan sola, mi corazon
un monte sobre sí tiene.
(*Se levanta y se asoma á la ventana, y dice desde ella.*)
Nada veo, no oigo nada.
Nadie descubro en la sierra.
Sin duda alguna la guerra,
¡plegue á Dios! está acabada.
(*Se retira de la ventana, vuelve al medio de la escena y se pasea inquieta.*)
En tan ciego desconcierto,
en tan borrascoso mar,
¿donde puedo luz hallar?
¿donde se me ofrece un puerto?
Solo desastres advierto,
hallo solo confusion
cuando quiere mi razon
anhelosa descubrir
el probable porvenir
de tan dura situacion.
¿Si han los moriscos triunfado
en su intento criminal,
yo cristiana, yo leal
puedo quedar á su lado?
¿A mi padre coronado
veré, y ser restaurador
de la impiedad, del error,
siendo fiel..., siendo cristiana?...
Dadme, ó virgen soberana,
en tal conflicto favor!
¿Y si la justicia santa
de Dios prepara el castigo
á este bando, que enemigo
contra su ley se levanta;
si confunde audacia tanta,
y en cadalso inicuo y vil

paga la raza gentil
el crimen de rebelion,
yo... á mi padre?... El corazon
se me hace pedazos mil. (*Pausa.*)
Aunque morisca, abrigando
tan noble sangre, podia
esperar ser algun dia
la esposa de don Fernando.
Mas ya... ¡infeliz!... ¿Cómo ó cuándo
de un musulman, de un traidor,
ó vencido ó vencedor,
pudiera esperar la hija,
que para esposa la elija
un castellano Señor?
¡Ay!... Al conseguir mi anhelo,
en el venturoso instante
en que tornaba mi amante
á coronar mi desvelo;
la hermosa luz de aquel cielo
negra nube me robó,
y esta borrasca tronó,
que de el sólio del sol mismo
en tan espantoso abismo
mis dichas precipitó.
¡Mísera!... ¡Desventurada!
¡Con qué instinto tan certero
tuve por de infausto agüero
de mi amante la llegada!
Ya seré de él detestada.
Sí: su conciencia, su honor
le harán mirar con horror
mi raza; y ha de anhelar,
combatiéndola, espiar
haberme tenido amor.
Solo un camino me queda
en tan angustioso apuro,
y lo seguiré, lo juro,
en cuanto seguirlo pueda.
Dios piadoso me conceda
su favor, y buscaré
un claustro donde hundiré
esta vida sin ventura,
y en donde conserve pura
mi lealtad, mi honra, y mi fé.

(*Queda en profundo abatimiento, del que la saca repentino y lejano rumor de tiros y de cajas.*)

¿Qué escucho?... ¿Nuevo rumor?...
todo estaba hace un momento
tranquilo.

(*Corre á la ventana y continúa desde ella mirando à una parte y otra.*)

Gran movimiento
observo ya en derredor.

Crece el estruendo á lo lejos,
y de armados escuadrones
los yelmos y los pendones
deslumbran con sus reflejos.
Van por aquella ladera
tropas.., ¡de mi padre son!
...¡Cielos!... Nueva confusion
de mi pecho se apodera.
¿Mas qué miro?... De la villa
nubes espesas de humo
se levantan á lo sumo:
espantoso incendio brilla.
A este castillo azoradas
las mugeres, que han bajado
al lugar abandonado,
regresan precipitadas.
.....Y mi buen ama Felisa...
allí viene, sí, ella es.
(*Agitando un pañuelo y en alta voz.*)
ama mia, corre pues.
Yo te aguardo... date prisa.
(*Se retira de la ventana.*)

Sale FELISA *muy fatigada y despavorida con una gran cesta llena de ropa, y la pone sobre el bufete.*

MARÍA. (*Abrazándola.*)
¡Ama mia!

FELISA. ¡Hija del alma!
hija mia, vengo muerta.
El retirarse las tropas
fué sin duda estratagema,
para coger en celada
á los moriscos, dispuesta.
Y Dios sabe los peligros,
los afanes y las penas,
que á nosotras infelices
su cólera nos reserva,
por mantenernos con ellos
en tan inícua revuelta.

MARÍA. ¿Pero qué es esto?

FELISA. Maria,
mis lábios á hablar no aciertan,
que de terror y cansancio
vengo que respiro apenas.
Despues de tan largos dias
de afanes y de miserias,
de zozobras y de angustias,
al ver hoy á la primera
luz que las cristianas tropas
se retiraban con priesa,
abandonando la villa;

fuí, cual viste, con diversas
personas á ver si acaso
de nuestras casas desiertas
algo aun salvarse podia,
trayendo á esta fortaleza
los víveres necesarios,
y que ya tanto escasean.
Llegar logré á nuestra casa,
desmantelada y abierta,
donde solo hallé destrozos
propios de tan cruda guerra.
Bajé sin embargo sola
con una luz á la cueva,
y el depósito hallé intacto
de ropas y de preseas,
que al abandonar la villa
escondimos en la tierra;
y de él traigo cuanto pude
recoger en esa cesta.
Entré á ver si algo quedaba
en la robada despensa;
cuando estruendo repentino
de cajas y de trompetas
me asaltó. Salgo á la calle
y cruzar miro por ella
á todas cuantas mugeres
como yo á dar una vuelta
á sus casas habian ido,
gritando *traicion! sorpresa!*
Y todas, como rebaño
que huye de voraces fieras,
corrimos á refugiarnos
á estas murallas, y apenas
tuvimos tiempo. Las tropas
del rey en la villa entran
de nuevo, y segun he visto
desde esas cercanas cuestas,
dando á su justa venganza
atroz principio, la incendian.

MARIA. ¿Y dónde mi padre?...

FELISA. Estaba
con los suyos allí cerca
y voló como valiente...
(*Rumor lejano de cajas y de tiros.*)
Y empeñada la pelea...
sin duda... ¿No escuchas?...

MARÍA. (*Asustada.*) ¡Ama!

¡Hija del alma! Si hubieras,
cual te aconsejé, dejado
á esta canalla perversa,
y fugádote á un convento
donde conmigo...

MARÍA. (*Afligida.*) Ama, cesa;
no me destroces el alma.
¿En desgracia tan horrenda
abandonar yo á mi padre?...

FELISA. (*Desconcertada.*)
¿A tu padre?... Me atraviesas
el corazon... ¡desdichada!
...¡Tu padre!...

(*Un cañonazo á lo lejos.*)

MARÍA. (*Aterrada.*) ¿Oyes?...

FELISA. Sí.

MARÍA. Se acerca
el estruendo de las armas.

(*Corre á la ventana.*)

¡Ay Dios!... Ya vuela en pavesas
la villa toda... A esta parte
es la espantosa pelea...
mas sus horrores me ocultan
esas elevadas peñas.

FELISA. ¡Ay!... retírate, María,
por la ventana pudiera
alguna perdida bala,
alguna veloz saeta...

MARÍA. ¡Ojalá!... ¡Dios mio!

FELISA. (*Retirándola de la ventana.*) Vente.

MARÍA. (*Llorando.*) ¿Y mi padre?...

FELISA. (*Muy agitada.*) Calla, cesa,
yo de todas tus desgracias
soy la sola causa, y sea
la sola en quien el castigo
caiga de Dios.

MARÍA. (*Consternada.*) ¡Ama!

FELISA. (*Abrazándola.*) ¡Oh prenda
de desventura!... ¡hija mia!
Correr hoy tu suerte adversa
es mi obligacion. Cristiana
y española no debiera
encontrarme en esta causa
de los moriscos envuelta.
Mas si tú lo estás, María,
que yo lo esté el cielo ordena;
porque con el cielo tengo
por tí una terrible deuda,
y que abrazada contigo
la pague yo... ¡ay triste!... es fuerza.

MARÍA. (*Confusa.*) No te entiendo.

FELISA. Ni es posible
el que tú entenderme puedas.

(*Queriendo cambiar enteramente de conversacion, y mudando de tono.*)

Lo mejor se me olvidaba
con tantos sustos y penas,
cuando bajaba á la villa

al llegar sola á las huertas,
escuché que me nombraron,
y de terror quedé yerta.
Paréme, y en el momento
delante se me presenta,
saliendo de los vallados
que allí el callejon estrechan,
un soldado. Y al instante
reconocí con sorpresa
que era Corbacho.

MARÍA. (*Sobresaltada.*) ¿Quién dices?
¿Quién dices, Felisa, que era?

FELISA. Corbacho, que al saludarme,
oyendo otras voces cerca,
tiró á mis pies esta carta;
(*Saca una carta del pecho.*)
huyó á esconderse á gran priesa,
y salvando los tapiales
despareció.

MARÍA. (*Tomando la carta.*) ¿Ni siquiera
le preguntaste?...

FELISA. Hija mia,
ni acerté á mover la lengua,
ni tuve tiempo: llegaba
gente por la misma senda,
y hallarme con él hablando
causara grandes sospechas.
Un relámpago fue todo
la aparicion y la ausencia.
Mas la carta...

MARÍA. (*Turbada.*) ¡Ay ama mia!
mi mano al abrirla tiembla.
Toda está escrita con lapiz,
y dice de esta manera.
(*Lee.*) «Si eres cristiana, María,
y si me tienes amor,
huye al punto con valor;
ven á ser la esposa mia.
Estoy de tí muy cercano,
en esta sierra encubierto,
donde no me ha descubierto
ni morisco, ni cristiano.
Y con impaciencia espero
el que vengas, amor mio,
y porque verte confio
de pena aquí no me muero.
De esta carta el portador
á traerte salva se obliga.
Haz sin susto lo que él diga:
vente á coronar mi amor.»
(*Representa.*)
¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Don Fernando

de este castillo tan cerca?
...¿Y esperándome?...

FELISA. (*Enagenada.*) Maria,
ni un solo instante se pierda...
...Ahora mismo... El cielo santo
piadoso al fin nos presenta
el remedio.

MARÍA. (*Dudosa.*) ¿Pero dónde,
dónde está Corbacho?... Venga.
Sin él no es posible; amiga...
Tal vez aun allí te espera,
Y acaso...

FELISA. (*Resuelta.*) Tornaré al punto...

(*Va á marchar, y se detiene sorprendida por el ruido de un cañonazo y rumor de armas.*)

MARÍA. ¡Imposible!

FELISA. En cuanto venga
la noche... Si don Fernando
está cual dice tan cerca,
si Corbacho entre las tropas
vigilante anda y alerta,
no nos faltará un momento...

MARÍA. (*Abatida.*) Dios sabe... Esa lid horrenda
que está empeñada... ¡Ay Felisa!
Deshará tal vez... me inquieta
nuevo terror... Si mi padre
herido á mis brazos llega,
¿Cómo podré?...

FELISA. (*Interrumpiéndola con vehemencia.*)
De Dios hija
eres primero: y si alientas
su fé santa, que te salves
donde su culto mantengas,
y que huyas de este recinto
do su nombre se blasfema,
donde su ley se escarnece,
con voz de padre te ordena.

MARÍA. (*Con resolucion precipitada.*)
Pues ahora mismo, ama mia,
vamos, y en sus manos puestas...

FELISA. Si salir fuese posible,
y en lo áspero de estas sierras
escondernos...

MARÍA. ¿Y Corbacho?

FELISA. Yo esta noche...

(*Voces y rumor cercano de armas.*)

MARÍA. (*Mirando adentro.*) Escucha... espera.
¿Qué es lo que veo?... ¡Mi padre!
...!Virgen santa!... ¡oh Dios, cual llega!
cadáver... !ay yo infelice!
Que sus amigos rodean.

Sale MULIM-ALBENZAR, *herido y ensangrentado en brazos de moriscos; que le colocan en el lecho.*

MARÍA. (*Arrojándose á su padre en el mayor desconsuelo.*)
¡Padre!... ¡Padre!

MULIM-ALBENZAR. Moriscos,
nada importa mi muerte.
Vuestro valor coronará la suerte
si defendeis constantes estos riscos,
cual fieles mahometanos.
Ved como los cristianos
necesitan de engaños alevosos,
para verse un instante victoriosos.
De este castillo en el sagrado muro,
firme cimiento de un poder futuro,
se estrelle en este dia
su impotente furor y alevosía.
Acatad la bandera
de Fátima, de mí hija y heredera,
que yo dichoso muero,
cual noble caballero,
por mi fé y mi nacion.

MARÍA. (*Ahogada de dolor.*) ¡Padre!

MULIM-ALBENZAR. (*Echándole los brazos al cuello.*) ¡Hija mia!
no lamentes, mi bien, la suerte mia
si es morir en tus brazos.

MARÍA. (*Cayendo de rodillas junto al lecho.*)
¡Ay!... tengo el corazon hecho pedazos.

MULIM-ALBENZAR. (*En tono solemne, incorporándose.*)
En tí mi sangre arda.
Este castillo valeroso guarda,
mira que es de tu trono el fundamento,
trono que tú has de alzar con noble aliento.

MARÍA. ¡Padre!... fuiste cristiano...
tiempo es que como tal...

MULIM-ALBENZAR. (*Esforzándose*) Nunca: testigo
de que siempre he vivido mahometano
el gran profeta sea,
y hoy á su lado en el Edén me vea.

MARÍA. (*Consternada.*)
¡Padre!... ¡Padre!... El castigo
teme de Dios.

MULIM-ALBENZAR. (*Encolerizado.*) ¿Y me hablas cual cristiana?

MARÍA. Lo soy de corazon.

MULIM-ALBENZAR. (*Furioso.*) Yo te maldigo.
Ser mi sangre no puede quien tal dice.
(*Cae desmallado.*)

FELISA. (*Retirándose horrorizada.*)
La hora es de la verdad.

MARÍA. ¡Ay yo infelice!

Suena un cañonazo cerca, tambores y ruido de armas, y sale ABDALLA *apresurado.*

ABDALLA. Malec nos ha vendido.
¡O vil traicion! ¡O infame alevosía!
Un escuadron cristiano, que escondido
quedó en la selva umbría,
en tanto que fingiendo
el grueso de las tropas que iba huyendo,
nuestra atencion llamando
hácia la villa, fuése apoderando
de acuerdo con Malec ¡traicion villana!
del foso y barbacana.
Y entrando sin rumor por un portillo,
siembra terror y muerte en el castillo.
Todo es sangre y estrago.

VOCES DENTRO. ¡Santiago!... ¡Santiago!

OTRAS DENTRO. Viva la fé y el rey Felipe viva!!!

MULIM-ALBENZAR. (*Arrojándose del lecho y reuniendo sus últimos esfuerzos.*)
No, que aun aliento yo. Fieles, arriba.
(*Le rodean y sostienen todos.*)

ABDALLA. Dónde vas, infeliz?...

MULIM-ALBENZAR. (*Desmayado.*) A que la muerte
con la espada en la mano,
cual rey... cual mahometano...
(*Cae al suelo.*)

VOCES DENTRO. Viva la fé. Victoria por España.

ABDALLA. (*Terrorizada.*) Huyamos ¡ay! la saña
del fiero vencedor.

MULIM-ALBENZAR. (*Ahogado.*) ¡ Oh rabia!... Muero
como fiel musulman. (*Muere.*)

MARÍA. (*Abrazando el cadaver.*)
¡Qué horror!...

ABDALLA. Huyamos
¡Tremendo dia! del cristiano acero,
si es que aun camino de salud hallamos.

(*Vanse todos y queda María teniendo en sus brazos el cadáver de Albenzar, y Felisa á un lado de la escena.*)

VOCES DENTRO. Viva la fé, y el rey Felipe.

OTRAS DENTRO. Vea
hoy su esterminio la infernal ralea.

GARCÍA. (*Dentro.*) Cese ya la mortandad,
pues la victoria es segura:
á esa gente sin ventura
con hierros asegurad.
A Albenzar pronto busquemos,
puesto que se esconde aquí;
aquella es su estancia, sí;
nadie la defiende, entremos.

Sale EL CAPITAN GARCIA *con peto y capacete, y la espada ensangrentada, y detrás de él* EL SARGENTO *y ocho ó diez* SOLDADOS ESPAÑOLES *con lanzas y arcabuces.*

GARCÍA. Rendid, perros desalmados.... (*Se detiene.*)
¿Mas dos mujeres no mas,
y un cadaver?.... ¿Es quizás?... (*A la tropa.*)
la furia tened, soldados.

MARÍA. (*Deja el cadáver, y se arrodilla delante del capitan, pero con dignidad.*)
Si sois noble como dice
á voces vuestra presencia,
mirad, señor, con clemencia
á una mujer infelice.
Y si solo por mujer
la hidalguía castellana
me la niega, por cristiana
me la habrá de conceder.

GARCÍA. (*Aparte atónito y suspenso.*)
¡Cielos!... ¡Qué rara beldad!
¡y que noble discrecion!...
...Me ha robado el corazon.
(*Alto à María.*)
Señora, de tierra alzad.
(*La levanta.*)
Que al miraros en el suelo,
pierdo la razon y el tino
de terror, porque imagino
que se ha desplomado el cielo.
¿Quién sois?... Un ángel, lo veo.
Un ángel, un ángel, si.
Mas que hace un ángel aquí
confuso saber deseo.

MARÍA. (*Con dignidad.*)
Soy de Mulim-Albenzar,
muerto como veis, la hija:
vuestra nobleza colija
mi posicion singular.
Cristiana de corazon,
y fiel de veras al rey,
del amor filial la ley
me puso en esta ocasion.
Sois cristiano y caballero,
habeis mi desdicha oido,
y la proteccion que os pido
con seguridad la espero.

GARCÍA. (*Dudoso.*) ¿Ese es Mulim-Albenzar?
(*Al sargento.*)
reconocedle.

SARGENTO. (*Acercándose al cadáver.*) Si, es cierto;
es Albenzar, y está muerto,
de buena logré escapar.

GARCÍA. Confuso estoy vive Dios.

SARGENTO. Señor, á esas embusteras
no des crédito, ¿qué esperas?
amarremos á las dos.

GARCÍA. Son cristianas.

SARGENTO. Son lo ahora
por evitar el castigo.

MARÍA. ¡Señor!...

GARCÍA. Pues estais conmigo
no temais nada, señora.
(*Resuelto á la tropa.*)
Esta estancia respetad,
y ese cadáver sangriento
á colocarlo al momento
sobre la torre llevad.
Vea la rebelde grey
cual es su mísera suerte,
pues ya les robó la muerte
al que aclamaron por rey.
Y con su fin la esperanza
pierda del todo esta sierra,
terminándose la guerra
y cesando la matanza.

SARGENTO. Tal vez, señor capitan,
pueden tener estos moros
aqui ocultos sus tesoros.

GARCÍA. (*Severo.*) Si los hay, vuestros serán.
(*Señalando á María.*)
Y que esta joya ó portento
yo ansioso la guardo ved:
mi mandato obedeced,
y retiraos al momento.

(*El sargento y los soldados recogen el cadáver de Muhim-Albenzar, y entre tanto dice él.*)

SARGENTO. Muy hermosa es la morisca,
y al capitan ha prendado.
pero lo juzgo escusado
pues tiene facha de arisca.

MARÍA. (*Viendo llevar al cadáver de su padre se arroja à abrazarlo.*)
¡Padre!... ¡Señor!... ¡Santo cielo!
(*Se apoya muy afligida en Felisa.*)

FELISA. ¡Hija del alma!

GARCÍA. (*Aparte y envainando la espada.*)
¡Qué encanto
tan irresistible!... ¡oh!... ¡cuánto
templar su desgracia anhelo!
Mas tengo órden terminante
ó de al punto esterminar
la familia de Albenzar;
ó de llevarla al instante
asegurada á Valencia,
donde en cadalso sangriento

sirva al punto de escarmiento
á la morisca demencia.
No la puedo libertar,
que aunque dice que es cristiana,
y al rey fiel; ¡suerte tirana!
la heredera es de Albenzar,
¡Oh qué celestial mujer!
...Si el miedo... la confusion...
se perturba mi razon;
no sé lo que voy á hacer.
En caso tan inaudito...
...¡Ay! si me amara, podria...
abrásase el alma mia,
y en su amor me precipito.
(Alto á María.)
En vos, oh hermosa, volved
aunque es harto dura y fuerte
vuestra lamentable suerte,
que estais en mis manos ved.
El ser sangre de un traidor,
el ser de Albenzar la hija,
no estrañareis que hoy exija
gran dureza, gran rigor.

FELISA. *(Arrebatada y como fuera de sí.)*
No, no es hija de Albenzar;
es hija mia: es cristiana:
es de sangre castellana,
aquí nunca debió estar.

MARÍA. *(Conteniéndola con dignidad.)*
¿Pués osas, Felisa, decir?
No niego mi origen, no,
ni con imposturas yo
quiero el peligro evadir.
(Al capitan.)
Cristiana, es verdad, lo soy;
mas hija de Albenzar, sí;
que fuera un baldon en mí
negar á mi padre hoy.
El amor que me profesa,
porque al cabo es mi nodriza
á esta española castiza,
le inspira la invencion esa.
Pero no soy yo mujer,
sea cual fuere mi ventura,
que á una cobarde impostura
quiera la vida deber.
Si el ser cristiana no basta
para templarse conmigo
el espantoso castigo,
que ha merecido mi casta;
si es crimen la sangre mia,
que no lo borra mi fé,

pura víctima seré,
sin desmentir mi hidalguia.
Y si asi al cielo le plugo,
mis manos encadenad,
y mi cuello colocad
sobre el tajo del verdugo.
Pues si os pedí compasion
cuando vencedor entraste,
y con un muerto me hallaste
en este oscuro rincon;
No fue pediros la vida,
si el honor, que en riesgo estaba,
cuando tras de vos entraba
la soldadesca atrevida.
Mas de nuevo á vuestra planta
os pido cumplais la ley
conmigo, que impone el rey,
pues su rigor no me espanta.
Antés bien, tal es mi suerte,
que es el mas grande favor
que hacerme pueden, señor,
el de apresurar mi muerte.

GARCÍA. (*Conmovido profundamente.*)
Basta, señora, os lo ruego.
Celeste encanto, cesad.
...¡Oh con cuánta actividad
me abrasa de amor el fuego!
Tomo de mi cuenta, sí...
¡Cielos!... ¿Por qué esta victoria,
que juzgué mi mayor gloria,
es ya infierno para mí?
Descuidad, resuelto estoy.
Por remediar vuestra suerte,
por salvaros de la muerte,
á perderlo todo voy.
Por premio pediré al rey,
si mi hazaña á de premiar,
vuestra belleza salvar
de la promulgada ley.
(*Con vehemencia.*)
Y su gracia, y la de Dios
perderé contento, y todo,
mi fama hundiré en el lodo
por merecer ¡ay!.. de vos
una mirada propicia,
una muestra de interes.
(*Hinca una rodilla.*)
Pues que mi alma á vuestros pies
abrasada se desquicia.

MARÍA. (*Asombrada.*)
¿Qué es lo que haceis?... ¿Qué demencia?...
¡Señor capitan!... ¿qué es esto?

¿Vos ante mis plantas puesto?
¿Vos?... ¡Cielos!

GARCÍA. Sí. La violencia
de un encanto me ha rendido,
y desde el punto en que os ví
tan bella, me convertí
de vencedor en vencido.
Esta furiosa pasion,
que cual rayo fulminante
abrasa mi pecho amante
os merezca compasion.

MARÍA. ¡Señor capitan!

FELISA. (*Muy desconsolada.*) ¡Maria!

GARCÍA. (*Levantándose.*)
Ángel divino, os adoro;
sois un celestial tesoro...

MARÍA. ...¿Hombre de tanta hidalguia?

GARCÍA. No os asombre nada, nada.
Vivireis, sí, yo lo juro,
que es mi pecho vuestro muro,
vuestra defensa mi espada.
Sin temor de aqui salid:
cuido yo vuestro decoro.
Pero... pensad que os adoro.
Basta.—Tras de mi venid. (*Vase.*)

MARÍA. (*Muy abatida.*)
¡Felisa!... ¡Felisa mia!
raro peligro corremos.

FELISA. En el cielo confiemos,
desventurada Maria. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Decoracion corta, de árboles y peñascos, y á un lado se verá la boca de una gruta, por la que sale DON FERNANDO *vestido de toscas pieles como pastor.*

¡Oh cuánto Corbacho tarda!
¿qué habrá ocurrido?... ¡ay de mí!
Ya con inquietud aquí
mi ansioso anhelar lo aguarda.
¡Cielos!... ¿Qué es lo que retarda
su vuelta!... ¿La carta mia
habrá llegado á Maria?
—¿Querrá mi dichosa estrella
que torne á mis brazos ella,
cual amante le pedia?
(*Se pasea.*)
Aumenta mi sobresalto
el que toda la mañana
ha atronado esta montaña
rumor de lid ó de asalto.

Y aqui de noticias falto,
entre esperanza y temor
desde que cesó el rumor
lucho, y el temor me gana,
porque en mi suerte tirana
lo seguro es lo peor.
Ni ya puedo prolongar
esta situacion penosa,
do mi estrella desastrosa
me ha podido colocar.
Milagro ha sido escapar
entre tanto desconcierto
con este trage encubierto,
sin que nadie me haya visto
los largos dias que asisto
en este oculto desierto.
(*Agitado.*)
¿Y el término cuál será?...
¡Cielos!... ¿Perderé á María
despues de tanta agonía,
ó mi amor la cobrará?—
¡Ay! si decretado está
que nunca yo la posea,
que agena ¡oh rabia! la vea...
Un rayo antes me confunda,
esta montaña se unda,
y mi sarcófago sea.
(*Pausa.*)
¿Mas qué va á ser en el mundo
de mí infelice!... ¿Qué espero?
¿Qué porvenir fundar quiero?...
me anonado, me confundo.
—¿Qué digo?... Mis dichas fundo
en mi deliciosa llama,
junto á aquello que se ama
es mentira el orbe todo.
Son vago viento, vil lodo
cuna, estado, honores, fama.
(*Pausa.*)
¡Ay!... ¿Si mi padre supiera
que no en Flandes, sino aquí
me tiene perdido así.
este amor, qué me digera?
¿Y si descubrir pudiera
que una morisca?... ¡Hado impío!
De pensarlo siento el frio
por mis venas de la muerte.
...¡Padre!... ¡padre! ¡dura suerte!
Perdon, perdon, padre mio.
¡Cielos! que su maldicion
no me abrume. Enhorabuena
me desherede, tal pena

tenga mi ciega pasion.
Yo en el último rincon
de la tierra gozaré
lo que siempre llamaré
mi delicia y mi ventura,
y la infundada censura
del mundo despreciaré
Al lado de mi María;
en el antártico suelo,
bajo un nunca visto cielo,
¿quién turbará mi alegría?
Allí con la espada mia
honraré mi ilustre cuna,
y en ocasion oportuna
otro estado ganaré,
y lo que alcanzan sabré
el amor y la fortuna.

Sale CORBACHO *vestido de soldado, y con un envoltorio de ropa que tira á un lado.*

CORBACHO. Mal haya amen el momento
en que tu estrella sañuda
te hizo ver á esa morisca
para pasar tanta angustia.
Y el punto y hora mal hayan
en que te dió la locura
de abandonar lo de Flandes,
por perderte en lo de Júcar:
en tan graves compromisos,
en tan negras desventuras;
reducido como fiera
á la estrechez de esa gruta.
Y á meterme á mi en embrollos,
en disfraces y en trifulcas,
que en Peralvillo es probable,
Dios sea sordo, que concluyan.

DON FERNANDO. Corbacho, amigo... ¿qué es eso?
Tus palabras me atribulan;
y en mis labios se amontonan
y se hielan las preguntas;
porque temo mil desastres
de esas tristes quejas tuyas,
y horribles presentimientos
me abaten y me conturban.

CORBACHO. Pues ya metido en el paso,
do no debiste entrar nunca,
es forzoso, vive Cristo,
que de él con valor te escurras.

DON FERNANDO. ¿Pues qué acontece? Di, acaba,
ya la impaciencia me abruma.

CORBACHO. Allá voy, que reventado,
y hecho de hambre una aleluya,

no puedo mover la lengua
con la rapidez que buscas.
—Aunque con estos disfraces
en la soldadesca turba
entro y salgo, fue imposible,
como sabes, á mi astucia,
durante seis largos dias;
dar curso á la carta tuya.
Porque sitiado el castillo,
y defendido con furia,
y estando dentro tu amada
con toda la infame chusma,
llegar á ella no podia,
á no convertirme en grulla.

DON FERNANDO. (*Impaciente.*)
¿Con que la carta?...

CORBACHO. Un momento,
y lo sabrás todo. escucha.
Viendo el capitan Garcia
que aun la breba estaba dura,
apeló para ablandarla
á una militar astucia.
Y hoy mismo á la luz primera
fingió con destreza suma
emprender la retirada,
con apariencias de fuga.
Creyéronla los rebeldes,
y aun vencedores se juzgan,
y con su rey vergonzante
salió la morisca chusma,
en el alcance buscando
feliz término á la lucha.
A la abandonada villa
las mugeres sin cordura
descendieron anhelosas
en muchedumbre confusa:
yo me presumi que iria
Felisa el ama, sin duda,
como las demas; y cauto
me oculté en las angosturas
del camino, en unas tapias
que aquellas huertas circundan.
Ví pasar varias moriscas,
y como soles algunas,
cuando á muy pocos momentos
quiso mi buena fortuna
que venir viese á Felisa
sola, sola.

DON FERNANDO. ¿Sola?...

CORBACHO. Escucha.
Sola: la llamo, se para,
salgo á su encuentro, se asusta;

al pronto me desconoce,
iba á hablarla, cuando juntas
ví venir otras mugeres,
y temiendo me descubran,
torno á esconderme en las tapias...

DON FERNANDO. (*Con viveza*)
¿Y la carta?... ¡Oh suerte cruda!

CORBACHO. La tiré á sus pies.

DON FERNANDO. Y dime,
¿la tomó?...

CORBACHO. Señor ¿lo dudas?
Yo se la ví alzar del suelo.

DON FERNANDO. ¿Y sin respuesta ninguna
te vuelves? Sin que siquiera...

CORBACHO. Eso es ya pedir cotufas
en el golfo. Tú no sabes
cuán espantosa trifulca
se armó despues. En las tapias
quedéme, por sí oportuna
ocasion se me ofrecia
de hacerle cien mil preguntas
á su vuelta. Mas de pronto
se alzó nueva barahunda!
que á salir de mi escondite
me obligó con prisa, y mucha.
Las tropas que figuraron
la retirada, á las turbas
de moriscos acometen;
otra vez la villa ocupan,
y la entregan á las llamas.
Pónense al momento en fuga
las infelices mugeres,
suben al castillo, y buscan
refugio en él: á él se acoge
herido en la escaramuza;
Albenzar, aun pretendiendo
prolongar allí la lucha:
y todo en vano. Garcia
habia dejado ocultas
en el inmediato bosque
dos banderas, que sin duda
de acuerdo con los del fuerte,
pues los traidores abundan,
lo escalaron sin defensa,
y todo fue muerte, angustia,
robo, confusion, ruina,
desolacion, llanto, furia.

DON FERNANDO. (*Agitado.*) ¡Ay Corbacho!... ¿Y mi Maria?
...Tú su infortunio me ocultas;
dime pues... ¿En tal desorden?...
¿En tal trastorno?...

CORBACHO. (*Con soflama.*) Te apuras,

señor, muy pronto. Está viva,
y un gran protector la escuda.

DON FERNANDO. El cielo.

CORBACHO. (*Con malicia.*) El cielo... bien dices;
por medio de la bravura
del buen capitan García,
que es hijo de la fortuna.

DON FERNANDO. (*Alterado.*) ¡Corbacho!... dí.

CORBACHO. En el momento.
que se armó la barahunda
al castillo corrí, donde
ví aquella escena confusa.
Muerto á Albenzar encontraron
de su hija en brazos, en una
cámara. El señor García
fue el que en ella entró, á la turba
soldadesca defendiendo
que hiciese allí de las suyas.
Mandó sacar el cadáver
á donde con voces mudas
predicase el escarmiento;
y él quedó con piedad suma
á la huérfana infelice
consolando...

DON FERNANDO. (*Arrebatado de enojo.*) Calla... ¡oh furia!
Calla, vil... ¿osa tu lengua?

CORBACHO. (*Intimidado.*)
Señor... señor... que me asustas;
yo no oso poner mi lengua
sobre persona ninguna.
Os refiero las hablillas
de la soldadesca chusma,
que ansiaba robar la estancia
que de Albenzar era tumba,
y que el capitan severo
defendió...

DON FERNANDO. (*Irritado.*) ¡Canalla inmunda,
que no sabe que es de nobles
amparar la desventura,
y defender á las damas
de la insolente gentuza!
(*Sospechoso.*)
Pero... dime... ¿largo tiempo
el capitan?...

CORBACHO. ¿Qué preguntas?

DON FERNANDO. (*Agitado.*) ¡Oh!... Si osara...—Mi María
es cual las estrellas pura.
...Si el vencedor orgulloso...
¡Oh cielos!... La horrible punta
de un puñal envenenado
mis entrañas desmenuza.
—Corbacho, dime...

CORBACHO. (*Con viveza.*) No pierdas
en amargas congeturas
el tiempo. Toma un partido,
pues todo de aspecto muda.
Cuando una morisca solo
rica y de famosa alcurnia
era tu dama, podias
en esperanzas futuras
perderte, que al cabo era
cristiana hasta las enjundias.
Pero ya...

DON FERNANDO. (*Precipitado.*) Corbacho, amigo,
la ley previene, y es justa,
que la morisca cristiana,
que con español se una
en matrimonio, se libre
de la proscripcion.

CORBACHO. Tarumba
con tu ceguedad me vuelves.
Ya tu María no es una
morisca vulgar. Es hija
del que aun muerto se titula
rey de los moros, caudillo
de esta rebelion; y nunca
habrá para ella indulgencia.
Despues olvidas sin duda
quien es tu padre, y olvidas
que cual desertor figuras
en Flandes, y que en España,
siendo por tu noble cuna
de Santiago caballero,
has faltado en esta lucha,
á que todos tus cofrades
concurrieron sin escusa.

DON FERNANDO. (*Despechado.*)
¡Oh!... ¡pese á mi infausta estrella!
¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!
Desplómense estos peñascos;
ábrase á mis pies la tumba.

CORBACHO. Bien claro te mostró el cielo
el que á esta sima profunda
tu pasion te despeñaba,
al despeñarte la furia
del caballo. Si tú entonces,
pues que saliste sin una
costilla rota, te hubieras,
renunciando á tus locuras,
vuelto á Flandes, ó á tu casa,
cantáramos la aleluya.
Y aun es tiempo...

DON FERNANDO. (*Fuera de sí.*) Calla, cesa,
no acrecientes mis angustias:

ó la muerte, ó mi María;
ya tan solamente busca
mi enamorado despecho
de aquestas dos cosas una.
Sí, resuelto estoy, Corbacho,
responde pronto...

CORBACHO. Pregunta.

DON FERNANDO. ¿Dónde está María?...? ¿dónde?
Hoy seré su esposo, ó nunca.

CORBACHO. Cuando salí del castillo,
ya encadenada la chusma
de moros, la preparaban
á bajar con gran presura
y buena escolta á la villa.
Y de allí, segun mi industria
pudo inquirir, esta noche
dos cuerdas salen; la una
con la rendida canalla,
á las playas donde surtas
estan las embarcaciones;
y la otra, en que van juntas
las cabezas principales
con María, por la ruta
de Valencia...

DON FERNANDO. Dí ¿esta noche?

CORBACHO. Esta noche, sí, no hay duda.

DON FERNANDO. (*Resuelto.*) Pronto, sus, tráeme el caballo,
que suelto el pasto disfruta
de estos montes, trae mi espada,
trae mis ropas, que me injurian
ya estos villanos disfraces.

CORBACHO. ¿Qué intentas pues?... ¿qué procuras?

DON FERNANDO. Con mi valor y mi acero
burlar la suerte sañuda,
libertando como noble
á mi prenda de la furia
de sus verdugos.

CORBACHO. Detente,
no te arroges sin cordura
á un imposible, do solo
ó muerte ó deshonra buscas.
La cuerda va custodiada
con gente aguerrida y mucha,
tú eres al cabo uno solo.

DON FERNANDO. El que despechado pugna
por salvar á la inocencia,
y mas si el amor lo ayuda,
vale por ciento.

CORBACHO. Tu arrojo
y tu pasion te deslumbran.
Vas, traidor contra un decreto
del rey, á empeñar tal lucha.

Vas á deslustrar tu nombre.
Vas, en fin...

DON FERNANDO. (*Despechado.*) ¡Suerte sañuda!
Yo quiero ver á María.—
...Con ella morir.

CORBACHO. Escucha.
Supuesto que no desistes
de esa tu infernal locura,
da tiempo al tiempo, y prudente
válete de alguna industria,
para ponerte siquiera
de acuerdo...

DON FERNANDO. (*Con viveza.*) Bien, piensa una.

CORBACHO. Con el disfraz de soldado
puedes en la noche oscura
entre la escolta ingerirte:
con ella hablar, que es astuta;
y en la marcha, que no es corta,
disponer...

DON FERNANDO. Sí, sí. Sin duda
me habla por tu boca un angel.
¿Mas donde encontrar alguna
ropa de soldado...?

CORBACHO. Al punto,
que mi prevision es mucha.
De un muerto que hallé aqui cerca,
al volver ahora en tu busca,
tomé todo el equipage.
(*Revolviendo el lio que puso á un lado al salir.*)
Y héle aqui.—Manchas lo ensucian
de sangre, porque su dueño
tenia una herida profunda;
pero nada importa.

DON FERNANDO. (*Muy reanimado.*) Amigo,
tú remedias mis angustias.
Y pues ya la noche llega
y tierra y cielos enluta
con sus sombras, no perdamos
el tiempo, y Dios nos dé ayuda.
(*Entráse en la gruta, y Corbacho detras de él, llevándose el envoltorio.*)

ESCENA III.

Plaza de la villa de Alajuár, arruinada por el incendio. Aun arden á lo lejos algunas casas, y otras están humeando. Empieza á anochecer. Salen ABDALLA, ZEIR *y dos ó tres* MORISCOS *de nota, cargados de cadenas, y rodeados de* SOLDADOS ESPAÑOLES, *con arcabuces y alabardas, y con ellos el* SARGENTO *con gineta.*

SARGENTO. Alto, perra canalla,
que no vais á un festin.
(*Todos se detienen en el fondo de la escena, sentándose unos, otros hablando entre sí, formando cuadro.*)

ZEIR. ¡Cielos!... ¡Abdalla!

ABDALLA. Zeir lo que está escrito no podemos
los hombres contrariar. Solo debemos
resignarnos humildes los humanos
de Alá con los decretos soberanos.

ZEIR. Maléc, ese cobarde
es quien nos ha vendido.

ABDALLA. Pus no ha de hacer de su traicion alarde;
quee un tósigo le dejo prevenido,
con que beba la muerte:
Endulce esta venganza nuestra suerte.

ZEIR. ¿Y cuál ¡ay! nos espera?

ABDALLA. Terrible á la verdad y lastimera.
Pero grande es Alá, y él solo es grande.

SARGENTO. (*En el proscenio, apoyado en su gineta, y hablando consigo mismo.*)
¿Posible es que se ande
el señor capitan hecho un Cupido,
tras una vil morisca asi perdido;
y que aqui nos detenga,
porque su dama á sus anchuras venga?
—Vive Dios que no entiendo
cómo un hombre tan duro y tan tremendo,
y que ya no es muchacho,
se convierte en baboso mamarracho.
Vaya, me desespera.
...No sé qué le detiene
en hacer lo que yo sin duda hiciera,
pues que rendida en su poder la tiene:
admiro su cachaza... Mas él viene.

Salen el capitan GARCIA, MARÍA *y* FELISA.

GARCÍA. ¿Marchó la cuerda, sargento,
que va á la costa?

SARGENTO. El camino
tomó para su destino,
en buen órden ha un momento.
Y no hay con ella cuidado,
pues que la manda Garcés.

GARCÍA. Teneis razon, porque es
el alférez gran soldado.
Disponed nuestra marcha en el instante,
llevando por delante
los soldados mejores
para ser de la ruta exploradores.
Y cuidad que no rompan las cadenas
los presos.

SARGENTO. Son muy gordas y muy buenas.

(*El capitan y el sargento van al fondo del teatro, como á revistar los presos y á ordenar la tropa.*)

MARÍA. *(Muy abatida, y como en secreto.)*
¡Ama mia!... voy muerta.
No por lo horrendo de mi suerte cierta;
sino por el amor que se ha encendido
en ese mal-nacido.
Pues con razon me temo
que con mi resistencia despechado,
ciego y desatentado
se arroje loco al criminal estremo
de abusar de su fuerza en el camino.
De asombro y de terror estoy sin tino.

FELISA. (*Llorando.*) ¡Infelice Maria!...
En la piedad confia
del cielo, que es de la inocencia amparo.
De tí ni un solo punto me separo,
y contigo, hija mia,
defendiendo tu vida y tu inocencia,
constante me verás hasta Valencia.
Y allí... si allí llegamos...
en la Virgen santísima pongamos
toda nuestra esperanza.
Tengamos en su auxilio confianza.

GARCÍA. (*Al sargento.*) Emprended la partida,
y esperad del lugar á la salida;
que pronto iré á alcanzaros.

SARGENTO. (*Con socarronería.*)
¿Con que quereis quedaros
á ver si por la buena ese portento?...
—Si andais con tal melindre y miramiento,
ya vereis que os chasquea.
Está en vuestro poder, que vuestra sea.
(*Con recato misterioso.*)
En el camino acaso
un bosque muy espeso se halla al paso,
y en él lograr sin duda
podeis cuanto querais. Yo os daré ayuda.

GARCÍA. Bien. La marcha emprendamos.

SARGENTO. Arriba, vil canalla. Vamos, vamos.
(*Vase, llevando por delante los presos y soldados.*)

GARCÍA. (*Amoroso.*) Ya veis cuanto hago por vos,
á mi obligacion faltando;
y aun me está martirizando
vuestro ceño. vive Dios.
En todo os he dado gusto,
á todo por vos me allano,
que vuestro desden tirano
se ablande, señora, es justo.
Libre estais, vais sin cadenas,
Sola vos mandeis aquí,
teneis un esclavo en mí,
témplense, pues, vuestras penas.
Y dadme algun esperanza,

oh soberana muger;
dejadme á lo menos ver
un asomo de bonanza.

MARÍA. (*Con altivez.*) Señor capitan, os ruego
que mas no me inportuneis;
que mi suerte abandoneis;
que me dejeis luego, luego.
Yo nada exijo de vos;
de mí, pues, nada exigid.
Cual debeis me conducid,
que á mí me defiende Dios.

GARCÍA. Pensad cuál es vuestra suerte:
ved que estais en mi poder.

MARÍA. Yo no soy, señor, muger
á quien asusta la muerte.

GARCÍA. ¡Ay!... aun es tiempo, escuchad
á un corazon que os adora;
que por vos misma os implora...

MARÍA. Si honra teneis, acabad.

GARCÍA. (*Con vehemencia.*) Con ese ceño tirano
mas mi pasion encendeis,
y en el caso me pondreis...

MARÍA. Sois caballero, y cristiano.

GARCÍA. (*Resuelto.*) Que lo soy os probaré,
si al fuego que me devora
os mostrais grata, señora.
Todo lo aventuraré.
Por la ley puedo libraros
de la muerte ignominiosa,
si quereis vos ser mi esposa;
y pronto estoy á juraros...

MARÍA. (*Con rapidez.*) Jamás, jamás; tiene dueño
mi voluntad, y por él
quiero morir.

GARCÍA. (*Despechado.*) ¡Oh cruel!
¿Con que es en vano mi empeño?
¿A otro amais?

MARÍA. Con alma y vida.

GARCÍA. (*Furioso.*) ¡Infeliz!... ¿Qué pronunciaste?...
Tú misma te condenaste,
envenenando mi herida.
Tiembla mi ciego furor.
Atropellaré por todo,
y de un modo ó de otro modo...

FELISA. Oh cielos, dadnos favor.

GARCÍA. ¡Ingrata!... te has de acordar.
Vamos, pues, vamos, marchemos.

MARÍA. (*A Felisa.*) En la Virgen confiemos,
que es quien nos ha de amparar.

(*Vanse.*)

ESCENA IV.

Decoracion que descubra todo el foro representando un oscuro bosque de noche, en tierra quebrada. Y en el fondo se ve un camino entre peñas y troncos. Salen DON FERNANDO *y* CORBACHO, *ambos vestidos de soldados.*

CORBACHO. ¿No miras allí el camino?
Es aquella lista blanca,
que va tras de la barranca.
(*Escuchando atentamente.*)
Y viene á lo que imagino
ya la columna, señor.
Y aunque la noche está oscura,
que veo se me figura...

DON FERNANDO. Claro se escucha el rumor.
Vamos hácia allá al momento,
y procura no ser visto,
teniendo el caballo listo,
para que en cualquier evento...

CORBACHO. Vamos, pues. Pero prudencia
tan solamente os encargo.
Ved que el camino es muy largo
Hasta llegar á Valencia.
Y que una vez con María
puesto de acuerdo, podrás...

DON FERNANDO. Descuida, y no digas mas;
en mi cordura confia. (*Vanse.*)

Salen y pasan por el camino del fondo del teatro ABDALIA, ZEIR *y los* MORISCOS, *todos encadenados, y sonando los hierros, y delante y detras y á los lados en buen órden* SOLDADOS ESPAÑOLES, *con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas; y cuando ya todos hayan pasado, sale el capitan* GARCÍA, *que trae asida del brazo á* MARÍA, *y la empuja con fuerza hácia el proscenio.*

MARÍA. ¡Qué es esto ¡oh cielos!, señor!
¿Qué arrebato?... ¿qué demencia?...

GARCÍA. (*Con voz ahogada.*)
Calla, y sufre la violencia
de mi despreciado amor.

MARIA. (*Aterrorizada.*)
¿Un cristiano, un caballero,
de una infelice abusar?

GARCÍA. (*Desenvainando la espada.*)
Mi pasion has de premiar,
ó has de morir á este acero.

MARÍA. (*Cayendo de rodillas.*)
Socórreme, Vírgen santa,
dame tu amparo y favor.

GARCÍA. (*Arrastrándola del brazo.*)
Nadie escucha tu clamor.
Ven conmigo, ven, levanta,

MARÍA. ¡Cielo!
GARCÍA. No te librará,
ni el infierno mismo, no.

Sale precipitado DON FERNANDO, *con la espada desnuda.*

DON FERNANDO. Pero la liberto yo,
forzador vil...
GARCÍA. (*Suelta á María sorprendido.*)
¿Quién va allá?
DON FERNANDO. Defiéndete, desdichado,
si te llamas caballero,
que se afrentára mi acero
de matar á un descuidado.
Ponte tras de mí, María,
que bajo mi amparo estás,
y cual te guardan verás
mi amor y la espada mia.
MARÍA. (*Corriendo à él.*) ¡Oh santos cielos!... Es él.
Sí, reconozco su acento.
GARCÍA. (*Turbado.*) ¿Eres del bosque portento,
ó emisario de Luzbel?
(*Se acerca.*)
(*Furioso.*) ¡Mi rival!... Ven á morir,
que es rayo ardiente mi espada,
á que no resiste nada.
DON FERNANDO. Calla, si sabes reñir.
(*Riñen, y don Fernando le da una estocada.*)
GARCÍA. (*Titubeando.*)
Muerto soy. (*Grita.*) Hola, soldados...
que se fugan...
(*Entrase.*)
¡Ay de mí!
DON FERNANDO. Huyamos pronto de aquí
en el cielo confiados.
Corbacho por vida mia,
pronto el caballo.
CORBACHO. (*Apareciendo al bastidor.*)
Aquí está.
DON FERNANDO. (*Al irse con María.*)
A las ancas...
CORBACHO. Bueno va.
DON FERNANDO. (*Dentro.*) Afírmate bien, María.
(*Rumor de un caballo que arranca.—Suena un tiro, y ruido.*)
VOCES DENTRO. ¿Dónde el capitan nos llama?

Sale el SARGENTO, *con cuatro* SOLDADOS.

SARGENTO. (*Apresurado.*) Hácia aquí, venid, volemos,
y este monte registremos
peña á peña, y rama á rama.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una calle de la ciudad de Valencia.—Decoracion corta, y sale FELISA, *muy afligida, de saya y manto, y con un rosario en la mano.*

FELISA.

¡Ay mi Dios! recorro en vano
estas calles de Valencia,
para buscar un consuelo
y de la infelice nuevas.
Hoy el pueblo alborotado
con la terrible sentencia,
que contra Zeir y Abdalla
y otros moriscos de cuenta
ha pronunciado el consejo,
de María no se acuerda:
ni se habla de su aventura;
ni de hácia donde estar pueda,
Al fin los pasados dias
su fuga tan solo era
la conversacion de todos
en calles, casas y tiendas.
Y el oir en los corrillos
nombrarla y hacer diversas
conjeturas, de consuelo
pudo servir á mis penas.
Mas hoy ya nadie la nombra,
nadie en su infortunio piensa.
(*Llora.*)
...Virgen soberana, madre
de la oprimida inocencia,
sedle escudo, sedle amparo,
y dadme luz con que pueda
descubrir... (*Sorprendida.*) ¿Pero qué veo?
jurára, cielos que él era...
Sí... ¡Corbacho!...

Sale CORBACHO, *embozado.*

CORBACHO. (*Sorprendido.*) ¡Ama Felisa!

FELISA. ¿Cómo, tú, por esta tierra?...
¿Y María?... ¿Y don Fernando?
¿No me traes noticias de ella?
¿No me dices?...

CORBACHO. ¿Por ventura
que sé de ellos algo piensas,
cuando anhelaba encontrarte
para que tú me dijeras?...,
FELISA. (*Desconsolada.*)
¿Qué he de decirte, Corbacho?...
¿Cómo darte, amigo, nuevas
que busco anhelante?...
CORBACHO. Dime,
¿tú desde cuándo en Valencia?
FELISA. Desde que entraron los presos,
hace tres dias.
CORBACHO. Yo apenas
ha dos horas que he llegado.
FELISA. ¿Pero tù, despues aquella
terrible noche, seguiste?...
CORBACHO. ¿Y quién seguirlos pudiera?
Muerto el capitan, mi amo
mas veloz que una saeta,
con la morisca en las ancas
en las lóbregas tinieblas
desapareció. Y yo ¿cómo
á pie seguirlos pudiera,
no estando antès prevenido
de adonde se dirigieran?
Cuando se alzó aquel desórden
con las voces y las quejas
del herido, agazapéme
oculto entre la maleza,
para no ser descubierto,
y pagar culpas agenas.
Y al aparecer el alba
tomé una trillada senda
que se me ofreció, y vagando,
no sin peligro y miseria
por todos los escondites
de aquellas fragosas sierras
he estado; hasta que aburrido
vengo sin norte á Valencia,
por ver si de mi amo logro,
que le quiero mucho, nuevas.
Pero tu, Felisa, ¿cómo
abandonaste á tu prenda
en aquel conflicto?... ¿Cómo
sin tu amparo acometerla
pudo el capitan?
FELISA. Corbacho,
cómplice el sargento era
del crimen sin duda alguna,
pues con infernal cautela.
en cuanto cerró la noche.
despues de que con reserva

le habló el capitan, mi mula
aseguró por la rienda,
sin apartarse ni un punto.
Y al atravesar la cuerda
el bosque, de mi María
me separó con destreza,
tomando por un atajo
al través de las laderas:
y cuando escuché sus voces,
sus lamentos y sus quejas,
ya me hallé entre los soldados,
y á grande distancia de ella.
En medio de aquel desórden
intentaron sus cadenas
romper los míseros presos,
y armóse grave pendencia
entre soldados y moros,
sin que yo infeliz pudiera,
aunque bien quise, fugarme;
y en llanto amargo desecha,
me resigné con mi suerte,
y llegué aquí con la cuerda.
Al punto como española,
me dejaron en completa
libertad, (*Llora.*) y ando perdida
solo ansiando tener nuevas
de aquella infeliz.

CORBACHO. No llores.
Que está en salvo es cosa cierta.

FELISA. Hágalo el cielo.

CORBACHO. Felisa,
y es verdad esa sentencia?

FELISA. Lo es, y terrible... terrible...

CORBACHO. No hay nada que no merezcan.

FELISA. (*Compasiva.*) Es así... pero...

CORBACHO. Tu amo
tuvo mas feliz estrella,
que al cabo como valiente
pereció. pues si hoy viviera...

FELISA. ¡ Qué lástima ! Era indomable
y muy ciego por su secta ;
pero muy caritativo,
de muy gallarda presencia,
de pensamientos muy altos,
y de muy clara nobleza.
Diez y ocho años he comido
su pan... y una ingrata fuera.
si no llorara su muerte,
si no elogiara sus prendas.
...¡ Cuántas desgracias !...
(*Llora.*)

CORBACHO. ¡ Felisa !

FELISA. Vóime, Corbacho, á la iglesia,
á que la Virgen piadosa
por nosotros interceda.
CORBACHO. Pues yo no sé donde vaya,
ni tampoco donde pueda
hallar abrigo.
FELISA. Si quieres...
en casa de una parienta,
que pobremente me aloja...
CORBACHO. Basto yo para pobreza.
¿Y dónde es?
FELISA. Allá en la plaza.
Alejándome voy de ella,
para no ver el suplicio
de esos dos, que al cabo eran
conocidos.
CORBACHO. Pues á verlos
ahorcar voy, malditos sean.
Yo te buscaré.
FELISA. Si logras
alguna noticia cierta...
CORBACHO. La sabrás en el momento.
FELISA. Pues á Dios.
CORBACHO. Con él te queda.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA II.

El teatro representa el gran salon del consejo. Al fondo habrá un dosel con el retrato de Felipe III: en una gran mesa con rico tapete y recado de escribir, cinco sillones, y un taburete para el secretario.—Sale por un lado EL CONDE DE SALAZAR, *ricamente vestido, y con el collar de toison de oro. Y por otro* EL COMENDADOR MAYOR *de la orden de Calatrava, con la insignia en la ropilla y en la capa, y la venera al cuello, pendiente de una cadena de oro.*

CONDE. ¡Oh señor comendador!
COMENDADOR. (*Con respeto.*) ¡Oh excelentísimo conde!
Bien la fortuna responde
á vuestro sabio valor.
Esta desastrosa guerra
ya de un modo ó de otro modo
termina, y queda del todo
en seguridad la tierra.
Y á vuestro noble teson
y prudencia debe el rey,
de esta rebelada grey
ver cumplida la espulsion.
CONDE. A la prudencia y lealtad
del consejo solamente
servicio tan eminente
hoy debe su magestad.

COMENDADOR. Pero el alma del consejo
ha sido vuestra escelencia,
que tiene la presidencia,
CONDE. Solo por ser el mas viejo.
COMENDADOR. Ya viene el señor marqués
de Caracena.
CONDE. Ya estamos
todos, pues solos formamos
hoy en el consejo los tres:
Puesto que los otros dos
con encargos diferentes
estan de Valencia ausentes,
al rey sirviendo, y á Dios.
COMENDADOR. ¿Donde nuestro patriarca?
CONDE. Con caridad esquisita
á la canalla maldita
allá en Alicante embarca.
Por la raza delincuente
mostrando una suavidad
que no me gusta en verdad
con tan depravada gente.
COMENDADOR. ¿Y donde Agustin Mexía?
CONDE. Queda aun guardando la sierra;
aunque terminar la guerra
consiguió su valentía.
COMENDADOR. Grande en el consejo es
su ausencia.
CONDE. Mas sin embargo
cumpliremos nuestro encargo,
que poco falta, los tres.

Sale EL MARQUES DE CARACENA, *virey, ricamente vestido á la usanza militar, y con baston, botas y espuelas.*

MARQUES. ¡Oh gran comendador, oh insigne conde,
perdonad mi tardanza: recorriendo
de la ciudad las calles, receloso
de que hoy pudiera conmoverse el pueblo,
no me ha sido posible mas temprano
al consejo acudir.
CONDE. A muy buen tiempo
llegais, señor marqués.
MARQUES. Era preciso
estar alerta entre el concurso inmenso,
que se ha agolpado á presenciar la muerte
de esos desventurados.
CONDE. ¿Tuvo efecto
sin novedad?
MARQUES. Sin novedad alguna,
y quiera Dios que sirva de escarmiento.
CONDE. Pues estamos los tres, que solamente
hoy, señores, formamos el consejo,

podemos proseguir nuestras tareas,
que ya, gracias á Dios, van concluyendo.

(*Hace una seña, sale el secretario, y se sientan todos en sus respectivos puestos alrededor de la mesa.*)

CONDE. (*Con gravedad.*)
El embarco prosigue en estas costas
con toda actividad. Los tristes restos
que aun en los montes de rebeldes quedan
no dan cuidado ya: rotos, dispersos,
sin encontrar abrigo en parte alguna
desaparecerán rendidos luego.
Solo la fuga audaz de esa morisca,
de la hija de Albenzar, de aquel protervo
que osó llamarse rey, siendo cabeza
en las sérias revueltas de esto reino,
nos pudo ocasionar algun cuidado.
Mas ya noticia positiva tengo
de que fue con su cómplice arrestada
de la vecina Mancha en los linderos.
Debiéndose prision tan importante
á la astucia y presteza del sargento
de aquella tropa misma, que no pudo
la fuga remediar. Y hoy mismo espero
que llegen á Valencia, asegurados
con buena escolta y con seguros hierros.

COMENDADOR. Bendito sea el señor. La tal morisca
me daba, y con razon, graves recelos.

MARQUES. ¿Tanta importancia esa morisca tiene?

CONDE. Mucha: que de belleza es un portento,
y aun mas de discrecion y de osadia.
La sangre y los altivos pensamientos
del padre representa, y con su nombre
podido hubiera reanimar el fuego
de la atroz revelion, aun no estinguido.
Y de que tales eran sus deseos
es prueba el modo de emprender la fuga,
y lo es su direccion hácia Toledo;
en donde los moriscos se preparan
á dar nuevos escándalos al reino.
Mas pues la pone Dios en nuestras manos,
con un castigo rápido y tremendo
imponga á los rebeldes musulmanes
saludable terror, santo escarmiento:
y al rodar su cabeza en el cadalso
húndase de su raza los proyectos.

COMENDADOR. Es su pronto castigo indispensable,
y el castigo á la par de ese protervo,
que osó salvarla con armada mano,
cómplice de sus locos pensamientos.

CONDE. Que la sentencia pronunciada sea,
importa brevedad, pido al consejo.
Y le propongo que la infiel morisca,

y el pérfido traidor, que osó encubierto
con las tinieblas de la noche oscura
la cuerda acometer con tal denuedo,
á su gefe matar y libertarla,
sean sin tardanza en el cadalso puestos,
en donde la cuchilla del verdugo
corte sangrienta sus altivos cuellos;
y que en sendas escarpias las cabezas
queden y sirvan de terror y egemplo
á la raza infernal, mientras las llamas
tornen ceniza sus infames cuerpos.
Propongo este castigo, y nos lo exigen
de nuestro rey la causa y la del cielo.

COMENDADOR. ¿Pero quién es el cómplice alentado
de esa altiva mujer, se ha descubierto?
...Que álgun morisco personage sea
el insensato audaz, señores, creo;
tal impiedad, traicion tan arrogante.
de un cristiano español pensar no puedo.

CONDE. Sea morisco ó cristiano, la sentencia
debe al punto tener cumplido efecto.
Con media hora le basta, si es cristiano,
para impetrar la compasion del cielo.
Y si antes de ponerse el sol llegasen
antes de que se ponga considero
indispensable que presencie el mundo
el urgente suplicio de ambos reos.

MARQUES. .....¿Tal precipitacion?...

CONDE. Es necesaria.

MARQUES. De la pública voz suena en los ecos,
que es fiel y que es cristiana esa morisca;
que lo es de corazon.

CONDE. Siempre estos perros
saben fingirse tales, esperando
hallar asi piedad en nuestros pechos.

MARQUES. Si lo es de veras.....

CONDE. (*Con autoridad.*) Morirá sin duda,
dándole solo el necesario tiempo
para pedir á Dios misericordia.

MARQUES. Al cabo una muger...

CONDE. (*Con calor.*) Ni edad ni sexo
de esta raza infeliz encontrar debe
compasion ni piedad en tal momento.
Y no es mujer, señores; es la hija
del que á llamarse se atrevió soberbio
rey de Valencia; del que fué aclamado
como tal rey por el morisco pueblo;
del que la guerra atroz ha embravecido,
dejando un nombre, aunque en verdad funesto,
á esa infelice, que turbar pudiera
el reposo y quietud de todo el reino.
Su muerte es necesaria para darnos

seguridad; y lo es para escarmiento
la del osado que salvarla pudo,
un atroz homicidio cometiendo.
Que vacile me pasma en este punto
el valor y entereza del consejo.
Torno la misma pena á proponerle
que ha un momento indiqué. Y á tal estremo
llega mi conviccion de que la exigen
la justicia del trono y la del cielo;
que si fuera hijo mio el alevoso,
y ella mas pura que el mayor lucero,
y mas cristiana que mi madre misma,
al patíbulo juntos, al momento
de llegar á Valencia los sacara,
sin dar indicios de dolor mi pecho.

COMENDADOR. Tal consideracion pesa en mi mente,
y la sentencia que indicais apruebo.
El nombre de Albenzar es necesario
estinguir de una vez. Y en cuanto al reo,
la ley está, señores, terminante:
dos crímenes en él graves advierto;
haberle dado á un capitan la muerte,
que estaba con lealtad al rey sirviendo;
y haber prestado auxilio á los moriscos,
accion vedada por el bando régio.
Justa es la pena que á los dos se impone,
y es conveniente ejecutarla presto.

CONDE. ¿Y vos, señor marques?...

MARQUES. (*Dudoso.*) Yo... señor conde...
Mas detencion quisiera, lo confieso.
que es criminal el robador es claro,
de un atroz homicidio lo es al menos;
pero á una jóven por su nombre solo,
pues que sea criminal aun no sabemos,
á una jóven, que dicen ser cristiana,
á una muger en fin... No: me estremezco,
no puedo condenar...

CONDE. (*Con firmeza.*) Cuando lo exigen
de la iglesia la paz, y la del reino,
y el delito de fuga está probado
escrúpulos tan nimios no comprendo.

MARQUES. Mi voto no entorpece la sentencia;
dada está, pues que tiene ya los vuestros,
no ha menester para cumplirse el mio.

CONDE. Asi es, señor marques. Mas considero
que la unanimidad fuera importante
para resolucion de tanto peso.

MARQUES. Cada cual deje su conciencia á salvo.

CONDE. (*Resuelto.*) Yo ratifico mi opinion de nuevo.

COMENDADOR. Yo con ella de nuevo me conformo.

MARQUES. (*Levantàndose de la mesa.*)
Vuestra es la votacion.

CONDE. Estadme atento,
y estended la sentencia, secretario.
(*El conde dicta en voz baja y el secretario escribe.*)

MARQUES. (*Paseándose lentamente aparte.*)
Tal vez al rey disguste... Mas no puedo
resolverme á votar esa sentencia.
—Mi corazon angustian los recuerdos,
que jámas se han borrado de mi mente.
...¡Ay!... hoy destrozan mi abismado pecho
como un puñal agudo envenenado.
...¡Oh montes de Alajuár!... ¡Oh santo cielo!
¡diez y ocho años! Mi agitada mente
vaga sin luz en laberintos ciegos.
(*Pausa.*)
Es la hija de Albenzar... ¿cómo pudiera?
Es la hija de Albenzar... si me resuelvo.
Nada añade mi firma á la sentencia.
Si el rey, si mis amigos, si el consejo
desconfian tal vez por mi repulsa
de mi lealtad, de mi cristiano celo...
resuelto estoy.

CONDE. Comendador, la firma.
(*Firma el comendador.*)
¿Y persistís, marques?... dudoso os veo.

MARQUES. (*Acercándose á la mesa.*)
Aunque la compasion que siempre inspira
la tierna juventud pudo mi pecho
conmover, que me adhiera al cabo es justo
á vuestra decision, que yo respeto.
De mi rey el servicio, y del Estado
la próspera quietud son lo primero. (*Firma.*)

CONDE. Siempre tal esperé, marques ilustre,
vuestra sangre gloriosa cónociendo.
(*Al secretario.*) Refrendadla y selladla, secretario
Y haced que el bando se publique luego:
puesto que debe ser ejecutada
en cuanto lleguen los inicuos reos.

(*Vase el secretario con la sentencia, y el conde y el comendador y el marqués se levantan de la mesa y vienen al proscenio.*)

MARQUES. Hasta mañana conveniente fuera
acaso dilatar...

CONDE. (*Con viveza.*) ¿Y con qué objeto?
De rebelion el espantoso crimen
pide castigo rápido y violento,
pues con uno tan solo, las mas veces,
egecutado sin perderse tiempo
se atajan graves daños.

COMENDADOR. Sí, se atajan.
Y es piedad el rigor que pone freno
á delitos sin fin. que arrastrarian
al patíbulo víctimas sin cuento.

Sale EL SECRETARIO.

SECRETARIO. Señores, han llegado
los presos á las puertas de Valencia,
y el sargento, encargado
de ellos, espera del consejo audiencia.

CONDE. ¡ Oportuna llegada!
De la ciudad previne que á la entrada
los presos detuvieran,
temiendo que la plebe conmovieran.
Y mandé que al momento
viniese á mi presencia ese sargento,
con todas las noticias y papeles,
que debe haber cogido á esos infieles,
(*Al secretario.*)
Esa torre contigua á este palacio
á los dos reos guarde:
puesto que han de vivir tan corto espacio
como hay de aqui á la tarde.
Y venga un religioso,
que, si cristianos son, pueda piadoso
absolverlos propicio,
y acompañarlos luego hasta el suplicio.

SECRETARIO. ¿ Y el sargento?

CONDE. Que mas no se detenga
á presentarse ante el consejo venga.
(*Vase el secretario.*)
La bengala ha ganado
con el celo y valor que ha desplegado.
(*Se sientan otra vez en la mesa el conde, el marques y el comendador.*)

Sale EL SARGENTO *como quien viene de camino, y se detiene respetuoso á la entrada.*

CONDE. No os detengais, valiente.
Decid cómo encontrásteis á esa gente,
y cuando hayais logrado en el camino
descubrir de su ciego desatino.

SARGENTO. Perdone vuescelencia,
que razon es se turbe en la presencia
de este augusto consejo,
y que se muestre atónito y perplejo
un oscuro soldado,
al campo y al cuartel acostumbrado.

CONDE. Vuestra lealtad y celo
os deben de quitar todo recelo.
Y ya el consejo piensa
en daros la ganada recompensa.
Hablad, pues, que os escucha.

SARGENTO. Mi gratitud á su bondad es mucha.
(*Se adelanta.*)
Seguí con cuatro soldados

la pista á los fugitivos,
por enmarañados bosques,
por arperezas y riscos,
reconociendo cabernas,
registrando caseríos,
sin descansar un momento,
sin concederme un respiro;
cuando á la segunda noche
de fatiga el cielo quiso,
con las noticias recientes
que recogí en un apriseo,
indicarme que no habia
equivocado el camino.
Pues que aquella misma tarde,
un viejo pastor me dijo,
habian estado en la choza,
con el caballo rendido,
el mancebo y la morisca,
que buscaba con ahinco.
Tambien me indicó la senda
que tomaron y aun el sitio
donde estarian, que incautos
tal vez de él dieron indicios.
Me arrojé á su alcance al punto
mas constante y mas activo,
aunque ya mis camaradas
estaban desfallecidos.
Marchamos la noche toda,
y ya en el término mismo
de Castilla, al sol naciente
llegamos á un lugarcillo
miserable, y en su ermita
con los desdichados dimos.

MARQUES. (*Admirado.*)
¿En una ermita?

SARGENTO. Y con ellos
un sacerdote...

MARQUES. ¡Dios mio!
¿Un sacerdote?

SARGENTO. Allí estaba...

COMENDADOR. ¿Cómplice...?

SARGENTO. Yo sus designios
no sé, señores, ni tiempo
le dí, para descubrirlos,
Pues fuí mas veloz que un rayo,
en cuanto á los fugitivos
reconocí, en sorprenderlos,
atarlos y conducirlos.
El mancebo valeroso
uso hacer restado quiso
de un pedreñal, que llevaba
junto al estoque en el cinto.

Pero yo con la gineta
le dí un golpe con tal tino,
que le hice perder el sayo
rindiendo á mis pies su brio.
La morisca desmayóse,
y el cura resistir quiso
que los prendiese, y furioso
yo no sé cuánto me dijo
de matrimonio, de fieles,
de profanacion, de ritos.
Pues sin escucharle nada,
asegurados y listos,
saqué al campo mis dos presos,
y hácia aqui tomé el camino.

CONDE. De su magestad en nombre,
por tan completo servicio,
os doy la bengála.

COMENDADOR. Es justo.

MARQUES. El rey sabrá vuestro brio.

SARGENTO. Yo me confundo, señores,
y honras tan grandes estimo.

MARQUES. (*Suspenso.*) ¿En una ermita?... ¿Con ellos
un sacerdote?... Es preciso...

CONDE. (*Interrumpiéndole con severidad.*)
Nada en el momento importa.
Fácil será descubrirlo
despues. Lo que ahora interesa
es que salgan al suplicio.

COMENDADOR. (*Al sargento.*)
¿Y habeis, decid, descubierto
por ventura en el camino
algo de sus locos planes?

SARGENTO. Ni una palabra me ha dicho:
á mis contínuas preguntas
con sollozos y gemidos
la morisca contestaba;
y el mancebo con desvío,
guardando tenaz silencio
impenetrable y tranquilo.

CONDE. Son esos perros muy duros.

MARQUES. ¿El es tambien un morisco...?

SARGENTO. No señor, que es caballero
español, y muy altivo.
Su porte y sus ademanes
dan de alta nobleza indicios.

MARQUES. (*Con interes.*) ¡Y la morisca?

SARGENTO. Confieso,
y no soy muy compasivo,
que lástima algunos ratos
me causaba el verla, fijos
en el mancebo los ojos;
y el rostro, que es un prodigio,

de lágrimas inundado.

COMENDADOR. ¡Y fugarse no han querido?

CONDE. ¡No han tentado con ofertas
vuestra lealtad?

SARGENTO. ¡Pues qué? digo,
¡á esta cara, á estos mostachos
se atrevieran los nacidos,
con tales proposiciones?..,
Se guardáran, vive Cristo.

CONDE. ¿Y les hallasteis papeles?

SARGENTO. Lo primero fué el bolsillo
registrarles, y por cierto
no lo llevaban provisto.
Y aunque lo hubieran llevado
de oro y de joyeles ricos...
Dios me libre; por mi vida
seguro estaba, lo afirmo;
que soy montañés, y nunca
me apropio lo que no es mio.
Registrélos por si acaso
encontraba algun indicio
de traicion. Mas solamente
en la escarcéla del lindo,
(Saca un paquete de cartas atadas con un liston.)
atados con esta cinta
encontré estos papelillos,
que me parecen las cartas
de algun buen padre á su hijo.
Pero como no conserva
ninguna su sobrescrito,
y están en abreviatura
las firmas, nada he podido
yo, que soy lector escaso,
sacar, señores, en limpio.

CONDE. A ver... dádmelas.

SARGENTO. *(Se acerca á la mesa y entregá el paquete al conde.)*
Son estas;
no llevaba mas consigo.

CONDE. Id con Dios. Muy satisfecho
queda de vuestros servicios
el consejo, y el despacho
tendreis de capitan vivo.

SARGENTO. Y yo, por honra tan grande
ante el consejo me humillo. *(Aparte yéndose.)*
Si hoy empuño la bengála
no habrá quien pueda conmigo. *(Vàse.)*

MARQUES. *(Con ansiedad.)* Señor conde, ¿qué os detiene
las cartas en recorrer?
importante puede ser
lo que en ellas se contiene.

CONDE. *(Pone el paquete cual lo recibió sobre la mesa, y encima de él la mano.)* Segun ha dicho el sargento

no presentan luz alguna.
Y si la dan, oportuna
no la juzgo en el momento.

COMENDADOR. *(Perplejo.)* Si es caballero español
ese reo... descubrir...

CONDE. *(Con entereza.)*
¿Para qué, si ha de morir,
aunque fuera el mismo sol?
De nada le sirve al juez
el nombre del delincuente;
antes gran inconveniente
es el saberlo tal vez.
(Pausa.)
¿Que ese preso ha asesinado
á un capitan, de servicio
en importante ejercicio,
no está, señores, probado?

MARQUES Y COMENDADOR. Sí lo está.

CONDE. ¿Y la general
ley, de todos conocida,
no condena al homicida
á la pena capital?

MARQUES Y COMENDADOR. Es cierto.

CONDE. ¿Y no es evidente
que siendo traidor al rey,
ha quebrantado la ley,
en que terminantemente
se prohibe el impedir
del bando infiel la espulsion,
condenando, y con razon,
á quien lo intente á morir?

MARQUES Y COMENDADOR. No hay duda.

CONDE. *(Resuelto.)* Pues solo veo
en quien hizo cosas tales,
de dos penas capitales
un imperdonable reo.
Y dada desde esta silla
una sentencia legal,
aunque sea el criminal
un infante de Castilla,
se ha de cumplir, vive Dios.

Sale EL SECRETARIO.

SECRETARIO. Ya va á publicarse el bando,
y el pueblo hierve anhelando...

CONDE. ¿El suplicio de los dos?
dentro de una hora será.

SECRETARIO. No señor. Suenan rumores...

CONDE. *(Con desprecio.)*
¿Qué dicen los habladores?
...Mas ¿quién créditos les da?...

SECRETARIO. Dicen que un Grande de España
es el mancebo.

CONDE. *(Con burla.)* ¿No mas?

SECRETARIO. Y que su accion es quizás
mas bien que delito, hazaña.
Dicen que cristiana y fiel
es la morisca... Son varios
los cuentos estraordinarios
que de ella cunden y de él,
y reina gran ansiedad.

CONDE. *(Con viveza.)*
Las tropas á todo evento,
no haya algun traidor intento,
señor marques, preparad.

MARQUES. *(Levantàndose.)*
Voy. mas juzgo necesario,
puesto que en la poblacion
reina alguna agitacion,
como dice el secretario,
á punto fijo saber
la importancia del tal reo,
y por esas cartas creo
que se podrá conocer.
Pues aunque el sargento rudo
nada de ellas descubrió,
si bien se examinan, yo
que algo se encuentre no dudo.

COMENDADOR. Pues que no se ha de alterar
por su contenido en nada
la sentencia pronunciada,
se pueden examinar,
para que las precauciones
segun la clase del preso...

MARQUES. Solamente para eso
busco estas indagaciones.

CONDE. *(Incomodado.)*
Accedo contra mi gusto,
si os anima ese interes;
pues con esa razon, es
que yo me conforme justo.

(Desata el paquete de cartas, y al ver la primera, se demuda, tiembla, se levanta y manifiesta gran sorpresa y turbacion.)

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Es verdad,
ó es un sueño que me engaña?...

MARQUES. *(Aparte.)* ¡Qué turbacion tan estraña!
(Alto.) ¿Por qué, conde, esa ansiedad?...

CONDE. ¡Ay de mí!... ¡suerte cruel!!!

COMENDADOR. ¿Qué descubrís, señor conde?
¿Qué grave secreto esconde
ese angustioso papel?

MARQUES. *(Dudoso.)* Yo la causa no colijo...

CONDE. *(Fuera de sí.)*

Amigos... El criminal
que va al cadalso fatal...
es...

MARQUES Y COMENDADOR. (*Con gran ansiedad.*)
¿Quién es?

CONDE. ¡Cielos! Mi hijo.

(*Cae sin sentido en el sillon, y le cercan y socorren atónitos el marqués, el comendador y el secretario.*)

ESCENA III.

Decoracion corta, que representa el interior de una reducida prision, y salen MARÍA *y* DON FERNANDO, *vestido de soldado, y ambos con cadena y en gran abatimiento.*

MARÍA. ¡Oh Fernando!

DON FERNANDO. ¡Ay María!

MARÍA. ¡Esposo mio!... ¡Cielos!

DON FERNANDO. Al darme tú ese nombre,
en guirnaldas se tornan estos hierros.
¿Qué me importa la vida,
si en tus brazos la pierdo,
y juntas nuestras almas
de este mundo infeliz alzan el vuelo,
inocentes y puras,
á recibir á un tiempo
en la mansion celeste
la santa bendicion del Dios eterno?

MARÍA. ¿Tú morir?... ¡Mi Fernando!
¿Tú morir?... Me estremezco.
...¿Qué delito es el tuyo?...
Muera yo sola, pues delito tengo.
Si, nací delincuente,
la sangre que en mi pecho
por tí late es delito,
delito propio que pagar yo debo.
¿Pero tú?...

DON FERNANDO. El adorarte
es un crimen horrendo
á los ojos del mundo,
y de tal crimen me pregono reo.

MARÍA. ¡Fernando!

DON FERNANDO. ¡Dulce esposa!

MARÍA. (*Con gran vehemencia.*)
Sálvate, te lo ruego.
No me espanta la muerte,
no me espantan los bárbaros tormentos,
si tu vida se salva.

DON FERNANDO. Yo sin tí la detesto,
y es ya morir contigo
la mayor dicha que afanoso anhelo.

MARÍA. ¡Fernando!... tus palabras
desgarran ¡Ay! mi pecho.
¿tú morir?... No, ¡Dios mio!
Una víctima basta.

DON FERNANDO. (*Con gran ternura.*) Amor y el cielo
hoy piden dos.

MARÍA. Esposo:
yo sola morir debo.
Cumpliéronse mis dias...
pues alcancé á ser tuya, nada espero.
¡Pero tú!... No contemplas
el porvenir inmenso,
que Dios te da propicio?...
Ingrato, ¿podrás, tú, desconocerlo?
Tu padre... sí, tu padre...

DON FERNANDO. Calla, calla. ¡oh tormento!...
Allá en Flandes me juzga...
Sepa quien soy, despues que hubiere muerto.
...¿Yo, sin poder salvarte
intentar?... ¡Dios eterno!
Jámas.

MARÍA. Sí, que resuelta
á revelarle voy todo el secreto.
Yo llamaré á tu padre,
y á sus pies...

DON FERNANDO. Vano esfuerzo:
es un juez inflexible.

MARÍA. Pero es padre tambien.

DON FERNANDO. Tambien soy reo.

MARÍA. ¿De qué crimen?

DON FERNANDO. De amarte.

MARÍA. ¿Qué importa, si yo muero?

DON FERNANDO. De un homicidio.

MARÍA. Es falso.
El dar castigo á un forzador perverso
salvando á una infelice,
No ha sido en ningun tiempo
crímen. Y tu inocencia
publicará mi lábio al universo.

DON FERNANDO. Y moriré.

(*Se oye ruido, y el cerrojo y llave de la prision.*)

MARÍA. (*Suspensa.*) ¿No escuchas?...

DON FERNANDO. ¡Qué horror!...

MARÍA. ¿Llegó el momento?...

DON FERNANDO. (*Mirando á la puerta sobrecogido de terror.*)
¡Mi padre!... ¡Oh desventura!
Huye, déjame solo, te lo ruego.

(*Empuja á María con violencia, hasta sacarla de la escena, y él queda confuso al lado opuesto de aquel por donde se escuchó el ruido.*)

Sale EL CONDE DE SALAZAR, *embozado, y se detiene á la entrada, clavando los ojos en don Fernando, y retirándolos al empezar á hablar.*

CONDE. El es.—¿Podrá mi valor
tan alto punto alcanzar?
—Mi planta siento temblar.
¡Oh cielos!... dadme favor.
Mas si él es... ¿qué espero aquí?
Si es cierta mi desventura,
¿qué busco ya, qué procura
mi afan?... ¡infeliz de mí!
(*Pausa.*)
Si no fuera criminal...
¡Ay!... Si disculpa aun tuviera...
Si alguna desdicha fiera
le arrebató á esceso tal...
¿Ya pretendo alucinarme
buscando disculpas vanas?
¿Quiero mancillar mis canas?
(*Resuelto.*)
Solo huyendo he de salvarme.

(*Va á partir, y se detiene á la primera voz de don Fernando, pero sin desembozarse ni volver el rostro.*)

DON FERNANDO. ¡Padre!... ¡Señor!... ¡Padre mio!
(*Corre y se arroja à sus pies, y le abraza las rodillas.*)
Una vez entrado aquí,
¿os vais si hablarme así,
abandonándome impio?

CONDE. (*Inflexible y sin volver el rostro, y con afectado sosiego.*)
Tengo un hijo solamente,
que sigue en Flandes la guerra.
¿Cómo puede en esta tierra
preso estar, ser delincuente?

DON FERNANDO. Golpes de fortuna son,
que esplicados...

CONDE. (*Con reconcentrado furor.*)
¡Esplicar,
¡oh traidor! el ayudar
á la morisca nacion!!!

DON FERNANDO. (*Abatido.*) ¿Yo... caballero... cristiano
á tal crímen arrojarme?...
(*Despechado.*)
¿Y quien osa apellidarme
traidor?... ¡Cielo soberano!
¡Padre!

CONDE. (*En la misma actitud.*)
El delito es patente.
¿No osasteis vos atacar
los rebeldes por salvar...?

DON FERNANDO. (*Con energía.*)
Quien tal os ha dicho miente.

CONDE. Y de noche en un camino,
quebrantando toda ley,
de un capitan de su rey,
fuera mi hijo el asesino?

DON FERNANDO. (*Levantándose con dignidad.*)
¡Padre! ¡Padre! Basta ya.
¡Asesino!... ¿Quién, señor?
¿De vuestra sangre el valor
juzgais que tan bajo está?
(*Con entereza.*)
Con razon y frente á frente
cruzándose los aceros,
cual cumple entre caballeros,
le herí, señor, noblemente.
A una infelice amparando
que en un monte violentar
quiso el feroz militar,
de su poder abusando.
Al gemido del despecho
de la víctima acudí,
y logré salvarla. Sí...
vos lo mismo hubiérais hecho.
Que amparar á una muger
oprimida y principal
de todo ultraje brutal,
es un sagrado deber.

CONDE. (*Se va volviendo lentamente, enternecido al oir los últimos versos, se desemboza, y sin mirar aun á su hijo, dice aparte muy conmovido.*)
¡Cielos!... Cielos!... Si es asi,
disculpa tiene su arrojo
Gran disculpa. (*Alto.*) Me sonrojo
de haber dudado de tí.
(*Le echa los brazos.*)
¡Hijo mio!... ¡Hijo!
(*Despues de una ligera pausa, recobra su entereza, y lo separa de sí con severidad.*)
Mas... no.
Con la mora te fugaste,
y el decreto quebrantaste
que darle amparo prohibió.
Y salvando de Albenzar
á la atrevida heredera,
del rebelde la bandera
del polvo osastes alzar.

DON FERNANDO. (*Con vehemencia.*)
¡Padre!... ¡Padre!... Yo salvé
en tan crítico accidente
á una muger inocente,
que nunca rebelde fué.
(*Con entusiasmo.*)
Cristiana es, pura, leal,
de Albenzar la hija. Es portento

de virtud y entendimiento,
un encanto celestial.
(*Cae de rodillas á los pies del padre.*)
...Y... Padre, padre, perdon.
...Es la esposa de tu hijo.

CONDE. (*Atónito.*) ¿Qué es lo que tu labio dijo?
¿Esposa tuya?... ¡Oh baldon!
(*Con gran ansiedad.*)
¿Cuándo?... Acaba... ¿cómo pudo?...

DON FERNANDO. (*Ahogado.*) Cuando nos halló el sargento,
se elevaba á sacramento
nuestro indisoluble nudo.
En un lugar de mi estado
nos ha unido á ambos á dos
el sacerdote ante Dios,
con el rito acostumbrado.

CONDE. Tú, ¿de una morisca?... di?

DON FERNANDO. Dios santo es de ello testigo.

CONDE. (*Furioso.*) ¡infeliz!!! Yo te maldigo.

DON FERNANDO. (*Aterrorizado.*)
¡Padre!!!... ¡Qué horror!... ¡Ay de mi!
(*Cae al suelo.*)

CONDE. (*En actitud amenazadora, y con terrible furor.*)
Vuele al cadalso la infiel,
y que del verdugo el brazo
rompa y destroce ese lazo,
dogal para mí cruel.
(*Yéndose precipitado.*)
Que no se retarde mas
el suplicio, ni un instante.

DON FERNANDO. (*Arrastrándose tras de su padre.*)
Como esposo, como amante,
debo tambien...

CONDE. (*Volviendo con rapidez.*)
Morirás. (*Vase.*)

Sale MARÍA, *y estrecha en sus brazos á don Fernando.*

MARÍA. Todo lo escuché... ¡Dios mio!
De bronce ó de mármol soy
pues lo escuché y viva estoy.
¡Oh crueldad!... ¡Oh padre impio!
Fernando... Fernando... Esposo...

DON FERNANDO. Mejor dime tu verdugo:
pues darme al destino plugo
tormento tan espantoso.
Yo... Sí, de tu perdicion
soy la causa...
(*Desesperado.*)
¡Horrible suerte!
pues que te arrastro á la muerte
con mi necia indiscrecion.

De mi padre la violencia,
para romper nuestro lazo,
á apresurar corre el plazo
de la espantosa sentencia.

MARÍA. ¡Fernando!

DON FERNANDO. Ya no hay piedad,
cerróse toda esperanza.

MARÍA. Aun tengamos confianza
en la celeste bondad.

DON FERNANDO. Me horrorizo, me confundo...

MARÍA. Si te salvo con mi muerte
como ya espero, mi suerte
es la mas feliz del mundo.

DON FERNANDO. ¿Yo sin tí la vida?... No:
juntos al cielo volemos,
que allí el amparo tenemos
del que al hombre redimió.

Salen EL ALCAIDE *y dos* ALABARDEROS.

ALCAIDE. Si sois cristianos, venid,
que un religioso os espera
en la capilla de afuera:
vuestras almas prevenid.

MARÍA. ¡Fernando!... ¡Esposo!... ¡qué horror!

DON FERNANDO. (*Con resignacion y dignidad.*)
Pura, angelical María,
sea la Virgen nuestra guia,
y muramos con valor.
(*Vanse.*)

ESCENA IV.

El teatro representa el gran salon del consejo. Salen EL COMENDADOR *y* EL SECRETARIO.

COMENDADOR. Terrible es la situacion
del conde de Salazar.
¿Es cierto que fué á apurar
su desdicha á la prision?

SECRETARIO. El hijo á reconocer,
pues aun dudaba que él fuera,
entró en la torre.

COMENDADOR. Quisiera
poderle en algo valer.
¡Tal afrenta!... ¡Desdichado!
¿Su hijo, heredero traidor?...
¿A mancha tal en su honor
qué objeto le habrá llevado?
Parece imposible.

SECRETARIO. Es cierto.

Yo juzgo que alguna cosa
escondida y misteriosa
reina en tanto desconcierto.

Sale EL MARQUES DE CARACENA, *apresurado.*

MARQUES. ¿Dónde... dónde el conde está?
SECRETARIO. No ha vuelto de la prision.
MARQUES. Muy temible agitacion
cundiendo en el pueblo va,
y es preciso...
SECRETARIO. El conde viene.
COMENDADOR. (*Mirando á la entrada.*)
De un cadáver insepulto
mejor digérais el bulto:
de un espectro el aire tiene.

Sale EL CONDE DE SALAZAR, *demudado y descompuesto, y sin reparar en nadie se arroja despechado, en un sillon.*

COMENDADOR. (*Acercándose con timidez.*)
Señor conde... ¿y es verdad...?
CONDE. (*Con terrible acento.*)
Al cadalso esa mujer.
Pronto, pronto.
MARQUES. (*Con firmeza.*) Puede haber
alguna dificultad.
CONDE. (*Furioso.*) Ninguna. Al cadalso luego.
De este peso me liberte,
que hoy me abruma, con su muerte.
MARQUES. (*Acercándose.*) Señor, escuchadme os ruego.
La morisca está casada.
CONDE. (*Fuera de sí.*) ¡Infamia!... ¡afrenta! El sayon
tal lazo de maldicion
romperá
MARQUES. (*Con teson.*) Queda salvada
siendo su esposo cristiano:
la ley terminante es.
CONDE. No en este caso marqués.
MARQUES Y COMENDADOR. Considerad...
CONDE. (*Levantándose, y con actitud y tono de dominio.*)
Es en vano;
que la sangre de Albenzar
se estermine manda el rey,
y esta es la suprema ley
que cumplida ha de quedar.
VOCES DENTRO. Detente.
OTRAS DENTRO. Atrás.
OTRAS DENTRO. ¿Estás loca?
FELISA. (*Dentro.*) Entraré aunque os pese á vos,
que el paso abre siempre Dios
á quien su justicia invoca.

MARQUES. (*Sobresaltado.*) ¿Qué alboroto puede ser...?
COMENDADOR. (*Mirando á fuera.*)
Las guardias atropellando
hasta aquí mismo va entrando
frenética una mujer.
FELISA. (*Dentro, pero mas cerca.*)
Dios me envia; respetad...
VOCES DENTRO, PERO CERCA. Atrás... Pronto.
FELISA. (*Dentro.*) Es inocente,
y Dios justo no consiente...
MARQUES. (*Decidido, acercándose á la entrada.*)
Guardias, el paso dejad.

Sale FELISA, *muy agitada y descompuesta.*

FELISA. (*Fuera de sí.*) No es morisca, que es cristiana.
De Albenzar no es hija, no:
del trueque culpa soy yo:
es de sangre castellana.
COMENDADOR Y SECRETARIO. ¿Qué dice?
MARQUES. (*Con viveza.*) ¿Qué?...
CONDE. ¡Oh confusion!
MARQUES. (*Acercándose á Felisa con mucho interés.*)
Habla, mujer.
CONDE. (*Agitado.*) Habla, dí.
FELISA. Prestad, que os cumple, atencion.
(*Con rapidez.*)
Ha dieciocho años
que estando una noche
con mi amado esposo,
que del cielo goce,
sola en mi cabaña,
en aquellos montes,
que en sus hondas quiebras
á Alajuár esconden,
tocó fatigado,
perdido en el bosque,
huyendo la furia
de unos salteadores,
pidiendo socorro,
á mi puerta un hombre.
Bajó de un caballo,
y en la choza entróse;
y al desembozarse
demostró en su porte
ser hombre de cuenta,
que esto se conoce.
Ví que un envoltorio
resguardaba, donde
de un recien nacido
noté los clamores.
Pregunto curiosa,

me acerco, y mostróme
un ángel del cielo,
una niña, entonces
de dos ó tres dias,
con tales facciones,
con tanto atractivo
de celestes dotes,
que con sus encantos
el alma robóme.
Presentéle el pecho,
y ansiosa tomóle;
(tres meses habria
que de mis amores
el fruto perdiera)
y la niña hallóse
tan bien en mis brazos,
que al momento el hombre,
si queria encargarme
de ella, preguntóme.
Con el alma, dije;
y él repuso entonces:
Ya está cristianada,
María es su nombre,
y de vuestras dichas
puede ser el norte.
Mas secreto importa,
que un misterio esconde
que interesa mucho
á grandes señores.
Yo volveré à veros,
pues que ya sé donde.
Y algunas monedas
dándome, partióse.

MARQUES. (*Muy agitado.*) Acabad.

FELISA. Yo loca,
no por tales dones,
sino con la niña,
á poner fui en órden
sus ricos pañales,
que decian á voces
ser aquella prenda
de sangre muy noble.

MARQUES. (*Con ansiedad.*) ¿Y qué hiciste?... dime.
¿En dónde está?... ¿dónde?
Infeliz, acaba,
que el alma me rompes.

FELISA. Á los pocos dias
de parto murióse
de Albenzar la esposa,
y proposiciones
de criar su hija
me hicieron. Entróme

deseo, llevada
(que al cabo era pobre)
de obligar con ello
á Albenzar, al hombre
de mayor riqueza
en aquellos montes;
y amo, á quien servian
tambien de pastores
mi padre ya viejo,
y mi esposo aun jóven;
accedí, encarguéme
de la crianza doble:
tomé á la morisca,
y á las pocas noches
tuve la desgracia
de que diera un golpe,
mientras yo dormia,
cayendo del borde
de la cama al suelo,
que la muerte dióle.
Yo desatentada,
confundida entonces,
de Albenzar temiendo
los justos furores;
y no habiendo vuelto
á ver á aquel hombre,
que la otra criatura
me trajera...

MARQUES. Acorte
palabras tu labio,
escuse razones.
Le diste por hija
la niña del bosque.

FELISA. Sí, señor. Confieso
mi delito enorme.
Le engañé. Y á poco
con ella llevóme
á su casa, y nunca
de mí separóse.

MARQUES. (*Aparte.*) ¿Cómo yo encontrarla
con morisco nombre?
(*Alto á Felisa.*)
Infame... ¿la hiciste
morisca?... Responde

FELISA. (*Con fervor.*) La crié cristiana,
que aunque nací pobre,
de cristianos viejos
y de raza noble
castellana sangre
por mis venas corre.
Cristiana, inocente
es esa que atroces

habeis condenado.
Dios os lo perdone.
(*Profunda sensacion.*)

CONDE. ¡Oh cielos!... Respiro.

MARQUES. ¿Y encontraste sobre
la niña... en sus ropas?...

FELISA. En un lienzo doble,
este pergamino
y esta cruz.

(*Saca del pecho un pequeño pergamino escrito, y una crucecita de oro, que entrega al marqués. Este reconoce uno y otro enagenado de gozo.*)

MARQUES. Rompióse
el velo angustioso,
al fin la hallé... ¿y dónde?
¡Ay hija del alma!
(*Dentro cajas.*)
¡Funesto redoble!

CONDE. Volad, secretario,
suspended el golpe...

MARQUES. (*Con ansiedad.*) Volad, y rompiendo
sus duras prisiones,
vengan á mis brazos.
(*Vase el secretario.*)

FELISA. (*Enagenada de gozo.*)
¡Oh Virgen!... Salvóse.

(*Va á marchar, y la ase de un brazo y la detiene el conde.*)

CONDE. Muger, decid, ¿es seguro
cuanto aquí habeis revelado?

FELISA. Yo por el crucificado
delante de Dios lo juro.
El vicario de Alajuar,
á quien yo en la confesion
hice esta declaracion,
me puede justificar.
(*La suelta el conde y se va.*)

CONDE. (*Deteniendo al marques.*)
¡Señor marques!...

MARQUES. (*Con viveza.*) Sí; es mi hija,
y de una ilustre señora...
no es posible entrar ahora
en esta historia prolija.
Basta decir que casado
yo con la madre estuviera,
si la muerte no la hubiera
á mi amor arrebatado.

COMENDADOR. (*Deteniéndolo tambien.*)
¿La niña, cómo quedó
en un abandono tal?

MARQUES. Porque mi estrella fatal
en ahogarme se empeñó.
Mataron los salteadores
al volver á mi criado,

y me quedé condenado
á mil dudas y temores.
Despues mil pesquisas hice
en vano... ¿cómo acertar
que era la hija de Albenzar
la que buscaba?... ¡Infelice!

COMENDADOR. Ya vienen.

MARQUES. (*Enagenado.*) ¡Dulces pedazos
del alma! (*Observando.*) ¡Ay!... ¡su madre es!

Salen DON FERNANDO *con* CORBACHO, MARÍA *con* FELISA, *y demás* GUARDIAS Y PUEBLO DE VALENCIA.

DON FERNANDO. (*Arrojàndose á los pies del conde.*)
Padre mio: á vuestros pies...

CONDE. (*Con gran ternura.*)
Toma, hijo mio, los brazos.
(*Se abrazan.*)

MARÍA. (*Arrojándose en brazos del marques.*)
¡Señor!... ¿Vos?...

MARQUES. (*Fuera de sí.*) ¡Oh prenda mia!
(*Pausa.*)
¡Oh conde!...

CONDE. ¡Oh marques! ¡oh amigo!
Yo su santa union bendigo.

(*El conde empuja de un lado á don Fernando, y el marqués de otro á María para que se abracen.*)

MARQUES. (*Al conde.*) Será la heredera mia.

COMENDADOR. (*Enternecido.*) ¡Cielos!

FELISA. (*A corbacho.*) Milagro es patente.

CORBACHO. Lo es sin duda.

COMENDADOR. A la inocencia
siempre ampara la clemencia
del Dios santo omnipotente.

Sevilla, 1841.

FIN DE LA COMEDIA.

EL CRISOL DE LA LEALTAD.

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

AL ILUSTRÍSIMO SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO: *en testimonio de antigua, constante y respetuosa amistad,*

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

PERSONAS.

LA REINA DE ARAGON, *dama*.
DOÑA ISABEL TORRELLAS, *dama*,
DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *galan*.
DON LOPE DE AZAGRA, *barba*.
MAURICIO, *monge benito*.
EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, *viejo*.
FORTUN TORRELLAS, *viejo*.
JOFRE DE ALVÉRO, *galan*.
ALVARO GARCES, *galan*.
BERRIO, *gracioso*.
SANCHA, *graciosa*.
ANTON, *ventero*.
RITA, *ventera*.

COMPARSAS.

RICOS HOMBRES *é* INFANZONES.
CLERIGOS *del séquito del arzobispo*.
TRES CABALLEROS *del séquito de Torrellas*.
CUATRO IDEM *del séquito de don Lope de Azagra*.
DAMAS. . . } *de la reina*.
PAGES. . . } *de la reina*.
GUARDIAS. . } *de la reina*.
CUATRO VILLANOS *del séquito de don Lope de Azagra*.

La accion pasa en Zaragoza y sus cercanias el año de 1163.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la espaciosa cocina de una venta en las cercanías de Zaragoza. Aparecen ANTON *atizando el hogar y* RITA *mirando á la puerta con inquietud.*

RITA. Mal fuego de Dios, amén,
sobre esa gente maldita
caiga, y pronto.
ANTON. Calla, Rita.
Prudencia y cachaza ten.
RITA. ¿Cachaza y prudencia. Anton,
cuando al punto en que llegaron
ayer tarde, nos robaron
dos ovejas y un lechon!
Y gracias que en el pajar
estaban ya las gallinas.
Dime en fin qué determinas,
pues voy la puerta á atrancar.
ANTON. (*Acercándose.*)
¿Sancha y Berrio no han salido
á recoger el ganado...?
pues cuando esté á buen recado
tomaremos un partido.
RITA. El de la venta cerrar
y defender nuestra hacienda.
ANTON. (*Receloso.*)
El diablo que la defienda,
que en ello se puede errar.
RITA. (*Con viveza.*)
Defenderse de ladrones
es justo.
ANTON. ¿Y estos lo son...?
RITA. Las ovejas y el lechon
lo dirán.
ANTON. No mas razones.
Calla la boca, muger.
Esas gentes por momentos
armas reciben y aumentos:
...sabe Dios lo que va haber.
Ya has visto que no encontraron
en el vecino castillo
resistencia, y el rastrillo

al punto les franquearon.

RITA. Porque de Nuño Atarés,
hijo de aquel infanzon,
á quien no quiso Aragon
por su soberano, es.
Y siempre anda desabrido,
y de la reina se queja.

ANTON. Pues á los señores deja
tomar tal ó cual partido.
Y traten los cortesanos
de estas cosas, que nosotros,
manden unos, manden otros,
no salimos de villanos

BERRIO. (*Dentro y dando grandes voces.*)
Arre... ¡jó!...—¡Maldita burra!
Sancha, abre bien...—Arre... ¡jó!

SANCHA. (*Dentro.*)
Ya todo el ganado entró.

ANTON. (*Desde la puerta.*)
Que el morueco no se escurra.

Salen SANCHA *y* BERRIO *con hondas en la mano y muy cansados.*

BERRIO. Ya está todo en el corral,
hasta el morueco marrajo;
no ha sido poco trabajo.
¡Qué arisco es el animal!

RITA. ¿Y los cerdos?—¿y el pollino?

BERRIO. De los cerdos... faltan dos.

RITA. Maldito seas de Dios.
¿Dónde...?

BERRIO. ¡Toma...! El peregrino
lo sabe.

RITA. ¡Gran ladron!

BERRIO. (*Poniéndose el dedo en los labios, y acercàndose à Rita.*)
¡Chií!!!
que á venir al punto va,
¡y tiene un gesto, que ya!

RITA. ¡Jesus! ¿Va á encajarse aqui?

BERRIO. El lo dice.

ANTON. ¿Pues le has visto...?

BERRIO. Sancha...

SANCHA. (*Interrumpiéndole.*)
Mentira.

BERRIO. Sí, tú:
¡curiosa de Belcebú!

ANTON. (*Impaciente.*)
Esplícate, voto á Cristo.

BERRIO. Sancha la burra montó
Para carrear el ganado,
y á carrera por el prado...

SANCHA. La burra se me escapó.

BERRIO. Ya se ve que escapó. Como
siempre que le arrima
la persona que va encima
un aguijonazo al lomo.

SANCHA. Fué porque...

BERRIO. Entre los enebros
vió soldados la pollina,
y siempre se desatina
por ir donde oiga requiebros.

SANCHA. ¡Malicioso!

BERRIO. A la cañada
corrió en fin, y yo tras de ella,
pues no debe una doncella
correr sola despeñada.
Y á ese hombre con otros seis
nos hallamos.

RITA. ¡Ay qué miedo!
¡Jesus!

BERRIO. Afirmaros puedo
que de milagro me veis.
Se me heló todito el cuajo.

SANCHA. Y á mí tambien.

BERRIO. Quiá. ¡Sanchica!
Si al fin logró la borrica
escuchar un requebrajo.
Yo sí, que caí de rodillas
de pié á cabeza temblando,
cual si estubieran bailando
en mi cuerpo las costillas.
Y la maldita vision.
¿*quien son* (dijo) *los villanos*?
y yo cruzadas las manos
le respondí: hija de Anton
es esta mala doncella.
Hija de Anton el ventero,
y yo su novio, que quiero
casarme, señor, con ella.
Y el duende repuso: « Bien.
Pues que en su venta me espere,
si es que fiel mostrarse quiere,
al tal Anton le preven.
Y porque no tenga quejas
de mí, dale este dinero,
que con él pagarle quiero
tres cerdos, y dos ovejas. »
Y esta me dió.
(*Saca una bolsa con dinero.*)

RITA. (*Tomándola y examinándola.*)
¡Vírgen pura!
Tres veces hay su valor.

ANTON. Pues si es tan buen pagador
venga con buena ventura.

BERRIO. Y á Sancha tambien...

SANCHA. Tambien
me dijo: *Hermosa doncella...*—

BERRIO. No hubo hermosa, miente ella.
Doncella solo, y va bien.

SANCHA. Sí señor.

BERRIO. No, que es tramoya.

SANCHA. (*Sacando del pecho una cruz de oro.*)
Y dióme esta cruz, mirad.

RITA. (*Pasmada.*)
A ver... ¡de oro...! Una ciudad
vale. ¡Ay Dios, qué rica joya!
marido...

ANTON. Rita, ¿lo ves?
prudencia y cachaza, sí;
que el tal me parece á mí,
que lo que se suena es.

BERRIO. Tambien nos dijo ese coco...

RITA. Ese señor.—Mas despacio.

BERRIO. *Esa venta en un palacio*
se tornará de aqui á poco.
Lo que me hace sospechar
que es algun brujo, hechicero,
que es carbon ese dinero,
que la venta va á volar.
Y... si es asi... ¡guarda, Pablo!

RITA. ¿No ves que una cruz nos dió?

BERRIO. Siempre diz que se escondió
detras de la cruz el diablo.

RITA. (*Sorprendida.*)
¿No oyes caballos, Anton...?
¡ay...! ¿si será...? Yo estoy muerta.

ANTON. Déjate, desde la puerta
observaré quiénes son.
(*Se acerca al bastidor.*)
¡Ay Rita...! ¿Sabes quién es?
Torrellas nuestro señor,
con otros cuatro al reedor,
y con Alvaro Garcés.

RITA. (*Cuidadosa.*)
¡Ay cielos...! Que está esa gente
tan cerquita no sabrán,
y acaso los prenderán...

ANTON. (*Con malicia.*)
Muger, no seas inocente.
Corro á tener el estribo
á Torrellas mi señor.
No te asustes, ten valor.
que no hay de miedo motivo. (*Vase.*)

Salen embozados FORTUN TORRELLAS, JOFRE DE ALVÉRO, ÁLVARO GARCÉS *y tres* CABALLEROS.

TORRELLAS. ¡O buen Anton! ya veo
que fiel me conociste
desde el mismo momento en que me viste,
y que servirme es siempre tu deseo.
¿y Rita y Sancha, buenas?

ANTON. De gozo al veros, como deben, llenas.

BERRIO. (*Adelantándose.*)
Los cerdos, las ovejas y pollinos...

ANTON. (*Deteniéndolo.*)
Calla, animal, no digas desatinos.

TORRELLAS. Muy guapa está Sanchica.

BERRIO. (*Adelantándose otra vez.*)
Se escapó esta mañana en la borrica...

RITA. Vete, bruto, de aqui.

TORRELLAS. ¿Quién es...?

BERRIO. Nostramo,
Berrio el zurdo me llamo,
y soy mozo porquero,
y seré, si Dios quiere, para enero
el marido de Sancha,
de lo que está, señor, ella tan ancha,
y tanto que quisiera
que el matrimonio este verano fuera.
Mas yo estoy hoy mohino
y ronco y fatigado
porque ella y el morueco
han hecho cosas que me tienen seco.

TORRELLAS. (*Llamando á Anton aparte.*)
Decidme, Anton honrado,
¿habeis visto el anciano peregrino,
que en el fuerte vecino
de Atarés, mi pariente,
se ha alojado esta noche con su gente?

ANTON. (*Con aire reservado.*)
Sancha y el mozo diz que lo encontraron
esta mañana, y que con él hablaron.

TORRELLAS. ¿Y con qué compañía
te han dicho, Anton?

ANTON. (*Llamando á su hija.*)
Escúchame, hija mia.
(*Habla con ella aparte y en secreto, y luego dice:*)
Con cinco hombres no mas.

TORRELLAS. Ponte á la puerta,
y para ver si viene está alerta.

ANTON. Venid todos conmigo.
(*Vanse Anton, Rita, Sancha y Berrio.*)

TORRELLAS. El tal Romero
cual es se porta á ley de caballero.
Seis á seis la entrevista

tendrá lugar.

GARCES. El cielo nos asista
para ver la verdad distintamente,
y poder resolver lo conveniente.

TORRELLAS. ¡Ojalá, amigos, que quien dice sea!
Yo le conoceré cuanto lo vea,
pues aun no se borró de mi memoria
aquel aspecto de grandeza y gloria.

ALVERO. Tampoco yo olvidado
tengo su altivo porte y su semblante.
Que, aunque muy jóven, combatí á su lado,
y le vi lanza en ristre y arrogante
entrar en hora aciaga
en medio de los moros allá en Frága,
en donde lo perdimos,
y de su arrojo audaz víctimas fuimos.

GARCES. ¡Ojalá sea! Y Aragon recobre
su perdido poder, y estienda sobre
Castilla su dominio,
tornando á ser de infieles esterminio.

Salen corriendo y asustadas, queriendo refugiarse detrás de Torrellas, RITA *y* SANCHA, *y con ellas* BERRIO.

RITA. ¡Vírgen Santa bendita!

SANCHA. Amparadnos, señor...

TORRELLAS. ¿Qué es esto, Rita?

BERRIO. Que ya viene...

SANCHA. ¡Qué miedo!

RITA. Estoy sin tino,

Sale ANTON.

ANTON. *(A Torrellas.)*
Aqui llega, señor, el peregrino.

TORRELLAS. A su encuentro salgamos.
(*Al encararse à la puerta queda asombrado, y retrocede poco á poco respetuoso y confundido.*) ¿Mas qué veo?
¿Es ilusion falaz de mi deseo?
¡gran Dios!... él es... No hay duda.

ALVERO. (*Mirando asombrado à la puerta.*)
Sí... mas del tiempo la carrera muda
ha alterado su rostro.

TORRELLAS. ¡Santo cielo!

GARCES. Me ha convertido la sorpresa en hielo.

Salen DON LOPE DE AZAGRA, *con un ropon y esclavina de peregrino:* MAURICIO *con hábito de monge: cuatro* CABALLEROS *vestidos de cazadores, dejando ver armas de guerra bajo los sayos, y cuatro* VILLANOS.—*Don Lope se despoja con nobleza del trage de peregrino, y queda armado, con sobreveste roja, y el collar de la órden del Santo Sepulcro, y se dirige sin vacilar con los brazos abiertos á Torrellas.*

DON LOPE. Noble Fortun Torrellas,

cuya fama se encumbra á las estrellas,
y en quien miro y contemplo
de honor y de lealtad tan vivo ejemplo:
ven, y en estrechos lazos,
pues que en mi apoyo tu favor consigo,
te ciñan hoy los brazos,
no de tu rey, de tu constante amigo.

TORRELLAS. (*Hincando las rodillas y enágenado de gozo y de respeto.*)
No es posible que dude
honra y dicha tan alta, pues acude
tanto recuerdo grato
á mi pecho do vive tu retrato,
que por mi rey amado te pregono.
Y de ayudarte á recobrar el trono
te hago pleito-homenage.
No en tus brazos, señor, do me levantas,
sino á tus régias plantas,
rindiéndote el debido vasallage.

DON LOPE. (*Levantándolo.*)
Alza, y ven á mi pecho.
Y porque mas seguro y satisfecho,
libre de toda duda,
tu noble esfuerzo á mi servicio acuda;
y porque la verdad hoy testifiques,
y en Aragon publiques
que Alonso, emperador de las Españas,
aquel á quien valieron sus hazañas
tan glorioso renombre,
que de batallador mereció el nombre,
soy yo; y porque asegures la falsía
con que se publicó que muerto habia
en la accion aciága,
castigo del Señor, cerca de Frága;
claras, nuevas señales
quiero mostrarte á ti y á estos leales.
(*Separa la veste y enseña una cicatriz.*)
¿Recuerdas esta herida
que al bravo Albucalem costó la vida,
cuando aquí en Zaragoza holló triunfante
mi régia planta el bárbaro turbante?
(*Torrellas da muestras de reconocerla.*)
Sí, tú fuiste el primero
que viendo en tierra mi tajante acero
en aquella jornada,
me alargaste tu espada.
Y vive Dios, Torrellas, que venia,
pues fuistes un portento en aquel dia,
toda de sangre bárbara bañada.
(*Mostrando un eslabon roto del collar.*)
¿Ves este collar roto,
de la órden sacra del Sepulcro Santo,
que en Pamplona fundé cumpliendo un voto,

y que de los infieles fué el espanto?
Recuerda que en mi pecho,
estando tu de mí muy corto trecho,
lo rompió la violencia
de una lanza en el cerco de Valencia.
(*En reserva á Torrellas.*)
¿Y olvidaste acaso, fiel amigo,
el aviso secreto,
importante á mi honor y á mi respeto,
que me diste sagaz, con que el castigo
de Pero Anzures suspendí prudente,
para ganar la castellana gente?
(*Torrellas da muestra de recordarlo atónito.*)
¿Y este anillo real, no lo conoces?
(*Enseña una sortija.*)

TORRELLAS. (*Besándole la mano.*)
Basta, señor: el cielo santo á voces
que sois mi rey me dice
y á quien lo dude con furor maldice.
Alvaro de Garcés, Jofre de Alvéro,
aragoneses todos: yo aseguro,
y lo defenderé con este acero,
que don Alonso emperador es este,
que la bondad celeste
devuelve á nuestro amor.
(*Hincando una rodilla, y estendiendo la mano derecha.*)
Y yo le juro
obediencia y lealtad.

ALVERO, GARCÉS, *los tres* CABALLEROS, BERRIO, ANTON *y los cuatro* VILLANOS. (*Hincando la rodilla y estendiendo la mano.*)
Y lo juramos
todos tambien.

MAURICIO. (*Poniéndose en medio con dignidad.*)
En nombre de Dios vivo,
como su sacerdote, yo recibo
el santo juramento,
y os exhorto á su pronto cumplimiento.

DON LOPE. Alzad, vasallos fieles, (*Levántanse todos.*)
que ya de nuevos triunfos y laureles
juzgo mi frente orlada,
y de Aragon la gloria asegurada.
(*Acercándose afectuosamente á Jofre de Alvéro.*)
Llega, gallardo Alvéro
¡Qué espigado y gentil!—Aunque muchacho,
no diste á los infieles mal despacho,
en aquel lance de contrario agüero.
Pienso que fué tu estreno en aquel dia:
ibas por cierto en una jaca pia.
(*Alvero le besa la mano.*)—(*Acercándose à Garces.*)
¿Y tú, Garcés...? ¡cuán bravo caballero

era tu padre! la primera lanza
de Aragon... ¿dónde está?

GARCES. Señor, es muerto
en San Pedro de Arlánza,
donde se retiró juzgando cierto
vuestro fin desastrado.

DON LOPE. De lealtad y valor era un dechado.
(*Le besa Garcés la mano.*)
—No perdamos, Torrellas, ni un momento.
A Zaragoza parte,
dando mi nombre al viento,
y alzando de lealtad el estandarte.
Y dile á mi sobrina
que tema de la cólera divina,
y de mi noble esfuerzo la venganza,
si al punto sin tardanza
su rey no reconoce en mí, y su tio,
el trono devolviéndome, que es mio.

TORRELLAS. Señor, á obedeceros,
con estos valerosos caballeros,
patentizando al mundo
que vive vuestro esfuerzo sin segundo,
iré. Y el pueblo fiel de Zaragoza,
que escasas dichas y venturas goza
desde el momento que os perdió, la nueva
que hoy de nuestra lealtad la voz le lleva,
oirá con antusiasmo y alegría,
y os abrira sus puertas este dia.
Mas para combatir cumplidamente
las dudas y razones,
que opuestos intereses y opiniones
puedan acaso entre la ruda gente
esparcir (porque dan tan largos años
lugar á recelar dolos y engaños),
dignaos de darme relacion cumplida
de cómo fué vuestra preciosa vida
en la ocasion salvada;
y de dónde eclipsada
tan largo tiempo estuvo,
y escondida y oculta se mantuvo
la magestad augusta que adoramos,
y que hoy, gracias al cielo, recobramos.

DON LOPE. Fortun Torrellas, tu prudencia es mucha.
Si, todo lo sabrás: atento escucha.
Viendo en los campos de Fràga,
donde Dios airado quiso
dar á mis muchos pecados
con la derrota el castigo,
que por momentos crecian,
como mar embravecido,
los escuadrones infieles
sobre los pendones mios;

y conociendo que solo
de tan tremendo conflicto
hallar pudiera el despecho
de salvacion un camino,
elegí trescientas lanzas,
la flor del hispano brio,
y arrojéme á su cabeza
en brazos de mi destino.
Arrollé como un torrente
los escuadrones moriscos;
sus mas bravos adalides,
y sus jeques de mas brio
al empuje de mi lanza
cayeron en sangre tintos,
como en la selva al empuje
caen del huracan los pinos.
Mis servidores leales
hicieron raros prodigios
de valor; mas todo en vano,
pues Dios nos negó su auxilio.
Y ya casi todos eran
víctimas de su heroismo,
cuando de un bote de lanza
vine á tierra sin sentido.
El sol tras los negros montes
buscaba ansioso un asilo,
horrorizado y medroso
del estrago que habia visto.
Y los fieros musulmanes
á acabar el exterminio
de mis desdichadas huestes
avanzaron de aquel sitio.—
—Era ya entrada la noche
cuando volviendo en mí mismo,
de cadáveres cercado,
de armas rotas y de heridos
me encontré. Y á Dios el voto
hice, al encontrarme vivo,
de ir desde allí á Palestina,
y ante el Sepulcro de Cristo
pedir perdon de mis culpas,
penitente y peregrino,
rogando con lloro al cielo
se me mostrase propicio.
Quíteme la veste régia,
que destilaba hilo á hilo
negra sangre, y el almete
de la corona ceñido.
Y sobre el yerto cadáver,
que vi cerca del invicto
Azagra (en quien semejanza
hallaban muchos conmigo),

tiré ambas presídes, guardando
este collar y este anillo:
y á la luz de escasa luna,
trepando empinados riscos
me retiré. Unos pastores
me dieron su estrecho abrigo
sin conocerme. Y tomando
pobres y toscos vestidos
llegar logré á los Alfaques,
en donde el Ibero rio
daba ya por su ancha boca
al mar, pasmado de oirlo,
la falsa y terrible nueva
de mi muerte, en roncos gritos,
publicando de mis tropas
el verdadero exterminio.
Una veneciana nave
depararme el cielo quiso,
y en ella saludé pronto
las riberas del Egipto.—
Visité la tierra santa,
y con el abad Mauricio
(este venerable monge
mi director y mi amigo,
que desde entonces ni un dia
de mí se apartó), contrito
confesé mis culpas todas,
y con ásperos cilicios
adoré aquel mármol sacro
donde piadoso Dios Hijo,
por la redencion del mundo
completó su sacrificio.—
Del voto que en Fràga hiciera
libre, viéndolo cumplido,
tornar á mi reino quise,
que por hallarme sin hijos
encomendado creia
(cual mandé en un codicilo
que antes de partir á Fràga
dejé de mi puño escrito),
del Temple á los caballeros,
y del Sepulcro de Cristo
á la orden por mi fundada
de mi reinado al principio.
Y sin dejar de roméro
el trage, y con gran sigilo
mi regio nombre ocultando,
con solo el abad Mauricio
las playas dejé de Siria,
fiando al viento mis designios,
en un leño de Pisanos
á Génova dirigido.

Mas ¡ay! aun no satisfecho
el cielo estaba, pues quiso
completar de mis pecados
el decretado castigo.
Un corsario sarraceno
tristes esclavos nos hizo,
y en las mazmorras de Malta
juguetes del hado fuimos.
Allí varias veces supe
de mi imperio los conflictos,
ya por voz de mercaderes,
ya por quejas de cautivos.
Supe que mi hermano el monge
manchó de Aragon el brillo;
que Castilla y que Navarra
se hicieron reinos distintos.
Y al fin que mi roto cetro
á manos habia venido
de mi inexperta sobrina,
sin armas y sin prestigio.
Y amargamente llorando,
mas que mi infortunio mismo,
las desdichas de estos reinos,
y su cierto precipicio,
logré al cabo libertarme;
y volver vasallos mios,
á vuestros leales brazos,
con los que, y con el auxilio
de Dios, que misericordia
empieza á ejercer conmigo,
conseguiré prontamente
restaurar el poderío
de Aragon; y con mi nombre
cegar el horrendo abismo
á cuyo borde pendiente
nuestra amada patria miro.
Juzgo, valiente Torrellas,
juzgo, infanzones altivos,
juzgo, aragoneses bravos,
juzgo, vasallos queridos,
que quedareis satisfechos,
con mi relato prolijo,
de que tardanza tan grande
en acudir al peligro
de mi patria y de mi trono,
no fué en vuestro rey delito,
sino voluntad del cielo
por sus ocultos designios.

TORRELLAS. Pues que tal rey nos devuelve,
á nuestros votos propicio,
corramos á Zaragoza
para publicarlo á gritos.

¡Viva el grande don Alonso!
¡El rey viva!

TODOS. ¡Viva!

TORRELLAS. Amigos,
no perdamos ni un momento.

TODOS. Viva Alonso largos siglos.

(*Vanse Torrellas, y todos los que salieron con él.*)

ANTON. A nuestro amo acompañemos.

BERRIO. Si es que el rey nos da permiso.

DON LOPE. Sí, marchad.

(*Vanse Anton, Rita, Sancha, Berrio y los villanos.*)

Tambien vosotros
(*A los cuatro caballeros de su séquito.*)
encaminaos al castillo
con tan venturosas nuevas,
que yo en el momento os sigo.

(*Vanse los caballeros.*)

Asi que todos desaparecen, don Lope, fatigado y abatido, mira tristemente á Mauricio, recoge la ropa de peregrino y se la vuelve á poner lentamente.

DON LOPE. ¡Válgame Dios!

MAURICIO. ¿Qué os aflige
en tan venturoso dia...?
Yo estoy loco de alegría,
la fortuna nos dirige
por el camino mas llano
al eminente dosel;
y vais á ser vos en él
de la España soberano.

DON LOPE. Es verdad.

MAURICIO. El buen Torrellas
incauto tragó el anzuelo,
y hoy con sus brazos de un vuelo
nos encumbra á las estrellas.

DON LOPE. Al punto le conocí.

MAURICIO. Y el pobrete alucinado
creyó muy entusiasmado
ver á don Alonso en ti. (*Se rie.*)
Mas le hablasteis de manera,
el engaño reforzando
y el tono de rey tomando,
que hasta yo casi os creyera.
Unisteis á la verdad
de las aventuras nuestras,
con espresiones tan diestras,
con tal naturalidad
del emperador el nombre,
y los recuerdos fingísteis
con tanto primor, que fuisteis
mas un demonio que un hombre.

Los planes que concebimos
en Malta entre las cadenas,
y que cual sueños apenas
en nuestra mazmorra urdimos,
cumplido efecto tendrán:
tendránlo sin duda alguna,
pues ocasion y fortuna
en nuestro favor estan.
—De ese rey, que murió en Fraga,
debió de ser, vive Dios,
su semejanza con vos
muy grande, para que haga
efecto tan importante.
Animo pues, y osadía...
¿Pero qué melancolía
ofusca vuestro semblante?

DON LOPE. (*Muy abatido.*)
Entre aquestos infanzones
esperé ver á mi hijo,
y de su ausencia me aflijo
por poderosas razones.

MAURICIO. ¿No os pudierais de él fiar,
si no es posible engañarle?

DON LOPE. La trama manifestarle
fuera mucho aventurar.
Ademas..., os lo confieso,
al cabo noble nací,
y un remordimiento en mí...

MAURICIO. (*Incomodado.*)
¿Perdiste, don Lope, el seso?

DON LOPE. Lo he recobrado mas bien.
Hay cosas que desde lejos
tienen hermosos reflejos;
mas cuando cerca se ven
se conoce lo que son,
y tan viles, que se afrenta
quien las juzgó de gran cuenta
llevado de una ilusion.
Desde que puse en España
con este intento los pies,
cada dia mayor es
el tedio que me acompaña.
Y al recordar quién fuí yo
en mi patria, y lo que soy,
de mí avergonzado estoy,
cual siempre lo está el que erró.
¿Yo, espejo de la lealtad,
ser un traidor alevoso...?
¿ser fingido y mentiroso
yo, sol puro de verdad...?
¿Yo impostor...? ¡Ah! me confundo.

MAURICIO. ¿Con escrúpulos andais,

cuando caminando vais
al primer trono del mundo?

DON LOPE. Mauricio, sentado en él,
besando el orbe mi planta,
veré atado á mi garganta
ignominioso cordel.

MAURICIO. (*Con sonrisa amarga.*)
Solo volviendo el pié atrás,
no entre sueños y quimeras,
sino en la horca y muy deveras,
esa lazada tendrás.
No puedes retroceder
del camino que emprendiste;
pues ya en él el pié pusiste
terminarlo es menester.

DON LOPE. (*Profundamente agitado.*)
Sí, concluiré la carrera,
sí, saciaré mi ambicion;
pero un noble corazon
tiene la voz muy severa.

MAURICIO. Compon, amigo, el semblante,
que aqui tornan los villanos.
Desecha escrúpulos vanos,
y adelante.

DON LOPE. (*Muy abatido.*)
Sí, adelante.

Sale BERRIO, *y se detiene como asustado.*

BERRIO. ¡Ay! que el sayo se encajó,
y asi me da mucho miedo:

MAURICIO. Hola, mozo.

BERRIO. (*Turbado.*) ¿Llegar puedo?

MAURICIO. ¡Con respeto, por qué no?
¿Quisieras servir al rey?

BERRIO. (*Tomando confianza.*)
Para guardar sus cochinos,
sus ovejas, sus pollinos,
unas vacas, y algun buey,
que es de lo que sirvo á Anton,
quisiera, pues la soldada
mejor y mas bien pagada
será, y buena la racion.

MAURICIO. (*Animándolo.*)
De soldado has de servir,
como valiente vasallo,
con una lanza, á caballo.

BERRIO. Fuera cosa de reir.
¡Estuviera buen muchacho...!
A pié sería mejor,
que soy mal cabalgador,

y voy hecho un mamarracho.

MAURICIO. Bien está.

BERRIO. ¿Y me casaré
con Sancha?

MAURICIO. Sí, y puede darte
el rey de dote una parte
de despojos.

BERRIO. Despo... ¿qué?

MAURICIO. De botin.

BERRIO. Dos necesito,
porque con estas albarcas
se anda mal entre las charcas,
tras del morueco maldito.

MAURICIO. Todo lo tendrás, ven pues
al castillo.

BERRIO. Con licencia
de vuestra gran Reverencia,
iré con Sancha despues.
Que allí para hilar estopa,
y sazonar el puchero,
servirá á este caballero,
y para lavar la ropa. (*Vase.*)

MAURICIO. ¡Qué villano tan sencillo!

DON LOPE. Pues estos nos dan la fuerza,
no hay sin ellos quien la ejerza.—
Vamos, que es tarde, al castillo. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Salon régio del alcázar de Zaragoza, con dosel. Y sale DOÑA ISABEL *y* TORRELLAS.

DOÑA ISABEL. ¡Ay cuánto don Pedro tarda...!
justamente en la ocasion
en que con tanta razon
y tal inquietud le aguarda
mi afanoso corazon.
(*Mira á la puerta con inquietud.*)
Hoy que debe amante ufano
de nuestra reina el permiso
demandar, como es preciso
para conseguir mi mano,
¿por qué ha de andar tan remiso?
Que mi padre esta mañana
salió á caza, le avisé,
y amorosa le esperé
del jardin en la ventana:
mas ¡ay! á verme no fué.
(*Se pasea con inquietud.*)
Dios me valga.—Desde el día
que apareció este impostor
todo es sospecha y temor,

todo afan el alma mia,
todo recelos mi amor.
Mi padre anda de continuo
de mil dudas agitado,
don Pedro desatentado
maldiciendo al peregrino,
y todo el reino alterado.
(*Vuelve á pasear agitada.*)
Que se retarde me temo
mi boda. Y aun temo mas,
pues la discordia quizás
llegue á un doloroso estremo
que no recelé jamás:
Al de enemistar ¡ay Dios!
á mi padre y á mi amado;
pues el calor me ha asustado
con que disputan los dos,
sobre ese impostor malvado. (*Llora.*)

Sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA.

DON PEDRO. Hermosísima Isabel,
deidad pura á quien adoro,
mi único bien, mi tesoro,
rendido tu amante fiel...
¿Pero por qué es ese lloro?
¿Por qué á tu mústio semblante
dan sin luz los bellos ojos
esas perlas por despojos,
y á tu seno palpitante...?
¿...Quién causa, di, tus enojos?
(*Con gran ternura é interes.*)
¿Tú afligida, encanto mio...?
¿Que ofensas lloras, mi bien?
De mi afan lástima ten,
pues me pierdo y desvarío.
¿...Quién causa tu pena, quién?

DOÑA ISABEL. (*Afligida.*)
Vos, don Pedro.

DON PEDRO. ¿Yo... señora?

DOÑA ISABEL. ¿No os avisé esta mañana
de que sola, en mi ventana...?
Pues allí pasé una hora.

DON PEDRO. No me condeneis tirana.

DOÑA ISABEL. Y en el prefijado dia
para pedir la licencia,
con tan tibia diligencia
retardar...

DON PEDRO. A eso venia,
para eso pedí esta audiencia.
Y escuchadme una disculpa
tan grande dueño querido,

que dejará convencido
vuestro amor de que la culpa
de tal falta no he tenido.
La tremenda agitacion,
que en todo el reino ha causado
de ese embustero malvado
la impensada aparicion,
á Zaragoza ha llegado.
Y como sobran traidores
de osadía y ardimiento,
á mi obligacion atento,
de aquestos alrededores
no me aparté ni un momento.
Que cuando peligra el trono
legítimo es justa ley
darlo todo al abandono,
y vigilar en su abono:
que antes que todo es el rey.

DOÑA ISABEL. (*Conmovida.*)
¡Oh don Pedro...!

DON PEDRO. Isabel mia,
tu mano no mereciera,
si tan pura y fiel no fuera
de mi pecho la hidalguía,
y mi lealtad tan sincera.
Y cuando llego anhelante
de nuestra reina á pedir,
para nuestra suerte unir,
el permiso, mas amante
os quisiera ver y oir.
Que ese llanto y afliccion,
en el venturoso dia
en que ya nombraros mia
podré, dulce dueño, son
verdugos de mi alegría
(*Siguen hablando entre sí.*)

Aparece LA REINA *separando con recato las cortinas de una puerta que habrá al fondo ó al lado izquierdo de la escena, desde allí sin avanzar, dice:*

REINA. (*Aparte.*)
¡Oh cielos...! Azagra allí
enamorando á Isabel.
¡Qué noble gallardo y fiel!
¡Desventurada de mí!

DON PEDRO. (*A doña Isabel sin que hayan reparado en la reina.*)
—¿Quedais contenta, cruel?

DOÑA ISABEL. Tiene vuestro dulce acento
y tiene vuestra presencia
conmigo tal influencia,
que disipan al momento
los fantasmas de la ausencia.

Y si porque fiel servisteis
á la reina habeis faltado
á verme, y apresurado
á pedir ahora vinisteis
el permiso deseado;
las nubes de mi amargura
se disipan, y renacen
las esperanzas, que hacen
de mi pecho la ventura,
y que mi alma satisfacen.

(*Siguen hablando entre sí con estremos de ternura.*)

REINA. (*Aparte desde la puerta.*)
¡Cuán felices...! ¡Y cuánta es mi amargura,
que lo adoro tambien, y él no lo sabe;
porque en mi excelsa posicion no cabe
declarar á un vasallo tierno amor!
Y aunque lo declarára, ¿por ventura
lo pudiera inspirar...? ¡Terrible suerte!
Es mas terrible que la misma muerte
de amar sin esperanzas el dolor.

DON PEDRO. (*Arrojàndose trasportado de amor à los pies de doña Isabel.*)
¡Ah! dejad que á vuestra planta,
pues tan dichoso me veo,
alma y vida por trofeo
os rinda, y que os pague tanta
ventura como hoy poseo.
(*La toma una mano.*)
Y que mi labio leal
temple el fuego celestial
de la pasion que os consagra,
en la mano de cristal... (*Se la besa.*)

Sale LA REINA *apresurada. doña Isabel da un paso atrás sorprendida, y don Pedro se levanta, retira, y queda en la mayor confusion.*

DOÑA ISABEL. ¡Cielos!

REINA. (*Indignada, y poniéndose entre los dos.*)
¡Isabel...! ¡Azagra!—
De que en mi cámara estais
os olvidásteis sin duda.
(*Pausa.*)
Isabel, ¿te has vuelto muda...?
Azagra, ¿no contestais?

DOÑA ISABEL. (*Confundida.*)
Señora...

DON PEDRO. (*Hincando una rodilla.*
Vuestra piedad
imploro si os ofendí,
cuando humilde llego aquí...

REINA. (*Mas templada.*)
¿Con qué intento, Pedro...? Alzad,

DON PEDRO. (*Levantàndose.*)

Una gracia á suplicaros
para mí de gran ventura,
la que mi dicha asegura.

REINA. Ya tardais en aplicaros.

DON PEDRO. De Doña Isabel Torrellas
la nobleza y gallardía
abrasan el alma mia,
que asi plugo á las estrellas.

REINA. Ya lo vi. (*Aparte.*) Mal me reprimo.

DON PEDRO. Y como en ilustre cuna,
y en los dones de fortuna
su igual en todo me estimo;
vuestra régia aprobacion
para casarme, señora,
mi rendido amor implora.

REINA. (*Mortificada.*)
Y en oportuna ocasion.—
¿De su padre teneis ya
para ese enlace el permiso?

DON PEDRO. Mi lealtad el vuestro quiso
tener antes.

REINA. (*Con severidad.*)
Bien está.
—Id, y que en estos salones
tengan al momento entrada
á la reunion convocada
Ricos-hombres é infanzones.
Que hoy de livianas materias
no me puedo yo ocupar,
cuando hay que determinar
sobre cuestiones tan serias.
Id pues.

DON PEDRO. (*Aparte.*) ¡Pese á mi destino!
(*Hace una profunda reverencia y vase.*)

REINA. (*Acercándose á doña Isabel con bondad y cariño.*)
¿Por qué lloras, Isabel...?
¿Estás tan prendada de él...?
será un amante muy fino.

DOÑA ISABEL. (*Turbada.*)
Señora...

REINA. Tu amiga soy:
enjuga, Isabel, el llanto.
No hay motivo para tanto,
y afligida al verte estoy.
No era oportuno el momento,
y nada os negué ademas.
(*Pausa.*)
¿Há mucho tiempo quizás
que tratais el casamiento?

DOÑA ISABEL. Señora, hace ya tres años.

REINA. ¿Y este tan dichoso amante
será fiel...? ¿será constante?

DOÑA ISABEL. No es, señora, hombre de engaños,
y siempre igual lo encontré.

REINA. (*Con malicia.*)
Muy apuesto... muy rendido...

DOÑA ISABEL. Muy formal, muy comedido.

REINA. Pues qué te tiene no sé
de tal modo apasionada.
Su figura no es gran cosa.

DOÑA ISABEL. Tiene un alma muy hermosa,
y es galan.

REINA. No encuentro nada
raro en don Pedro. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
(*Alto.*) El don Alvaro Garcés
mucho mas gallardo es,
y está prendado de tí.
¡Qué bien maneja una lanza!
¡Cuánto luce en un torneo!
Ni Aznares tampoco es feo,
y con mucho garbo danza.
En las justas y festines
al don Pedro muy atrás,
en gentileza y demas,
dejan ambos paladines.

DOÑA ISABEL. Pues don Pedro es á mis ojos
el único.

REINA. (*Aparte.*) Y á los mios.
¿Mas por qué estos desvaríos
me han de dar tantos enojos?

Sale DON PEDRO.

DON PEDRO. Los Ricos-hombres, señora,
y los nobles infanzones.

REINA. Ábranse aquestos salones,
y que entren pues en buen hora.

Doña Isabel hace señas á la izquierda de la escena, y salen DAMAS, PAGES *y* GUARDIAS. *Don Pedro la hace á la parte de la derecha, y salen* FORTUN TORRELLAS, ALBARO GARCÉS, JOFRE DE ALVÉRO, EL ARZOBISPO, RICOS-HOMBRES, INFANZONES, CLERIGOS *y* CABALLEROS, *y se colocan al rededor del trono, en el que se sienta la reina.*

REINA. Ricos-hombres y Prelados,
Infanzones, Caballeros,
de Aragon gloria, y defensa
de mis sagrados derechos:
la seguridad del trono,
el esplendor de mi cetro,
la fama de vuestros nombres,
la tranquilidad del reino,
ya imperiosamente exigen
de vuestra lealtad y esfuerzo

que ese impostor fementido,
que ese ambicioso protervo,
que el esclarecido nombre
del rey mi tio mintiendo,
contra mi corona atenta,
tenga cumplido escarmiento.
En la batalla de Fraga,
como sabe el orbe entero,
pereció el gran don Alonso,
porque asi le plugo al cielo.
Aragon declaró nulo
su dudoso testamento,
que á los templarios dejaba
con poco aviso estos reinos.
Y su hermano don Ramiro,
cual legítimo heredero
juró por rey. Que aunque estaba
en un santo monasterio,
del Papa especiales bulas
hábil á todo le hicieron,
y en vez del escapulario
no le asentó mal el peto.
Yo cual su hija y heredera
por legítimo derecho
ocupé este excelso trono,
fuí jurada por el pueblo,
sin que disputarme nadie
pueda en la tierra ó el cielo
ni de mi padre la herencia,
ni este solio, que poseo.
—Despues de tan largos años,
y de tan varios sucesos,
ese impostor se presenta
para trastornar el reino.
Despreciado en un principio,
fué su osadía creciendo,
y ya con rebelde tropa
de indómitos bandoleros,
de fascinados ilusos,
de revoltosos perversos,
de viciosos arruinados,
y de astutos malcontentos,
osa acercarse á este alcázar,
osa atacar mis respetos,
osa levantar bandera,
osa demandarme el cetro.
Y si es que á tanto le anima
el que muger sin esfuerzo
me juzga, su desengaño
no tarde con su escarmiento.
Salid, sús, á mi defensa,
que asi os cumple como buenos.

Dad á esa traicion castigo,
poned á esa audacia freno.
Que aunque muger, desprevista
tan de valor no me encuentro,
que no pueda la coraza
vestir, empuñar el hierro,
y á vuestra frente en el campo
humillar á los soberbios
que osan mancillar mi nombre,
ó dudar de mis derechos.
(*Momento de silencio con ansiedad general.*)

TORRELLAS. Permitid, alta señora,
que como acaso el mas viejo
de cuantos hoy la honra tienen
de acataros, sea el primero
que á vuestras nobles palabras
dé respuesta con respeto.
Quién soy Aragon no ignora,
que mi interes y el del reino
son uno mismo es notorio,
que mi sangre y abolengo
seguridades ofrecen
de lealtad en todo empeño,
no habrá quien ose dudarlo;
no habrá, no, viven los cielos,
que aun no es báculo mi espada,
ni aquestas canas son hielo.
Con antecedentes tales
á decir aqui me atrevo
lo que mi conciencia solo
dicta á mis labios, y es esto.
(*Atencion general.*)
Señora, el rey don Alonso
vivo está: y es el roméro
que impostor hoy apellidas
acaso con poco acuerdo.
(*Movimiento general.*)
Yo lo conocí, señora,
y lo serví en ese excelso
dosel. Lo seguí á los campos,
lo acompañé en los reencuentros.
Merecí su confianza,
siempre asistí á su consejo,
confirió conmigo planes,
depositó en mí secretos.
Y de su noble presencia
los rasgos grabados tengo,
con tan pronunciadas líneas
en la mente y en el pecho,
que no es posible me engañen
señores, mis ojos mesmos.
Y esta mañana lo he visto,

y examinado con ellos.
Y escuchando sus palabras
reconocí sus acentos,
y mi razon aclararon
con infalibles recuerdos.
Ese anciano peregrino
es, gran señora, creedlo,
el Emperador de España
don Alonso, tio vuestro,
al que el glorioso renombre,
en cuanto abarcan los cielos,
sus hazañas y conquistas
de batallador le dieron.
(*Momento de silencio y de agitacion.*)

ARZOBISPO. Ilustre Fortun Torrellas,
aunque tengan tanto peso
para mí vuestras razones,
y los dictámenes vuestros;
pues sé vuestras calidades
y vuestra virtud respeto;
permitidme hoy, sin agravio,
un parecer muy diverso.
Y considerad conmigo,
que cuando inspira el infierno
la ambicion á un desalmado,
que anhela usurpar un cetro,
de falaces apariencias,
de alucinantes pretestos,
de engaños y de mentiras
le ofrece abundantes medios.
Porque el demonio es en suma
quien rige su alma y su cuerpo,
y de ficciones y engaños
el demonio es gran maestro.
Y provisto de noticias,
y de confidencias dueño,
finge, miente, disimula,
contrahace la voz y el gesto:
y alucina fácilmente
la buena fé de los buenos,
que porque lo son no saben
lo que saben los perversos.
No es difícil, ó Torrellas,
al cabo de tanto tiempo,
de remota semejanza
equivocar los recuerdos.
Despues de tan largos años
el Emperador, que muerto
lloramos todos en Fraga,
torna en trage de roméro.
¿Y dónde estuvo escondido?
¿cómo no vino á su reino,

cuando un hombre lo regía
con una espada por cetro?
—Y si es el rey don Alonso,
¿por qué franco y descubierto
no ha venido á este palacio
de Zaragoza derecho,
en vez de andar con disfraces
alucinando á los pueblos,
allegando malhechores
y trastornado los reinos?
—El Emperador insigne
de otro modo muy diverso
se portára, aragoneses.
En ese anciano roméro
solo un malvado descubro,
solo un impostor encuentro,
tan solo un agente miro
de los planes del infierno.

TORRELLAS. (*Con calor.*)
Quien dude que es don Alonso,
(dicho sea con respeto
del venerable arzobispo,
á quien acato y venero,)
pone mi verdad en duda,
y la lealtad de mi pecho.

ARZOBISPO. De buena fé alucinarse
puede el mejor caballero.

TORRELLAS. (*Resuelto.*)
Repito que es don Alonso,
Emperador de estos reinos,
el que he visto esta mañana,
y á quien he hablado yo mesmo.
A la tierra santa un voto
le llevó desde el funesto
campo de Fraga, y cautivo
despues de los sarracenos,
en una mazmorra esclavo
há gemido largo tiempo,
sin poder venir á España
para reclamar su reino.
Mas pues ya en ella el pie puso
en busca de sus derechos,
y le juré pleitesía
mientras viviese, contemplo
que es mi obligacion sagrada
servirle, y en todo estremo
cual su vasallo ayudarle
á que recobre su imperio.

(*Hace una profunda reverencia, y vase seguido de algunos.*)

DOÑA ISABEL. (*Apoyándose desmayada en una de las damas.*)
¡Ay de mi!

ALVERO. Yo, con Torrellas,

porque de leal me precio,
á servir á mi rey parto,
como cumple á un caballero.
(*Vase seguido de algunos.*)

GARCES. Y yo tambien, convencido
de que el legítimo dueño
de Aragon es don Alonso,
que nos devuelve hoy el cielo.
(*Vase seguido igualmente de algunos.*)

DON PEDRO. (*Saliendo en medio de la escena con calor y entusiasmo.*)
Pues yo juro morir en la defensa
de ese trono legítimo, y mi acero
al que osare traidor hacerle ofensa
justo castigo le dará el primero.
Miente quien dice y asegura y piensa
que es el rey don Alonso ese roméro.
Y hoy á la reina el corazon consagra,
si la abandonan todos, Pedro Azagra.
Sí, yo combatiré los desleales:
sí, yo combatiré los impostores.
Aquellos que se precien de leales
cerquen mi enseña, y sigan mis tambores:
Que en medio de esos campos desiguales
escribirá con sangre de traidores
dónde el derecho de mi reina alcanza
el hierro agudo de mi fuerte lanza.
Nobles zaragozanos siempre fieles,
venid ardiendo en saña vengativa,
por reina tal á recoger laureles,
si en la lealtad vuestro blason estriba.
Demos asunto á plumas y á cinceles.
Viva nuestra gran reina.

TODOS. (*Rodeando con gran entusiasmo á don Pedro.*)
¡Viva! ¡viva!!!

DON PEDRO. Venid, venid conmigo; defendamos
á la reina y al trono que adoramos.
(*Cae el telon.*)

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza. Aparecen LA REINA *sentada y abatida, junto á una mesa, y* EL ARZOBISPO *de pie consolándola.*

ARZOBISPO. Templad, señora, el llanto,
que no es el infortunio para tanto
como para abatir, asi deshecho
en lágrimas amargas, vuestro pecho.
El cielo no abandona
la legitimidad de esa corona
que puso en vuestra frente,
y que afirma su brazo omnipotente.
Ese impostor tirano
por aumentar sus fuerzas lucha en vano;
y tan solo seguro
le da de ese castillo el fuerte muro,
que por vuestros valientes combatido,
pronto á de verse á vuestros pies rendido.
Y aunque nuevos parciales allegára,
su orgullo se estrellára
y su arrogancia fiera
de Zaragoza en la lealtad sincera,
que ferviente os consagra.

REINA. (*Con la mas viva espresion de desconsuelo.*)
¡Mas cayó en su poder Pedro de Azagra!

ARZOBISPO. ¡Pérdida grande...! es cierto:
mas no causó por dicha desconcierto
ni abatimiento y susto
en los que aclaman vuestro nombre augusto.
Hasta el suceso mismo,
si de Azagra encarece el heroismo,
demuestra la impotencia y cobardía
de esa desventurada bandería;
pues no osando salir á la pelea
ni combatir á donde el sol la vea,
por don Pedro de Azagra provocada
á singular combate,
rompió la fé jurada,
y al gallardo magnate
en pérfida emboscada

diez aleves jayanes sorprendieron,
y sin peligro grande lo prendieron.

REINA. ¡Oh flor de la lealtad y valentía!
¡Ay, desgarrada tengo el alma mia!

ARZOBISPO. El valeroso Aznáres,
de cuyo nombre y glorias militares
y valor sin segundo
está admirado con razon el mundo,
al prisionero Azagra reemplazando,
de nuestras fieles tropas tiene el mando;
y su arrojo y destreza
muy pronto rendirán la fortaleza.

REINA. ¡Ay...! rescatar primero
á toda costa á Pedro Azagra quiero.
Si peligra su vida...

ARZOBISPO. No es de temer, señora; defendida
por Torrellas será, pues lo colijo
de ver que siempre le trató cual hijo.
Y es Torrellas honrado caballero,
que alucinado sigue á ese roméro;
el cual nada ganára
si á prisionero tal sacrificára,
que es de Aragon amado,
de ilustre nombre y poderoso estado.

REINA. (*Agitada.*)
No calman mis temores,
que todo lo recelo de traidores;
forzoso es que se trate
á toda costa, sí, de su rescate;
mis joyas, mis preseas...

ARZOBISPO. Pues que tanto, señora, lo deseas,
á don Jofre de Alvéro
mandaré con sigilo un mensagero.
...Mas pensarlo es forzoso,
por no arriesgar un paso indecoroso;
y siempre lo es ingrato
entrar con los rebeldes en contrato.
Calmad ¡ah! vuestro pecho
con la lealtad vehemente satisfecho,
y en que mi fé se goza,
que os está demostrando Zaragoza.
Enjugad ese llanto
y confiemos en el cielo santo,
que la razon proteje y la justicia,
y del traidor confunde la malicia.
(*Suenan campanas á lo lejos.*)
Mas ya el bronce sagrado
me llama al ministerio de mi estado.
Corro al altar, y á que resuene el templo,
dando á los fieles fervoroso ejemplo,
con santas oraciones,
que aseguren el triunfo á tus pendones.

REINA. (*Se levanta y le besa la mano.*)
Sí, volad. Y en el santo sacrificio
demandad al Señor que sea propicio
al que preso y de hierros abrumado
es de virtud y de lealtad dechado.
(*Vase el arzobispo.*)

REINA. (*Creciendo su agitacion.*)
¿Por mí ¡cielos! Azagra entre cadenas?
¿Por mí en peligro su preciosa vida?
...No puedo respirar ¡ay! sumergida
en espantóso piélago de penas..
Ya que á luchar conmigo me condenas,
estrella inexorable en que nacida
fuí yo triste, ¿tu rabia embravecida
por qué tan solo contra mí no llenas?
¿Será Azagra infeliz porque lo adoro...?
¿Por qué, si ignora la pasion activa
que en mi angustiado corazon devoro?
Pierda mi trono; el impostor roméro
disponga de Aragon, y Azagra viva:
sálvese, y que perezca el orbe entero.
(*Fuera de sí.*)
¡Qué es el cetro y la corona,
qué es Aragon, qué es el mundo
¡oh destino furibundo!
si á Azagra veo morir?
Caiga el sol de su alta zona,
piérdase todo en un dia,
y gócese el alma mia
con ver á Azagra vivir.
Hasta mi pecho
desventurado
sacrificado
sea por él:
rotó, deshecho
al medio apele,
que mas le duele.
(*Resuelta acercándose á la puerta, y en voz alta.*)
¡Hola...! ¡Isabel!

Sale DOÑA ISABEL *llorando.*

DOÑA ISABEL. Señora.

REINA. (*Con viveza*)
Enjuga el llanto,
tranquiliza tu pecho,
y á tan gran desventura
pongamos un remedio.
Sí, amiga, de consuno
entrambas trabajemos
para romper de Azagra
los opresores hierros.

Salvarle es lo que importa,
que lo demás es menos.

DOÑA ISABEL. ¡Y yo, désventurada,
yo que tanto lo anhelo,
y que la vida diera
por salvar á don Pedro,
qué podré hacer, señora,
cuando el destino adverso
á tal punto conmigo
se embravece violento
que hasta perder la gracia
con que me honrábais temo?

REINA. *(Con ansiedad.)*
¿Por qué...?

DOÑA ISABEL. Porque mi padre
alucinado y ciego
os abandona...

REINA. (*Con viveza.*) Calla,
que justamente veo,
en que tu padre siga
ese bando perverso,
de libertar á Azagra
el mas seguro medio.
y tú solo...

DOÑA ISABEL. Señora,
lo que no haga el esfuerzo
y la alta omnipotencia
de vuestro brazo régio,
¡lo hiciera yo...?

REINA. Sin duda:
escúchame un momento:
Tan solo hay media legua
al castillo en que preso
gime infeliz Azagra:
corre, vuela te ruego,
habla á tu padre, llora,
y si con torvo ceño
te escucha y no le ablandas,
di que vas de mí huyendo,
que me detestas díle,
díle... que...

DOÑA ISABEL. Me estremezco.

REINA. Si, todo por salvarle,
que lo demás es menos;
díle...

DOÑA ISABEL. (*Conmovida.*)
Señora mia,
jamás, jamás... ¡oh cielos!
y todo inùtil fuera:
es mi padre de hierro...
y tenaz, inflexible...

REINA. ¡Resistirá á tus ruegos?

DOÑA ISABEL. Sin duda.

REINA. Pues bien, oye;
otra senda busquemos.
Vé al castillo provista
de cuanto yo poseo,
llévate mis tesoros,
mis joyas y mi cetro.
Todo el oro lo alcanza,
gánate por su medio
una pronta entrevista
¡ay de mí! con don Pedro.
Dile que le levanto
de lealtad el empeño.
que del pleito.homenage
que me hizo le relevo,
que jure pleitesía
al impostor... que quiero
que le sirva, y le ayude
á arrebatarme el reino,
que maldiga mi nombre,
que destruya mi imperio,
que...

DOÑA ISABEL. (*Consternada.*)
¿Delirais, señora?
¿Qué pronunciais...? ¡oh cielos!

REINA. (*Con vehemencia.*)
Sálvese Pedro Azagra,
que lo demás es menos.
¡Oh dolor...! sí... tu misma
grande interés en ello
tienes, que es... ¡ay! tu amante,
y te aguardan risueños
y venturosos dias...
(*Aparte.*)
yo me ahogo... ¡Dios eterno!
(*Alto.*)
en amorosos lazos,
llamándole tu dueño.
(*Pausa.*)
Vuela, (*Con viveza.*) mi oro derrama,
apura tu talento,
tu amor, tu astucia, todo;
no perdones esfuerzo,
y de cualquier manera,
sin pararte en los medios
y á toda á toda costa,
salva su vida.—El tiempo
urge, corre al castillo,
ven, sígueme.

DOÑA ISABEL. Obedezco.

ESCENA II.

Decoracion corta que representa un corredor interior del castillo de Atarés. Salen BERRIO *de soldado ridiculo, y* SANCHA *con una gran cesta cubierta con una servilleta.*

BERRIO. (*Enojado.*)
Mal muermo los mate, amén.
Requiebren á la borrica.
pero contigo, Sanchica,
que tengan mas ten con ten.

SANCHA. Zeloso..., si no dijeron
sino que...

BERRIO. ¡Sino qué...? Ya.
Pues si vuelven, voto vá...

SANCHA. Saber quien era quisieron
y registrarme...

BERRIO. (*Con viveza.*) ¡Caramba!

SANCHA. La cesta.

BERRIO. Eso es diferente:
que iba á ver, pensé, esa gente
si eras ó no patizamba.

SANCHA. Yo les dije...

BERRIO. Con la tropa
no haya dimes ni diretes;
que te daré de cachetes,
y á ellos un tiento en la ropa.

SANCHA. ¿Quien, tu...?

BERRIO. Yo. Soy militar
tan duro, que de un porrazo
á un gigante le echo un brazo,
como quien dice, á rodar.

SANCHA. ¡Quiá! Berrio, ¿te has vuelto loco?
¿De cuando acá tan valiente?

BERRIO. Desde ayer, y ya la gente
me teme á mí mas que al coco.
Anoche salté de un brinco
el foso hecho un Barrabás,
y de un solo tajo... zás,
arrebané veinticinco.

SANCHA. ¡Qué prodigio...! ¿Y no te duele
el brazo?

BERRIO. (*Muy ufano con aire de superioridad.*)
¡Pobre muchacha!
¿No conoces en mi facha...?

SANCHA. (*Burlándose.*)
Tu facha es la de un pelele.

BERRIO. Gracias por el agasajo.—
¿Y qué me traes de comer?
¿O vienes solo á cojer
en la puerta un requebrajo?

SANCHA. Traigo..: Pero ya no quiero
por celoso darte nada,
¡ingraton! Muy bien pagada
estoy cuando de porquero
hago por tí allá en la venta;
y el morueco y los marranos
me tienen por esos llanos
ajustándoles la cuenta.
Y cuando con la borrica
vengo tan cargada aquí,
para que tu comas, y...

BERBIO. Te perdonaré Sanchica.

SANCHA. ¿Perdonarme, tú, bribon...?
¡Eres quien de cerro en cerro
tras mí andaba como un perro
pidiéndome compasion?

BERRIO. Cumplir debo con mi estado.
Y aunque tú mi novia eres,
despreciar á las mujeres
propia cosa es de soldado.

SANCHA. *(Riéndose.)*
Si eres soldado postizo·

BERRIO. Vaya muy enhoramala,
que á soldado no me iguala
ni aun el padre que me hizo.

SANCHA. Pues soldado por soldado,
con esta cesta preñada
voy á buscar á la entrada
á aquel que me ha requebrado.

BERRIO. *(Deteniéndola.)*
¡Sancha, eso no, pése á mí?
que si tú zelos me das,
tengo aun de esa cesta mas.

SANCHA. ¡Hola...! ¿con que hay hambre?

BERRIO. *(Atacando á la cesta.)* Si.

SANCHA. *(Defendiéndola.)*
Pues con el hambre se amansan
los animales. Y tú...

BERRIO. *(Enojado.)*
Sanchica de Belcebú,
ya tus desdenes me cansan.

SANCHA. Si no me pides perdon
de tantas altanerías,
se come estas porquerías
aquel bravo moceton.

BERRIO. *(Acariciándola.)*
Anda, no seas bobona,
dale esa cesta á tu niño,
que por tí está de cariño
opilada la persona.

SANCHA. Siendo así, bueno, me ablando.

(Pone la cesta sobre un poyo que habrá à un lado.)

BERRIO. Vuelca, vuelca aquí la cesta,
que mi barriga dispuesta
tengo á engullirlo volando.
(*Se sienta.*)
Veamos pues qué traes, Sanchica.

SANCHA. (*Sentándose en el suelo va sacando de la cesta lo que dice.*)
Un pan, chorizo, jamon,
y aquí abajo en el hondon
viene una cosa muy rica.
...Una cebolla.—Además
la bota con cariñena.

BERRIO. ¿Y viene, Sanchica, llena?

SANCHA. Y pronto la agotarás.

BERRIO. Tráela acá, le daré un beso: (*Toma la bota.*)
bien haya quien la enjendró. (*Bebe.*)

SANCHA. (*Sujetándole el brazo.*)
Ya basta de hacer cló... cló...

BERRIO. ¿Y te se ha olvidado el queso?

SANCHA. No lo olvidé, viene aquí.
(*Lo saca y se ponen ambos á comer.*)
Y dime ahora. ¿qué hay de nuevo?

BERRIO. (*Comiendo.*)
Tenemos preso un mancebo
como un oro.

SANCHA. ¿Quién es..,? Di.

BERRIO. (*Sin dejar de comer.*)
De la reina el general,
que ayer tarde con gran brio
salió á pedir desafío
ahí, en medio de ese erial.
Y desde aquí le llamaron,
y habria bebido un traguito;
pues se acercó muy solito
y diez hombres lo atraparon,
como á una liebre en la cama
diez galgos.

SANCHA. ¿Y es muy buen mozo?

BERRIO. Solo de verlo da gozo.

SANCHA. ¿Y sabes como se llama?

BERRIO. Don Pedro Azagra.

SANCHA. (*Pasmada.*) Ese es
novio de la señorita.

BERRIO. ¿De aquella niña bonita.
hija de Torrellas?

SANCHA. Pues.—
¿No te acuerdas que han estado
en la venta á merendar
mil veces? —¡Qué lindo par
despues que se hayan velado!
Y ella que es tan llana y buena
lo afligida que estará!
¡Pobrecita! ¡cuál tendrá

partida el alma de pena!

BERRIO. Venga la bota. (*Bebe.*) Pues no
quisiera yo en el pellejo
hallarme del mozalejo,
que esta gente... ¿qué sé yo?

SANCHA. ¿Qué, Berrio...? Di.

BERRIO. Arrepentido
y mucho, Sanchica, estoy. (*Bebe.*)
En cuanto pueda me voy. (*Bebe.*)
Hay aquí mucho perdido.

(*Se levanta sorprendido notando que alguien se acerca.*)

¡Santa Bárbara! que viene...

SANCHA. (*Asustada.*)
Y... ¿quién viene...?

BERRIO. (*Con gran miedo y santiguándose.*)
¡San Antonio!
El mismísimo demonio.
...¡Jesus! ¡y qué cara tiene!
Si me ve aquí... pronto, chica,
recoge todo, recoge...
que pondrá, como se enoje,
mi cabeza en una pica.

(*Sancha lo mete todo en la cesta, con gran turbacion.*)

Salen DON LOPE DE AZAGRA, *con trage de peregrino, y* MAURICIO, *y se paran á hablar sin reparar en Berrio y Sancha, que demuestran gran terror.*

DON LOPE. Si, si, ya resuelto estoy
¡padre infeliz! á abrazarle.

MAURICIO. Mas tratad de alucinarle
sin descubrir...

DON LOPE. A eso voy.
(*Repara en Berrio y en Sancha.*)
¡Cielos...! ¿un soldado allí?

MAURICIO. (*Reconociéndolos.*)
Es el villano simplon,
que era porquero de Anton.

DON LOPE. Fuerza es echarle de aquí.
(*Acercándose y con tono severo.*)
¿qué hace el vicioso soldado,
solo, con una mujer?

SANCHA. (*Temblando.*)
¡Ay!

BERRIO. (*Turbado.*) Nada malo... comer.

DON LOPE. Vaya á su puesto, ó colgado
será al punto de una almena,
y ella emplumada.

BERRIO. (*Aparte á Sancha, que recoge la cesta.*)
Arre allá.
Y cual lo dice lo hará.
¿Ves tú que no es gente buena?
(*Vanse Berrio y Sancha.*)

DON LOPE. ¡Ay como tiemblo Mauricio!
mi pecho va á reventar.
¡Qué tormento singular,
qué espantoso sacrificio
tener encerrado así
al hijo del alma mia,
cuya noble valentía
ayer encantado ví!
De su noble corazon
son el arrojo y lealtad
para su padre, en verdad,
terrible reconvencion.

MAURICIO. Si has de demostrar flaqueza,
cuando ya no falta nada
para que veas colocada
la corona en tu cabeza,
no vayas á donde vas.

DON LOPE. ¡Ah...! No eres padre. Por eso...

MAURICIO. Y si no has perdido el seso
tú mismo conocerás
que olvidar el que lo eres
es preciso en este paso;
pues olvidándolo, acaso
mostrarás mas lo que quieres
á ese hijo. Si por él
cual dices has emprendido
el plan, en que te he seguido
como tu amigo el mas fiel...

DON LOPE. (*Profundamente afectado.*)
En favor suyo emprendí
este... crimen.

MAURICIO. (*Con enfado y desden.*)
¿Que me asombre
no estrañarás...?

DON LOPE. (*En tono solemne.*) Es el nombre
que tiene mi empresa. Sí.—
(*Con naturalidad.*)
Digo que si en su favor
me he metido en este empeño,
en su favor seré dueño
de disfrazarle mi amor.

MAURICIO. En buen hora lo visita.
Mas que sea como rey,
que á hombre de tan alta ley
con interes solicita.
Mas no haya inútil terneza,
ni indiscreta confianza,
que de veras ó de chanza
nos cuesta á ambos la cabeza.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA III.

Prision del castillo de Atarés, y sale DON PEDRO LOPE DE AZAGRA, *sin espada, y como preso.*

DON PEDRO. (*Abatido.*)
Tu amor, divina Isabel,
en tan dura situacion,
derrama en mi corazon
no consuelo, sino hiel.
Tu padre á mi reina infiel
hundió nuestro porvenir,
y me condena á morir;
pues, la esperanza perdida
de consagrarte mi vida:
¿para qué quiero vivir?
¿Por qué tardan los traidores,
que con tal alevosía
burlaron mi valentía,
en completar sus furores?
De mi estrella los rigores
(pues que ya, Isabel, la suerte
me ha condenado á perderte)
en este oscuro confin
tengan presuroso fin,
en los brazos de la muerte.
(*Se oye ruido de cerrojos.*)
¿Mas qué es esto...? Alguien aqui
se acerca... ¿Será un verdugo?
Si tal á los cielos plugo
afortunado naci.
(*Se sienta en un poyo que habrá à un lado.*)

Sale DON LOPE DE AZAGRA *y se detiene como indeciso.*

DON LOPE. (*Aparte.*)
¡Qué tremenda agitacion
me destroza y me confunde!
¡Qué peso me abruma y unde
al pisar esta mansion!
(*Clavando los ojos en don Pedro.*)
¡Qué gallardo...! ¡Qué altivez
tan noble en su rostro veo!
(*Aterrorizado bajando los ojos.*)
¡Ay de mí, que soy yo el reo,
y mi hijo el severo juez!
(*Avanzando con dignidad, y haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.*)
Don Pedro Azagra, escuchad.

DON PEDRO. (*Con entereza y sin levantarse.*)
¿Azagra...? ¿Quién me nombró...?

DON LOPE. (*Parándose à distancia.*)
Es vuestro rey.

DON PEDRO. (*Con dureza.*) Eso no;
que su obediencia y lealtad
y su fé solo consagra
al legítimo derecho
de la reina, el noble pecho
de Pedro Lopez de Azagra.

DON LOPE. Mirad, jóven imprudente,
que os perdeis alucinado..

DON PEDRO. Lo que es, tengo bien mirado
á mi sangre conveniente.

DON LOPE. (*Esforzàndose.*)
Ved que el alto Emperador
don Alonso, el que á su nombre
unió el glorioso renombre
de fuerte batallador,
es el que teneis delante.

DON PEDRO. (*Indignado.*)
Mentís, que fué muerto en Fràga,
y no hay prueba que deshaga
una verdad semejante.

DON LOPE. (*Disimulando la turbacion.*)
Por altos juicios de Dios
en aquel empeño fuerte
triunfar logró de la muerte,

DON PEDRO. No basta lo digais vos.

DON LOPE. Sí vuestro padre viviera...

DON PEDRO. (*Interrumpiéndole.*)
A la reina defendiendo,
y su obligacion cumpliendo,
vuestra audacia confundiera.

DON LOPE. (*Aparte.*)
¡ Cielos...! La sangre me ahoga.
¡ Qué dura reconvencion !
(*Alto y disimulando.*)
Aunque ya por mi razon
tanto brazo noble aboga,
quiero, porque bien os quiero,
y no acierto á costigaros,
con muestras claras probaros
ser vuestro rey verdadero.
Y que estando vivo yo
no es legítimo el derecho
de mi sobrina...

DON PEDRO. Sospecho
que quien soy se os olvidó.
Soy Azagra, y si es verdad
que á mi padre conocisteis,
sin duda un muro en él visteis
de teson y de lealtad.
Y nunca desmerecí,

por lo que os cansais en vano,
astuto y pérfido anciano,
la sangre que le debí.

DON LOPE. (*Acercándose enternecido.*)
¡Pedro...! ¡Pedro!!!

DON PEDRO. (*Levantándose como para contenerle.*)
¡Ah...! No llegad
hasta mí.—Que si no fuera
porque una vaga quimera
me turba, y por vuestra edad,
(*Con energía.*)
os hiciera mil pedazos;
dando tremendo castigo
al impostor, enemigo
de la reina, entre mis brazos.

DON LOPE. (*Arrojándose fuera de sí en los brazos de don Pedro.*)
Pues ahoga á tu padre, sí,
ahógalo en ellos, cruel.

DON PEDRO. (*Cayendo consternado en el asiento.*)
¿Es... ¡ay! la voz de Luzhel,
ó la de Dios, la que oí?

(*Queda enagenado y convulso, y despues de un momento de inaccion y de silencio, se sienta tambien don Lope y le toma temblando una mano.*)

DON LOPE. Oye, Pedro... oye, hijo mio.
Soy tu padre, atento escucha,
y verás que por tí solo
me encuentro en tan grave angustia.
Por tí solo, pues tú fuiste
siempre en mis varias fortunas
el ídolo de mi pecho,
de mis afanes la suma.
Aunque herido, logré en Fraga,
de tantos valientes tumba,
salvar la vida. El cadáver
del rey ví al paso, y con pura
lealtad del collar y anillo
le despojé, porque augustas
prendas tales el trofeo
no fueran de infieles nunca.
Perdido entre las montañas
por donde emprendí mi fuga,
de un jeque me vi cautivo,
que me llevó luego á Suria.
Allí me fugué, auxiliado
por la audacia y por la industria
de ese astuto monge griego
que aqui me sigue y me ayuda.
Hablando con él un dia
de la desastrosa lucha
de Fraga, el collar y anillo,
prendas que por siempre ocultas
me acompañáron, mostréle;

y la semejanza suma
le dije que en voz y en gesto,
talle, ademan y figura
tenia yo con el difunto
rey don Alonso. Y la astucia
de Mauricio vió al momento
una feliz coyuntura
en aquellas circunstancias
para tentar la fortuna.
Opuse á sus sugestiones
risa, creyéndolas burla.
Mas las repitió constante
con razones tan astutas,
durante los largos años
que otras nuevas desventuras
corrimos juntos, que al cabo
venció mi tenaz repulsa.
Y de que asi se torciera
mi alma siempre recta y justa,
tú fuiste la causa solo,
mi cariño te lo jura.
Anhelando colocarte
del trono en la alteza suma,
abracé, infeliz, la idea
con decision tan profunda,
que llegó á hacerse muy pronto
dominadora absoluta
de mi existencia. Y tú solo,
tú solo tienes la culpa,
tú solo, hijo de mi alma,
mi esperanza en tanta angustia,
de mi afan único objeto,
iris de mis desventuras.

DON PEDRO. (*Convulso y escondiendo entre sus manos el rostro y cabeza.*)
¡Dios eterno...! ¡Dios eterno!
...¿Dónde estoy...? ¡Ah...!

DON LOPE. Pedro, escucha,
Consiguió astuto Mauricio
violar por la vez segunda
nuestros hierros, y volamos
á Marsella. La fortuna
nos proporcionó al momento
de Aragon nuevas seguras;
y al saber que habia quedado
del gran Berenguer viuda
la reina jóven y hermosa,
mas sin fuerza y sin cordura,
juzgamos que el mismo cielo
daba á nuestro plan ayuda,
ofreciéndonos propicio
la ocasion mas oportuna.
Vinimos á Barcelona,

y con próspera ventura
la empresa, hijo, comenzamos,
que una corona te funda;
y que sin tu leal denuedo,
mal dije, sin tu locura
ya estuviera realizada.
Mira pues lo que rehusas.

DON PEDRO. ¿De ahogadora pesadilla,
que me confunde y abruma,
estoy ¡ay de mí! en los brazos...?

DON LOPE. (*Queriendo abrazar á su hijo.*)
En los de amor y ternura
de tu padre estás.

DON PEDRO. (*Levantándose con violencia, y rechazando á su padre.*)
¡Oh cielos!
Apartad, demonio, ó furia,
apartad.

DON LOPE. (*Separándose aterrorizado.*)
¡Ay yo infelice...!
la tierra me trague y hunda.

DON PEDRO. (*Conmovido.*)
¿Por qué, padre, vuestros brazos
no me ahogaron en la cuna?
(*Con nuevo furor.*)
¿Mas qué dije...? ¿Vos mi padre?
No; que ha ser mi padre, nunca
en vuestro pecho cupieran
la traicion y la impostura.
Cual os fingiste el rey muerto
mi padre os fingís sin duda.

DON LOPE. (*De rodillas y abrazando las de su hijo.*)
¡Hijo del alma...! ¡Hijo mio!

DON PEDRO. (*Levantándolo bruscamente.*)
No me afrenteis.

DON LOPE. (*Llorando.*) Oye... Escucha.

DON PEDRO. (*Retirándose.*)
Marchad, dejadme... La muerte
termine tan rara pugna.
Basta.—Si sois don Alonso
rompa la cuchilla aguda
de los verdugos mi cuello,
que doblarse á vos rehusa.
Si mi padre sois matadme,
pues que mancha tan inmunda
en la sangre habeis echado
que por mis venas circula.
(*Avanzando en nuevo furor.*)
Mas no sois ni uno ni otro;
dejadme... pronto... Mi furia
es tal... y tal mi despecho...
y mi suerte tan sañuda,
que tal vez...

(*Conteniéndose de pronto.*)
Marchad, anciano,
que mi decision me asusta.

DON LOPE. (*Confundido.*)
¡Ay de mí...! ¡destino horrible!
El infierno me confunda.
(*Vanse por distinto lado.*)

ESCENA IV.

La misma decoracion de la escena segunda representando el corredor interior del castillo. Empieza á anochecer, y se va oscureciendo lentamente el teatro. Sale MAURICIO *inquieto.*

¡Cuánto don Lope tarda!
Algun desastre temo
de ese remordimiento que acobarda
su corazon, y del delirio estremo
que por el hijo tiene.
Mas ya torna hácia aquí... ¡Cielos...! ¡cuál viene!

Sale DON LOPE DE AZAGRA, *precipitado y temeroso.*

DON LOPE. ¡Ay...! ¿Eres tú. Máuricio...?
Tenme, tenme en tus brazos,
que abierto ante mis pies un precipicio
está sin fondo, en que me haré pedazos.
(*Con gran terror.*)
Tenme, tenme... ¿No miras...?

MAURICIO. (*Sosteniéndole.*)
¿Qué pronuncias, don Lope...? Tú deliras.
Tú, tan docto maestro
en fascinar la gente,
¿acaso no has logrado astuto y diestro
conquistar á ese jóven imprudente?
¿Incrédulo persiste...?
¿Cómo le hablaste pues...? ¿Qué le dijiste?

DON LOPE. (*Temblando.*)
¡Ay...! Alentar no puedo.
Cuanto miro me espanta,
mi pecho aprieta aterrador el miedo,
hiélaseme la voz en la garganta:
¡me persigue aun mi hijo!!
(*Mirando con terror el lado por donde salió.*)

MAURICIO. Vuelve. don Lope en tí; dime que dijo.

DON LOPE. Mauricio, retrocedamos.

MAURICIO. (*Con viveza.*)
¿Adónde...? ¿Por qué...? jamás.
No podemos ír atrás.
¿No contemplas dónde estamos?
(*Recapacitando.*)

¿Mas qué es esto?

DON LOPE. Que mi hijo...

MAURICIO. ¿Se negó á reconocerte
por don Alonso?

DON LOPE. La muerte
me ha dado lo que me dijo.
¡Qué fé...! ¡Qué noble lealtad!

MAURICIO. (*Receloso.*)
Y tú luego que advertiste
tanto teson, encubriste...

DON LOPE. No. Le dije la verdad.

MAURICIO. Nos has, don Lope, perdido
si libre...

DON LOPE. No me creyó:
que el que una vez miente, no
puede ser otra creido.

MAURICIO. ¿No te creyó...?

DON LOPE. (*Con dolor.*) Aunque mis brazos,
mis lágrimas, mis lamentos
los penetrantes acentos
de un corazon en pedazos
le demostraron...

MAURICIO. (*Suspenso.*) Muy bien.—
Ya es terrible el compromiso.

DON LOPE. Y desistir es preciso...

MAURICIO. (*Con enfado.*)
¿De qué, don Lope...? ¿Y por quién?

DON LOPE. ¡Su oposicion es tan fuerte!

MAURICIO. ¿Le revelaste indiscreto...?

DON LOPE. Sabe, sí, todo el secreto.

MAURICIO. (*Aparte.*)
Y yo le daré la muerte.

DON LOPE. Lo sabe, y tenaz opuso
tan airada resistencia,
que me temí una violencia,
y grave terror me impuso.
—Yo para mi nada quiero,
todo lo hacia por él.
Si lo rechaza cruel,
¿qué adelanto ya, qué espero?

MAURICIO. (*Aparte.*)
Tal desaliento me asusta,
y reanimarlo es forzoso.
(*Alto.*)
Te juzgué mas animoso,
y de vejez mas robusta.
Que á sospechar, vive Dios,
que tan miserable era,
jamás Aragon nos viera
en tal empresa á los dos.
¿De un mancebo alucinado,
que conoce el mundo apenas,

las declámaciones llenas
de celo mal meditado,
tan ridícula influencia
pueden ejercer en tí?
...De mas temple te crei,
de mas madura esperiencia.
Haz venturoso á tu hijo
aunque sea á su pesar,
pues las gracias te ha de dar,
burlando de cuanto dijo.
Hay personas que es forzoso
dichosas por fuerza hacer,
sin tomarles parecer.

DON LOPE. (*Como hablando entre sí.*)
Con un crimen afrentoso...
¡Usurpando...!

MAURICIO. Veo que estás
delirante y sin razon.
Sin crímen de usurpacion
puedes ir adonde vas.
A tu patria, haciendo, sí,
un servicio imponderable
de don Alonso... (*Pensando un momento.*)
Oye.

DON LOPE. Di.

MAURICIO. Postrado, atónito el mundo,
creyéndote el guerreador
que le impuso con valor
un respeto tan profundo,
á Aragon acatará:
y de la hispana nacion
por tu prestigio Aragon
el dominio cobrará.
Y su gloria ya afirmada
declaras por tu heredera
á la reina verdadera,
á la reina destronada,
que juzgarán tu sobrina;
casas á tu hijo con ella,
puesto que es jóven y bella;
y el objeto á que camina
tu afan consigues así,
con ventaja de Aragon,
sin crímen de usurpacion,
y sin mengua alguna en tí.

DON LOPE. (*Como volviendo en sí.*)
¿Me habla por tu boca el cielo?
¡Son tan claras tus razones!

MAURICIO. De infundadas ilusiones
te las ocultaba el velo.
Y para á cima llevar
intentos de tal grandeza,

no el corazon, la cabeza
debe solo dominar.—
De tu hijo acaso el ardor
por la reina... puede sea,
ahora me ocurre la idea,
aun mas que lealtad, amor.
Y puede, don Lope, ser
que en el bien por qué suspira,
y como imposible mira,
tú le vayas á poner.

DON LOPE. (*Reanimado.*)
Tu acento mi angustia calma,
tu voz mis fuerzas me vuelve,
y tu razon desenvuelve
de las tinieblas mi alma.
Si puedo ¡ay Dios! colocar
á mi Pedro en ese trono,
que por él solo ambiciono,
sin la corona usurpar;
siga en buen hora la empresa.
Mas hoy tanto he padecido,
que como nunca he sentido
la edad que sobre mi pesa.
Descansar me es fuerza un rato.

MAURICIO. (*Llevándolo lentamente hasta la puerta.*)
Descansad, si, reponeos,
que todos vuestros deseos
protege un destino grato.
A solas considerad
en tan crítica ocasion
cuánto os importa el teson.
(*Ya en la puerta en tono solemne.*)
Don Lope, en ello pensad.
Si persistís, se os presenta
un trono para ese hijo;
si retrocedeis, de fijo
infamia á vos, á él afrenta.
(*Vase don Lope.*)

MAURICIO. (*Volviendo desasosegado al medio de la escena y paseándose.*)
¡Singular es este hombre!
¿Posible es que en los momentos
de coronar sus intentos
tanto fantasma le asombre?
¿Que con escrúpulos ande,
quien diestro hasta aquí llegó,
y á Torrellas fascinó
con facilidad tan grande?
Todo es la debilidad
por ese hijo, que apresado
fué en momento desgraciado.
¡Cosas de su mucha edad!
(*Queda pensativo.*)

A ese jóven es preciso
asegurar.—Indiscreto
le patentizó el secreto;
si se fuga... ¡oh compromiso!
(*Dudoso.*)
Que muera... sí, morirá.
¿Cómo?... cuando en hondo sueño
no sea de sus brazos dueño.
...Pero difícil será.
(*Reflexiona un momento, y prosigue con resolucion.*)
Beba esta noche la muerte
en un veneno. Sí, sí,
no hay bastante fuerza en mí
para herirle de otra suerte.
(*Queda meditabundo.*)

Sale BERRIO *silbando y distraido, y al reparar en Mauricio se asusta y retrocede.*

BERRIO. (*Aparte.*)
¡Caramba con el frailon!
Siempre charlando entre sí,
anda de aqui para allí
hecho un duende motilon.
Volvámonos pies atrás,
que al cabo le considero
pájaro de mal agüero;
y si me atrapa quizás...
MAURICIO. (*Sobresaltado.*)
¡Hola...! ¿quién es?
BERRIO. (*Sobrecogido.*) ¡Dios bendito!
(*Acercàndose con ridículas cortesías de miedo.*)
Berrio soy...
MAURICIO. Oye un momento.
(*Dándose una palmada en la frente, como complacido de una ocurrencia feliz.*)
(*Aparte.*) ¡Oh, qué feliz pensamiento!
BERRIO. (*Aparte.*)
Me ha pescado en el garlito.
(*Alto.*)
¿Qué manda su eternidad?
(*Aparte.*)
Estoy de miedo difunto.
MAURICIO. (*Con mucha afabilidad, despues de mirar á todos lados para asegurarse de que estan solos.*)
Llegas cabalmente al punto
que en tí pensaba.
BERRIO. (*Escamado.*) ¡Oh bondad!
MAURICIO. Tengo, si, que hablar contigo,
pues sabes que desde el dia
que te vi allá en la alquería,
soy muy de veras tu amigo.
BERRIO. (*Gozoso.*)
Sí yo tengo mucho aquel,

y un ángel... que... ya.

MAURICIO. Es asi,
que eras bueno conocí.

BERRIO. Un palomino sin hiel.

MAURICIO. Pues te quisiera encargar
que á ese pobre prisionero,
jóven á quien mucho quiero,
le llevaras de cenar.

BERRIO. Ay señor... con mil amores.

MAURICIO. Mas nadie lo ha de saber,
porque el rey quiere tener
gran rigor con los traidores.

BERRIO. (*Con recelo.*)
Siendo asi...

MAURICIO. Nada sabrá,
si es que callar sabes tú.

BERRIO. Callar sé. Mas Belzebú
me sonsaca... y... agua va.

MAURICIO. Contente, y en todo caso...
tù sabes cuánto yo puedo.

BERRIO. Pues eso me quita el miedo:
(*Resuelto y con gran familiaridad.*)
padre, estoy dispuesto al paso.

MAURICIO. Sígueme, y la colacion
que le has de dar, te daré.

BERRIO. Vóyme pues con su mercé,
y sabré callar... ¡chiton!

MAURICIO. Se lo dejas todo alli
y te sales al momento.

BERRIO. Todo lo haré como un viento.

MAURICIO. Fuera espuesto para tí
quedarte...

BERRIO. Dios libre.

MAURICIO. Y ten
cuidado de no tocar
lo que le vas á llevar.

BERRIO. No soy yo goloso.

MAURICIO. Ven. (*Vanse.*)

El teatro está ya completamente oscuro, y sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, *vestida con un trage igual en todo al de Sancha, y con un rebocillo con que pueda taparse el rostro.*

DOÑA ISABEL. (*Con recelo y timidez.*)
¡Con cuánto susto, cielo,
estas estancias piso,
oscuras, pavorosas y asombradas!
Cada paso recelo
que á un nuevo compromiso
me lleva, y el rumor de mis pisadas,
que suenan duplicadas
por los lúgubres ecos

de las vóvedas frias,
en estas galerías,
y de estos murallones en los huecos,
me horroriza y me asombra,
y una voz me parece que me nombra.
¡Ay si mi acerba suerte
fuera tal que encontrara
con mi padre...! ¡Infeliz...! Antes quisiera
que repentinamente
en sus brazos me ahogára;
que este castillo sobre mí se hundiera.
—Ni aun hallo luz siquiera
que dirija mi paso.
...Hace un pequeño instante
que juzgué no distante
escuchar hácia aqui rumor escaso.
Mas todo está desierto,
de oscuridad y de pavor cubierto.
(*Se pasea con sobresalto.*)
Con la villana ropa
que compré á Sancha y Rita,
y con las instrucciones que me han dado,
por medio de esa tropa
desbocada y maldita,
que creyó ser yo Sancha, he penetrado.
Allí un tosco soldado
que á Berrio encontraria
por aqui aseguróme...
...No se hácia dónde tome...
...Ya empieza á vacilar la planta mia.
Señor omnipotente,
amparad á esta mísera inocente.
(*Va de uno à otro lado, escuchando, y se pára junto á un bastidor.*)
¡Ay! ¿Si estaré, Dios mio,
junto á la misma puerta
que á don Pedro infeliz sujeta y guarda?
...Tal vez del paso mio
el rumor le despierta,
y al escucharlo el triste se acobarda,
porque el sayon aguarda;
y creerá ¡trance fuerte!
la tímida pisada
de su Isabel amada
la pisada espantosa de la muerte.
...¡Oh amargo pensamiento
que de mi corazon dobla el tormento!—
Allí una luz diviso,
y venir un soldado
á este lugar... Me ocultaré... ¿Y adónde?
...Preguntarle es preciso
por ese Berrio, que á mí afan se esconde.
Si afable me responde...

...Mas... ¡cielos! imagino
que es él quien aqui viene;
aunque el trage que tiene
es diverso del suyo campesino.
Aguardo rebozada
y en la bondad del cielo confiada.
(*Se cubre el rostro con el rebocillo, y se separa á un lado.*)

Sale BERRIO *con una batea de mimbre, y en ella pan, dos ó tres escudillas cubiertas y una redoma de vidrio llena de vino, y además una lámpara de barro encendida.*

BERRIO. (*Sin reparar en doña Isabel.*)
Mucha tentacion es esta,
pan butifarra y jamon,
¡y vino aloque...! Me temo
que no me contengo, no.
¿Mas si ese fraile lo cuca,
que es un duende, vive Dios,
y me ataja el apetito
descargándome una coz?
Táte, táte, amigo Berrio;
anda fuera, tentacion.
(*Echa á andar resuelto, y al momento se para.*)
Mas verme solo, y pasarme
sin catar... (*Huele la redoma.*)
¡Qué rico olor!
esta ampolla tan galana,
fuera ser un burro yo.

DOÑA ISABEL. Berrio.

BERRIO. (*Sorprendido.*) ¡Santa Genoveva!
¿De dónde sale esta voz?
Á que algun familiar tiene
que me persiga el Frailon.
(*Temblando.*)
Reconozcamos... ¡qué miedo!
si alguien en el corredor...
(*Repara en doña Isabel.*)
¡Ay Jesus...! (*Cree ser Sancha y se acerca.*)
Hola, Sanchica:
¡tú despues de puesto el sol,
vienes á ver á tu nene...?
Algun santo te inspiró.
¿La cena me traes sin duda?
No puede menos tu amor.
¿Y has entrado rebozada...?
Así me gusta por Dios,
para evitar requebrajos
de tanto pillo tumbon.
(*Con confianza.*)
Mas ya que estás con tu esposo,
y á solas ambos á dos,

fuera ropa. (*Le quita el rebocillo y queda pasmado.*)
Mas ¡ó cielos!
esta no es Sanchica, ó
borracho estoy...

DOÑA ISABEL. No, no es Sancha.

BERRIO. (*Retrocediendo.*)
¿Pues quién eres tú, vision,
que de Sancha trae la ropa,
y el rostro de Sancha no?
(*Aparte.*)
Esta es alguna mozuela
que de soldado me vió,
y muerta por mis pedazos
viene á pedir confesion.
¡Mucho garabato tengo!
¡Tengo un atractivo atroz!
En viéndome una muchacha
no hay remedio se acabó.

DOÑA ISABEL. (*Acercándose.*).
De parte de Sancha vengo
á demandarte favor.

BERRIO. ¿De parte de Sancha...? ¡malo!
Entonces es... qué sé yo.

DOÑA ISABEL. (*Con dignidad.*)
Soy doña Isabel de Torrellas,
la hija de tu Señor.

BERRIO. (*Le arrima la luz y la reconoce.*)
¡Calle...! ¡Es verdad...! ¿Hay tal cosa?
¿Quién diablos aquí os metió...?
¿En busca de vuestro padre
venís disfrazada...?

DOÑA ISABEL. No.
No. amigo, y que nunca sepa,
pues temo á su condicion,
que aquí estuve es necesario.

BERRIO. ¿Pues quién os trae...?

DOÑA ISABEL. El amor.

BERRIO. (*Aparte.*)
De cierto me solicita.

DOÑA ISABEL. Y la tierna compasion
al bravo don Pedro Azagra,
á ese jóven...

BERRIO. (*Recapacitando.*)
Ya, sois vos
su nóvia, y venís...?

DOÑA ISABEL. Sí, amigo,
á consolar su afliccion.
Y en tí solo confiada,
en tu honradez...

BERRIO. (*Perplejo.*) Pero yo...
¿Qué puedo hacer por serviros...?

DOÑA ISABEL. Llevarme á sus brazos.

BERRIO. ¡Oh...!
DOÑA ISABEL. Engañando al carcelero.
BERRIO. No hay carcelero.
DOÑA ISABEL. Mejor.
BERRIO. Hay solamente un cerrojo
gordo casi como yo,
y tambien hay cuatro llaves,
pero el tiempo las tomó
y no cierran.
DOÑA ISABEL. Pues entonces...
BERRIO. ¡Ay, que el cerrojo es atroz!
¿U os habeis imaginado
que es algun troncho de col?
DOÑA ISABEL. ¿Pero descorrerlo puedes?
BERRIO. Precisamente á eso voy
para llevarle esta cena.
DOÑA ISABEL. Berrio, por amor de Dios,
llévame contigo á verle,
ya que tan buena ocasion
se nos ofrece...
BERRIO. ¡Señora!
donde estais no sabeis vos:
si el vejete ó el frailote...
vaya... tiemblo de terror.
DOÑA ISABEL. ¿Quién, amigo, ha de saberlo?
BERRIO. Los duendes, que hay mas de dos
en esta encantada torre,
que el mismo diablo fundó.
DOÑA ISABEL. Vaya, ablándate á mis ruegos,
desecha todo temor,
complace á tu novia Sancha,
pues es quien me dirigió
á tí con tan árduo empeño,
y su trage me prestó;
y Rita tambien te ruega,
y tambien te ruega Anton,
de mis lágrimas movidos.
y de mi amargo dolor,
que me ayudes y me lleves
á ver á Don Pedro.
BERRIO. (*Dudoso.*) ¿Yo...?
DOÑA ISABEL. (*Arrodillándose y llorando.*)
Y á tus plantas te lo pido,
y te lo pagará Dios;
que las acciones cristianas
nunca sin premio dejó.
BERRIO. (*Levatàndola.*)
Basta, señorita, basta,
que no soy de bronce, no,
y en viendo llorar mugeres
se me atraganta la voz.
Esperad, no haga la trampa

que nos pillen á los dos.
(*Reconoce á un lado y otro si alguien lo ve.*)
Vamos allá.—Me resuelvo.
Venid pronto, pese á vos.

DOÑA ISABEL. ¡O santo cielo...! protege
mi desventurado amor.

BERRIO. Vamos, pisad mas quedito.

DOÑA ISABEL. Vamos en manos de Dios. (*Vanse.*)

ESCENA V.

Prision del castillo de Atarés, y aparece DON PEDRO LOPE DE AZAGRA, *sentado y pensativo: la escena estará oscura.*

BERRIO. (*Dentro.*)
¡Caramba...! El cerrojo está
descorrido, y encajada
la puerta... ! Pues ahí no es nada!!!
...¿Volado el pájaro habrá?

DOÑA ISABEL. (*Dentro con ansiedad.*)
¡Ay..:! entremos...

BERRIO. (*Dentro.*) Sí, pasmado
de miedo estoy.—¿Quién ha sido
el duende que aqui ha venido,
y asi la puerta ha dejado?

DON PEDRO. (*Incorporàndose.*)
¿Quién...? ¿Hola!... Si la muerte
me traen, al verdugo ruego
que descarge luego, luego,
en mi cuello el golpe fuerte.

Sale BERRIO *y* DOÑA ISABEL TORRELLAS, *y se ilumina la escena con la luz de la lámpara que viene en la batea.*

DOÑA ISABEL. (*Precipitándose en los brazos de don Pedro.*)
¡Ay don Pedro de mi vida!
Soy vuestra Isabel.

DON PEDRO. (*Sorprendido.*) ¡Oh Dios!
¿Deliro...? ¿Sueño...? ¿Sois vos...?
Sí, vos, Isabel querida.
(*Pausa.*)
¿En este trage...? ¿A tal hora...?
¡Ay...! esplicadme...

DOÑA ISABEL. Mi pecho
está de gozo deshecho...
¿Qué puedo esplicar ahora?
(*Vuelven á abrazarse.*)

BERRIO. (*Aparte.*)
Asi, muy bien.—¡Qué gustito
me da verlos...! No es Sanchica
mas que una pobre borrica

comparada á este angelito.

DON PEDRO. Tras de la vision de infierno
que mi pecho destrozó,
y sin duda me envió
en su cólera el Eterno;
esta vision celestial
piadoso y justo me envia,
con que encanta el alma mia,
y me hace á un ángel igual.
(*Trasportado de gozo.*)
¡Isabel...! ¡Mi amor...! (*Sobresaltado de repente.*)
¡Dios mio!
¡Qué terrible pensamiento
me ocurre en este momento,
que me deja yerto y frio...!
¡Ay, Isabel...!

DOÑA ISABEL. ¿Qué os asusta?

DON PEDRO. (*Agitado.*)
A la reina abandonaste,
¿Y á tu padre aqui buscaste?
Dime... dí...

DOÑA ISABEL. (*Con dignidad.*) ¡Sospecha injusta!
¿No me conoceis quizás?
Si á la reina defendeis,
¿cómo imaginar podeis
que yo...?—Don Pedro, jamas.—
(*Cariñosa.*)
En las alas de mi amor
y por la reina enviada
vengo á veros (*En secreto.*), y restada
á libraros del traidor.

DON PEDRO. Perdona, adorado dueño.
Mas tan raras cosas hoy
por mí pasaron, que estoy
creyendo que todo es sueño.
¿Mas tú en peligro por mí...?
¡Ay! me horrorizo, Isabel.
(*En secreto y con susto.*)
¿Ese soldado...? ¿con él
cuentas tú?

DOÑA ISABEL. Don Pedro, sí.

(*Don Pedro clava los ojos en Berrio, como examinándole con desconfianza.*)

BERRIO. (*Risueño.*)
Berrio soy..., Berrio, señor,
porquero antes que soldado.
Y aqui le traigo el guisado:
con que basta ya de amor.

(*Siguen hablando entre sí don Pedro y doña Isabel: Berrio pone la batea sobre el poyo, y prosigue con mucha familiaridad.*

Me traje á la señorita,
porque con ropa de Sancha
vino á buscarme tan ancha,

y con recado de Rita.
Mas aunque esté aqui, cenad.
Y pues diz en Aragon,
tripas llevan corazon,
ea, las vuestras llenad.
Y pronto, pues si ve el padre,
que es quien os envia la cena,
que tardo, la armará buena;
y no quiero que me ladre.

(*Viendo que no le hacen caso, vuelve á observar la batea, silba y se pasea.*)

DON PEDRO. ¡Oh, Isabel mia!

DOÑA ISABEL. (*En voz baja recatandose de Berrio.*)
Ante todo
salvaos, ¡ay don Pedro...! Sí.
Salid al punto de aqui.

DON PEDRO. ¿Pero, Isabel, de qué modo?

DOÑA ISABEL. La prision teneis abierta.

DON PEDRO. ¿Y la guardia?

DOÑA ISABEL. No hay ninguna;
propicia está la fortuna.

DON PEDRO. ¿Y del castillo á la puerta?

DOÑA ISABEL. Nadie os verá.

DON PEDRO. ¿En este trage...?

DOÑA ISABEL. (*Al oido.*)
Atacad á este soldado,
despojadle... y disfrazado
pasareis con su ropage.

DON PEDRO. No, Isabel. Isabel, no.
—¿Yo dejar en compromiso
á ese infeliz...?

DOÑA ISABEL. Es preciso.

DON PEDRO. (*Cayendo repentinamente en un acceso de melancolia.*)
Preciso es que muera yo.
(*Pausa.*)
¿Fugarme...? ¡Qué devaneo!
—Por tí olvidado de mí,
el pensamiento acogí.
Pero ya otra vez me veo
tal cual soy en este dia,
y es tan horrenda mi suerte,
que solo buscar la muerte
debo ansioso, Isabel mia.

DOÑA ISABEL. (*Angustiada.*)
No os entiendo.

DON PEDRO. Ni es posible
que me entendais... Si ayer fuera,
para salvarme os siguiera;
mas hoy... ¡estrella terrible!
(*Con decision é inquietud.*)
Isabel, pronto, alejaos,
dejadme con mi destino.
De Zaragoza el camino

tomad por mi amor, salvaos.
Y á la Reina direis, sí,
que ya exige mi lealtad
que no tenga mas piedad
con la sangre que hay en mí.
Que aqui morir debo yo,
y mi raza perecer...
¡Ay, ni tuyo puedo ser...!
Basta, no me fugo, no.

BERRIO. (*Oyendo las últimas palabras se acerca y dice aparte:*)
Esta gente está sin juicio.
¿Fuga...?

DOÑA ISABEL. El pecho me rasgais,
y el alma me envenenais.
Salid de este precipicio.

DON PEDRO. ¡Isabel...!

DOÑA ISABEL. ¿No me seguís?

DON PEDRO. (*Con entereza.*)
Jamas, no.

DOÑA ISABEL. (*Resuelta.*)
Don Pedro, bien;
pues yo moriré tambien
si en quedaros persistís.
Vendrá mi padre cruel,
y al verme aqui en vuestros brazos,
con su daga mil pedazos
me hará.

DON PEDRO. ¡Isabel...! ¡Isabel...!

DOÑA ISABEL. (*Con vehemencia.*)
Juro ante el eterno Dios,
que por mi medio os socorre,
no salir de aquesta torre,
señor don Pedro, si vos.

DON PEDRO. (*Enternecido.*)
¡Isabel...!

DOÑA ISABEL. (*Asiéndole el brazo con violencia.*)
Ven.

BERRIO. (*Deteniéndolos.*) Alto allá.
Señorita, poco á poco:
¿os parece que estoy loco?
basta de burleta ya.
Harto ha durado el bureo;
quédese la cena aqui
con el señor. Y tras mí
venid, ó me pongo feo.

DOÑA ISABEL. (*Suplicante.*)
¡Berrio!

BERRIO. (*Enojado.*) No hay Berrio, cuidado.

(*Va á asir del brazo á doña Isabel, y don Pedro lo impide.*)

DON PEDRO. Si osas la mano poner...

BERRIO. (*Reportàndose.*)
No la pongo. (*Aparte.*) Voy hacer

segun miro mal fregado.
El diablo me trajo aqui,
y entre unos y otros me huelo
que no ha de lucirme el pelo:
con mala estrella nací.

DOÑA ISABEL. Berrio... por amor de Dios.
Berrio, completa la obra.

BERRIO. ¿Qué es completar, si ya sobra
la mitad de lo hecho?—Vos
mi peligro no sabeis,
si alguien por desdicha oliera...
Vamos pronto, vamos fuera:
al fraile no conoceis.

DOÑA ISABEL. Pero dime, Berrio, ¿abierta,
cuando há un momento llegamos,
y sin cerrojo nos hallamos
de aqueste encierro la puerta?
¿No pudo haberse fugado
don Pedro entonces sin tí?

BERRIO. Es verdad.

DOÑA ISABEL. Pues bueno. Di
que tú no le has encontrado,
y la culpa recaerá
en quien antes que tú vino.

BERRIO. Fué el vejete peregrino.

DOÑA ISABEL. Pues él la culpa tendrá,
que el cerrojo descuidó.

BERRIO. (*Dudoso.*)
Se armará gran batahola:
¿y en ella escurrir la bola
podrá Berrio...?

DOÑA ISABEL. ¿Por qué no?

BERRIO. Nada, nada. Afuera; en vano
me quereis asi tentar.

DOÑA ISABEL. ¡Ay...? ¡Berrio!

DON PEDRO. (*Airado.*) Deja el rogar,
que ya me cansa el villano.

BERRIO. (*Apurado.*)
¿En qué danza me he metido?

DOÑA ISABEL. (*Sacando un gran bolso lleno de oro.*)
Berrio, toma... todo es oro.

BERRIO. (*Pasmado.*)
¡Virgen Santa...! ¡Qué tesoro...!

DOÑA ISABEL. Todo, todo es tuyo.

BERRIO. (*Tomando el bolsillo.*)
Envido.

DOÑA ISABEL. Y la madrina he de ser
de tu Sancha, y en ganados,
joyas, tierras y brocados
tal dote vas á tener,
que puedes ser infanzon,
y fundar estado tal,

que no se le encuentre igual
en el reino de Aragon.

BERRIO. ¿Y si me ahorcan lo seré?

DOÑA ISABEL. ¿Con tanto oro no has de hallar
el medio para escapar
de entre esta gente sin fé?

BERRIO. (*Rascándose y muy escamado.*)
Señorita... ¡Un miedo tengo...!

DON PEDRO. (*Furioso.*) Si no te das á partido...

BERRIO. Si estoy ya muy convencido.
Hablad, que á todo me avengo.

DOÑA ISABEL. Ahora á don Pedro has de dar
tu sayo; pues con su ropa
le conociera la tropa
en el acto de escapar.

BERRIO. (*Quitándose el sayo con repugnancia.*)
¿Mi sayo...? á cochambre apesta.
Mas tomad.

DOÑA ISABEL. Tambien el casco.

BERRIO. (*Se quita el casco y se lo da á doña Isabel.*)
Limpiadlo, que fuera un chasco
hallarse cosa molesta.

DON PEDRO. ¡Válgame Dios...! ¡Isabel!

DOÑA ISABEL. (*Quitando el manto y el birrete, y vistiéndole el sayo y el casco de Berrio.*)
Tomad, pronto, no hay remedio.
de salvarme es este el medio.

DON PEDRO. (*Muy abatido.*)
¿Dónde voy, hado cruel?

DOÑA ISABEL. (*Con viveza.*)
Berrio, amigo, aqui te queda
solamente un breve instante,
el corto tiempo bastante
para que don Pedro pueda
conmigo afuera tomar
dos caballos, que escondidos
he dejado apercibidos
á la entrada del pinar.
(*Vanse don Pedro y doña Isabel.*)

BERRIO. Van como una exhalacion.
Buen viaje.—A ver si el bolsillo
quedó aqui. (*Lo saca y examina.*)
¡Qué hermoso brillo!
...Voy á ser un infanzon.

(*Guarda el bolsillo, y toma el manto y birrete de don Pedro, que dejó en el suelo doña Isabel, se los pone, y se pasea pavoneándose.*)

Asi..., asi... ¡linda persona!
Y con brocado mi Sancha
qué hueca estará. Qué ancha
si la llaman la infanzona.
(*Se para.*)
¡Caramba, esta señorita

qué rejo tiene, y qué enajo!
Se ve que por ese majo
está que se despepita.
Dios con ellos vaya, amén;
mas quedándose conmigo,
porque me parece, digo,
que soy cristiano tambien.

(*Va á marchar, y desde la puerta vuelve á mirar la batea, que está sobre el poyo.*)

¿Y qué, del fraile la cena
he de abandonar asi?
(*Vuelve.*)
No lo haré, que tengo aqui
panza de apetito llena.

(*Siempre vestido con el manto y birrete de don Pedro, agarra la batea, la examina con gusto, y viendo que no hay mesa, la pone en el suelo.*)

Pues que no hay otra, sea el suelo
mesa, que lo es espaciosa.

(*Busca silla, y viendo que no la hay se sienta en el suelo, de espaldas á la puerta.*)

Y silla tambien. No hay cosa
que no me depare el cielo.
Ven, ó redoma, á mis manos...
Mas no, primero es comer:
Sobre el hígado beber
es costumbre de villanos.
Sal acá, butifarrita. (*La saca y come.*)
¡Qué picante...! Buena á ley.
No se encaja el mismo rey
cosa mas santa y bendita.
(*Registra otro plato.*)
Aquestas de fraile son
golosinas.—Para luego,
porque tampoco me niego
á alfajores y turron.
(*Sigue comiendo y revolviendo los platos.*)

Sale MAURICIO, *con un puñal en la mano, á paso lento, y se para á la entrada sin reparar en Berrio.*

MAURICIO. (*Aparte.*)
¿Cómo encuentro, ó Dios, la puerta
sin cerrojo...? ¿Se ha fugado?
Berrio el simplon la ha dejado
de par en par asi abierta.
(*Repara en Berrio y juzga que es don Pedro.*)
Mas no.—Don Pedro alli está;
y cenando segun veo.
¡Cuánto, cuánto á mi deseo
tardando su muerte va!
Aqui en la sombra encubierto
me conviene el esperar,

pues que no puedo tardar
en verle á mis plantas muerto.

BERRIO. (*Toma un jamon.*)
Véngame á ver el jamon.
Todo me lo he de engullir.
A un albeitar le oí decir
que nunca da indigestion. (*Come.*)

MAURICIO. (*Aparte.*)
Sin duda aun no probó el vino,
pues su veneno es tan fuerte,
que en provándolo la muerte
es un acto repentino.
...¿Y si no bebe...? Veremos.
Entonces, sí, me decido,
y por este acero herido
pronto del paso saldremos.

BERRIO. Ahora sí que en la garganta,
por mas que masco, y que masco,
parece que un gran peñasco
se me atora, y me atraganta.
Pues á lavar el gargüero.
Para esto hay redoma aquí.
A ver..., á ver...
(*Al coger la redoma la deja caer y se hace pedazos.*)
¡Pese á mí...!
¡No me quebrára primero
yo mismo...!!! ¡cuerpo de tal!
(*Hace estremos ridículos de despecho, y esfuerzos por recoger el vino derramado, cuidando siempre de no volver el rostro hácia donde está Mauricio.*)
Todo el diablo lo llevó.
¡Mal haya quien me parió
tan torpe y tan animal!
¡Maldita sea mi suerte...!
¡Maldita casualidad!

MAURICIO. (*Arrojándose con el puñal sobre Berrio.*)
Que no te libra en verdad
de la merecida muerte.

BERRIO. (*Oye los pasos de Mauricio, vuelve el rostro, y huye aterrado y con viveza.*)
¡Ay de mí...! ¡ay...! ¡San Antonio!

MAURICIO. (*Se detiene confuso al reconocer á Berrio.*)
¡Cielos...! ¡Es Berrio!—¿Qué es esto?

BERRIO. (*Aparte.*)
¡Válgame Dios, y que presto
se me apereció el demonio!
¿Si estaria en la redoma?

MAURICIO. (*Irritado.*)
¿Qué es esto...? Berrio. Habla ya.
¿En dónde don Pedro está?

BERRIO. (*Congratulándose.*)
¡Qué...! Si todo ha sido broma.
Se afufó.

MAURICIO. (*Furioso.*) ¿Cuándo...?

BERRIO. No sé.—
Yo me he encontrado la puerta,
lo mismo que vos... abierta.
Y aquí... nadie. Ya se ve.

MAURICIO. (*Asiéndolo de un brazo.*)
¡Tú le abriste, tú, bribon!
Al punto serás ahorcado.
(*Arrastrándolo hácia la puerta y dando voces.*)
Guardia, el preso se ha fugado;
soldados, á la prision.

BERRIO. (*Temblando.*)
Señor... yo...

MAURICIO. Sí, su vestido
tienes, el tuyo tomó,
y con él se disfrazó.

BERRIO. Cuando vine se habia ido.

MAURICIO. (*A voces.*)
¡Hola! pronto... ¡Hola! soldados,
que nos venden, pronto aquí.

Sale DON LOPE DE AZAGRA *apresurado.*

DON LOPE. ¡Cielos...! ¿qué voces oi...?

MAURICIO. Nos vemos, señor, burlados.
Se ha fugado el prisionero.
Por este traidor la puerta
le ha sido há un momento abierta.
Ahora misno ahorcado quiero.

DON LOPE. Basta ya; volved en vos.
Si tal hizo, lo perdono.

MAURICIO. (*Indignado.*)
Ved que perdisteis el trono.

DON LOPE. (*En tono solemne.*)
Son altos juicios de Dios.
(*Cae el telon.*)

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza, y aparece LA REINA *pensativa y triste.*

REINA. Segura es la victoria,
y el impostor vencido
tendrá de su arrogancia el escarmiento.
—¡Ah...! que tan alta gloria
y triunfo tan lucido
no sea del noble Azagra solo siento;
pues dechado de fieles,
suyos debieran ser estos laureles.
Mas, enfermo, postrado,
soñador, delirante,
desde que en salvo á estas murallas vino,
se niega horrorizado,
trémulo, palpitante,
á combatir al viejo peregrino;
diciendo que su espada
no vuelve á desnudar en tal jornada.
¡Qué misterio espantoso
es este...? ¡estrella impía! (*Reflexiona.*)
—Que ese roméro es impostor me jura,
que severa, inflexible,
combata su osadía
me ruega, ardiendo en la lealtad mas pura.
...Mas contra ese roméro
jamás, jamás esgrimirá el acero.
Y maldiciendo, llora
el haberse fugado
de la prision, que contempló su tumba.
Y maldice la hora
en que nació. Y turbado
al cielo pide le fulmine y hunda.
—¡Qué misterio, qué encanto,
qué delirios son estos, cielo santo?
(*Creciendo su agitacion.*)
¡Ay de mí, que anegada
en mar de confusiones
vago, sin descubrir lejano puerto!
...¿Acaso trastornada
con vanas ilusiones

se pierde en miserable desconcierto
su cabeza infelice,
y yo misma, yo misma el daño hice...?
...¿Mi negativa pudo
para su enlace... ¡cielos!
tanto trastorno ocasionar...? ¡Oh suerte!
...¡Oh destino sañudo!
¿Por qué no ahogué mis celos?
¿Por qué no sujeté con mano fuerte
en este pecho mio
de un imposible amor el desvario?
De un amor imposible,
¡oh tremendo destino!
que cada vez mas alto se embravece,
y mas irresistible.
Y que será imagino,
segun me turba y poderoso crece
de mi alma en lo profundo,
causa tal vez de que abandone el mundo.
(*Muy abatida.*)
Al cabo ¿qué es el trono
ansiado y combatido?
...¿Qué son de la victoria el lauro y palma,
si con tenaz encono
el cielo endurecido
niega la paz y la quietud al alma?
...¿Y qué es la misma vida,
por un mar de pasiones combatida?
¡Ay...! á don Pedro adoro,
y á este amor escondido
solo yo debo ser sacrificada.
A mi nombre y decoro
solo resta un partido;
seguirélo, aunque muera, denodada.
(*Con resolucion.*)
Si..., si, don Pedro viva,
y la salud con su Isabel reciba.

Suena á lo lejos repique de campanas, músicas, tambores y aclamaciones; y sale EL ARZOBISPO, *con dos* CLÉRIGOS *de su séquito, que se quedan á la entrada.*

ARZOBISPO. Albricias, alta señora,
reina de Aragon, albricias,
que ya de vuestros derechos
ha triunfado la justicia.
De Atarés en las almenas
vuestro pendon régio brilla,
y ya los brazos rebeldes
pesadas cadenas ligan.
Dios eterno sea loado,
que con bondad infinita
por el legítimo trono

omnipotente vigila.
Y bendito sea mil veces,
porque os ha dado este dia,
sin una gota de sangre,
la victoria mas cumplida.
El impostor ahora mismo
preso á Zaragoza pisa,
donde pensó entrar triunfante
en brazos de sus mentiras.
Y en un hondo calabozo
se verá en la Aljafería
el que en este regio alcázar
creyó establecer su silla.
Escuchad el alborozo
que vuestro trinfo publica,
escuchad cuál vuestro nombre
cunde en fervorosos vivas.

REINA. (*Gozosa.*)
O venerable Prelado,
tan halagüeñas noticias,
que siempre aguardé fiada
en la proteccion divina,
tienen para mí mas precio,
mayor contento me inspiran
por lábios tan respetables
como los vuestros oidas.
Y en saber que una victoria
piadoso el cielo se digna
de concederme sin sangre,
el colmo está de mis dichas.
Pues los triunfos que se logran
en revueltas intestinas
con sangre, mas que con galas,
con lutos se solemnizan.
Mas decidme de qué modo
tan favorable y propicia
la piedad omnipotente
protegió la causa mia.

ARZOBISPO. Ya preparaba el asalto
con sus escuadras invictas
Aznarés el valeroso,
campeon de tu justicia,
cuando de la fortaleza
fugitivo y á gran prisa
llegó un rústico soldado,
con peligro de la vida.
Era el que salvó á don Pedro,
y que á ser ahorcado iba,
y logró saltar el foso,
y venirse á nuestras filas.
Y el tal, que segun parece
en una venta vecina

era pastor, ofrecióse
á mostrar en la hora misma
un subterráneo camino,
una abandonada mina,
que desde el pinar cercano
al castillo conducia.
Aprovechó diligente
tan oportuna noticia
Aznarés, y con algunos
caballeros, y por guia
el rústico, entró en la fuerza
con furia tan repentina,
que una accion fué solamente
el sorprenderla y rendirla.

REINA.
Bien merece ese villano
la recompensa mas digna,
pues que la efusion de sangre
evitó con tal noticia.
Quiero conocerle, al punto
premiarle quiero yo misma,
que evitar que sangre corra
es la mayor hidalguía.—
—¿Y el impostor?

ARZOBISPO.
No le he visto.
Mas segun todos afirman,
persiste en que es don Alonso,
con tenacidad inícua.

REINA.
¡Mas quién es...? ¿de dónde vino...?
¿cómo agentes de alta estima
alucinó, se descubre...?

ARZOBISPO.
Cuantos le han hablado pintan
su semejanza muy grande
con don Alonso.—Y seria
aventurar mucho, entrada
dar á sospechas que abrigan
algunos viejos.—Sospechas
que de infamia cubririan
á muy altos personages
y á muy gloriosas familias.

REINA.
(*Con inquietud.*)
¡Sospechas...! ¿cuáles?

ARZOBISPO.
Señora,
las maliciosas hablillas
no merecen ocuparos,
ni que sean por vos oidas.

REINA.
No... decid.

ARZOBISPO.
(*Con repugnancia.*)
Obedeceros
es obligacion precisa.
Y aunque especie tal repugne
mis lábios el repetirla,
diré: que la gente anciana

recuerda tal vez que habia
una semejanza estrema,
por todos reconocida,
entre don Lope de Azagra
y el rey.

REINA. (*Aparte.*) He quedado fria.
(*Alto.*)
¿Entre el padre de don Pedro...?

ARZOBISPO. Sí, señora.

REINA. (*Agitada.*) La malicia
mas refinada tan solo
puede esta sospecha inícua
despertar.—¿Don Lope Azagra,
el hombre de mas estima
que Aragon y el mundo vieron,
cuya sangre pura y limpiá
aun late en tan nobles venas...?
—Tal suposicion me indigna.

ARZOBISPO. Y que en los campos de Frága,
como el orbe lo atestigua,
murió junto á don Alonso,
en medio de la morisma,

REINA. (*Aparte.*)
¡Ay de mí, que ahora descubro
de don Pedro los enigmas!
Y sí es su padre... ¡Dios mio!
forzoso será que viva.
(*Alto.*)
Confúndanse esas sospechas,
que de la mas torpe envidia,
y no de exactos recuerdos
son tan solamente hijas.
No nazcan nuevos disturbios
de ligerezas y hablillas,
y quede la paz del reino
con firmeza establecida.

ARZOBISPO. Pero no olvidad, señora,
que los estados se afirman
con los premios y castigos
repartidos con justicia.
Y que hay casos dolorosos
en que es condicion precisa
presentar un escarmiento
si graves daños evita.
El impostor morir debe,
y su consejero y guia,
que abad se nombra, y que todo
ser suposicion indica.

REINA. Mas perdon el mas completo
doy á cuantos le seguian
de buena fé, alucinados
tal vez por su lealtad misma.

Porque siempre la clemencia
la joya es de mas estima
de la corona, y hoy quiero
que brille cual nunca limpia.

ARZOBISPO. Bien mostrais, ó noble reina,
madre de Aragon querida,
que mereceis los laureles
que hoy en vuestra frente brillan.

Sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, *y se arroja desconsolada á los pies de la reina.*

DOÑA ISABEL. O mi reina, ó mi señora,
una hija desventurada
piedad y clemencia implora
ante vuestros pies postrada.
A mi padre perdonad,
pues si al impostor siguió,
esceso fué de lealtad
que su pecho alucinó.
A don Alonso ligado
por la fé del juramento...

REINA. (*La levanta del suelo, y la abraza.*)
Alza, que está perdonado:
recobra, Isabel, aliento.

DOÑA ISABEL. (*Enagenada de gozo.*)
¡Oh de clemencia y bondad
pura esclarecida estrella!
A mis labios acordad
que sellen mano tan bella.
(*Bésale la mano.*)
Pues nunca con mas razon
por su madre y protectora
os aclamára Aragon
que vuestro alto nombre adora.
Corro... (*En ademan de marchar.*)

REINA. (*Deteniéndola.*)
Espérate un momento,
Isabel, que quiero hablarte,
para aumentar tu contento,
y otra grata nueva darte.
(*Al arzobispo.*)
Disponed, noble Prelado,
que la catedral resuene
con el himno acostumbrado,
y que mi pueblo la llene.
Que con mi corte al instante
de gala, sigo tras vos,
de triunfo tan importante
á dar las gracias á Dios.
Y un indulto general
disponed que se publique.

ARZOBISPO. ¿Y la pena capital

quereis que al punto se aplique
á los dos reos?

REINA. ¡Ah...! no.
Hoy es de júbilo dia,
y enlutar no quiero yo
con cadalsos su alegría.

ARZOBISPO. (*Enternecido.*)
Vuestra bondad es inmensa.

REINA. Haced venir al villano,
para darle recompensa,
cual merece, por mi mano;
pues que sagaz procuró
sin desastres la victoria:
que es en lo que cifro yo
de tan gran triunfo la gloria.

ARZOBISPO. Obedecida sereis
y por el reino aclamada,
señora cual mereceis,
su sol, su madre adorada.
(*Vàse con su séquito.*)

REINA. (*Aparte.*)
Me cumple disimular
todo cuanto descubrí,
y que nada tenga en mí
esta infeliz que estrañar.
Pues si es padre el impostor
de don Pedro, es necesario
con sigilo estraordinario
encubrir tal deshonor.
(*A doña Isabel con cariño.*)
Isabel, Isabel mia,
¿cómo está don Pedro? dime.
¿Esa angustia que le oprime
tendrá término este dia?
¿Cesarán las ilusiones
espantosas que lo agitan,
y que á ambas nos precipitan
en un mar de confusiones?
El triunfo ya conseguido,
y que tanto ansió leal,
de su dolencia fatal
será un remedio cumplido.

DOÑA ISABEL. ¡Ay señora...! Yo no sé.
Como nunca esta mañana
la tristeza que le aplana
y su delirio noté.
Desde el momento... ¡ay de mi!
que le saqué de prision,
tan turbada su razon
como há un rato, nunca vi.

REINA. (*Muy agitada.*)
Basta, Isabel.—Es preciso

á don Pedro consolar.
Si acaso el imaginar
que le negaba el permiso
para casarse... (*Aparte.*) ¡Yo muero!
(*Alto.*) contigo, asi le turbó,
corre á decirle que yo
casaros hoy mismo quiero.

DOÑA ISABEL. (*Llorando.*)
O señora, ó de bondad
y soberana clemencia
sol, que el mundo reverencia;
tal es mi infelicidad,
tan contrario me es el cielo,
que lo que antes ¡ay! haria
la mas alta dicha mia
aumenta hoy mi desconsuelo.

REINA. (*Suspensa.*)
¿Pues qué...? ¿tibio en su pasion...?

DOÑA ISABEL. (*Con vehemencia.*)
No señora, ¡ah! no señora.
Que como jamas me adora,
que su amante corazon
mas que nunca arde por mí,
en llanto amargo deshecho,
roto en pedazos el pecho,
sin cesar me jura, sí.

REINA. (*Aparte.*)
¡Oh dolor que me devora!

DOÑA ISABEL. Pero añade que ya no
puedo ser su esposa yo,
y un mar de lágrimas llora.

REINA. ¿Y no te esplica el por qué?

DOÑA ISABEL. Que un secreto horrible guarda,
que le turba y le acobarda
imagino...

REINA. Y yo lo sé.

DOÑA ISABEL. Yo no, señora. ¡Ay de mí!

REINA. Es una delicadeza
que demuestra la grandeza
de su pasion hácia tí.

DOÑA ISABEL. (*Confusa.*)
Yo... señora... no colijo...

REINA. No temas, resuelta estoy.
Sí, tu esposo será hoy,
porque lo mando y lo exijo.
Que esto es su felicidad
y yo otorgárselo quiero
á toda costa. (*Aparte.*) Yo muero.
(*Alto y resuelta.*)
Al momento os desposad.

DOÑA ISABEL. (*Besándola la mano.*)
¡Oh cuán noble corazon,

que concede el mismo dia
su ventura el alma mia
y á mi buen padre perdon!
Corro...

REINA. *(Deteniéndola.)*
Esperáme, Isabel,
mientras tomo el manto real,
para ir á la catedral.
Luego irás á hablar con él.
(Vase agitada.)

Queda doña Isabel pensativa, y salen BERRIO *y* SANCHA.

BERRIO. *(Al entrar.)*
Toma, colémonos pues...
si lo mandó...

SANCHA. *(Deteniéndose.)* ...¿Tan asi...?

BERRIO. La señorita está alli.

SANCHA. Tienes razon, ella es.

DOÑA ISABEL. *(Reparando en ellos.)*
Hola, mis buenos amigos,
¿qué buscais...? ¿á que venís?

SANCHA. Ansiando ver á la reina,
que es, dicen, un serafin;
á la puerta del palacio
este y yo estabamos, y
su merced el Arzobispo...

BERRIO. *(Adelantàndose.)*
Déjeme, Sanchica, á mí,
que mucho mas aquel tengo
para esplicarme.

DOÑA ISABEL. Decid.

BERRIO. Estabamos boquiabiertos
sin saber adónde ir,
sufriendo la mala cara
de uno y otro galopin,
cuando pasó el Arzobispo.
Y dirigiéndose á mí,
¿eres, preguntó, el Herodes?
y respondíle que sí.
Pues entra, continuó grave,
que la Reina quiere oir
de tu boca tus hazañas,
y hacerte mercedes mil.

SANCHA. Sí, señora, asi le dejo,
lo mismito que lo ois.

DOÑA ISABEL. ¿Estás, Berrio, delirando?

BERRIO. Ni borracho, pese á mí.
...¿Mas no sabeis soy Herodes?

SANCHA. Que lo es, señorita. Sí.

DOÑA ISABEL. Héroe dirás.

BERRIO. Pues bien, eso,

Si lo dicen mas de mil.
Y viva, y que viva Berrio
el Herodes, ahora oí
á gente que en esas calles
va, que parece un motin.

SANCHA. Sí, mi Berrio lo ha hecho todo;
no es el diablo mas sutil.

BERRIO. Sí, señora. Antes de anoche
cuando me dejaste allí
metido en la ratonera,
atrapóme mi alguacil.
Y aunque el vejete petate
(que entrar ya en la trena vi)
me perdonó, el mal frailote
(que pronto tendrá mal fin)
se empeñó... nada..., en ahorcarme,
que no es un grano de anís.
Pero con una moneda
de la preñada y gentil
bolsa que vos me endonásteis,
y que no aparto de mí,
conseguí de un camarada
puerta franca para huir.

DOÑA ISABEL. ¿No te dije que hallarias
fácil modo de salir?

BERRIO. ¡Ay señorita del alma!
estuvo todo en un tris.—
Pasé la noche en el foso
agazapadito, sin
respirar, como conejo
que oye al podenco latir.
Y hoy al romper la mañana,
como suele la perdiz
irse al reclamo, á las tropas
de nuestra reina acudí.
Y al General, que es un mozo...
¡vaya un mancebo gentil...!
de un camino soterraño
el secreto descubrí.
Y por debajo de tierra,
sin trompa ni tamboril,
sin sol, sin luz y sin moscas,
delante de todos fuí,
atropellando jigantes,
moros encantados, y
vestiglos; y en el castillo
nos encontramos al fin,
en donde todo viviente
se rindió, gracias á mí.
Ved pues si soy el Herodes,
ó esa cosa que decís.

DOÑA ISABEL. ¿Ves, amigo, como el cielo

la noble accion que por mí
hiceste te recompensa,
por uno dándote mil?
A los bienes de fortuna,
que yo me comprometí
á darte, siendo madrina
de tu boda, vas á unir
las mercedes y los dones
de nuestra reina gentil,
el aplauso de los buenos,
y un nombre eterno y sin fin.

BERRIO. (*Muy ufano.*)
¡Si soy yo mucho...!!! Sanchica,
¿qué tal...? ¿eh...?

SANCHA. (*Muy gozosa.*) Yo estoy sin mí.

BERRIO. Te han de llamar la infanzona,
y tu padre ha de venir,
para besarme la mano,
sin caperuza.

DOÑA ISABEL. Advertid.
que ya sale nuestra reina;
mirad bien lo que decía.

SANCHA. (*Embobada mirando al lado por donde va á salir la reina.*)
¡Ay qué hermosa...! Madre mia.
Como una rosa de Abril.
A la Vírgen se asemeja
que está allá en el camarin.

BERRIO. ¡Ay, que me he quedado frio,
y ya no sé qué decir!

DOÑA ISABEL. Poned la rodilla en tierra,
y la mano le pedid.

BERRIO. ¿Y se ha de quedar sin ella...?

DOÑA ISABEL. Es para besarla... ¿ois?

Sale LA REINA *con manto real y corona, y ricamente ataviada, seguida de* DAMAS *y* PAGES, *todos de gran gala. Berrio y Sancha caen de rodillas.*

REINA. (*Acercándose con dignidad á los villanos.*)
Hola, ¿esta buena gente
quién es, y qué desea?

BERRIO. (*Turbado.*)
Semos... semos,..
(*A Sancha al oido.*) Sanchica, tú responde,
que quien soy he olvidado de repente.

SANCHA. (*Turbada.*)
Semos... semos... que siga Berrio, ea,
que se me fué la lengua no se dónde.

REINA. (*Afable.*)
Hablad, no tengais miedo.

BERRIO. Pues yo... Sancha, habla tú, que yo no puedo.

DOÑA ISABEL. Este mozo es, señora,
el que salvó á don Pedro, y denodado...

REINA. (*Muy complacida.*)
Venga, venga en buen hora
el que el triunfo me ha dado
con tal facilidad y sin desgracias:
Venga en buen hora á recibir mis gracias.
alzad del suelo.

BERRIO. (*Mas alentado.*) Si me dais la mano...
solo para besarla.

REINA. (*Dàndoles á besar la mano.*)
¡Qué inocencia?
(*Levanta á ambos con afabilidad.*)
Tengo gran complacencia
en verte, agradecida
con el alma y la vida
estoy á tu servicio. Te has portado
como un héroe.

BERRIO. (*Muy ufano.*) Sí.
(*A doña Isabel.*) Herodes... ¿No lo escucha?
(*A la reina en tono jactancioso.*)
¡Es mi arrogancia mucha!
¡Y soy un gran soldado...!
¡He matado mas gente...!

REINA. (*Risueña.*)
Porque no la mataste justamente
premiarte, amigo, intento,
y te daré en mi casa acostamiento.

BERRIO. Pues yo mejor quisiera diez cochinos,
con algunas ovejas y pollinos.

SANCHA. (*Aparte á Berrio.*)
Y joyas, majadero,
que gargantilla y pelendengues quiero.

BERRIO. (*Aparte á Sancha.*)
No, mejor es ganado.

REINA. (*Haciéndoles señas de retirarse.*)
Cual mereces serás recompensado.

SANCHA. Viva la real persona.

BERRIO. (*A Sancha.*)
Van, Sanchica, á llamarte la infanzona.

(*Vanse Berrio y Sancha.*)

REINA. (*Llevando aparte á doña Isabel, y hablándola con vehemencia.*)
Oye, Isabel.

DOÑA ISABEL. Señora.

REINA. Al punto corre ahora
de Pedro Azagra al lado.
Anúncíale el permiso que os he dado.
Consuélale, Isabel, y ni un momento
de él te apartes.

DOÑA ISABEL. (*Sobresaltada.*) ¿Pues qué... señora mia...?

REINA. Síguele á do quier. Si tiene intento
de ir á la Aljafería,
avísame al instante,
pues es el impedirlo interesante.

DOÑA ISABEL. ¡Ah...! Yo tiemblo...

REINA. No temas, que no hay nada.
Ni á él nada le dirás.—De tí confio,
tú eres el brazo mio.—
—Sosiégate, Isabel..., yo te lo ruego.
Yo te esplicaré luego
cuáles son las razones
de hacerte estas secretas prevenciones.
(*Se pone en marcha.*)

DOÑA ISABEL. (*Confundida.*)
¡Cielos...! ¡Estoy mortal...! Solo me toca
temblar, obedecer, sellar mi boca. (*Vase.*)

ESCENA II.

Calabozo del castillo de la Aljafería. Salen DON LOPE DE AZAGRA *de peregrino, muy abatido y debilitado, y* MAURICIO *sosteniéndole, y conduciéndole á un asiento de piedra que habrá á un lado.*

DON LOPE. Llévame lentamente,
que andar apenas puedo,
por edad, no por miedo,
y me siento morir.
Si Dios omnipotente
á mi afan concediera
que aqui, y pronto muriera,
sin al cadalso ir,
¡cuán dichoso sería! (*Se sienta.*)

MAURICIO. Ten ánimo. Si quieres
patentizar quién eres
puedes mucho esperar.
Tu alto nombre podria,
tu nombre verdadero,
acaso al pueblo entero
en tu favor alzar.

DON LOPE. Calla, calla, Mauricio.
Jamas.—Que para el mundo
un misterio profundo
mi nombre debe ser.
En este precipicio
donde tú me has lanzado,
y á do me ha encaminado
el mismo Lucifer,
no ha de hundirse conmigo
mi descendencia infame;
ni nunca el mundo llame
á un Azagra traidor.
Jamás, jamás, amigo,
de que es mi sangre rea,
de que Azagra soy, sea
el mundo sabedor.

El nombre quede puro
de mi adorado hijo;
de tu amistad exijo
el secreto mas fiel.

MAURICIO. Por él en este apuro
en que estamos nos vemos.
Por su causa tenemos
en el cuello el cordel.

DON LOPE. No.—Porque Dios eterno
vigila por los reyes,
y maldice en sus leyes
al vasallo traidor.

BERRIO. (*Con desden.*)
Porque te dió el infierno
hácia tu hijo demente
ese ciego, imprudente
y malhadado amor.

DON LOPE. ¿No oyes la voz del cielo.
cómo grita venganza?

MAURICIO. Mi delirio no alcanza
hasta escuchar tal voz.
Y de tu desconsuelo,
y de tu desvarío
me avergüenzo y me rio.

DON LOPE. (*Aterrado.*)
¡Oh desengaño atroz!
...Aproximarse siento
mi fin, y estremecido
piedad al cielo pido,
solamente piedad.
Y que mi ùltimo aliento
lleve la infamia mia,
sin que se estienda impía
en mi posteridad.

MAURICIO. Tu descendencia olvida,
que es perder el juicio.

DON LOPE. No eres padre, Mauricio:
por eso hablas así.
(*Se oyen cerrojos.*)

MAURICIO. (*Sorprendido.*)
¿La puerta estremecida
no escuchas..,?

DON LOPE. (*Con vehemencia.*) Te conjuro
que el secreto seguro...

MAURICIO. (*Separándose.*)
Calla, que entran aquí.

Sale DON PEDRO LOPE DE AZAGRA *precipitado, y se arroja de rodillas en los brazos de don Lope.*

DON PEDRO. ¡Oh padre! ¡oh padre...!

DON LOPE. (*Abrazándolo enagenado.*) ¡Hijo mio...!

Al tenerte entre mis brazos
cobran los rotos pedazos
de mi corazon su brio.
Torna á discurrir la vida
por mis decrépitas venas,
donde ya indicaba apenas
no estar del todo estinguida.—
¡Ay! —¿Es sueño? —Es verdad, sí.

DON PEDRO. La juvenil sangre helada
me ahoga en el pecho estancada.
¡Desventurado de mi!

MAURICIO. (*Aparte.*)
¡Oh... si un acero tuviera,
ó un brazo bastante fuerte!
...A entrambos dando la muerte
aun salvarme consiguiera.

DON LOPE. (*Separando de repente á don Pedro, y poniéndose en pie con un penoso esfuerzo.*)
¿Mas qué es esto, mozo altivo...
¿Cómo te atreves á tanto...?
¿No te causa el verme espanto,
aunque postrado y cautivo?
(*Rechazando á don Pedro.*)
Aparta, aparta... ¡Infelice!
¿Aquí me viniste á ahogar
en tus brazos, sin temblar...?

MAURICIO. (*Aparte confuso.*)
No comprendo lo que dice.

DON PEDRO. ¡Ah...! ¡padre:..!

DON LOPE. (*Con penosa y afectada entereza.*)
¿Tu padre yo?
¿Yo tu padre...? Tú deliras,
y lo que dices no miras.

MAURICIO. (*Aparte reconociendo la intencion de don Lope.*)
¡Ya!

DON LOPE. Tu padre no soy, no.

DON PEDRO. Si por tal os deseché
cuando armado, cuando fuerte
pudísteis darme la muerte,
y con horror os miré
porque el rebelde pendon
contra mi reina y señora
enarbolábais, ahora
es muy distinta ocasion.
Y vuestro hijo me confieso
cuando llega ¡trance fuerte!
la hora horrenda de la muerte,
y humilde vuestros pies beso.
(*Arrójase à los pies de don Lope.*)
¡Padre...! ¡padre!

DON LOPE. (*Levatándole.*) No lo soy.—
¿Y quién fué el impostor, dí,

que decirte pudo á ti...?

DON PEDRO. Vos mismo, vos.

DON LOPE. (*Aparte.*) ¡Muerto estoy!
(*Alto.*)
Mentí, tentando engañar
y deshacer tu firmeza,
cuando allá en la fortaleza
no te quise castigar.

DON PEDRO. Si el corazon me lo dijo
con hondas voces tambien,
y ahora lo repite, ¿quién
negará que soy tu hijo?

DON LOPE. Yo.—De escucharte me espanto.
¿No ves que es accion de loco,
que el que allá me tuvo en poco,
ahora aquí me estime en tanto?

DON PEDRO. Siempre mi padre en vos vi.
Y sabiendo vos quién soy,
lo que va de ayer á hoy
conoceis sin duda: sí.

MAURICIO. (*Aparte.*)
¡Oh que lucha tan estraña
de afectos, reconvenciones,
de verdades, de ficciones,
en que ninguno se engaña!
Pero yo que el dueño soy
del secreto de los dos,
por vengarme, vive Dios,
á hacerlo patente voy.
Como infame al mundo asombre
de este mozo y de este viejo,
uno altivo, otro perplejo,
el considerado nombre.
Y de ellos y de Aragon
se vengue la rabia mia,
borrándose en este dia
su mas ilustre blason.

DON LOPE. (*Muy abatido y desfalleciendo por momentos.*)
¡Ay...! ¡Mancebo...! basta ya.
Si don Alonso no soy,
en este sitio en que estoy,
y en donde ahogándome vá
ya mi dolor, soy un ente
incomprensible, (*Con esfuerzo.*) que no es
ni ser pudo aragonés:
que aqui no tiene pariente.
O el soberbio emperador,
ó un obscuro aparecido,
sin nombre sin apellido,
y sin familia.

DON PEDRO. (*Abatido.*) ¡Oh rigor
de mi embravecida suerte!

(*Resuelto.*)
Pues que sea ó no vuestro hijo,
vuestra bendicion exijo
en esta hora de la muerte.

DON LOPE. (*Convulso y horrorizado.*)
¿Qué escucho...? ¡mi bendicion!!!
¿La bendicion... ¡infelice!
de este ser á quien maldice
el Eterno...? ¡Oh confusion!
(*Cae moribundo en brazos de don Pedro.*)
¡Ay...! que me siento morir...
No puede mi larga edad
el peso de iniquidad
que me abruma resistir.

DON PEDRO. ¡Padre!!!

DON LOPE. Ese nombre me ahoga.
Mi corazon se revienta.
A mi Dios voy á dar cuenta...
¿ante él por mí quién aboga?
¿Quién aboga...? Confesion.
¡Ay...! confesion necesito,
y un sacerdote bendito
que me dé la absolucion. (*Queda desmayado.*)

DON PEDRO. ¡Cielos...! ¡qué horror...! ¡Ah...! ¿qué es esto?
...Helado está.

MAURICIO. (*Acercándose.*) Un parasismo.

DON PEDRO. (*Fuera de sí mirando indignado á Mauricio.*)
Confúndate el hondo abismo.
(*Volviendo à don Lope.*)
¡Padre...! ¡padre...! auxilio... presto.
(*Acomoda á don Lope en tierra, apoyándolo contra el asiento de piedra, y prodigándole caricias y socorros.*)

MAURICIO. (*Aparte con rapidez.*)
Pues por sacerdote á mí
me reputan, que lo soy
me importa asegurar hoy,
por ver si dilato asi
ó evitar logro el castigo.
¿Qué tardo en darme por tal...?
(*Acercàndose á don Lope con afectada dignidad y en voz alta.*)
Ved en esta hora fatal,
rey don Alonso, mi amigo,
quién puede...

DON LOPE. (*Volviendo en sí, y rechazándolo con horror.*)
Aparta, malvado.
...¿Tú...? ¿tú...? (*Cae moribundo.*)
¡Dios mio, piedad!!!
...¡Ay...! mis culpas perdonad...
(*Tendiéndo los brazos á don Pedro.*)
Perdóname tú, hijo amado. (*Muere.*)

DON PEDRO. (*De rodillas, y besando fuera de sí una mano de don Lope.*)
¡Padre...! ¡Señor...! ¡Ay de mí!

Padre... padre... Yo con vos...
(*Reconociendo que está ya muerto.*)
Ya está en presencia de Dios:
desventurado nací.
(*Queda sumergido en el mas profundo dolor.*)

MAURICIO. (*Aparte.*)
Murió, sí... Murió el cobarde
de quien necio confié;
que el mundo en saber quién fué
ni un solo momento tarde.
Quede el hijo deshonrado;
y entre tanta confusion
busque mi resolucion
algun remedio impensado.
(*Se acerca resuelto á la puerta y dice á voces.*)
¡Hola...! Guardias, acudid.
Ved que es muerto el impostor.
Y tambien su hijo es traidor,
cómplice suyo.—Venid.

DON PEDRO. (*Vuelve en sí, se levanta y se arroja sobre Mauricio con una daga desnuda.*)
¡Malvado! aun tengo esta daga
que en tu pecho fementido,
de tanto crimen henchido,
mi cólera satisfaga.
(*Hiere á Mauricio.*)

MAURICIO. (*Cayendo muerto.*)
¡Ay de mí...! ¡Azagra!—Aragon
la sangre de Azagra infame
sangre de traidores llame,
pues estos Azagras son. (*Muere.*)

Abrense las puertas del calabozo con estruendo, y salen de prisa LA REINA, DOÑA ISABEL TORRELLAS, PAGES Y GUARDIAS.

DOÑA ISABEL. (*Deteniéndose horrorizada.*)
¡Cielos...! ¿Qué miro...? ¡Infelice!

REINA. (*Conteniendo con dignidad su agitacion.*)
¡Don Pedro Azagra aqui está,
entre cadáveres yertos,
con un sangriento puñal!!!
¿Qué es esto, don Pedro Azagra?
¡Oh don Pedro Azagra...! Hablad.

DON PEDRO. (*Con entereza.*)
Esto es desplomarse el cielo
sobre mi frente leal,
esto es que abierta la tierra
bajo de mis pies está.
(*Señalando el cadáver de don Lope.*)
Ese decrépito anciano,
que ahora acaba de espirar,
ahogado por sus pesares,

pidiendo al cielo piedad,
es mi padre.—(*Movimiento general de terror.*)
¡Oh cuán amargo
hace mi estrella fatal
en mis labios ese nombre
tan dulce de pronunciar!
—Sí, es mi padre: pues su crimen,
que yo no puedo borrar.
no le quitó el ser mí padre,
para mi afrenta y mal.
(*Señalando el cadáver de Mauricio.*)
Y este, que de sus maldades
ya dando la cuenta está
ante el Dios de las venganzas
en su justo tribunal,
es el monstruo del infierno,
genio espantoso del mal,
que alucinando á ese anciano
con su apariencia falaz,
le encaminó por la senda
de traicion y deslealtad;
por donde en busca de muerte
y escarmiento vino acá,
de la mas ilustre sangre
el puro brillo á manchar.
Y yo con mi mano misma,
y este vengador puñal,
su corazon desgarrando,
de un solo golpe no mas
á vos, á mí, y á mi padre
venganza he dado. Mirad.—
(*Movimiento general de horror.*)
Y pues de un traidor soy hijo,
y pues manchadas estan
de sangre hirviente estas losas,
que derramé criminal,
usurpando á la justicia
su accion y su voluntad,
cometiendo un homicidio
que no quiero disculpar;
(*Hinca una rodilla.*)
que al punto el verdugo tronche
este mi cuello mandad:
cumplireis con la justicia
de vuestro cetro real;
y tendrá fin un linage
tan devesturado, y tan
aborrecido del cielo,
que hundido en el cieno está.

REINA. ¡Oh noble don Pedro Azagra!
...¿Qué pronunciásteis...? Alzad,
pues no debe ni un momento

postrado en la tierra estar
el que de su insigne patria
es tan seguro puntal,
y de mis santos derechos
el mas fuerte capitan.
(*Levantando á don Pedro.*)
Alzad, don Pedro de Azagra,
jóven valeroso alzad,
que galardones tan solo
vuestra reina os ha de dar.
—Al matar á ese perverso,
el brazo fuisteis no mas
de mi justicia, y declaro
vuestra accion noble y leal.
Y ese acero, que destila
cálida sangre será
ciméra de vuestras armas,
y un nuevo timbre de hoy mas.

DON PEDRO. (*Confuso.*) Señora... ¡Señora mia!
cuál queda mi honra juzgad,
y que de traidora sangre
llenas mis venas están.

REINA. Es vuestra sangre tan pura
como la lumbre inmortal
del sol, que apagar no puede
pasagera tempestad.
¿Tras de una série de siglos,
en que acrisolada está,
derramándose á torrentes
en pró de la cristiandad,
¿qué importa que vuestro padre,
caduco y demente ya,
cometiese un negro crimen,
de que no fuera capaz
sin la sugestion maligna
de ese dragon infernal?
¿Y vos con vuestras proezas,
vos, desenvainando audaz
por mis derechos la espada,
con la noble heroicidad
que vió el mundo, no enmendasteis
de vuestra sangre el desman?
¿No es este suceso mismo,
en que con firmeza tal
las tentaciones mas grandes
que tiene la humanidad,
los mas tiranos afectos
que encadenan al mortal
habeis vencido, don Pedro,
crisol de vuestra lealtad?
—Volved en vos, y miradlo,
que si es justo vuestro afan,

no es justo por un delirio
á todo estremo llegar.
(Aparte con rapidez.)
El último esfuerzo hagamos
porque la tranquilidad
vuelva á su pecho. La hora
de mi sacrificio es ya.
(Alto.)
Ved pues si estoy decidida
á que sin posteridad
de Azagra la noble estirpe
no quede, porque jamas
de tan valientes guerreros,
de magnates tan sin par
carezca este reino mio,
la España y la cristiandad,
que os mando, como señora,
que al punto y sin replicar
á doña Isabel Torrellas
(Aparte.)
¡ay, que es mi pecho un volcan!
(Alto.)
la deis la mano de esposo:
cumplid con mi voluntad.

(Queda don Pedro muy agitado, y como faltándole palabras.)

DOÑA ISABEL. *(Arrojándose á los pies de la reina.)*
Señora, señora mia.
¡Oh qué angélica bondad!

REINA. *(Levantandola y abrazándola.)*
¡Isabel...! ¡ay...! tú no sabes
lo que en mí pasando está.
Haz feliz á Pedro Azagra,
que esto es lo que importa mas.

DON PEDRO. Esclarecida señora,
reina de Aragon... ¡oh cuán
poderoso es vuestro labio!
¡qué excelsa vuestra bondad...!
(Acercándose à doña Isabel.)
...¡Isabel... vuestro amor selo
de darme vida es capaz...

(Separándose de repente de doña Isabel, y con tono resuelto.)

Pero momento no es este,
ní este tampoco el lugar...
(A la reina con energìa.)
Dentro de un año, señora,
obedecida serás.
Ahora parto á la frontera
nuevos timbres á ganar,
y á borrar con sangre mora
de mi sangre la fealdad.
Y cuando triunfante vuelva,
y de una insigne ciudad,

por mí arrancada á los moros,
ponga á vuestra planta real
las llaves, la mano mia
con vuestro amparo será
de doña Isabel Torrellas,
de esa estrella celestial
que es de un alma sin ventura
dueño, vida, luz y paz.

REINA. (*Aparte.*)
¿Esto escucho...? ¡Ah, desfallezco!
La pena ahogándome va.
(*Alto.*)
Bien, á adquirir nuevos lauros,
ilustre Azagra, volad.
La victoria y la fortuna
os vayan siempre detras.

DON PEDRO. Marcho pues... Dadme, señora,
la regia mano á besar.
(*Hinca una rodilla, y besa la mano de la reina.*)
¡Isabel...! (*Vase.*)

REINA. (*Con ansiedad.*)
Volved triunfante;
por vuestra vida mirad.
(*Aparte.*)
¡Ay de mí desventurada!
No puedo resistir mas.
(*Se apoya desmayada en doña Isabel.—Cae el telon.*)

Sevilla, 1842.

FIN DE LA COMEDIA.

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO.

DRAMA FANTÁSTICO EN CUATRO ACTOS.

A mi hijo Enrique.

PERSONAS.

LISARDO, *jóven*.

MARCOLÁN, *viejo mágico*.

VOCES DE SERES INVISIBLES.

DEL GENIO DE LOS AMORES,

DEL GENIO DE LA OPULENCIA.

DEL GENIO DEL PODER.

DEL GENIO DEL MAL.

PERSONAGES FANTÁSTICOS.

ZÓRA, *dama jóven*,

LISÉO, *viejo*.

CLORINARDO, } *Caballeros*.
FINÉO. . . , }

NATALIO, *viejo*.

ARBOLÁN, *guerrero*.

UN REY.

UNA REINA.

UN PAGE.

UNA BRUJA.

DOS CAZADORES.

TRES VILLANOS.

DOS SOLDADOS.

DOS CABALLEROS.

UN CAPITAN.

UN ENTERRADOR.

EL DEMONIO.

UN ANGEL.

SALVAGES. . . }
SÍLFIDES. . . . } *Bailarines*.
DONCELLAS. . . }

CANTORES.

Las músicas, comparsas y diferentes acompañamientos de cazadores, esclavos, guardias, etc., se anotan y llaman en las escenas en que deben figurar, para evitar confusion.

La accion, que se supone para los trages acaecida á mediados del siglo XIV, pasa en un islote desierto del Mediterráneo. Empieza al ponerse el sol, y concluye al amanecer del dia siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una montaña de peñascos, decubriéndose por un lado el mar embravecido. En primer término á la derecha del espectador habrá una pequeña gruta practicable. El cielo representará el anochecer, cubierto de nubes borrascosas. Se verán relámpagos, y se oirán truenos, el bramido de las olas y el silbar del viento.—MARCOLÁN *mago, aparece dentro de la gruta, estudiando en sus libros á la luz de una lámpara, y rodeado de instrumentos mágicos.* LISARDO, *vestido de pieles y con aspecto de salvage, asomará por lo alto de la montaña, y bajará de peñasco en peñasco declamando los primeros versos.*

LISARDO. (*Mirando despechado al cielo.*)
Rompe tu seno pardo,
obscura nube, y lanza furibunda
el rayo abrasador, que ansioso aguardo;
el rayo que confunda
y en el inmenso mar sepulte y hunda
esta desierta roca,
que con la altiva frente al cielo toca;
y es ¡ Oh destino impio!
carcel estrecha de mi ardiente brio.
(*Pausa, y prosigue mirando al mar.*)
Y tú, tremendo mar, ¿por qué rugiente
no rompes este freno de tus iras?
¿O eres tan impotente,
que en vano á libertarte de él aspiras,
...¡Ah si yo fuera tú...! ¡Si yo tuviera
tu colosal poder..:(Ni un solo instante
de mi curso delante
obstáculo ninguno consintiera:
y al encontrarlo, mi rencor profundo
con sus huellas borrara el ancho mundo.
Mas ¡ah! no me escuchais... ¡O no son nada,
obscura nube, tu rugiente trueno,
ni tu empuje y furor, ó mar hinchada,
si otro poder mayor os pone freno!
(*Pausa.*)
Como vosotros yo: que arde en mi mente
fuego mayor que el que en los rayos arde,
y un alma mas tremenda,
mas indomable que la mar rugiente
dentro mi pecho siente
de sus fuerzas hacer perdido alarde.
Y aqui atado y cautivo,

aqui como cobarde,
apenas sé si vivo,
puesto que el mundo ignora
que en él Lisardo mora.
Lisardo, el que pudiera
llevar su nombre á la encendida esfera.
(Pausa, y prosigue mirando á la gruta.)
¡Oh padre...! padre no, tirano fiero,
que eres de un infelice carcelero,
maldito sea tu saber insano,
y ese tu afan prolijo,
que te hace ser de un desdichado hijo
inexorable y pertinaz tirano.

MARCOLAN. *(Dentro de la gruta hablando consigo mismo.)*
¡Mísera humanidad! Siempre maldice
la mano protectora que la ampara,
y que del precipicio la separa:
¡Mísera humanidad siempre infelice!
Es mi anhelo salvar á mi hijo amado
de las borrascas que en la humana vida
le tienen las estrellas prevenida,
y él su opresor me llama despechado.

(Se va poco á poco despejando el cielo, y alzándose la luna en el horizonte, ilumina la escena con su luz azulada.)

LISARDO. *(Avanzando al proscenio.)*
¿Es vida, ¡triste de mí!
es vida ¡cielos! acaso
aquesta vida que paso
¿con solo mi padre aqui?
Si condenado nací,
y sin esperanza alguna,
á que este islote mi cuna,
mi estado, mi único bien
y mi tumba sea tambien,
maldigo yo á la fortuna.
Si tal mi destino fué,
que es imposible lo fuera,
¿para qué un alma tan fiera
dentro de mi pecho hallé?
¿Con qué objeto, para qué
arde esta insaciable llama,
que toda mi mente inflama,
de buscar dándome anhelo,
aun á despecho del cielo,
oro, amor, poder y fama?
Enhorabuena el reptil
rampe en el vivar estrecho,
si allí goza satisfecho
toda su existencia vil;
pero el águila gentil,
de alas y valor provista,
en el sol clave la vista,

cruce las nubes voraz,
y en ellas pregone audaz
del espacio la conquista.
No reptil, águila soy,
águila y he de volar
sobre la tierra y el mar.
(*Corre decidido hácia la montaña.*)

MARCOLAN. (*En su gruta y hablando consigo mismo.*)
No volarás, que aquí estoy,
Lisardo, y á darte voy
pronto una grave leccion
que calme en tu corazon
ese ciego desatino
que te arrrastra de contino
del mundo á la perdicion.

LISARDO. (*Despechado y como detenido en medio de la escena por un impulso superior.*)
¡Infelice...! Me olvidé
que á este escollo estoy atado,
donde del mundo ignorado
he nacido y moriré,
Si tal mi destino fué,
cúmplase pronto. Liberte
de esta cárcel con mi muerte
mi alma gigante yo mismo,
lanzándome en ese abismo
para burlar á la suerte.

(*Va á arrojarse al mar, y sale sobresaltado de su gruta Marcolán con una vara de oro en la mano.*)

MARCOLAN. Tente, Lisardo, hijo mio:
insensato, dónde vás?
Tente. Que aunque bastan solo,
para tu intento atajar,
la fuerza de mis conjuros,
pues no tiene otras mi edad;
quiero solo con las voces
de mi cariño lograr
que desistas, hijo mio,
de tu designio fatal.
Torna Lisardo, á mis brazos,
que para tí solo hay paz
entre los brazos de un padre
que idolatrándote está.

LISARDO. (*Que se detiene á la orilla del mar en cuanto oye á su padre, vuelve y se arroja á sus brazos muy abatido.*)
¡Oh padre!

MARCOLAN. Calma, hijo mio,
la espantosa tempestad
de tu corazon, mas recia
que la que un momento há
esas esferas turbaba
y alborotaba ese mar.

LISARDO. ¡Oh padre!

MARCOLAN. Mira, Lisardo,
cuál la nube huyendo va,
tornando el zafir del cielo
con suave luz á brillar
al reflejo de la luna,
astro benigno de paz.
Mira cuál bajan las olas,
que montañas de cristal
azotaban estas peñas
á empuje del huracan.
Huyan asi de tu mente,
para no volver jamas,
esas oscuras ideas
que hacen tu infelicidad.
Y calmese asi tu pecho,
que no deben agitar
las fantásticas pasiones
tras de que perdido vas.
¿Qué te inspira, di, Lisardo,
esa confusa ansiedad,
cosas que tú desconoces
anhelando sin cesar?

LISARDO. Los impulsos de mi alma,
que á voces diciendo estan
que he nacido para el mundo.
Para en su centro lograr
amores, riqueza, fama,
poder, mando.

MARCOLAN. Basta ya.
Te comprendo. ¿Mas qué sabes
tú de ese mundo ideal,
que existe en tu mente solo?

LISARDO. (*Recobrándose y creciendo en vehemencia.*)
O padre mio, cesad.
Que aunque estas ásperas peñas,
que ciñe en torno la mar,
mi cuna fueron, y son
mi carcel siempre, y serán
tal vez tambien mi sepúlcro,
no tan rudo soy, ni tan
salvage, que no conozca
que en el mundo hay mucho mas.
Esos tus libros lo dicen,
á quien tanto culto das,
y que te han dado esa ciencia,
que profesas por mi mal.
Tus labios tambien lo han dicho,
complaciéndose en contar
de tu vida los portentos,
los recuerdos de tu edad.
Y aunque nunca de tus libros

devorara á tu pesar
las páginas, y aunque siempre
hubieras cauto y sagaz
puesto en tus labios un sello
que guardara la verdad,
que hay mundo, y cómo es el mundo,
por instinto natural
adivinara. Sí, padre,
baste de destierro ya.
Llévame donde hombre sea,
y donde pueda lograr,
como hombre, amores, riquezas,
poder y dominio.

MARCOLAN. ¡Ah!

LISARDO. Quiero, mando, poderío,
gloria, fama...

MARCOLAN. Bien, tendrás
cuánto apeteces Lisardo.
Y á tu padre dejarás
en este desierto solo,
decrépito... ¿Quieres mas?

LISARDO. (*Con ternura.*)
Padre idolatrado, quiero
vivir como racional;
mas bajo tu amparo siempre.

MARCOLAN. ¡Mi amparo...! insensato estás.
¡Mi amparo...! ¿De qué te sirve,
si entras con la tempestad
de las humanas pasiones
del mundo en el hondo mar?
¡Ay, que entonces mi cariño,
mi ciencia, todo mi afan
de nada han de aprovecharte!

LISARDO. (*Con entereza.*)
¿De nada...? Pues bien está.
El aliento que me agita,
el encendido volcan
de valor y de denuedo,
que arde en mi pecho tenaz,
me bastan, señor, y sobran;
y suficientes quizás
para serviros de apoyo
á vos, ó padre, serán.
(*Con resolucion.*)
Salgamos de estos peñascos.
Aquestos libros quemad.
Venid al mundo conmigo;
y vuestros ojos verán
que engendrasteis un portento
de altas empresas capaz.

MARCOLAN. (*Aparte.*)
Vuelve á exaltarse su mente.

Ya la leccion convendrá,
y que empiece á realizarse
mi bien combinado plan.
(*Alto.*)
Hijo, Lisardo, sosiega
tu ardiente pecho. Serás
complacido por tu padre.
Lograráse tu ansiedad.
Pero de la noche el manto
cubre el firmamento ya.
Calma en sosegado sueño;
calma, hijo mio, tu afan,

LISARDO. (*Como soñoliento.*)
De lo que hoy he padecido
estoy, señor, en verdad
tan fatigado,.. que empiezo
dulce descanso á anhelar...
Reposaré...

MARCOLAN. (*Llevandole lentamente al fondo del teatro á la izquierda del espectador, donde habrá en tierra un lecho de ramas secas.*)
Sí, hijo mio.
(*Aparte.*)
Ya empieza el conjuro á obrar.
Le tocaré con la vara,
y al sueño se rendirá.
(*Le toca, y prosigue alto.*)
Si, hijo mio, si, descansa,
pues convidándote está
de secas algas el lecho,
que aquí orillas de la mar
halagan las blandas brisas
que en torno volando están

LISARDO. (*Acostàndose en el lecho.*)
Si, padre mio... Si, padre...
El sueño ganando va
mis sentidos... halagado
por la esperanza que has
dado á mi pecho... Esta noche
soñaré felicidad. (*Queda dormido.*)

MARCOLAN. (*Contemplándolo con cariño.*)
¡Hijo del alma...! ¡Hijo mio...!
En sueño profundo está.
Ahora desengaños sueñe
que pongan fin á su afan.
(*En medio de la escena en actitud imponente y solemne.*)
Espíritus celestes é infernales;
genios del bien y el mal, que los destinos
por ocultos caminos
dirigis de los míseros mortales.
Al gran poder de mi saber profundo
obedientes venid, que ya os aguardo,
y al dormido Lisardo

mostrad en sueños cuanto encierra el mundo.
En vagas vaporosas ilusiones,
y en fantásticas formas vea su mente
cuanto anhela imprudente,
y ancho campo ofreced á sus pasiones.
(Gira la vara en deredor.)
Ya os miro en torno revolar, ya os veo,
ó desde el centro de la tierra oscuro,
ó desde el aire puro
obedientes venir á mi deseo.

(Se oye una música suave y armoniosa, y una voz dulce dice desde las bambalinas.)

VOZ DEL GENIO DE LOS AMORES.

Yo, númen de los amores,
le coronaré de flores,
y atándolo en tiernos lazos
colocaré entre sus brazos
la mas insigne beldad.
Y encantado con su acento,
y embriagado con su aliento,
apurará en las delicias
de sus amantes caricias
la humana felicidad.

(Suena á la izquierda del teatro una música llena y alegre, y en seguida dice una voz sonora:)

VOZ DEL GENIO DE LA OPULENCIA.

Yo dispongo del oro y riqueza,
y á tu mágico impulso obediente
á sus ojos dormidos patente
cuanto alcanza mi imperio pondré.
Y la pompa oriental y grandeza
gozará venturoso en el sueño,
y de inmensos tesoros el dueño,
mientras dure el encanto, le haré.
Aróma y bálsamos
respirará.
Sedas y púrpuras
se vestirá.
Ricos alcázares
habitará.
Y en la demencia
de la opulencia
se perderá

(Suena á la derecha una banda de música militar, tocando una marcha guerrera, y dice una voz robusta:)

VOZ DEL GENIO DEL PODER.

Yo, que de la ambicion y de la gloria

el genio soy audaz,
su pecho tornaré con mi alta llama
en hoguera voraz.
El lauro ceñirá de la victoria
su envanecida sien,
y su nombre en los cantos de la fama
escuchará tambien.
Y un pueblo rendido
á sus pies verá,
y desvanecido
lo dominará

(*Se oyen truenos subterráneos mezclados con música sorda y lúgubre bajo el tablado, y luego dice desde alli una voz áspera y satánica:*)

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Yo marchitaré
las lozanas flores.
Yo envenenaré
los dulces amores.
Y en horrores
sus delicias tornaré.
La riqueza
y grandeza
afan
serán
de su pecho,
por la avaricia y el terror deshecho.
Y la indomable ambicion
su corazon
al crímen arrastrará,
y en hondo precipicio lo hundirá.

MARCOLAN. (*Estendiendo la vara á un lado y otro.*)
Comenzad, genios que me estais hablando,
el orden proseguid de mis conjuros,
dentro en la mente del dormido dando
formas visibles á los aires puros.

(*Entra en su gruta: se sienta, coloca á sus pies un reloj de arena, y prosigue leyendo en la mayor abstraccion, permaneciendo asi hasta el fin del drama.*)

ESCENA II.

Cruzan el teatro en todas direcciones ligeras gasas transparentes con figuras vagas y fantásticas, alusivas al amor, al poder, á la ambicion y al crímen, y se van reuniendo al fondo del teatro, y delante del lecho de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo cubra todo. Por un escotillon sale ZÓRA *cubierta con una gasa blanca que le dé la apariencia de una sombra. La música toca una armonía lánguida y suave, que va concluyendo poco á poco en notas aisladas, y que van siendo imperceptibles. Se disipa luego repentinamente la niebla, y aparece un risueño y rústico jardin, iluminado por la luz de la aurora. El lecho de Lisardo alzado un poco del suelo y formado con flores, y cubierto por un pabellon de colores enlazado en las ramas de los árboles. Y en él estará dormido*

Lisardo, cuyo vestido de pieles se habrá mudado en uno rico de cazador. Aparecerá tambien un asiento rústico en medio del teatro, y caerá el velo que cubre á Zóra, quedando ésta vestida con una túnica blanca y coronada de rosas. La gruta de Marcolán, y éste dentro estudiando, habrá estado siempre descubierta, y permanecerá asi inmutable durante todo el drama, por mas cambios de decoraciones que se verifiquen.

LISARDO. (*Incorporándose como admirado, y mirando á todos lados.*)
¡Cielos...! En el mundo estoy.
Mi padre no me engañó.
Del islote me sacó.
Hombre cual los hombres soy.
No hay duda... ¡felice yo!
(*Se levanta y corre de una parte á otra, pero sin reparar en Zóra, que estará á un lado cogiendo flores.*)
¡Oh! ¡qué risueño jardin!
...Y no lo circunda el mar.
—Desde aqui podré volar
por uno y otro confin...
¿Quién me lo puede estorbar...?
¡Cuán gozoso y satisfecho
miro el matutino albor?
Una y otra linda flor,
¡qué aromas dan á mi pecho!
...¡Oh que vida...! ¡Qué calor!
Aqui no escucho el bramido
de las olas, que decia
pavoroso noche y dia:
pobre Lisardo nacido,
bajo estrella tan impía.
No, que el risueño murmullo
de auras, hojas, aves, fuentes
dan acentos diferentes,
que son dulcísimo arrullo
de mis venturas presentes.
—¿Mas qué me detengo aqui?
Por linda que esta mansion
halague mi corazon,
aun estrecha es para mí.
Volemos á otra region.
(*Repara en Zora, y queda sorprendido.*)
¿Qué es... ¡oh Dios...! lo que alli veo?
Solo en el jardin no estoy...
¡Ah! que realizando voy
cuanto anheló mi deseo,
y toda ventura es hoy.
¡Una muger...!!! Si, y aquella
que en sombra leve y fugaz
turbando mi eterna paz,
vió siempre gallarda y bella
mi delirio pertinaz.
Si, la misma que mis ojos
en ilusion vieron vana,

ya en los perfiles de grana,
que ornan los celages rojos
de la encendida mañana;
Ya entre las orlas de espuma
del adormecido mar,
sobre las playas triscar,
leve como leve pluma,
y mi pecho arrebatar.
Y pues la suerte dichosa,
que hoy dirige mi destino,
portento tan peregrino,
de mis afanes tal diosa
me presenta en mi camino.
Corro á exhalar á sus pies,
completando mi ventura,
el alma, que en llama pura
volcan encendido es
desde que vi su hermosura.
(*Se acerca con timidez á Zóra.*)
Angel celestial...

ZORA. (*Con sencillez y naturalidad.*)
Lisardo.

LISARDO. (*Aparte sorprendido.*)
¿Sabe, cielos, quién soy yo...?
Sin duda, pues me nombró...

ZÓRA. Hace tiempo que os aguardo.

LISARDO. (*Dudoso.*)
¿Vos... me conoceis...?

ZÓRA. ¿Pues no?

LISARDO. (*Con vehemencia.*)
Y yo os conozco tambien,
y ando tras de vos perdido;
y que tan solo he nacido
para estar, pienso, ó mi bien,
á vuestro encanto rendido.

ZÓRA. ¿Pero mi nombre ignorais...?

LISARDO. ¡Ah...! Solo sé que os adoro;
todo lo demas lo ignoro.

ZÓRA. ¿Y de mí qué deseais?

LISARDO. (*Arrebatado.*)
Amor... vuestro amor imploro.

ZÓRA. ¿Amor...? ?Qué decís, Lisardo...?
¿Olvidais que Zóra soy...?
¡Ah...! jamas os vi cual hoy.
De veros tal me acobardo
y temblando toda estoy.

LISARDO. Mi encanto, mi único bien,
mi tesoro, mi alegría...
O lumbre del alma mia,
no miedo, lástima ten
de mi amorosa agonía...
Para tí solo respiro,

y sin tí quiero la muerte.
¿Qué es vivir sin poseerte?

ZÓRA. (*Turbada y vergonzosa.*)
Lisardo... Yo me retiro.

LISARDO. ¿Puede mi amor ofenderte...?
¿Te ofende...? No seas cruel,
oye mi llanto, mi ruego.

ZÓRA. Crece mi desasosiego...
retírome del vergel.

LISARDO. (*Deteniéndola.*)
¿Sin responder á mi fuego...?
¡Ah...¡ Esperad, ó bella Zóra,
mas bella que la mañana.
¡Ay...! Esa encendida grana
que vuestro rostro avalora
¡cuánto, cuánto os engalana!
(*Hincando una rodilla.*)
Piedad de mí.—No, no quiero
la vida sin vuestro amor.
Si dura tanto rigor,
si teneis pecho de acero
me moriré de dolor.

ZÓRA. (*Conmovida.*)
¡Lisardo...! ¡Lisardo...! ¡Ay Dios!
...No penseis que el pecho mio...

LISARDO. ¡Cuánto á mi pasion da brio
la inquietud que advierto en vos!

ZÓRA. Y yo... basta... ¡oh desvarío...!

LISARDO. (*Tomándola una mano y besandosela con ansiedad.*)
No basta... no... que un volcan
es mi pecho. El corazon
arde. Y crece una pasion
en mí tan jigante, tan
de indómita condicion,
Que... ¡Zóra...! ¡Zóra...! piedad...
(*Abatido.*)
No sé lo que pasa en mí.
Nunca en mi alma conocí
tan quemadora ansiedad...
(*Con vehemencia.*)
Amame, ó me muero aquí

ZÓRA. (*Con acento enternecido.*)
¡Mi Lisardo!

LISARDO. (*Enagenado.*) ¡Oh deliciosa
voz, cual no escuché jamas,
y que embriagándome estás
el alma...!

ZÓRA. (*Tímida.*) Seré tu esposa...
¿Puedes, di, pretender mas...? dime.

LISARDO. (*Con ansiedad.*)
Sí, mi esposa... y ¿me amas...? dime,

ZÓRA. (*Con ternura.*)

Te amo... sí.

LISARDO. (*Levantàndose fuera de sì.*)
No puede ser
que aun hombre mate el placer,
si aun vivo.—¡Oh dicha sublime!
¡Cielos, me ama una muger!!!
(*Abraza à Zóra.*)

ZÓRA. Pero no basta, Lisardo,
que cual me dices me adores,
ni que corresponda amante
mi pecho á tus intenciones;
pues para ser yo tu esposa,
y darte de esposo el nombre,
es preciso que mi padre,
que habita un albergue pobre,
en lo mas repuesto y solo
de estos intrincados bosques,
me conceda su permiso,
bendiga nuestros amores,
y que en sus manos me jures
ante Dios y ante los hombres
la fé del estrecho lazo,
que solo la muerte rompe.

LISARDO. (*Impaciente.*)
Obstáculos á mi anhelo...
¿Quién indiscreto los pone...?

ZÓRA. (*Asustada.*)
¡Lisardo...!

LISARDO. (*Confuso.*) No... Zóra mia.
A tu voluntad conforme
corro á buscar á tu padre
para que grato corone
esta dicha, que en la esfera
del sol radiante me pone.
Vamos, pues... Mas si insensato
se opusiese...

ZÓRA. (*Consternada.*) ¡Oh Dios...! ¿Entonces...?

LISARDO. (*Resuelto.*)
Amándome tú, en el mundo
no habrá quién mi dicha estorbe.

(*Van á marchar y sale Liseo, viejo, con túnica negra, barba blanca, y apoyado en un báculo, y los detiene.*)

LISEO. Ten el paso, que á tu encuentro
salgo para que la logres.
Padre amoroso de Zóra
seguíla á este sitio, donde
he escuchado tus palabras,
escondido entre esas flores.
Y la llama conociendo
que arde en vuestros corazones,
y que en tí feliz encuentra
mi adorada prenda el hombre

mas capaz por su cariño,
y mas dignos por sus dotes
de asegurar su ventura,
de merecer sus favores,
por esposa te la otorgo
ante Dios y ante los hombres.
Y bendeciré este enlace,
que hasta la muerte te impone
el compromiso sagrado
de ser su amparo, su norte,
su firme amante, y su dicha;
si á jurarme te dispones
el cumplir eternamente
tan santas obligaciones.

LISARDO. *(Con decision.)*
Yo lo juro por los cielos,
anciano, y airados sobre
mi frente su ira tremenda
y su maldicion desplomen,
si quebranto el juramento,
que ahora de mis labios oyes.

LISEO. *(Abrazándolo.)*
Pues ahora ven á mis brazos
para que ellos te coloquen
en los de tu amante esposa,
que tu tierno amor coronen.

(Entrega Zóra á Lisardo y se abrazan estrechamente.)

LISARDO. *(Con agitada vehemencia.)*
Celeste luz de mi dichosa vida,
astro de amor y de delicias lleno,
ven, y descansa en mi agitado seno,
que ardiente apenas puede respirar.
Ven, que al tenerte en mis convulsos brazos,
al alentar tu embalsamado aliento,
una existencia tan divina siento
por mis estrechas venas circular,
Que juzgo que en el cielo es imposible
mas venturoso ser.—Ven, ó alma mia;
miro en tu rostro un sempiterno dia,
en tus ojos un sol eterno arder.
Todo el confuso afan de mis delirios,
todas las ilusiones de mi mente
hoy se realizan, al besar tu frente:
...desfallezco de gozo y de placer.

(Cae sentado con Zóra en el asiento rústico que estará en medio de la escena, y Liseo se coloca detras estendiendo los brazos sobre ambos.)

El asiento se eleva del suelo y se convierte en un trono formado de flores, de mariposas, de palomas y de tórtolas, y rodeado de cisnes, delfines y conchas, y sale por un lado y otro una tropa de salvages y de sílfidas que bailan en derredor, formando lazos con guirnaldas y bandas de colores, y ofreciendo á Lisardo y á Zóra ramilletes y canastillos de flores. Concluida la danza se retiran, y

con ellos Liseo. Y desaparece todo, quedando el asiento rústico como estaba en el principio, y en él Lisardo y Zóra como embelesados. Y tras de breve pausa se oirá debajo del tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Lisardo, en el mundo hay mas.
El tiempo perdiendo estas.
¿Qué es belleza
sin riqueza...?
busca riqueza, riqueza tendrás.
Lisardo, en el mundo hay mas.
(*Lisardo se pone de repente inquieto y pensativo.*)

ZÓRA. ¿Qué, Lisardo, te suspende...?
Yo no sé qué advierto en ti.
¿No eres venturoso...? di...
...Algo tu anhelo pretende.

LISARDO. ¡Ay Zóra! si. Aunque tu amor
es el aura que respiro,
y aunque dichoso me miro
de tu encanto poseedor,
A las dichas de mi pecho
y á tu divina hermosura
esta soledad oscura
me parece campo estrecho.

ZÓRA. (*Con ansiedad y ternura.*)
¿Aquí contento no estás...?

LISARDO. (*Con vehemencia.*)
A tu lado hermosa mia,
toda mi alma es alegría.

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Pero hay en el mundo mas.

ZÓRA. ¿No te encantan estas flores
por las auras regaladas,
que risueñas y esmaltadas
dan balsámicos olores?
¿No esta pomposa techumbre
de verdes hojas y ramos,
bajo de la cual gozamos
del sol templada la lumbre?
¿No de este prado las galas?
¿No el murmullo de estas fuentes?
¿No esas nubes transparentes,
que el viento lleva en sus alas?
¿No la quietud en que estás?
¿Esta calma...? ¿Esta alegria?

LISARDO. (*Que habrá estado muy pensativo mientras ha hablado Zóra, se vuelve á ella y la abraza con entusiasmo.*)
Si, me encantan, Zóra mia...

Pero hay en el mundo mas.
(Levantándose y creciendo su agitacion.)
Hay mas. Si. Lo anhelo todo
para tí solo, mi amor;
pues fuera duro rigor
vivir siempre de este modo.
Cubran cimbrias esmaltadas,
bronce y mármol tu beldad;
no en obscura soledad
las silvestres enramadas.
Dénte sus suaves olores,
embalsamando el ambiente,
quemadas gomas de Oriente,
mejor que rústicas flores.
Los sonoros instrumentos
den á tu descanso arrullo;
no de un arroyo el murmullo,
ni de una ave los acentos.
Ornen tu frente gentil
oro, perlas y diamantes;
que esas flores rozagantes
parécenme adorno vil.
El orbe admirado vea
nuestro fuego sin segundo,
templo magnífico el mundo
de tu alta hermosura sea.
Pompa, riquezas deseo.
¿Qué es sin ellas la beldad...?
¡Abrasado en la ansiedad
de la opulencia me veo!
(Cayendo en repentino abatimiento, y paseàndose sin hacer caso de Zóra.)
¿Mas cómo lograrla yo...?
¿Hay mas grande desventura?

ZÓRA. *(Que lo ha escuchado al principio asombrada, y que lo sigue despues inquieta.)*
¿Mi cariño, mi ternura
no te bastan...?

LISARDO. *(Con despego.)* Zóra, no.
(Volviendo en sí y abrazándola.)
Con toda el alma te adoro;
pero hay en el mundo mas.

ZÓRA. *(Afligida.)*
¿Te importuna ya quizas...?

LISARDO. *(Fuera de sí.)*
Ansio la pompa y el oro.
El brillo de las riquezas
es quien da brillo á los nombres...,
(Creciendo su inquietud.)
...¿Cómo consiguen los hombres
los tesoros y grandezas?
Si no los logran mis brazos,
ni los alcanza mi aliento.

el frenesí que en mí siento
me hará el corazon pedazos.

ZÓRA. (*Poniéndosele delante muy afligida.*)
¡Lisardo...!

LISARDO. (*Recibiéndola en sus brazos.*)
Ven, Zóra mia,
ven, que te idolatro, sí.
Pero vivir siempre aquí,
vivir en cárcel seria.
Si no logro mis anhelos,
y si es en la soledad
obscura felicidad
la que me otorgan los cielos;
Como te tenga á mi lado,
no me importará volver
al peñasco donde ayer
era tan desventurado.
O al fin burlando el rigor
de tan obscuro existir
entre tus brazos morir...
¡esto fuera lo mejor!
(*Se reclina abatido en el hombro de Zóra.*)

Se abren y apartan los árboles del fondo y dejan ver á lo lejos un magnífico palacio, se oyen un cuerno de caza, caracoles y ladridos. Se reanima Lisardo mirando sorprendido á todas partes, y salen Clorinardo y Fineo, ricamente vestidos de cazadores, y con ellos cuatro caballeros lo mismo, y una tropa de monteros y villanos, unos con perros de caza, otros con azores.

CLORINARDO. Ya en el zenit sentado
la viva lumbre de su eterna llama
por los campos derrama
con tanta furia el sol, que bosque y prado
mustias miran sus ramas y sus flores.
Y ahogados de calor los cazadores,
y de sed abatidos los lebreles
no encuentran ya mas fieras
que herir gallardos, ó acosar crueles,
por estos campos, montes y riberas.
Ni mira el gerifalte
ave pintada, que veloz esmalte
las leves nubes que ornan el espacio.
Si os parece. Lisardo generoso,
vamos á tu magnífico palacio
á disfrutar de plácido reposo:
que no ha sido perdida la mañana,
pues caza habemos hecho
que debe de dejarte satisfecho,
y de ella nuestra gente estar ufana.

FINEO. Es, amigo Lisardo,
tan rica y abundante
que escede á lo que pinta Clorinardo.

(*Señalando al lado por donde salieron.*)
Ahí la tienes delante.
A examinarla ven, pues imagino
que quedará saciado tu deseo,
rindiendo por trofeo
al encanto divino
de tu adorada esposa,
que es de tu pecho y de estos valles diosa,
tanta fiera postrada,
ya por vuestros venablos humillada,
ya por los fieles perros
que atruenan con ladridos estos cerros.
Tanta garza real, y aves tan raras,
á que cortara el vuelo
ó la acerada punta de las jaras,
ó el neblí volador allí en el cielo.
Ni un solo tiro ha errado Clorinardo.
Ven á verlo por tí, noble Lisardo.

CLORINARDO. Di mejor que la caza de este dia
se debe á tu destreza y valentia.
generoso, Fineo.

LISARDO. (*Acercándose con Zora al bastidor, y manifestando gozosa admiracion.*) ¡Ah...! Sí, amigos, ya veo
con admirados ojos
rendidos á mis pies tantos despojos.
¡Qué feroces y rudos javalies!
¡Qué cervales rodados!
¡Cuántos ligeros corzos y venados!
—Muy bien han trabajado los neblíes,
segun la inmensa suma
de aves gallardas de brillante pluma,
que llenan de placer la vista mia.
¡Ay mi Zóra adorada!
¿No estás de este espectáculo encantada?

ZÓRA. (*Con sencillez.*)
A mí solo me encanta tu alegría.

LISARDO. (*Con ternura.*)
Y amí tu amor. (*Impaciente.*)
Pero al palacio vamos,
y ni un momento mas nos detengamos.

(*Vanse Clorinardo, Fineo, los cazadores y villanos, y al ir á salir Lisardo y Zóra cambia la decoracion.*)

ESCENA III.

Magnífico salon adornado fantásticamente de mármoles, bronces y ricos cortinages. LISARDO *y* ZÓRA, *que iban á salir, retroceden admirados al medio de la escena.*

LISARDO. (*Sorprendido.*)
¡Cielos...! ¡Cielos...! ¿deliro?

A mi afan sobrepuja cuanto miro.

Salen por un lado cuatro pages ricamente vestidos, y en azafates de plata traen magníficas ropas para Lisardo. Al mismo tiempo, por el lado opuesto salen cuatro damas, con iguales azafates con vestidos y joyas para Zóra. A cada lado se alzan del suelo dos caprichosos tocadores con espejos de metal, y delante de uno visten los pages á Lisardo, y las damas á Zóra delante del otro; retirándose unos y otros respetuosamente por el mismo sitio por donde salieron, y desaparecen los tocadores. Zóra queda como indiferente á todo en el puesto en que la vistieron. Y Lisardo, despues de examinarse á sí mismo, con gran complacencia, vuelve los ojos á Zóra, y corre á abrazarla transportado de alegría.

LISARDO. ¡Qué hermosa estás asi!
¡Qué bien adornan tu lozana frente
el oro y el rubí
con la cándida perla del oriente!
¡Oh cuán gallarda estás
de seda con la ropa rozagante!
¡Y cuánto luçe mas
la nieve de tu seno palpitante!
(*La abraza.*)
Abrázame, mi amor.
Nada iguala las dichas que hoy poseo.
Mi ventura es mayor
que cuanto ambicionaba mi deseo.

ZÓRA. (*Con tierna sencillez.*)
Yo como en el vergel
soy en este palacio venturosa,
pues aqui como en él
logro llamarme tu querida esposa.

LISARDO. (*Despues de abrazarla cariñosamente, y reconociendo dudoso el salon.*)
¿Dónde, Zóra, estarán
los tesoros inmensos y riqueza,
que fundamento dan
á tanta pompa y sin igual grandeza...?

Salen Natalio, viejo, ricamente vestido con una pértiga de plata en la mano, y detras de él, de dos en dos y en buen orden, armenios, persas, indostaneses, árabes, chinos, etíopes, moscovitas, dálmatas y otras figuras fantásticas, que en cofres de oro, en sacos de púrpura, en caprichosas angarillas y palanquines, en grandes bateas, en primorosos pebeteros, y en las manos y en los hombros, traen las diferentes riquezas que se enumeran en la relacion siguiente. Al mismo tiempo salen y se alzan del tablado, en el fondo, elegantes aparadores, donde se vayan colocando con vistoso orden y aparato todos aquellos objetos.

NATALIO. (*Saludando con gravedad y respeto á Lisardo y Zóra.*)
Esclarecido Lisardo,
señor á quien reverencian
por su dueño estos contornos,
por su amparo estas aldeas.
Yo, intendente de tu casa
y colector de tus rentas,

te presento el rendimiento,
que ofrecen lejanas tierras
á tus plantas en tributo,
pábulo de tu opulencia.

(*Van pasando las comparsas presentando lo que traen y haciendo profunda reverencia.*)

El monte Ofir granos de oro,
el mar de oriente sus perlas,
sus pedrerías Golconda,
sus ricos tegidos Persia,
sus perfumes el Arabia,
China matizada seda,
Libia sus rizadas plumas,
vistosas pieles Siberia,
marfil Orisa, Sidonia
púrpura, cristal Venecia,
y cuanto el arte produce,
modifica y hermosea.
Todo esto, señor, es tuyo;
feliz disfrútalo, y sean
eternidades los años
que goces tantas riquezas,
en los brazos de tu esposa,
y en la quietud de esta tierra.

Despues que los comparsas dejan acomodado todo en los aparadores, se forman en ala en el fondo de la escena, y Natalio, haciéndo una profunda reverencia á Lisardo, les hace señal con la pértiga de plata, y vanse de dos en dos: detras de él Lisardo recorre atónito los aparadores, como embriagado de tanta riqueza, y se dirige despues á Zóra, que habrá conservado su sencilla indiferencia.

LISARDO. Bella Zóra, mi bien, qué alta ventura
es para mi ofrecer hoy á tus plantas
la inmensa suma de riquezas tantas
como debido obsequio á tu hermosura.
Con tal tesoro y con tan linda esposa,
¿qué mas puede anhelar el ansia mia?
Mas allá no es posible en la alegría
que en mi saciado corazon rebosa.
¿No estás contenta...? di.

ZÓRA. Siempre á tu lado,
si me quieres, Lisardo, estoy contenta.
Es mi dicha tu amor, ora opulenta,
ora indigente: como plazca al hado.

LISARDO. (*Abrazando á Zóra.*)
Me enagena el placer, Zóra querida.
Mas dicha apetecer fuera demencia,
que en tus brazos gozar y en la opulencia
el breve curso de la humana vida.
¡Ah! venga á contemplar tanta ventura
el mundo todo, y su deidad te aclame.

Venga; y el hombre mas feliz me llame
por dueño de tu amor y tu hermosura.

(Salen Fineo y Clorinardo con cuatro caballeros de los que salieron de cazadores, y todos vestidos de gala.)

FINEO. *(Muy rendido.)*
Ya que estareis descansados,
ó Lisardo, ó linda Zóra,
á obsequiaros y á serviros
nuestra amistad fina torna.

CLORINARDO. Y á contemplar, si permites,
estas riquezas, que adornan
tu magnífico palacio,
y tu ventura coronan.

(Se acerca á los aparadores con los cuatro caballeros.)

LISARDO. *(Obsequioso.)*
Seais entrambos bien venidos
á ver cuánto es venturosa
mi suerte, y como los cielos
hoy de sus dones me colman.

FINEO. *(Acercándose muy rendido á Zóra.)*
¡Oh qué bella resplandece
vuestra noble faz, señora,
sol que ilumina las almas
de cuántos miraros gozan!

ZÓRA. *(Con sencilla indiferencia.)*
Siempre galante, Fineo,
sois en palabras y en obras.

LISARDO. Pero hoy la verdad te dice;
que eres un prodigio, Zóra.

CLORINARDO. *(Repasando con ávidos ojos las riquezas.)*
Ved, amigos, qué portento
de tesoros se amontona
en estos aparadores.
¡Dichoso quien tanto logra!

Clorinardo y los caballeros hablando entre sí, lo mismo que Fineo y Zóra: aquel con vehemencia, y esta sosegada. Y Lisardo, que se habia mostrado muy complacido, queda transtornado oyendo sonar bajo el tablado como siempre la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Es acechada
la belleza.
Es codiciada
la riqueza.

FINEO. De cuantos ricos tesoros,
de cuantas soberbias joyas
en su espacioso recinto
este alcázar atesora,
es el mas resplandeciente,
es la mas encantadora

el de la belleza suma
de vuestras divinas formas;
el de la espresiva gracia
de vuestras acciones todas.
Y venturoso Lisardo...

ZÓRA. Cesen ya vuestras lisonjas.
Con tener ese tesoro,
con poseer tan rica joya,
á los ojos de Lisardo
me tengo por venturosa.
(Siguen hablando entre sí.)

CLORINARDO. *(Siempre recorriendo los aparadores.)*
¡Oh qué envidiable opulencia!
El alma me tiene absorta.
(Sigue hablando con los suyos.)

LISARDO. *(Desde que oyó la voz corre desatentado, ya á escuchar lo que hablan Fineo y Zora, ya á espiar á Clorinardo y à los cuatro caballeros, y convulso y despechado se para á un lado y dice aparte.)*
¡Ah...! ¡Clorinardo...! ¡Fineo!
con su presencia me ahogan;
de uno las dulces palabras,
de otro las miradas torvas,
toda el alma me envenenan,
todo el pecho me destrozan.
...Codician, sí, mis venturas...
Las acechan... Me las roban...
—El corazon me atormentan
tal temor y tal zozobra
siento en mí, tales recelos,
tales ideas se agolpan
en mi acalorada frente,
que en una sima espantosa
de tormentos insufribles
y de infernales congojas
me confundo.—¡Cielos....! ¡cielos!
¿Qué dice Fineo á Zóra...?
¿Clorinardo qué proyectos
dentro de su mente forja?
(Resuelto.)
¡Ah! devórelos la llama
que mi airado pecho brota.
...No tengo espada, no tengo
espada... ¡No...! Mas ¿qué importa?
tengo brazos, y con ellos
y con mi esfuerzo me sobra
para hacer cien mil pedazos
al que intente...
(Conteniéndose.)
¿Dó me arroja
mi furor...? ¡Ah! reprimirme
tal vez me conviene ahora,
que cuando hay que perder mucho

la decision no es tan pronta.
(*Alto y con voz templada.*)
O Clarinardo, ó Fineo,
escuchadme, amigos, ola.

CLORINARDO. (*Acercàndose muy solìcito.*)
¿En qué podemos servirte?

FINEO. (*Acercándose.*)
Dispon de nuestras personas.

LISARDO. (*Turbado.*)
Aun mas descanso quisiera,
que está fatigada Zóra.

FINEO. Al punto nos retiramos;
nuestra imprudencia perdona.

CLORINARDO. Tornaremos cuando gustes,
porque nos anima sola
el ansia de complacerte.

FINEO. (*Mirando à Zora.*)
¡Oh qué muger tan hermosa! (*Vase.*)

CLORINARDO. (*Mirando à los aparadores.*)
¡Oh que envidiable riqueza!
(*Vase con los cuatro caballeros.*)

LISARDO. La rabia mi pecho ahoga.

(*Queda sumergido en honda y sombría meditacion, y Zóra, despues de observarle con afan, corre á él con la mayor ternura.*)

ZÓRA. Mi Lisardo, mi esposo,
mi único bien... ¿qué tienes?
¿A abrazarme no vienes...?
¿Se ha entiviado tu amor?
Turbado, cuidadoso
desque riquezas tantas
contemplas á tus plantas,
te miro con dolor.

LISARDO. (*Agitadìsimo.*)
Aparta, que tu voz de una manera
vibra en mi corazon
que no puedo esplicar aunque quisiera;
y me llena de furia y confusion.

ZÓRA. (*Afligida.*)
Lisardo, consternada
¡oh mísera infelice;
lo que tu labio dice
me ha dejado. ¡Ay de mí!
¿En tu mente agitada
qué feroz pensamiento
reina en este momento,
que te ha mudado así?

LISARDO. Reinan, ó Zóra, en mi confuso pecho
tal zozobra y afan,
que tienen ¡ay! mi corazon deshecho,
y mi alma rota envenenando están.
Tu hermosura y tu amor en mi garganta
son áspero cordel,

y en torno veo entre riqueza tanta,
de engaños y de sustos un tropel.

ZÓRA. (*Con gran ternura.*)
Esplícame, Lisardo,
la pena que te oprime.
Lo que en tí pasa dime.
¡Ay! me muero sinó.
Habla, que ansiosa aguardo,
de tu amargo delirio,
de tu afan y martirio,
ser el consuelo yo.

LISARDO. (*Abatido, aparte.*)
¡Ay...! un lábio tan puro y delicioso
¿podrá, cielos, mentir...?
...Acaso... No: imposible.—¡Qué horroroso
entre duda y recelo es el vivir!
(*Alto.*)
¿Qué te decia tan galan Fineo?
¿De qué, dime, te habló?
Solo el averiguarlo es mi deseo;
dímelo al punto, pues lo exijo yo.

ZÓRA. Yo, Lisardo, gustosa
referírtelo quiero;
rendido y lisonjero
elogió mi beldad.
Me dijo que era diosa
de almas y corazones...
(*Turbada al mirar el semblante de Lisardo.*)
Mas ¿pálido te pones,
y crece tu ansiedad...?

LISARDO. (*Furioso.*)
¡Cielos! ¿Y tù gozosa lo escuchaste...?
¿Y lo osas repetir...?
¿Qué veneno en mi pecho derramaste?
¿En qué sima infernal me vas á hundir?

ZÓRA. (*Con ansiedad.*)
¡Lisardo...! ¿Qué te altera?
¿No eres tú el que querias
de nuestras alegrias
testigo el mundo hacer?
Y ahora de esa manera,
porque me elogia el mundo,
en rencor furibundo
miro tu pecho arder.
Y feroz y celoso
de mi fé pura y santa,
con injusticia tanta
te atreves á dudar.
Vuelve en tí, dulce esposo;
injustos son tus celos,
lo juro por los cielos...
Ven... tórname á abrazar.

Ven, injusto Lisardo,
y á la selva tornemos,
donde tantos estremos
á tu amor merecí.
Pues tiemblo y me acobardo
al mirar tu semblante
inquieto y delirante,
desde que estoy aquí.

LISARDO. (*Que durante la relacion anterior habrá caido en profundo abatimiento, se arroja en brazos de Zóra.*)
¡Ay de mí...! ¡Zóra...! tu divino acento
bálsamo es celestial,
que de mi corazon calma el tormento,
Ven á mi seno, esposa angelical.
¡Ah...! perdona á mi amor puro y ardiente,
ó divina muger,
que en furia se convierte de repente
si teme que tu encanto va á perder.
Sí, estoy seguro de que nadie puede
tu tierno corazon
robarme, porque es bronce, que no cede
al golpe de la inicua seduccion.
Mas otro susto, aunque menor...

ZÓRA. (*Dudosa.*) ¡Lisardo!

LISARDO. Zóra, ¿no viste, di,
la envidia y ansiedad de Glorimardo
al ver estas riquezas que hay aquí?

ZÓRA. ¿Las codicia tal vez...?

LISARDO. Robarlas quiere.
Mas no las robará,...
aunque con esos cómplices viniere,
con los que acaso un plan ha urdido ya.
Mas no tengo, entre tanto como tengo,
una espada... Y tal vez...
(*Resuelto.*)
Mas no importa, que en tanto que la obtengo
me sobran mi denuedo y mi altivez.
(*Recorre inquieto la escena, y Zóra le sigue con la vista.*)

Suena debajo del tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Amparo de la belleza,
defensor de la riqueza
es el poder.
El da al hombre
gloria y nombre,
fama eterna, eterno ser.
(*Lisardo, que oye esta voz, viene al medio de la escena, y queda pensativo.*)

ZÓRA. (*Acercándose á Lisardo.*)
¡Qué nueva inquietud, Lisardo,

noto en tu semblante yo?
¿Qué otro nuevo pensamiento,
agita tu corazon?

LISARDO. Contemplando estaba, Zóra,
que cuando el cielo me dió
de tu beldad el tesoro,
con el inmenso valor
de esas riquezas, dominio
y poder darme debió,
para ser de tí y de aquellas
el amparo y proteccion.
Y porque al cabo ¿qué sirven
del mundo en este rincon
un palacio, esas riquezas,
tanta dicha, tanto amor?
Mi ardorosa fantasía
y mi activo corazon
han menester mas espacio,
y una esfera superior.
Hombres á quienes el cielo
el temple que tengo yo
les concede, necesitan
dar muestras de su valor:
tener mando y poderío,
y un renombre, que en la voz
de la fama, imponga al mundo
respeto y admiracion.

ZÓRA. (*Asustada.*)
¡Lisardo...!

LISARDO. Sí, Zóra mia.
No puedo ocultarlo, no.
Arde en tan activo fuego
mi gigante corazon,
que es estrecho este recinto
para estender su esplosion.
Quiero volar á otro espacio,
y de gloria y nombre en pós
quiero recorrer el mundo;
quiero...

ZÓRA. (*Afligida.*) ¡Desdichada yo!
Abandonar, ó Lisardo,
esta opulenta mansion,
y el delicioso sosiego
que el cielo te concedió;
despreciando estas riquezas,
y mis brazos, y mi amor.
¡Insensato!

LISARDO. Zóra mia,
porque crece la pasion
con que te adoro, deseo
gloria y poderío yo.
Ya á mis ojos esas joyas,

que adornan tu frente, son
vil adorno, aunque tan rico:
quiero dártelo mayor,
del poder y de la gloria
el eterno resplandor,
y el de un nombre esclarecido,
y el de un soberbio blason.
Quiero que atónito el mundo,
al verte diga á una voz,
amante no, reverente,
con mas respeto que amor:
«Esa, esposa es de Lisardo,
del que el orbe dominó;
del que igual no reconoce
en cuánto descubre el sol.»

ZÓRA. Me estremece tu osadía,
me confunde tu ambicion.
La dulce paz de las selvas
tu delirio desdeñó,
y la opulencia tranquila
ya cansa á tu alma feroz.
¡Ay Lisardo!

LISARDO. Amada esposa,
tu encanto, tu tierno amor
son los que me empujan solo
á ansiar el verme mayor.
(*Agitado.*)
Cielos... cielos. Concededme
camino por donde yo
consiga poder y gloria...
Presentadme una ocasion
para que conozca el mundo
dónde alcanza mi valor.
(*Fuera de sí.*)
Todas aquellas riquezas,
que ya despreciables son
á mis ojos, trocaría
por mirarme triunfador
en un campo de batalla,
por ver á mi altiva voz
cien legiones obedientes,
por oir en la aclamacion
de un pueblo entero mi nombre,
llegar al trono del sol.
¿Por qué estas delgadas sedas
templado acero no son...?
¿Por qué estas joyas en armas
no cambia la suerte...? ¡Oh!

ZÓRA. (*Muy afligida.*)
Lisardo, Lisardo mio...
¡Ay, que fuego arde feroz
en tus ojos...! Cuál tu pecho

agitado...
(*Va á abrazarlo.*)

LISARDO. (*Rechazándola fuera de sí.*)
Aparta, no...
Peligros, fatigas, todo...
Hasta crímenes...

ZÓRA. (*Retrocediendo asustada.*)
¡Qué horror!

LISARDO. Logre por cualquier camino
poder y dominio yo.
(*Queda en la mayor agitacion.*)

Suenan á lo lejos trompas y timbales. Se estremece Lisardo, y queda pasmada Zóra. En seguida se oye rumor de pueblo. Corre Lisardo desatentado de un lado á otro, y suenan voces dentro.

VOCES. (*Dentro.*)
Viva nuestro general,
viva el valiente Lisardo.

OTRAS VOCES. (*Dentro.*)
Defendiéndonos gallardo
adquiera nombre inmortal.

ZÓRA. (*Admirada.*)
¡Lisardo...! ¡Cielos!

LISARDO. (*Abrazándola enagenado.*)
Zóra... ¡esposa mia...!

ZÓRA. ¿Escuchas?

LISARDO. Ya escuché... ¡Dichoso dia!

Sale Arbolan ricamente vestido, con seis caballeros armados, y dos pages que en bateas de plata traen, uno una coraza y un casco magníficamente empenachado, y otro un escudo, una espada y un manto, y salen tambien una tropa de guerreros y otra de pueblo.

GUERREROS. Viva nuestro general:
viva el valiente Lisardo.

PUEBLO. Defendiendonos gallardo,
adquiera nombre inmortal.

ARBOLAN. Lisardo generoso,
de tu valor y esfuerzo noticioso,
nuestro gran rey me envia
para en su nombre el mando
darte de sus ejércitos; ansiando
que defiendas su estensa monarquía,
que hoy las falanges bárbaras circundan,
y de sangre y de lágrimas inundan.
Viste la noble malla,
empuña altivo el fulminante acero,
y en reñida batalla
rinde y destroza al enemigo fiero,
que encadenar á nuestra patria intenta,
y que de nuestro rey el nombre afrenta.
(*Empiezan los pages á armar á Lisardo.*)

LISARDO. (*Orgulloso.*)
El mando acepto. Y en mi estrella fio
que pronto la victoria
coronará de gloria
el alto aliento de mi noble brio.

ZÓRA. (*Afligida, queriendo abrazar á Lisardo.*)
¡O Lisardo...! ¡O mi bien!

LISARDO. (*Con desden.*) Déjame, Zóra;
de caricias y amor no es tiempo ahora.
(*Al ceñirle la espada la empuña y dice aparte.*)
¡Cielos...! Tengo una espada,
y la tengo empuñada
con garra de leon.—¡Ah! tiemble el mundo,
pues siento de mi pecho en lo profundo
todo un volcan arder, y de él alzarse
y hasta el cielo lanzarse
alma tan colosal, que una corona
de soles busca en la elevada zona.
(*Ya acabado de armar dice alto y con energía.*)
Valerosos guerreros,
volemos al combate, á la matanza;
un triunfo en cada lanza
miren temblando los contrarios fieros.
La muerte ó la victoria;
ó al sepulcro, ó al templo de la gloria.

(*Le presentan un escudo, se sube en él, y atravesando por debajo de dos lanzas, le alzan cuatro soldados de tierra, y asi sale de la escena.*)

ZÓRA. (*Arrojándose á su encuentro desconsolada.*)
¿Dónde, Lisardo, vas?

LISARDO. Donde me llama
el astro del demonio y de la fama.

(*Vanse. Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la gran plaza de una magnífica ciudad oriental, ocupada como los balcones y azoteas por un pueblo inmenso, en que se vean distintas clases, edades y sexos. Tremolarán banderas de colores en las torres y obeliscos. Se oirán bandas de músicas militares. Sale una tropa de guerreros: detras de ellos trofeos de pendones y armas vencidas, y luego ARBOLAN *con los mismos seis caballeros, que le acompañaban en la última escena del acto anterior. Despues un magnífico carro triunfal, tirado por cuatro reyes bárbaros encadenados, y rodeado de un coro de doncellas, vestidas de blanco, con guirnaldas y pebeteros que echan humo. En el carro sale sentado* LISARDO *con un rico y brillante capacete, coronado de vistosas plumas, y vestido de armas resplandecientes, y encima un manto de púrpura. Detras del carro saldrán guerreros cautivos. La escena estará alumbrada con llama de Bengala. El carro se parará en medio de ella, y en su rededor bailarán las doncellas. Y el pueblo se prosterna ante él. La gruta de Marcolán estará siempre inmutable.*

UN GUERRERO. Viva nuestro general,
el valeroso Lisardo.
UNO DEL PUEBLO. Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.
TODOS. Viva nuestro general.
UNA VOZ. (*Cantando acompañada por la orquesta.*)
Un rayo es su espada
que al bárbaro aterra,
y al Dios de la guerra
causára pavor.
CORO. (*Cantando acompañado por las bandas militares.*)
Viva el vencedor.
VOZ. La patria salvada
por su esfuerzo vemos;
ufanos cantemos
su heróico valor.
CORO. Viva el vencedor.
VOZ. Glorioso su nombre,
que el orbe proclama,
alcance en la fama
eterno loor.
CORO. Viva el vencedor.
VOZ. Y aterre, y asombre,
deshaga y confunda
la saña iracunda
de todo invasor,

CORO. Viva el vencedor.

(*Vuelven á bailar las doncellas un momento, y se pone en movimiento lentamente el carro.*)

UN GUERRERO. Viva nuestro general,
el valeroso Lisardo.

UNO DEL PUEBLO. Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.

TODOS. Viva nuestro general.

(*Sale el carro de la escena, y vanse por un lado y otro, y con la rapidez posible, el pueblo y los coros.*)

ESCENA II.

Se alza por escotillon un magnífico trono, y en él sentados EL REY *y* LA REINA *con manto real y corona. Rápidamente se cambia la escena al mismo tiempo en un salon fantástico y magnífico. Salen por un lado y otro guardias, damas, pages y cortesanos, todos vestidos de gala, y* LISARDO *con la cabeza descubierta, seguido de* ARBOLAN *y de sus seis caballeros.*

REY. Valeroso Lisardo, en quien el mundo
ve arder un sol de gloria sempiterna,
defensor de mi reino y de mi trono,
ven, y á mis brazos, cual mereces, llega.
Ven á que ciñan tus gloriosas sienes
de laurel eternal mi mano regia.
Ven á ser el segundo de mi imperio,
y la joya mayor de mi diadema.

LISARDO. Monarca generoso, cuyo nombre
postrado el mundo atónito respeta,
y á quien espero que mi fuerte lanza
haga dominador de la ancha tierra,
esas palabras que os dignais hablarme
son premio suficiente y recompensa
de mis fatigas todas, y me ensalzan
de la inmortalidad á la alta esfera.
Logre la dicha, sí, de que mi frente
vuestra mano real hoy engrandezca
con el verde laurel. Mas permitidme,
que antes que goze las mercedes vuestras,
las reclame en favor de los valientes,
que con esfuerzo heróico y fortaleza
á lograr la victoria me ayudaron,
y á dar cima feliz á mis empresas.
El valiente Arbolán, y estos valientes,
que hoy ante vuestro solio se presentan,
á mi lado gloriosos combatieron
arrollando las bárbaras enseñas,
y sembrando el asombro y esterminio,
de la patria y de vos en la defensa.
Antes que á mí premiadlos, yo os lo ruego.
Dadles el galardon de sus proezas,

pues sin su esfuerzo y lanzas invencibles,
el término felice de la guerra
no hubiéra, no, tan pronto coronado
nuestro noble valor con gloria eterna.

REY. Con tu esfuerzo, Lisardo generoso,
que compita pretendes tu nobleza.
Ven, y el laurel recibe de mi mano;
y á tu gusto despues corona y premia,
como dispensador de mis mercedes,
á los que han militado en tus banderas.
Tú, testigo ocular de sus hazañas;
tú, ejemplo de su arrojó y fortaleza;
tu, el segundo en mi imperio, eres el solo
que en mi nombre ha de darles recompensa.

LISARDO. (*Aparte.*)
¡Oh inefable placer...! Es imposible
que alcance un hombre superior esfera.
¡Ah...! Todos mis afanes se han cumplido.
No hay mortal mas feliz que yo en la tierra,
(*Al acercarse al trono clava los ojos en la reina y se turba.*)
(*Aparte.*) ¡Cielos...! ¡Qué sol radiante de hermosura!
Merece ser del universo reina.

Llega al trono, hinca las rodillas delante del rey, y este toma un laurel, que le presenta un page en una batea, y corona á Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Lisardo, en el mundo hay mas.
Tú de rodillas estás
delante de este dosel,
y un hombre sentado en él,
que no es cual tú vencedor.
¿Lo sufrirá tu valor?
(*Acaba el rey de coronar á Lisardo, y este se levanta agitado y pensativo.*)

REY. La rodilla doblad tambien, Lisardo,
ante las plantas de mi esposa escelsa,
para que por su mano galardone
el insigne valor que en vos alienta.

LISARDO. (*Aparte, acercándose turbado.*)
¡Oh que prodigio de beldad...! Mi pecho
al ir á contemplarlo tan de cerca
arde y se abrasa... ¡Oh cuánto venturoso
será el mortal que su atencion merezca!

Se hinca de rodillas delante de la reina, y esta se quita una rica banda bordada de oro, y la echa al cuello de Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

¿Esa divina mujer
por qué tuya no ha de ser...!
Piensa el camino en que estás.

Lisardo en el mundo hay mas.

(*Se levanta Lisardo muy agitado, y dice aparte.*)

LISARDO. ¡Yo de rodillas, yo, y otro hombre en tanto
sentado en un dosel...! ¡Y una hermosura,
una celeste angélica criatura
siendo á mis ojos su amoroso encanto!
No sé qué pasa en mi abismado pecho.
Ni la gloria, ni el eco resonante
del popular aplauso, ni el triunfante
laurel me lo han dejado satisfecho.

REY. (*Levantándose de su asiento.*)
¿Qué os suspende, Lisardo...? ansioso espero
que premieis en mi nombre los afanes
de esos esclarecidos capitanes,
y en mayor libertad dejaros quiero.

(*Baja del trono.*)

REINA. (*Con vehemencia, bajando del trono, y acercándose á Lisardo.*)
Modelo de valor y gallardía,
eterna, cual será vuestra alta gloria,
en vuestro pecho reine la memoria
de que esa banda que os ceñís fué mia.

(*Vanse el rey y la reina, y todo el acompañamiento, quedando solos Lisardo, Arbolán y los seis caballeros.*)

LISARDO. (*Aparte.*)
El todo su poder así me deja;
pero no me ha sentado, no, en su trono.
Y de ella... ¡cielos...! el semblante, el tono...
No sé qué afan el corazon me aqueja.
Aun hay mas, y ese mas ha de ser mio.
¿Por qué me he de parar en la carrera
que ofrece la fortuna placentera
al raudo curso de mi ardiente brio?

ARBOLAN. (*Hincando una rodilla, y lo mismo hacen los seis caballeros.*)
Valeroso general,
permítenos que postrados
tus favores señalados...

LISARDO. (*Aparte, mirándolos con complacencia.*)
Puestos así no están mal.

ARBOLAN. Te paguemos...

LISARDO. (*Levantándolos con afectada solicitud.*)
¡Qué locura!
Alzad, amigos leales,
pues somos todos iguales
en la gloria y la ventura.

ARBOLAN. No hay ninguno igual á tí.

LISARDO. (*Aparte.*)
¡Ojalá! (*Alto.*) Todos lo fuimos
cuando en el campo vencimos,
y debemos serlo aqui.

ARBOLAN. Nos honras, que fué tu espada
la sola que consiguió
el mayor triunfo que vió

la tierra. Y es estremada
la bondad con que ante el rey
de elogios hoy nos colmaste
y premios solicitaste...

LISARDO. Muy justos á toda ley.
Y pués que en mi mano está
el repartirlos, pedid,
que vuestro esfuerzo en la lid
galardonado será.

ARBOLAN. Eres generoso y justo;
á tu voluntad dejamos
el premio y nos sujetamos
á lo que fuere tu gusto.

LISARDO. *(A Arbolán.)*
Tú, Senescal has de ser
del imperio, y del tesoro
quinientos marcos de oro
puedes ir á recoger.
(A los caballeros.)
A aquestos seis caballeros,
generales de frontera
los nombro, y tras su bandera
verán doce mil guerreros.
Y dos mil marcos de plata
cada cual ha de tomar.

ARBOLAN. *(Arrojándose con los seis caballeros á los pies de Lisardo.)*
Déjanos tus pies besar.
Tuviéramos alma ingrata
á no demostrar así
que esclavos tuyos nos haces;
y hasta de morir capaces
somos, Lisardo, por tí.

LISARDO. Alzad, amigos, alzad.

ARBOLAN. *(Levantándose.)*
¡Oh qué bondad tan inmensa!

LISARDO. *(Con énfasis.)*
Solo quiero en recompensa
que me jureis amistad.

ARBOLAN. *(Con vehemencia.)*
¡Ojalá llegue ocasion
en que de ella reclameis...!

LISARDO. ¿A todo me ayudareis?

ARBOLAN. *(Resuelto.)*
Nuestros brazos vuestros son.

LISARDO. Está bien.—¿Y los soldados?

ARBOLAN. Os adoran, general.
No reconocen igual
en todos estos estados.

LISARDO. *(Satisfecho.)*
Está bien.—Víveres, oro.
laureles les repartid,
y en mi nombre les decid

que su amor es mi tesoro.

ARBOLAN. Sois su númen tutelar.
confianza en ellos tened,
vuestro apoyo en ellos ved,
que á todo os han de ayudar.
(*Vase con los seis caballeros.*)

LISARDO. (*Despues de meditar un momento.*)
Grándes mis dichas son.
Mucho le debo, mucho, á la fortuna.
Ya solo un escalon
hay para una eminencia cual ninguna.
(*Mira al trono.*)
¿Y no lo he de subir...?
Fuerza, si, para hollarlo hay en mi planta.
¿Quién me lo ha de impedir...?
Aunque es su altura grande, no me espanta.
¡Qué me detengo pues?
(*Se dirige al trono, y se para como asombrado.*)
Ante mi ¡cielos! se alza una barrera...
¡Ay, que mas alta es
de lo que mi delirio presumiera!
¿Pero qué...? ¿yo temblar?
¿Yo como un miserable retrocedo?
No, que allí he de llegar:
allí á de colocarme mi denuedo.
Dadme la muerte hoy,
¡cielos! ó que ese puesto altivo escale.
¿Qué es la altura en que estoy,
si otra mayor encima sobresale?
(*Meditando.*)
Heroico vencedor
me pregonan los labios de la fama...
Por su libertador
un pueblo entero atónito me aclama.
¿Y no podrá tal vez
el público entusiasmo y ardimiento
coronar mi altivez,
dándome hoy mismo ese elevado asiento?
(*Despechado.*)
No quiero otro mortal
ver, de rodillas yo, cual vi sentado
en ese alto sitial.
que ha de ser mio, aunque le pese al hado.
(*Corre hácia el trono resuelto, y se detiene viendo venir á la reina.*)
¡Cielos...! ¿Quién viene allí?
...La reina, hermosa como sol luciente.
Nunca turbado vi
beldad mas seductora y esplendente.
(*Sale la reina.*)

REINA. (*Cariñosa.*)
¿En esta cámara solo
aun estais, noble Lisardo,

y cual vuestra frente muestra
pensativo y agitado?
¿Qué os altera y acongoja,
cuando habeis en lo mas alto
la rueda de la fortuna
con firme planta fijado?
¿Qué inquietud turba los goces
que os deben dar esos lauros,
tan esclarecida gloria,
tan merecidos aplausos?
Si aun hay en el ancho mundo,
valiente guerrero, algo
que escite vuestros deseos,
al punto manifestadlo
sin temor á vuestra reina;
pues si pende de su mano,
al punto tendreis, lo juro,
cuanto apetezcais, Lisardo.

LISARDO. (*Perplejo.*)
Señora... El interés grande
que me muestra vuestro lábio,
mi mas fervoroso anhelo
deja cumplido y colmado.
Que merecer de ese modo
solícito sobresalto
á vuestro pecho es, señora,
una dicha, un bien tal alto,
(*Con vehemencia.*)
que por conseguirlo diera
gloria, laureles, aplausos,
mi sangre, toda mi vida...

REINA. (*Complacida.*)
¿Estais de veras hablando?

LISARDO. Con el alma... ¿Mas qué os turba?

REINA. (*Agitada.*)
Temor, ó noble Lisardo...

LISARDO. (*Apasionado.*)
¿De qué?

REINA. (*Tímida.*)
De que sorprendisteis
de mi pecho los arcanos.

LISARDO. ¡Oh reina!

REINA. ¡Ilustre guerrero!

LISARDO. (*Turbado.*)
¡Señora...! ¿Llegará á tanto
mi dicha...? ¿Tan venturosa
mi suerte...?

REINA. (*Apasionada.*) ¡Quién contemplaros
puede con esa auréola
brillante como los astros,
que vuestra frente circunda,
sin que os rinda..: ¡cielo santo!

¿Por qué la pasion del pecho
no sabe encubrirla el labio?
sin que os rinda... Pero basta;
no puedo mas... no; Lisardo.

LISARDO. (*Arrebatado.*)
Vuestras palabras, ó reina,
sol, diosa, prodigio, encanto,
me hacen mas que hombre; me lanzan
á un cielo, que el de los astros
deja atrás... Desde el momento
que os ví, los ardientes rayos
de vuestros divinos ojos
con tan poderoso encanto
mi corazon y mi mente
encendieron y alumbraron,
que ya no ví en todo el orbe
mas que á vos; á vos, ansiando
solo merecer dichoso
vuestra atencion y cuidado.
Y la victoria, los triunfos,
los laureles, los aplausos,
ya nada para mí fueron,
que eran nada al compararlos
con la dicha de serviros,
con la gloria de agradaros.

REINA. Cielos, ¡qué escucho! ¿merezco
que seais vos...?

LISARDO. (*Arrojándose á sus plantas.*)
Sí... vuestro esclavo
soy, y en serlo venturoso.

REINA. (*Levantandolo.*)
Alzad, mancebo gallardo,
que no está bien á mis plantas
quien debe estar en mis brazos.
—¿Jurais secreto profundo,
impenetrable, de cuanto
mi confianza deposite
en vos...?

LISARDO. ¿Y podeis dudarlo?

REINA. (*Recelosa.*)
¿Y con valeroso esfuerzo,
y con decidido brazo
me ayudareis...?

LISARDO. Hablad pronto,
que en impaciencia me abraso.

REINA. (*Satisfecha.*)
Sí. Lo esperé desde el punto
que os vi, glorioso Lisardo.
Y tan ciega confianza
con el amor en que ardo
me inspirásteis, que resuelta
he venido aquí á buscaros,

porque de vos necesito.

LISARDO. (*Resuelto.*)
Soy vuestro humilde vasallo.

REINA. (*Con énfasis.*)
Sois mas... Y sereis, lo juro,
mucho mas.

LISARDO. (*Enagenado.*) ¡Oh cielo santo!

REINA. (*Agitada y con reserva.*)
Oye. Bajo esta corona,
bajo este soberbio manto,
la muger mas infelice
soy del orbe. Y de tí aguardo
el fin de mis desventuras,
de mis zozobras descanso.

LISARDO. Hablad... ¿Qué tardais, señora?

REINA. Ese trono es mio, Lisardo.
Lo heredé de mis abuelos,
y el rey que viste sentado
en él, es rey solamente
porque yo le dí mi mano.
Y se la dí ¡desdichada!
en mis infantiles años
por políticas razones
sin conocerlo ni amarlo.
Mas paga favor tan grande
detestándome inhumano,
y á mis pueblos oprimiendo,
cual si fuesen sus esclavos.
E incapaz de defenderlos
con valor y de ampararlos,
sin tu denodado esfuerzo,
sin el vigor de tu brazo,
presa mi reino sería,
y víctimas mis vasallos,
de esas huestes furibundas
que huyeron solo al amago
de tu poderosa lanza
y de tu aliento bizarro.
El pueblo y yo, no te asombre,
ansiosos necesitamos
quien nos liberte...

LISARDO. (*Animoso.*) Comprendo.

REINA. Con esfuerzo...

LISARDO. Estoy al cabo.

REINA. Y que ocupar pueda el trono...
Y de mi pecho y mi mano...

LISARDO. (*Con vehemencia.*)
Basta... basta... al punto sea.

REINA. ¿Y tendrás valor...? dí.

LISARDO. (*Resuelto.*) Vamos.

REINA. El ejército te adora,
todo el pueblo entusiasmado

te proclama. Y yo, tu reina,
en amor por tí me abraso.

LISARDO. Eso basta á darme brio
aun para escalar el alto
firmamento... Al punto, al punto.
¿Dó el rey está? ¿Qué tardamos?

REINA. Aguarda, jóven heróico;
pues cuento ya con tu brazo,
vòy á preparar el golpe,
á sosegar el palacio,
á adormecer á las guardias,
á alejar los cortesanos,
y tornaré en busca tuya.
Espérame aqui, Lisardo.

(Vase apresurada.)

LISARDO. *(Fuera de sí.)*
¡Cielos...! ¿Con que ya del solio
me dais el camino franco?
En él sabré colocarme.
Y al ver al mundo postrado,
como escabel de mi planta
sabré vive Dios, hollarlo.

(Sale Zóra.)

ZÓRA. *(Cariñosa.)*
Esposo del alma mia,
mi amor, mi felicidad,
¡ay Dios, con cuánta ansiedad
te he seguido todo el dia!

LISARDO. *(Sorprendido y aparte.)*
¿Zóra aqui...? ¡Oh fatalidad!

ZÓRA. *(Con gran afan y ternura, arrojàndose en brazos de Lisardo.)*
Dame tus brazos, Lisardo.
Ven y descansa en mi pecho,
que gozoso y satisfecho
te encuentra al fin tan gallardo.

LISARDO. *(Aparte abrazàndola confuso.)*
Todo mi plan se ha deshecho.

ZÓRA. Entre turbas populares,
que tu nombre proclamaban,
y guerreros que ensalzaban
tus hazañas singulares
y ardientes vivas te daban;
y al fin en estas mansiones
de reyes y cortesanos,
que te dan á llenas manos
lauros, palmas y blasones,
y timbres y honores vanos,
afanosa te seguí;
sin saber cómo pudieras
horas ver tan lisonjeras,
sin que buscándome á mí
conmigo verlas quisieras.

LISARDO. (*Turbado.*)
¡Oh Zóra!

ZÓRA. Y como hoy lo allana
todo tu nombre, alcanzar
con él pude el penetrar
hasta aqui, do logro ufana
todo mi anhelo encontrar.
Sí, te hallé, querido esposo.
(*Abrazàndolo otra vez.*)
Torna al seno palpitante
de tu Zóra, que anhelante
sin tí no encuentra reposo.
(*Notando la inquietud y desden de Lisardo.*)
¿Mas qué anubla tu semblante?
¿Qué miras en derredor...?
¿Por qué desdeñas los lazos
de mis cariñosos brazos...?
¿Olvidastes ¡ay! mi amor?...
Tengo el alma hecha pedazos.

LISARDO. (*Muy agitado.*)
¡Zóra...! ¡Zóra!

ZÓRA. ¿Qué, cruel...?

LISARDO. (*Perplejo.*)
En esta estancia sería
abrazarte demasía...
¿No miras alli un dosel...?

ZÓRA. (*Apasionadísima y abrazándolo.*)
Solo á tí ve el ansia mia.

LISARDO. (*Separándola con inquietud.*)
¡Zóra...! No es este el momento...
La reina...

ZÓRA. (*Asustada.*) ¡Lisardo mio!
Tú tiemblas... de sudor frio
bañado tu rostro siento...
¿Qué tienes...?

LISARDO. (*Despechado.*) ¡Destino impío!
(*Haciendo esfuerzos por disimular su agitacion.*)
Zóra... ¿Por qué abandonaste
nuestro palacio, y así
á la corte, y hasta aquí
á venir te aventuraste?

ZÓRA. (*Con vehemencia.*)
Vine buscándote á tí.

LISARDO. Está bien... Mas es forzoso
que regreses al instante.
Es en estremo importante
á mi vida, á mi reposo...

ZÓRA. (*Abatida.*)
Lisardo, ¿estás delirante...?
¿A tu reposo, á tu vida
importante puede ser
alejar á esta mujer,

á tí para siempre unida...?

LISARDO. (*Turbadísimo.*)
No me puedes entender.
¡Zóra...!

ZÓRA. (*Desconsolada.*)
Si, te entiendo, si.
Has olvidado mi amor,
y solo estorbo... ¡oh dolor!
es ya Zóra para tí.

LISARDO. (*Conmovido y aparte.*)
¡Cielos...! ¡ah...! ¡qué hermosa es!
(*Alto yendo à abrazarla.*)
No, que mi pecho te adora...
(*Conteniéndose.*)
¡Mas ay...! retírate ahora.
Ya nos veremos despues.
(*Resuelto.*)
Déjame aqui solo, Zóra.

ZÓRA. (*Desconsolada.*)
Si, Lisardo, ya me alejo,
pero tendrás entendido,
amante desconocido,
que para siempre te dejo.
Tengo el corazon partido.
(*Queda á un lado llorando y abatida.*)

LISARDO. (*Aparte, enternecido y contemplándola.*)
¡Zóra...! tàn pura... tan bella...
tan tierna y angelical...
¡Cielos, qué angustia mortal...!

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Lisardo, elige entre ella
y la corona real.

LISARDO. (*Resuelto y aparte.*)
Sacrificarla es preciso,
cueste lo que cueste, sí.
(*Alto.*)
Zóra, al punto sal de aquí,
que es grande tu compromiso,
y en el que me has puesto á mí.
Si me amas, vete... lo ordeno.

ZÓRA. (*Confundida.*)
¡Ay de mi desventurada!
(*Suplicante.*)
Lisardo...

LISARDO. No escucho nada.

ZÓRA. ¡Qué mortífero veneno
das á mi alma desgarrada!
Sé, Lisardo, venturoso.

Y si es precisa mi muerte
para venturoso verte,
ingrato y feroz esposo,
completa será tu suerte.

LISARDO. (*Enternecido.*)
¡Zóra!
(*Desconcertado viendo venir á la reina.*)
Mas la reina aquí
llega apresurada, sí.
(*La ase del brazo, y la arroja fuera de la escena.*)
¡Cielos! ¿y no me confunde
la tierra, ó te traga y hunde...?
Huye, mísera.

ZÓRA. (*Cayendo detrás del bastidor.*)
¡Ay de mi!

(*Queda Lisardo agitado y descompuesto, procurando esconder el sitio por donde arrojó á Zóra, y sale la reina. El teatro se oscurece.*)

REINA. Lisardo.

LISARDO. Señora.

REINA. Todo
nos es favorable.

LISARDO. Vamos.

REINA. ¿Mas que turbacion te agita?

LISARDO. (*Esforzándose.*)
El ánsia de libertaros
de un opresor.

REINA. (*Observándolo.*) ¿Pero tiemblas?

LISARDO. ¿Yo...? no.

REINA. (*Asiéndole del brazo.*)
Sí, tiemblas.—¿Acaso
el valor te falta?

LISARDO. (*Repuesto.*) Nunca.
Pronto estoy á demostrarlo.
Mi inquietud es solamente
ansia de llevar á cabo
tu venganza y la del pueblo.

REINA. Pues ni un momento perdamos.
El rey dormido...

LISARDO. ¡Dormido!

REINA. Dormido. Y es necesario
que en la eternidad despierte.

LISARDO. (*Retrocediendo.*)
Ahora tiemblo y me acobardo.
¿Ha de dar muerte á un dormido
con traidor golpe mi brazo?
Cuerpo á cuerpo mejor fuera.

REINA. ¿Qué pronuncias...? ¡Insensato!
Nunca empresa tal se fia
al capricho del acaso;
que en asegurar el golpe
está la gloria y el lauro.
Ese trono, esta corona,

mi tierno amor y mi mano,
merecen...

LISARDO. Basta; volemos.

Se hunde el trono por el escotillon por donde salió, y se descubre en el espacio que ocupaba una ancha puerta; y dentro al rey dormido en un magnífico lecho de púrpura, á la luz de una lámpara. Todo el teatro estará oscuro, menos la alcoba.

REINA. (*Dándole un puñal, y señalándole al rey.*)
Allí está todo, Lisardo.

(*Lisardo titubea horrorizado. La reina lo empuja, y él se arroja decidido, enarbolando el puñal, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon del trono, y aparecen LISARDO *con manto real y corona*, *y* LA REINA. *La gruta de Marcolán se verá siempre inmutable.*

LISARDO. (*Muy satisfecho.*)
Ya soy rey.
REINA. Sí. Ya tus sienes
ciñe la real diadema,
y la púrpura suprema
como propio ornato tienes.
LISARDO. (*Ufano.*)
Sí, que desde ese dosel,
hace un momento, he mirado
á todo un pueblo postrado
jurarme homenage en él.
REINA. Y homenage el mas sincero,
pues te aclamó soberano
en cuanto te dí mi mano;
como al mas fuerte guerrero,
de defenderlo capaz
y de asegurar sus glorias,
con hazañas y victorias,
de todo invasor audaz.
¿Has visto cuán facilmente
á los hombres se fascina,
y á una nacion se alucina
desde una altura eminente?
Del rey muerto, como ves,
ni un vago recuerdo hay ya;
tranquilo el imperio está,
y prosternado á tus pies.
Nadie, nadie sospechó
que el golpe que allí te ha puesto
fue de tu mano, ó muy presto
si hubo sospecha pasó.
LISARDO. (*Confuso.*)
¿De mi mano...? Sí, lo fue.
REINA. Deja esos recuerdos vanos.
Rendidos los cortesanos
vendrán á besarla.
LISARDO. (*Asustado.*) ¿Qué...?
¿Mi mano...?

REINA. Tu mano, sí.

LISARDO. (*Miràndose horrorizado la mano.*)
Está de sangre manchada.
¿Lo ves...?

REINA. (*Turbada, y reconociendo la mano de Lisardo.*)
No, no tiene nada.

LISARDO. Una mancha tiene aqui.

REINA. ¿Deliras...?

LISARDO. (*Como enagenado.*)
No... No deliro.
Que me juren, está bien.
Que la corona mi sien
ciña... Y aun á mas aspiro.
Pero esconderé la mano,
porque de sangre una gota
la mancha... Si alguien la nota...

REINA. (*Animándolo.*)
Todo tu recelo es vano.
El misterio mas profundo
del rey muerto el fin esconde;
ni cómo acabó, ni en dónde,
lo sabrá jamas el mundo.

LISARDO. (*Receloso.*)
Pero tú y yo lo sabemos.

REINA. Y lo sabremos callar.

LISARDO. (*Repentinamente repuesto.*)
Pues bien, vamos á reinar,
y entrambos á dos callemos.

(*Queda un momento contemplando el trono, y de repente sube à él.*)

REINA. (*Aparte.*)
Si su delirio abandono
perdida me considero.

(*Le sigue con la vista observàndolo de lejos con inquietud.*)

LISARDO. Saborear á solas quiero
todo el placer que da el trono. (*Se sienta.*)
(*Hablando consigo mismo.*)
Solo se sienta aqui un rey.
Aqui soy omnipotente;
aqui el mundo reverente
ve en mi capricho una ley.
¿Quién mi igual se llamará?
...Nadie, nadie... Pues asombre
al orbe entero este hombre,
que en tanta eminencia está.
(*Pónese en pie.*)
Raices hondas juzgo aqui
haber echado mis pies,
pues ya el bajar de aqui es
duro esfuerzo para mí.
No está mas firme la encina
secular en la montaña,
ni el escollo que la saña

del rugiente mar domina.
Mi poder es colosal.
Toda envidia se desarme.
¿Quién puede de aquí arrancarme?

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

De un asesino el puñal.

LISARDO. (*Bajando precipitado del trono, con la mayor agitacion.*)
¡Cielos...! ¿Qué idea de horror
me confunde de repente?
¡Ay, que mi orgullosa frente,
hirió un rayo aterrador!

REINA. (*Asustada acercándose á Lisardo.*)
Lisardo, señor, esposo.
¿Qué accidente repentino
los profundos pensamientos
y los proyectos altivos,
que os ocupaban á solas
en bien del imperio mio,
trastorna de tal manera,
y á vuestra faz roba el brillo?
¿Qué os aqueja...? ¿Qué os asusta?
¿Por qué de repente os miro
tan turbado?

LISARDO. (*Confuso.*) ¿Yo turbado?...
(*Aparte y repuesto.*)
Disimular es preciso,
que descubrir mis temores
mengua fuera de mi brio.
(*Alto.*)
Contemplaba, amada esposa,
el gran peso que el destino
ha colocado en mis hombros,
y las fuerzas que en mí mismo
reunir para sustentarlo
debo con tenaz ahinco.
Y hallo, sí, viven los cielos,
que aun es el aliento mio
tan superior á la carga,
que sobre mis hombros miro,
que estoy dispuesto á que el orbe
me admire como á un prodigio.
Y estoy dispuesto... (*Queda distraido.*)

REINA. (*Asustada.*) ¡Lisardo!
(*Aparte.*)
Me asustan sus desvaríos,
y que sus locos proyectos
le entibien en mi cariño.
Llamar su atencion me importa;

encadenarle es preciso;
si han de tener cumplimiento
mis planes y mis designios.
(Alto y en estremo cariñosa.)
Lisardo... mi amado esposo.
Vuelve en tí. Lisardo mio.
¿Seré tan desventurada,
que de la corona el brillo,
y los cuidados inmensos
que el cielo encargarte quiso,
te hagan entregar ingrato
mi tierno amor al olvido?

LISARDO. *(Vuelve en sí y la echa los brazos.)*
Jamas... A mi seno llega.
Eres mi amor, mi delirio.
(La abraza y dice aparte.)
No sé qué pasa en mi pecho:
ni yo me entiendo á mí mismo.
(Se repara y continúa aparte.)
Esta muger tan hermosa,
que dominó mis sentidos
un momento... ahora... la amo.
Pero en el alma un vacío
me deja... ¡Mi Zóra, cielos...!
¡Oh! ¡Qué soberano hechizo
era para mí!—Esta es reina,
y de mí solo son dignos
de una reina los amores.
La amo, sí... No sé qué digo.
En un mar de confusiones
y de desdichas me abismo.

REINA. *(Que ha estado contemplando á Lisardo con temor é inquietud.)*
Véo, Lisardo, que en tu mente
mil pensamientos distintos
se agolpan, y que te agitan
fantásticos desvaríos.
No es estraño: las diversas
conmociones, que han herido
tu corazon en la altura
do tu estrella y mi cariño
te han colocado, no pueden
tener tu pecho tranquilo.
Sal á caza. El aire libre
respira, Lisardo mio.
Corre esas verdes praderas;
cruza esos parques sombríos
que este palacio circundan,
y tendrá tu mente alivio.

LISARDO. Sí, mientras llega la hora
del régio festin, preciso
es que busque yo en los campos

descanso de mis delirios.
(*Se acerca al bastidor.*)
¡Hola! (*Sale un page.*)

PAGE. Señor.

LISARDO. Mis caballos
y monteros al proviso
se apresten para la caza,
que ir al campo determino.
Y al gran Senescal decidle
que al punto venga á este sitio.

REINA. (*Cuidadosa.*)
¿Con tanta priesa? ¿qué quieres
de Arbolán...? Dí.

LISARDO. Que conmigo
venga á caza. Lo amo tanto,
que es mi consuelo.

REINA. (*Aparte.*) Respiro.
(*Sale Arbolàn.*)

ARBOLAN. (*Hincando una rodilla.*)
A vuestros altos preceptos
siempre obediente y sumiso,
llego ansiosó á vuestras plantas,
solo anhelando serviros.

LISARDO. (*Levantándolo.*)
Alza, Arbolán valeroso,
y llega á los brazos mios.
Te llamo para que á caza
vengas al campo conmigo.

ARBOLAN. (*Dudoso, y mirando á la reina.*)
Señor...

LISARDO. Sí, tu compañía
hoy cual nunca necesito.
Tú eres de cuantos me cercan
el hombre que mas estimo,
por quien amistad mas pura
en mi corazon abrigo.

ARBOLAN. Tantas honras me confunden:
pero me abren el camino
de poder manifestaros
que esa amistad, que benigno
me concedisteis, pagada
está por el pecho mío.

LISARDO. Me gozo en reconocerlo:
¡es el tener un amigo
dón tan grato en esta vida
de zozobras y peligros?
Mas, vamos juntos al campo.

ARBOLAN. (*Turbado.*)
No puedo, señor, seguiros.

REINA. Imposible.

ARBOLAN. En el momento
en que un cambio repentino

de estos reinos en el trono
admirado el mundo ha visto,
para que tengais descanso
que yo vigile es preciso.

LISARDO. (*Mortificado.*)
Esta bien. No me acompañes.
(*Aparte.*)
No sé como me reprimo;
pues al verme contrariado...
Mas reprimirme es preciso.
¿Con qué no lo puedo todo?
¿Con que en el mundo hay motivos,
que aunque fútiles y leves,
obligan á que el rey mismo
su voluntad sacrifique?...
Se confunde el pecho mio.
(*Hacen seña, y se van la reina y Arbolán.*)

ESCENA II.

Al ir á salir LISARDO *se cambia la escena en un bosque intrincado. Decoracion corta. Él queda vestido ricamente de cazador.*

LISARDO. (*Arrimándose al bastidor, como hablando con sus cazadores.*)
Disponed de la caza el aparato
por esos bosques y empinados cerros.
Soltad los gerifaltes y los perros.
Dejadme á solas descansar un rato.
(*Viene à la mitad de la escena.*)
Mientras mis cazadores no reposan,
persiguiendo las fieras y las aves,
quiero dar rienda á pensamientos graves,
que por do quier me siguen y me acosan.
Monarca de un imperio poderoso,
ya me respeta prosternado el mundo,
y me anonado absorto, y me confundo
al ver que en sitio tal no soy dichoso.
No lo soy, no.—Pensé que la corona
de la felicidad todos los bienes
en sí encerraba, y al ceñir mis sienes
nuevos afanes sobre mí amontona.
(*Se sienta muy agitado.*)
Un peso tengo aqui,
(*Pone la mano sobre el corazon.*)
peso que abruma
mi existencia infeliz. Peso de un crímen,
y de que no me libran y redimen
ni sólio, ni poder, ni alteza suma.
Tambien ¡ah! me confunde el pensamiento
de que de una mujer debo á la mano
la corona, y el trono soberano,

en que cercado de pavor me siento.
(*Pausa.*)
¿Por qué no nací rey...? Advenedizo
tal vez con risa de desden me llaman
allá en su corazon los que me aclaman...
...¡Y su aplauso mi orgullo satisfizo!
El mortal ¡ay de mí! mas desdichado
soy, que cobija con su manto el cielo,
corriendo de un anhelo en otro anhelo
á una sima sin fondo despeñado.
(*Pausa.*)
¿Por qué no nací rey...?—Mas si el destino
me negó el que naciera en régia cuna,
armas me dió, y valor y alta fortuna,
que del poder y el trono son camino.
(*Exaltado.*)
Al derecho de sangre el de conquista
substituyan mi espada y la victoria;
y un reino fundaré con alta gloria,
que unido siempre con mi nombre exista.
Sí, aprovechando brazos y riquezas,
de que hoy disponer puede mi albedrío,
ganaré un reino que se llame mio,
y que deba su nombre á mis proezas.

(*Suena una estrepitosa carcajada. Lisardo sorprendido se levanta y mira á todos lados.*)

¡Cielos...! ¿Quién se esconde aqui,
y de mi plan se burló?
¿Quién tan inmediato á mí
osó colocarse...?

Mientras Lisardo dice estos versos, sale por escotillon, enmedio de la escena, una bruja estrafalariamente vestida de negro y encarnado, con una vara en la mano, en que estará enroscada una culebra, y cuyo pomo será una calavera.

BRUJA. Yo.

LISARDO. (*Repara en la bruja, retrocede horrorizado, y luego torna repuesto.*) ¿Y quién, mísera muger,
eres tú...? Dilo, infeliz.

BRUJA. (*Con sarcasmo.*)
Una infelice, que á ver
viene á un hombre muy feliz,

LISARDO. (*Airado.*)
¿Sabes, dí, que tu rey soy...?
Cuenta con tus labios ten.

BRUJA. (*Con desprecio.*)
¿Y sabes que donde estoy
soy yo tu reina tambien?

LISARDO. (*Despreciándola.*)
Noto que eres loca tú.
Y si vienes á pedir
limosna...

BRUJA. (*Atajándolo.*) Por Belzebú

que me haces, necio, reir.
(*Con acento solemne.*
Soy por sobrehumana ley
en todo á tí superior,
pues te engañas si por rey
no reconoces mayor.
Y para que veas lo soy
en muchos grados á tí,
sabe que enterada estoy
de que tu mano...

LISARDO. (*Trastornado.*) ¿Qué oí?
(*Queriendo taparle la boca.*)
Calla, muger infernal.
Calla, calla. Vive Dios...

BRUJA. (*Indiferente.*)
Callaré, pues es igual,
lo que sabemos los dos.
(*Con tono de superioridad.*)
Y para la insensatez
con que juzgaste venir
á tus plantas mi altivez
por limosna, confundir;
cuando á darte mi favor
vine, orgulloso mortal,
y á alejar de tí el rigor
de tu destino fatal,
quiero que veas aqui
que tengo, cual tú dosel,
y corte, que como á tí
me rinda homenage en él.

Da un golpe en el suelo con la vara, y sale detras de ella, por escotillon, un trono, cuyo asiento será un caiman, y su respaldo un murciélago colosal con las alas estendidas, y echando fuego por los ojos. Se sienta en él la bruja, y de un lado y otro salen de debajo del tablado monstruos, diablos, esqueletos y sombras, que la rodean. Lisardo retrocede horrorizado sin volver la espalda. La escena se oscurecerá.

LISARDO. ¡Cielos...! ¡cielos...! ¿Me engañan mis sentidos?
¡Oh, qué fascinacion!
...Mis ojos... mis oidos...
son presa de fantástica ilusion.

BRUJA. (*Con tono feroz y descompuesto.*)
Póstrate, mísero.
Trémulo, pálido,
llega á mis pies.
Sol salutífero
mi rostro escuálido
para tí es.

LISARDO. (*Repuesto y animoso.*)
Si tú del hondo aterrador infierno
Osas la frente alzar,
sirvate de gobierno

que nunca, nunca yo supe temblar.
Que en la grandeza en que me puso el hado,
y mi ardiente ambicion,
miro el orbe postrado,
y nada turbará mi corazon.

BRUJA. (*Indignada.*)
¿Y no ves sangre en tu mano,
y un atroz
crímen, que de noche y dia
es tu verdugo y tirano
mas feroz?
¿Ignoras que la voz mia
publicar
puede, mísero gusano...?

LISARDO. (*Postràndose horrorizado.*)
Basta... basta.—¡Estrella impía!

BRUJA. Ya temblar,
y ante mis plantas te veo.

LISARDO. (*Confundido.*)
Calla... Sí.
O por piedad dadme muerte.

BRUJA. Siempre debe estar el reo
prosternado de esa suerte,
temblando así.
Tu grandeza, tu ambicion
nada son.
Niebla leve, humo fugaz,
en que audaz
quieres asiento
formar de torres, que se lleva el viento.
Obscuro es tu porvenir,
y decir
mucho de él pudiera yo.
...Pero no.
No diré nada:
corre ciego tu suerte desastrada.
(*Pausa.*)
Lástima al cabo me das.
Toma este anillo
pobre, sin brillo,
y con él invisible serás.
(*Tira un anillo á Lisardo.*)
Y de un apuro,
terrible y duro,
por su mágico influjo saldrás.
Vuela á tu corte,
(pueda te importe,)
ese anillo te lleva veloz.
Y tus monteros
y caballeros
una sombra formada á mi voz
igual á tí verán,,

y detras de ella á tu palacio irán.

Desaparece rápidamente por escotillon la bruja con su trono y todo su acompañamiento, y vuelve á iluminarse la escena.

LISARDO. (*Se pone en pie estupefacto, y mira en derredor de sí con ojos asombrados.*)
Todo desapareció.
Fue un engaño de mi mente,
una ilusion solamente
que mi vista alucinó.
Á alzarse torne mi frente.
(*Profundamente conmovido.*)
¿Fué de mi crímen la sombra
que me persigue tenaz?
...¿Es ella sola capaz...?
Si, que me sigue y me asombra
vigilante y pertinaz.
Pero no, no... respiremos.
Vanos delirios, huid;
no mas tras de mí venid;
no mas en locos estremos
mi mente ofuscada hundid.
Todo, si, delirio fué.
(*Asombrado viendo en el suelo el anillo de la bruja.*)
¿Pero qué miro en el suelo?
(*Lo recoge.*)
El anillo... ¡Santo cielo!
¿la sortija misma que
tiró esa vision...? Me hielo.
(*Asombrado.*)
¿Con que ha sido realidad
todo lo que absorto ví...?
Lo ha sido no hay duda, sí.
Lo ha sido, pues es verdad
la prenda que tengo aquí.
(*Confuso.*)
¿Es el hombre, santo cielo,
juguete de otro poder
que no alcanza á comprender?
¡Qué horror da, qué desconsuelo
pensar que así pueda ser!
(*Pausa y queda en profunda meditacion, de la que le saca un ligero rumor, volviendo el rostro adonde se oye.*)
Mas dos de mis cazadores
vienen sin duda á buscarme.
Ahora podré cerciorarme,
sin disfrazar mis temores,
ni esconderme, ni ocultarme,
si es efectivo que puedo
invisible á todos ser,
solamente con poner
esta sortija en mi dedo,

cual dijo aquella mujer.
(*Pónese el anillo.*)
(*Salen dos cazadores, que registrarán toda la escena sin ver á Lisardo.*)

CAZADOR 1.° Te digo que aquí no está.
CAZADOR 2.° Aquí quedó descansando
ha corto rato, mandando
retirarse á todos.
CAZADOR 1.° Va
ya hácia el soto galopando.
CAZADOR 2.° Te has equivocado. Yo,
que aquí está, te digo.
CAZADOR 1.° Pues
que aquí no está, ya lo ves.
CAZADOR 2.° Es cierto que no está, no.
Cosa que me aturde es.
CAZADOR 1.° No dudes, no, que el rey era
el que iba al soto. Marchemos,
no sea que en falta quedemos.
CAZADOR 2.° Al través de esta ladera
pronto al puesto llegaremos.
(*Vanse los cazadores.*)
LISARDO. (*Maravillado.*)
¡Cielos...! ¡cielos...! invisible
me hace este anillo... ¡Oh portento!
Confunde á mi entendimiento
encanto tan increible.
...¿Pero qué duda mi aliento...?
(*Animoso.*)
Si es verdad este prodigio,
¿qué retardo el penetrar,
por medio tan singular,
cuanto mi fama y prestigio
pueden del mundo alcanzar?
Si. Pues hay tan superior
ente que me cuida y guia,
cesen mi afan y agonia,
tiemble el orbe mi valor,
y bese la planta mia. (*Vase.*)

ESCENA III.

El teatro representa la gran plaza en que fue el triunfo de la primera escena del acto segundo, y aparece llena de pueblo, que se reparte en diferentes grupos, como hablando entre sí, y sale LISARDO.

LISARDO. (*A un lado con la sortija en el dedo.*)
De la sortija el encanto,
pues invisible me oculta,
indagar me proporcione
entre esta mezclada turba
lo qué de mí piensa el mundo,
lo que la fama me adula.

A aquel corro de villanos,
que allí se apiña y agrupa,
quiero acercarme, seguro
de que hablan de mí.
(Se acerca á un corro de villanos.)
No hay duda.

VILLANO 1.° Al nuevo rey aun no he visto.

VILLANO 2.° No has perdido mucho. Nunca
vi una cara de vinagre
tan ágria como la suya.

VILLANO 3.° ¿Y desde dónde ha venido
hasta ser nuestro rey, una
persona desconocida...?

LISARDO. *(Aparte.)* ¡Oh, que terrible pregunta!

VILLANO 1.° Qué sé yo... Diz que ha ganado
con valor victorias muchas,
y parece...

VILLANO 3.° ¿Acaso él solo
las gano, ó fué con la ayuda
de nuestros hijos y hermanos?
¡Maldita sea la fortuna!

VILLANO 2.° Siempre el que manda se lleva
el premio de las angustias
y valor de los soldados.

VILLANO 1.° Y á los pobres nos despluma.

VILLANO 3.° Dicen que este á desplumarnos
va, para nuevas trifulcas
y guerras, que mucha sangre,
y sin ventaja ninguna,
nos costarán.

VILLANO 1.° El rey muerto
al menos en paz profunda
nos mantuvo.

VILLANO 2.° Lo que es este,
ya verás cómo nos chupa,
que es un demonio.

VILLANO 1.° ¿De veras?
Pues si tal hace...

VILLANO 3.° ¿Lo dudas...?

VILLANO 1.° Pues si tal hace... veremos
cuanto el hacerlo le dura.

LISARDO. *(Se separa confundido del corro de villanos.)*
¡Cielos! ¿Tal disgusto reina
entre la plebe...? ¿Es en suma
este el entusiasmo ardiente
en que mi poder se funda?
Mas allí varios soldados,
hablando entre sí se juntan.
Ellos, ellos son mi apoyo,
con ellos nada me asusta.
Acercaréme á escucharlos.
(Se acerca á un corro de soldados.)

SOLDADO 1.° Amigos, grandes y muchas
son las mercedes y gracias,
con que el nuevo rey procura
premiarnos.

SOLDADO 2.° No lo agradezco,
que es por conveniencia suya
mostrarse tan generoso.
Pues al cabo su fortuna
Solo en nosotros se apoya;
y nosotros á la altura
lo levantamos del trono.

SOLDADO 1.° Muy dignamente lo ocupa.

SOLDADO 2.° Otros tambien dignamente
pudieran sin duda alguna
y mejor que él ocuparlo.
Que aunque es su arrogancia mucha,
no falta quien en denuedo
y arrojo le sobrepuja.

SOLDADO 1.° En las últimas batallas
fue un portento de bravura.

SOLDADO 2.° ¿Y qué, Arbolán nada hizo?

LISARDO. (*Aparte.*)
¡Arbolán...! ¡Cielos...! disfruta¡
fama tanta!

SOLDADO 2.° Por mi vida,
que lanza como la suya
no enristra nadie en el mundo.

SOLDADO 1.° ¿En eso quién pone duda?

SOLDADO 2.° Y el orgulloso Lisardo...
al fin... es...

SOLDADO 1.° ¿Qué...?

SOLDADO 2.° ¿Lo preguntas...?
Lo diré... un advenedizo.

LISARDO. (*Aparte furioso.*)
¿Esto mi cólera escucha?
Estoy de furor ahogado...
Canalla soez, inmunda.
(*Queriendo arrojarse à ellos.*)
Ahora mismo entre mis brazos...
(*Sintiéndose detenido por una fuerza superior.*)
¿Mas quien detiene mi furia...?
Este misterioso anillo,
que todo mi esfuerzo anula;
pues siento como ligadas
mis manos por fuerza oculta.
(*Pausa.*)
Alli varios caballeros
reunidos estan. Sin duda
hablarán como leales,
y como cumple á su alcurnia.
(*Se acerca à un corro de caballeros.*)

CABALLERO 1.° Malos tiempos nos esperan.

Ni honras, ni haciendas seguras
tendremos... Tiempos fatales,
de transtornos y de angustias.

CABALLERO 2.° Yo no sé cómo la reina
ha dado tan sin cordura
su mano y el trono y cetro
á Lisardo, que es en suma
un aventurero.

LISARDO. (*Aparte, desconcertado.*)
¡Oh rabia!
Los que asi su envidia apuran
son los mismos, que postrados
vi á mis plantas en la jura,
tenerse por venturosos
con solo merecer una
sonrisa mia... ¡Malvados!

CABALLERO 1.° (*Recatándose.*)
Y pues nadie nos escucha,
os diré...

CABALLERO 2.° ¿Qué...?
(*Se reunen todos.*)

CABALLERO 1.° Que sospecho...

LISARDO. (*Aparte, agitado.*)
Sus palabras me atribulan.

CABALLERO 2.° ¿Qué sospechas?

CABALLERO 1.° Que la suerte
del rey difunto, que ocultan
ese misterioso velo
y esa oscuridad profunda,
fue acaso...

CABALLERO 2.° ¿Qué? ¿De la reina...?

CABALLERO 1.° Fue acaso, amigos, alguna
traicion de ese monstruo inicuo,
que el regio dosel usurpa,
que la magestad afrenta,
y que á la nacion abruma.

LISARDO. (*Se retira confundido.*)
¡Basta...! ¡basta...! Yo me ahogo.
Fuego en mis venas circula.
¿Ya se sospecha...? ¿Y se dice...?
Si. Lo he escuchado... No hay duda.
Estoy un volcan hollando,
pronto á reventar. La chusma
habla de mi sin respeto;
la soldadesca me insulta;
y me observa y me persigue
de la nobleza la astucia.
(*Recobrando su energía.*)
Mas no importa: empuño el cetro,
arde mi pecho de furia.
Si hay conjuracion, en sangre
sabré ahogarla antes que cunda.—

En el alcázar entremos,
invisible con la ayuda
de este misterioso anillo,
á ver si allí se conjura.
(*Al ir á salir de la escena cambia la decoracion.*)

ESCENA IV.

Galería interior de palacio. Decoracion corta, y salen LA REINA *y* ARBOLÁN, *hablando entre sí con recato.*

LISARDO.
Hácia aquí la Reina viene
hablando con Arbolán.
Tiemblo en la duda espantosa
de lo que voy á escuchar.
¡Ay, que de hacerse invisible
la anhelada facultad,
es un tormento horroroso,
es un presente infernal.
Mas aprovecharme es fuerza
de ella, que puede importar
á mi vida y á mi nombre.
¡Oh, que terrible ansiedad!
(*Se acerca.*)

REINA.
Tus dudas y tus recelos,
ó generoso Arbolán,
son infundadas é injustos,
si de mí seguro estás.
Sabes que por tí mi pecho
arde mucho tiempo há,
desde los primeros años
de mi tierna mocedad;
y que sentarte en el trono
ha sido siempre mi afan.

LISARDO.
(*Aparte.*)
¡Oh infame!

ARBOLAN.
Pero á Lisardo
miro en él sentado ya,
y por tí solo lo ocupa.

LISARDO.
(*Aparte.*)
¡Cielos...! ¡Qué afrenta!

REINA.
Es verdad.
Me fué preciso valerme
de su ambicion infernal,
como seguro instrumento
con que el primer golpe dar.
Despues no me fué posible
freno poner á su audaz
arrojo, y le dí mi mano
y el trono para lograr
adormecerle un momento,
y ver cumplido mi afan.

LISARDO. (*Aparte, despechado, y haciendo vanos esfuerzos.*)
¡Oh furia de los infiernos!
¡Oh portento de maldad!
Yo te ahogaré entre mis brazos,
y ahora mismo... Pero... ¡Ah!
El encanto de este anillo
no puedo sobrepujar.

ARBOLAN. ¿Mas á Lisardo del trono
cómo se puede arrancar?
¿No conoces su arrogancia...?
¿No su esfuerzo sin igual...?
¿No su altivez y osadia...?
Error grave fué en verdad
dar alas á ese coloso.

LISARDO. (*Aparte.*)
¡Bien me conoce Arbolán!

REINA. Nada temas, que yo sola,
yo se las he de cortar.

ARBOLAN. Ved, señora, que su nombre,
aunque minándolo están
nuestros parciales y amigos,
aun goza prestigio tal
entre el pueblo y los soldados,
que en mucho tiempo quizás
no lograremos en tierra
con ese coloso dar.

REINA. Pues te aseguro que hoy mismo.
hoy mismo en tierra dará.

ARBOLAN. ¿Hoy mismo?

REINA. Sin duda... ¿Tiemblas?
¿Te falta aliento, Arbolán?

ARBOLAN. No tiemblo; pero quisiera
con prudencia asegurar
golpe de tanta importancia.

REINA. Hoy segurísimo está.

ARBOLAN. Advertir que justamente
hoy guardia á palacio da,
con soldados escogidos,
un valiente capitan
que es el mayor partidario
de Lisardo, y el que mas
entusiasmo le profesa.

LISARDO. (*Aparte.*)
Noticia que aprovechar
sabré yo. Nada me asusta,
si tengo seguridad
de que la guardia me siga.
¡Pérfidos! No os temo ya.

ARBOLAN. Desistir por hoy, señora,
de vuestro intento, y dejad
que el tiempo nos proporcione
de ese dragon infernal

triunfo completo y seguro.

REINA. Calla, que insensato estás.
(*Con sigilo.*)
Oye.

LISARDO. (*Aparte, acercándose mas.*)
Oigamos

REINA. Al momento,
y ya no puede tardar,
en que regrese Lisardo
de la caza, empezará
el régio festin, dispuesto
en la cámara real,
donde es segura su muerte.

ARBOLAN. ¿Cómo...? No acierto... ¿Quizás?

REINA. (*Con sigilo.*)
Oye... Escúchame... La copa,
la copa en que ha de brindar
á la gloria de mi reino,
por mí envenenada está.

LISARDO. (*Aparte consternado.*)
¡Cielos...! ¡Qué horror...! ¿Es posible?
¡Oh monstruos de iniquidad!
Mas ¡ay! usan de un veneno,
como yo usé de un puñal.

ARBOLAN. El medio es seguro.

REINA. Nadie
puede este golpe evitar.

LISARDO. (*Aparte, y furioso.*)
Voy á arrojar este anillo,
y á sorprender su maldad.
(*Conteniéndose.*)
Mas no, nada lograría,
que soy tambien criminal,
y solo un rostro sin mancha
logra al crimen aterrar.

ARBOLAN. ¿Con que hoy mismo...?

REINA. Sí, y su muerte
de estos estados la paz,
y el amor que te consagro,
para siempre afirmará.
(*Se oye rumor.*)
Pero él llega; á recibirle
vamos con risueña faz.
(*Vanse.*)

LISARDO. (*Paseándose muy agitado.*)
¿En dónde estoy? Estalla mi cabeza,
va á reventar mi destrozado pecho.
Me engañaron, sin duda, mis oidos.
Una ilusion fue todo del infierno.
...Mi esposa... Aquella Reina esclarecida,
que como un sol en la mitad del cielo
vieron mis ojos en el trono augusto,

y que con suave y seductor acento,
de lágrimas regado el rostro hermoso,
sus penas me contó, y amor tan ciego
en mí supo encender, ¿ es... ¡ ay ! la misma
á quien acabo de escuchar...? Yo tiemblo.
Mas... ! mísero de mí, que en hondo olvido
el crimen do me undió su encanto dejo !
¿ Y por qué he de ser yo mas venturoso
que su primer marido ? Me estremezco.

(*Pausa.*)

¿ Y Arbolán...? ¡Arbolán...! El hombre solo
por quien dulce amistad sintió mi pecho,
en quien deposité mi confianza,
el que colmé de elogios y de premios,
de honores, de riquezas... Aquel mismo
que há corto rato ante mis plantas puesto,
en actitud humilde, reverente,
gratitud me juraba... ¡ Dios eterno !
¿ Asi se finge...? ¿ Asi se disimula?
¿ Se miente asi ?— ¿ Qué es un humilde acento?
¿ Qué es un afable rostro, si la muestra
no son de lo que pasa allá en el pecho?
¡Qué horror! ¡qué horror! ¡Oh detestable mundo!
Yo te maldigo, si, yo te detesto.

(*Pausa.*)

Mas ¿ qué pronuncio sin temblar ? ¡ ay triste !
¿ Lo que yo mismo soy olvidar puedo ?

(*Fuera de sí.*)

Un asesino soy... ¡¡¡ un asesino !!!
¿ Es de los hombres el destino horrendo
el de ser criminales...? ¡ Infelices...!
¡ Misera condicion en que nacemos !

(*Pausa.—Resuelto.*)

Pues á ser criminal. Si en la carrera
tan adelante estoy, el universo
admire en mí un coloso. Poderío
para aterrar á mis contrarios tengo.
Y si es lucha de crimenes la vida,
vivamos, si, vivamos, y luchemos.

(*Paseándose.*)

Caiga mi furia como ardiente rayo]
sobre estos miserables, y deshechos
en ceniza á mis pies, sirvan al punto
á los conspiradores de escarmiento.
Sí. Decidido estoy. Guardo el anillo.
(*Se lo quita, y lo guarda en la escarcela.*)
Que tal cual soy manifestarme quiero,
pues que ya todos piesan que á palacio
del campo regresé con mis monteros.
—Aqui un page se acerca; la noticia
de que es la guardia fiel aprovechemos.
Hola.

(*Sale el page.*)

PAGE. Señor.

LISARDO. El capitan que manda
la guardia de palacio, en el momento
venga á mis pies.

PAGE. Sereis obedecido. (*Vase.*)

LISARDO. Temblarán, yo lo juro, los perversos.
La sangre se helará de los traidores.
De una inicua muger á los derechos
no deveré el reinar, sino tan solo
á mi fortuna y á mi heróico esfuerzo.
Sí. El alto trono que fundar queria,
aqui lo he de fundar. Y estoy dispuesto
á fundarlo tan firme, que con sangre
sabré amasar sus sólidos cimientos.

(*Sale el capitan de la guardia, que hinca una rodilla, y Lisardo lo levanta.*)

Alza y ven á mis brazos, que te esperan,
de valor y lealtad noble modelo.
Sé quién eres; te he visto en las batallas
dando señales de tu heróico esfuerzo,
y yo no olvido nunca á los soldados
que en el campo lidiar con gloria veo.

CAPITAN. ¿A vuestro lado, ó rey el mas cumplido
que en el mundo jamas empuñó el cetro,
quién pudiera en los campos de batalla
no seguir fiel vuestro glorioso ejemplo?
La llama del valor que en vos esplende
se comunica á los vasallos vuestros,
y no hay quien tras de vos no corra ansioso
á buscar gloria en los mayores riesgos.
¿Qué me mandais, señor?

LISARDO. Saber queria
si á todo trance os encontrais dispuesto
á obedecer mi voz.

CAPITAN. ¿Podeis dudarlo,
si os juré por mi rey...? Poned os ruego
á prueba mi lealtad y mi obediencia,
y quedareis de entrambas satisfecho.

LISARDO. Acaso hoy mismo las pondré, y no dudo
que mi apoyo serán, noble guerrero.
¿Sabes, di, que hay traidores?

CAPITAN. No lo ignoro;
mas yo sus tramas pérfidas no temo.

LISARDO. Son muchos.

CAPITAN. Pero mas son los leales.

LISARDO. De temible poder, de nombre escelso.

CAPITAN. Su nombre nada importa; al declararse
traidores lo mancharon y perdieron.
Y corto es el poder de los que apelan
á obscuras tramas y á cobardes medios.

LISARDO. Aterrarlos es fuerza, ante su vista
presentando al instante un escarmiento.

CAPITAN. Caiga el sol mismo desde su alto trono
si osa el sol enojaros y ofenderos.

LISARDO. Basta, que en tu lealtad y bizarría
el mas firme sosten gozoso encuentro.
¿Y los soldados de la guardia?

CAPITAN. Todos
estan por vos á perecer dispuestos.

LISARDO. Que el salon del festin contigo ocupen:
tú te colocarás tras de mi asiento,
y á la menor señal prendes, y matas
á los que yo indicare.

CAPITAN. Entiendo, entiendo.

LISARDO. Ahora pide mercedes.

CAPITAN. Nada pido
por cumplir fiel la obligacion que tengo.

LISARDO. Pues de mi cuenta corre en este dia
á tus servicios dar cumplido premio.
De cuanto hemos hablado en este sitio
guarda, que es importante, hondo secreto.
(*El capitan hace una reverencia y se va.*)
¿Si serán verdaderas sus ofertas,
y esa noble lealtad, y ese denuedo?
¿Si será algun traidor, que finge y miente
de honradez y valor con el aspecto?
¡Ah! Los hombres que mandan á los hombres
debieran penetrar los pensamientos.
Juzgo que este soldado habló de veras,
de buena fé... ¿quién sabe...? Bien, probemos
dónde alcanza el favor de la fortuna
y mi tenacidad... Ni ya otro medio
se me ofrece... Sí... Un golpe decisivo.
El peligro se acerca; urge el momento.
¡Ay, que esto no es vivir! Oh cuán horrible
es aquesta ansiedad en que me veo!
(*Pausa.*)
Mas ya resuena en el salon cercano,
donde el régio festin está dispuésto,
el rumor de la turba cortesana.
Vamos pues al festin, y procuremos
que oculte cuidadoso mi semblante
la espantosa tormenta de mi pecho.
(*Vase.*)

ESCENA V.

Aparece un salon fantástico magnífico, perfectamente iluminado, rodeado de aparadores, donde lucirán riquísimas vagillas, y en medio una gran mesa cubierta de oro, plata, cristal y flores, con seis cubiertos; dos á la testera, delante de regios sillones; dos á la derecha, y otros dos á la izquierda, con taburetes sin respaldo. Salen pages, ricamente vestidos, con platos, copas y viandas. Y cortesanos de gala, que se van colocando á un lado y otro de la escena. En seguida sale LISARDO *por un lado con manto y corona, seguido del* CAPITAN *y de la guardia, que se coloca al frente en el fondo. Y por otro lado sale* LA REINA, *tambien con manto y corona, seguida de damas lujosamente ataviadas. Al entrar los reyes en el salon, todos, menos las guardias y damas, hincan una rodilla, y gritan.*

TODOS. Viva el rey.
LISARDO. (*Aparte.*) ¡Ah! Ya conozco
lo que son vuestros aplausos.
Miedo son... Mas si son miedo,
me suenan bien: (*Alto.*) levantaos.
TODOS. (*Levantándose.*)
Viva el rey.
LISARDO. (*Con afectacion.*) Esos acentos
de lealtad y de entusiasmo
son el colmo de mis dichas,
nobles y fieles vasallos.
(*Aparte.*)
¿Cuántos habrá que traidores
esten mi esterminio ansiando?
(*Alto: A la reina, con énfasis.*)
Llegad, señora. ¡Cuán bella!
Sois el sol en que me abraso.
REINA. En serlo siempre á tus ojos
se cifrarán mis conatos.
LISARDO. (*Aparte.*)
¡Oh aleve...! Una hiena miro
al través del régio manto.
(*Alto, y despues de examinar al concurso.*)
¿Y el Senescal...? No lo veo.
REINA. (*Solícita.*)
La importancia de los cargos
que desempeña, retarda
su venida...
LISARDO. (*Aparte.*) Sobresalto
me da su tardanza... ¡Cielos!
mas fuerza es disimularlo.
(*Alto.*)
No importa, que siempre á tiempo
á mi mesa y á mis brazos
llega guerrero tan noble
y personage tan alto.

Se sienta Lisardo y la reina, y detras de sus sillones se colocan el capitan de la guardia y una dama, y ocupan los otros cuatro asientos de la mesa cuatro per-

sonages ancianos de los que estan entre los cortesanos. Los pages y las damas sirven la mesa, y toca una dulce orquesta tan suave, que deje oir lo que se representa.

REINA. (*Inquieta y aparte.*)
Ni un leve rumor escucho
que me anuncie lo que aguardo,
y temo llegue el instante
si Arbolán no está á mi lado.

LISARDO. (*Aparte.*)
Apresurar quiero el golpe,
aunque siento mucho darlo
sin que Arbolán el primero
de su traicion lleve el pago.
Pues está echada la suerte,
de tanta angustia salgamos
(*Alto.*)
De beber.

(*Llega un page con una salvilla de oro, y en ella una rica copa.*)

REINA. (*Tomando la salvilla de las manos del page.*)
Venga esa copa,
que yo quiero de mi mano
servirla á mi rey y esposo.

LISARDO. (*Con calma.*)
De vos la estaba esperando.
Y para fineza tanta
con toda el alma pagaros,
quiero que bebais primero,
y que antes que yo brindando,
el licor de aquesa copa
torne en néctar vuestro labio.

REINA. (*Turbada.*)
¿Yo... señor...?

LISARDO. (*Poniéndose en pie y con entereza.*)
¿Y qué os asusta?
Bebed pues, que yo lo mando.

(*Agitacion general: la reina titubea, y se oye un lejano rumor.*)

REINA. ¡Cielos...! respiro.

LISARDO. (*Sobresaltado.*) ¿Qué suena?

CAPITAN. Son del pueblo los aplausos.

LISARDO. (*Airado.*)
¿Qué tardais...? Bebed, señora.

REINA. (*Horrorizada tirando la copa.*)
No... Jamas, jamas, Lisardo.

LISARDO. (*Furioso.*)
Guardias, prended á la reina.
Ese vino emponzoñado
está. Prendedla...

REINA. (*Saliendo en medio de la escena.*)
¿Y quién puede
atentar...?

CAPITAN. (*Corriendo á ella.*)
Yo, y mis soldados.

(*Movimiento general de terror y de indignacion. Unos muestran asombro; otros meten mano á las espadas.*)

REINA. ¡Traidores...! Yo soy la reina.
Ved qué haceis.

(*Sale Arbolán con la espada en la mano, seguido de un tropel de pueblo y de soldados.*)

VOCES. Muera Lisardo.

LISARDO. (*En medio de la confusion.*)
¡Guardias...! ¡Traidores...! Seguidme.

ARBOLAN. (*Al capitan y soldados.*)
¿A un regicida, á un tirano
defendeis...? Mirad en sangre
del rey teñidas sus manos.
El lo asesinó, os lo juro.
Valientes, abandonadlo.

CAPITAN. (*Asombrado.*)
¿De veras...? ¡Qué horror...! No demos
á tal monstruo nuestro amparo.
(*Abandona la guardia á Lisardo.*)

LISARDO. ¡Ah cobardes...!

VOCES. Muera, muera.

ARBOLAN. (*Conteniendo à la turba.*)
Muera, pero en un cadalso.

LISARDO. (*Despechado.*)
¡Oh furor...! ¡Oh adversa suerte!
Con el anillo me salvo.

(*Se pone rápidamente la sortija de la bruja, y se hunde por escotillon.—Cae el telon.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa el mismo rústico jardin de la segunda escena del primer acto, pero sin el lecho de Lisardo ni el asiento. La gruta de Marcolán, y él dentro de ella, está siempre inmutable.—Sale LISARDO *por escotillon, con trage humilde y sin la sortija.*

LISARDO. (*Asombrado.*)
¿Adónde, adónde, cielos, me ha traido
el anillo encantado...?
¿Cómo hasta aquí tan rápido he venido?
¿Qué lóbrega region he atravesado?
...Pasmado estoy.
(*Notando que le falta la sortija.*)
Mas ¡ay! la misteriosa
sortija ¿qué se ha hecho...?
...¿Cómo he perdido prenda tan preciosa?
—Entre mis manos mismas se ha deshecho.
(*Reconociéndose la mano.*)
Sí... Desapareció. Y en lugar de ella
en torno de mi dedo
de sangre helada me quedó una huella.
...De asombro respirar apenas puedo.
(*Reconociendo el sitio en que está.*)
¿Mas dónde estoy...? No hay duda, la floresta
donde tan venturoso
me vi en los brazos de mi Zóra, es esta:
donde empecé á vivir y á ser dichoso.
(*Complacido.*)
Aqui descansaré. Y aqui del mundo
de crímenes, tornando
al de placer y amor, el furibundo
rigor de mi destino iré amansando.
(*Pausa, y recorre la escena como para cerciorarse de que es el mismo sitio que dice.*)
Mas ¡ay...! No tan risueña me parece
como la vez primera
esta mansion. Ni plácida me ofrece
aquel encanto que á mi pecho diera.
¿Acaso nunca el hombre la ventura
recupera perdida,
y vano es su afanar cuando procura
felice ser dos veces en la vida...?
No. Sin duda esta selva me parece

lóbrega porque en ella,
como resplandeció, no resplandece
la pura luz de mi divina estrella.
Yo buscaré perdido y anhelante
á mi adorada Zóra,
y tornarán su aliento y su semblante
á hacerme esta mansion encantadora.
(*Va à salir resuelto, y vuelve afligido y turbado.*)
Pero ¡triste de mí...! ¡Zóra...! Yo ingrato
la rechacé orgulloso,
con duro acento, con altivo trato,
desoyendo su ruego doloroso.
¿Y cuándo...? Cuando hermosa y apacible,
angel de paz, venia
de un crimen espantoso, atroz, horrible,
á libertar ¡ay Dios! el alma mia.
(*Profundamente conmovido.*)
¡Zóra...! ¡Zóra...! Vengada estás, mi pecho
es raudal de amargura,
y por las garras del dolor deshecho
implora tu perdon y tu ternura.
¿Y obtendré tu perdon...? Dulce esperanza
de obtenerlo me alienta,
pues no cabe el rencor ni la venganza
en el tierno candor que en tí se ostenta.
¡Ah...! Perdóname, sí, dame consuelo.
Que tú sola en el mundo
puedes sacarme, por favor del cielo,
de este agitado piélago profundo.

Sale y cruza lentamente el teatro un rústico y humilde entierro, compuesto de cuatro doncellas vestidas de blanco con guirnaldas de ciprés. Cuatro villanos con sayos negros, que en unas angarillas llevan á Zóra muerta y vestida cual se presentó en la segunda escena del primer acto, y detras dos hombres enlutados y un viejo enterrador, tambien de luto, y con un azadon al hombro.

LISARDO. (*Sorprendido.*)
¡Oh cielos...! ¿Qué viene allí...?
Un rústico funeral.
Me hiela un sudor mortal.
No sé lo que pasa en mí.
Preguntaré.
(*Se acerca al enterrador.*)
Buen anciano.
¿quién es esa desdichada?

ENTERRADOR. Es Zóra, que abandonada
por un marido inhumano,
y ardiendo siempre en amor,
tras de penosa agonía
murió al despuntar el dia,
víctima de su dolor.

LISARDO. (*Convulso.*)
¿Zóra...?

ENTERRADOR. Sí, Zóra.

LISARDO. (*Fuera de sí, deteniendo el entierro.*)
¡Ah...! Dejad
que sobre el cadáver yerto
este infeliz quede muerto,
y una tumba á entrambos dad.

ENTERRADOR. Retroceded, imprudente.
Alejaos: ¿qué pretendeis?
No el reposo profaneis
de una misera inocente.

LISARDO. (*Furioso.*)
Este cadáver es mio,
miserables.

ENTERRADOR. Insensato.
¿Qué frenético arrebato,
qué furioso desvarío
te obliga...?

LISARDO. (*Acometiendo al féretro.*)
Si, Zóra es mia.
Dádmela, que es mia, si,
ó todos sereis aquí
despojo de mi osadía.

(*Los dos enlutados que defendian el féretro se asustan y retroceden.*)

ENTERRADOR. *Asustado.*)
De su furia me acobardo.

LISARDO. (*Furioso en todo estremo.*)
Dadme, dadme luego á Zóra,
ó la rabia abrasadora
temed del feroz Lisardo.

Al oir este nombre, los cuatro que llevan las angarillas las dejan en el suelo sobrecogidos de terror, y ellos y las doncellas se ponen en fuga.

ENTERRADOR. (*Sobrecogido de espanto.*)
Lisardo es el que miramos.
Si, Lisardo el asesino.
...¿Por dónde á esta tierra vino?
¡Qué horror...? ¡Oh cielos! huyamos.
(*Vase con los dos enlutados.*)

Corre Lisardo frenético. Levanta el velo negro que cubre el cadáver de Zóra; lo saca del féretro, y lo lleva en brazos á un lado del proscenio, haciendo estremos de demente.

LISARDO. (*Agitadísimo.*)
Zóra del alma mia,
Zóra, mi bien, despierta...
Zóra... mi Zóra... ¡Ah! ¡muerta!
¡Helada...! Apenas puedo respirar.
Y yo, yo, ¡estrella impia!
yo te he dado la muerte.
¿Y en mis brazos tenerte

oso, y tu faz marchita contemplar?
(*Reconociéndola y tocándola como dudoso de su muerte.*)
¿Engañoso desmayo
acaso no pudiera,
cual nube pasagera...?
(*Cerciorado.*)
No.—Es un cadáver.—¡Mísero de mi!
(*Alejàndose del cadáver.*)
Cielos, lanzad un rayo,
que mi frente confunda,
que me anonade y hunda,
y que á su lado me sepulte aqui.
(*Acercándose é inclinándose sobre el cadáver.*)
Si pudiera mi aliento,
si mi sangre, mi vida,
si la llama encendida
en mi pecho, do el crimen se asentó,
pasarse en un momento
á esta ceniza fria...
...¡Oh, cuánto ganaria
el mundo, y cuánto ganaria yo...!
(*De rodillas.*)
Con el mundo piadoso
sed, oh Dios; revivida
á costa de mi vida
volvedle esta muger angelical,
este astro luminoso.
Y de mi libertadle,
el espanto quitadle
de este monstruo sangriento y criminal.
(*Delirante, abrazando el cadáver de Zóra.*)
Mi angel, despierta;
álzate, mira,
vive, respira,
oye mi voz.
(*Despechado.*)
¡Ay...! ¡Está muerta!
Y yo la muerte
¡horrenda suerte!
le dí feroz.
Yo me ahogo, mísero
no puedo mas.
Mujer anjélica,
vengada estás.
Ardiente tósigo
me abrasa, sí:
ó tierra, trágame,
trágame aqui.
(*Queda inclinado sobre el cadàver, abrumado de dolor.*)

LISEO. (*Dentro.*)
Lisardo... Lisardo.

LISARDO. (*Aterrado.*) ¿Quién...?

La voz de la eternidad
me ha llamado... ¡O Dios, piedad!
Piedad de un mísero ten.

(*Sale Liseo, y al verlo queda Lisardo confundido.*)

LISEO. (*En tono amenazador.*)
Lisardo, sino contento
con haber dado la muerte
á esa infelice, faltando
al juramento solemne
que aqui en mis manos hiciste,
cebarte furioso quieres
en su mísero cadáver,
y en tu crimen complacerte,
la justicia de los cielos
y la de los hombres teme.
La justicia que reclama
el desconsuelo, que adviertes
con horror en mis mejillas,
y en las sombras de mi frente.
Que el desconsuelo de un padre,
como yo afligido, siempre
en el tribunal eterno
piadosa acogida tiene.

LISARDO. (*Turbado, acercándose à Liseo.*)
¡Señor...! ¿Sois vos?

LISEO. (*Severo.*) Sí, Lisardo.
Soy Liseo. Tiembla al verme.
Soy el que te dió su hija
para que feliz la hicieses.
Mira cuál la devolviste
á su paternal albergue.

LISARDO. (*Confuso.*)
Señor... Sois el primer hombre,
que... turbado... reverente...
...temblando escucho.

LISEO. Lisardo,
no soy yo quien tanto puede.
Es el espectro espantoso,
que delante miras siempre;
y son los remordimientos
de los crímenes que hierven
en tu corazon.

LISARDO. (*Desconsolado y suplicante.*)
¡Oh padre...!

LISEO. (*Retrocediendo.*)
Quita, monstruo... ¿Qué pretendes?

LISARDO. Yo... Mi Zóra...

LISEO. ¿Zóra tuya...?
Zóra es solo de la muerte:
Zóra de la tierra es solo,
y yo solo soy quien debe
darle el último descanso.

Aléjate.—Aqui no eres
mas que una espantosa hiena,
un buitre voraz, que viene
á destrozar un cadáver.
Déjalo en paz. Huye, vete.
(*Va cerca del cadáver y se pone en actitud de defenderlo.*)

LISARDO. (*Conmovido.*) No... no. Mi esposa fue Zóra,
y sino logro la muerte,
que es lo que anhelo, á su lado,
para que ambos nos encierre
un mismo sepulcro, quiero
dársela como merece.
(*Recobrando su altanería.*)
Mi magnífico palacio,
que domina estos vergeles,
recíbala en sus salones;
y en ellos mi esposa encuentre
el soberbio mausoleo,
que á sus cenizas conviene.
Todas mis riquezas, todas
en su sepulcro se ostenten;
y de que fue esposa mia
en el mundo se conserve
el recuerdo, en oro y marmol
consignado para siempre.

LISEO. ¡Insensato...! ¿Tus riquezas...?
...¿Tu palacio...? Estás demente.
¿Ignoras que de bandidos
una codiciosa hueste
ha robado tus tesoros;
y que ha incendiado inclemente
tu magnífico palacio?
Corre á verlo. Nada tienes.
Tus riquezas y tu alcázar
son vil ceniza, humo leve.

Lisardo sobrecogido vuelve el rostro al fondo de la escena, y abriéndose y apartándose de repente los árboles, dejan ver á lo lejos el palacio ardiendo, y queda todo iluminado con el rojo resplandor del incendio.

LISARDO. (*Corriendo hácia el fondo.*)
¿Qué es lo que miro...? ¡Infelice!
¡Ah...! mis fuerzas desfallecen.
(*Cae al suelo privado de sentido.*)

Liseo hace una seña, y salen los cuatro villanos con sayos negros, colocan apresuradamente el cadáver de Zóra en las angarillas, y con ellas se van todos, dejando solo y tendido en tierra á Lisardo. Se vuelven á unir los árboles del fondo, ocultando el incendio, y queda la escena en la mayor oscuridad.

LISARDO. (*Volviendo en sí.*)
¡Infeliz...! ¡infeliz...! ¡Ay...! ¿Y aun repiro?
¿para qué torno á la angustiosa vida?
¿En dónde un rayo de consuelo miro?

¡Ah! toda mi esperanza está perdida.
(*Se levanta del suelo.*)
Sí, toda mi esperanza
se la ha llevado el viento.
(*Recobrando gradualmente su energía.*)
¿Y quedará Lisardo sin venganza,
tendido en este potro de tormento?
Yo, yo, dominador de la ancha tierra,
yo, rayo de la guerra,
¿he de morir en este valle oscuro
como el mas vil mortal, como un gusano;
y reirá el orbe ufano
de mi furor juzgándose seguro?
(*Despechado.*)
Desplómate rasgado en roncos truenos,
cielo, sobre mi frente,
ó trágame inclemente,
tierra de horror, en tus oscuros senos.
¿Yo desde el regio trono
en la miseria hundido,
y por traidores pérfidos vendido,
y de una vil muger por el encono?
¿Y cuando en mis riquezas
nuevo apoyo busqué, para que el mundo
admirando de nuevo mis proezas
otra vez lleno de terror profundo
se humillara á mis plantas,
tras desventuras tantas
hallo ceniza y humo,
y en furor impotente me consumo?
(*Pausa.*)
Mas nada, nada importa
cuanto perdí, que aun quedo yo. Y aun siento
el colosal aliento
que mi indomable corazon aborta.
Si el cielo me ayudara... ¿Mas qué dice
mi necio labio...? El cielo me maldice.
Pues bien. mi ayuda sea
el infernal poder. Oiga mi ruego:
deme su auxilio, y luego
asombrado verá cuán bien lo emplea.

Se oye un espantoso trueno subterráneo, y sale por escotillon el demonio vestido de bandolero, pero con algunas señales que manifiestan quién es. En el momento de aparecer se verá un gran relámpago que alumbre toda la escena, volviendo luego á quedar en tinieblas.

DEMONIO. (*Con voz áspera.*)
¿Qué del infierno quieres?
El á satisfacer tu afan me envia.

LISARDO. (*Asombrado.*)
¡Oh que espanto...! ¿Quién eres?

DEMONIO. No la presencia mia
te turbe, pues poder para ayudarte,
Lisardo altivo, tengo; y para darte
los medios con que alcanza
un hombre de tu temple la venganza.

LISARDO. (*Reanimado y con ansiedad.*)
Dame armas y pendones,
guerreros escuadrones,
que mis contrarios aterrados vean,
y que del orbe el esterminio sean.

El demonio da una patada en el suelo, y de los troncos de los árboles, de los riscos, y de debajo de tierra salen bandoleros de aspecto feroz y torvo, vestidos de pieles de fieras, con cascos de hierro, y con cimitarras, lanzas, arcos y flechas. Lisardo los mira con asombro y admiracion.

DEMONIO. Hélos aqui presentes,
y aunque los juzgues pocos, tan valientes
que escederán en mucho tus deseos,
poblando el ancho mundo de trofeos.

LISARDO. ¡Oh, qué estraño portento!
Nacen escuadras á mi solo aliento.
(*Se reconoce, y ve que no tiene espada.*)
¿Pero yo desarmado?

DEMONIO. (*Dándole una espada.*)
Este estoque te trage preparado,
guadaña de la muerte,
y prenda digna de tu brazo fuerte.
Con él á la cabeza
ponte de estos valientes bandoleros,
que bandoleros son, mas no te asombre,
pues no serás, Lisardo, el primer hombre
de arrojo y fortaleza,
que al frente de bandidos ha logrado
un imperio rendir, un elevado
trono fundar, y ver postrado al mundo
besar su planta con terror profundo.

LISARDO. (*Entusiasmado.*)
Sí: cuando empuño una tajante espada
y de valientes circundar me veo,
ser ya señor del universo creo,
y contemplo la tierra encadenada.

DEMONIO. Emprende tus campañas.
Que al renombre inmortal de tus hazañas,
obedientes muy pronto á tus pendones,
traerá nuevos y fuertes escuadrones
y poderosas lanzas,
que satisfechas dejen tus venganzas.
Y porque no tan solo con despojos
de fresca sangre rojos
premies á los soldados,
que sigan tus banderas esforzados,

quiero mostrarte ahora
las riquezas ocultas que atesora
este bosque sombrío:
Por aqui de oro puro pasa un rio.
Míralo por las señas
que te dan estos troncos y estas breñas.
(*Toca varios troncos y piedras, y se convierten en oro resplandeciente.*)
Todo es tuyo, Lisardo.

LISARDO. (*Reconociendo admirado aquella riqueza.*)
¡Portento sin igual...! ¿Y ya qué aguardo?
(*Dirigiéndose á los bandoleros, que estarán apiñados á un lado.*)
O valientes, volemos,
y al mundo leyes y cadenas demos.
Campiñas y ciudades
se conviertan en yermas soledades,
y abriendo á sangre y fuego ancho camino,
las leyes trastornemos del destino,
por él ciegos corramos,
sembrando horror y muerte. Vamos, vamos.

Se arroja decidido Lisardo al frente de los bandoleros hácia el fondo de la escena, donde se levanta de pronto delante de él, atajándole el paso, una muralla de bronce: y baja de las bambalinas, y se pone de pie sobre la muralla, un ángel mancebo, con una ropa flotante de tela de plata, alas estendidas de plumas de colores, y con dos espadas de fuego, una en cada mano. Al mismo tiempo arde arriba una llama de Bengala que lo ilumina todo. Lisardo retrocede horrorizado, y lo mismo el demonio y los bandoleros, agrupándose todos á un lado del proscenio sin osar mirar al ángel.

ANGEL. Confúndete, miserable.
Tente, mortal infeliz:
tu furia y la del infierno
pasar no pueden de aqui.

LISARDO. (*Aterrado.*)
¡Ah...! ¿Qué es esto...? ¿Qué alto muro
se alza mi paso á impedir!
¿Qué luz deslumbra mis ojos...?
¿Qué voz tronadora oí...!
(*Abrazándose al demonio.*)
Dame tu amparo...

DEMONIO. (*Cobarde y despechado.*)
No puedo
contigo adelante ir,
que es la voluntad divina
el muro que ves ahi;
y traspasarlo no pueden
ni mi audacia, ni mi ardid,
ni todo el infierno junto
derribarlo... ¡Pese á mi!
(*Se hunde el demonio y los bandoleros, y se queda Lisardo sin espada.*)

ANGEL. La medida se ha llenado.

Decretado está tu fin.

(*Se remonta el angel y desaparece, y se apaga la llama de Bengala, quedando enteramente oscura la escena.*)

LISARDO. (*Medio derribado en tierra.*)
¡Ay de mi desdichado!
¡Qué horror!
Siento mi pecho helado
de terror.
¡Ay...! Mi soberbio brio
¿dónde está?
El alto esfuerzo mio
nada es ya.

VOCES. (*Dentro á lo lejos.*)
Por aqui, por aqui.

OTRAS VOCES. (*Dentro mas cerca.*)
Vamos, marchemos.

ARBOLAN. (*Dentro.*)
Si aqui el traidor se oculta,
y lo espeso del bosque dificulta
que con él encontremos,
al fuego abrasador la selva demos.

LISARDO. (*Levantándose presuroso.*)
Alli ¡oh furor! mis enemigos vienen,
y del vil Arbolán la voz escucho.
...Con nuevas ansias lucho...
...Aun miedo á mi poder cobardes tienen.
Y tienen bien... (*Reanimado.*)
porque mi faz airada
sabrá aterrarlos y mi ardiente espada.
(*Va á meter mano, y se encuentra sin espada.*)
Mas ¿dónde... ¡cielo santo!
mi espada está...? ¿Quién pudo
quitármela...? (*Horrorizado.*) ¿Lo dudo...?
El infierno... ¡qué espanto...!
pues prenda suya era.

VOCES. (*Dentro cerca.*)
Alli está el asesino.

OTRAS VOCES. Muera, muera.

LISARDO. (*Aterrorizado.*)
Huyamos, si un camino
aun me guarda piadoso mi destino.
(*Corre hácia el muro y vuelve atrás despechado.*)
No le hay... solo la muerte
Cúmplase pronto mi tremenda suerte.

Salen en confuso tropel soldados, villanos y caballeros de los que ya se han visto en la plaza y en el palacio, todos con espada ó lanza, ó hacha de armas en la mano derecha, y en la izquierda una antorcha encendida. Se esparcen feroces por la escena rodeando á Lisardo. Detras de ellos sale Arbolán con corona de oro sobre el morrion, manto real sobre la armadura y la espada en la mano, y le rodean cuatro guardias con alabardas.

UNOS. (*Al salir.*) Aqui está el regicida.

OTROS. (*Idem.*) Aqui está el asesino.

LISARDO. (*Al ver venir á Arbolán.*)
Mi manto y mi corona
en quién ¡oh cielos! miro.
¡Ay! de mi pecho es este
el mas atroz martirio.

ARBOLAN. (*Conteniendo á los suyos.*)
No le mateis. Prendedle,
porque no debe, amigos,
morir á honradas manos,
cual noble, en este sitio;
sino á las del verdugo
en infame suplicio.
(*Todos se contienen, y llega à Lisardo.*)
Humillate á mis plantas;
confúndete, asesino.

LISARDO. (*Con altivez.*)
Mátame.—¿Qué te asusta?
Pasa este pecho mio,
pues me encuentras sin armas
por tu feliz destino.
Que si espada tuviera,
te juro por mi mismo
que tú y estos cobardes
que me insultan altivos,
huyérais de mi saña,
pidiendo á Dios auxilio.

ARBOLAN. (*Orgulloso.*)
Rindete, miserable,
que soy tu rey.

LISARDO. (*Con desprecio.*) ¡Inicuo!
jamas... Un vil aleve
solamente en ti miro,
y en esta infame turba
rebeldes siervos mios.

TODOS. (*Agitándose en torno.*)
Muera.

ARBOLAN. (*Conteniéndolos.*)
No.—Sujetadle,
y al cercano castillo,
cargado de prisiones
al punto conducidlo.
Allí en un calabozo
confúndase su brio
el plazo de esta noche;
pues al momento mismo
que el nuevo sol alumbre,
en infame suplicio
perecerá, del mundo
y del cielo maldito.

(*Luchan un instante con Lisardo y lo sujetan y sacan de la escena, y con él se van rápidamente todos y Arbolán.*)

ESCENA II.

Decoracion corta que representa una oscura prision con dos fuertes rejas, una á la derecha, y otra á la izquierda. Es de noche. Sale Lisardo cargado de cadenas, pero puestas de modo que no le impidan el andar, ni la accion de los brazos.

LISARDO. ¿Es verdad...? ¿Lisardo soy,
el que no cupo en la tierra?
¿Este calabozo encierra
todas mis grandezas hoy?
¿Es cierto que atado estoy,
y con hierros mi furor
sujeto, por el temor
con que ve cobarde el mundo
mi denuedo sin segundo
y mi indomable valor...?
Es verdad, no hay duda, si.
Cobardes, viles, traidores
ahora sacian sus rencores
á mansalva sobre mí.
Pero sepan que aun aqui,
de cadenas abrumado
y de estos muros cercado,
arder en mi pecho siento
aquel volcánico aliento,
que el orbe admiró postrado.
Arde. Y si el cielo me diera
estos hierros quebrantar,
estos muros derribar,
y volver á mi carrera,
leccion saludable fuera
mi estancia en esta prision;
Si saludable leccion,
que me dice: del dominio
la sangre y el esterminio
las firmes columnas son.
La sangre de los traidores,
el esterminio total
de todo osado rival,
son sus cimientos mejores.
Si lograran mis furores,
si mi sañuda altivez
de esta torre la estrechez
burlar... ¡ah...! por vida mia,
que el mundo no me veria,
cual estoy, segunda vez.
(*Se pasea y se oye à lo lejos rumor de música militar, y prosigue animoso.*)
¿Y qué, me cierra el destino
con brazo terrible y fuerte,
en tan angustiosa suerte,

de la esperanza el camino...?
Rumor de tropa imagino
hácia este lado sonar;
aun me pudiera ayudar,
recordando la alta gloria
de tanta insigne victoria
como yo le supe dar.

(*Se acerca á una de las rejas por donde se ve el resplandor de las hachas de viento.*)

Son ¡ah! mis soldados, si,
los que glorioso mandé,
los que de lauro colmé,
los que un Dios vieron en mí.
(*Con voz alta hablando por la reja.*)
Valientes, miradme aqui.
La traicion, la envidia fiera
me tienen de esta manera.
que vuestro esfuerzo leal
salve á vuestro general.
Soy Lisardo.

VOCES. (*Dentro.*) Muera, muera.

Lisardo se retira precipitado de la ventana con muestras de despecho.

LISARDO. ¡Oh desengaño cruel!
¡Oh terrible confusion!
Me aprietan el corazon
como un áspero cordel.
¿Qué se ha hecho, cielos, aquel
entusiasmado ardimiento,
que daba mi nombre al viento
cual del númen de la guerra,
y que por rey de la tierra
me dió en el dosel asiento?
(*Se oye á lo lejos rumor de pueblo.*)
Mas del pueblo en la memoria
mas firme estará grabado,
que mi esfuerzo denodado
le dió libertad y gloria;
que ganando una victoria
lo liberté del furor
del bárbaro destructor.
Pues bien, al pueblo apelemos,
ya que en los soldados vemos
tanto olvido y tal rencor.

(*Se acerca á la otra reja, por la que tambien se advierte el resplandor de luces.*)

Sí... La plaza toda llena.
Quiero hablarle. Oiga mi voz.
(*En voz alta hablando por la reja.*)
Pueblo: ved mi suerte atroz.
La envidia aqui me encadena,
y ella sola me condena.

Yo sacrifiqué mi vida
por vuestro bien. Defendida.
la patria ha sido por mí.
Sacadme, oh pueblo, de aqui.

VOCES. (*Dentro.*)
Muera, muera el regicida.

LISARDO. (*Volviendo aterrado al medio de la escena.*)
¡Oh qué horror! Qué ansia mortal?
...¿De quién ¡ah! de quién me quejo?
¿Asi en el olvido dejo
que soy atroz criminal?
...¡Oh, qué recuerdo fatal!
(*Despechado.*)
Mas por ventura ¿mejores
son los aleves traidores
que mi muerte han decretado,
trayéndome al duro estado
de blanco de sus furores?
¡Ay! sin venganza morir
es lo que me aflige mas.
Si consiguiera quizás
de nuevo al mundo salir,
¿quién pudiera resistir,
quién mi encono vengador?
¡Con qué gozo de furor;
con qué furiosa alegría
en sangre lo inundaría
y lo hundiera en el terror!
Si hay algun hombre ambicioso,
que saciada quiera ver
su ambicion, venga á romper
mi carcel, será dichoso.
Protéjame poderoso,
verá lo que por él hago.
Le fundaré sobre un lago
de sangre, un imperio, sí.

Sale rápidamente por escotillon el espectro del rey con manto y corona, y mostrándole el pecho herido y brotando sangre.

REY. Traidor, yo te protejí
y me distes este pago.
(*Húndese.*)

LISARDO. (*Pasmado de terror.*)
¿Qué han visto mis ojos...? ¡Ah...?
¡Qué vision tan espantable!
—Y yo ¡cuán abominable
me miro y contemplo ya!
—Justa es la suerte que está
amenazando mi frente.
Mas ¡ay! me hizo delincuente
el mundo fascinador;

que aunque nací con valor,
nací tambien inocente.
¡Oh ambicion...! ¡Oh poderio!
¿Quién con vos no es criminal?
...Os detesto, odio mortal
os jura este pecho mio.
Si de mi destino impío
el rigor burlar pudiera,
¡cuán distinta vida hiciera...!
Buscara lejos del mundo
paz y reposo profundo;
el campo mi asilo fuera.
(*Enternecido.*)
El campo... ¡Qué venturoso
en él ¡ay cielos! me vi...!
Al campo volviera, sí,
y á su tranquilo reposo.—
—Tierna Zóra, dueño hermoso,
¡qué feliz en él me hiciste!
Sé el amparo de este triste.
Ven mis hierros á romper.

Sale por otro escotillon el espectro de Zóra, tal cual estaba su cadáver.

ZÓRA. (*Con voz sepulcral.*)
Feliz yo te quise hacer;
la muerte en pago me diste.
(*Húndese.*)

LISARDO. (*Trémulo y aterrado.*)
¡Ay de mi desventurado!
¿Esto he visto, y vivo estoy?
Me encuentro por do quier hoy
de crímenes rodeado.
(*Muy afligido y mirando al fondo.*)
Mira por mi, padre amado.
De este mundo de maldad
vuélveme á la soledad
del escollo en que nací:
torne á verme junto á ti,
ten de Lisardo piedad.

Aparece en medio del muro de la prision que cierra el fondo, un cuadro grande transparente, en que se ve con toda exactitud la decoracion de la primera escena del acto primero, esto es, la montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar y á la derecha del espectador la gruta de Marcolán, dentro de la cual se verá distintamente solo un esqueleto. Lisardo lo contempla un momento estupefacto, retrocede, y el cuadro desaparece.

LISARDO. (*En la última desesperacion.*)
La furia veo patente
con que el cielo inexorable
su maldicion espantable
desploma sobre mi frente.

¡Oh, qué tormento inclemente
es aqueste afan interno...!
...¿Qué me espera, Dios eterno...!
¿Qué me aguarda, hado cruel?

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

El patibulo, y tras de él
la eternidad del infierno.

Se descubre todo el fondo del teatro, y aparece una gran horca, con cordeles y escalera pintada de negro, que estará aislada, y detras á alguna distancia se verá un mar de fuego, que llena todo el frente y se agita en todas direcciones, viéndose cruzar por él figuras negras y movibles de demonios, serpientes y monstruos espantosos. La escena se alumbrará toda con la luz roja de las llamas.—Lisardo contempla un momento aterrado tan espantosa vision, y corre de un lado á otro, haciendo estremos, y va á caer desmayado en el sitio en que estaba su lecho en el primer acto.

LISARDO. (*Cayendo desmayado.*)
¡Qué horror...! ¡Qué horror...! ¡Ay de mi...!

MARCOLAN. (*Dentro de su gruta mirando al reloj de arena.*)
El conjuro está cumplido.
Vuelva á gozar el dormido
de paz y reposo aqui.

Cruzan el teatro en todas direcciones, y como al fin de la primera escena del primer acto, las mismas ligeras gasas transparentes, con figuras vagas y fantásticas, y se reunen como entonces en el fondo y delante de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo oculta todo. Verificado esto, cierra el libro Marcolán, se levanta gravemente, toma su vara de oro, y sale magestuosamente de la gruta mirando á todos lados.

MARCOLAN. (*En tono solemne.*)
Espiritus celestes é infernales;
genios del bien y el mal que los destinos
por ocultos caminos
dirigis de los míseros mortales;
pues que ya obedecisteis mi conjuro,
alejaos de este escollo en el momento,
y á la region del viento
tornad, ó de la tierra al centro oscuro.
(*Agita la vara en derredor.*)

Se alza rápidamente la niebla, y aparece la misma decoracion con que empezó el drama, con la diferencia de que el mar estará tranquilo. Y detras de él y de la montaña de peñascos se verá un cielo que represente un risueño amanecer.—El tosco lecho se verá en el mismo sitio, y en él Lisardo dormido, vestido de pieles, como apareció la primera vez.

LISARDO. (*Inquieto y aun soñando.*)
¡Ay de mi...! basta... ¡qué horror!

MARCOLAN. (*Contemplándole con compasion.*)
¡Desdichado!—Aun el ensueño

es de sus sentidos dueño.
Termine ya su rigor.
(*Estiende sobre el la vara, y dice en voz alta.*)
Deja, Lisardo, el reposo,
que ya en el risueño oriente
la aurora resplandeciente
anuncia un sol venturoso.
Despierta, despierta, pues.
(*Le toca con la vara y se retira á un lado.*)

LISARDO. (*Despierta, mira atónito á todos lados, se levanta, y corre á los brazos de su padre.*)
¡En dónde, ó cielos estoy...?
¡Oh, qué venturoso soy!
Mi amado padre aquel es.
¡Padre!

MARCOLAN. (*Con gran ternura.*)
¡Hijo mio! ¿Has pasado
bien la noche?

LISARDO. (*Avatidísimo.*) ¡Padre...! ¡Oh!
¡Qué infeliz he sido yo!
Tengo el pecho destrozado.

MARCOLAN. ¿Mas para ir al mundo estás
dispuesto cual te ofrecí?
Hoy me dejarás aqui...

LISARDO. (*Abrazando estrechamente á su padre con gran vehemencia y la mayor espresion de terror.*)
No, padre mio, jamas.

(*Marcolán alza la cabeza y las manos al cielo como para darle gracias, y cae el telon.*)

Sevilla, 1842.

FIN DEL DRAMA.

INDICE

DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO IV.

Además de estas obras dramáticas, ha escrito el autor, y no ha tenido á bien que formen parte de esta coleccion, las siguientes:

Ataulfo, tragedia en cinco actos, escrita en Sevilla en 1814, nunca representada ni impresa por haberlo prohibido la censura.

Aliatar, tragedia en cinco actos, escrita en Sevilla en 1814, estrenada con gran éxito en aquella ciudad é impresa en la misma el año siguiente.

Doña Blanca, tragedia en cinco actos, escrita en Sevilla en 1815, estrenada en aquella ciudad, y hasta ahora inédita.

El duque de Aquitania, tragedia en cinco actos escrita en Sevilla en 1817, representada en Sevilla y otras capitales de provincia, publicada en el segundo tomo de poesías del autor, impreso en Madridpor Sancha, año 1820.

Maleck-Adhel, tragedia en cinco actos, escrita en Sevilla en 1818, representada en Barcelona, impresa con la antecedente en el mismo tomo.

Lanúza, tragedia en cinco actos escrita en Córdoba en 1822, estrenada, con gran éxito, en Madrid el invierno de 1823 é impresa y publicada el mismo año. Al siguiente fue recogida la edicion.

Arias-Gonzalo, tragedia en cinco actos, escrita en la isla de Malta en 1826, nunca representada, y hasta ahora inédita.

El Parador de Bailen, comedia en tres actos, escrita en Sevilla en 1843, representada en aquella ciudad, impresa en Madrid en la galería dramática de Delgado.

ERRATAS.

Pág.	*Línea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
18	10	DON JUAN	»
26	27	¡Y lo que sabes!	¿Y lo que sabes?...
id.	51	¿Gran virtud la carta tiene?	¡Gran virtud la carta tiene!
31	16	DON SIMEON	DON ALBERTO
id.	17	DON ALBERTO	DON SIMEON
id.	18	DON SIMEON	»
43	5	de	que
50	43	enseñarles	enséñalos
60	23	necesidad	necedad
79	21	hay	ay
103	20	hemos	habemos
108	28	indignado	»
124	1	desdichada	desdicha
id.	45	y de	y que
172	48	de las breves	de breves
id.	49	de mundanas	de las mundanas
176	8	puedo	pudo
198	50	cuidadosa	cuidosa
205	51	á la fe mi	á la fe de mi
209	10	coraza	coroza
219	24	á quienes	á quien
239	9	PIERRES	EMPERADOR
312	30	¿Pues osas	¿Qué osas
333	9	hoy en el	hoy el
346	26	si hablarme	sin hablarme
413	33	si vos	sin vos
432	13	BERRIO	MAURICIO
437	10	y mal	y mi mal
432	47	LOPE	LOPEZ
410	10	LOPE	LOPEZ
395	2	LOPE	LOPEZ
459	10	vuestros	nuestros
461	27	*de dos en dos: detras de el Lisardo*	*de dos en dos detras de el. Lisardo*
470	26	*de dos lanzas*	*de él dos lanzas*



